


UMASS
BOSTON



VIAJE Á ORIENTE

DE LA FRAGATA DE GUERRA

ARAPILES.

TOMO II.

VIAJE Á ORIENTE

DE LA FRAGATA DE GUERRA

ARAPILES

Y

DE LA COMISION CIENTÍFICA QUE LLEVÓ Á SU BORDO,

ESCRITO POR EL DOCTOR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO,

PRESIDENTE DE DICHA COMISION,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE DIPLOMÁTICA, GEFE DE SEGUNDO GRADO DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS, Y DE LA SECCION 1.ª DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, ETC., ETC.

Adornada con láminas en acero, litografiadas y cromo-litografiadas,

hechas por dibujos que tomó directamente en los lugares estudiados,

EL ARTISTA DE LA COMISION

D. RICARDO VELAZQUEZ,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO, PREMIADO CON LA ENCOMIENDA DE ISABEL LA CATÓLICA POR LOS MÉRITOS CONTRAIDOS EN ESTA COMISION, ETC.

TOMO II.

BARCELONA.

EMILIO OLIVER Y COMPAÑÍA, EDITORES,

RAMBLA DE CATALUÑA, 36, BAJOS

1878

BARCELONA.
TIPOGRAFÍA DE «LA ACADEMIA,»
Rambla de Cataluña, n.º 36.
1878.

VIAJE A ORIENTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL PIREO Á BESIKA-TROYA.

I.

En la amanecida del dia 22 de Julio abandonamos la bahía de Phalero, y dejando por estribor la isla de Egina y por babor la isla Phleva, hicimos rumbo hácia la extremidad meridional del Ática, determinada por el cabo Colonna. Navegamos con solo dos calderas, y á las once nos encontramos en el meridiano del citado cabo, permitiendo lo corto de la distancia á que pasamos de él, que distinguiésemos perfectamente algunas columnas del arruinado templo de Minerva que se elevan aun en su cumbre, y cuya construccion se atribuye á los tiempos de Pericles. Á medio dia estábamos enfrente del canal de Mandri, en el que se encuentra el puerto de Laurium, célebre por las minas de plata que se explotan en sus inmediaciones, y cuya riqueza, conocida desde la mas remota antigüedad, producia en tiempos de Temístocles lo suficiente para que cada ciudadano de Atenas disfrutase de una renta anual independiente de la parte que percibia el Estado.

Dejando por babor el citado estrecho de Mandri y la isla Makro Nisi, entramos en el canal de Zea, formado por la isla de este nombre y la anterior; viendo al paso la pintoresca poblacion de San Nicolás, situada al N. O. de la indicada isla de Zea. Desde este punto se hizo rumbo hácia el canal de Doro, que separa las islas de Negroponto y de Andrós, y al anochecer desembocamos en el mar á quien dió su nombre Egeo, sepultándose en sus olas al tener noticia de la supuesta muerte de su hijo Teseo.

Durante la noche nos dejó adelantar muy poco el viento N. E., y encontramos muchos buques con rumbo opuesto al que seguíamos; y al amanecer el dia 23 teníamos por babor la isla de Skyros y por estribor la de Psara; y habia refrescado tanto el viento de proa, que hubo necesidad de encender una caldera mas para salir avante.

Á medio dia nos situamos en latitud 38° 57′ N. y longitud 31° 35′ E.

Continuó la fragata su marcha la noche del 23 al 24, y el 24 entramos en el canal que separa la isla de Ténedos de la costa de Anatolia, fondeando á las ocho de la mañana enfrente de la poblacion que lleva el nombre de aquella isla, y que guarda el recuerdo de la guerra de Troya, pues en ella se supone que se escondieron los griegos cuando fingieron levantar el sitio en aquella ciudad homérica, dejando el célebre caballo de madera tan fatal á los troyanos, lo cual parece justificar su proximidad al lugar de aquel acontecimiento. La poblacion hoy no tiene grande importancia: está habitada casi en su totalidad por griegos: tiene un castillo antiguo, del tiempo en que la dominaron los venecianos; y goza, sin embargo, de alguna reputacion en Oriente por su industria vinícola. Á la entrada del estrecho en el castillo de Kun Kale, hay una estacion telegráfica servida por turcos, en la cual vimos los aparatos telegráficos impresores que ahora empiezan á usarse en España.

Al situarse horas antes por marcaciones la fragata en latitud 39° 59′ N. y longitud 44° 21′ E. de Hierro, no pudo menos de producirnos grata impresion, por los recuerdos de la época clásica que evocaba uno de los puntos que sirvieron para dichas marcaciones, que fué el célebre monte *Athos*, situado en el extremo S. E. de la península de

Akté, la mas oriental de los tres promontorios que de la Macedonia se internan en el mar Egeo, y de la cual nos encontrábamos á la distancia de 76 millas.

Fondeada, como queda dicho, la fragata bastante lejos de tierra, por no permitir otra cosa el estado del mar, muy picado por el viento N. E., vino á visitarnos en aquella bahía, apénas resguardada de los vientos del N. al S. por el O., el vice-cónsul de Austria, que allí, como en muchos puntos de Oriente, desempeña diferentes vice-consulados, teniendo entre ellos el de España; y como llegase á media noche, con gran riesgo de que se hubiera sumergido la frágil lancha en que iba, tripulada por dos griegos, quedó á bordo hasta el dia siguiente 25, en que se brindó á acompañarnos á tierra en la expedicion que yo deseaba hacer á la Troade. Poco grato en verdad era lo que de ella nos contaba, pues refirió que los habitantes de aquella llanura casi desierta, son beduinos, tan salvajes y tan viciosos, que hácia muy poco tiempo habia pasado por allí un buque inglés, y habiendo saltado á tierra en la playa de Besika varios oficiales y marineros, fueron bárbaramente maltratados, forzándolos y hasta mutilándolos despues. Á pesar de tan poco halagüeña perspectiva, con que, segun el relato del vice-cónsul, nos brindaba aquella inhospitalaria tierra, teatro donde se desarrollaron las épicas escenas del primer poema del mundo, no vacilé en visitarla. Estaba acostumbrado á oir hablar mucho de peligros en todo Oriente y á no encontrarlos. Habia oido hablar mucho de la falsía griega en el Ática, y me habia abandonado con harta frecuencia á muchos griegos, á quienes no conocia, que me hablaban de antigüedades, que me llevaban para verlas á parajes solitarios ó á barrios extraviados, á donde iba completamente solo y hasta desarmado, y nunca tuve el mas ligero motivo para arrepentirme de mi confiada conducta. Así es que, aun cuando no puse en duda las palabras del vice-cónsul, creí que sin riesgos, puesto que tan buena habia sido hasta entonces mi estrella, podia emprender la proyectada excursion á la Troade, y para ello, al amanecer del dia 24 de Julio me dirigí, á la playa de Besika en un bote de la fragata, acompañado de mis compañeros de comision, el reputado artista D. Ricardo Velazquez y el

diplomático Sr. D. Jorge Zammit y Romero, el mencionado vice-cónsul, el guardia marina D. Luis Morphy, (que debe ser el mismo que ahora tanto se ha distinguido en los recientes hechos de armas, llevados á cabo por nuestro ejército y marina en el archipiélago filipino), y por dos cabos de mar, escogidos por el comandante de la fragata, puesto que no quise llevar, por no creerlo necesario, la escolta que con el mayor interés puso á mis órdenes.

Los peligros que en tierra no creia encontrar, pudimos haberlos tenido de otro género, pero no menos graves, al atravesar á remo la larga distancia que nos separaba de la costa, pues el mar seguia bastante agitado, los golpes venian por la proa, y al reventar las olas contra nuestra frágil embarcacion, no solo nos puso completamente calados, sino en peligro de zozobrar: hubo momentos en que los marineros sintieron agotarse sus fuerzas, y no sé qué habria sucedido sin el valor y decision de dicho guardia marina, que lanzándose sobre los remos y empuñando uno de ellos, empezó á bogar con tal vigor, y á excitar de tal modo á los marineros que tripulaban el bote, que sacando fuerzas de flaqueza lograron triunfar en aquella desigual lucha, llegando, despues de mas de una hora de penosa travesia, á la playa de Besika, por aquella parte, al S. O., algo mas resguardada y por excepcion de menuda arena, pues la mayor parte de la costa es roquiza, donde atracó el bote y pudimos saltar á tierra.

No puedo menos de recordar el aspecto que presentábamos con la ropa pegada á la piel por el improvisado baño que habiamos sufrido, y sobre todo, el atento y generoso vice-cónsul, que habia ido á hacer la visita oficial de etiqueta, y por consiguiente, de frac y sombrero de copa, todo lo cual estaba destilando agua, así como su espesa y larga barba rubia.

Ya en tierra, el vice-cónsul, que conocia prácticamente el país, nos llevó á la poblacion, teniendo que andar á pié mas de dos horas por un terreno accidentado, seco y árido, hasta que llegamos á las primeras casas donde habia una tienda que llamaban café, y que á no dudarlo, hubiera quedado vencido en la competencia con la mas humilde de nuestras tabernas del Rastro. Por supuesto, en el tal café solo habia el

liquido que le daba nombre, aguardiente de Mastika, con el que los turcos, porque no es de uva, han creido poder burlar las prescripciones del Coran, y sus correspondientes *narguiles*, con receptáculo de bronce ó cobre dorado, su larga manga y su boquilla de ámbar ó de asta de búfalo; boquilla que presenta al poco escrupuloso fumador, el que llamaríamos nosotros mozo del café, húmeda todavia con su saliva, pues para ver si el paso del humo se verifica sin entorpecimiento, es costumbre que el mozo ó criado, al servir el narguilé, pegue unas cuantas chupadas, con lo que puede decirse que está fumando á cada momento á costa de los parroquianos. Esto no quita que tambien cuando lo tiene por conveniente, y con esa franqueza tan caracteristica en aquellos paises, se siente muy tranquilo á fumarse uno de aquellos narguilés, como si en nuestros cafés se sentara un mozo al lado nuestro á tomarse un sorbete.

Habiendo descansado algun tiempo, lo necesario para que nos buscaran unos malisimos caballos, que por toda montura llevaban un sucio, miserable é incómodo aparato que servia para sujetar los fardos ó carga, y no para montar, atalaje á que llaman en griego *sagmarion*, y á los que hubo que ponerles sendas cuerdas á los lados, con unas lazadas en los extremos haciendo veces de estribos, salimos para Kun-Kale, habiendo visto antes el túmulo no explorado llamado Besika-Tepé, de que despues todavia hablaremos; pasando en el camino por Neocorion, la poblacion quizá mas importante de toda aquella comarca; viendo unas antiguas ruinas antes de llegar al promontorio Sigeo; despues el pueblo de Ieni-schéri; mas allá los túmulos llamados sepulcros de Aquiles y de Patroclo; y por último, poco mas allá de un antiguo cementerio turco, el castillo de Kun-Kale, de que he hablado, y donde existe la referida estacion telegráfica.

Kun-Kale tiene un pequeñisimo, pobre y sucio caserio, donde sin peligro de que se nos llame exagerados, puede decirse hay muchisima mas poblacion de cigüeñas que de hombres, las cuales se pasean tranquilamente ó están paradas en los techos bajos de las casas con terrados, á la manera de nuestras poblaciones alicantinas de la costa. El gobernador de aquel castillo, turco como de unos cuarenta y cinco

años, nos recibió con mucha afabilidad fumando su largo *chibú*, y demasiado ligero de ropas, y nos dispusieron un almuerzo que difícilmente pudo aceptar mi descontentadizo estómago, almuerzo durante el cual, mas me llamó la atencion una de las vasijas en que lo sirvieron, con labores en que se veía la tradicion del arte árabe, que tan familiar nos es á los granadinos.

La causa de haber tantas cigüeñas es el respeto que las tienen, porque libran los campos de sabandijas, ayudando de este modo á los perezosos habitantes del país en las escasas tareas que dedican á la agricultura.—No lejos del cementerio, vimos una fuente adornada con inscripciones coránicas; pero seca, como la mayor parte de las que encontramos.

Tomamos despues la vuelta á una poblacion no lejana, que debió ser un arrabal de Neocorion, donde nos alojamos en casa de unos griegos conocidos del vice-cónsul, y donde nos dieron una cena de huevos y gallina, algo mas aceptable que la de Kun-Kale. En una habitacion muy baja de techo nos acomodamos todos, sobre camas compuestas de pequeñas y estrechas colchonetas, plagadas de pulgas.

Al amanecer del siguiente dia, salimos en las mismas sillas y caballos, dejando á la derecha las montañas *Bunarbaschi*, adonde quieren reducir la antigua Troya la mayor parte de los escritores, tales como Lechevalier, *Viaje á la Troade* (Paris, 1802); el inglés Rennel, en su obra titulada *Observaciones y topografía de la llanura de Troya* (Lóndres, 1814); Forchhammer, en una monografía publicada en el *Diario de la Real Sociedad geográfica inglesa*, 1842; Maudit, *Descubrimientos en la Troade* (Paris. Lóndres, 1840), y otros, incluso Choisseul Gouffier, en su *Viaje pintoresco de la Grecia*, publicado en 1820, y Nicolaïdés, en 1867; y seguimos á buscar las orillas del *Scamandro*, para vadearle y continuar hasta el paraje llamado *Hisarlik*, donde nuestro ilustrado amigo, por correspondencia, aunque no nos conocemos personalmente, el prusiano Enrique Schliemann, habia fijado poco tiempo antes de nuestro viaje el verdadero emplazamiento de la antigua Troya, llevando nosotros su precioso libro como el mejor guía. Atravesamos una llanura tristísima,

y pudiéramos decir desierta, en la que no hallamos mas que un miserable pueblecillo, llamado Erkasikevi, y no lejos vimos un canal, abandonado y de época difícil de fijar á una simple inspeccion, que indudablemente tuvo por objeto recoger las aguas que en las temporadas de las lluvias se desprenden de la parte montañosa que se levanta al S., parte montañosa donde está Bunarbaschi, y cuyas aguas, roto hoy el canal por la incuria y el abandono que tiene en completa esterilidad aquellas regiones, se separan por la llanura de la Troade, á la parte izquierda del Scamandro, convirtiendo toda la superficie en un continuado pantano, donde solo encontramos cigüeñas, tortugas, ó mejor galápagos, y búfalos de hermosa y brillante piel negra, los cuales nos veian pasar tranquilamente. Aquella llanura tan célebre, y que despierta con razon tantos recuerdos del período verdaderamente épico de la guerra de Troya, es mas inhospitalaria que los célebres beduinos de las cercanías de la playa de Besika, pues á causa de los muchos pantanos que la cubren, tiene impregnado el aire de miasmas palúdicos, que hacen estacionarias, rebeldes y peligrosísimas las fiebres malignas, que con la mayor facilidad allí se adquieren en los meses de Julio y Agosto, época precisamente de nuestra expedicion.

Llegamos, por último, á las orillas del rio homérico, el célebre Scamandro, que hoy lleva el nombre de *Menderé* y cuyas aguas en la estacion de verano corren sobre un lecho de finísima arena, que se ve á través de los límpidos cristales de aquel rio, entonces clarísimo y transparente. Al verme en sus orillas, una emocion inexplicable se apoderó de mí; y no era en verdad el recuerdo de los diversos pasajes homéricos que tan célebres han hecho aquellas riberas, sino otro mas grato á mi corazon: el recuerdo del encantador país donde pasé mi infancia y los primeros años de mi juventud, el recuerdo de Granada, que evocada á tanta distancia, tomaba en mi espíritu mayor y mas indefinible encanto: porque las orillas del rio que riega la llanura troyana, se parecen tanto á las orillas del Genil, por la parte en que pasa lamiendo los piés de la sultana granadina, que es imposible ver el uno sin recordar las otras. La misma exuberante vegetacion en sus

orillas de juncos, sauces, tamariscos y juncias; la misma claridad en sus aguas; el mismo curso lento y apacible murmullo; la misma fresca sombra bajo sus sauces y tamariscos.

En el rio de Homero se encuentra tambien el loto, que no crece en las orillas del Genil.

Pasado el primer recuerdo que evocó el sentimiento, volvieron á surgir de las profundidades de la memoria los recuerdos históricos; y al ver aquellas frescas y frondosas orillas, no pude menos de repetir la descripcion que el mismo Homero hace de ellas, descripcion conforme enteramente con lo que en el dia puede observar el viajero, hecha por el poeta de Chios en el canto XXI de la *Iliada,* versos del 350–352, citada oportunamente por mi respetable amigo Schliemann.

«Entonces se inflamaron los olmos, los sauces, los tamariscos, los lotos, los juncos y las juncias, que crecian en gran número sobre las hermosas orillas del rio.»

Con verdadera veneracion bajé del caballo, y me incliné sobre aquella corriente divinizada por Homero, bebiendo con avidez su clara linfa, que con verdad sea dicho, no satisfizo mi sed, pues estaba mas caliente de lo que el terrible calor que experimentaba en aquel momento (eran las doce del dia) hubiera deseado.

El Scamandro desciende del monte Ida, como ya lo dijo con exactitud Homero (canto VII, v. 19–22), y su curso, muy tortuoso, si fuese en línea recta, seria de 64 kilómetros. Atraviesa al principio una extensa llanura en el interior, despues se abre paso por un estrecho valle á través de las últimas vertientes del Ida, y en seguida entra en la llanura de Troya, que atraviesa de Sur á Norte, hasta desembocar en un lago de agua salada formado por las marismas, no lejos de Kun-Kale. Tiene aguas constantes, á causa de los muchos riachuelos y fuentes que le son tributarios, y no siempre ha corrido sobre el mismo lecho que hoy, sino que al llegar á mas de dos tercios de la llanura, se inclinaba hácia el E. recibiendo las aguas del Simoïs, llamado Dumbretk-Su, á 1,700 metros al N. O. de Hisarlik, donde, como ya he indicado, creo estuvo la antigua Illium Novum. El lecho que en estas épocas tuvo el Scamandro todavía se vé bien claramente, y aun sirve en invierno

para desahogo del cauce principal, cuando aquel viene muy crecido.

Á su entrada en la llanura de Troya, el Scamandro recibe las aguas del rio *Kimar-Su;* nombre cuya primera palabra, *Kimar,* es una corrupcion de la palabra griega καμαρα bóveda; y que le lleva á causa de un gran acueducto extremadamente ancho, que le atraviesa 10 kilómetros mas arriba de su confluencia con el Scamandro.

Como el Scamandro es el único en que desembocan todas las aguas que bajan de las montañas del Ida, durante las lluvias invernales, el rio homérico rápidamente se agiganta, desborda de su cauce, inunda la llanura, y entra con tal impetuosidad en el estrecho valle que se abre entre las montañas de Ené y Burnabaschi, que llega á una altura de diez á doce metros por encima de su nivel del mes de Julio, época en que yo le visité, dejando al descender, como señal inequívoca de su paso, esas yerbas que se adhieren á las orillas y á los árboles de los sitios por donde ha estado corriendo el agua.

Su arena es rojiza, á lo que quizá deba el nombre de Xanthos, con que, segun Homero, le conocian los dioses.

La llanura al otro lado de este rio, ó sea á su derecha, presenta el mismo aspecto que el opuesto, aunque elevándose muy lentamente el terreno, que empieza en sus ondulaciones á denunciar las próximas montañas de N. E., ofrece menos motivos á los pantanos, sin embargo de lo cual hay tambien en este lado canales que pudiéramos llamar de desagüe, cuyas primeras obras acaso se remontan á la época romana, y que revelan previsora solicitud para sanear aquellos históricos y pintorescos parajes.

Pasado el rio sagrado, divisamos á lo léjos y hácia el N. una suave eminencia, coronada por una planicie, sobre la cual divisábanse claramente vestigios de antigua poblacion; pero antes de llegar á la exploracion arqueológica, no quiero pasar en silencio algun detalle de nuestra marcha, porque demuestra, ó lo afortunados que fuimos, ó que habia mas de imaginario que de real en los peligros que nos habian referido. Á la parte O. de la eminencia llamada Hisarlik, objeto principal de nuestro viaje, en la llanura, se alzaba una tienda de campaña, sola, y sin que por aquellos alrededores se viese, aunque á distancia,

ninguna otra. Nuestros guias, que eran griegos, al verla, nos dijeron que pasásemos sin hacer alto en ella, pues allí habitaba un *moro bravo;* y excitada mas con esto nuestra curiosidad, lejos de seguir el consejo de los guias, nos fuimos derechos á la tienda. Al sentir el trote de los caballos, presentóse en ella el habitante de aquella frágil morada, que tenia todo el aspecto legendario de los hijos del Desierto. Fumaba su ¡indispensable pipa, y lejos de recibirnos mal, nos ofreció otra, señal inequívoca de hospitalidad; nos dió agua; y aunque sin entendernos, estuvo deferente y obsequioso. Contentos con nuestra buena fortuna, volvimos riendas hácia Hisarlik, y en la pendiente S. de ella encontramos abundante rebaño, sesteando bajo un sombrajo hecho muy rudimentariamente con hojas de palmera, ramas y cañas secas; rebaño que despues supimos era del *moro bravo,* que nada tuvo para nosotros de ello, y que guardaban tambien bajo aquella protectora sombra dos ó tres pastores, los cuales nos acogieron perfectamente. Allí reposamos algun tiempo, pues el calor y el sol nos habian fatigado no poco; bebimos leche, que nos dieron los pastores de la mejor voluntad; adquirí yo una bellísima moneda incusa, griega y de las mas antiguas del arte monetal, de las características, que, aunque con poca abundancia, se hallan siempre en aquel paraje, y que el pastor habia hallado aquella misma mañana y subimos, por último, á la planicie de Hisarlik, donde se veian las recientes señales de los trabajos realizados un año antes por el citado Enrique Schliemann, al cual habian conocido los mismos pastores que nos acogieron á la sombra de su cabaña.

Pero antes de ocuparnos por completo de la investigacion arqueológica, no creo fuera de propósito consignar algunas observaciones hechas sobre el suelo de la llanura de Troya. Este es de buena arcilla. No falta quien crea que antes de estar seco, en épocas primitivas, estaba cubierta aquella llanura por el mar, formando un golfo, y que su superficie se ha ido haciendo con los depósitos que al fondo iban arrastrando los rios; otros, que no es aluvial, y que su formacion es tan antigua como la de los promontorios Sigeo y Rethé. Las rocas ó montañas que rodean la llanura, son de piedra arenisca, calcárea. Como ya he indicado, el clima es muy mal sano, porque con los grandes calores los pan-

tanos exhalan miasmas pestilenciales, que producen las fiebres perniciosas, las cuales, como sucede con todas las enfermedades propias de un país, atacan con mas preferencia á los extraños que á los naturales. Sin los pantanos, el clima seria sano y el terreno fértil, pero ha llegado á tal extremo la falta de poblacion en aquella comarca y el abandono, que se necesitarian grandes trabajos de colonizacion para volver aquel territorio al estado que tuvo en la época antigua y en la Edad media, sirviéndonos de comprobante para lo último el testimonio de un español, conocido del público desde hace poco mas de un año, por la inteligente solicitud de nuestro compañero el Sr. Jimenez de la Espada.

Me refiero al manuscrito que se conservaba, con otros muchos códices que la avaloran, en la riquísima biblioteca particular de S. M., redactado por el caballero andaluz (de Córdoba) Pero Tafur, el cual, segun las palabras de su docto comentador, «con no poca instruccion, con muy buen juicio, con la bolsa repleta, y muy recomendado por su Rey y valedor D. Juan II, por los años de 1435 á 39, recorrió la Italia, Judea, Chipre, Egipto, Rodas, Frigia, Grecia, Tartaria, Suiza, Alemania, Flandes y Borgoña, dejándonos el sabrosísimo fruto de tan interesante expedicion en sus *andanzes é viajes.*» Ya antes de él habian andado por aquellas partes de Oriente, en los principios del siglo XV, con su embajada al Gran Tamerlan, en tiempo de Enrique III, el madrileño Rui Gonzalez de Clavijo y sus compañeros; pero en el viaje escrito de estos, con error atribuido á Rui Gonzalez, apenas se hace mas que mencionar á Troya, mientras en el de Pero Tafur se escriben acerca de ella estas palabras, que transcribo, porque he de tener ocasion de aplicarlas luego á mis investigaciones arqueológicas.

Dice así el atrevido viajero: «Ficeme pasar á la Turquía, que es un pequeño estrecho, á un lugar que llaman Foja Vieja, que se dice que es una puerta de Troya, é en aquella tienen facimiento ginoveses, é fallé allí uno mi amigo, que conoscí en Sevilla, é roguéle, pues él tenia tanta noticia con los turcos, que enviase un onbre suyo conmigo que me levase fasta Troya, é me buscase cavallo alquilado, é ansi lo fizo; é caminé por tierra dos jornadas por aquel lugar que dizen que era Troya, non fallando persona que supiese dar razon ninguna, é fui fasta llegar al

Elión (Illium novum) que dizen: *este es pegado à la mar enfrente del puerto de Tenedon.* Toda esta tierra es poblada à caserias, *é an los turcos por reliquias los edificios antiguos é non desfarian ninguno de ellos, antes faràn sus casas juntos con ellos;* é lo que mas vi para conoscer que aquel fuese el *Elïon* de Troya, fué ver grandes pedazos de edificios, é mármoles, é losas, é aquella ribera é aquel puerto del Tenedon enfrente, é muy grande otero como que caida de grande edificio lo hubiese fecho.—É deste non pude saber mas, é volvime, etc.»

¡Cuanto mutatus ab illo! Aquellos turcos que, depositarios de las ricas tradiciones de la antigüedad, conservaban hasta con religioso cuidado, como reliquias, las ruinas de la antigua Ilion, hoy caidos en la mas bárbara servidumbre, que es la de la ignorancia, no solo han ido dejando perder aquellas tradiciones, y han visto desaparecer con indiferencia aquellas ruinas, sino que, abandonando hasta los canales que daban salubridad al clima y fecundidad al suelo, le han convertido casi en inhabitable, abandonando la histórica y rica Troade á las cigüeñas y á los búfalos.

Y no es que aquella llanura no fuera siempre pantanosa. Su posicion entre montañas, y limitada por el mar al O. y N. la predispone á ello, y ya, refiriéndose á estos pantanos, decia Homero (*Odisea, XVI,* 472-475).

«Cuando llegamos á la ciudad y á la alta muralla, nos extendimos armados delante de la ciudadela, en medio de espesas maderas y entre los juncos de un pantano.»

Pero vengamos ya á la descripcion de la colina llamada Hisarlik, cuya posicion responde perfectamente al sitio en que Pero Tafur, segun acabamos de ver, fijó el emplazamiento de Ilion, cerca del mar, enfrente de la isla de Ténedos, y en una pequeña eminencia, donde se veian restos de mármoles, y grandes edificios, y aun un otero, formado con las ruinas de otros, todo lo cual concurre al pié de la letra en el paraje que al cabo de cuatro siglos ha tenido la fortuna de volver á visitar un español, aunque desgraciadamente sin la repleta bolsa que llevaba el afortunado cortesano de D. Juan II.

Todo alrededor de aquella colina aparece sembrado de fragmentos de piedras labradas, mármoles y cerámica, verdadero detritus que dejan siempre las ciudades que pasaron. Cuatro columnas solitarias, casi enterradas, parecen indicar la existencia por aquellos parajes de templos ó palacios, nombre que por esta causa se da á aquel lugar, pues Hisarlik significa «palacio.» La colina vendrá á tener cuarenta metros de alto sobre el nivel de la llanura, presentándose la subida mucho mas suave por el Sur que por el Norte, por cuyo lado desciende casi perpendicularmente. Esta colina es menos elevada, próximamente en veinte metros, que la cadena montañosa de que forma parte, siendo, puede decirse así, su punta ó terminacion, cadena de montañas que viene de la parte del Este, y cuyas principales alturas se hallan en el antiguo Thymbrius.

El aspecto de esta cadena montañosa responde á las palabras de Strabon, que situa sobre montañosa espalda á la célebre *Ilium Novum*.

La cima de esta colina forma una sola planicie de 233 metros de largo, por otro tanto de ancho; y los trabajos llevados á cabo por Frank Calvert, cuya coleccion de antigüedades, sacadas en su mayor parte de estos lugares, tuvimos la fortuna de ver en Chanak-Kalah (Dardanelos), y los practicados despues por Enrique Schliemann, han hecho ver que en gran parte es artificial, y que ha sido formada por las ruinas y los restos de templos y palacios que allí existieron. Una ligera excavacion hecha á la parte oriental dejó ver las ruinas de un gran edificio, de grandísimos sillares, unidos sin cemento, indicio seguro de su antigüedad.

Ya Calvert y Schliemann habian notado, al fijar en aquel sitio la antigua Troya, que para encontrar las ruinas del palacio de Priamo y de sus hijos, las de los templos de Minerva y Apolo, era necesario levantar toda la parte artificial de aquella colina, y que nuevos restos de edificios pondrian de manifiesto que Troya se extendia hácia la montaña, porque las ruinas del palacio de Ulises, las de la acrópolis de Micenas, y la gran tesorería intacta de Agamenon, prueban hasta la evidencia que las construcciones de la Edad heróica tenian grandes pro-

porciones. La Pergamo de Priamo debia ser muy extensa, cuando en la vasta plaza que formaban tres palacios y á lo menos dos templos, quedaba todavía espacio para que el pueblo troyano hubiera podido reunirse delante del palacio real, segun testifica Homero.

Para fijar la situacion de la antigua y combatida capital hay necesidad de establecer dos series de investigaciones: Primera, desde los tiempos homéricos hasta el establecimiento de la nueva Ilion. Segunda, desde esta hasta nuestros dias. Lo primero se encuentra demostrado por la tradicion antigua de los mismos pobladores de *Ilium Novum*, entre los cuales era doctrina corriente que la antigua Ilion no fué enteramente destruida ni abandonada, lo cual testifica el mismo Strabon (XIII, I, pág. 111, edicion de Tauchnitz), y confirma tambien el mismo Homero, en la profecía que pone en boca de Neptuno, diciendo que bien *pronto reinarian sobre los troyanos Eneas y los hijos de sus hijos y sucesores;* de donde se infiere, que si en tiempo de Homero no hubiera existido un reino troyano con un descendiente de Eneas por rey, hubiera puesto en boca de Neptuno una ridícula y falsa profecía, lo cual no está conforme con el alto sentimiento religioso de Homero, y con su fé ciega en la sabiduría de las divinidades y su constante veracidad.

Troya debió ser destruida de nuevo despues de los tiempos de Homero, porque Strabon cuenta que los habitantes de Sigea, de Retea y demás ciudades vecinas, se repartieron el territorio de Troya despues de su destruccion, pero que los volvieron á Ilion, cuando su reconstruccion bajo el dominio de los lidios; y añade tambien, que Hellanicos, autor muy antiguo, confirma la identidad de la antigua villa con la *Ilium Novum*. (Strabon XIII, pág. 113.)

La dominacion de los lidios comienza evidentemente 800 años antes de Jesucristo; y aceptando, como ya se ha indicado, que en tiempo de Homero existia un reino troyano y una ciudad de Troya, resulta que, enlazada á acontecimientos históricos, solo se pierde de vista á Troya por el espacio de dos siglos, durante el cual las tradiciones no se borran, habiendo llegado sin alteracion, segun el testimonio de Hellanicos, á los lidios, que la rehacen.

La tradicion además, está sostenida por varios datos históricos. Segun Herodoto (VII, 43), «Xerges pasando por la Troade antes de su invasion á Grecia (es decir, 480 años antes de Jesucristo), llegó al Scamandro y subió á la Pergamo de Priamo, porque quiso verla, y habiéndola visto y enterádose de cuanto creyó conveniente, sacrificó á Minerva Iliona mil bueyes, y los mágicos hicieron libaciones á los manes de los Héroes.» Es, pues, evidente, segun este pasaje, que existia una Ilium, con su acrópoli *Pergamo*, y con su templo dedicado á la Minerva de Ilion, y que tenia la certidumbre de que aquella ciudad ocupaba el mismo sitio que la Ilion de Homero, la *Pergamo de Priamo,* como la llama Herodoto.

Otro testimonio de la existencia de *Ilium Novum* en el mismo sitio de la Ilion homérica, es el que nos ofrece Jenofonte (I, I, 4) cuando dice que el general lacedemonio Mindaros hizo sacrificios á Minerva en *Ilium;* pero mayor lo proporciona todavia el citado Strabon, cuando da cuenta de la visita que Alejandro el Grande hizo á *Ilium* y á su Pergamo (Strabon, XIII, I, pág. 99, edicion citada), porque era fanático de la Iliada de Homero, á la que llamaba *gran provision de virtudes militares,* poniendo siempre el volúmen en que la llevaba escrita, con su espada debajo de su almohada, segun el testimonio de Plutarco. (Vida de Alejandro el Grande, VIII.)

Arriano cuenta que el mismo Alejandro el Grande cuando su visita á Ilion, sacrificó á Minerva Iliona, dejó colgadas sus armas en el templo de esta diosa, y tomó en cambio algunas de las armas sagradas que habian sido conservadas de la guerra de Troya, siendo tal su veneracion por aquellas armas, que hacia se las llevasen sus mas escogidos guerreros delante de él en las batallas.

Tambien hizo en el mismo Ilium, y en el templo de Júpiter Herceio, sacrificios á Priamo.

Plutarco añade, que Alejandro, despues de haber pasado el Helesponto, subió á Ilium, sacrificó á Minerva, é hizo libaciones á los manes de los héroes, y despues de haber regado con aceite la columna funeraria de Aquiles, corrió como era costumbre, completamente desnudo, alrededor de la tumba con sus compañeros, ofreciéndole una

corona de flores, y felicitándole por haber tenido durante su vida un amigo fiel, y durante su muerte un gran cantor de sus glorias.

Al recorrer la ciudad, examinando sus curiosidades, hubo uno que le preguntó si queria ver la lira de Alejandro, á lo que le respondió que le importaba poco de ella; que lo que él deseaba ver era la lira de Aquiles, con la cual se habia cantado la gloria y las acciones de los grandes hombres.

Conocido el culto que Alejandro el Grande tenia por Homero y sus héroes, es evidente que cuando él visitaba con tanto detenimiento á *Ilium Novum*, y en ella sacrificaba á Minerva, era porque tenia la certidumbre de que allí estuvo la antigua Ilion.

Ilium Novum, engrandecida y embellecida por Alejandro, segun el testimonio de Strabon, cayó despues en decadencia, de tal modo, que, segun Demetrio Escepsis, no tenia ni techos en las casas cuando los romanos hicieron sus primeras invasiones en Asia; que estos la levantaron de la postracion en que estaba; pero que volvió á sufrir de nuevo gran decadencia por la conquista de Fimbria en la guerra contra Mitridates, habiendo tomado aquella ciudad, despues de un sitio de nueve dias, lo cual dió orígen á una exclamacion de orgullo en el general vencedor y á una notable respuesta. Dijo el primero: «Agamenon necesitó una armada de mil naves y diez años para conquistarla, mientras que él, Fimbria, habia necesitado solo nueve dias.» La respuesta de los ilios fué: «Porque la ciudad no ha tenido ahora un Héctor que la defienda.»

Derrotado y aniquilado á su vez Fimbria por Sila, este recompensó á la ciudad con grandes mejoras; proteccion que todavía elevó mas Julio César, queriendo imitar á Alejandro, de quien era gran admirador, y además porque creia tener pruebas evidentes de su parentesco con los ilios. Asi fué que, no solo les ayudó á reedificar sus monumentos, sino que les hizo grandes donaciones de terrenos, les conservó la libertad y les declaró exentos de impuestos.

Segun el testimonio de Justino, en la primera expedicion romana al Ásia, los habitantes de *Ilium Novum* y los romanos se trataron como amigos que se encuentran despues de una larga separacion, porque los romanos creian descender de antiguos troyanos.

Nadie, pues, ponia en duda la identidad de la *Ilium Novum* con la antigua Troya, y así continuó la tradicion constante hasta la Edad Media, encontrándola conservada con gran respeto, hasta por los turcos, en el siglo xv, segun el testimonio citado del español Pero Tafur.

Pero al querer fijar en los modernos tiempos la indubitada situacion de aquella histórica ciudad inmortalizada por Homero, dividense los pareceres, sosteniendo los menos que fuera Bunarbaschi, y Schliemann con Calvert y algunos otros, entre los que tenemos el honor de contarnos, que Hisarlik; y son tan concluyentes las razones aducidas con motivo de esta disquisicion por el primero de dichos arqueólogos, que vamos á reproducirlas, en gran parte, por haberlas visto confirmadas por nosotros mismos en los parajes objeto de la investigacion.

Es verdaderamente inconcebible como, llevando la Iliada en la mano y recorriendo aquellos lugares, pueda conciliarse la posicion de las alturas de Burnabaschi con las indicaciones del poema.

La distancia de aquellas hasta el campo griego ó sea el promontorio de Sigeo es de catorce kilómetros, y los combates y todas las frecuentes idas y venidas de que habla la Iliada, no se conciben si hubieran mediado mas de cinco kilómetros entre la ciudad y el campo griego.

Estudiemos como ejemplo de ello el relato de la primera batalla. Por la noche Júpiter ordenó al dios de los sueños descendiese cerca de Agamenon, y le impulsara á armar á los griegos prometiéndoles que ocuparian á Troya al tercer dia. Al romper el alba, Agamenon reunió á los griegos, contó á los jefes su sueño, y propuso, para conocer sus intenciones, regresar á la patria: al tener noticia de esto las tropas se dispersaron dando gritos, y abalanzándose á los buques les pusieron á flote, deteniéndoles Ulises y persuadiéndoles de que no debian abandonar la empresa. Pronúncianse, con tal motivo, largas peroraciones por el mismo Ulises, Héctor y Agamenon, á consecuencia de las cuales se adopta la resolucion de continuar el comenzado asedio. Los soldados se esparcen por el campo para preparar el

desayuno. Agamenon sacrifica un toro á Júpiter, y reune á los jefes para esta ceremonia; Héctor pronunció un nuevo discurso; despues Agamenon coloca el ejército en órden de batalla, y los guerreros se alinean para el combate delante de su campeon en la llanura del Scamandro.

Los troyanos tienen conocimiento de tales preparativos por Iris: se arman, y abren todas las puertas de la ciudad corriendo fuera de ella con gran estruendo. Los dos ejércitos se encuentran en la llanura, pero esta no debia ser muy grande cuando desde encima de las puertas Sceas, Elena reconoce á los jefes de los griegos y va diciendo sus nombres á Priamo, ni el ejército griego debia estar mas allá de un kilómetro, porque para reconocer á cualquiera persona á tal distancia se necesita muy buena vista.

Paris provoca á Menelao á combate singular. Héctor pronuncia un discurso y Menelao otro. Héctor envia heraldos á Troya para buscar corderos vivos, y Agamenon manda con el mismo objeto á Taltibios al campo griego. Como el ejército griego no podia encontrarse sino lo mas á un kilómetro de las puertas Sceas, deberia distar por lo menos trece kilómetros de su campo, si Troya hubiera estado en las alturas de Burnabaschi, y en tal caso, Taltibios no hubiera podido volver, con el cordero vivo, en menos de seis horas. Su ausencia, sin embargo, hubo de ser tan breve, que Homero ni siquiera hace mencion de ella: parece, pues, evidente que la distancia que hubo de recorrer fué muy corta.

Se hicieron sacrificios y solemnes juramentos; se llevó á término el combate singular; Paris fué vencido por Menelao y salvado por Vénus; Pandaros arrojó una flecha á Menelao hiriéndole; sostienen grande coloquio Agamenon y Menelao; es llamado Machaon, hábil en el arte de curar, y venda la herida.

Agamenon pronuncia numerosas alocuciones para animar á los jefes de los griegos, y al fin se traba la lucha entre ambos ejércitos.

Minerva conduce fuera de la contienda al impetuoso Marte, y hace que se siente en las orillas del Scamandro. Los troyanos son rechazados hasta los muros de Troya, y excitados al combate por Apolo y

Marte. Durante la lucha se envian á cada instante á Troya y al campo griego los heridos y el botin cogido á los enemigos, armas, carros y caballos. Los griegos á su vez ceden retrocediendo de espaldas *(reculando)* delante de los troyanos victoriosos, que los rechazan hasta cerca de sus mismos barcos.

Los griegos, sin embargo, vuelven á obtener ventajas, entablándose mas recia la batalla entre ellos y los troyanos, en la llanura que se extiende entre el Scamandro y el Simois; pero retroceden de nuevo, y Héctor vuelve victorioso á Troya á ofrecer sacrificios á las divinidades; llegando en el espacio de tiempo invertido en la conmovedora escena y el hermoso coloquio de Glaucos y Diomedes.

Héctor tiene una larga conversacion con su madre, con Paris, con Elena, busca á su mujer Andrómaca, la encuentra, y despues de un extenso y tierno coloquio con ella, tiene lugar la escena patética con su hijo.

Héctor vuelve al combate con Paris y se encuentra con el ejército apenas han salido de las puertas. En efecto, las tropas debian encontrarse delante de las puertas Sceas, porque Minerva y Apolo, que habian tomado la forma de dos buitres, se posan en la copa de un haya para gozar del espectáculo que ofrecian las espesas líneas de los combatientes, herizadas de cascos, de escudos y de jabelinas: aquel árbol se encontraba en frente ó al lado de las puertas Sceas.

Héctor y Paris matan á muchos enemigos, y Héctor provoca á singular combate al mas valiente de los griegos. Á esta provocacion siguen algunos momentos de pausa, porque nadie se atreve á oponerse á Héctor; pronuncia un discurso Menelao ofreciéndose á combatir con él, y despues tienen lugar nuevas alocuciones de Agamenon y de Nestor, ofreciéndose nueve héroes á luchar con Héctor, por lo cual apelan á la decision de la suerte. Esta designa á Ajax, hijo de Telemon, que se regocija por ello, revistiéndose el *cobre resplandeciente*. Los dos adversarios pronuncian sus correspondientes discursos, y despues luchan hasta la noche, trocándose sus presentes.

Los griegos vuelven á su campo; los jefes se reunen en la tienda de Agamenon, donde este rey inmola un buey: se divide la víctima y sus

trozos se asan en una hoguera, cenando los guerreros poco despues.

Considérese la multitud de incidentes de este solo dia: asamblea general en el campo griego; largo discurso de Agamenon y dispersion de las tropas para poner á flote los barcos; extensos discursos de tres héroes; preparacion de la comida; sacrificio hecho á Júpiter, por Agamenon, de un toro; nuevo discurso de Nestor; formacion del ejército en órden de batalla. En todas estas diversas ocupaciones debieron invertirse por lo menos cuatro horas, de modo que bien serian las diez de la mañana cuando las tropas avanzaron por la llanura del Scamandro, aproximándose tanto á las puertas Sceas, que Elena reconoce á los jefes griegos. Sigue despues, provocacion á combate singular por Paris; discurso de Héctor y de Menelao; envio á Troya y al campo griego de mensajeros, para buscar corderos vivos; solemne sacrificio; combate singular; numerosos discursos de Agamenon; batalla; los griegos rechazan á los troyanos, acorralándolos hasta los muros de Troya, y son rechazados á su vez, retrocediendo de espaldas hasta sus navíos. Los griegos avanzan de nuevo y se traba una terrible batalla en la llanura, que se dilata entre el Scamandro y el Simois. Los griegos retroceden nuevamente; Héctor se vuelve á Troya; largos discursos de él, de Hécuba, de Paris, de Elena y de Andrómaca. Los griegos debian haber avanzado de nuevo, porque Héctor y Paris se encuentran al salir de las puertas Sceas; discursos de Héctor, de Menelao y de Nestor; y, por último, combate singular, terminado por la noche, y vuelta de los griegos á su campamento.

Resulta, pues, de todos estos hechos, consignados en diferentes pasajes de los cantos II, III, IV, V, VI y VII de la Iliada, que la distancia entre la ciudad y el campo griego debió ser recorrida por lo menos seis veces en el espacio de tiempo comprendido entre las diez de la mañana y las siete de la tarde: dos por el enviado que fué á buscar el cordero, y, por lo menos, cuatro por el ejército, una de ellas retrocediendo y todas ellas sin contar la gran pérdida de tiempo ocasionada por los discursos, sacrificios, batallas y combates singulares.

Es, pues, evidente que la distancia entre el campo griego y Troya era muy corta, y, á lo más, de cinco kilómetros, de donde lógica–

mente se deduce, que si hubiera estado Troya en las alturas de Burnabaschi, las cuales, como ya se ha indicado, distan del cabo Sigeo catorce kilómetros, habrian tenido que andar los combatientes desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde ochenta y cuatro kilómetros, sin contar las pérdidas de tiempo producidas por las diferentes causas que acabamos de mencionar.

En cambio, la distancia de Hissarlik ó de *Ilium Novum*, que reemplazó á la Troya homérica, es en línea recta hasta la costa de cuatro kilómetros, y de cinco por el Nordeste, hasta el cabo Sigeo, que en tiempo de Strabon designaba todavía la tradicion como el lugar en que estuvo el campo griego, escribiendo á tal propósito (1). «Despues de Retea se halla Sigea, ciudad destruida, el puerto de los Acheos, el *campo Acheo*, el pantano ó lago llamado Stomalimno y la embocadura del Scamandro.»

Nuevas pruebas sacadas de la Iliada aduce Schliemann, en corroboracion de su acertado juicio, que por lo curiosas é importantes y por lo poco conocidos que son estos datos en nuestra patria, vamos tambien á dar á conocer á nuestros lectores.

Al amanecer del segundo dia Idaios es enviado por los troyanos al campo griego, á fin de proponer un armisticio para quemar los muertos. Los griegos reunidos en asamblea consienten en ello, y apenas Idaios lleva la noticia á Troya, empezaron á reunir cadáveres y leña para quemarlos, elevándose en aquellos momentos el sol.

El tercer dia, despues de haberse ocultado el astro del dia en el horizonte, Héctor llevó á acampar á los troyanos en la ribera del Scamandro, y luego mandó llevar de la ciudad toros y carneros, conduciéndolos *inmediatamente* desde Troya, á pesar del lento paso de estos animales, sobre todo durante la noche. Es, pues, evidente que el espacio comprendido entre el campo griego y Troya era muy corto, y que el Scamandro pasaba cerca de la ciudad; y, en efecto, como lo demuestra el antiguo lecho de aquel rio, este se reunia á una distancia

(1) XIII, I.

de 1,700 metros de *Ilium* con el Simois (Dumbrek Su), y corrian confundidos en direccion Noroeste hácia el mar.

Strabon confirma tambien la union de estos dos rios cerca de *Ilium Novum* (1). El Scamandro corria entre el campo griego é Ilion, de manera que los griegos no podian aproximarse á la ciudad sin pasarle cerca del mar, como se dice tambien en la Iliada (XIV, 433 y XXIV, 350). Próximo á este paraje, en direccion de Troya, estaba la tumba de Ilus; y Héctor, que acampaba con su ejército en la orilla derecha del Scamandro, reunió consejo cerca de esta tumba. Próxima á ella estaba tambien la *higuera salvaje* ó el Erineux, citada como existente bajo los muros de Troya.

La gran proximidad del Scamandro al campo griego está claramente indicada en los versos 11 al 13 del canto X, donde se dice, «que Agamenon miraba á la llanura troyana, y que el gran número de hogueras encendidas delante de *Ilium*, el sonido de los caramillos y de las flautas y el tumulto de los guerreros le llenó de sorpresa.» Este solo pasaje de Homero bastaria para demostrar hasta la evidencia el error de los que han pretendido llevar la situacion de Troya á once mil y mas metros del paraje ocupado por el campamento griego, pues no hay ser humano que á tal distancia pueda escuchar el sonido de las flautas y caramillos.

El cuarto dia en que tuvo lugar la tercera gran batalla, despues de mediodia los griegos rechazan á los troyanos hasta las puertas Sceas, y son á su vez rechazados hasta sus buques, donde se traba un terrible combate, tras el cual los troyanos son vencidos de nuevo, para volver con mas furor á arrojar á los griegos sobre sus barcos, causándoles una espantosa carniceria. Patroclo rechaza otra vez á los troyanos hasta los muros de Troya, é intenta por tres veces escalarlos, combatiendo los griegos hasta la noche en las puertas Sceas.

Lo mismo en esta tercera batalla que en la primera, los griegos atravesaron en poco mas de medio dia lo menos cuatro veces el espacio

(1) XIII, I.

comprendido entre su campo y Troya, además del tiempo empleado en los largos y encarnizados combates.

Al principiar el último combate de la Iliada los griegos se arman cerca de sus naves, y los troyanos en lo alto de la llanura entre el Simois y el Scamandro, tomando los dioses parte en el combate, sobre todo Minerva y Marte. Minerva anima á los griegos con sus gritos detrás de los navíos y de la orilla del mar, mientras Marte excita á los troyanos á la lucha gritándoles tambien, ya desde la cima de Pergamo, ya de Callicolona; lo cual desmuestra que la ciudadela de Troya estaba muy cerca de lo alto de la llanura entre el Simois y el Scamandro y que Callicolona es una de las hermosas colinas al E. de Hissarlik, que bordan el valle encantador por el que el Simois corre en direccion de E. á O.

Homero confirma que la union del Scamandro y del Simois se verificaba cerca de Troya, cuado dice: «pero cuando las diosas se aproximan á Troya y los dos rios, allí donde las ondas del Simois se unen á las del Scamandro...» (V, 773–775), demostrando tambien el corto espacio que mediaba entre el campo griego y Troya con estas palabras (XXIV, 662–663): «porque tú sabes cuán estrechados estamos en la ciudad, y que tenemos que ir á buscar la leña léjos de las montañas;» lo cual dice á propósito de que Priamo pide á Aquiles le conceda un armisticio de once dias para los funerales de Héctor, porque la ciudad estaba muy oprimida por el asedio y tenian que ir á buscar la leña para la pira, léjos, á las montañas. No habria habido necesidad de tal peticion ni de semejante trabajo si Troya hubiese estado en *Ileon Kome* ó en Bunarbaschi, porque los troyanos no hubieran tenido nada que temer de los griegos por la parte de sus cercanas montañas.

Otra observacion importante. Desde que principió la guerra, las mujeres troyanas no se atrevian á salir de la ciudad á lavar la ropa á las dos fuentes donde lo tenian por costumbre, y si Troya hubiera estado en Bunarbaschi, es decir á catorce kilómetros del campo griego, las troyanas hubieran podido seguir lavando sus ropas en las dos fuentes que brotaban al pié de los muros de la ciudad, sin peligro de verse sorprendidas por los griegos, á quienes podian ver acercarse

desde mucha distancia, teniendo tiempo de acogerse á sus hogares.

Dichas dos fuentes mencionadas por Homero, así como todos los demás detalles indicados, fuentes la una caliente y la otra muy fria, se encontrarian indudablemente en el terreno pantanoso que hay bajo *Ilium* por el lado del Norte, en el mismo pantano donde Ulises y Menelao estuvieron emboscados, (*Odisea*, XIV, 469-475). Nada significa que hoy hayan desaparecido dichas fuentes, porque esta clase de manantiales son fenómenos que aparecen y desaparecen á consecuencia de los terremotos frecuentísimos en la Troade, país eminentemente volcánico y fecundo en fuentes de aguas con elevada temperatura. El ya citado Frank Calvert ha hecho la importante observacion de que muchos de estos manantiales calientes se han perdido y han vuelto á aparecer en los tiempos modernos; y hace pocos años se vió que las fuentes de Tongla, calientes y saladas, durante un terremoto desaparecieron, volviendo á brotar al cabo de algunos meses. La fuente mas cálida en la misma llanura de Troya está en la actualidad á dos kilómetros de la aldea de Akchi-Kévi, y tiene una temperatura constante de veinte y dos grados: hay muchas fuentes de buen agua al pié de la colina de Hissarlik.

El emplazamiento de *Ilium Novum*, como ya indicamos, mide una circunferencia de cinco kilómetros, claramente determinado por los restos en muchos parajes, aunque á flor de tierra, de las murallas de circunvalacion, y las pendientes para subir á la planicie son tan suaves que se las puede atravesar corriendo sin peligro de caer. Al contemplar aquellas ruinas no puede menos de recordarse y comprenderse la célebre triple carrera de Héctor y Aquiles alrededor de los muros troyanos.

Mientras mas se medita sobre los datos que el mismo Homero ofrece y se les compara con la topografía de aquellos lugares, mas se afirma el convencimiento de que la antigua Ilion estuvo en Hissarlik, pudiendo asegurarse que desde el momento en que se descubre esta altura en la llanura de Troya, aquella colina sorprende el espíritu observador del viajero, pues desde luego se presenta á su vista como destinada por la naturaleza á haber sustentado una importante ciudad protegida por

fuerte acrópolis. Aquella posicion bien fortificada dominaria toda la llanura de Troya y toda la comarca, no habiendo ninguna otra que pueda compararsele; y siendo circunstancia tambien importante para la tésis que venimos sosteniendo, que desde Hissarlik se ve el monte Ida, desde cuya alta cima Júpiter miraba á la ciudad de Troya (Il., VIII, 47–48), circunstancia que no concurre en las alturas de Bunarbaschi.

Convencidos de que la colina de Hissarlik era el lugar en que se alzó la antigua Troya, bien hubiéramos deseado emprender en ella escavaciones, seguros de encontrar unas sobre otras las ruinas de las diversas poblaciones que allí se habian ido sucediendo, para lo cual formamos un cálculo de la profundidad á que debian encontrarse los restos de la ciudad homérica; cálculo que con mas elementos realizó dos años despues el mismo Enrique Schliemann, y que le dió los maravillosos resultados que causaron la admiracion del mundo sabio y de los amantes de las ciencias históricas por la novedad, riqueza y gusto artístico de los objetos allí encontrados, dándole motivo para una nueva obra no menos interesante que la primera.— La necesidad de seguir un itinerario trazado de antemano, y el poco tiempo de que nos era dado disponer, impidieron la realizacion de nuestros propósitos, y nos despedimos de aquella inmortal llanura, no sin haber visitado antes algunos de los túmulos que en ella se elevan, principalmente los llamados de Patroclo, de Antiloco y de Aquiles, debiendo advertir que no son los únicos que por allí se encuentran, pues hay varios que nos recordaron las *mamoas* de Galicia. De los que debieron cubrir las cenizas de los dos primeros héroes mencionados apenas queda mas que una ligera elevacion sobre el suelo y el recuerdo de otro montículo parecido, que para nivelar el terreno se ha destruido, lo mismo que casi se habia hecho con su compañero. En cambio, como á dos kilómetros de distancia en la extremidad de la llanura, sobre una pequeña eminencia se encuentra un túmulo funerario con 53 metros de diámetro en su base y 34 de altura, aunque en la antigüedad debió ser mucho mayor, túmulo atribuido con razon á Aquiles, como ha ob-

servado acertadamente Schliemann, porque su situacion responde exactamente á las indicaciones que el alma de Agamenon da en el infierno á la de Aquiles en los versos 80 á 84 del canto XXIV de la *Odisea.*

«Encima de la urna, el sagrado ejército de los valientes griegos, elevamos una tumba sin tacha en la ribera que avanza sobre el ancho Helesponto, para que fuera visible desde lejos en el mar á los nacidos, á los presentes y á los venideros.»

El terreno inmediato al Sur de este túmulo está sembrado de ese detritus de tejas, vasos y otros restos de cerámica que revela la existencia de antiguas ciudades, despertando en la memoria el recuerdo de la antigua Achilleion, edificada por los hijos de Mitilene, y cuyos habitantes hicieron durante muchos años la guerra á los atenienses que ocupaban la ciudad de Sigea, situada á un kilómetro de distancia, en la eminencia del promontorio del mismo nombre, ciudades ambas que, segun el testimonio de Strabon, fueron destruidas por los habitantes de *Ilium Novum.*

Despues emprendimos la vuelta á Besika, encontrando á nuestro regreso alguna mas animacion en aquella extensa llanura, pues vimos varios labriegos acompañados de sus mujeres que regresaban de las faenas del campo á sus pobres hogares, conduciendo en brazos á sus hijos pequeños ó rodeados de los mayorcitos, cuadros de familia que, trayendo mas vivamente á mi memoria, de donde nunca se apartaba, el recuerdo de la mia, cubrieron con densísima niebla de tristeza mi espíritu, hasta el punto de parecerme que ya habia de estar separado de ella para siempre. Si algun mérito puede haber en este viaje, tan á deshora emprendido y con tanto afan aprovechado, es el supremo esfuerzo de mi voluntad para dejar á tan larga distancia y con tan difíciles medios de comunicacion, llevado solo del insaciable afan de la investigacion científica, á los séres que forman la mitad de mi vida, y de los cuales no habia comprendido nunca pudiera estar separado breve espacio de tiempo.

Si hay alguno de mis lectores que mire este párrafo como una puerilidad ó un alarde innecesario de *sensiblería,* que lo pase por

alto, pues al fin y á la postre, bien pocas veces en las páginas de este libro figura la personalidad de su autor, como acontece con frecuencia en casi todos los que tratan de viajes.

Antes de embarcarme tuve la fortuna de poder adquirir un notable relieve de mármol, que se habia encontrado hacia poco entre las ruinas de Hissarlik y que estaba en el huerto de la casa de un iman turco, relieve que copiamos en la adjunta lámina, y que aunque de época relativamente cercana, si se compara con la antigüedad homérica, representa un jefe militar precedido del *accenso* (1). Esta importante escultura, traida á nuestro Museo antes de las citadas y fecundas escavaciones de Enrique Schliemann en aquellos parajes, puede decirse que fué de las primeras antigüedades traidas á los museos de Europa de tan remotos é históricos lugares.

Á nuestro regreso á la fragata encontramos á su comandante dispuesto á hacerse de nuevo á la mar, pues la bahia de Besika ofrece muy pocos recursos, y solo á fuerza de muchas diligencias pudieron adquirirse algunos víveres frescos. No es difícil hacer aguada en un riachuelo que desemboca en la playa.

Aquella bahía no proporciona resguardo para los vientos del Norte al S. por el O. y únicamente debe considerarse como un fondeadero, donde los buques que se dirigen al Bósforo pueden esperar tiempo favorable; pero esta ventaja la obtendrán igualmente fondeando en toda la costa de Asia desde el canal de Tenedas, que es el sitio mas seguro, hasta la boca misma de los Dardanelos.

El movimiento de buques que embocan este estrecho es tan considerable, que ofrecen ocupacion á muchos vapores remolcadores destinados exclusivamente á conducirlos por él.

(1) Los accensos, así civiles como militares, debian preceder con los lictores á determinados magistrados y altos jefes de la milicia, como lo demuestra una moneda de la familia Junia, en cuyo reverso se ve á Junio Bruto precedido del accenso y de un lictor y seguido de otro. La tradicion de esta costumbre romana la encontramos en los *cawas* de Oriente, que preceden á las personas de elevado rango, y por cuyo número y lujosas armas y vestiduras se juzga de la importancia del personaje que los tiene á sueldo.

En la misma llanura de Troya, y poco antes de llegar á Besika, encontramos á un turco de buena posicion, á caballo, y precedido de un cawa, con bordada chaquetilla, ancha faja, lujosas armas en la cintura, y una corta pica al hombro, pero descalzo, que nos recordó el grupo de mármol á que nos referimos en el texto.



CAPÍTULO II.

DE BESIKA Á LOS DARDANELOS.—CHANAK-KALEH.

Á las once de la mañana del dia 25 de Julio dejamos la bahía de Besika, quedando á medio día cerca de la entrada del estrecho de los Dardanelos.

Embocamos este paso, y venciendo una fuerte corriente contraria, no obstante haber atracado á muy corta distancia de la costa de Europa, que es donde tiene menos velocidad, nos encontramos entre los castillos de los Dardanelos, sitio el mas angosto del canal, á las dos y media de la tarde, y pocos momentos despues dejamos caer el ancla en el fondeadero de Chanak-Kaleh, que es el límite hasta donde se consentia llegar á los buques de guerra.

Confirmada por el tratado de Paris de 30 de Marzo de 1856 la regla invariable del gobierno turco, de tener cerrado el paso de los Dardanelos y del Bósforo á los buques de guerra de todas las naciones, pero reservando á este la facultad de permitirlo en algunos casos, habia hecho uso de ella muy contadas veces, y esto dió lugar á esperar que la *Arapiles* podria llegar hasta el Mar Negro; pero discutidas por la diplomacia rusa en los últimos meses de aquel año ciertos puntos importantes del referido tratado, se afirmó mas el gobierno otomano en su decision de no consentir el paso por dichos

canales á ningun buque de guerra extranjero, y consecuencia de ello fué que se le negase la autorizacion que pidió para llegar á Constantinopla á la fragata de guerra americana *Guerrière* en aquel próximo pasado mes de Junio, y que fracasasen las gestiones hechas por nuestro gobierno con igual fin respecto á nuestra fragata.

Al fondear en Chanak-Kaleh llegó á bordo el vice-cónsul de España en dicho punto Sr. D. Francisco Carabeli, que se nos ofreció para cuanto pudiéramos necesitar; y despues de saludar á la plaza, que contestó en seguida, saludamos tambien con arreglo á instrucciones al citado vice-cónsul á su regreso para tierra.

El dia 27 fué el señor comandante de la fragata, acompañado del agente español á visitar al gobernador general del distrito, que comprendia la costa de la Anatolia y las islas del Archipiélago, pertenecientes á la Turquía, y al gobernador que mandaba las numerosas fortalezas del estrecho, siendo acogido por dichas autoridades con señalada distincion. Al devolver ambos la visita en persona dentro del plazo marcado por la etiqueta, fueron recibidos á bordo con los honores debidos á su rango, y saludados con los cañonazos correspondientes; habiendo tenido ocasion de saber que habian quedado muy complacidos, tanto de la fragata, como del recibimiento que se les hizo.

La poblacion de Chanak-Kaleh, situada en la costa de Asia, es poco importante; pero es, sin embargo, la principal de las seis que hay á uno y otro lado de los Dardanelos, y la residencia de las autoridades y de los cónsules de casi todas las naciones, presentando un agradable y pintoresco aspecto la línea accidentada de casas que ocupa el frente de la orilla, formando lo que solemos llamar en España la *cortina del muelle*, con las banderas de colores varios simbolizando las diversas naciones del mundo, izadas en las moradas de sus cónsules ó agentes. Tiene unos 15,000 habitantes, la mayor parte griegos, y su única industria la constituye la fabricacion de objetos de alfarería, principalmente jarras, en cuya forma y dorados se ven las reminiscencias del arte pérsico; jarras y otros objetos de tan singular cerámica, que acuden los habitantes á vender en botes al

costado de los buques que llegan á aquellas aguas. A esta industria debe su nombre, que no quiere decir otra cosa sino *castillo del Alfarero*.

Aunque la multitud de embarcaciones que pasan por el estrecho tienen que comunicar con ella, bien para obtener el permiso indispensable si se ha de seguir al interior, bien para entregar el que traen para salir, su movimiento comercial es insignificante.

El caserío es pobrísimo, y construido casi en su totalidad de madera ennegrecida por el tiempo, lo cual, pasada la primera línea de casas que dan sobre el mar, le da un aspecto desagradable; de manera que, excepcion hecha de las casas de los cónsules y de algunos edificios del gobierno, apenas hay en Chanak una habitacion de mediana apariencia.

Los Dardanelos estaban á la época de nuestro viaje defendidos por numerosas baterías en ambas orillas, entre las que habia dos ó tres de muy reciente construccion, y algunas abandonadas y muy antiguas. Se comprende lo difícil de forzar este paso en tiempo de guerra, porque los buques que lo intentasen se encontrarian bajo el fuego de los cañones turcos durante un largo espacio de tiempo, aunque lo hiciesen á toda velocidad; pero sin obstruirlo con torpedos, no creia nuestro comandante que dejase de lograrlo una escuadra de buenos buques acorazados. Prueba de ello es, que cuando no habia mas medio de propulsion para los buques grandes que el viento, ni mas costados que de madera, forzó dicho paso en 1807 la escuadra inglesa, al mando del almirante Duck Worth, y en algunos de los renombrados cañones de bronce de gran calibre de dichas fortalezas, que arrojan balas de mármol, y que aun las guarnecen en parte, se ven hondas señales de los proyectiles ingleses, que se conoce los atacaron muy de cerca y que tenian buenos artilleros. Dichos cañones solo pueden considerarse en el dia como un objeto de curiosidad y como un arma inofensiva para los buques; pero al lado de ellos los hay modernos, capaces de perforar las mejores corazas.

Poco hubiéramos hallado que estudiar en monumentos ú objetos de los predilectos ramos de nuestras aficiones, la Arqueología y el Arte,

á no haber tenido la fortuna de conocer al cónsul de Inglaterra, hermano del ya citado Mr. Franck Calvert por sus exploraciones en la Troade, el cual, en la bellísima casa que posee no lejos del puerto, ofreciónos la mas favorable acogida, y ocasion de admirar, entre varios curiosos objetos adquiridos por la inteligente actividad de su citado hermano (ausente á la sazon), que consistian principalmente en vasos griegos, el admirable TALENTO DE BRONCE encontrado en Abydos, y que damos por vez primera reproducido de todo su tamaño y tal como se encuentra, calcado sobre la notable copia sacada con su acostumbrada exactitud por nuestro compañero el Sr. Velazquez.

Este verdadero monumento para la difícil historia de las pesas y medidas antiguas fué encontrado en el año de 1861 por un labriego turco, en el emplazamiento de la antigua Abydos, el cual lo vendió al citado Mr. Franck Calvert, quien, deseoso de que las investigaciones de los hombres dedicados á estos estudios recayese con fruto sobre tan peregrino objeto, envió fotografías y calcos de él á Mr. H. Waddington, que confió á Mr. Vogüé su estudio, el cual lo dió á conocer con una interesantísima monografía en la *Revue Archéologique*, trabajo que tenemos á la vista y que seguimos en gran parte al dar á conocer á nuestros lectores tan peregrino monumento, pudiendo apreciarle debidamente por haberle estudiado con el original á la vista.

Como pueden ver nuestros lectores en la adjunta lámina, este ponderal es de bronce, llevando sobre la espalda del leon, el asa. Su altura total es de veinte centímetros, su longitud de treinta y cuatro á treinta y cinco, y su peso de veinte y cinco kilógramos, seiscientos cincuenta y siete gramos. Bajo la base ó plinto sobre que el animal descansa, se encuentra una hoja suplementaria de metal, destinada sin duda á completar el peso, hoja metálica en parte destruida. Mr. Calvert evalua el fragmento que falta en una ó dos libras inglesas. El resto de la superficie del monumento apenas ha sufrido con la accion del tiempo.

El arte, que claramente se revela en la parte escultórica de este notable ponderal, es el asirio, aunque inferior como ejecucion al leon asirio de Khorsabad, que se conserva en el Louvre. Hállase en él, sin



Velazquez copió y midió del natural. Reinguar cro.^{mo} Lit. Lit de J.M. Mateu Calle de Recoletos 4

TALENTO DE BRONCE ENCONTRADO EN ABYDOS.

Tamaño natural.

embargo, el mismo tranquilo sentimiento de la fuerza muscular, el mismo vigor acentuado y duro del modeló, el aspecto de grandiosidad arcáica, que da á las obras, aunque imperfectas de la alta antigüedad, esa especial fisonomia que ningun arte ha podido reproducir. Ademas el trazo general es el mismo, la disposicion de las piernas y de los brazos, las arrugas de la cara, el contorno de la melena son enteramente iguales, diferenciándose solo en algunos detalles de ejecucion, tales como el dibujo de la melena, que en el de Khorsabad está formado por mechones rizados y simétricos, y en el de Abydos, el escultor siguió un procedimiento á que llama con razon *cursivo* Mr. Vogüé, resultando una especie de estriado rudo y anguloso, pero que demuestra el objeto que el artista se propuso al trazarlo, como queriendo dar á entender que aunque conocedor del natural, no tenia que descender á detalles, una vez expresado su pensamiento de representar el simbólico leon de las tradiciones asirias, en un objeto cuyo principal destino era mas industrial que artístico. En el trazado general de la figura, en los acentuados caractéres del modelado, sentidos sin duda alguna por el natural, ya demostró su competencia: descender á detalles, debió parecer nimio al que de tal manera, con tal vigor y acierto sabia expresar su pensamiento artístico. Semejante manera de terminar sus obras era muy comun en los monumentos arcáicos; y no debe darse á tales faltas de minuciosa conclusion y de maneras convencionales en los detalles valor alguno cronológico, porque abraza semejante sistema épocas diversas en la historia del arte, aun despues del siglo de Pericles.

Hay tambien otra consideracion que no debe perderse de vista al juzgar bajo el criterio artístico este notable monumento. Destinado á un uso meramente industrial, debian existir moldes hechos por buenos artistas, en los cuales se irian vaciando los ponderales, segun lo exigiese la necesidad; y las manos subalternas que se ocupaban en este trabajo ya puramente mecánico, alterarian á menudo el modelo primitivo en aquellos pequeños detalles.

No es, pues, el arte la mas segura guia para la investigacion de la época á que este peregrino objeto se refiere: hay que pedir su auxi-

lio á la lingüistica y á la epigrafía para conocer la época en que fué fundido, y que desde luego puede considerarse posterior al de Khorsabad, y á los célebres de Nimrud, conservados en el Museo Británico, de los cuales el primero es de fines del siglo VIII, contando los segundos cerca de una centuria mas de antigüedad.

«Que el leon de Abydos, de que vamos ocupándonos es un peso ó ponderal, no puede ponerse en duda, despues de que la ciencia, gracias á los esfuerzos de Mr. Layard, se encuentra en posesion de una serie completa de ponderales asirio-fenicios, descubiertos por este célebre orientalista en Nimrud (1), y desde que se lee la inscripcion grabada en el zócalo, que reducida al hebreo dice :

אספרן לקבל מהריא זי בספא

Contrastado en presencia de los conservadores de la plata (ó del dinero).

La interpretacion del texto no puede ofrecer ninguna dificultad: אספרן es palabra del arameo bíblico, casi puro, por אַסְפַּרִין tercera persona de plural del pretérito *Aphel* del verbo סַפַּר que significa á la vez escribir y contar, doble acepcion que responde perfectamente á la idea expresada por el verbo *contrastar*, ó sea traducido literalmente, *hicieron contrastar*. מתריא es plural enfático de מתר, que no se encuentra en la Biblia con valor sustantivo, pero que se deriva sin violencia del verbo מְתַר , el cual se encuentra con frecuencia en el sentido de *sellar* y de *proteger*. Estas dos acepciones se encuentran repetidamente usadas en los numerosos derivados de esta misma raiz, asi en el siriaco como en el árabe, y justifican la traduccion que hemos adoptado. La misma idea se habria expresado en hebreo por שֹׁטֵר *scriba, magistrado*, raiz muy relacionada con la nuestra, sobre todo si se tienen en cuenta las permutaciones de letras, de que el arameo ofrece tan frecuentes ejemplos. Pero sea la que quiera la etimologia que se acepte, es evidente, segun el contexto, que מתריא

(1) *Discoveries in the ruins of Nineveh.* — Duque de Luynes. *Mémoire sur le sarcofage d'Esmunazar.* — Norris, *Journ. of the Asiatic Society.* — Vazquez Queipo, *Essai sur les syst. métric.*

designa á los funcionarios cuya mision era vigilar cuanto dijera relacion asi á las transaciones del comercio de la plata, como á la conservacion de los fondos públicos.

»זי, pronombre relativo, indica el genitivo y responde exactamente al די del arameo bíblico y del siriaco; siendo de notar que esta partícula se encuentra exclusivamente en esta forma en todos los monumentos arameos originales encontrados hasta el dia; monedas del Asia Menor, piedras grabadas, papiros é inscripciones de Egipto; y si bien no se ha dado todavía explicacion satisfactoria á este hecho, no se le podria buscar en diferencias cronológicas, porque los monumentos descubiertos pertenecen á un largo periodo de años, y aunque la forma זי parezca la mas antigua á causa de su conexion con el pronombre hebráico זֶה y de la persistencia de la forma די en los dialectos modernos, es lo cierto que las dos formas han sido empleadas simultáneamente, y que la stela de Carpentras, p. e., es de la época ptolemáica, y posterior á la redaccion de muchos caldeismos de los libros sagrados.

»El alfabeto de nuestra inscripcion es el alfabeto arameo, que se encuentra, con algunas variantes, en casi todos los monumentos pertenecientes á su familia lingüística, cualquiera que sea su origen. Las diferencias que presenta con el alfabeto fenicio, están marcadas desde hace mucho tiempo y definidas con exactitud; pero sus caractéres peleográficos distan mucho de haber sido estudiados con el mismo cuidado y el mismo éxito. Por punto general, la paleografía semítica está por formar y sus reglas por establecer: por mucho tiempo ha reinado la mayor incertidumbre acerca de la edad de las inscripciones anteriores á la era cristiana, acerca de las modificaciones introducidas por el tiempo en la forma de las letras, y las indicaciones que pueden ofrecer en cuanto á su clasificacion cronólogica. Cuando yo publiqué la inscripcion de Bodaschtoreth (1), ninguna luz habia brillado para iluminar tales tinieblas; por lo que me vi en la necesidad de permanecer en una prudente reserva, y de invocar la imposibilidad en que me encontraba de decidirme entre dos hipótesis que ponian un mismo monumento

(1) *Mém. de l'Acad. des Inscr. et Belles Lettres*, S. E., T. VI.

á muchos siglos de distancia entre si. Hoy, aunque la incertidumbre no ha cesado, puede procederse con alguna mas seguridad. Desde la publicacion de mi memoria se han hecho importantes investigaciones así en Alemania como en Francia, que han dado resultados positivos.

»Me seria imposible, sin salir de los límites de esta noticia, abordar un asunto tan vasto como la paleografía semitica; pero puedo indicar en breves palabras los puntos principales de la nueva teoría, al menos aquellos que nos es indispensable conocer para fijar la época del leon de Abydos; reservándome para mas adelante una demostracion, que reclamaria mayor desenvolvimiento de ideas, las cuales serian hoy prematuras.

»Considero como demostrada la existencia de un alfabeto semítico primitivo, tronco comun de los alfabetos fenicio y arameo, de los cuales se derivan, no solo todas las escrituras semíticas, sino todos los sistemas gráficos del Occidente. Este alfabeto primitivo, que á su vez proviene sin duda de otros sistemas mas antiguos, ofrece la mayor analogía con el de las monedas asmoneas, adoptado por las aficiones arcáicas de los judíos, relacionado tambien con las formas griegas mas antiguas. En este sistema, el *men* y el *schim* son ondulados, el *lamed* no tiene mas que un gancho, el *tau* es cruceiforme. Las inscripciones fenicias, que se relacionan mas con este tipo primitivo, son las de los leones de Nimrud (que son á la vez las mas antiguas cuya fecha se haya fijado con exactitud), la tercera y cuarta maltesa, las leyendas de numerosas piedras grabadas, la mayor parte inéditas, y cuya descripcion tendrá lugar en otro trabajo extenso sobre la materia.

»La escritura para la cual propusimos el nombre de *Sidonia* (1), es decir, la de Eschmunazar, de Badaschtoreth, de los reyes de Byblos, de las inscripciones de Atenas, seria por lo tanto relativamente moderna.

»Del sistema primitivo al sistema sidonio, la transicion se ha realizado insensiblemente por dos séries de transformaciones de que los leones de Nimrud ofrecen un ejemplo; con posterioridad á ellos, es

(1) Mem. cit. p. 21.

decir, despues del siglo VIII, fué cuando el último sistema debió recibir su forma definitiva.

»En la rama aramea realizóse análogo trabajo, empezando por alterar profundamente la forma de ciertas letras mientras se respetaban otras; sucediendo despues á este sistema mixto un alfabeto perfectamente caracterizado, que ha ido en la serie de transformaciones diversas alejándose del tronco comun, á medida que el dialecto se separaba del lenguaje primitivo.

»La mas radical de estas alteraciones es la que abrió las curvas de las letras primitivas, dando al *beth, daleth, aïn, qôph, resch,* su forma característica. Esta alteracion no parece mas antigua que del establecimiento de la monarquía persa en el Asia occidental, porque muchos cilindros asirio-persas del Museo Británico (1) tienen leyendas arameas con los caractéres de curvas cerradas, y uno de ellos, entre otros, que lleva en la parte superior de su composicion grosera imitacion del Ormuzd persa, no puede ser anterior al siglo VI. Esta alteracion basta para separar profundamente el arameo del fenicio. Una transformacion comun á los dos alfabetos, es la de que en el *mem* y el *schin* sustituya una barrita transversal á las ondulaciones primitivas; alteracion sin duda alguna posterior al siglo IX; porque los leones de Nimrud tienen todavía letras onduladas. En arameo este principio se extendió al *samech,* que en fenicio conservó siempre sus numerosos zig-zag; y

así ... se trocó en ...
como ... en ...
y ... en ...

»El *samech* del leon de Abydos es, por lo tanto, de una forma secundaria, y confirma nuestra opinion, el verla en las monedas cilicias del cuarto siglo, despues en los monumentos ptolemáicos, y en fin,

(1) Véase la descripcion de estos cilindros en los *Phoenizische Studien* del doctor Levy, Breslau, 1857. II. Heft, p. 24 y sig. fig. 1, 3.

que esta misma forma, por una postrera simplificacion, produjo el *samech* palmireniano, *samech* al que solo una ligera diferencia separa de la letra cuadrada del alfabeto hebreo moderno.

»Me es imposible seguir aquí en sus transformaciones sucesivas á través de las edades las demas letras del sistema; limitándome á aquellas que figuran en nuestra inscripcion, y cuya historia puede darnos puntos de partida cronológicos. De este número son el *zaïn* y el *iod*. Como ya hizo notar Mr. Waddington (1), estas dos letras han tenido comunes destinos, y transformaciones, por decirlo así, paralelas. No podré decir cuál fuera su forma primitiva, que ningun monumento nos ha revelado todavía, aunque me inclino á creer que debia ser asaz complicada, acercándose al *zaïn* por extremo característico que he encontrado en las monedas judáicas de Eleazar (2). El tipo mas antiguo que conocemos es muy parecido á nuestra Z, con la adicion de un segundo trazo horizontal para el *iôd*, habiendo dado origen al *zèta* y á la *iota* griegas arcáicas. Los alfabetos fenicio y arameo han conservado este carácter simultáneamente hasta una época relativamente moderna, y despues cada pueblo le ha modificado siguiendo su genio peculiar; en arameo, el *zaïn* está reducido á un simple trazo vertical, y el *iôd* á un sencillo trazo cortado á la izquierda por otro pequeño trazo horizontal. Mr. Blau ha fijado perfectamente este hecho hoy incuestionable (3). El *iôd*, así transformado ⫞, se encuentra, no solamente en las monedas cilicias, en las piedras grabadas y en monumentos descubiertos en Egipto, sino sobre los papiros Blaças, con una forma cursiva, que es la evidente generadora del *iôd* palmireniano y del *iôd* cuadrado hebráico. Añadiré ademas que se encuentra igualmente en los alfabetos arcáicos de Italia.

»La época en la cual estos dos tipos del *iôd* y del *zaïn* fueron definitivamente adoptados, está indicada por la numismática. Existe una serie de monedas cilicias, y un grueso darico con tipo de carro,

(1) *Revue numismatique*, Diciembre 1860, Enero 1861. *Etudes de numism. asiatique.*
(2) *Revue numismatique*, 1860, p. 283.
(3) Cf. Waddington, *Mem. cit.*

que llevan á la derecha por única leyenda la palabra aramea מזדי. La significacion de esta palabra no ha sido determinada todavía de una manera satisfactoria, pero su lectura es indudable.

»En el darico está escrito:

»En las piezas cilicias:

»La primera leyenda pertenece todavía al alfabeto mixto, la segunda al nuevo: hay que colocar por lo tanto entre estas dos emisiones el abandono del primer sistema. El darico fué acuñado todo lo mas hácia la mitad del siglo v, en tiempo de Artagerges *larga mano*, ó Dario Ochus; en cuanto á las piezas cilicias, las mas antiguas llevan los nombres históricos de Pharnabazes y Teribazes, y son de fines del siglo v ó principios del iv. Hay que colocar, por lo tanto, hácia la segunda mitad del siglo v la transformacion definitiva del alfabeto arameo.

»Resumiendo en breves palabras las observaciones precedentes, clasificaremos los diversos géneros de escritura empleados por las poblaciones arameas, en la siguiente forma:

»Desde una época indeterminada hasta próximamente el siglo vi, alfabeto semítico primitivo y fenicio arcáico.

»Durante los siglos v y iv, alfabeto mixto arameo-fenicio.

»A partir de fin del siglo iv, alfabeto arameo propiamente dicho.

»Estos periodos no son de un rigorismo absoluto, que en el estado actual de la ciencia seria imposible establecer. Fácilmente se comprende que no pueden tener el carácter de reglas inapelables, porque de pueblo á pueblo, de ciudad á ciudad, las transformaciones de la escritura, como las del idioma, han sido lentas ó rápidas. Creemos, sin embargo, que sufren la marcha general de las variaciones paleográficas, y estamos persuadidos de que futuros descubrimientos, completando y rectificando nuestra teoría, vendrán á agru-

par nuevos hechos en el cuadro que hemos bosquejado á grandes rasgos.

»Si aplicamos los datos que preceden á la inscripcion del leon de Abydos, encontraremos que pertenece al sistema que hemos llamado mixto.

»El *zaïn*, el *iod*, el *caph*, pertenecen todavía al fenicio arcáico: las letras de curvas cerradas, al contrario, están profundamente deformadas: el *samech*, como hemos demostrado, supone un *mem* rayado, y no es muy antiguo: el *tau* mismo es el de las monedas cilicias.

»Por otra parte, el estilo de la escultura nos lleva á fijar la época del monumento hasta donde es posible, en los límites asignados por la paleografía, ó sea el siglo VI.

»Es cierto que en esta época gran parte del Asia Menor estaba ocupada por poblaciones semíticas, Mr. Waddington (Mem. cit.) ha afirmado, con ayuda de la numismática, que los habitantes de la Cilicia, de la Capadocia, de la Paflagonia, desde el Mar Negro hasta el golfo de Issus, pertenecian á la raza de Sem; nuestro leon nos demuestra la presencia de esta misma raza hasta las orillas del Bósforo, mezclada con las colonias griegas que poblaban las ciudades del litoral.

»El lenguaje de estos pueblos era el arameo; es decir, el hablado por todos los semitas á partir de cierta época, desde el Egipto hasta el Mar Negro. No está, sin embargo, todavía bastante esclarecido el papel que haria en aquellas épocas este dialecto, que parece haber precedido al árabe, como intermediario universal de las poblaciones orientales. Los libros de Esdras nos le presentan como la lengua vulgar de los judíos, y de las relaciones oficiales de la corte de Persia con las poblaciones vencidas de la Siria; los monumentos que á cada instante se descubren, ya en Mesopotamia, ya en el Asia Menor, ya en el Egipto, nos lo presentan en puntos muy lejanos los unos de los otros; y sabido es que es el idioma del semitismo cristiano con el nombre de siriaco.

»Los fenicios propiamente dichos; es decir, los habitantes de los territorios de Tiro, Sidon, Biblos, y algunas otras ciudades del litoral,

fueron los últimos en sufrir la influencia aramea, y conservaron tambien mas que otros pueblos la pureza del lenguaje primitivo. Pero en las colonias apartadas, como Cartago, Malta, Gades, y las factorias aisladas, como las de Atenas y Marsella, las inscripciones fenicias reproducen casi sin modificacion las formas hebráicas, al mismo tiempo que el hebreo pasaba entre los judios al estado de lengua sagrada ó de lengua muerta. Algunos aramaismos que se han creido encontrar en los textos fenicios, aun admitiendo que estén perfectamente comprobados, no son mas que excepciones.

»Asi, no creo que el leon de Abydos perteneciera á una colonia fenicia establecida en el Bósforo; pero si, que sirviera para los cambios de los fenicios con los indígenas arameos: en efecto, sobre la grupa del animal, se ve grabado el carácter siguiente:

𐤓

que es un *resch* fenicio, si no es un *rho* griego arcáico, y que sin duda figura como la letra numeral 100, indicando el peso del bronce, refiriéndose á una unidad para los que lo usasen conocida. Sabido es que el transporte de materias preciosas y particularmente la plata, era una de las ramas mas importantes y mas antiguas del comercio de los fenicios. Sabido es tambien que desde la mas remota antigüedad la plata pesada, ya que no amonedada, se empleó en el mundo semítico como signo representativo de valores en los cambios. La Biblia ofrece numerosos ejemplos de semejantes transacciones, de acuerdo con lo que enseñan sobre el particular escenas figuradas en los bajo-relieves egipcios.

»La *plata* mencionada en nuestro ponderal es, pues, ó el género comercial transportado en los barcos fenicios, ó esta materia específica dividida en cantidades determinadas para los usos del comercio y las necesidades del tesoro público. En ambos casos los funcionarios á quienes estaba confiado el cuidado de velar por el depósito del precioso metal, estaban al mismo tiempo encargados de contrastar los pesos y medidas; y tales magistrados formarian indudablemente parte de la organizacion local, indígena, independiente, que funcionaba bajo

la alta soberania del rey de Persia. Los pesos de Nimrud destinados á la transacciones mercantiles de las caravanas fenicias con Nínive, están contrastados por funcionarios ninivitas (1) en nombre del rey de Asiria. Es indudable que en las numerosas factorias que tenian diseminadas en el mundo antiguo, los fenicios se valian de los sistemas métricos locales y de los pesos autorizados y marcados por las autoridades locales tambien. El uso de poner de tal modo sobre los pesos el signo exterior de la garantia pública y al mismo tiempo el nombre de los magistrados, es comun á todos los pueblos y á todas las épocas de la antigüedad. Casi todos los pesos originales que se encuentran en nuestras colecciones llevan ó el nombre ó el monograma de un agoranomo, de un rey, de un edil, ó de un emperador romano.»

Pasando á estudiar este célebre leon bajo el punto de vista de la metrologia, aunque modestamente Mr. Vogüé dice que deja este estudio para los sabios que se ocupan especialmente de tal linaje de investigaciones, consigna importantes datos, cuya exactitud comprobamos cuando tuvimos la fortuna de examinar detenidamente este notable monumento, en el gabinete de Mr. Calvert en Chanak-Kaleh. El célebre leon de Abydos en su estado actual pesa 25 kilógramos 657 gramos; su peso primitivo, teniendo en cuenta lo poco que ha perdido, seria de poco mas de 26 kilógramos. Es, por lo tanto, con toda evidencia un *talento*, pero un talento que no pertenece al sistema de los leones de Nimrud; porque estos forman una série cuyo talento es de 29 kilógramos 800 gramos, dividido en sesenta minas, ó treinta minas dobles. El Sr. Vazquez Queipo ha dado á este sistema el nombre de asirio-fenicio, y probado, por otra parte, la identidad de los talentos ático y euböico, evaluándolos, en números redondos, á 25 kilógramos 500 gramos. El leon que nos ocupa, segun esto, seria un *talento euböico*, y, salvo error, el primero descubierto hasta el dia,

(1) Sus nombres con terminacion aramea indican sobradamente su nacionalidad. Sigo la interpretacion que ha dado á las inscripciones de los leones el duque de Luynes (*Mem. sobre Esmunazar*, p. 817), confirmada por la inscripcion del leon de Abydos. Mr. Norris ha creido encontrar la mencion de dos séries de pesos, la una *real*, la otra *del país*. Semejante traducion está contradicha por los pesos mismos, que no concuerdan con la pretendida distincion (V. Vazquez Queipo, *Ensayo sobre los sistemas métricos* I, 340), y por la paleografía, que no permite dar arbitrariamente á un mismo carácter valores diferentes.

circunstancia que aumenta su valor, si ya no lo tuviera subidísimo bajo el punto de vista del arte y de la paleografía.

Despues de haber admirado, estudiado, y deseado (por qué no decirlo), el admirable monumento ponderal cuya descripcion acabamos de hacer, y el estudio de cuya inscripcion hemos transcrito de la notable monografía de Mr. Vogüé, que tan en claro y con tanto acierto la ha puesto, bajamos al salon de la preciosa casa inglesa que posee en Chanak el citado Sr. Calvert, donde nos esperaba un delicado refresco, y la atentísima familia de este señor, sobresaliendo entre ella sus dos bellísimas é instruidas hijas. La principal bebida que nos sirvieron, y que despues tuvimos ocasion de volver á saborear en varios puntos de Turquía, fué un agradabilísimo refresco hecho con zumo de cerezas, cuyo nombre no queremos consignar por ser eufónico de una palabra poco aceptable para oidos pulcros.

Pero mientras mi compañero Velazquez y yo habíamos pasado la tarde entera de aquel inolvidable dia en el precioso gabinete de antigüedades donde se conservaba el Leon, la familia de Mr. Calvert obsequiaba á nuestro compañero Zammit y á varios oficiales de la fragata con un paseo á caballo por el parque y sus pintorescos alrededores, paseo que debió parecerles delicioso solo con que mirasen los esbeltos talles y hermosos rostros de las señoritas que los acompañaban.

Por la noche, no contentos con tantas bondades los dueños de aquella encantadora morada, nos invitaron á una pequeña reunion de confianza, para que oyésemos una especie de concierto de instrumentistas del país, concierto que trajo á mi memoria los de nuestras bandurrias y guitarras, pues de una y otra clase, de formas parecidísimas á las nuestras y tocadas *à punta* sobre cuerdas metálicas, se encontraban entre los instrumentos que tocaron aquellos músicos, colocados en el descanso de la escalera, de modo que sus melodías llegaban mas gratas á nuestros oidos veladas por la distancia que los separaba del salon. De análoga manera hemos visto años despues colocados á los músicos de las bandas de guitarristas y bandurristas de Madrid en

los espléndidos bailes del opulento magnate español duque de Fernan Nuñez. En cuanto á la música que de aquellos tañedores oimos, y que consistió casi toda ella en aires y sonatas del pais, tuvimos la desgracia de que no llenase cumplidamente nuestros deseos; y aunque encontramos algunas veces cierto parecido con nuestros aires populares andaluces, en la comparacion salieron estos victoriosos, pues nada oimos que pudiera comparase al animado y sensual *Vito*, ni al bullicioso *Fandango*, ni á la *Caña* lánguida y tranquila, ni á la apasionada *Soleá*. Y es que sucede con la música de Oriente lo que en breve tuvimos ocasion de observar respecto al arte. Esa música como ese arte tan lleno de encantos y de poesia, aunque influida en parte por elementos orientales, se conformó en nuestra patria como en parte alguna, y tomó un carácter especial, que quedó para siempre entre nosotros como recuerdo imperecedero de aquellos que llamamos bárbaros, y cuyo espíritu vive en nuestro idioma, en nuestras costumbres, en nuestra literatura, en nuestras tradiciones, en nuestro organismo y hasta en nuestra política. El que quiera buscar las costumbres, y la música, y el arte oriental, tan poetizados por Lamartine, por Victor Hugo y por Zorrilla, que no vaya á buscarlos á Oriente, que se quede en España, en nuestras poblaciones del litoral andaluz.

CAPÍTULO III.

DE CHANAK-KALEH Á CONSTANTINOPLA.

Al siguiente dia de aquella noche de gratísimo recuerdo nos despedimos del distinguido cónsul inglés y de su inolvidable familia, modelo perfecto de la familia inglesa; y como, segun dejamos apuntado, nuestra fragata no podia continuar su viaje á Constantinopla por ser buque de guerra, con arreglo al entonces vigente tratado de Paris, tomamos pasaje en un vapor de las mensajerías francesas, cuyo nombre evocó dulces recuerdos en mi memoria, porque llevaba el del gran rio de nuestra patria, *L'Ébre*.

Á poco de tomar posesion de nuestro camarote en aquel francés Ebro, que iba á conducirnos á la renombrada reina del Oriente, empezamos nuestras mentales observaciones acerca de los personajes que nos rodeaban y que iban á ser nuestros compañeros de viaje en aquella corta navegacion; no pudiendo presumir que en tan breve espacio mi buena fortuna me presentara ocasion de estudiar un cuadro acabado de costumbres turcas *pur sang,* y de costumbres de aquellas que no pueden fácilmente estudiarse, que es casi imposible conocer, porque se refieren á pormenores de la vida íntima de familia.

Habia embarcado con nosotros un jefe turco de alta graduacion, que desempeñaba importante puesto, no recuerdo en qué punto del

estrecho, y que trasladado á otro iba á Constantinopla, habiendo *levantado su casa,* como decimos en España, llevando consigo cuanto le pertenecia. De él eran unos magnificos caballos árabes, que habíamos visto embarcar, de él tambien el harem, que despues de aquellos hermosos animales, y con no mayores miramientos, vimos tambien llevar á bordo. El jefe turco, hombre como de cuarenta á cincuenta años, de agradable presencia y grave continente, habia tomado cámara de primera, y tranquila y muelle posesion de su camarote, precisamente al lado del mio, sin volver á ocuparse para nada de su *caballeriza,* que cuidaban de colocar lo mejor que podian sus esclavos en el vapor, ni de su harem, que para él era lo mismo, si era tanto.

Le acompañaba un secretario turco tambien, jóven como de veinte y cinco años, instruido á la europea, que hablaba francés, inglés é italiano muy correctamente, y que estaba de ordinario sentado delante del camarote, esperando las órdenes de su señor y entre tanto leyendo en un libro, que pude ver, cuando mas tarde trabé conversacion con él, que eran las orientales de Victor Hugo.

Como este jóven, cerca de los magnates turcos se encuentran otros que, buscando acomodo y viendo lo apreciados que son, cuando reunen alguna ilustracion y cultura, se dedican al estudio de los idiomas, para lo cual tienen una facilidad maravillosa los hijos del pais que cultivan su inteligencia, á la caligrafia, pues los turcos gustan mucho de la perfeccion en sus escritos, y á algunos otros conocimientos de historia y geografia, con lo cual logran el aprecio de los señores á quienes sirven, y tener con ellos esa influencia que siempre ejerce la superioridad de la inteligencia y la cultura sobre la orgullosa inepcia ó la necia y altiva ignorancia.

Á la parte exterior de la primera cámara, sobre la cubierta, habian colocado á las pobres mujeres del harem, en un grupo que guardaban dos eunucos y una vieja gruñona, grupo entre el cual se veian tambien dos hijos del pachá y de alguna ó algunas de aquellas mujeres que, cubiertas con su indispensable velo, vistiendo sus ámplios trajes y envueltas en anchos caftanes, estaban acurrucadas sobre

una estera de junco egipcio, las unas echadas con abandono sobre el brazo ó sobre cualquier envoltorio de los que consigo llevaban, las otras fumando ó comiendo dulces de mastika, y algunas acariciando á los niños, con esa admirable expresion maternal, cuyo bendito idioma es el único universal que se conoce en toda la extension de la tierra. Entre aquellas pobres mujeres allí arrinconadas y expuestas á la intemperie, sin mas que un ligero toldo de lona que el capitan del vapor mandó extender sobre ellas, creo que por iniciativa propia mas que por peticion, no ya del señor, pero ni de los eunucos, habia alguna negra como el ébano, de agraciadas formas, y que debia ser esclava, pues apenas iba cubierta con un caftan de algodon rameado, que parecia una de aquellas colchas de *filipichin* de nuestros abuelos; ligero traje, que en uno de los vaivenes del buque, como la negra fuese mareada y cuidase poco de su persona en las angustias de su triste estado, solia entreabrirse descubriendo unas formas escultóricas. En cambio habia dos, que parecian muy jóvenes, casi unas niñas, de ojos negros y rasgados y de manos blanquísimas, cuyo perfil de correccion perfecta á juzgar por las líneas que marcaba el velo, y mas aun por lo que este indiscreto dejaba ver en algunos momentos que solia desprenderse de las sienes de sus dueñas, revelaba la pura raza circasiana.

Y ya que hemos hablado de los eunucos, queremos aprovechar la ocasion que se nos presenta de rectificar un error en que se encuentra la generalidad de las gentes que se muestran aficionadas y hasta presumen de entendidas en achaque de costumbres orientales. Se cree generalmente que estos desgraciados séres son pequeños, rechonchos, hasta mal conformados y contrahechos, y el tipo del eunuco, que se conoce en medio de cualquier grupo de que forme parte, por numeroso que sea, es precisamente todo lo contrario. El eunuco es alto, delgado, de fisonomía angulosa y dura, de mirada suspicaz é inteligente, y su cuerpo presenta una particularidad, que hace no pueda confundírsele con ninguno, la cual consiste en la desmesurada longitud de sus piernas flacas y huesudas. Vistos á cierta distancia ofrecen el mismo aspecto de un hombre subido sobre zancos; siendo relativamente á

sus piernas muy corto el torso, que á veces parece de un niño. Cual sea la causa de tan extraña conformacion, no la hemos podido averiguar. Á alguien oimos que consistia en la bárbara mutilacion á que apenas nacidos se les sujeta, quedando por ello sin desarrollo la parte principal del cuerpo, debiéndose la desproporcionada longitud de sus piernas á la costumbre que desde muy niños tienen de montar á caballo, ejercicio que continuan despues cuando están encargados de los haremes, yendo delante de los carruajes donde salen á pasear las mujeres que guardan. Acaso haya alguna exactitud en estas conjeturas, pues recordamos al propósito, que los postillones de las antiguas diligencias y sillas de posta, tienen tambien las piernas excesivamente largas, en comparacion con el resto del cuerpo.

Los eunucos, que tan importante papel juegan en la sociedad turca y en las intrigas de los serrallos, no deben su triste condicion á fortuitos accidentes, sino á una verdadera especulacion de los padres en determinadas comarcas, que desde poco despues de nacer los mutilan, dedicándolos á tan triste servidumbre.

Los que vigilaban el harem del pachá nuestro vecino, guardaban en los extremos del femenino grupo aquellas doce mujeres, que mas nos recordaban un redil de ganado, que conjunto de atractivas hermosuras. Los pasajeros indígenas les inquietaban poco, pero no así los europeos, y principalmente los franceses y los españoles, que, la verdad sea dicha, no sabiamos apartarnos de aquel reducido espacio, atisbando con impertinente curiosidad cuanto aquellas mujeres hacian, á despecho de los eunucos y de la vieja gruñona, que nos lanzaban, los unos miradas de verdadera indignacion, la otra de profundo rencor, llamándonos en el enérgico idioma turco, *perros cristianos.* Nosotros nos haciámos los desentendidos y continuábamos nuestras observaciones, que en verdad nos hicieron rectificar juicios é ideas erróneas hasta entonces sugeridas por viajeros y poetas, que mas se dejaron llevar de su soñadora fantasía que de la cumplida narracion de la verdad. Aquel dia pudimos convencernos hasta la evidencia del verdadero estado de abyeccion en que se encuentra la mujer en Turquía, convertida en instrumento material de placer, y á la que, lejos

de considerarse con ese caballeresco amor en que hemos soñado siempre los que veíamos la civilizacion oriental por el prisma de los árabes andaluces, tratan sin el menor miramiento, como lo demuestra la manera con que á las suyas conducia aquel buen señor, que ni una sola vez durante todo el viaje se cuidó de salir de la cámara á ver si podian necesitar de algo, ó á dirigirles al menos algunas palabras de amistad ó de afecto.

Las pobres mujeres á su vez apenas hablaban entre sí, y permanecian indiferentes á cuanto las rodeaba, con esa insensibilidad que tanto se acerca á la estupidez, como á la crueldad, la indiferencia y desvío de sus señores.

Llegada la hora de la comida, el pachá se sentó á la mesa general de la cámara, donde comió de cuantos manjares en ella se presentaron, sin cuidarse de averiguar si en su confeccion habian intervenido grasas ó carnes prohibidas por Mahoma, mientras á las mujeres les servian los eunucos su correspondiente *pilaf*, especie de arroz á la valenciana, con tortas de pan, de tan poca altura como amplio diámetro. Terminada la comida el afortunado turco se retiró á su camarote, cuya puerta parecia guardar sentado, segun lo tenia de costumbre, el kaleb ó secretario, y poco despues, sin duda para que le ayudara á soportar los *horrores* de la digestion, hizo que el pobre kaleb saliese de la cámara, y de entre el grupo de mujeres condujese una, y precisamente de las de tipo circasiano y menor edad, al camarote, la cual salió pasado breve rato para volver con sus compañeras, sustituyéndola en la *cabina* del señor otra y despues otra hasta cuatro; tras de lo cual ya no debió tener mas gana de conversacion con sus mujeres aquel afortunado mortal, oyéndosele dormir ruidosamente en satisfecho y reparador sueño.

Ya comprenderán nuestros lectores el efecto que á nosotros europeos y españoles habia de producirnos aquella asquerosa poligamia, y cuantas gracias dariamos á Dios recordando á nuestras madres, á nuestras hermanas y á nuestras hijas, por haber nacido en Occidente, y á la sombra de la bendita y redentora cruz, que habia librado en las comarcas donde se levantó triunfante á la hermosa mitad del gé-

nero humano, de la horrible tiranía del vicio y de la sensualidad, convirtiendo tan bajos instintos en los sublimes arrobamientos y generosas aspiraciones del amor cristiano.

La idealidad caballeresca de tan fecundo y dulce sentimiento no es ni pudo sér nunca fruto del mahometismo sensual y grosero, y que convierte las purísimas creencias cristianas, de donde toma orígen, en material é informe agrupacion de narraciones materialistas, aun en medio de lo fantástico de sus descripciones. Si en los mahometanos españoles, y sobre todo en los granadinos, se encuentra informado el espíritu caballeresco y romántico, debido es, no á la índole de su religion y de sus instituciones, sino á la influencia de la sociedad cristiana, y sobre todo de los llamados bárbaros, que trajeron del Norte, convertidos al cristianismo, la idealidad propia de las razas del Septentrion, idealidad que no podia menos de ser acogida con ardor y elevada á grande altura por la imaginacion ardiente y soñadora de los hijos del Oriente y del Mediodía. Por eso los árabes andaluces sentian la caballerosidad, la abnegacion, el amor idealista en el alto grado que nos demuestran sus tradiciones y su historia, y por eso tambien los que no tuvieron ese roce continuo con los cristianos, esa influencia directa del elemento germánico, quedaron sumidos, como continuan hoy y continuarán mas que nunca á medida que vayan conociendo mejor las corrientes materialistas de ciertos pueblos europeos, en esa vida de lastimoso abandono y de instintos materiales, esa *vida sin familia,* que los condena al aniquilamiento y á la muerte.

No es posible dudarlo. La familia, el hogar, es la providencial base de las sociedades que están llamadas en los misterios de lo porvenir á elevarse sobre las ruinas del viejo mundo. Allí donde no hay familia, donde la multiplicacion de la especie es un hecho material y aislado, sin lazos de amor en el amor del alma, la sociedad está amenazada de muerte, llámese la nacion donde tal suceda Imperio Otomano ó Estados-Unidos de América; que no solo se mata en gérmen la hermosa y fecunda eflorescencia de la familia con el poligamismo oriental, sino con el *socialismo práctico* que solo busca hijos ó individuos para el Estado, absorbiendo y anulando la familia

en su entidad poderosa, ó en el mezquino individualismo que sustituye al espontáneo afecto de los padres de familia el *cálculo* egoista de los esposos, relacionando sus afecciones naturales en proporciones aritméticas con sus medios materiales de subsistencia ó con su riqueza. Por tan diversos y al parecer opuestos caminos se va al mismo fin; que Dios en sus inescrutables arcanos guarda igual castigo para el hombre que desprecia y deja en abandono su espíritu, que para el que pretende en su insensato orgullo dominar con él así los pueblos transitorios como las leyes inviolables de la naturaleza.

Continuando la obra del desencanto que en mí iban produciendo, á medida que las conocia, las costumbres orientales, cuando vi levantarse y andar difícilmente á aquellas mujeres que el kaleb conducia al camarote del pachá, noté, como despues tuve ocacion de comprobar, que el tipo de belleza (siempre relativo y nunca absoluto en lo humano), de aquellos sectarios de Mahoma, no es la mujer delgada y ligera, aquella mujer de quien decia el poeta

tu cintura es esbelta
como las palmas,
tu cabellera suelta
red de las almas,

sino la mujer linfática, obesa, de abultadas formas, hasta el punto de que, ponderando un hijo del pais delante de nosotros cuánto le agradaba una de sus mujeres, nos decia: «tiene un cuerpo que no puedo abarcarlo con mis dos brazos extendidos.» Esta es la *¿poesía?* del amor de aquellos hombres, que por nada del mundo dirigirán una galantería á una mujer cuando la encuentran en su camino, que ni siquiera repararán en ella, que no beberán en sus miradas ese indefinible encanto que encontramos los hombres de Occidente, abismando nuestro sér en los misterios indefinibles de una mirada en que se confunden dos almas, en que se realiza aquella encantadora definicion del amor dada por un poeta francés: «El amor es ser dos y no ser mas que uno; un hombre y una mujer que se deshacen en un ángel; es el cielo.»

Por eso aquellas desdichadas mujeres, que solo han de encontrar muestras de aprecio halagando los sensuales instintos de sus señores, pasan su vida procurando engordar, lo cual consiguen, ya por el uso de alimentos poco nutritivos, pues por la falta de actividad y de vida apenas sienten estímulo para comer otros manjares que golosinas, ya por la vida sedentaria del harem; si bien la obesidad que alcanzan es á costa de su salud, teniendo todas aspecto de cloróticas, y sufriendo la multitud de enfermedades que el empobrecimiento de la sangre ocasiona. Asi los hijos que conciben llevan ya en si mismos el gérmen del linfatismo, con lo que la raza va degenerando de dia en dia; lo cual, unido al abuso de los placeres sensuales, del opio y del tabaco, especialmente persa, mezclado con sustancias fuertemente estimulantes y narcóticas, hacen corta y valetudinaria la vida del turco, que á los cuarenta años puede llamarse, no anciano, sino viejo. Entre los licores estimulantes, á que son muy aficionados, á pesar de los preceptos coránicos, se cuenta el aguardiente de *mastika*, que sin duda alguna, por no ser de vino, toman con menos escrúpulo aun los mas guardadores de los preceptos de Mahoma.

Pero todavia, y al narrar nuestras impresiones y estudios en Constantinopla adonde nos conduce rápidamente *L'Èbre*, habremos de volver con mas amplitud á tratar cuanto se refiere á las costumbres turcas, pues ahora por seguir tratando de ellas no hemos de pasar inadvertidos ante los recuerdos que evocan los diversos lugares que parecen van desfilando delante de nosotros al recorrer los Dardanelos en demanda de la codiciada sultana del Bósforo.

El estrecho de aquel nombre, llamado tambien Galipoli, conocido por los antiguos con el nombre del Hellesponto, separa, como es sabido, la Europa del Asia, une el mar de Mármara al Archipiélago, y se extiende desde Galipoli á la extremidad del Chersoneso Trácico en una longitud de 67 kilómetros, con una anchura variable desde 1,262 metros á 7,590. La corriente que llevan las aguas del mar de Mármara al Archipiélago hace 5,560 metros por hora, y los vientos del Norte durante el estío, y los del Sur durante el invierno, reinan y soplan con violencia. En los antiguos tiempos el Hellesponto

era difícil de atravesar á los buques de guerra; pero desde la aplicacion del vapor á la navegacion, la rapidez de la marcha anula las defensas militares del estrecho, fundadas principalmente en las dificultades de las corrientes marítimas. Jerges 480 años antes de Jesucristo; los cruzados en la tercera expedicion, en 1189; los turcos en 1356, atravesaron de una á otra orilla, pero el estrecho puede decirse que solo fué remontado una sola vez á viva fuerza en 1807, por la flota inglesa.

Reciben el nombre de viejos y nuevos Dardanelos las fortificaciones construidas para guardar el estrecho. Los nuevos Dardanelos están á la entrada, hácia el Archipiélago, y de ellos ya hemos dado noticia, al pié de los cabos Eleonte por la parte de Europa, y Sigeo por la de Asia, mediando entre ambos no mayor distancia que 2,800 metros. Diez y sies kilómetros mas arriba se encuentran los viejos Dardanelos, con obras tambien de defensa en ambas orillas, á distancia de 1,500 metros, y á pesar del armamento defectuoso de estas fortificaciones, pueden á causa de las sinuosidades y de las corrientes causar daño al enemigo, en una extension de 12 kilómetros. Á cierta distancia de Galípoli hay mejores defensas militares, en Bohalia ó Sestos (Europa) y Nagara ó Abydos (Asia).

El estrecho segun se avanza en él ensancha sensiblemente, presentando á uno y otro lado altas colinas, dominadas en la parte de Asia por el monte Ida, encontrándose á la izquierda en el lado de Europa la península encerrada entre el mar Egeo y el Hellesponto, península á que los antiguos dieron el nombre de Chersoneso Trácico, y unida al continente por un itsmo de 8 kilómetros de anchura, cerrado en la Antigüedad por una muralla flanqueda por tres fortalezas, Cordia, Lisimaco y Patliea. A pesar de tener noticias de las muchas ruinas que allí se encuentran no pudimos detenernos á visitarlas, ni tampoco á Galipoli, la antigua *Callipolis*, que, situada cerca de la entrada del mar de Mármara en el canal, se descubre entre la bruma, por la silueta de los antiguos castillos genoveses que la dominan. Edificada á 210 kilómetros de Constantinopla, tiene un buen puerto, estacion de buques de vapor, que al llegar nosotros estaba cubierto por

bosque de mástiles y aparejos de las muchas embarcaciones que á él acuden, y que hacen con la pequeña ciudad comercio activo de lana, algodon, granos y tafiletes, de los que se encuentran hermosas fábricas en la industriosa poblacion, que apenas cuenta 18,000 habitantes, y que se halla defendida por diez y ocho baterías. Galípoli, á juzgar por el exterior, es una ciudad pequeña, pero limpia y pintoresca, aspecto debido al carácter de las construcciones turcas y á los colores varios que las adornan, contrastando la blancura de los minaretes con el tono pardo de las antiguas fortificaciones genovesas. Su posicion á la entrada del mar de Mármara hace que la dársena que forma su puerto sea un lugar de arribada inapreciable para los buques que sufran cualquier avería en aquel mar, ordinariamente tan tranquilo, pero algunas veces terriblemente tempestuoso por las tormentas que descienden de las altas montañas del Olimpo.

La vista de aquella marítima poblacion evocaba para nosotros los españoles recuerdos de gloria imperecedera.

Allí invernaba aquel puñado de valientes catalanes y aragoneses que, al mando de Roger de Flor y Berenguer de Entenza, habian realizado hazañas verdaderamente épicas, asegurando á Andrónico en su vacilante trono, cuando celoso este de tantas hazañas é ingrato con sus valedores, *como sucede siempre á los débiles al valerse del auxilio de los poderosos, que tan luego como no les juzgan necesarios pretenden deshacerse de ellos*, llamó por medio de su hijo primogénito, Miguel Paleólogo, á Roger, haciéndole asesinar en medio de los encantos de un festin; accion indigna é indigno refinamiento de la mas pérfida ingratitud, para la que no ha tenido ni tendrá bastante execracion la historia, por mas que haya arrojado sobre ella su baldon durante cuatro siglos, y siga arrojándolo mientras exista la humanidad (1).

Allí tambien, cuando olvidados los beneficios, y sin temor de las nuevas alianzas con los que antes eran enemigos, numeroso ejército de turcos, griegos y alanos se dirige á Galípoli con órden de no dejar

(1) Palabras del autor de esta obra en el prólogo.

un solo español con vida, temen su empuje y retroceden al solo reto de Berenguer de Entenza que, llevando la guerra hasta las puertas de Constantinopla, deshace una poderosa flota griega, mandada en persona por otro hijo del emperador.

De allí tambien, cuando la traicion vuelve á tender sus infames lazos al digno sucesor de Roger, y fingiéndose amigos, los envidiosos genoveses le llevan á sus naves, y despues de arrojarse sobre los desprevenidos catalanes y aragoneses que le acompañaban, se apoderan de él y le conducen prisionero á Génova, la cortísima hueste que quedó aislada en Galípoli al mando de Bernardo de Rocafort, teniendo contra sí dos grandes y poderosos imperios, el griego y el turco, se lanza con tal bravura sobre sus enemigos que, al decir de Montaner, mataron hasta seis mil de á caballo y veinte mil peones, arrollando en seguida de igual manera otro poderoso ejército mandado por el mismo asesino de Roger, Miguel Paleólogo; haciéndose de tal modo temidos, que al solo nombre de catalanes huian despavoridos los falaces griegos, siendo la mayor maldicion que podian lanzar contra los que mal querian: *La venganza de catalanes te alcance.*

Allí, por último, tuvo lugar aquel rasgo de sublime valor y abnegacion heróica, repetido dos siglos mas tarde en las arenas del golfo mejicano por Hernan Cortés, de echar á pique sus naves Rocafort, Ramon Montaner, Siscar, Caldés, Alvaro y demás capitanes resto de la expedicion de Roger de Flor y Berenguer de Entenza, para triunfar ó perecer en Galípoli con los mil doscientos infantes y doscientos caballos que les quedaban.

Con verdadero amor de patria contemplamos aquellas ondas bajo las cuales se hundieron las únicas esperanzas que pudieran alimentar los héroes españoles de volver á sus queridas playas, donde les esperaban las dulces afecciones de su edad primera; y á la verdad hubiéramos deseado ver algo que nos recordase tan increible hazaña, de la cual, segun pudimos averiguar durante nuestra permanencia en Chanak, no queda ni la mas ligera tradicion en aquella ciudad de mercaderes turcos y griegos. ¿Qué les importan á ellos nuestras glorias? Si fuera posible borrar en las páginas del libro de la historia tan épicas hazañas,

hace tiempo lo hubieran intentado. ¿Cómo habian de conservarla los turcos, que cincuenta y dos años despues, en 1356, realizaban, tomando á Galipoli, abandonada ya de los españoles, su primera conquista en Europa?

Exaltado el espíritu con tales recuerdos, y pensando que si se hubiese dejado realizar su gran pensamiento al vencedor de Lepanto, acaso hubiéramos visto la bandera roja y gualda ondeando sobre las fortificaciones de Galipoli, volvimos los ojos con dolor á la costa de Ásia para abismarnos en otros recuerdos, que ahogasen en nuestro pecho el sentimiento de ver siempre á nuestra patria generosa y grande, prodigando su sangre y sus tesoros en favor de toda causa levantada y noble, y no sabiendo nunca obtener ventajas positivas de sus sacrificios. España vivió y vivirá siempre la vida de los genios. Viven para la gloria, y desde sus elevadas regiones desdeñan lo mundano y perecedero.

En la vecina costa asiática, Lamsaco evocó en nuestra memoria el recuerdo de Priapo, que en ella recibió culto, y la fama de sus vinos renombrados en la Antigüedad; recuerdos bien pronto oscurecidos por los mas gratos del filósofo Anaximenes, que allí vió la luz del dia, y que fué uno de los preceptores de Alejandro, al cual debió Lamsaco su salvacion cuando, irritado el conquistador contra ella, porque habia seguido la causa de Dario, quiso destruirla, valiéndose para libertarla de su enojo el hábil filósofo de un rasgo de feliz astucia; pues como al verle Alejandro dirigirse á él, previendo que iba á demandarle gracia para su pueblo, jurase no acceder á nada de lo que el filósofo le pidiera, este le suplicó destruyese á su patria, lo que el conquistador macedonio tuvo que denegarle por no faltar á su juramento, salvándose por tal medio la patria de Anaximenes.

Tambien no lejos de aquel histórico lugar se ve el monte *Ægos-Potamos*, en la actualidad Kara-ova-sou, cerca del paraje en que Lisandro ganó la célebre batalla que terminó la guerra del Peloponeso. Poblacion hoy de escasa importancia, vimos con auxilio de nuestros anteojos el artístico exterior de su renombrada mezquita, y poco despues entramos en el mar de Mármara, la antigua Propontide. Á la

derecha detuvo nuestras ávidas miradas un archipiélago compuesto de tres islas principales y algunos islotes, que dan su nombre á aquel mar, á causa de las canteras de mármol que guardan en su seno, archipiélago que casi oculta la península de Cizico en que se encontraba la ciudad del mismo nombre tan célebre en lejanos dias por sus templos, su Pritaneo, digno rival del de Atenas, sus gimnasios, sus estadios, su puerto, sus arsenales y sus fortificaciones, de todo lo cual solo queda la memoria, siendo tanta y tan opulenta grandeza para la destructora mano de los siglos,

como arista seca al fuego.

Al encontrarnos en el mar de Mármara y despues de haber observado que las costas é islas que hay que recorrer en este viaje están perfectamente alumbradas con buenos faros, los horizontes se dilataron; y ya la naturaleza con sus variados panoramas, ya la memoria y la fantasía con sus evocaciones de lo pasado, nos hicieron olvidarnos de cuanto nos rodeaba á bordo del *Ebro*, incluso el pachá y sus pobres y bellísimas mujeres.

Accidentada cordillera erizada de abruptos picos, cubiertos de perpétuas nieves, nos revelaba los nombres del Ida y del Olimpo, de donde bajan á regar las llanuras y los valles griegos el Æsepo, el Rhadio, el Scamandro y el Simois.

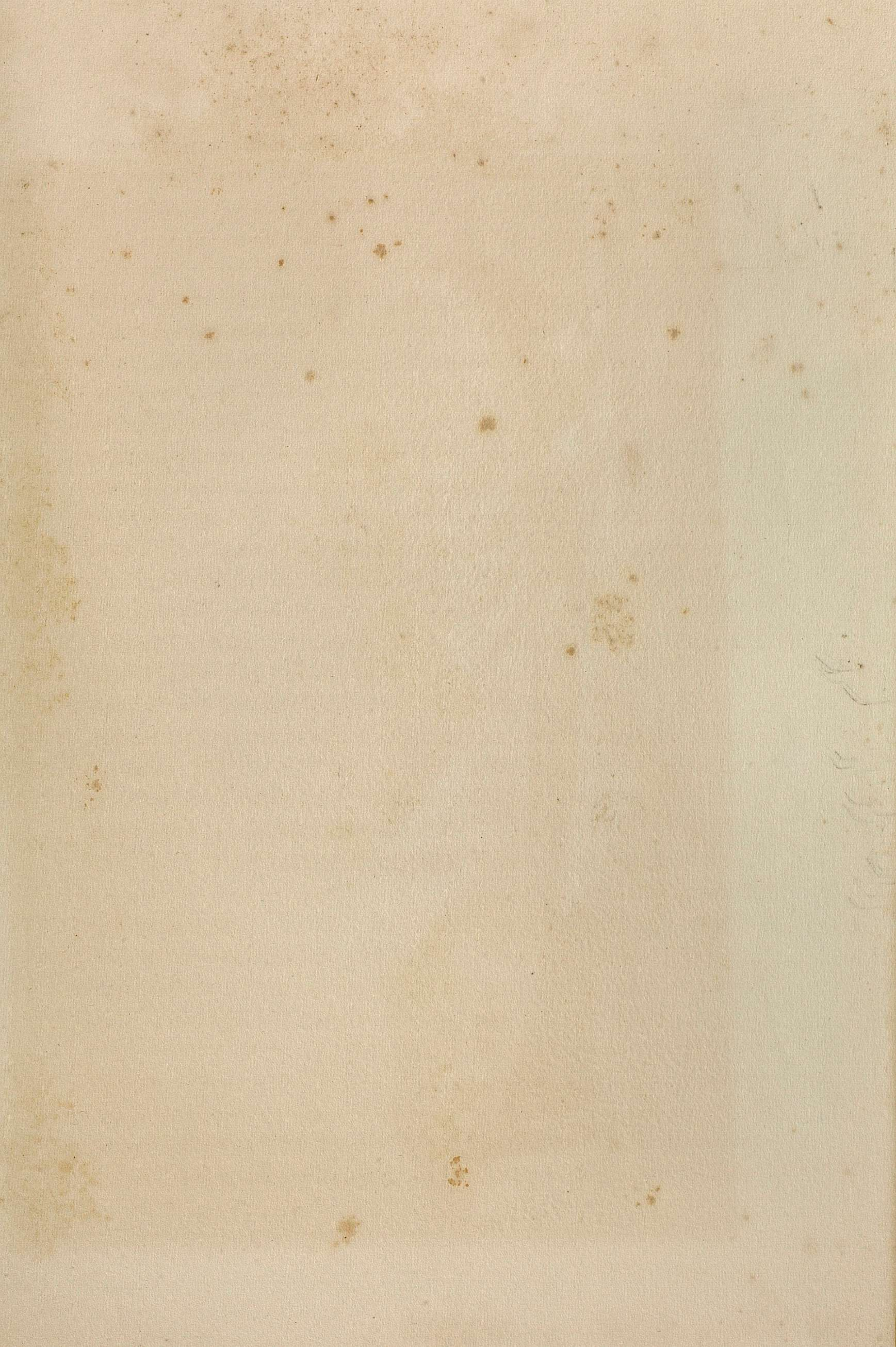
Ámplia y triste, apenas nos dejaba comprender que allí estuvo la Misia y el reino de Bitinia, donde reinaron Antígono, Lisimaco, Prusias y Nicomedes; levantándose todavía con vida presente en el fondo del espacioso golfo que se dilata ante nosotros, Nicomedia, tan célebre en la Antigüedad, Apamea y Cios, ocultas bajo los modernos nombres de Mundania y Gemlik. A la parte de Europa, ya ocultos por las nieblas del crepúsculo, veíamos el lugar que en lo antiguo ocupó Perinto, cuyas gigantes ruinas dan elocuente testimonio de su grandeza, y Selimbria y Bysantho, hoy Rodosto, y tantos otros parajes llenos de pintorescas y artísticas perspectivas, de memorias históricas, de inspiradores recuerdos, que necesitarian tiempo y espacio de que ya no

podemos disponer, porque la noche avanza rápidamente, y esperamos con ansiedad febril el momento en que los primeros rayos del sol brillen en el horizonte, para contemplar á Constantinopla surgiendo sobre las últimas neblinas de la noche como fantástica aparicion de un ensueño oriental.

Ya se percibe entre sus brumas la masa imponente de la ciudad, que empieza á dibujar sobre el transparente fondo azulado del cielo, esclarecido por los primeros rayos de la aurora, la accidentada silueta de sus mezquitas y de sus minaretes. Las *islas de los Príncipes,* que encontramos á la derecha; la costa de Ásia, que se acerca y parece avanzar á colocarse delante de la Europa, en vano pretenden separar nuestra atencion y nuestras miradas de aquella agrupacion de palacios y de templos, de torres y de cementerios, de jardines y de tranquilas aguas, que ya ilumina con sus primeros rayos el sol naciente. Acabamos de doblar la punta del Serrallo; el capitan ha dado la voz de *fondo;* rueda la pesada cadena del ancla; el vapor queda inmóvil casi en frente del *Cuerno de oro;* y nosotros, inmóviles tambien sobre cubierta, contemplando la realidad de nuestro sueño. Hemos llegado á Constantinopla al amanecer del dia 30 de Julio; y Stambul con sus mezquitas; Pera con su caserío á la europea; Galata, Scutari, el Bósforo, el mar de Mármara, un cielo azul brillando intensamente como el de mi inolvidable Andalucía; árboles por donde quiera, buques de todas las naciones, forman en torno mio cuadro tan vario y deslumbrador, que durante mucho tiempo apenas puedo hacer otra cosa que admirar en silencio.

Bien pronto la alegre voz de mis compañeros, que me llamaban la atencion hácia el complemento del cuadro de costumbres turcas que nos habia ofrecido la familia del pachá, me sacaron de mi verdadero arrobamiento, para hundirme en el desencanto de la vida real.

El pachá estaba sobre la toldilla, grave y sereno, mirando á un *kaike,* que se aproximaba á todo el andar que podian imprimirle cuatro vigorosos remeros, y que conducia á un jóven, compañero probablemente del kaleb, y servidor por lo tanto del jefe turco. Apenas atracó el kaike al costado del vapor, cuando con ágil rapidez subió el





J. Acevedo cromo-litº

Lit. de J. Mª Mateu. Madrid.

KAIK Y EMBARCACION DE TRASPORTE EN EL BÓSFORO.

jóven á bordo, y dirigiéndose á la toldilla se colocó de rodillas con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, en la mas humilde actitud, delante de su señor. Este se dignó tocarle en el hombro con un ligero junco que á manera de baston llevaba, y tras esta *cariñosa* demostracion se levantó el jóven, retirándose despues de dar la bienvenida á su amo, para ocuparse en el desembarco de todo el equipaje y comitiva. El pachá se dirigió solo á la escala con su secretario para embarcar en otro kaike, y al pasar por delante del grupo de las mujeres y de los niños, acurrucados junto al mamparo de la cámara, no tuvo para las unas ni para los otros la mas leve sonrisa ni la mas insignificante frase de afecto. Las mujeres y los niños á su vez le vieron pasar con indiferencia, y poco despues de haber salido el jefe de aquella ¿familia? con direccion al desembarcadero, llegaban en otra lancha de grandes dimensiones dos viejas turcas que mandaron bajar á unas y otros, perdiéndose luego la pesada embarcacion entre la multitud de kaikes, lanchas y botes que cubren materialmente la superficie del agua por aquella parte del puerto.

CAPÍTULO IV.

CONSTANTINOPLA.

I.

Despues que vimos perderse en las sinuosas calles de embarcaciones que nos rodeaban las que conducian á tierra aquella abreviada síntesis de la sociedad musulmana, que la casualidad habia puesto delante de mis ojos durante algunas horas, aproveché los momentos que los dependientes de la embajada española, atentamente enviados á bordo por nuestro representante en aquella córte, empleaban en las necesarias formalidades y requisitos que hay que llenar antes de tomar tierra, en contemplar de nuevo con mas calma y detenimiento el panorama que se extendia ante mis atónitas miradas. Stambul, la ciudad turca por excelencia, destacaba sobre el brillante cielo el elegante perfil de sus mezquitas; en la parte que forma la extremidad del Cuerno de oro, levantábase el antiguo serrallo, rodeado de sombrías murallas y de robustas torres, sobre las cuales los jardines de aquel misterioso recinto forman una diadema de verdura, tejida por corpulentos plátanos y cipreses coronados de cúpulas y elegantes techumbres y minaretes; despues, Santa Sofía, monumento que él solo necesita un libro para narrar su historia y hacer su descripcion crítica; el Ahmédyeh, con seis minaretes; la mezquita del sultan Bayazid ó Bayazeto, la mas elegante de todas; los imponentes ó ricos edificios religiosos de Suleiman-

yéh, Sedja-Djamissi, sultan Selim y sultan Mahomed, dominando con sus imponentes masas las humildes habitaciones de madera de los Osmanlis, mezquitas que, á pesar de su grande extension, no bastan para las religiosas prácticas de los musulmanes, por lo cual se ve un número considerable de minaretes, sobresaliendo por encima de los techos de las casas, indicando otra multitud de pequeñas mezquitas y de memorias que la devocion ha levantado. Altos cipreses elevando como aspiracion del alma á lo infinito sus agudas y oscuras ramas al cielo, plátanos con su follaje de brillante color verde prestan sombra á aquellos venerados templos, y su verdura contrasta y armoniza de una manera indescriptible con la blancura de los minaretes y los tonos oscuros de las casas que los rodean.

Volviendo las miradas á la orilla opuesta encuéntrase la mercantil Galata, con sus calles escalonadas y difíciles, trepando hasta la cima de la colina en que se asienta, y que corona Pera, la ciudad aristocrática, con sus casas edificadas á la europea y los palacios de las embajadas: despues el barrio turco de Top-Khane, que desciende á su lado hasta el mar con sus oscuras casas de madera y techumbre angulosa, quedando oscurecidas bien pronto estas modestas moradas con el cuartel de la marina, los grandes edificios de la artillería y el moderno palacio de Dolma-Bagtché, construido de piedra y mármol: mas allá, el barrio de Funduklu; y una série no interrumpida de palacios, de *villas* sombreadas por masas compactas de verdura, bañando sus piés en la rápida corriente del Bósforo, que forma una curva á algunos kilómetros de Constantinopla, donde las dos líneas de ambas orillas se confunden aparentemente, pareciendo unirse la costa de Europa á la del Asia, que como la primera está cubierta de suntuosos edificios, entre los que sobresale el palacio de la sultana *validé*, ó sultana madre, que habitaba á la época de nuestro viaje la que lo era del sultan entonces reinante, cuya muerte, al principiar la reciente guerra contra Rusia, ha sido el principio de un tristísimo período para la moderna historia del vacilante imperio otomano.

Mas allá, proyecta sobre el limpio azul del cielo la desigual y pin-

toresca línea de sus edificios, Scutari, el barrio asiático de la europea Constantinopla, prolongándose el cabo en que se asienta frente del Cuerno de oro, y la Torre de Leandro, como centinela avanzado del otro continente, que levanta sus blancos muros sobre el islote de rocas que le sirve de base, y que resiste hace multitud de siglos las rápidas corrientes que la combaten, estrellando en él la violencia con que se precipitan desde las cercanas ondas del Mar Negro. Si á este panorama, sin rival en el mundo, se añade el espectáculo vertiginoso del movimiento incesante de innúmeros buques de vela y de vapor, de kaiques, de lanchas de carga y de barcos de todas clases que surcan en todas direcciones el Cuerno de oro; el verdadero bosque de mástiles y jarcias que oculta el pié de las colinas; la multitud que, como humano hormiguero, cruza sin tregua los puentes que atraviesan aquel brazo de mar, se tendrá una idea imperfecta y ni siquiera aproximada de tan admirable conjunto, del indescriptible cuadro que atrae con sus encantos y desvanece con su variedad.

Por desgracia, al penetrar en las calles de aquel conjunto de ciudades que forman la gran ciudad, el encanto desaparece. Apenas se han apoderado los *kamales* ó mozos de carga, que llevan sostenida con la cabeza una especie de tosca almohada que les cae sobre la espalda, para soportar mejor el peso y las angulosidades de los fardos, (costumbre que se conserva de la misma manera entre los mozos de cordel de Granada), y se empieza la difícil ascension al barrio de Pera, donde se encuentran fondas á la europea en casas de *piedra,* circunstancia que tienen buen cuidado de consignar en sus anuncios, por la frecuencia con que se suceden los incendios en Constantinopla, siéntese creciente malestar y disgusto, porque las molestias físicas de la penosa marcha, nos arrancan del grato y encantador ensueño que embargaba el espíritu al contemplar desde la toldilla del vapor la celebrada reina del Oriente.

Las calles por donde se atraviesa, mas que este nombre merecen el de sucias callejuelas, con un declive inusitado, y con desiguales cantos que destrozan los piés, haciendo veces de adoquinado; callejas estrechas, sin órden ni número ni nada que las designe, y formadas por

los incoherentes edificios que sus dueños han ido levantando sin sujecion á regla alguna de policía urbana ni menos de higiene, hasta el punto de que en algunas de aquellas innobles callejuelas, los salientes miradores, que se encuentran en la mayor parte de las casas, llegan á tocarse. Casi todas estas casas (y aun pudiéramos suprimir el casi) son de madera, ni pintada ni limpia, á excepcion de las cubiertas embadurnadas con colores chillones; sin que sea cosa extraña, sino muy corriente, ver convertida la estrecha vía en depósito de toda clase de inmundicias, que arrojan tranquilamente desde las ventanas, cubiertas todas ellas con rejas y espesas celosías. Una de las partes esencialmente características de aquellas bajas habitaciones con cubierta en extremo apuntada, casas mas debidas al trabajo del carpintero que al del albañil, es la que hemos calificado de mirador, y que apoyada en largos montantes avanza sobre la calle, á veces dos ó tres metros. No tienen de comun con nuestros alegres miradores, mas que el estar fuera del plano del edificio avanzados en el espacio, porque aparte de esto, parecen grandes confesonarios, cerrados con espesas celosías, tras de las cuales consumen lentámente su vida las pobres mujeres turcas de la clase media y pobre, y aun muchas de la mejor acomodada, en los meses invernales. Aquel amplio mirador, rodeado de divanes mas ó menos ricos, segun la fortuna de sus dueños, es la habitual morada de la mujer turca, que encerrada en él, se entrega, mas que á domésticas faenas, á las que es muy poco aficionada, á escasas labores, á fumar el *narquilé* ó el *chibú*, á tomar helados ó dulces, á pintarse la cara, sobre todo los ojos, las uñas y las puntas de los dedos, á tocar algun instrumento de cuerda que, ya recuerdan los antiguos salterios, ya las pérsicas guzlas, ó á criar á sus hijos, sin tener trato apenas, excepto con alguna amiga, que suele visitarla cuando, seguida de la dueña ó del eunuco, *va á tiendas*, es decir al bazar de las sedas, cubierta con su tentador velo, y balanceándose al andar, como poco acostumbrada al ejercicio, y torpe por su molesta obesidad. Aquellas visitas suelen ser sin embargo peligrosas para los maridos, ó los amos mejor dicho, pues haciéndose capa las unas á las otras, suelen dar cima en ellas á ga–

lantes aventuras. Los ámplios miradores de las casas turcas, que forman la habitacion predilecta de la mujer en Constantinopla y en casi todas las poblaciones del imperio, especie de *boudoir* oriental, en que pasan las largas horas de su habitual servidumbre las mujeres, atisbando para entretener en algo el tiempo y satisfacer su ingénita curiosidad lo poco que acontece en las casi solitarias calles, nos explicaron el destino de los templetes de la Alhambra de Granada que, como el mirador de Lindaraja, no eran otra cosa que departamentos especiales de las predilectas del monarca, y unas y otras aplicaciones varias de un mismo tema de los kioscos persas.

Los oscuros y tortuosos callejones en que tales casas se levantan ofrecen muy poco en que puedan distraer su atencion las pobres reclusas, á no ser algun que otro viajero, ó el turco vecino que vuelve á su casa. Tanto silencio y tanta soledad, da á aquellos callejones caractéres indefinibles de tristeza desconsoladora, que contrasta con la animacion y el ruido de las grandes arterias de la poblacion, en las que no se encuentran habitaciones destinadas á servir de viviendas á los celosos hijos de Mahoma, los cuales prefieren para edificarlas, ó mejor dicho, labrarlas, lugares apartados de los grandes centros.

En aquellos apartados laberintos de sucias callejas, vive sin embargo una poblacion exhuberante, llena de vida, de rencores y de instintos belicosos, que los convierte á menudo en sangriento campo de batalla, como si en ella viviera el espíritu que impulsó á continuas y sangrientas luchas á los dominadores de la gran ciudad, lo mismo en la época de los emperadores romanos y bizantinos que bajo la dominacion musulmana.

Aquella poblacion inquieta y ruidosa, no la componen sin embargo séres racionales. La forman falanges numerosas de perros, á los que bien pudiéramos llamar salvajes, por su aspecto de ferocidad y por sus costumbres.

No hemos podido averiguar la razon que hace vivan tan respetados entre los turcos aquellos animales que, lejos de temer por vagamundos el castigo que la estrignina les hace sufrir en ciertas capitales europeas, no solo gozan de inmunidad absoluta sino aun de pro–

teccion. Pero sin que podamos explicar á nuestros lectores la causa, es lo cierto que en las calles de Constantinopla, principalmente en las mas apartadas, viven innumerables falanges de perros, que forman verdaderas asociaciones caninas, hasta el punto de darse terribles combates entre los de un barrio y los de otro, y á veces entre los de una calleja y su vecina, cuando perros extraños penetran en territorio que no es el suyo. Aquellos animales viven constantemente en las calles, sin que reconozcan dueño alguno, pues aunque á veces entran á comer en las casas, donde suelen tambien criar á sus hijos las hembras, apenas han satisfecho su necesidad ó han dado de mamar á los que han de sucederles, salen á la calle sin que el agradecimiento les ligue, como en Europa, á sus bienhechores, hasta el punto de respetarlos como amos. El perro en Turquia es completamente libre, y si ama la compañia del hombre es porque cerca de él encuentra los medios de atender á sus necesidades, no porque entre uno y otro se establezca esa mútua simpatia que se convierte en verdadero afecto. Allí el perro pasa su vida en la calle, y hasta en la calle se reproduce por lo general y cria sus hijos, alimentándose con los desperdicios que arrojan por las ventanas los vecinos, ó con lo que les dan algunos, sin que por esto, como queda indicado, logren domesticarlo. Durante el dia el tránsito por las calles no es peligroso, porque los perros están acostumbrados al movimiento de la poblacion, por escaso que sea en ciertos puntos, pero en cerrando la noche, se corre grave riesgo de ser devorado por aquellos feroces cuadrúpedos, sobre todo en los intrincados barrios turcos. Acaso esto sea el verdadero origen de la consideracion que estos les tienen, pues por tal medio pueden dormir descansados sin temor á malhechores ni á galanteos, que en verdad puede asegurarse nadie fuera osado á penetrar en tales sitios despues de puesto el sol.

Á tales encantos hay que añadir el de la completa oscuridad que en tales barrios reina, no conociéndose en ellos ni el mas rudimentario alumbrado.

Otra de las particularidades que mas caracterizan á Constantinopla son los cementerios, que frecuentemente se encuentran, y que con

menosprecio ó ignorancia de la higiene pública están confundidos con las casas, sin cerca que los resguarde, y sin que inspiren por su misma abundancia y por la constante vista de ellos el sentimiento de sublime tristeza que nuestros cristianos campos santos. Sin embargo de aquella *urbanizacion* de los cementerios ofrecen al artista y al poeta atractivo poderoso, como veremos al hacer la descripcion de los principales.

Tal es el aspecto general, la primera impresion que Constantinopla produce al viajero, ya contemplada desde la toldilla del vapor en que llega ante ella, ó al recorrer por primera vez sus calles. En cambio la visita de los monumentales edificios que la enriquecen le indemnizan con usura de la mala impresion que lleva á la fonda europea donde ha de encontrar cómodo alojamiento en el barrio de Pera, despues de atravesar las pobres, sucias y solitarias calles que á él conducen.

Pero antes de entrar en el exámen de aquellos monumentos, y mientras nos proporcionamos el correspondiente y necesario *firman* para la visita de las mezquitas, evoquemos los recuerdos históricos que encierra la codiciada ciudad del Bósforo.

II.

Vencedor de Licinio y dueño del mundo podia ya Constantino llevar á efecto los planes que meditaba hacia tanto tiempo; y así como habia establecido en el imperio una nueva política debia prepararle una nueva capital. Los emperadores, creacion del pueblo, encontraban en Roma muchísimas personas acostumbradas al mando á consecuencia del derecho que habian ejercido sobre la familia y sobre los esclavos, por lo cual conocieron la necesidad de someterlas, y para ello de hacerse amigos de las clases plebeyas. De aquí provino el exterminio de las casas senatoriales, producido mas bien por envidia de su poder y por la necesidad de restaurar el erario con sus pingües fortunas, que por la sed de sangre. En tiempo de Galieno, de todas las antiguas familias solo existia la Calpurnia.

En remplazo de ellas se introducia gente nueva, ampliando el derecho de ciudadania, escogianse entre los eunucos y libertos los confidentes, y se dieron buenas leyes en favor de los esclavos, que, elevados de improviso al mando, se hacian orgullosos é ineptos, soberbios y avaros. De este modo quedaba destruida la antigua raza conquistadora.

Alimentábase aun Roma con su antigua grandeza; pero ¡cuánto la debia humillar al verse dominada por emperadores extraños á sus gloriosos recuerdos, al ver despues á Diocleciano establecer en otra parte la verdadera sede del dominio, y el ver á sus señores por mucho tiempo lejos de ella y hasta por toda la vida! Mientras estos permanecieron en Roma, gozábase el pueblo en una sombra de autoridad, que creia adquirir cuando los veia mendigar su favor con liberalidades, con juegos y con afabilidad, ó cuando bajo las ventanas del palacio ó en el teatro, con aplausos ó con silbidos, aprobaba ó rechazaba un acto ó una ley.

Pero ya habian cambiado los tiempos. Diocleciano habia convertido la corte frugal de Augusto en la de un rey oriental; habia abandonado la toga con que se enmascaraba la tiranía, y habia abierto entre los súbditos y el emperador el abismo que mantiene en Ásia el hábito de la servidumbre. No se cautivaba, pues, ya el ánimo de la plebe, no se respetaba al Senado, no se veneraban las costumbres patrias: solo se trataba de humillar con el fausto, de atemorizar con la fuerza.

Las provincias, acostumbradas á la servidumbre, se doblegaban fácilmente á la nueva politica. Pero el romano, á donde quiera que volviese la vista, encontraba recuerdos de otra naturaleza, en el monte Aventino, en el Foro y en el Capitolio, en la sombra de los Gracos, en la mirada austera de Caton, en el puñal de Bruto. Mientras que el emperador permanecia en Roma, debia usar, con la majestad del Senado y con la familiaridad del pueblo, una condescendencia que discordaba de las nuevas instituciones y repugnaba á los que estaban habituados á la dócil obediencia de las legiones y de las provincias.

Además Constantino queria establecer la nueva política sobre una nueva religion, y Roma podia considerarse como la metrópoli del politeismo. No que este tuviese en ella un centro, una unidad, sino porque principiando por su fundador, Roma habia acogido una série de tradiciones gentílicas, á las cuales estaban unidas sus victorias y el orgullo de sus buenos dias; y pudiera decirse que Júpiter Capitolino amenazaba desde su roca al que violase sus altares, aunque estuviese dispuesto á dividir sus honores con otro Dios nuevo ó renovado. Advenedizos de todas partes del mundo habian llevado allí sus supersticiones; era, pues, Roma como un zarzal en que no podia crecer la nueva planta.

Todo acto público, conforme al origen sacerdotal del gobierno patricio, era consagrado por ceremonias religiosas; inaugurábanse con sacrificios las asambleas; se elevaba en el Senado la estatua de la Victoria, y las solemnidades llamaban al emperador al circo ó á los templos. Habiéndose propuesto Constantino establecer la nueva creencia, manifestaba disgusto por las costumbres profanas, sin disimulo alguno, y el pueblo y los patricios se llenaban de despecho y se escandalizaban al verle vilipendiar lo mas sagrado y querido para ellos. Pero él, en vez de atemorizarse se decidió á alejarse de aquella gente envilecida y orgullosa, y trasladar la capital del imperio á una ciudad que no tuviese memorias que echar en cara, ritos que cumplir, ni tumbas que venerar.

De este modo explica con su acostumbrada exactitud y alto criterio histórico el célebre historiador italiano los motivos de la fundacion de Constantinopla, como nueva sede del imperio romano, notándose la elevacion de miras y la profunda política del primer emperador cristiano en la eleccion de lugar para el desarrollo de sus planes innovadores.

La nueva capital del imperio no podia ser escogida al acaso, guiándose solo por accidentales ventajas. Era preciso que á la salubridad de su clima, á la hermosura de su cielo, á la fecundidad de su territorio, uniese condiciones que pudiéramos llamar estratégicas, para que pudiese el emperador dirigir sus miradas simultáneamente

asi á las hordas invasoras de los septentrionales, como al amenazador poder de los persas; y por ello, abandonando el proyecto que ya habia acariciado Augusto de fundar la silla del imperio en los campos en que Troya habia dominado en un tiempo la entrada del Hellesponto, fijóse en la antigua aldea tracia que, situada en los confines del Ásia y de la Europa, presentaba fácil defensa por el estrecho brazo que la unia al continente, y hácia el mar podia interrumpir las comenzadas invasiones de godos y sármatas por el Euxino, al mismo tiempo que extendia sus brazos anhelante de recibir las riquezas del Oriente y del Ocaso.

La situacion privilegiada de aquella, en un principio, humilde aldea griega, la habia convertido en república independiente y rica, que logró enseñorearse del mar Egeo y del Ponto Euxino. Fundada por Byzas, cuyos compañeros fueron argivos y megarienses, perteneció sucesivamente á Dario, á los jonios, á Jerges, á Esparta y Atenas, que se hicieron cruda guerra para asegurar su posesion, pero acabando por comprender su importancia, se declaró independiente, colocándose bien pronto entre las primeras ciudades marítimas. Filipo el Macedonio la sitió inútilmente; y mas tarde, aliada de los poderosos romanos les prestó lealmente su ayuda cuando las guerras contra Mitridates, y protegida por la señora del mundo, gozó por algun tiempo de libertad.

No habia de ser esta duradera. El absorbente imperio romano cuando concedia sus favores, jamás lo hacia desinteresadamente, sino con propósitos ulteriores de trocar la amistad auxiliadora por el completo y absoluto dominio, que esta es ley indeclinable de la historia y de la humanidad en las relaciones de los poderosos con los menos fuertes; y asi bien pronto quedó absorbida por el imperio, como la Tracia, en el siglo primero de nuestra era. Tomando partido en los fines del segundo por Pescenio Niger, sostuvo un sitio de tres años contra Septimio Severo, al cabo de los cuales logró reducirla este emperador, que la entregó al saqueo de la soldadesca, mandando arrasarla despues; y aun cuando Caracalla empezó á levantarla sobre sus ruinas, solo Constantino puede considerarse como el fundador de la

nueva ciudad, en que habia de realizarse la vasta y profunda política del cristiano emperador.

En los primeros tiempos de la historia, la poblacion tracia que allí existia llamóse *Ligos;* tomando, al ser colonia griega, el nombre de Bizancio. Cuando fué capital del imperio se llamó *Nea Roma,* ó Nueva Roma, y por adulacion ó agradecimiento al último fundador, ciudad de Constantino, Κοσταντινουπολις, de donde formóse en breve el nombre de Constantinopla. Las gentes de los alrededores y de los cercanos campos, que acudian á ella, decian en su lenguaje dórico vulgar: «vamos ες ταν βολιν» (á la ciudad), y la eufonia *es tan Bolin,* produjo el que los soldados turcos cuando la sitiaban empezaran á llamarla *Estambul,* nombre que quedó en aquella lengua, y que los imanes con una leve alteracion convirtieron en palabra de significado religioso, diciendo *Islam bul,* ciudad de la fé; conservándose sin embargo mas generalizado, aunque escrito casi siempre con *S* líquida entre los europeos, el nombre de Stambul, originado de la citada frase vulgar. En los antiguos anales rusos se la llama *Zaregorod,* y los valacos y búlgaros, *Zaregrad,* esto es, ciudad real; conociéndola los escandinavos en el siglo x bajo el nombre de *Myklagard,* ó sea, la gran ciudad.

Asentada la nueva capital de Constantino sobre un promontorio triangular que se apoya por su base en el continente europeo, mientras que por el frente se inclina al Ásia, que apenas dista quinientos pasos, la rodea por el Sur la Propontide ó mar de Mármara, mientras el puerto llamado el Cuerno de oro por su forma y por las riquezas que á él afluian, se abre por el Septentrion. El rio Lico, que conserva el nombre de la primitiva aldea tracia, renovando las aguas le limpia del fango; y las mareas, apenas sensibles, jamás impiden la entrada á las mayores embarcaciones, que en número de mil doscientas pueden guarecerse en el puerto y llegar en algunos sitios á las casas. En tiempo de los cruzados cerraba aquella entrada, que tiene poco mas de doscientos cincuenta metros, una gruesa cadena. La punta del triángulo penetra en las aguas del Bósforo, tortuoso canal, que une la Propontide con el Euxino, y que tiene una milla

de ancho y diez y seis de largo. En su parte mas angosta, frente á Bizancio se eleva la pequeña Crisopolis (Scutari), y despues, cuando empieza á ensancharse hácia la Propontide, la colonia griega Calcedonia. Despues de atravesar por espacio de veinte millas la Propontide descúbrese Nicomedia, la favorita residencia de Diocleciano, y en una peninsula á Cizico, famosa por su comercio. El mar, la costa, la atmósfera, todo parece hermosear á porfia aquellos encantadores lugares.

Constantino, ya que no podia rodear á su nueva ciudad de la divina aureola con que todos los paganos pretendieron engrandecer sus origenes, hizo creer á sus áulicos que se le habia ordenado en sueños transformar á la decrépita matrona en jóven de florida belleza; y como al trazar, con el antiguo rito romano, el circulo de la nueva ciudad, hubo alguno que se atreviese á llamar su atencion sobre la inmensa extension que le daba, solo respondió: «Proseguiré hasta que se detenga el que invisible camina delante de mi.»

«Para fabricar los muros, los pórticos y los acueductos destinó sesenta mil libras de oro; no habia alli desórden ni deformidad, como en la mayor parte de las ciudades, fabricadas al acaso y á voluntad de los particulares en el curso de los siglos, sino que un genio solo trazó el plano, y las artes de Grecia y el poder de Roma cooperaron para edificarla sobre aquel modelo. Las selvas del Ponto y los blancos mármoles del Proconeso suministraban sin cesar materiales: calles, palacios, basilicas, iglesias, todo fué trazado y edificado en proporcion á la grandeza de la metrópoli. Los alrededores se adornaron con el exceso de la riqueza de la ciudad, formándose asi un jardin continuado. Pero la ansiedad del emperador apresuraba los trabajos, de modo que posponia la solidez á la prontitud.»

«No pudiendo crear artistas para hermosearla renovó las injusticias de la antigua Roma, transportando alli todo lo mejor que habia en el Imperio. Grecia, Ásia é Italia tuvieron que cederle estatuas de númenes y de héroes, bajos relieves y obeliscos; el Apolo Pitio y el Esminteo, los fatidicos tripodes de Delfos, las musas del Helicon, la diosa Rea arrebatada del monte Didimo en donde la habian co–

locado los Argonautas, fueron á adornar el Foro, el Palacio, el Hipódromo en que se verificaban las contiendas de la carrera y de la lucha.»

«Aunque Constantino no hubiese trasladado á Constantinopla todo lo bueno y precioso de Roma y de Italia, el haberla hecho sede del emperador habria atraido allí naturalmente, magistrados, cortesanos, y la multitud de aquellos que querian vivir de liberalidades, ó vender las adulaciones, ó excederse en opulencia, ó ejercer las artes del lujo. Constantino dedicó la iglesia principal á la eterna sabiduría (Santa Sofía) y se preparó su sepulcro en la de los Apóstoles: en los alrededores se elevaron muy pronto ocho baños públicos y cincuenta y tres privados, cincuenta y dos pórticos con átrios cómodos y deliciosos jardines, dos teatros y cuatro basílicas para las asambleas, catorce templos, otros tantos palacios, cuatro mil trescientas ochenta casas sin contar las pobres habitaciones de los plebeyos, y en menos de un siglo, despues de concluidos los edificios de aquel vasto recinto, se edificaron tantas casas fuera de él, que habrian sido suficientes para construir una nueva ciudad. Constantino regaló los palacios á sus favoritos con ricas posesiones en el Ponto y en el Asia (1).»

Pero aquella misma rápida elevacion fué causa de que, levantándose sin tener que vencer obstáculos ni sostener empeñadas contiendas, careciese la nueva poblacion de las severas virtudes que engendran y fomentan la necesidad de luchar para existir. En cambio introdújose en ella multitud corrompida con todos los vicios de la vieja y panteista Roma, multitud interesada y aduladora de los Césares, tanto mas fácilmente cuanto que no tenian que aparentar hipócrita respeto á las antiguas tradiciones, y á cuya depravacion contribuia el cielo purísimo y voluptuoso de la nueva ciudad, y las influencias, allí mas fáciles y cercanas que en parte alguna del Asia, de la India y del Egipto; depravacion que, refinada por el genio y la fantasía de los griegos, habia de convertir bien pronto á la capital constantiniana en sentina de vicios y en manantial inagotable de funestos delirios, haciendo de los neo-griegos, de los bizantinos, todo lo contrario que

(1) Cantú, siguiendo á Kammer, Constantinopolis und der Bosphorus.

habian sido los primeros griegos en las grandes épocas de su historia.

Siete años despues de haber instalado la silla de su vasto imperio en Bizancio, Constantino, acometido de mortal dolencia, pidió el bautismo que, aunque cristiano, no habia querido hasta entonces recibir, para que de este modo la virtud de aquel sacramento le purificase de todas las faltas de su vida; y el 22 de Mayo de 337 murió en Nicomedia, despues de un reinado de treinta y un años; y por una singular contradiccion, la idolatría por él destronada le elevó á la categoría de Dios, mientras los cristianos veneraban su memoria como la de un santo.

Sin que podamos detenernos á hacer el juicio de este príncipe, á quien tanto debió la Iglesia y la noble causa de la dignidad humana, no podemos prescindir, cuando le consideramos como el fundador de la gran metrópoli bizantina, de consignar que las grandes y radicales reformas que introdujo en el imperio, favoreciendo y dañando á la vez tantos intereses, habia de producir grandes encomios de los unos y grandes vituperios de los otros; pero nadie puede disputarle sus elevadas y grandes dotes militares; su amor á las ciencias y las letras, que cultivó con ardor; su predileccion por las artes; su elevado espíritu; sus nobles aspiraciones; y su amor á la humanidad, demostrado con sabias leyes encaminadas á destruir las farsas con que á la sombra de otras antiguas y mal interpretadas abusaban los poderosos de los débiles, á fomentar la agricultura, á protejer y enaltecer el trabajo, y á levantar en todas las esferas la decaida dignidad del hombre, aplicando las sabias y santas máximas de la divina religion que, con fervor y convencimiento y no por cálculo, como algunos han supuesto, habia abrazado.

Para que no puedan juzgarse nuestras palabras hijas mas de apasionada admiracion que de tranquila y serena crítica, lícito ha de sernos recordar algunas de las leyes por él dictadas, cuyas disposiciones hacen el mejor panegírico del primer emperador cristiano.

Cuando la sociedad estaba impregnada del paganismo, no podia Constantino de un solo golpe promulgar leyes que aboliesen lo pasado é hiciesen triunfar lo justo y lo bueno sobre el interesado formularismo antiguo; y, sin embargo, constante en su noble propósito de elevar el

espíritu sobre el cuerpo, el hombre moral sobre el material, sustituyendo el arbitrario derecho civil por las inalterables máximas del derecho natural, y fiel á las inspiraciones de las doctrinas religiosas que habia abrazado, derogó la ley que castigaba el celibato; restringió la facultad de divorciarse, y mandó á todas las ciudades de Italia y despues á las de África, que socorriesen á los padres que no pudiesen criar á sus hijos, á fin de que no se pervirtiesen; castigó el rapto con un rigor, (puesto que el reo era quemado vivo y despedazado en el Anfiteatro), que casi rayaba en crueldad, pero que tiene disculpa en el horrible estado de desmoralizacion á que habia llegado el pueblo romano; cuidó de los intereses de los pupilos, mandando que los menores tuviesen una hipoteca legal sobre los bienes de sus tutores, garantizándoles los bienes inmuebles; extendió el derecho de las madres á la sucesion de sus hijos; levantó el amor á la verdad mediante el juramento que debian prestar los testigos antes de declarar; impuso penas á los litigantes temerarios; extendió el uso de los codicilos, y no exigió como necesarias las palabras sacramentales en los legados; estableció la apelacion, para ante los magistrados superiores, de las decisiones de los de inferior categoria; procuró la igualdad ante la ley, estableciendo que los guerreros estuviesen sometidos como los demás ciudadanos á la autoridad ordinaria en las causas civiles, y en las criminales, para todos los súbditos, hasta para los *clarísimos;* estableció un solo fuero; abolió las fórmulas de los contratos, fuentes de embrollos y de pleitos; estableció un registro de las sentencias para imponer á los jueces la responsabilidad moral; castigó y amonestó con las mas severas penas á los magistrados prevaricadores ó negligentes; hizo menos dura la detencion de los sospechosos; dispuso que los encarcelados por delitos contra el fisco encontraran en su prision las condiciones de higiene y de posible comodidad; y mitigó las penas aflictivas, aboliendo la de la marca en la frente y la de muerte en cruz.

Para fomentar la agricultura, prohibió á los empleados públicos que quitasen, por deudas al fisco, los bueyes, los esclavos y los aperos de labranza, así como que usasen para las comunicaciones oficiales los

animales destinados al campo; durante la siembra y la recoleccion, dispensó á los labradores de todo servicio personal, y hasta de la obligacion de santificar las fiestas; y rebajó el interés del dinero y de los granos, aunque no todo lo que merecian la falange de usureros y agiotistas que vivian del sudor del pobre.

Creó y sostuvo bibliotecas públicas, y fomentó las artes al mismo tiempo que engrandecia el culto y propagaba la verdadera religion, edificando innumerables iglesias, dotándolas á todas con ricos vasos, ornamentos y otras obras de artes, que de otro modo apenas se hubieran cultivado.

Tales medidas, tan sabias disposiciones, no solo disculpan, sino que justifican los encomios de sus panegiristas, y hasta oscurecen sus defectos, hijos en su mayor parte de la misma elevacion de sus aspiraciones, tales como el amor á la excesiva pompa del imperio, el afan de riquezas para realizar sus vastísimos planes, y hasta su debilidad en la corte con los cortesanos en quienes creia reconocer superiores dotes. Dejémosle pues rodeado de la merecida aureola de grande con que ha pasado á la posteridad, que, aparte del severo juicio de Dios, bien expió en vida sus errores con las amarguras domésticas que sin cesar le atormentaron por el carácter de su esposa Fausta, y la envidia que en ella despertaron especiales merecimientos del hijo de Constantino Crispo, discípulo de Lactancio y fruto de amores juveniles, el que despertando los celos de la madre de Fausta, por la sombra que pudiera hacer á Constantino, Constancio y Constante, llevaron al desgraciado emperador hasta el punto de decretar la muerte de su hijo, acusado por la indigna matrona de haber atentado á su castidad (de la que sin embargo se cuidaba bien poco con gentes de la mas baja ralea que servian en las caballerías imperiales), y mas tarde, á cruel venganza contra esta mujer indigna y contra sus cómplices, ya que le era imposible de otro modo demostrar su justo enojo y el pesar que por la muerte de su hijo predilecto, una vez descubierta su inocencia, destrozaba su corazon.

En el testamento de aquel tan grande como infortunado emperador, pagando mas tributo al amor paternal que á la razon política, dividió sus vastos estados entre los tres hijos que acabamos de mencionar, á

los cuales habia asociado como césares dos de sus próximos parientes, Dalmacio y Anibaliano, primero y único César romano este último que recibió el título de *rex*, pues todos los demás usaban y usaron el de *nobilísimos*; y como era natural sucediese, á los herederos legítimos se unieron bien pronto como pretendientes otros cinco primos, dos hermanos del emperador difunto, y aun algunos principales cortesanos, aprovechándose de encontrarse ausentes de Constantinopla los Césares en tan críticos momentos. Bien pronto tuvieron noticia los hijos de Constantino de tales manejos, y llegando el primero Constancio á la capital, se apoderó de los que pretendian dividir con ellos el imperio, dándoles muerte; y como al mismo tiempo surgiesen diferencias entre Constantino y Constante por no estar contento el primero con la parte que le habia tocado, recurrieron á las armas muriendo este en la lucha, con lo que ya quedaron dominadores, puede decirse, de todo el orbe entonces conocido, Constante y Constancio, conviniendo en que el primero reinase en todo el Occidente y el segundo en Oriente.

Este es el periodo del gran cisma de los arrianos, que tantos disturbios y tanta sangre habia de costar á la humanidad. La herejía de este sacerdote de nacion líbica, y rector de una de las nueve iglesias de Alejandría (1), cundió rápidamente, y produjo en la capital bizantina escenas sangrientas que de aquí en adelante forman el repugnante fondo sobre que se destacan todas las figuras del cuadro histórico que Constantinopla ofrece á los ojos del observador, lo mismo bajo la dominacion cristiana que bajo la musulmana. Paulo, obispo de Constantinopla nombrado por Constantino, y despues desterrado por él, fué llamado á su silla por Constancio, y desposeido nuevamente por un concilio, celebrado en la capital, le reemplazó Eusebio de Nicomedia, que murió en breve. Con ocasion de esta vacante, los

(1) Arrio quiso explicar la existencia de Cristo, y presentó la generacion del Verbo como la idea architípica que despues es realizada por el artista: no niega el Verbo, sino la Encarnacion del Verbo. Los ortodoxos creemos que Cristo es como el pensamiento eterno de Dios, coexistente con su actividad eterna, de la misma sustancia que Dios, y Arrio reconocia en él la fuerza, la verdad, el porvenir, pero no queria identificarlo con Dios. Tampoco hacia de él un hombre, sino un sér distinto, de sustancia análoga á la de Dios, una criatura típica que Dios engendró para que sirviera de modelo á los hombres. Su teoría era un ensayo de explicar la Trinidad compaginándola con las ideas platónicas sobre el Verbo, delirio que trae á nuestra memoria el de algunos titulados filósofos, que pretenden amalgamar el cristianismo esencialmente divino, con sectas filosóficas modernas meramente humanas.

católicos querian restablecer á Paulo, y los arrianos á Macedonio, enconándose tanto los ánimos, que unos y otros contendientes, olvidando los preceptos y máximas evangélicas, acudieron al vulgar y bárbaro recurso de las armas, para dirimir su contienda. Difícil hubiera sido conocer el resultado de la lucha entablada, que costó la vida al jefe de la caballería imperial, muerto á manos de fanática multitud, porque quiso arrancar á Paulo de una iglesia donde se habia refugiado, si Constancio no hubiera acudido rápidamente desde Antioquía, donde á la sazon se hallaba, imponiendo respeto con su presencia á los dos partidos beligerantes. A instancias del pueblo y del senado perdonó á la ciudad y desterró á Paulo; pero ya quedaba arrojada la semilla que habia de producir la division de las iglesias griega y latina.

Tambien en el reinado de Constancio, y como nota característica de él, encuéntrase la gran influencia palatina de los eunucos, llamados con acertada frase por un escritor contemporáneo, ministros de las voluptuosidades del emperador, y que aspiraban á ser ministros del imperio; costumbres é influencia que se creia eran solo propias de la época muslímica, y que, como otras muchas de la historia de los mahometanos, no fué mas que importacion en la sociedad musulmana de romanas prácticas. Eusebio, aunque eunuco, llegó á ser el gran dignatario áulico de Constancio, y á ejercer un verdadero dominio sobre el monarca; que esto sucede siempre que el refinamiento del lujo y la molicie abate el espíritu, hundiéndole en la vergonzosa servidumbre del vicio.

Las guerras contra Sapor, rey de Persia, absorben no escasa parte del reinado de Constancio, que, aunque educado, como sus hermanos, por los mas célebres filósofos, oradores y jurisperitos, y por su mismo padre, en el conocimiento de los hombres y del gobierno, distó mucho de ser digno sucesor del autor de sus dias. Su hermano Constante entre tanto era destronado y muerto por los sicarios del usurpador Magnencio, que se hizo proclamar emperador de Occidente; trono usurpado que le disputó bien pronto Nepociano, sobrino de Constantino, terminando aquellas luchas por la intervencion de Constancio, el cual, aparentando querer vengar á su hermano, se puso en

armas contra los usurpadores, consiguiendo la muerte de estos y quedar único poseedor de todo el imperio, en mal hora dividido por su padre.

En medio de la debilidad que formaba el fondo del carácter de este príncipe, se dejaba arrastrar, acaso por la misma causa, á los mayores extremos de crueldad, hasta el punto de que, como fuese antigua costumbre la de presentar al emperador las sentencias de muerte antes de ejecutarlas por si queria ejercer su alta prerogativa perdonando á alguno de los condenados, lo cual se habia verificado en mas de una ocasion durante el mando de sus prodecesores, Constancio las confirmaba todas, sin que ni la misma emperatriz se atreviese á implorar su clemencia en favor de los desgraciados que iban á morir.

A la muerte de Constancio (361), que recibió el bautismo, como su padre, en tan supremo instante, Juliano, llamado el *Apóstata,* sobrino del fundador de Constantinopla, le sucede, apresurándose á marchar sobre la ciudad del Bósforo donde fué recibido con verdaderos transportes de entusiasmo. Y no era extraño sucediera de esta suerte. Los abusos cometidos á la sombra del débil y pobre carácter de Constancio habian llegado á tal extremo, que disculparian la acogida hecha por aquel pueblo cristiano á un atrevido usurpador, educado tambien en el cristianismo pero apóstata de la religion verdadera, si no tuviésemos hartas pruebas de la versatilidad de aquel falso y mudable pueblo, en que se habian confundido todas las malas condiciones de las razas de Oriente y de Occidente. En la casa imperial el lujo escandaloso habia llegado á tanto, que Juliano encontró en ella *mil* cocineros, *mil* barberos, y á este tenor una multitud casi innumerable de eunucos.

Semejante desórden, tan desdichado desconocimiento de los deberes de los príncipes y de la difícil ciencia de gobernar, no podia producir otros resultados. Habian de pasar muchos siglos, y aun tienen que trascurrir no pocos años, antes de que los hombres colocados al frente de los pueblos comprendan los inmensos deberes de su penosa mision; sin que por esto sea de ellos toda la culpa, sino de la marcha natural de los sucesos, del estado de adelanto en que los mismos pueblos se encuen-

tran, y de las naturales condiciones de la índole humana, que rara vez sabe aplicar á tiempo la máxima que en nuestro pobre juicio encierra todo el problema de la felicidad de los individuos, de las familias y de las naciones: saber detenerse para conseguir avanzar. Si todos hubieran sabido detenerse á tiempo en el camino de las prosperidades y de las ambiciones, la humanidad no encontraria en la historia de su pasado esas inmensas desdichas que oscurecen siempre los cortos dias de su ventura.

Constantino, por sus victorias, su política, sus leyes, su conversion, parece debiera haber asegurado para siempre en su nueva ciudad la paz y la dicha del mundo; pero como ha dicho con grande acierto un escritor contemporáneo, Constantinopla habia recibido en herencia de Roma el pecado original de su madre: el mundo vencido estaba harto de cónsules, de procónsules y de emperadores. Millones de hombres llamados bárbaros por los ciudadanos de una sola ciudad, volvian sus miradas hácia la Italia por encima del Ponto Euxino, atentos al ruido de las divisiones intestinas en que se agitaban los vencedores, y esperando el momento propicio para romper la fuerte esclusa que el brazo poderoso de Constantino habia elevado sobre el Bósforo de Tracia y las arenas danubianas.

El dia de las represalias se acercaba, y los guardadores del Imperio no se apercibian de ello: los tres hijos de Constantino, léjos de continuar las gloriosas tradiciones de su padre, parecia que con sus discordias habíanse propuesto inaugurar el período de la completa decadencia y ruina del Imperio, animando con su depravado ejemplo á los ambiciosos y á los heresiarcas. Las predicaciones del Evangelio, la fé decretada por los venerables ancianos de Nicea, esparcia apenas por el mundo sus admirables máximas de caridad fraternal y de congregacion pacífica, únicas que, dando por resultado una poderosa fuerza moral y material, podian conjurar la invasion de los bárbaros. Por desgracia no sucedia así, y el Oriente continuaba las faltas del Occidente. El emperador Juliano, discípulo de la escuela escéptica de Atenas, al apostatar de la fé cristiana, daba nueva vida á los dioses vengadores, padres del paganismo, y tanto en el promontorio Tracico,

como en el Queresoneso Taurico, se elevaron nuevamente los altares, donde la humanidad debia seguir ofreciendo en ciega hecatombe la sangre de sus hijos desventurados. Cuarenta años habian transcurrido apenas desde la muerte de Juliano, cuando Atila, el azote de Dios, levantó su frente enrogecida sobre los horizontes del mar Negro. Atila tambien habia sido educado en la fé cristiana; pero cuando los príncipes de la civilizacion oriental apostataban, bien podian los bárbaros seguir tan alto ejemplo. El arrianismo y la apostasía penetraron en las tiendas nómadas de los Hunos; el mundo se entregó á disputas sin límites y tras de ellas el imperio habia de encontrar su total aniquilamiento, hundiéndose para siempre en un mar de sangre.

No lo olvideis, gobernadores de los pueblos, fundadores de monarquías, conquistadores insaciables, ha dicho acertadamente un escritor contemporáneo (1). Roma no quiso contentarse con ejercer su dominacion en los territorios comprendidos entre los Alpes y el golfo de Tarento, entre el Mediterráneo y el Adriático, el mas hermoso país del mundo, sino que pareciéndole estrecho quiso conquistar las Galias, la Iberia, la Pannonia, la Germania, el Africa, el Ponto, la Scythia, la Persia, el Asia menor, la Grecia, la Macedonia, toda la tierra, en fin, tal como Teodosio la representaba en su mapa, corriendo el cuarto siglo de Jesucristo. Cuando Roma sometia un pueblo, escogia lo mas selecto de los prisioneros, y cargando de cadenas á aquellos bárbaros, los llevaba abrumados de vergüenza detrás de su carro triunfal, haciéndoles blanco de los insultos y de las bufonadas del pueblo rey. Con frecuencia los príncipes, los jefes de aquellos bárbaros, adornaban el cortejo del cónsul victorioso, y levantaban con sus piés desnudos el polvo de la via Apia. Elevábanse despues por todas partes arcos de triunfo, esos eternos provocadores de represalias, esos insultos monumentales á los pueblos vencidos, esas humillaciones petrificadas, que llaman pronto ó tarde el martillo de los humillados. El carro triunfal habia pasado; pero los cinceles de los escultores le inmortalizaban sobre el granito; pero los simulacros de los bárbaros se destacaban sobre las cornisas; pero las estátuas de los

(1) Méry.

reyes lloraban su esclavitud, y los bajos relieves con permanente vida guardaban afrentas inolvidables sobre los estilobatos de las columnas, las curvas de los arcos, los vastos lienzos de los muros capitolinos. El universo conocido habia enriquecido con sus despojos ópimos los templos de Júpiter Tonante, de Marte, de la Fortuna Viril, de Venus victoriosa. Solo el templo de la Concordia estaba vacío; el templo de Jano veia enmohecerse el hierro de los goznes de sus puertas, nunca cerradas. Los mejores, los mas tolerantes, los mas sàbios entre los príncipes, Trajano y Antonino, cedieron tambien á la embriaguez del triunfo, é inmortalizaron sus victorias sobre el mármol mas puro, mas épico, mas injurioso que Paros habia dado á los escultores. Constantino mismo, por último, y Tito, *las delicias del género humano*, elevaron las cornisas de sus monumentos, cubiertas de bárbaros vencidos, delante del sangriento coliseo, donde resonaban como suspiros del infierno las maldiciones de los moribundos. Tenia pues que llegar mas ó menos pronto el *gran dia, el tiempo inevitable* profetizado por el poeta, *summa dies et ineluctabile tempus;* el dia en que el vencido convertido en vencedor derribase «con injurioso pié la erguida columna,» *injurioso pede stantem columnam*. Los sordos estremecimientos que preceden á las tempestades, sentíanse sobre las cabañas de los bárbaros y en las soledades de la Pannonia, y en las orillas de los rios que caen en el mar Caspio, y las riberas todas del Ponto Euxino. Entre aquellos dos millones de bárbaros que vagaban pidiendo un pedazo de pan sin recibirlo en medio de la inmensa Roma, encontrábase mas de un aventurero que, rompiendo su fé de cautivo, se encaminaba hácia Brindis ó Anxur, y oculto en las sentinas de los barcos de la Quersoneia reaparecian en cualquier muelle del Euxino é iban á la morada del Scita, del Dacio, del Pannonio, del Sarmata, á contarles lo que habian visto en Roma; y al escuchar sus narraciones, los ojos de los bárbaros dirigian al Occidente miradas feroces, y la punta de sus puñales seguia la direccion de sus miradas. El gran nombre de Constantino fué todavia bastante poderoso para detener á los bárbaros mas allá del Danubio, pero su muerte y las divisiones intestinas estallando en la corte de Constantinopla, y los cismas desolando la cristiandad naciente, y la

apostasía abatiendo el lábaro triunfante, desencadenaron la invasion que rompió todos los diques del Euxino. La inminencia del peligro devolvió la conciencia de su situacion á la corte de los emperadores de Oriente. Joviano se apresuró á abjurar la apostasía de Juliano su predecesor; Valente y Teodosio el Grande levantaron de nuevo la cruz de Constantino en los templos de la Roma oriental, y marchando contra los bárbaros bajo el estandarte de Cristo, les empujaron hasta sus desiertos y defendieron las orillas del Bósforo de una invasion. Pero los grandes jefes faltaron; sucedieron los débiles á los fuertes. Alarico habia invadido la Italia, y dado, á pesar de sus descalabros, un golpe terrible al imperio de Occidente, porque enseñó de nuevo á los hombres del Norte el camino de Roma, camino olvidado desde tiempo de Breno. Teodosio II, hijo de Arcadio, era muy jóven y muy débil para continuar la obra de su abuelo Teodosio. Reaparecen las divisiones; las malas semillas arrojadas por Juliano germinan vigorosas; el cisma vencido en Nicea repasa la Propontide; cubre con su voz tumultuosa las dos orillas del Bósforo; y resplandor siniestro refleja sobre el Ponto Euxino, anunciando el azote de Dios; era el rayo de Atila.

Los desiertos, las florestas, los valles, las montañas, los rios de la Europa salvaje y de la llanura del Asia habian dado sus contingentes á aquel ejército de Hunos, conducido por el rey de la devastacion; y los bárbaros quisieron justificar el nombre que el orgullo romano les habia dado. No era para ellos cuestion de conquista sino de destruccion. Allí acudieron de los montes Cárpatos, del Tanais, del mar Caspio, de las pantanosas lagunas Meótidas, del Boristenes, de todas las zonas inclementes donde la dureza del aire despierta en el hombre la sed de sangre. Era la emigracion completa de la barbarie corriendo á la ruina de la civilizacion. Hombres, mujeres, viejos y niños, carros de tribus nómadas, rebaños de ganados sin número, caballos de largas crines, todo se lanzaba en confusion formidable hácia la ciudad de Constantino, peristilo de la aborrecida Roma, y segunda capital del imperio de Occidente. Aquellos hombres de la desolacion y de la venganza, cubiertos con pieles de bestias salvajes, y la cabeza con pesados cascos, bajo los cuales salian sus largas é incultas cabelleras, con sus hor-

ribles y aplastados rostros ennegrecidos por el sol, parecian extender sobre la tierra una especie humana desconocida, ó gigantescas legiones de las edades antidiluvianas. Atila conducia aquel inmenso tropel de fuerzas humanas al pasturaje del mundo, y marchaba á su cabeza, sacudiendo su negra lanza, partiendo el pan negro con sus fieles guerreros, bebiendo el agua de las fuentes en el hueco de la mano, durmiendo, cubierto de grosera manta, bajo los árboles ó bajo las estrellas, dando así á todos el ejemplo de esas virtudes salvajes que divinizan á un jefe, y que arrastran en pos de él á la multitud. Aquel humano huracan, aquella tromba viviente, pasó sobre Constantinopla, y abatió todas las cruces santas, como la tempestad abate las espigas; la estátua ecuestre de Constantino cayó al suelo delante de la iglesia de los Apóstoles; y el estandarte del Lábaro fué arrojado á las aguas del Bósforo. Algunos hombres de poca fé dudaron entonces de la palabra de Cristo, y creyeron que las fuerzas del infierno habian prevalecido contra la Iglesia: rasgóse el velo del templo como en Jerusalen; los arrianos se convirtieron; los sectarios de Juliano el Apóstata se arrodillaron delante de las reliquias del Calvario, dadas por santa Elena á la ciudad de Constantino, y los santos obispos, cubierta la cabeza con el lino sagrado, esperaron confiadamente la brisa del cielo, que levanta las espigas despues del huracan.

Y el azote de Dios pasó: tenia que terminar su mision. Constantinopla era la primera etapa de aquel ejército indescriptible que debia caer sobre la Italia y sobre Roma, la cual parecia haber abierto de propósito la via Apia para facilitar la invasion de Atila; y el gran camino, pavimentado con trozos de roca, retembló bajo los piés del rey de los Hunos. Pero antes de llegar al término de su marcha devastadora, asolaban la magna Grecia, decapitaban los templos de Pesto, destrozaban sus jardines de rosas con las ruedas de los rudos carros, esterilizaban la feliz Campania, demolian á Capua, saqueaban el templo de Augusto en Nola, y destrozaban los circos, los templos y los monumentos de los suburbios de la campiña romana, hasta llegar Atila ante los muros de Roma, como el ángel exterminador ante las ciudades de Pentápolis.

Pero allí un anciano venerable dijo al rey de los Hunos, como Dios al Occéano: «De aquí no pasarás;» y el feroz guerrero detúvose por la primera vez ante el pontífice Leon; y ¡cosa estraña! la mirada de aquel venerable sacerdote, pronto para el martirio, fué mas poderosa con su dulce debilidad, que todos los ejércitos de la tierra. Sálvase Roma; sus templos, ya cristianos, ya gentiles, fueron respetados; y desde aquel dia la invasion de los hombres del Norte tomó diverso carácter, porque la influencia del vencedor pacífico de Atila, haciendo conocer á los invasores la nueva religion, convirtiòles, por misterioso arcano, en breve tiempo á ideas completamente desconocidas para ellos, rudos guerreros que parecian enviados por providencial destino para ahogar la civilizacion pagana.

Constantinopla ve comenzar para ella una nueva era despues de la muerte de Teodosio II, periodo en el cual los cismas, que por desgracia afligian á la Iglesia, movieron mas ruido que las guerras.

La raza imperial, hija de Teodosio, extínguese oscuramente con Anastasio I, y cede el puesto á la raza Justinianea, cuyo último emperador será Focas, y que habrá de reconocer la supremacía de los papas y someter el rito griego al poder romano; medida tanto religiosa como política, con la que aquel emperador creyó poder terminar las disputas y las controversias religiosas, que amenazaban ser eternas en Constantinopla, ya olvidada de Atila, y que volvia de nuevo sus miradas á la apostasía de Juliano, apenas recordado el peligro de la pasada invasion.

El cisma de Eutyches, condenado en el concilio de Calcedonia, encontró bien pronto quien le prestase apoyo en el emperador Zenon, que entró triunfante en Constantinopla, haciendo en seguida poderosos esfuerzos para reunir á todos los cristianos del Oriente en una misma comunion ortodoxa. Revueltas continuas siembran de luto y de desolacion toda la Europa durante el reinado de este emperador, y Teodorico funda en Italia el reino de los ostrogodos. Anastasio sucede á Zenon, mostrándose favorable á los heresiarcas, y en su tiempo los Hunos, los Godos y los Búlgaros amenazan constantemente á Constantinopla, por lo que, para contener sus invasiones, edificó una muralla de cuarenta

millas de longitud, cerrando el espacio comprendido entre el mar Negro y el mar de Mármara, á imitacion del muro de Trajano ó de la muralla de los Pictos.

Pero es triste condicion de la humanidad, que formará su nota característica hasta que la verdadera civilizacion del Evangelio haya hecho de todos los hombres, separados por nacionalidades pasajeras, una sola raza de hermanos, unidas por la única fraternidad posible, la de luchar constantemente cuando no en guerras de las que se llaman extrañas, en luchas intestinas por opiniones encontradas, por ideas abstractas, y á veces por meras palabras. Constantinopla gozando de paz, protegida por aquel infranqueable muro, parece como si se hubiera declarado á sí misma la guerra, y continuó sus constantes disputas teológicas ó filosóficas que, comenzadas por Arrio, no debian terminarse sino ante la invasion de un segundo Atila, mas terrible que su predecesor. Y no se limitaron aquellas disputas á luchas escolásticas y de academia, sino que las herejías de Arrio y de Eutyches hicieron tan numerosos y fanáticos prosélitos, que al fin estalló una guerra de religion. Vitalieno al frente de sesenta mil hombres marcha sobre Constantinopla, y sus bajeles consúmense abrasados en el Bósforo por fuego destructor, invencion de un filósofo ateniense, diverso, sin embargo, del fuego griego de Calinico. Justino, sucesor de Anastasio, consigue la concordia de la Iglesia de Oriente, decreta universal sumision á las decisiones de los concilios de Nicea y de Calcedonia, y prohibe que los heresiarcas pudiesen obtener empleos oficiales ni distinciones; á pesar de cuyos buenos propósitos y medidas, tan necesarias en un país siempre amenazado por vecinos belicosos, y cuya seguridad no podia apoyarse sino en los beneficios de una larga paz interior, nuevas sediciones religiosas estallan en Constantinopla en medio de las solemnidades de los juegos circenses, lo cual dió pretexto á que el emperador los suspendiese en todos sus dominios.

Una época de verdadera prosperidad y grandeza principió en breve. La estrella de Belisario se levanta sobre el horizonte de la historia oriental. Justiniano es aclamado emperador, y señala el principio de su reinado con señaladas victorias conseguidas contra los bárbaros que,

habiendo pasado el Danubio, fueron derrotados por Germanico, sobrino del emperador, y vencidos y sometidos igualmente los pueblos situados entre el Phasis y el Tauro, que manifestaron culpables intentos contra Constantinopla. Justiniano aprovechó tan buenos auspicios para atender á la gobernacion interior de sus estados, siempre quebrantada por disputas y contiendas religiosas y de ambiciones personales, y principió la promulgacion de su famoso código, reduciendo á meditada filosofía y fácil legislacion el cúmulo inmenso de leyes romanas que, segun el dicho de Eunapio, era carga de muchos camellos. Aquel código donde los legisladores futuros habian de encontrar el verdadero reflejo de toda la sabiduría antigua y la base de sus modernos cuerpos legales, contribuyó poderosamente al mejoramiento de las costumbres públicas y á establecer órden y concierto, y por lo tanto prosperidad, en todos los ramos de la administracion, conseguido lo cual convirtió su atencion el emperador á los cuidados que reclamaban las ciudades de sus dominios, que privadas de recintos fortificados se encontraban siempre á merced de los invasores en ambas orillas del Euxino. No contento con esto, atendió tambien al engrandecimiento artístico, que tanto contribuye al verdadero progreso de los pueblos, y levantó por todas partes, y sobre todo en Constantinopla, soberbios edificios donde parecia volver á nueva vida el arte griego y romano; llegando en su afan de demostrar su horror al vandalismo de su época, hasta el punto de levantar sobre sus ruinas la noble ciudad de Palmira, destruida por Aureliano, reedificada por Diocleciano, y devastada y destruida de nuevo en los principios del siglo sexto.

La promulgacion del código Justinianeo, anunciada al mundo en 529, y la sumision del gran legislador al soberano pontífice Bonifacio II, dieron á Constantinopla nueva vida, hasta el punto de que hubiérase dicho que la edad de la barbarie habia pasado para no volver, y que la antigua Roma de los patricios renacia sobre el Bósforo para dar al universo leyes y virtudes nacidas del pensamiento cristiano, leyes y virtudes de la civilizacion verdadera.

Pero Constantinopla parecia destinada á eternas inquietudes. Nueva invasion de bárbaros la amenaza, cuando los Eslavones, aquellos pue–

blos originarios de las razas del Don y del Volga, aparecen sobre las orillas del Euxino, á la vez que los Búlgaros pasan el Danubio y se dirigen á los Balkanes, y la Persia amenaza tambien á Constantinopla, llegando su general Azarethé á pasar el Eufrates y tomar el camino del Bósforo. Todo parecia conjurarse contra la capital del imperio, pues hasta Belisario, que mandaba el ejército de Justiniano, fué derrotado en Calinico. Aquella derrota fué sin embargo la noche tras de la cual debia alzarse esplendente la aurora y el largo dia de sus triunfos, con los que consiguió detener á los Persas en el camino de Constantinopla, obligando á Cosroës, el mas sabio de los reyes que gobernaron la Persia, á ajustar una alianza con Justiniano.

Constantinopla comenzaba á respirar tranquila, cuando las turbulencias interiores volvieron á turbar su paz. Las antiguas facciones formadas á consecuencia de las disputas del arrianismo, adormecidas cuando la guerra exterior desolaba el Euxino, despertaron á los primeros resplandores de la paz, comenzando sus actos sediciosos en el vasto recinto del circo, y los mismos hijos de la gran ciudad aprestáronse parricidas para destrozar las entrañas de su madre. Hallábase Constantinopla en todo el apogeo de su magnificencia. La punta de tierra que avanza sobre la rada, era un verdadero paraiso, que recordaba el que el emperador Gallo habia levantado en Arles á las orillas del Ródano. Los bosques de mirtos, los sicomoros, los fresnos salvajes y las acacias mezclaban en aquella floresta sus verdes ramas, cubriendo rotondas de mármol, capillas cristianas, estátuas de héroes y de mártires. No lejos del palacio del emperador desarrollaba su elipse aquel célebre circo, igual en dimensiones al de Flaminio, porque Constantinopla, aunque cristiana, necesitaba todavia los placeres de la Roma pagana, si bien ya no corria la sangre en aquellos populares espectáculos. Veiase sin embargo en el vasto recinto, como en los antiguos tiempos, la *spina* cubierta de estatuas y obeliscos; la doble *meta* para los carros, los *proceres* y los anchos *vomitorios*, todo en fin escepto el humano sacrificio, los pobres gladiadores ó los mártires cristianos destinados á morir, para que encontrase emociones dignas do su *grandeza* el pueblo rey. Mas allá levantábase vario y rico agrupamiento

de basílicas, de palacios, de baños y de monumentales edificios, dominándolos á todos en una altura, Santa Sofía, la maravilla de la arquitectura bizantina, edificada por Constantino y enriquecida por la piedad de Elena.

Tantos encantos no eran parte á detener en su obra de verdadera barbarie á los hijos de la gran ciudad. Reducidas las facciones á exigua existencia si habian de contentarse con la estéril lucha de sus mútuos rencores, comprendieron que les era mas útil adunar sus esfuerzos contra un enemigo comun, y se reunieron con una sola aspiracion (por lo menos hasta que ya no se creyeron necesarios los unos á los otros), contra el emperador, sus ministros y sus favoritos, llegando á tanto su audacia que trataron de apoderarse de la ciudad por sorpresa y entregarla al saqueo, yendo mas allá en sus furores que los mismos bárbaros. Ni la inocencia detuvo el acero, ni la belleza de los monumentos la tea de los incendiarios. El asesinato, la devastacion, el pillaje con todos sus horrores sembraron de ruinas y de muerte los extensos ámbitos de la ciudad constantiniana; los palacios, los edificios públicos y particulares, y hasta la santa basílica de Santa Sofía fueron consumidos por el incendio. Aquel rio desbordado necesitaba un fuerte dique y no era en verdad bastante á conseguirlo Justiniano, que mas bondadoso que enérgico, mas humano que ambicioso, consideró que no merecia la corona conservarse á precio de un mar de sangre, y prefirió abandonar la ciudad, cruzar el Bósforo y ganar la Trácia seguido de los pocos amigos que quisieron compartir su suerte. Dios, sin embargo, en sus inexcrutables arcanos, lo dispuso de otro modo; y una mujer, la emperatriz Teodora, demostró una vez mas que en las crísis solemnes de la vida tienen las mujeres un valor superior al del hombre. Con sus enérgicas palabras detuvo al emperador que ya ponia su pié sobre la ligera embarcacion que debia conducirle al otro lado del Bósforo, y despertando en él los heróicos sentimientos de sus abuelos, decidióle á sucumbir luchando.

Por ventura, Belisario, el gran general que habia salvado el imperio de las invasiones de los persas, estaba al lado del emperador y resolvió hacer un esfuerzo desesperado para vencer la sedicion y conservar lo

que todavia pudiera salvarse de la destrozada ciudad. A la voz del glorioso general, que tantas veces les habia conducido á la victoria, los soldados acudieron fieles á sus puestos, y en breve un ejército leal marchaba contra el Circo, donde 50,000 rebeldes se habian encerrado, convirtiéndole en casi inexpugnable fortaleza. La batalla no se hizo esperar, y generalizada bien pronto por todos los extremos del vasto edificio, presentaba horrible cuadro de exterminio y de destruccion, alumbrado como gigantescas antorchas por los incendiados monumentos, envueltos en las sinuosas y ondulantes ráfagas de rojizas llamas y de torbellinos de humo denso. Cuando tan terrible conflicto tenia lugar, los rebeldes habian ya nombrado un nuevo emperador que les incitaba enérgicamente á la pelea, puesto que bien conocia Hipacio, que tal era el nombre del usurpador, le iba en ello no solo la codiciada corona, sino la vida. La lucha continuaba cada vez mas encarnizada, y estaba indecisa la balanza del triunfo, cuando para vergüenza de los bizantinos, que asi desgarraban el seno de la madre patria, los mismos bárbaros, que otras veces habian amenazado á Constantinopla, acudieron, llevados por un sentimiento de amor á la justicia que siempre distinguió á aquellos pueblos, á colocarse bajo las banderas de Justiniano y á combatir por él contra los rebeldes. Todavia despues de esto duró la terrible batalla un dia y una noche sin cesar un punto. Treinta mil rebeldes, sin contar los leales, murieron en aquella terrible hecatombe, ofrecida en aras de la locura y la soberbia. El Circo convirtióse materialmente en un lago de sangre; y tantos cadáveres fueron sacados de entre ellos por la puerta oriental, que recibió desde entonces el terrible nombre de *puerta de los muertos*.

Por ventura las nuevas que á la sazon llegaron de Africa, dieron tregua á las discordias civiles de Constantinopla. Gelino, nieto de Genserico, habia establecido á los vándalos en Africa, y semejante vecindad era constante motivo de inquietud para Justiniano, que encontraba en aquel fecundo suelo abundantes cosechas de grano, mas de una vez comprometidas al otro lado del Euxino por las sediciones de los bárbaros. En su consecuencia y para desvanecer sus recelos, quiso asegurarse de la posesion de aquellas fértiles comarcas, á cuyo fin partió de

la Propóntide con quinientos buques de transporte, dirigiéndose sobre la reedificada Cartago. Auxiliado en aquella importante empresa por Belisario, sus victorias fueron tantas como sus combates y batallas, llegando la buena suerte de sus armas hasta á haber hecho prisionero al rey de los vándalos Gélimer, volviéndose á Constantinopla con tan señalada fortuna, despues de haber establecido leyes civiles y cristianas en las provincias de Africa. Agradecido el emperador á los buenos servicios de su predilecto general, otorgó los honores del triunfo á Belisario, que entró en Constantinopla á la antigua usanza romana, sobre carro triunfal, seguido de los bárbaros vencidos con su rey Gélimer, á quien, acaso por escarnio, acaso por respeto, se habia dado un manto de púrpura.

Despues de tan señalada victoria, la previsora mirada de Justiniano fijóse en Italia, donde la dominacion de los ostrogodos y de los descendientes de Odoacro en el trono de Roma inspirábanle serios temores; y tomando pretexto de los crímenes de Teodato, sobrino de Teodorico, y del traidor asesinato de la cristiana reina Amalasonte en una de las dos islas solitarias del lago de Bolsena, envió á Italia al vencedor de Gélimer. A su paso para la ciudad de Rómulo, tan esforzado y sabio general como hábil político, apaciguó las turbulencias de Sicilia, y despues de entrar en Nápoles continuó su marcha sobre Roma, en cuya ciudad Teodato, acusado de traicion por su ejército, fué asesinado por los mismos soldados, que nombraron para sucederle á un guerrero de fortuna llamado Vitiges, el que, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo impedir que Belisario entrase en Roma sin hallar resistencia, y que en poco tiempo quedase toda la Italia sometida á Justiniano. No era sin embargo Vitiges débil carácter que cediese ante los reveses de la fortuna, y bien pronto dirigióse sobre Roma al frente de formidable ejército, pareciendo imposible que Belisario pudiera resistir el asedio con la escasa guarnicion de que podia disponer, por haber tenido que dejar en las ciudades de la magna Grecia, del Brutium y de la Campania, fuertes destacamentos que asegurasen las ventajas obtenidas, y en caso necesario cubriesen su retirada. Un año entero resistió heróicamente el bizantino, y auxiliado por una escuadra que le envió

Justiniano y que logró arribar á Ostia, decidióse á fiarlo todo al éxito de una batalla, y saliendo de Roma al frente de cinco mil guerreros, obtuvo completo triunfo contra Vitiges en la vasta llanura que atraviesa la via Flaminia, obligándole á levantar el sitio y mas adelante á declararse completamente sometido á las armas del vencedor de Gélimer.

Ya era tiempo: mientras Belisario sometia á la Italia, Cosroës amenazaba á Constantinopla, y aquel incansable general, con una rapidez que causa verdadera maravilla, al recordar lo difícil de las comunicaciones en aquella época, apenas conquistada Rávena, último refugio de Vitiges, aparece sobre el Euxino para combatir á los persas, y lucha y vence, y la égida de su nombre y de su valor libran á Constantinopla de la constante amenaza de sus enemigos. Como á la sazon un nuevo meteoro atravesara la Italia desolándola, Belisario aparece de nuevo á las orillas del Tiber, y salva á Roma del furor de Totila, volviendo á Constantinopla sin terminar la completa sumision de aquel nuevo enemigo, por obedecer las órdenes de Justiniano, que confia á Narses la terminacion de aquella campaña. El astro de Belisario se eclipsa ante el del nuevo general, afortunado tambien en sus empresas. La palabra traicion, pronunciada á deshora por envidiosos aulicos en los consejos de Justiniano, determinan la caida del vencedor de Cosroes, que muere segun unos en la miseria y ciego, pidiendo limosna con su glorioso casco en la mano, delante de la estatua ecuestre de Adriano, segun otros, y parece version mas exacta y conforme con el carácter de Justiniano, habiendo merecido de nuevo el favor y aprecio de este, que le devolvió con su estimacion las altas dignidades de que le habia desposeido en un momento de alucinacion.

Al recorrer la historia de Constantinopla, el reinado de Justiniano preséntase como para vindicar á ese periodo tan profundamente despreciado con el denigrante nombre de Bajo Imperio, de los ataques que con mas ligereza que conocimiento, se le dirigen. Teniendo que sostener desde la ciudad del Bósforo constantes guerras con Godos, Hunos, Persas, Vándalos y Herulos, consigue tenerlos siempre á raya, no solo obligándoles á respetarle, sino conquistándoles territorios; realiza el

sueño de los emperadores cristianos, arrancando á Roma del poder de los Godos, para colocar en ella la Cátedra de San Pedro, y sin que tan vastos propósitos le aparten de los fecundos y verdaderos caminos de la prosperidad de los imperios, mientras sus soldados combaten contra multitud diversa de enemigos en las tres partes del mundo entonces conocidas, los artistas levantan los derribados altares, y ábrese de nuevo, dominando á todos los monumentos de Constantinopla, la gran basílica de Santa Sofía con arreglo á los planos del arquitecto Antemio de Tralles, secundado despues de su muerte por Isidoro de Mileto, basílica que desde entonces habia de ser respetada en lo porvenir, lo mismo por fanáticos iconoclastas que por sacrílegos conquistadores mahometanos.

Pero ¡ay! que parece destino siempre de los grandes hombres, el de no dejar tras de sí sucesores dignos de su fama. Justiniano muere en Constantinopla á la edad de ochenta y dos años, despues de un reinado glorioso de treinta y nueve, y su sobrino y sucesor Justino, designado por él mismo, es uno de esos emperadores de transicion, tan comunes en la historia, *una fecha mas que un hombre,* segun la oportuna expresion de un escritor de nuestros dias.

En el reinado de Justino el imperio perdió en Italia aquella preponderancia que habia conquistado en tiempo de Justiniano al precio de tanta sangre, á pesar de que Narses, anciano de noventa años, fuese todavía señor de aquella comarca, y de que su nombre y su fama mantuviesen alejados á los bárbaros de un país tantas veces devastado por ellos: pero desgraciadamente y por un accidente imprevisto, Narses tuvo noticia del mal juicio que merecia á la emperatriz y de las injurias de que era objeto; y aquel anciano venerable que tantos dias de gloria habia dado á su patria, convertido para la venganza en traidor repugnante, no encontró mejor medio para saciar su enojo que llamar al rey de los lombardos y entregarle la Italia, cuya conservacion le estaba confiada. Bien pronto arrepentido de su indigna conducta quiso volver sobre su acuerdo, pero ya era tarde; y un nuevo Atila con el nombre de Alboino, pero seguido de los mismos ejércitos de pueblos bárbaros y nómadas, se precipitó de lo alto de los Apeninos,

é invadió la Italia, y se dirigió á Roma, no atreviéndose sin embargo á atacarla por temor á las fortificaciones con que Belisario la habia puesto á cubierto de nuevos ataques. De este modo la hija seguia protegiendo á la madre; Roma debia la conservacion de su caduca existencia á la combatida Constantinopla.

No vivia sin embargo en ella el genio superior de Justiniano. Justino, olvidado de su glorioso antecesor, olvidado de su imperio y hasta olvidado de sí mismo, anticipaba en su palacio del Bósforo las voluptuosas costumbres de la raza que habia de dominar allí mas tarde, y dejaba que Alboino le arrebatase las conquistas de Belisario y Narses, y que el sucesor de Alboino procurase volver todas aquellas comarcas á la adoracion de los dioses del paganismo, en odio á la salvadora idea cristiana, asistiendo con la mas vergonzosa atonía al desmembramiento de la Italia, al establecimiento en ella de los duques lombardos, y á la amenaza constante de aquellas invasiones contra los dominios del imperio griego. Por fortuna la Providencia deparó á los bizantinos un salvador. Al ver en triste estado de verdadera imbecilidad, como natural consecuencia de sus excesos, á Justino, y á la patria próxima á su ruina, Tiberio, patricio de singular energía, decidió salvarla, y adoptado por el emperador, y ejerciendo en tal concepto el poder soberano, empezó por enviar una expedicion en socorro de Roma, reducida al último extremo por el pagano duque lombardo de Spoleto, socorros que salvaron á la capital del mundo cristiano, defendida heróicamente por el papa Benito I, de su completa ruina y de todos los horrores del paganismo victorioso; continuó por derrotar á Cosroës en gloriosa batalla á las orillas del Eufrates, demostrando que no habia muerto en los romanos de Oriente el heróico valor de los soldados de Sila, y por apoderarse mas adelante de la Mesopotamia; y acabó por devolver al decaido imperio bizantino, cuando ciñó la corona como emperador propietario, su perdido esplendor.

Mauricio en tanto, su digno y heróico general, derrotaba los ejércitos del nuevo rey de los persas Hormisdas, y se preparaba dignamente de este modo á ceñir la corona que le dejó Tiberio en su lecho de muerte.

Poco afortunado Mauricio en los principios de su reinado, vió derrotados á sus generales en la nueva campaña emprendida contra los persas, y á los bárbaros devastando la Mysia y estableciéndose en las orillas del Euxino, cercando á Constantinopla, sin poder conseguir que se retirasen sino despues de haber recibido fuertes sumas pagadas por el emperador. A tantas desgracias hubo que añadir bien pronto la de un incendio que asoló á la capital, y de un terremoto que arruinó muchos de sus artísticos monumentos; reveses de la fortuna que no lograron abatir el levantado espíritu de Mauricio, pues tan luego como empezó á reponer á su pueblo de tantas desgracias, intentó continuar la gran obra principiada por Justiniano. No creyéndose sin embargo en disposicion de distraer sus ejércitos que necesitaba para la seguridad interior y para las invasiones siempre amenazadoras de los pueblos vecinos, aprovechándose de la paz y alianza ajustada entre su predecesor y el rey de Francia, envió sus embajadores á Childeberto excitándole á invadir la Italia para arrojar á los lombardos, prometiéndole costear los gastos de esta guerra con los subsidios que enviaria desde Constantinopla. Childeberto, viendo en esto ocasion para aumentar sus estados y su influencia, aceptó la oferta, é hizo espediciones sin resultado á aquella Italia tan querida de los bizantinos, cuyos emperadores á pesar de hallarse en situacion que podemos llamar defensiva respecto de sus vecinos del Mar Negro y Caspio, miraban con verdadero amor la cuna de sus antepasados y sobre todo á Roma, sede universal de la Iglesia de Jesucristo. En este verdadero amor filial, pocos se distinguieron tanto como Mauricio, pues en su reinado los Persas hicieron esfuerzos desesperados no solo para invadir el imperio, sino para apoderarse de la codiciada Constantinopla, esfuerzos que mantuvieron en constante alarma al emperador para resistir aquellas tempestades que siempre avanzaban sobre las ondas del Mar Negro y del suelo de Tracia, donde no en vano creyeron habia nacido el demonio de la guerra, el *Mars Threicius*, ó dios Marte, de su simbólica teogonía.

Las turbulencias, siempre promovidas por la sed de mando, agitan á su vez la corte de Persia, y de tal suerte que se ve obligado su emperador á pedir auxilio al de Constantinopla, otorgándoselo este con

larga mano, pues le envió á combatir por él un ejército de 60,000 hombres; refuerzo que obligó al usurpador Varamo á huir, abandonando cuanto tenia, y que dió por inmediato resultado para los bizantinos, tratado de paz eterna con los Persas. Con esto parecia que Constantinopla debia ver asegurada su paz exterior por algun tiempo, pero si lo habia conseguido con los Persas, quedábanle todavía los inquietos Abaros, que aparecian por la parte de Odesus (hoy Odesa) y de Tomes, la célebre ciudad del poeta de los *Tristes;* necesitándose todo el esfuerzo y pericia del general bizantino Prisco, para abatir su orgullo en cinco combates, asegurando por algun tiempo de este modo la seguridad de Constantinopla.

Pero, ¡cuán mudables son los favores de la fortuna, y qué ingrata la humanidad! A raiz de los anteriores acontecimientos, cuando en paz duradera y estable con la Persia, y vencidos los Abaros, parecia llamada Stambul á gozar de la calma y de la tranquilidad que tanto habia menester, y á cultivar las fecundas artes de la paz protegida por su emperador, aprovecharon los pretorianos el reposo para proclamar nuevo emperador y derrocar al legítimo, Mauricio. Como era difícil encontrar motivo que cohonestase su accion indigna, culpábanle de haber ajustado una paz innecesaria con Cosroës; y aclamaron á Focas, que se dirigió rápidamente á la ciudad para ocupar el usurpado trono, y que no contento con tan indigno proceder, persiguió tenazmente al fugitivo Mauricio, hasta encontrarle y hacerle sufrir vergonzosa é inmerecida muerte por mano del verdugo. La pobre víctima, acordándose de la resignacion cristiana que animó á los mártires, exclamó, elevando los ojos al cielo al exhalar el último suspiro en un triste dia del mes de Noviembre de 602: «Señor, sois justo.»

Bien pronto Focas sufrió las consecuencias de su infame conducta. Indignado el rey de Persia al ver de tal suerte asesinado á su antiguo valedor, rompió el tratado de perpétua paz con él ajustado, comenzando de nuevo la guerra que por espacio de veinticinco años desoló el imperio bizantino. En vano Focas, obligado á dejar su ociosa y muelle vida por atender á la defensa de la patria y del usurpado trono, pretende oponer sus soldados á los innumerables ejércitos que por todas

partes levanta Cosroës. Los Persas invaden todas las comarcas vecinas; se apoderan de Jerusalen, y renuevan para la ciudad santa los terribles dias de Ciro. A su vez los judios, animados por el éxito que obtienen las armas persas, se levantan contra Focas y se reunen á los ejércitos victoriosos: en la córte sucédense sin interrupcion las intrigas y las maquinaciones para derrocar al soberano, y aun darle muerte; y las miradas todas en el comun peligro y ante la ineptitud del usurpador, conviértense al Africa, donde Heraclio recibe incesantes súplicas para que acuda á salvar á la patria.

Aunque vacilante en un principio, generosa y patriótica decision le impulsa á dirigirse al Bósforo; y poniendo el rumbo de sus naves á la Propontide, despues de lijera detencion en Cizico, donde recibe la imperial corona de manos del obispo, sigue su viaje á Constantinopla, encuentra delante del castillo de la antigua Scutari á la armada de Focas, que trata de cerrarle el paso, lucha y vence, y entra en Constantinopla entre las aclamaciones entusiastas de la variable multitud, mientras rodaba la cabeza de Focas en la galera de Heraclio.

La guerra, con tanto empeño y fortuna sostenida por los persas, entra en un nuevo periodo en tiempo de Heraclio. Comprendiendo Cosroës la diferencia que habia entre el último y el nuevo emperador, y queriendo poner fin con la codiciada conquista de Constantinopla á una empresa tantas veces acometida y tantas veces frustrada, ordena un verdadero plan estratéjico, auxiliado por tres naciones auxiliares, interesadas todas en la destruccion del imperio que miraban como su comun enemigo. Abaros, búlgaros, eslavones y persas marcharon unidos bajo las banderas de Cosroës, que dividió sus numerosas fuerzas en tres grandes ejércitos, destinado el uno de ellos á operar directamente contra Heraclio; el otro á defender la frontera; y el tercero, conducido por Sarbar, á dirigirse desde luego sobre Constantinopla por el camino de Trebizonda.

No estaba ocioso, mientras tales planes se fraguaban, Heraclio, que apercibido de ellos, levantó á su vez tres ejércitos que oponer á los de su poderoso enemigo. Al frente de uno de ellos dirijióse en persona Heraclio para combatir á Cosroës en Armenia; pero al mismo tiempo

Sarbar por el camino de los Balkanes conducia el ejército de eslavones, abaros y búlgaros, y despues de haber conseguido algunas victorias en pequeños encuentros al atravesar las llanuras de Andrinópolis, llegaba al Bósforo y establecia el asedio de la ciudad constantiniana. Pocos eran los defensores, pero lo que les faltaba de fuerza material lo suplieron las fuerzas sin medida del espíritu. Colocada por el venerable Patriarca la estrechada ciudad bajo el amparo de la Vírgen, enarbolado el lábaro cristiano sobre la elevada cúpula de Santa Sofía, y la alta torre de la iglesia de los Apóstoles, ofreciendo sus vidas á pecho descubierto sobre los baluartes los sacerdotes sin mas armas que la cruz sacrosanta en las ungidas manos, resonando en el aire los coros de las vírgenes, de los niños y de los ancianos que cruzaban tranquilos las calles de Constantinopla en largas procesiones entonando himnos á la Vírgen, ofrecia la cristiana ciudad espectáculo indescriptible, que inflamaba con santo ardor el pecho de sus defensores, reduplicando sus fuerzas. Era la lucha de la fé que salva contra la materia que aniquila; del espíritu contra la fuerza bruta; de la razon contra la injusticia.

Y triunfó la fé: los sitiadores enfurecidos al ver que un corto número de combatientes osaban oponerse á su paso, esforzaron sus ataques, pero todo en vano. Despues de un último y terrible asalto conocieron la inutilidad de sus esfuerzos, y huyeron avergonzados á ocultar su derrota en direccion del Ponto Euxino. Tan señalado triunfo acrisoló la fé de los sitiados, y la iglesia de Constantinopla instituyó para recordarlo perpétuamente, y en testimonio de su cristiana gratitud, una festividad que fijó en el sábado de la quinta semana cuadragesimal, en honor de la *Reina de todos los Santos.*

Pero mientras los hijos de Constantinopla conseguian con la visible proteccion del cielo tan señalado triunfo, Heraclio realizaba una empresa digna de los mejores tiempos de Grecia y Roma. Al frente de un ejército de cincuenta mil soldados, pasó el rio Halys, atravesó el Tauro, batió á los persas en Mesopotamia, y tomó á Ninive. Tan repetidos reveses sembrando el descontento entre los soldados de Cosroës les incitaron á la rebelion, hasta el punto de levantarse contra él

su propio hijo privándole del trono y de la vida, inútil crimen que en nada mejoró la suerte de los persas, pues el parricida Siroës se vió obligado á demandar la paz, impotente para continuar la guerra. Heraclio al aceptarla, cristiano antes que todo, impuso como primera condicion que la Santa Cruz arrebatada por Sarbar á Jerusalen fuese entregada á la Iglesia de Constantinopla, condicion que fué aceptada por Siroës, tras de lo cual Heraclio, despues de seis años de ausencia y de empeñadas campañas, volvió á la capital del Bósforo, haciendo su triunfal entrada á la usanza de los antiguos emperadores, en ostentoso carro tirado por elefantes, carro de triunfo oscurecido, sin embargo, por el lujo y la riqueza de otro que conducia el mas alto trofeo que general victorioso ha podido ostentar en la tierra. La cruz verdadera, donde el Salvador del mundo dió la vida humana por la salud eterna del linaje humano. Recibida por el patriarca Zacarías la inmensa reliquia, y colocada sobre el altar de Santa Sofía, recibió durante algun tiempo la adoracion de los fieles cristianos, pero Heraclio, que no consideraba completa su obra hasta colocarla de nuevo en Jerusalen, salió de nuevo de Constantinopla con el sagrado madero, llegó á la ciudad santa, subió descalzo la *Vía Dolorosa* haciendo las catorce estaciones del ritual, poco hacia establecido, y por su misma mano colocó la cruz sacrosanta en la iglesia de la Resurreccion.

Tan prósperos sucesos, tanta fé y tantos merecimientos no pudieron libertar á Heraclio del sentimiento que en breve habian de producirle las eternas desavenencias de su pueblo. Apenas despejados los horizontes de las nubes que con las invasiones extranjeras los cubrian, léjos de aprovechar la paz para reparar los daños causados con tan contínuas guerras, volvieron á entregarse los bizantinos á sus estériles disputas, y la hidra de las heregías á levantar su múltiple cabeza, animada y sostenida por la soberbia humana. Apolinario con sus eternos sofismas sobre la unidad de las naturalezas del hijo de Dios; Nestorio, con sus metafísicas sutilezas sobre las dos voluntades de Jesucristo en la tierra; Eutyches, no admitiendo mas que una sola naturaleza en el Mesías; Teodoro, el fanático obispo de Faran, exagerado defensor de la doctrina de Eutyches, hicieron de Constantinopla

un foco de disputas eternas que no solo conturbaban el corazon de la Iglesia, sino que ponian en peligro la seguridad de la patria.

En medio de aquella tempestad de disputas escolásticas, los mas fuertes habian de sentirse arrastrados por alguna de las opuestas corrientes, y el mismo emperador se hizo monothelista, y publicó un decreto en favor de las ideas de Teodoro, tanto para destruir las demás sectas buscando la unidad indispensable para la vida de los Estados, como por creer que aquella doctrina era la mas conforme con el dogma ortodoxo. Roma, sin embargo, encargada de velar por la pureza del dogma, condenó tambien el monothelismo, y Heraclio cumpliendo fielmente sus deberes, se inclinó delante de la autoridad del Sumo Pontifice, y abjuró su error.

Pero ¡ ay ! que mientras los bizantinos agotaban sus fuerzas en estériles disputas académicas, levantábase en el Oriente resplandor siniestro, amenazando oscurecer con sus sangrientos reflejos el sol de la verdad. El nombre de Mahoma resuena por primera vez en el mundo el año de 622, y aquel conductor de caravanas, que habia recorrido con la profunda é investigadora mirada de los génios superiores, al ejercer su oficio, los paises de Saba y del golfo Pérsico; la supersticiosa Caldea; las orillas del Ganges, conociendo las religiones de Confucio y Brama; los voluptuosos cultos de los indios, y la pureza de la religion de Jesucristo, cuyo elevado espiritualismo no podia comprender su imaginacion ardiente y sensual, como la de todos los árabes, concibió el proyecto de amalgamar tan varias creencias, y fundar una nueva religion acomodada á los caractéres entusiastas de los pueblos de Oriente.

El momento no podia ser mas oportuno para la realizacion de su gigante pensamiento. Poblaba la atmósfera del mundo occidental constante rumor de sangrientas batallas y de disputas académicas; los mismos que seguian las eternas máximas del Evangelio parecian olvidados de ellas, y Mahoma al ver que el santo código de Jerusalen no era cumplido, creyóse en el deber de dar uno nuevo, y poniendo su filosofía en accion, no concibió mejor modo de extender su doctrina, que el de la fuerza de las armas. Meditó su Koran, libro en que

se confundia el ascetismo cristiano y la voluptuosidad oriental, y creyéndose, acaso de buena fé, providencial enviado por los altos decretos de la Providencia, lanzóse á la conquista del mundo.

La aparicion de Mahoma en el horizonte asiático habia de producir no solo radicales cambios en los destinos de la humanidad, sino que, como ha dicho acertadamente un historiador de nuestros dias, si se quitase á Mahoma de la historia, no tendrian razon de ser los grandes hechos y los mas importantes acontecimientos de la Edad Media. Mahoma, por lo que respecta al asunto concreto hoy de nuestros estudios, es un nombre inseparable de los recuerdos históricos de Constantinopla, porque gracias á las locuras de los hombres, el Koran reemplazará en breve bajo las bóvedas de Santa Sofia al Evangelio de los cristianos.

Las primeras llamaradas de aquel incendio amenazador, levántanse en los extremos del Imperio, envolviendo á los romanos orientales. El gobernador bizantino de Bostra rechaza indignado las proposiciones de Mahoma para abrazar la nueva religion, y entrega á los verdugos el enviado del falso profeta. A la noticia de tal afrenta Mahoma se lanza sobre los romanos con un ejército de tres mil hombres, y alcanza un primer triunfo, que es la primera jornada del camino que ha de conducirle á Constantinopla. Para vengar esta derrota, Heraclio envia un cuerpo de ejército á la Arabia, pero entretanto los partidarios de Mahoma habian aumentado de una manera sorprendente, y cuando el general de Heraclio llega ante ellos, admirado del número, no previsto, de sus contrarios, abandona el territorio invadido. El falso profeta envanecido con esta, que pudo considerar, y con razon, segunda victoria, dirije su mensaje al mismo Heraclio invitándole á abjurar de su fé y adoptando la nueva creencia; mensaje á que el emperador ni aun quiso contestar. Mahoma, sin embargo, no se indigna por el desprecio, y se contenta con fijarse entre Medina y Damasco para preparar sus planes, que tenian por principal propósito la conquista de Constantinopla.

El momento oportuno no habia llegado sin embargo. La estrella de Heraclio brilla con radiantes resplandores, y sus renombrados triunfos

sobre los persas hacen comprender á Mahoma que no es tan hacedera empresa como pensaba, apoderarse de la capital del Imperio. La muerte le sorprende antes de que hubiera podido intentarlo siquiera, pero su pensamiento le sobrevive, y sus sucesores acabarán por realizarlo.

Desgraciadamente los cristianos, ciegos en sus disputas y en sus extravíos, no comprendieron toda la importancia de aquel á quien juzgaron como simple sectario, y olvidando que la fuerza de la unidad es la sola que vence todos los obstáculos, sin tener en cuenta que la salvacion del Imperio estribaba en permanecer fieles al lema de: *Unus Deum, unum baptisma, una fides,* continuaron en sus encarnizadas controversias, mientras Abubeker se preparaba á realizar el pensamiento de su antecesor Mahoma. Dotado de las virtudes que arrastran á la multitud, la mayor parte de las veces apreciadora con su buen sentido práctico del verdadero mérito, sóbrio, justo, casto, piadoso, enemigo del lujo y del fausto, precediale tal fama, que vencia sin luchar, abriéndole las poblaciones sus puertas considerándole como á un ser superior. Así fué rápidamente sometiendo todas las provincias aliadas de los romanos, consiguiendo señaladas victorias sobre las tropas de Heraclio. Su sucesor Omar, mas violento y sanguinario, pero no menos activo y guerrero, acabó la conquista de la Siria, destrozó á los ejércitos de Heraclio en Yarmuk, apoderóse de Jerusalen, Cesarea, Tiro y toda la Mesopotamia, y contando sus victorias por sus combates, puso digno remate á sus empresas con la conquista de Alejandría, y á su fama de ignorancia y barbarie, con el incendio de la irreemplazable biblioteca de aquella ciudad, donde parecia haberse refugiado todo el saber del mundo antiguo.

Tantos reveses apresuraron la muerte de Heraclio (641); y los reinados de sus sucesores, Constantino III, Heracleonas y Constante II, pasaron sin dejar rastro digno de ocupar una página en la historia. Constante III, viendo á Constantinopla amenazada por los sarracenos, y temeroso de no poder defenderla, volvió sus miradas á Roma para hacerla capital del Imperio, si aquel extremo llegase, á cuyo fin trató de librar á Italia de la dominacion de los lombardos; empeño vano que se convirtió para el emperador bizantino en vergonzosa derrota, pues

tuvo que refugiarse vencido á Sicilia, encontrando la muerte en Siracusa, en medio de los desórdenes de crapulosa orgía.

Los asesinos de Constante nombraron emperador á un corpulento y valiente armenio, pero no pudieron gozar de su triunfo. Con una actividad y una cólera, justificada por la traicion de los asesinos y el amor filial, el jóven Constantino se embarcó para Sicilia, y apoderándose de los traidores les dió muerte, enviando sus cabezas á Constantinopla, como terribles precursores de su regreso á la capital del Imperio. Pero apenas habia dejado á Siracusa el ofendido y vengado príncipe, cuando los sarracenos desembarcaron en Sicilia llevándolo todo á sangre y fuego, como elocuente manifestacion del escaso temor que ya les inspiraban las armas bizantinas. El poder musulman iba de dia en dia estrechando el círculo de hierro, con que se habia propuesto rodear á Constantinopla. El califa Moavia habia establecido su córte en Damasco, y desde allí enviaba sus generales á todas las naciones para obligarles á abrazar el Mahometismo, ó destruirlas sin piedad si rehusaban acceder á tan bárbara imposicion.

Constante, mas conocido como emperador por Constantino IV Pogonato, léjos de intimidarse por tan constante amenaza, prepárase á seguir las gloriosas huellas de Mauricio y de Heraclio. Numerosa escuadra, sobre cuya arboladura ondeaba el estandarte verde de Mahoma, habia entrado en el Helesponto y dado fondo en la Propontide, esperando nuevos refuerzos de Sicilia, de Africa y de Cilicia para atacar á Constantinopla. La nueva de tan terrible invasion llenó de legítimos temores el corazon de los mas esforzados, y dando trégua á las fatales cuestiones que en mal hora les traian divididos, solo pensaron los bizantinos en el comun peligro. Por ventura el desaliento no penetró en el ánimo esforzado del emperador ni de su pueblo, que veia como feliz augurio el nombre glorioso que el jefe del Estado llevaba; pero por grandes que fueran los alientos de unos y otros, el peligro era de tal magnitud, que casi parecia imposible esperar otro apoyo ni otro socorro que el de la Providencia.

Y el cielo en efecto pareció escuchar los fervientes ruegos del emperador y de sus súbditos. Cuando aquella flota de mil naves avanzaba

como inmensa tromba cargada de irresistibles y asoladoras tempestades, un hombre superior, un sabio griego, de nombre Calinico, ofrecióse á destruir toda la formidable escuadra por medio de un fuego que él habia inventado; y despues de comprobar el mismo emperador la exactitud de sus ofertas y los efectos de aquel invento destructor, perdido hoy para la ciencia, pero que debia tener muchos puntos de contacto con la pólvora, confióle la defensa de la ciudad. Y no tuvo ciertamente porque arrepentirse. Como rayos del cielo caian sobre los barcos enemigos inflamados globos que los asediaban con tan activo fuego, que en breves momentos quedaban reducidos á pavesas. No hay para que decir el número de buques y de hombres que en los frustrados ataques á la ciudad perderian los mahometanos, viéndose obligados á levantar el sitio al aproximarse el equinoccio de otoño, temerosos de que los trastornos de la naturaleza en aquellos dias se uniesen á los desastres de los hombres, refugiándose en Cyzico, donde los restos de la flota pasó el invierno esperando mejores dias para la comenzada empresa; que no es el carácter árabe fácil de disuadir en sus empeños, y tiene para la guerra inquebrantable tenacidad. Asi fué que, léjos de abandonar sus propósitos, á pesar de aquel terrible enemigo que no conocia mas que por sus efectos incendiarios y destructores, despreciándole por no tomarse el trabajo de estudiarlo en su insensato orgullo, cualidad tambien inherente á aquella raza, aprestaron mayor número de buques durante la estacion invernal, y en los primeros dias de primavera la armada sarracena apareció delante de Constantinopla, para continuar el interrumpido asedio. Pero si tenaz insistencia les animaba, no era menor la constancia y el esfuerzo de los sitiados, que rechazaron vigorosamente una y otra vez el asalto que daban á la ciudad por mar y por tierra los sarracenos con las tropas de desembarco, llegando hasta los mismos baluartes, aunque con desastrosos resultados. Tan continuas derrotas no hacian desistir, sin embargo, á los sitiadores, que aunque rechazados con enormes pérdidas al pié de las murallas, devorados por las llamas que consumian sus embarcaciones bajo la accion asoladora é inapagable del fuego griego, volvian de nuevo al ataque, viendo trascurrir asi siete años, y renovando en cada

primavera sus ataques. Al séptimo año Calinico habia perfeccionado cada vez mas su terrible invento, é ideado los brulotes incendiarios del mismo fuego, que por la procedencia de su autor llamóse griego, y por tal medio en una sola noche toda la flota sarracena apareció incendiada. Huyendo de aquel terrible torbellino de fuego, y aun á riesgo de perecer al hierro de los bizantinos, saltaron los mahometanos, que pudieron escapar de las llamas sobre la arena, pero allí les esperaba un decisivo ataque preparado por Constantino, y huyendo á la desbandada los pocos que pudieron escapar con vida, viéronse perseguidos hasta la Propontide, donde en los escasos buques que allí habian quedado, apenas pudieron hacerse á la vela, para llevar la nueva de tan completo desastre al califa de Damasco.

Al mismo tiempo que tan señalada victoria obtenian los bizantinos en las orillas del Bósforo, otros cristianos, el ejército de los Maronitas refugiado en las gargantas y en las cavernas del Líbano, causaron grandes pérdidas á los sarracenos en Siria, por lo que el altivo Moavia léjos de imponer su ley á los soldados de la cruz, se vió obligado á pedir la paz á Constantino, que no tuvo inconveniente en aceptarla, mediante el pago de un tributo impuesto por el vencedor al orgulloso y abatido emir.

A tiempo terminaba esta guerra. Nuevos enemigos, aunque ya conocidos por sus crueldades, amenazaban la codiciada Constantinopla, y tenia necesidad el emperador de todos sus guerreros para rechazarlos. Aquellos enemigos eran los Búlgaros, terror del Occidente, que conducidos por su jefe Asparuk, pasaron como avalancha asoladora el Borystenes y el Dniester, é hicieron alto en Varna á las orillas del mar Negro. Desde allí se lanzaron sobre todas las comarcas danubianas, fija la vista en Constantinopla, por lo que Constantino dispuso rápidamente una armada que se hiciese á la vela con un ejército de desembarco, á fin de arrojar á aquellos invasores de las bocas del Danubio. Asparuk esperó tranquilo á los bizantinos cerca de su cuartel general en los alrededores de Varna, y como en aquel dia, fatal para las armas cristianas, un ataque de gota retuviese en el lecho al emperador, los soldados, privados del influjo de su jefe, se abandonaron á pueriles te-

mores, y fueron completamente derrotados, teniendo que ajustar Constantino forzada paz, que sin embargo de imponerle tributo, alejaba á los Búlgaros de las murallas de Constantinopla.

Con la terminacion de una y otra guerra, parecia que la capital del Imperio debiera entrar en un periodo de fecunda tranquilidad, para reponerse de las enormes pérdidas que habia sufrido; pero léjos de ello, y olvidándose de los males pasados, las heregías reaparecieron con mas fuerza que nunca, como si ahogados sus orgullosos gritos con el estruendo de la guerra, encontraran propicia ocasion de asordar al mundo en el silencio de la paz. En tan extrema situacion, y sintiéndose Constantino mas impotente para combatir aquellos enemigos interiores, que con sus armas de palabras hacian mas daño al Imperio que con sus espadas los Mahometanos y los Búlgaros, acudió á Roma suplicando al soberano Pontífice interpusiera su autoridad suprema en aquel conflicto religioso, súplica que, como no podia menos de suceder, encontró salvadora acogida en el padre comun de los fieles, el cual ordenó la convocacion de un concilio en Constantinopla. Ciento sesenta obispos y legados del Papa reuniéronse en el palacio de Constantino para examinar la doctrina monothelista de Teodoro; y despues de diez y ocho sesiones, el concilio decidió que la Iglesia habia reconocido siempre en Jesucristo dos naturalezas, la divina y la humana, y dos voluntades, la que tenia en el cielo como segunda persona de la Santísima Trinidad, y la que tenia en la tierra como hijo del hombre, despues de su purísima encarnacion.

Con esto calmáronse los espíritus rebeldes; todos acataron la decision del concilio; restablecióse la calma; y como si Constantino solo esperase este momento supremo para entregarse al eterno descanso, despues de tan agitada y gloriosa existencia, murió en el año 685, habiéndole precedido el califa Moavia.

Si el orgullo, eterna causa de las desgracias de la humanidad, no hubiese estimulado á Justiniano II, deseoso de hacer su nombre célebre, á romper los sabios tratados ajustados por su padre con Sarracenos y Búlgaros, una larga y tranquila paz hubiera engrandecido á Constantinopla, elevándola cada vez mas por la insuperable fuerza de la

inteligencia, sobre todos los pueblos y todas las razas que poblaban la tierra entonces conocida. Pero, ganoso de gloria, juzgando que esta solo puede alcanzarse sobre sangrientos trofeos en los campos de batalla, rompió las hostilidades contra los Sarracenos, y consiguió en un principio sobre ellos fáciles é injustas victorias, lo mismo que sobre los Búlgaros, hasta que, repuestos unos y otros de la sorpresa producida por el no esperado ataque, hiciéronles sufrir reveses, sobre todo, los Sarracenos, que, al mando del califa Abdelmelik, alcanzaba una completa victoria sobre Justiniano en Cilicia, haciéndose dueño de la pequeña Armenia.

El camino de los errores avanza en rápida é inevitable pendiente hácia el abismo, una vez dados en él los primeros pasos. Justiniano impotente para combatir á los enemigos que habia provocado, léjos de procurar los medios para reponerse de las pérdidas sufridas, y colocarse en condiciones de proseguir unas luchas tan insensatamente iniciadas, ó de ajustar de nuevo decorosas paces, á cuya sombra pudiera prosperar el Imperio, dedicóse á edificar voluptuosas residencias en el promontorio Tracico y en las orillas del Bósforo, gravando á sus vasallos cada vez mas con fuertes é injustificados impuestos, cuya falta de pago se castigaba con terrible muerte en la horca ó en la hoguera. Tales actos de tiránica locura no podian dejar de producir fatales consecuencias para el emperador. La indignacion popular llegó á su colmo, y Leoncio, al frente de los que con harta justicia se levantaban contra su Príncipe, prendió á Justiniano, proclamándose emperador. Contra lo que en aquel desgraciado periodo solia ser comun, no abusó Leoncio de su triunfo: aunque el pueblo pidió la muerte de Justiniano, pena á que se habia hecho acreedor con sus maldades, Leoncio se contentó con desterrarle perpétuamente á Querson, en el Ponto Euxino.

Pero el imperial desterrado, creyéndose todavía en la plenitud de su poder, léjos de haber aprendido resignacion en la desgracia, insultaba y amenazaba constantemente á la ciudad que le servia de residencia, cansando de tal suerte á sus habitantes, que resolvieron deshacerse de aquel huésped intolerable. Al tener noticia del complot que contra él se tramaba, Justiniano se refugió entre los pueblos de las lagunas

Meotidas, y allí casó con la hija del Kan de los khazares, llamada Teodora. Alentado el Kan con aquella alianza, empezó á demostrar intenciones hostiles contra el Imperio, hasta el punto de que Leoncio tuvo que dirigirle amenazadores mensajes, que dieron por resultado tal disgusto en el jefe de los khazares, que decidió asesinar á su yerno, creyendo así librarse del enojo de los bizantinos. Por fortuna para el desterrado emperador, Teodora descubrió la trama, y advertido Justiniano, mató por sí mismo á los asesinos, y huyó con su esposa á las orillas del Danubio, donde, obrando con una indignidad inconcebible, decidió á los Búlgaros á que le siguiesen á Constantinopla. Tan repugnante proyecto se vió, sin embargo, coronado del mejor éxito. Justiniano entró por sorpresa en la capital del Imperio, se apoderó nuevamente del trono, y se entregó á horribles actos de la mas cruel venganza. Todos cuantos juzgaba enemigos morian á manos de los verdugos; los habitantes de la ciudad de Querson fueron pasados á cuchillo; la cabeza de Leoncio cayó en medio de los juegos del circo; el patriarca Calinico, á pesar de sus gloriosos servicios y de su sagrado carácter, sufrió el horrible suplicio de que le sacaran los ojos; y solo porque la ciudad de Rávena habia manifestado su aprobacion al justísimo destierro que le privó del poder supremo, prendió á las personas mas notables de la poblacion, incluso el arzobispo, los mandó decapitar, é incendió por todas partes la ciudad. Tales y tantos fueron los horrores con que señaló su segundo advenimiento al trono, que el rey de los Búlgaros, indignado de tan repugnante matanza, pidió le pagasen sus servicios para volverse á su pais; y obrando el bárbaro con mas lealtad que el civilizado emperador, así que hubo recibido el estipulado premio, léjos de apoderarse de Constantinopla, como le hubiera sido fácil conseguir dentro de ella con su ejército, esperó á hallarse en sus estados para obrar en consecuencia del rompimiento que habia surgido, y declarar la guerra á Justiniano; guerra en la cual, como no podia menos de suceder, este quedó vencido.

Cuando tal acontecia en las orillas del Danubio, los soldados que habian tenido la poco envidiable mision de cumplir los terribles decretos del emperador en la capital del Quersoneso, cansados de tantas

crueldades, proclamaron otro emperador con el nombre de Filipo ó Felipico; y á pesar de que Justiniano desplega una actividad digna de mejor causa, y forma rápidamente una flota para marchar en contra de su competidor, la de este, impulsada por viento favorable, llega á la capital burlando los esfuerzos de Justiniano, que en vano se afana por adelantarla. Constantinopla acoge como á un salvador á Filipo, y Justiniano, abandonado de todos, sin conservar á su lado mas soldado fiel que su escudero Elio, muere asesinado por este, que al ver el éxito de la empresa acometida por Filipo, quiso ganar las albricias de su traicion.

No habia de ser, sin embargo, muy duradero el triunfo de Filipo: dos patricios le asesinan á su vez en un festin, y vacante el trono, pueblo y magnates reunidos en Santa Sofía el dia de Pentecostes de 715, eligieron para ocupar tan codiciado puesto á un personaje, que, por sus relevantes prendas, gozaba del general aprecio. Llamábase Artemio, y tomó al ceñir la corona el nombre de Anastasio II: al mismo tiempo se designaba para el mando supremo de los ejércitos á Leon, apellidado el Isaurico, que habia adquirido fama de entendido general en las campañas contra los Búlgaros.

Mientras tales sucesos tenian lugar en Constantinopla, el califa Walid, siguiendo la política y los propósitos de sus antecesores, preparaba nueva espedicion contra Constantinopla, á cuyo fin aprovechaban los marinos sarracenos las abundantes maderas que el Líbano les ofrecia, construyendo en breve tiempo gran número de embarcaciones para dirigirse con fuerte armada á las aguas del Bósforo. Noticioso Anastasio de tales aprestos, mandó construir á su vez una flota encargada de incendiar la sarracena, pero antes de que tuvieran ocasion de luchar contra el enemigo comun, los soldados estimulados por la ambicion y el oro de un cobrador de impuestos llamado Teodoro, destituyeron al jefe del Estado, y proclamaron á Teodoro emperador, obligando á Anastasio á tomar las sagradas órdenes en un monasterio de Tesalónica.

Mal avenido este con su nuevo estado, trató de recuperar la corona, en ocasion en que ya la ceñia Leon Isaurico, aquel que fué nombrado

generalísimo de las tropas al mismo tiempo que Anastasio emperador. El momento escogido por este para llevar á cabo sus designios no podia ser menos á propósito, pues ya los sarracenos estrechaban á la ciudad con sus bajeles en las aguas del Bósforo; y así fué que, convertida la atencion de todos hácia el comun peligro, la intentona de Anastasio pasó para casi todos inadvertida, así como su muerte y la de sus principales parciales, que les hizo sufrir Leon.

Los sarracenos intentaron infructuosamente un asalto general; el fuego griego que ya habia tan oportunamente salvado á Constantinopla, libróla tambien esta vez, y los enemigos vieron en breves horas destruidas por el terrible fuego griego sus naves, ganando á duras penas, los escasos que pudieron salvarse, el territorio fronterizo.

Tan importante triunfo, llenando de orgullo á Leon, le llevó á los excesos de la mas horrible tiranía, sostenida además por el fanatismo de los iconoclastas, secta que Leon habia abrazado con tanto ardor, que no solo mandó destruir todas las piadosas imágenes que habia en Constantinopla, sino dar muerte en el acto á todas las mujeres que, fieles á sus creencias, se arrodillaban delante de una estátua ó de un cuadro. El vértigo de las malas pasiones arrastra siempre de uno á otro exceso, de uno á otro delito, de barbarie en barbarie, á los que le dejan apoderarse de su cerebro, y Leon, creyendo en su ciego fanatismo, como hay quien con diversa tendencia aparenta todavía creer, que los adelantos de las ciencias y de las letras perjudicaban á la pureza del dogma, pretendió detener la ineludible marcha del progreso humano, y como si se propusiera rivalizar con el califa Omar, destructor de la biblioteca de Alejandría, mandó incendiar la de Constantinopla y destruir por completo el magnífico edificio en que se conservaba, edificio con ocho pórticos monumentales, y depósito de cuarenta mil volúmenes. Imposible parece el extremo de barbarie á que llegó Leon en este horrible atentado. El bibliotecario, que por la universalidad de sus conocimientos era llamado *Ecuménico*, y todos los profesores que en aquel científico establecimiento conservaban y defendian el tesoro de la ciencia y la literatura antiguas, perecieron tambien abrasados en la inmensa hoguera, á fin de que ningun documento, ni palabra

alguna, conservase un solo gérmen del inapreciable depósito que acababa de estinguirse.

Como triste complemento de tales horrores, la peste y los terremotos sembraron tambien el espanto entre los habitantes de la gran ciudad; y aunque Leon muere envenenado, castigo exiguo para sus *merecimientos*, léjos de encontrar reposo con su muerte los desgraciados bizantinos, tuvieron *digno* continuador de las *hazañas* del Isaurico en Constantino, encarnizado enemigo de los antiguos ritos, y fanático jefe de los iconoclastas. Ni una imágen escapó á su furor insaciable, ensañándose contra las corporaciones religiosas, cuyos conventos fueron derribados; y es imposible calcular hasta donde hubiera llegado en su delirante persecucion, si el cuñado de Constantino, de nombre Anastasio, no hubiera conseguido que le proclamasen emperador, entrando victorioso en Constantinopla, mientras aquel se hallaba ausente ocupado en las eternas guerras contra Búlgaros y Sarracenos. Desgraciadamente para el usurpador, Constantino, á falta de otras cualidades, tenia la de la actividad, y volviendo á la capital, la puso estrecho bloqueo, apoderándose al fin de ella, de su cuñado y de los dos hijos de este, condenando á los tres á perpétuo encierro y á perder los ojos.

Las decisiones de un concilio celebrado con motivo del apasionado sistema de los iconoclastas, calmaron las persecuciones á que se entregaban, y unido esto á la necesidad que se sentia cada vez mas apremiante de reparar los terribles males que venia sufriendo el Imperio, produjo en Constantino Copronymo tan favorable cambio, que se le vió abandonar sus antiguos hábitos y consagrarse á la verdadera gobernacion de su pueblo, siendo una de las primeras medidas que adoptó la de repoblar la capital, que con tantos sitios, pestes, asesinatos y terremotos, habia quedado reducida á menos de la mitad de sus habitantes. El emperador instó á los cristianos de las provincias para que fueran á establecerse á la capital, lo cual fué verificándose mas rápidamente de lo que podia esperarse, sobre todo con los habitantes del Peloponeso, que casi quedó desierto. A la sombra de aquellos dias de calma, las artes que, como fecunda semilla, florecen agradecidas apenas sienten el benéfico influjo del sol de la paz, renacieron bien

pronto, sobre todo en sus aplicaciones industriales, entre cuyos productos merecen especial mencion los órganos, por aquel tiempo inventados y traidos á las iglesias de Occidente, como digna manifestacion de la piedad religiosa de la época, en las regiones de la armonía y del sentimiento.

La paz, sin embargo, no podia ser muy duradera. El califa Harun-al-Raschid, con la tenacidad propia de su raza, amenazaba la capital del Imperio, y Constantino era débil dique contra el torrente mahometano. Por fortuna para la causa de la cristiandad, su hijo y sucesor Leon IV, habia casado con una mujer superior, la ateniense Irene, cuya influencia, aun en los últimos dias de vida de su esposo, hizo alcanzaran importantes victorias sus generales en Asia, contra los sarracenos ; y empuñando con mano fuerte las riendas del Estado á la muerte de Leon, en nombre de su hijo Constantino VI, apellidado Porfirogeneto, conocedora de las necesidades del Imperio, constantemente amenazado en sus fronteras por enemigos que no le permitian trégua ni reposo, é interiormente por ambiciosos vulgares, que no le dejaban espacio para reponerse de sus desgracias, trató de impedir lo uno y lo otro, consiguiéndolo en parte, mientras su hijo obedeció sumiso la voluntad materna. Pero cuando este, mal aconsejado y pervertido, quiso gobernar solo, demostrando bien pronto su inutilidad para tan difícil empresa, sufrió derrotas de los Búlgaros, y las influencias vergonzosas de intrigas palaciegas, que le llevaron hasta el punto de repudiar á su legítima esposa María, sentando en el trono á una de sus cortesanas. La licencia y el libertinaje conducian rápidamente á su ruina al Imperio, cuando Irene, con un valor y una entereza incomprensibles, comprendiendo que habia que sacrificar á su hijo en aras del bien público, tuvo el terrible valor de apoderarse de él, y de privarle de la vista, tras de lo cual aquella mujer varonil y bárbaramente heróica, gobernando sola y con una energía comparable solo á su generosidad y levantados pensamientos, dió al Imperio bizantino los mejores dias de su historia, teniendo siempre á raya los enemigos exteriores, y atendiendo con previsora y liberal grandeza á mejorar la condicion de su pueblo y á impulsar sus adelantos.

Desgraciadamente las intrigas de los ambiciosos pudieron mas que las grandes dotes de la emperatriz, en aquella córte degenerada, y cuando apenas empezaban á sazonar los fecundos frutos del gobierno de Irene, mezquino complot la arrojó del trono para colocar en él al gran tesorero imperial, Nicéforo, que era en un todo la antítesis de la emperatriz desposeida; y que, avaro, cruel, vengativo y cobarde, ajustaba vergonzosas paces con los sarracenos, atento solo á aumentar sus tesoros, y perdia casi todo su ejército y la vida en una emboscada hábilmente preparada por los búlgaros.

El cuadro que despues de él ofrece la historia de Constantinopla, no puede ser mas desconsolador. Stauraco, Miguel, Leon el Armenio, Miguel el Tartamudo, y su hijo Teófilo, pasan uno tras otro sobre el trono, dejando apenas huella digna de su paso, pues los brillantes triunfos que alcanza Leon contra los búlgaros, quedan oscurecidos por la sombra que proyecta en aquel período el reinado de Miguel el Tartamudo, perseguidor, como todo ignorante, de los adelantos de la inteligencia, y tan mal defensor de la integridad del territorio, que se dejó arrebatar la Creta, la Sicilia y la Dalmacia. Su hijo Teófilo amenaza borrar hasta las últimas esferas del arte con su persecucion insensata á las imágenes, furor que le lleva hasta el extremo de mutilar á un inofensivo monje que se dedicaba á la pintura; y solo reposa el fatigado espíritu tras la narracion de tantos y tan trascendentales extravíos, al encontrar el nombre de otra mujer, la emperatriz Teodora, que ejerciendo el poder á nombre de su hijo Miguel, cambió rápidamente el aspecto de los asuntos públicos, introduciendo el órden, la moralidad y la economía en la Administracion, entregando á su hijo, al llegar á la mayor edad, un estado próspero y floreciente. Pero la duracion de estos períodos de tranquilidad y de adelantos parecian vedados al pueblo bizantino. Teodora tenia un hermano, Bardas, avaro de poder y de riquezas, que para conseguir sus innobles propósitos y apoderarse por completo de la voluntad de su sobrino, no vaciló en hundirle en todas las vergonzosas degradaciones del vicio, hasta el punto de que el pueblo de Constantinopla le apellidase con razon Miguel el Beodo. Bien pronto, sin embargo, espió Bardas todas sus faltas: su misma víctima

en un momento de embriaguez, ó acaso de razon en que comprendiera todos los males que le habian acarreado los vergonzosos consejos de su tio, mandó al aventurero Basilio le matase, asociándole en seguida al trono como cumplida paga de su delito; y Miguel, á su vez, expió su crimen, muriendo á manos del mismo Basilio el Macedónico, que, de este modo, quedó dueño del poder absoluto.

Imposible parece que un reinado que tuvo por origen el crimen, pudiera ser tan próspero para el Imperio, y que un príncipe de tan oscuro origen y manchado con la sangre de su predecesor y del ambicioso Bardas, se hiciera digno por sus cualidades y sus victorias del preeminente lugar que ocupa en la historia de aquel pueblo, de aquel Bajo Imperio, larga y prolongada agonía del coloso romano.

Hacia mucho tiempo que el trono de Constantinopla no se habia visto ocupado por tan gran príncipe, como Basilio el Macedónico. Soldado desde su juventud, habia aprendido en los campos de batalla, como se forman los guerreros y los generales, y así durante su reinado las tropas del Imperio obtuvieron incesantes victorias. Teniendo por constante aspiracion el bienestar de sus vasallos, la justicia fué siempre su norte; la legislacion, ordenada en sus *Basílicas;* el derecho, religiosamente respetado; y no contento con el bien que dispensó en vida, dejó una obra escrita á su hijo Leon, para el mejor gobierno de su pueblo, en la que se confunde con admirable maridaje cuanto de bueno encerraban las antiguas escuelas filosóficas paganas y la eterna moral del Evangelio. Su hijo Leon el Filósofo continuó los trabajos legislativos de su padre, añadiendo á las *Primeras Basílicas* las *Posteriores*, y á tales obras debe el glorioso nombre con que ha pasado á la historia, pues en lo referente á la conservacion del territorio, los Búlgaros y los Sarracenos continuaron sus tenaces incursiones, llegando los segundos hasta Tesalónica en terrible razzia.

Los escesos á que desde casi su primera edad se entregó su hermano y sucesor Alejandro, le privaron bien pronto del trono y de la vida, precisamente en los momentos en que empezaba una nueva guerra contra los Búlgaros, que amenazaban muy de cerca á la capital del Imperio. Constantino Porfirogeneto, sobrino de Alejandro, le sucede,

cuando apenas contaba seis años, bajo la tutela de su madre, con lo cual, fácilmente se comprenden las luchas que se entablarian entre guerreros y cortesanos para apoderarse de la suprema influencia, y hasta del mismo Imperio, poniéndose al frente de los dos opuestos partidos, Leon Focas, que habia logrado alcanzar victoria sobre los Búlgaros, al cual apoyaba el ejército, y Lecapeno, que mandaba las fuerzas marítimas. El primero, queriendo ganarlo todo por la fuerza, lo perdió todo, pues habiendo levantado el estandarte de la rebelion en Asia, con una ligereza y versatilidad propia de aquel pueblo, vióse en breve abandonado por sus soldados. Lecapeno, mas cauto, buscó el triunfo de sus propósitos en manejos cortesanos, y habiendo conseguido enlazar á su hija Elena con el Emperador, alcanzó tambien por la influencia de esta, verse asociado al Imperio, y ser en realidad el único soberano de Constantinopla. Los Búlgaros volvieron durante este periodo á turbar la paz del Imperio, pero conseguida la paz por medio de alianzas y de dádivas, trascurrieron largos años sin que volviera á encenderse la guerra entre Búlgaros y Bizantinos; periodo durante el cual Lecapeno procuró fomentar las artes para asegurar por este medio su poder, perdiéndole, sin embargo, en el favor popular de que gozaba, el haber elevado á la alta dignidad patriarcal á su hijo menor, estallando con tal pretexto una conspiracion que le arrojó del poder, con lo que desde entonces empuñó las riendas del Estado solo, Constantino Porfirogeneto.

Como sucede con frecuencia, el periodo, que pudiéramos llamar de desgracia para este príncipe, fué fecundísimo para su pueblo y para la humanidad. Consagrado al estudio durante los muchos años en que Romano Lecapeno le habia tenido verdaderamente usurpado el poder, convirtióse en un verdadero sabio, cuyos conocimientos enciclopedistas abarcaban todos los diversos ramos de las ciencias, hasta entonces cultivadas por el entendimiento humano. Sus tratados de Agricultura, de Medicina, de Diplomacia, de *Virtudes y Vicios*, han llegado hasta nosotros, demostrándonos la generalidad de sus conocimientos, y haciéndonos deplorar la pérdida de otras muchas obras, de las que solo tenemos la noticia. Comprendiendo de este modo aquel Empera-

dor la importancia de difundir los conocimientos y de protejer las ciencias y las artes, abrió lo mismo en la capital que en las provincias, escuelas públicas; protegió decididamente á los sabios, á los hombres de letras y á los artistas; y para dar á estos digno empleo, restauró los ruinosos monumentos de Constantinopla, y levantó otros muchos. Tan importantes cuidados, léjos de apartar su atencion de los otros ramos de la administracion pública, como sucede siempre en los que profesan verdadero amor á las letras y á las artes, le hizo mirarlos con el mayor interés, rindiendo tal tributo á la justicia, y siendo tal la fama de sus virtudes, que le atraian el respeto y consideracion de todos sus enemigos, hasta el punto de que los mahometanos de Africa y de Bagdad, que habian vuelto á romper sus hostilidades contra el Imperio, apesar de haber conseguido una importante victoria en la isla de Creta, fueron los primeros en proponer condiciones de paz ventajosas para el Imperio, las cuales, aceptadas, prometian nuevo y fecundo período de prosperidades y engrandecimiento.

Imposible parece que tan gran príncipe hubiera de morir envenenado por su mismo hijo, y, sin embargo, nada fué mas cierto por desgracia. No se extinguen tan fácilmente en el corazon del hombre los gérmenes del mal, y venian muy arraigadas en Constantinopla las disolventes teorías que tienen por base para los ambiciosos, la inicua máxima, de no reparar en los medios para llegar al fin. Romano el jóven, envenenó á su padre, y, como justo castigo á su horrible crímen, murió tambien envenenado á su vez por la emperatriz Teofana, que aspiraba á ejercer el supremo poder en nombre de sus menores hijos.

Al recorrer la historia de Constantinopla, el nombre y el recuerdo de esta emperatriz, destácanse sombríos sobre el extenso cuadro, como para hacer resaltar mas y mas las virtudes de Constantino VII. Aquella incalificable mujer, ciega por la ambicion, que corria parejas en ella con sus libidinosas aficiones, tan pronto quiere asesinar á Nicéforo Focas, valiente general cuya competencia temia, como se une con él en matrimonio, cuando vé que las aclamaciones de la multitud le llevan irremisiblemente al trono: de igual manera estrecha entre sus brazos al

que antes era su mortal enemigo, como se une á Juan Simisces, el mejor general del Imperio despues de Nicéforo Focas, para quitar á este la vida al cabo de seis años de continuas luchas con Sarracenos, Búlgaros y Alemanes: del mismo modo aparece sufrir resignada el destierro á que su mismo cómplice la condena, despues de haberse apoderado del trono, como trabaja hábilmente desde el fondo del convento en que la tenia recluida, para derramar mortal veneno en la copa del emperador.

A su muerte, estéril para Teofana, van sucediéndose en el trono del Imperio emperadores oscuros, cuyos nombres apenas guarda la historia. Basilio y Constantino, hijos ambos de Romano el Jóven, Romano Argiro, Miguel el Paflagonio, elevado desde la mas humilde esfera al trono, por los viciosos amores de la emperatriz Zoé, madre de Constantino VII, y que apesar de sus años ocupa una página tristemente vergonzosa en los anales de aquel pueblo. Teofana al menos habia luchado por ambicion, siendo el vicio en ella móvil secundario; Zoé, se vé arrastrada á todos sus escesos por insensato amor, que le hace conceder sus fáciles favores, y con ellos su influencia palaciega, lo mismo al pobre dependiente de una tienda de tráfico, cual lo fué Miguel Paflagonio, que al hijo de oscuro calafate, llamado Miguel tambien, aunque mas conocido con el sobre-nombre del oficio de su padre; y mas adelante, cuando vengada de las ingratitudes de este último amante, que despues de haber sido elevado por ella á las alturas del trono, se vió desterrado á uno de los monasterios de la Propóntide, donde hizo le sacasen los ojos, fijóse en Constantino Monomaco, de cuna ilustre, pero de escasa inteligencia, é incapaz para hacer frente á los dos grandes acontecimientos que amenazan durante su reinado la existencia del Imperio: las disputas teológicas, que daban origen al cisma que dividió, como todavía subsiste, la iglesia griega de la comunion romana, y la aparicion, por vez primera, del mas terrible enemigo que los bizantinos tuvieron, enemigos que, andando el tiempo, habian de concluir por aniquilarles. Servian de base á la division cismática, las doctrinas de Focio, el célebre autor del *Nomo-canon*, sostenidas por el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, con pretesto de

acusarse á la comunion romana, por haber intercalado en el símbolo de los padres de Nicea la palabra *filioque*. Eran los segundos, gentes salidas de los desiertos del Asia, las formidables hordas del Turkestan, que, organizadas por Seldjuk, habian llegado á tal punto, que uno de los nietos de este, Thogrul-Beg, se apoderó de toda la parte oriental de la Persia, hasta el mar de las Indias, de las costas del mar Caspio, de Géval, del Irah pérsico y de las ciudades importantes de Hamadam y de Rey, amenazando muy de cerca el imperio de Constantinopla. Al mismo tiempo, y por la parte del Danubio, le ponian tambien en peligro los Patzinacos, belicosa gente que no cesaba de hacer incursiones en su territorio. Viéndose de tal modo y por tan encontrados elementos combatido Constantino Monomaco, trató ante todo de ajustar paces con los turcos Seldjucidas; pero con mal éxito, pues estos miraban casi con desprecio al Emperador de Constantinopla, que no tuvo otro medio sino aceptar la lucha, quedando en ella destrozado su ejército, y consiguiendo solo la retirada de aquellos nuevos invasores, á fuerza de dejar casi exhaustas las arcas imperiales, pagando á los enemigos á peso de oro una vergonzosa paz. La vida de Constantino Monomaco llegaba á su término, y á pesar de sus esfuerzos para nombrar sucesor, no pudo conseguirlo, apoderándose del trono otra mujer, la septuagenaria Teodora, que á pesar de su edad avanzada y de la debilidad propia de su sexo, hubiera llevado dignamente la corona, si los ambiciosos, que ni un instante cesaban en su sistema de intrigas y conspiraciones, no le hubiesen obligado á entregar el mando á Miguel Stratiolico, guerrero encanecido en los campamentos, el cual vióse tambien en breve destronado por Isaac Comneno. Hijo de una de las familias mas ilustres de Constantinopla, revistióse la púrpura imperial en la basílica de Santa Sofía, en medio de aclamaciones tan universales, como de poca seguridad, en aquel pueblo falaz y veleidoso. Isaac Comneno ofrecia ser un buen príncipe, cuando la muerte de un hijo querido, hundiéndole en profunda melancolía, le hizo abdicar la púrpura para entregarse por completo en el retiro á su dolor, no sin haber entregado antes la corona á su antiguo compañero Constantino Ducas, por cuya muerte se apoderó del mando supremo su viuda Eudoxia, que compartió bien

pronto su tálamo y su trono con Romano Diógenes, afortunado guerrero que combatió en un principio con fortuna á los turcos, pero cuyo valor temerario le llevó á caer en sus manos, creyéndole por muerto en todo el Imperio. Eudoxia puso inmediatamente la corona sobre las sienes de Miguel VII, hijo mayor de su primer marido Constantino Ducas; y como andando el tiempo, Romano Diógenes, habiendo conseguido la libertad, tratase de volver á investir la púrpura, Eudoxia aparentó no reconocerle, y le condenó á la pena, tan usada en aquella época, de arrancarle los ojos. Miguel VII, avaro sin límites, solo deja á la historia su poco envidiable renombre de *Parapinacio*, que le granjeó su rapacidad, y despues de él Niceforo Botaniato, lleva aquel vacilante Imperio á los últimos límites de su combatida existencia, y hubiera perecido por completo sin el brazo poderoso de Alejandro Comneno, que, apoderándose de Constantinopla, demostró desde sus primeros actos, que léjos de ser un vulgar ambicioso, tenia las cualidades necesarias para ser á la vez el fundador de importante dinastía, y el salvador, aunque por breve tiempo, de aquel imperio caduco. Alejandro Comneno, sin embargo, cometió grave y fundamental error, origen de las ulteriores desgracias que pesaron sobre Constantinopla. En frente de los ejércitos débiles y afeminados por el refinamiento de la cultura oriental, levantábase en Occidente la poderosa sociedad de la Edad Media, con su feudal organizacion, tan penosa para las últimas clases sociales, como poderosa y fuerte para la guerra. Entre estas nuevas sociedades vivian los normandos, raza belicosa, que apoderada de la Sicilia, de la Calabria y de la Pulla, aventurábase en el Epiro, y amenazaba á Constantinopla. Alejo Comneno, en lugar de combatirlos, hubiera debido atraerlos, aliarse con ellos, vigorizar, con la sávia de aquella gente nueva y esencialmente guerrera, el decaido espíritu de sus ejércitos, para luchar contra los enemigos comunes del nombre cristiano. Pero apesar de sus grandes cualidades, ni Alejo ni el Imperio griego podian comprender el levantado pensamiento de tales alianzas, ni la grandeza de las expediciones que el Occidente preparaba sobre el Oriente, á la voz de Pedro el Hermitaño, mas que para conquistar territorios, con el cristiano pensamiento de ganar las eter–

nas promesas, libertando del poder de infieles la tumba de Jesucristo.

El emperador bizantino educado en las antiguas tradiciones del Imperio romano, estaba muy léjos de poder apreciar el elevado impulso que habia levantado las Cruzadas; y en verdad tampoco era el mejor medio de que pudiera comprenderlo, la conducta que desde las primeras expediciones de Pedro y de Gautier, observaron los guerreros de la cruz, bien discordante con el propósito de que blasonaban. Apoderándose de cuanto les convenia, al mismo tiempo que predicaban las sublimes ideas del menosprecio de todas las cosas de este mundo, hicieron concebir á Alejo las mas desfavorables ideas de sus intemperantes huéspedes, apresurándose para librarse de ellos á darles bageles que los condujesen á Ásia, donde el sultan Suliman, que reinaba en Nicea, los destruyó completamente.

Pero á aquellas primeras muchedumdres armadas sucedieron ejércitos organizados, y Alejo temió á los soldados de la cruz mas que á los mismos infieles, hasta el punto de que habiendo arrojado una tempestad en Dyrrachium, á Hugo el Grande, hermano del rey de Francia, Filipo I, y uno de los principales caudillos de la cruzada que avanzaba sobre el Oriente á las órdenes de Godofredo de Bouillon, Alejo lo retuvo prisionero y rehusó entregarlo á este que lo reclamaba, lo cual fué causa de que Godofredo le declarase la guerra, dirigiéndose con pasmosa actividad sobre Constantinopla. Ante tan grave amenaza, Alejo, procediendo con mejor acuerdo devolvió la libertad á los prisioneros y recibió amistosamente á los cruzados, que permanecieron seis meses en la capital ó en los alrededores, señalando todavia la tradicion, la pradera y los centenarios árboles bajo los cuales acostumbraba á descansar Godofredo.

Conocido de nuestros ilustrados lectores es el éxito de esta cruzada, cuya relacion no puede apartarnos de nuestro principal propósito, bastándonos con recordar que aunque en mayor escala siguieron los nobles paladines de aquel generoso caudillo el ejemplo de las primeras bandas de aventureros, puesto que aprovecharon sus victorias para irse repartiendo los territorios que conquistaban, estableciendo en ellos ducados, señorios, principados y hasta reinos, sobre los cuales

pretendia Alejo ejercer el derecho de soberanía, por haber formado aquellas comarcas, antes de su ocupacion por los sarracenos, parte del vasto imperio bizantino.

Al ocuparnos, si bien brevemente, de este período de la historia de Constantinopla, lícito ha de sernos reproducir las palabras de un autor francés, porque esta circunstancia le libra de todo cargo de parcialidad, al juzgar á los guerreros de su pátria en aquella cruzada. «Mucho se ha dicho y escrito en todas partes acerca de que Alejo Comneno tuvo durante toda la cruzada con los guerreros de Occidente una conducta equívoca. La de los cruzados á su vez no fué mejor. Si él usó de astucia, de doblez, de diplomacia, ellos usaron de violencia. El uno encontró en su debilidad los recursos comunes á la debilidad misma; pero ¿puede decirse que los otros no abusaron de su fuerza en provecho propio? Así, Boemundo, uno de los príncipes normandos establecidos en Sicilia, que ya antes de la cruzada habia guerreado contra el Imperio y contra Alejo, desde el principio de la campaña, se formó un principado en territorios de Edessa y de Antioquía. Alejo no rehusaba darle la investidura, pero el príncipe normando no queria deber mas que á su espada lo que con su espada habia conquistado. Para cualquiera que conozca esta historia, es evidente que los caballeros occidentales en Asia, apenas se cuidaron del objeto principal que les habia lanzado á la guerra. Se consideraron desde luego como en país conquistado, y cuanto caia bajo su mano lo miraban como buena presa. Los amaños y las falsedades diplomáticas están muy léjos de tener nuestras simpatías; pero nos vemos obligados á sostener, que Alejo Comneno reivindicando los territorios del Imperio de Constantino hacia bien, y que las luchas que para ello sostuvo contra Boemundo, contra los pisanos, contra los genoveses, contra los florentinos, son las mas bellas páginas del reinado de este emperador, y contribuyeron no poco á asegurar la suerte de su dinastía. Ninguna familia hubiera podido durante aquella época velar mas eficazmente en Constantinopla por los intereses del Imperio. Así, á pesar de las intrigas palaciegas á las que ningun emperador podia sustraerse, conservó intacta su autoridad, apoyado siempre por el clero, el pueblo, los soldados, y la mejor parte de los dig-

natarios de la córte. Sus ejércitos, en las guerras que sostuvieron contra el príncipe de Antioquía, no fueron siempre afortunados, y sin embargo jamás se hizo por ello cargo al emperador; demostrando todavía mas la necesidad que hay de no dejarse arrastrar por falsos sentimientos, lo que hizo Boemundo, cuando habiendo ajustado sus paces con Alejo, no dió parte alguna de las riquezas de que le colmó á los compañeros de sus guerras, de sus fatigas y de sus peligros, mientras la conducta de Alejo Comneno, con Bertrand, hijo del conde de Saint-Gille y Tolosa, muerto delante de Trípoli de Siria, fué muy diferente y demuestra una vez mas, que los griegos no se condujeron tan mal con los cruzados, como los historiadores han querido decírnos (1).»

La situacion de Alejo era doblemente difícil, pues además de las contiendas que le obligaban á sostener los que debian haber sido sus naturales aliados, se veia combatido por los turcos de Khorassan, obligándole á ponerse al frente de sus tropas, y rechazarlos; gloriosa campaña en que recobrando todo el valor y energía de su edad juvenil, el emperador bizantino obtuvo la victoria contra aquellas numerosas y fieras hordas que todo lo asolaban á su paso, llevando dos años despues la guerra hasta el mismo territorio del sultan de Iconio, y obligándole, ayudado del heróico valor de su sobrino Nicéforo, á pedir la paz, que el emperador le otorgó con ventajosas condiciones para su pueblo, volviendo á Constantinopla ceñido con bien ganado lauro y con abundantes riquezas y trofeos, prendas de la victoria. Tan dado á los asuntos interiores de su pueblo como incansable en la guerra, cuidó con especial prediléccion, animado por caritativo espíritu cristiano, de la suerte de los soldados inválidos, de los enfermos y desvalidos, y poco despues tan agitada vida terminaba en medio del luto general de sus vasallos, (1118), dejando la corona á su hijo Juan Comneno, que superó las buenas cualidades de su padre.

Afortunado en la guerra contra los turcos, los patzinacos del Danubio y los sérvios de la Hungría, conservó con valor y prudencia la integridad del Imperio; y de los nuevos vecinos, hermanos en creen-

(1) Méry.

cias pero contrarios por la ambicion, consiguió el juramento de fidelidad y vasallage, que no logró obtener Alejo, juramento que le prestaron los condes de Edessa y los príncipes de Antioquía; dejando al morir á su hijo Manuel el Imperio floreciente y respetado, y en vias de recuperar la antigua influencia que en anteriores épocas habia egercido en los destinos del mundo.

Por desgracia Manuel Comneno, si habia heredado el valor de sus antepasados, no así la lealtad de su padre, demostrando con sus actos una doblez y mala fé, que con justicia manchan su memoria, pues no tiene disculpa alguna su proceder con los cruzados y con los señores de Occidente, cuando estos le tenian reconocida la preeminencia de su soberanía. Imposible parece, que entre hermanos en religion y en propósitos, é infieles y eternos enemigos, Manuel se pusiera de parte de estos, y no solo dejara de secundar la segunda cruzada, sino que llevase su verdadera perfidia hasta advertir al sultan de Iconio, de los grandes preparativos que hacian contra los turcos, Conrado, emperador de Alemania, y Luis, el jóven rey de Francia, prevencion inicua que produjo la completa y desastrosa derrota de los cruzados.

Al proceder con tan insigne mala fé, Manuel Comneno, llevaba, sin embargo una intencion política, que explica su conducta aunque no puede disculparla. El ambicioso emperador aspiraba á levantar el imperio bizantino sobre el mundo entero, y mas temor le inspiraban para el logro de sus planes los mismos cristianos que tenia dentro de sus dominios, que los infieles de las fronteras, á quienes podia combatir abiertamente, y á quienes estaban acostumbrados á vencer, lo mismo él que sus gloriosos progenitores. Así fué cómo trató de anular por completo el influjo de los occidentales en Oriente, favoreciendo contra ellos á los mismos turcos, y cómo pretendió arrojar de Italia á los normandos, comenzando con tan próspera fortuna la campaña encaminada á tal propósito, que gran número de plazas de la Pulla y de la Calabria cayeron en poder de sus tropas. Astutos, sin embargo, los enemigos aparecieron de improviso amenazando á la capital del Imperio con poderosa flota siciliana en las aguas del Bósforo, lo que le obligó á cambiar de conducta por el momento, aceptando la paz que le ofrecieron.

Mas afortunado en sus planes por la parte de Asia, al mismo tiempo que recibia el pleito homenaje de los señores cristianos de Antioquia y de Jerusalen, alcanzaba señaladas y repetidas victorias contra los turcos, hasta el extremo de obligar al sultan de Iconio á solicitar la paz; paz, que, sin embargo, no fué mas que insegura tregua, pues al acercarse los últimos tiempos de su reinado, tuvo el emperador que emprenderla de nuevo.

El pueblo húngaro y la aristocrática república veneciana, dieron tambien dias de verdadera prueba á Manuel Comneno, pero sobre unos y otros alcanzó importantes triunfos; y todo parecia propicio para la realizacion de los vastos proyectos de éste, cuando tuvo necesidad de comenzar de nuevo la guerra contra los turcos, mandados por el sultan Azzeddin que reinaba en Iconio, y dirigirla con gran prevision y cuidado, porque los infieles habian decidido jugar el todo por el todo en aquella nueva campaña, y lo mismo Manuel Comneno, cansado de aquella lucha tenaz, con un enemigo dotado de una persistencia abrumadora. Por desgracia para las armas cristianas la derrota de Myriocéfalos echó por tierra todos los planes del emperador, y hundió en los sombrios abismos de una melancolia sin esperanza al tercero de los Comnenos.

Abstraido en su tristeza, olvidó asegurar la sucesion del trono, puesto que no dejaba mas que un hijo, Alejo, de edad de doce años, y no era en verdad el combatido gobierno de una minoría, lo que necesitaba aquel Imperio tan combatido por propios y extraños. Asi fué, como poco despues de morir Manuel Comneno, desatáronse las ambiciones hasta allí comprimidas, logrando imponerse á todos Andrónico, cuya horrible tirania le hizo en breve de tal manera odioso, que todas las clases sociales se sublevaron contra él, colocando en el trono á Isaac, el Ángel, el cual, si bien no era tan cruel como Andrónico, tenia un carácter falto de energía y de todas las cualidades que se necesitaban para detener el imperio en su rápida decadencia. Si á esto se agrega la falsedad y mala fé, que presidia á todos sus actos, y de que dió señalada muestra, movido por recelos injustificados, en sus relaciones con Federico Barbarroja y con Ricardo, rey de Inglaterra,

cuando trataron de socorrer con sus ejércitos á los cristianos de Oriente, se comprenderá el descrédito que le rodeó en vida y el poco envidiable nombre con que ha pasado á la posteridad, así como el rápido aumento que fué adquiriendo la dominacion musulmana, perdidas las conquistas de Juan y de Manuel Comneno, y ocupados los generales que debian combatir á los infieles en combatir solo por su medro personal, olvidados completamente del bien y de la salud de la patria. Obedeciendo á tan pequeños y rastreros fines, Isaac Comneno, que siguiendo las gloriosas tradiciones de la mayor parte de sus antepasados, debiera solo haber procurado alcanzar renombre y gloria, y salvar el amenazado imperio, combatiendo á los musulmanes, atendió solo á formarse un reino en la isla de Chipre, que apenas pudo disfrutar, pues le privó de él Ricardo Corazon de Leon, á su paso para Palestina, entregando la isla á los caballeros del Temple, que mas tarde se declararon en favor de Guy de Lusignan. A su vez Alejo, hermano del vacilante emperador Isaac el Ángel, arrojaba á este del trono, instigado por su propia ambicion, y por la de su mujer Eufrosina, llevando su crueldad hasta el extremo de arrancar los ojos á su desposeido hermano, para impedirle de este modo que pudiera algun dia aspirar á la corona.

El mahometismo en Oriente ganaba terreno de dia en dia. La victoria de Tiberiade habia demostrado hasta donde rayaba el poder y la fortuna del sultan Saladino, y á pesar de los gigantes esfuerzos de Felipe Augusto, Ricardo Corazon de Leon, y el emperador de Alemania Federico Barbaroja, los brillantes hechos de armas de la flor de los guerreros de Oriente y de Occidente no produjeron los buenos resultados que eran de esperar, por la mala fé y los celos indignos de Isaac el Ángel. Los esfuerzos de toda la caballeria cristiana eran ineficaces, cuando su principal enemigo, peor todavia que los mismos ejércitos musulmanes, puesto que sus armas eran la doblez y el engaño, estaba en la capital del imperio de Oriente. Asi fué como apenas volvieron á sus hogares cubiertos de laureles, aunque pobres de riquezas los caballeros de Alemania, Inglaterra y Francia, los cristianos de la Palestina y de la Siria, abandonados á

sus propios recursos no pudieron resistir el empuje de las armas muslímicas, y el odiado pendon del profeta volvió á tremolar triunfante sobre el sepulcro de Cristo.

Imposible parece, que al ver Constantinopla tan inminente el riesgo, no pensara, siquiera por amor á su propia conservacion, en volver sobre sus pasados extravíos, y por el contrario viese con culpable indiferencia, los progresos de las armas musulmanas en Ásia, viviendo entregada completamente á sus interiores contiendas y sediciones. El sucesor de Isaac el Ángel, Alejo III, extremó las maldades de sus predecesores, sin que lograsen mejorar sus malos instintos las buenas cualidades, á vuelta de grandes vicios, que demostró su ambiciosa mujer Eufrosina, ni detener la ya próxima muerte del imperio oriental, que debia bajo su tiránica dominacion casi llegar á su postrer instante.

La toma de Jerusalen por los infieles, resonó como un grito de suprema é inmensa angustia de la cristiandad profundamente desolada, en los estados de Occidente. Inocencio III levanta de nuevo el estandarte de la Cruzada, que bien pronto reunió á su sombra los mas heróicos paladines de la Francia, ganosos de gloria, é inflamados por entusiasta sentimiento cristiano, á la elocuente voz del sacerdote Foulques, que es el Pedro el Hermitaño de esta quinta cruzada.

Para atravesar los mares en demanda de las comarcas asiáticas, los cruzados, cuyo propósito era caer impetuosos sobre la Palestina y el Egipto, habian contratado con la poderosa república de Venecia el trasporte, en buques de aquella poderosa reina del Adriático; pero cuando reunido el ejército bajo los muros de Venecia y prontos los buques á darse á la vela, se trató de realizar el pago convenido, encontráronse los cruzados faltos de los recursos pecuniarios que habian menester, y ofrecieron pagar con su sangre, ya que no con su dinero, el servicio que Venecia habia de prestarles, conquistándole á Zára, que habia caido bajo las vencedoras armas del rey de Hungría. Aceptado el convenio, nuevas proposiciones, de quien menos podian esperarse, torcieron tambien los principales propósitos de los cruzados.

Hallábase refugiado en Venecia, huyendo de la persecucion del cruel esposo de Eufrosina, Alejo, hijo del destronado Isaac el Ángel, que al

ver reunido el numeroso y florido ejército de los cruzados, propuso á sus jefes y al Dux de Venecia, Dandolo, una expedicion sobre Constantinopla para restablecer á su padre Isaac el Ángel, en el trono, haciéndoles á cambio de tan importante servicio grandes promesas. Semejante proposicion no podia menos de ser aceptada, por guerreros ávidos de aventuras, y por un hombre de Estado como Dandolo, quedando bien pronto convenido aquel tratado, trás del cual se ocultaba la ruina del Imperio de Oriente.

Alejo III en tanto, ni aun presentir pudo, apesar de sus constantes recelos, la sombria nube que le amenazaba de la parte de Occidente, y cuando los cruzados se presentaron delante de Constantinopla, y conoció sus verdaderas intenciones, aunque acudió á las armas para rechazarlos, apenas pudo resistir el primer dia de combate, huyendo cobardemente, y dejando el campo á sus contrarios, que colocaron sobre el trono, sacándole de la prision donde yacía, al ciego Isaac el Ángel, asociado por su ceguera á su hijo Alejo. Agradecido á la eficaz ayuda que los cruzados acababan de prestarle, les rogó no abandonasen á Constantinopla, colmándoles de toda clase de obsequios y presentes; pero bien pronto, desagradecido y desleal, temió á sus poderosos huéspedes, pensando únicamente en deshacerse de ellos, cuyo propósito atizaba sordamente el espíritu siempre hostil de los griegos contra los latinos. Acumulados por tal medio los combustibles de la nueva hoguera, faltaba solo una chispa para inflamarla, y esta la puso fácilmente Alejo Dúcas, apellidado Murzuflo, que atacó á un cuerpo de franceses, rompiendo abiertamente las hostilidades con sus antiguos valedores. No rechazaron los latinos la lucha; y como ya habian aprendido con que facilidad se elevaban en aquel imperio sobre las gradas del trono á los emperadores, derrocaron al ingrato Alejo IV apoyando la proclamacion de Nicolás Canabe, con lo cual, léjos de aquietarse Murzuflo, se lanzó á sus mas violentos arrebatos, apoderándose del nuevo emperador, matándole con sus propias manos, y ciñéndose él mismo la corona.

Tan inaudito atentado cometido contra el emperador, que acababan de elevar al trono, colmó el enojo de los latinos, que sin consideracion

alguna para los que tan ingratos se les habian mostrado, declararon abiertamente su propósito de apoderarse de Constantinopla, intimando á Murzuflo, la rendicion y la entrega de la ciudad. Como no podia menos de suceder, el usurpador rechazó tales proposiciones, pero bien pronto el resultado de la lucha le hizo conocer la inutilidad de sus esfuerzos, puesto que los latinos se apoderaron rápidamente de gran parte de la capital, teniendo él mismo que abandonarla, mas atento á conservar, huyendo cobardemente, la vida, que á perderla con gloria, luchando al menos como valiente, sino como bueno. Teodoro Lascaris, pretende, despues de hacerse proclamar emperador, resistir al enemigo, apoyado en los barrios extremos de la ciudad, y en los alrededores de Santa Sofía. Pero todo en vano. El incendio completa la obra de las armas, y las iglesias, los palacios, los ricos almacenes de los mercaderes cayeron en poder de la soldadesca, que lo llevó todo á sangre y fuego. Los cruzados quedaron dueños completamente de la capital y por consecuencia del imperio, apresurándose á instalar en la silla de Santa Sofía como patriarca de la comunion latina al noble y virtuoso veneciano Tomás Morosini, y á nombrar emperador, recayendo todos los sufragios en favor de Balduino conde de Flandes; con lo que el antiguo imperio griego quedó destruido, levantándose sobre sus ruinas el imperio latino de Constantinopla. Mientras tales y tan radicales variaciones se hacian en la ciudad del Bósforo, los venecianos, mercaderes antes que todo, llevaban á su aristocrática república los ricos despojos de la victoria, por donde el lujo y refinamiento oriental se extendió en las comarcas de Occidente.

El antiguo imperio no conservó su integridad bajo el mando de sus nuevos señores. Habian sido muchos los jefes de la cruzada y de aquella empresa sobre todo, y sino habian de reproducirse entre los latinos las destructoras contiendas de los griegos, era indispensable desmembrar el territorio y crear con los despojos del coloso nuevos estados, que saciasen la sed de mando y de poder de aquellos valientes y ambiciosos guerreros. Así fundaron un reino en Tesalónica, un principado en la Acaïa, un ducado en Nicea, cuyas coronas se adjudicaron respectivamente Bonifacio, marqués de Montferrato, Guillermo

de Champlite y Luis, conde de Blois, repartiéndose á tal tenor títulos, honores y riquezas los demás campeones de la cruz, que de todo habian tratado desde su salida de Venecia, menos de cumplir el cristiano propósito que les hizo empuñar la espada.

Los griegos, sin embargo de tan prósperos sucesos para los latinos, estaban muy léjos de conformarse con la impuesta dominacion. Teodoro Lascaris busca en Asia alianzas con los turcos, sus naturales enemigos, para combatir á los cristianos occidentales, mientras otros señores griegos refugiados en la córte de los búlgaros, escitaban á su rey, celoso enemigo de los latinos, para que les declarase la guerra. No necesitaba este de muchos estímulos, para levantar bandera contra los cruzados, y al primer pretexto que la fatalidad le presentó, rompió las hostilidades con próspera fortuna, pues apenas comenzada la guerra Balduino cayó en su poder, siendo tratado por el vencedor con indigna crueldad. Enrique, hermano de Balduino, que en los primeros momentos de tal desastre tomó el título de regente y despues la diadema imperial, unido á su antiguo compañero de armas, el rey de Tesalónica, vengó aquella derrota, si bien su triunfo no fué tan importante que obligase al rey de los búlgaros á dejar en paz el nuevo imperio por largos años, rompiéndose por el contrario en cada uno de ellos con abrumadora tenacidad las hostilidades por parte de aquel incansable enemigo, que aprovechaba los momentos de su forzado reposo despues de ser vencido, para prepararse á nuevas lides.

Por la parte de Asia, en tanto, Lascaris se aprestaba á la guerra; pero ni aun en la desgracia los bizantinos podian dar tregua á sus rencores, luchando en la misma córte del sultan de Iconio, el antiguo emperador Alejo con el último que solo durante algunas horas vistió la púrpura imperial. A tal extremo llegan tan insensatas maquinaciones, que Alejo excita nuevamente al sultan para que declarase la guerra á Lascaris, á lo cual se anticipó este, y estando á punto de ser vencido, salvó su naciente trono matando por su misma mano á su enemigo.

Enrique entretanto habia muerto, y los barones reunidos le dieron por sucesor á Pedro de Courtenai, conde de Auxerre, que habia casado en segundas nupcias con Yolanda hermana de Balduino; pero Pedro

de Courtenai no pudo llegar á Constantinopla ni al trono imperial, sino despues de haber estado expuesto á ser víctima de Teodoro Comneno, príncipe de Epiro, que aspiraba secretamente á reivindicar lo que consideraba como herencia de su familia.

La anarquía habia destruido el imperio griego, y la anarquía se apoderó bien pronto del latino: y fué de tal suerte, que despues de la muerte de Pedro de Courtenai, hubo al mismo tiempo tres emperadores; Roberto, sucesor de Pedro, en Constantinopla; Teodoro Comneno en Tesalónica; y Vatacio, sucesor de Lascaris en Nicea, sin contar á Alejo Comneno que reinaba oscuramente en Trebisonda, nuevo estado que acababa de formarse á las orillas del mar Negro (1222).

Desgraciadamente ninguna virtud, ninguna cualidad de esas que se imponen por su alteza ó por su atrevimiento, distinguian á aquellos ambiciosos magnates, de los cuales el único que parecia obedecer en todos los actos de su vida á un pensamiento determinado y de importancia fué Vatacio, al pretender el restablecimiento de una dinastía griega en el trono de Constantinopla, y por tal medio procurar devolver á aquel imperio su antigua preponderancia. Como si la fortuna favoreciese sus propósitos, Juan de Brienne que sucedió á Roberto durante la menor edad de su hermano Balduino, harto combatido estaba por los años, para poder empuñar con mano fuerte las riendas de tan vacilante Estado, y Vatacio aprovechando esta circunstancia que le facilitaba el logro de sus designios, aliado con el rey de los búlgaros, marchó resueltamente sobre Constantinopla. No habia contado al acometer tan atrevida empresa, con el carácter verdaderamente heróico, en medio de su ancianidad, que distinguia á Juan de Brienne. Resuelto este á morir con gloria antes que abandonar cobardemente el puesto de honor que las circunstancias le habian confiado, reunió un corto ejército de tres mil peones y solo ciento sesenta caballos, y con tan exiguas fuerzas salió á buscar á su enemigo, que reunia mas de cien mil. Tan audaz como admirable resolucion, obtuvo la merecida recompensa. La escasa hueste del de Brienne derrotó al numeroso ejército contrario; y como al mismo tiempo que tan épica hazaña realizaba, la flota de los venecianos dispersaba á la escuadra enemiga, que á duras

penas pudo refugiarse en Lamsaco, Constantinopla quedó libre por el momento de la dominacion que tan poderosamente le amenazaba: y hemos dicho por el momento, porque sin necesidad de enemigos armados ni de ataques á viva fuerza, la dominacion latina en Constantinopla tocaba á su término, porque las cualidades que le distinguieron en su principio, iban desapareciendo de dia en dia. Para que hubiera podido sostenerse aquel imperio bajo el cetro de los latinos, era necesario que las potencias de Europa, cuna de la caballería, le hubiesen enviado sus guerreros, que alentados por el espíritu elevado y hazañoso de la época en los paises de Occidente, prestase la sávia de su energía á los soldados bizantinos, cansados ya de combatir con tan opuestos enemigos, y desprovistos del entusiasmo y la fé ciega en una causa, cualquiera que ella sea, fuente siempre segura de grandes acciones. Juan de Brienne, templado en el yunque de Occidente, apesar de sus años, lograba infundirles el aliento que les faltaba, y realizar tan épicas hazañas como las que acabamos de referir contra Vatacio, á quien logró tambien rechazar en una segunda intentona, que con perseverante empeño volvió á acometer; pero el aliento que á los suyos infundia era el de su ejemplo y el de sus prendas personales, no el de la idea, que sobrevive hasta despues de grandes adversidades é infortunios.

Balduino II, comprendiendo que la salvacion del imperio latino en Oriente, estaba en el apoyo que le prestasen con sus soldados las potencias occidentales, levantó un ejército en Francia de sesenta mil hombres, recurriendo para sostener los grandes gastos que tal empresa le ocasionaba á arrojar en los crisoles de las casas de moneda, los ricos tesoros de las iglesias; pero faltábale para completar tan salvador pensamiento la audacia y la confianza en su propio valer, prenda de segura victoria en las empresas humanas. Si Juan de Brienne hubiese dispuesto de las considerables fuerzas que animadas de entusiasta espíritu caballeresco llegó á reunir Balduino, hubiera salvado el imperio, aunque hubiera tenido enfrente á Vatacio, cuya perseverancia abrumadora, formó siempre la cualidad distintiva de su carácter; pero desgraciadamente no fué así, y Vatacio aprovechándose hábilmente de las faltas de sus adversarios, sino llegó á

apoderarse de Constantinopla logró dilatar considerablemente los confines de sus estados, y dejar preparados los acontecimientos para que sus sucesores pudieran conseguirlo. Si su hijo Teodoro Lascaris, que le sucede, no lo alcanza por su prematura muerte, Miguel Paleologo como tutor del nieto de Vatacio Juan Lascaris, llegó un dia á las puertas de Constantinopla, sin que Balduino II adormecido en sus placeres ni siquiera se apercibiese de ello en su voluptuoso palacio de Blaquerno, hasta que oyó las aclamaciones de los soldados de Miguel Paleologo, y la ciudad entera ocupada por sus enemigos, que se apoderaron de ella sin derramar una sola gota de sangre. El 15 de Agosto de 1261, entró este en la ciudad por la Puerta Dorada, á pié, sin ningun signo exterior de la magestad imperial, dirigiéndose ante todo á dar gracias á Dios en Santa Sofia por el restablecimiento del imperio griego en la capital del Bósforo instalándose en el palacio Bucaléon. Tanta humildad llevaba sin embargo un oculto propósito indigno. Miguel Paleologo no tuvo bastante abnegacion para entregar su fácil conquista al legítimo soberano, el jóven Lascaris, en cuyo nombre gobernaba, y no contento con haberle tenido encerrado hasta entonces en un castillo de Asia, arrojó la máscara tras de la que ocultaba su usurpacion, ciñóse la diadema, y mandó arrancar los ojos á su desgraciado pupilo.

Imposible parece que habiendo subido al trono por medio de accion tan indigna, demostrase en tan elevado puesto, relevantes cualidades. Durante los largos años de su reinado, consiguió tener á raya los numerosos enemigos que por todas partes le rodeaban, asi á los orientales, búlgaros, turcos y sarracenos, como á los occidentales, sin embargo de tener estos, príncipes tan esforzados, como Cárlos de Anjou, hermano de S. Luis, uno de los generales mas afamados de su tiempo. El oscuro y pequeño imperio de Trebisonda, que pudiera en lo porvenir haber adquirido importancia perjudicial á Constantinopla, dejó de inspirarle recelos, pues gracias á sus hábiles manejos, Juan Comneno, en aquel mandaba á la sazon, renunció al título de emperador y á todo distintivo de dignidad imperial, contentándose con recibir en cambio la mano de Eudoxia, hija de Miguel Paleologo, y el título de Déspota. Mayores

empresas se preparaba á acometer para el engrandecimiento de su imperio, cuando le sobrevino la muerte, dejando el trono á su hijo Andrónico II, en cuyo reinado volvieron á suscitarse con mayor empeño las cuestiones religiosas, declarándose el nuevo emperador violento partidario del cisma, que destruia la fuerza de la unidad tan necesaria á los poderes cristianos, facilitando el triunfo á un nuevo enemigo, los turcos otomanos, que mas afortunados que los seldjucidas, destruidos por los mongoles, habian logrado fundar poderoso imperio con las ruinas de todas las potencias musulmanas del Asia, y fijaban su atrevida mirada, ávidos de nuevas conquistas, en la ciudad de Constantino, aspirando nada menos que á fijar en ella, la capital del nuevo imperio.

Temeroso Andrónico II de los nuevos enemigos que ya muy de cerca la amenazaban, asoció en el imperio á su hijo Miguel, y no encontrándose bastante poderosos para poder oponerse al torrente invasor, recurrieron á demandar socorros á los paises de Occidente; ocasion que dió origen á una de las mayores glorias que nuestra pátria registra en sus anales, á la expedicion de catalanes y aragoneses, que asombró al mundo, y que hubiera podido ella sola asegurar en el trono al emperador bizantino, si la insigne perfidia de este no hubiera convertido contra sí, las armas de sus mismos valedores.

Viejo y valetudinario Andrónico, veia rápidamente hundirse el imperio de que era indigno, combatido por los incansables otomanos, y por la desgracia en el interior de su hogar; pues como providencial castigo de sus traiciones y sus crímenes, vió morir uno tras de otro, en breve plazo, á la esposa que amaba, y á su hijo y compañero en el imperio, Miguel, y á su nieto Andrónico, amargando los últimos dias de su ancianidad con incesantes conspiraciones, que terminaron al fin con arrebatarle la corona, sino la vida.

Por ventura el ingrato usurpador, ya que no tuviese otras cualidades, tenia al menos la del valor, y al ver que los turcos en su invasora marcha, habian llegado hasta Nicea, poniéndole ajustado cerco, marchó contra ellos, pero despues de un encarnizado combate, en que, por cinco veces consecutivas, fueron los bizantinos vencidos y vence-

dores, tuvieron al fin que abandonar el campo, salvando dificilmente herido á su emperador. Tan terrible derrota no fué sin embargo bastante para detener en sus propósitos al jóven Andrónico, y apenas restablecido de su herida, al saber que los turcos, animados con la victoria de Nicea habian invadido la Tracia con numeroso ejército, marchó contra ellos y los batió tan cumplidamente, que pocos fueron los que, salvándose del terrible desastre, pudieron volver á sus ciudades de Asia. Tan afortunado éxito, parece como que despertó en aquellos últimos restos de los poderosos señores del mundo, los hazañosos alientos de sus predecesores; y así fué como los generales de Andrónico saliendo por todas partes al encuentro de los persistentes otomanos, alcanzaban cada dia nuevas victorias, lo mismo que sobre los sérvios y los búlgaros, que tampoco cesaban de inquietar al emperador bizantino. Ayudaba poderosamente á Andrónico en aquellas numerosas guerras, su general Cantacuceno, guerrero en quien parecian haber revivido todas las grandes cualidades de los antiguos capitanes de la Roma de Augusto y de Constantino.

Pero desgraciadamente para el imperio, volvieron á recrudecerse en Constantinopla, las luchas que las herejias sustentaban, y de tal modo, que tomando parte en ellas el mismo emperador, fueron causa de su muerte, dejando demasiado jóven á su hijo Juan Paleólogo, para poder ceñir la diadema, y gobernar en tan difíciles circunstancias á un pueblo combatido por todas partes en el exterior, y destrozado interiormente por las heregías y las disputas teológicas. Solo una mano enérgica y poderosa podia empuñar el gobierno del Estado, sino para conducirle á seguro puerto, para sostenerle al menos en medio de las tempestades que le combatian; y comprendiéndolo así Cantacuceno, mas por patriotismo que por afan del poder soberano, animado y sostenido por los grandes talentos de su esposa Irene, declaró abiertamente su voluntad de ceñir la corona, y la ciñó en efecto, apesar de la declarada oposicion que le hacian todos los que llamándose sostenedores del emperador legítimo, mas que en sostenerle pensaban, como acontece siempre, en sus medros personales.

Y á la verdad, que era tiempo de que un hombre superior, empu-

ñara con mano fuerte las riendas del Estado. No solamente amenazaban los musulmanes á Constantinopla, sino que los genoveses establecidos en Gálata trataron de apoderarse tambien de la capital, poniéndola sitio. Cantacuceno para rechazar la agresion que de tan cerca venia por las aguas del Bósforo, tuvo que reunir rápidamente una escuadra que rechazase á la flota enemiga; pero esta vez la suerte no le fué propicia, pues antes de librar el combate, vió dispersados sus bajeles por violento huracan, que dió el triunfo sin que luchasen á los atrevidos genoveses. Lo que con la fuerza de las armas no habia podido conseguir, lo consiguió Cantacuceno con su diplomacia, y comprendiendo que mas que dominacion material y aspiraciones de conquista, guiaban á los genoveses intereses mercantiles, ajustó con ellos un tratado que les daba en tal concepto ventajas productivas, y terminada de este modo aquella contienda volvió sus armas contra los sérvios, venciéndoles en repetidos encuentros; tras de lo cual, creyendo asegurada la paz del Imperio, quiso coronar dignamente los largos merecimientos de su vida, devolviendo la corona que solo para salvar la pátria habia ceñido, al hijo de Andrónico, Juan Paleólogo. Sin comprender toda la grandeza de tal accion, encontró en su misma familia los primeros obstáculos para realizarla; y mas cansado de esta lucha estéril y vergonzosa, que de sus largos y continuos trabajos, como general y como político, encerróse en un cláustro, donde consagrado solamente á Dios terminó sus dias, mientras su hijo Mateo se empeñaba en sostener sobre sus sienes la corona, que al fin ciñó el hijo de Andrónico. Mientras estas últimas é intestinas luchas, tenian lugar, los turcos habian hecho incesantemente rápidos progresos. Dueños de Galípoli, habíanse tambien apoderado de Ancira en Asia, y establecido la córte de sus dominios en Europa, en la misma Andrinópolis.

En vano Juan Paleólogo al ver tan inminente por aquella parte el peligro, recurre á perjudiciales alianzas con los sérvios, los húngaros y los búlgaros, que reunidos quisieron detener el poderoso empuje de los turcos. En vano el papa Urbano IV predica una nueva cruzada: aquellos fueron destrozados por los ejércitos sarracenos, y este no

logra inflamar el espíritu de los guerreros de Occidente, que cansados de las deslealtades bizantinas habian llegado á mirar ya con indiferencia la suerte de aquel caduco imperio.

Juan Paleólogo, aislado en su impotencia, no tuvo ni el pensamiento siquiera, de morir luchando, y prefiriendo vergonzosa paz á gloriosa muerte, llevó el colmo de la ignominia hasta reconocerse tributario del sultan Amurates. Muerto este antes que Juan Paleólogo, su sucesor Bayaceto mostró claramente sus propósitos de no contentarse con el arreglo ajustado por su predecesor, sino con llegar al fin supremo de los ambiciosos sultanes turcos, que era la posesion de Constantinopla; y fácilmente lo hubiera conseguido, á no haber tenido que atender á la propia conservacion de sus estados, impetuosamente acometidos por el célebre Tamerlan, siendo completamente derrotado el ejército turco en terrible batalla reñida delante de los muros de Ancira, en Frigia, tras de la cual quedó prisionero Bayaceto, con sus mujeres y sus hijos; muriendo de vergüenza en el camino, el soberbio sultan, cuando encerrado en una caja de hierro, le llevaban los mongoles á Samarcanda, como inestimable trofeo de la victoria.

Manuel Paleólogo, hijo y sucesor de Juan, quiso aprovecharse del desórden y de la confusion que tal derrota habia producido entre los otomanos, y para conseguirlo, aplicando la doctrina, elevada tres siglos despues á principio, por Maquiavelo, de «dividir para reinar,» atizaba en secreto el fuego de las contiendas civiles, que destrozaba el poder otomano, sostenidas por los cuatro hijos de Bayaceto, que todos aspiraban á ocupar el trono de su padre. Poco habian de valerle sin embargo sus falsos manejos al débil emperador bizantino. Amurates II ciñó la espada de los sultanes soberanos, y apenas se vió investido con el supremo poder, dirigió sus ambiciosas miradas á la ciudad del Bósforo, teniendo el mismo emperador, que habia soñado con destruir por medio de la falacia y de la astucia, ya que no podia con las armas, la amenazadora preponderancia de los turcos, que reconocerse tributario del segundo Amurates, lo mismo que su sucesor Juan Paleólogo; vergonzoso tributo que no le libraba de ir viendo de dia en dia desmembrarse el imperio, y caer en poder del otomano sus mejores provincias.

No habia de ser, sin embargo, Amurates, el sultan á quien estaba reservado el completo logro de los ambiciosos propósitos de sus antecesores. Murió sin dejar terminada su empresa, dejando el trono y el encargo especial de darla cima, á su hijo mayor Mahomet II, digno heredero de sus talentos y de su valor.

Los últimos dias del imperio griego se acercaban. Su vacilante trono recayó por muerte del último Paleólogo, en Constantino, déspota del Peloponeso, destinado á ver hundirse para siempre en la sima de lo pasado á aquel coloso, cuya larga y penosa agonia de gigante tocaba á su término. La realizacion del *Venit summa dies et ineluctabile tempus,* que en son de profecia escribió un siglo antes el gran artista regenerador de la pintura en la Edad Media, el florentino Cimabue, vá á cumplirse.

Y cosa extraña. Con Augusto nació el imperio romano de Occidente y con Augustulo terminó. Constantino creó el de Oriente, y Constantino se llama tambien el desgraciado emperador destinado á verle morir. La guerra tanto tiempo anhelada por los otomanos, tan temida por los últimos emperadores griegos porque sabian se disputaba en ella la posesion de la ciudad sagrada, estalla al fin, apenas transcurrida la primera mitad del siglo xv. Innumerable ejército de sarracenos avanza sobre Constantinopla, que ya no tiene para destruir á sus contrarios el fuego de Calinico, perdido con la vida de aquel sábio para los ingratos bizantinos que causaron su muerte. Tiene es verdad el de la pólvora, apenas generalizada en los ejércitos un siglo antes. Pero sus contrarios la conocen tambien, y la amenazan con piezas de batir colosales, como la renombrada *Basilica* que lanzaba proyectiles de piedra, de peso de mil libras, cañon colosal cuyo recuerdo despierta en la memoria los que se conservan en los Dardanelos, alguno de los cuales lanzaba todavía en los principios de este siglo balas de piedra de ochocientas libras. La lucha habia de ser titánica y lo fué en efecto.

Al tenerse noticia del inminente peligro que amenazaba á la capital de aquel imperio, que guardaba todas las tradiciones del mundo antiguo en los confines de la Edad Media y en los albores de la mo-

derna, acudieron á defenderla como á madre comun y querida, así los cristianos del Peloponeso como los italianos de Tarento, los genoveses, y los siempre valerosos y esforzados catalanes. Todos reunidos á los soldados del último Constantino, apenas sumaban sin embargo una pequeña parte del inmenso ejército turco, que elevan los historiadores á trescientos mil hombres, y á mas de doscientas naves. Indudable parece la victoria para los Osmandis, pero no se extingue sin luchar con la muerte y ponerla á punto de vencimiento, la vida de un estado poderoso. El primer ataque de los sitiadores, á pesar de su número y de su ardimiento fué victoriosamente rechazado por los soldados de todas las naciones, que defendian á la ciudad constantiniana; los buques quedaron detenidos y en riesgo de perderse por la gruesa cadena que cerraba el puerto, sumergida en el agua, de modo que no pudieron apercibirse de ella los desprevenidos marinos; y la colosal pieza de artillería, la *Basilica*, que pensaban los sitiadores habia de poner espanto en los sitiados sólo con el estampido de su detonacion, sembró la muerte en torno de sus mismos servidores, saltando en pedazos á impulsos de su misma carga. El astro de Constantinopla parecia recobrar su antiguo brillo. Constancia y union, y los defensores de la gran ciudad hubieran asombrado al mundo, con su épica resistencia.

Pero ¡ay! que la discordia surge entre sus escasas filas. El demonio de la controversia, como si quisiera servir á la causa de los infieles para castigo de las faltas y crímenes del imperio cristiano, penetra entre los defensores de Constantinopla, que por acudir á las disputas de retóricos y sofistas, descuidan la salud de la pátria, puesta en su último trance.

Y sin embargo, al llegar momentos supremos, renace el antiguo valor y realizan prodigios de heroismo. Cuando Mahomet despues de cegar el foso de los muros por la parte de tierra, avanza sus torres de sitio, siguiendo antiguas enseñanzas romanas, para combatir con los sitiados al nivel de sus murallas ó dominándolos, las disputas cesan y acuden al punto del recinto amenazado soldados, retóricos, sofistas, monjes y sacerdotes, animados de un solo pensamiento. A la cabeza de los heróicos defensores marcha el legado del Papa, el obispo Isidoro, el general Justiniani y el emperador Constantino. El esfuerzo es titánico,

feroz la acometida, pero enérgica y vigorosa la resistencia, y las orgullosas torres del sitiador rodaron por el suelo, arrastrándole en completa derrota.

El espíritu de los sitiados fortalecido con tan señaladas victorias cobra nuevos brios, contribuyendo á darles alientos, cinco buques que llegan como socorro del cielo por la parte del mar de Mármara. Genoveses eran los cuatro y uno griego, que habiéndose dado á la vela en Chios franquearon el Helesponto y la Propóntide, y atravesando victoriosamente la flota turca penetraron en el puerto de Constantinopla llevando á los sitiados, soldados, marineros y víveres. A tan débil socorro, y al de los pocos guerreros griegos, italianos, genoveses y españoles que desde el principio de la guerra habian acudido á derramar su sangre en defensa de la ciudad de Constantino, redújose sin embargo todo cuanto la cristiandad hizo para salvarla. Tales habian sido las falacias de aquellos emperadores, que ni el comun peligro de ver la llave del Mediterráneo y del mar Negro en poder de los infieles, fué bastante para que los estados cristianos de Occidente acudiesen á socorrer á sus hermanos.

Los reveses que acababa de sufrir Mahomet, no fueron parte á que su espíritu decayese. Antes bien, cobrando mayores brios, en la siguiente noche del dia en que tan victoriosamente fueron rechazadas y destruidas sus torres de sitio, quiso reproducir sus ataques por mar, y para ello, viendo que no podia forzar la entrada del Chrysocéras, (hoy Cuerno de Oro) por la cadena que hemos dicho la defendia, sugeta por un lado en la punta del serrallo, y por otro en la orilla de Galata, concibió el atrevido proyecto de transportar por tierra sus galeras del Bósforo al Cuerno de Oro, donde la poca profundidad del fondo impedia que los buques bizantinos, mas pesados que los suyos, pudiesen ir á combatirlos. Tan osado y colosal proyecto se llevó á cabo con prontitud y misterio inconcebibles: sacadas las galeras á tierra, fueron impulsadas sobre un camino de tablas convenientemente preparadas para que las quillas pudiesen resbalar sobre ellas, y al romper el dia un grito general de asombro resonó entre los defensores, sorprendidos de tamaño atrevimiento, y atacados á consecuencia de él

instantáneamente por mar y por tierra. En vano el incansable Justiniani dispone con rapidez increible brulotes para incendiar las enemigas naves; Mahomet consigue sorprender y apresar aquellas máquinas incendiarias, y tendiendo un puente de barcas que enlazó á Galata con el Cuerno de Oro, colocó las piezas de artilleria casi debajo de los bastiones de la muralla, á fin de abrir brecha y dar un asalto decisivo.

A la proximidad de tan gran conflicto, Constantino mas temeroso de los desastres que iba á sufrir su pueblo, que de su misma suerte, envió mensageros á Mahomet con proposiciones de paz; pero, como no podia menos de suceder, fueron rechazadas, intimando al desgraciado emperador la rendicion ó el asalto.

Al llegar á esta última y triste página de la historia de Constantinopla cristiana, licito ha de sernos transcribir la breve narracion de tan supremo dia, que siguiendo al historiador Phramsés, testigo ocular de los sucesos, hace un historiador extranjero.

El 29 de Mayo de 1453, dia para siempre memorable en los anales del mundo, dia en el que parecia iba á triunfar la barbarie, y en el que sin embargo principia una era de gran civilizacion, Mahomet prepara su ejército para el asalto general, con la plegaria, el ayuno y las abluciones.

A su vez el emperador Constantino, reunió sus principales gefes y les dirijió una arenga que la historia hubiera debido conservar, y con la que hizo verter lágrimas á cuantos la escucharon. Debió ofrecer aquella escena un espectáculo indescriptible. El último emperador de Constantinpla, llevando el mismo nombre que su glorioso fundador, mostraba á sus soldados aquella augusta ciudad que durante mil años, habia sostenido el inmenso peso de la agonia de Roma; aquella ciudad que guardaba el destino del Universo y de la religion de Jesucristo; que tantas veces habia rechazado el torrente de los bárbaros; y que en aquel dia supremo, solo tenia algunos millares de cristianos para sostener el choque del Oriente armado. ¡Qué pensamientos tan conmovedores debió expresar el emperador en aquellas últimas palabras, en aquel último adios de todo un mundo agonizante! Excitado de tal modo el ardor de los suyos, Constantino se dirigió á Santa Sofia con to-

dos los grandes de su córte, donde recibieron la comunion de manos del obispo Isidoro. Habia pasado el tiempo en que los esclavos que iban á morir saludaban al César. En aquel dia el César y los suyos decian á Dios, *morituri te salutant.*

Y se lanzaron al circo, donde los cristianos debian entregarse á Mahomet. Soldados, sacerdotes, monjes, prelados, emperador, todos habian jurado sepultarse bajo los muros de la ciudad. Habian cesado las disputas. Las mujeres oraban.

Despues de la puesta del sol, el emperador montó á caballo, recorrió los baluartes, y se dirigió á la puerta de San Roman, con el bravo Justiniani. Poco despues la noche vió comenzar la mas terrible de las batallas, y ofreció á la historia una nueva noche de *Ilium*. Por las forzadas puertas los mahometanos se precipitaron á la ciudad, y encontraron en las estrechas calles una desesperada resistencia, una exclusa humana que hubiera detenido otra vez mas la oleada sarracena, si hubiera estado en el poder humano realizar tal prodigio, cuando el cielo tenia resuelto el principio de nuevos destinos. Combatióse toda la noche con un encarnizamiento de que ofrece pocos ejemplos la historia. El emperador Constantino renovó en aquella horrible noche todos los prodigios del antiguo heroismo y sostuvo el valor de sus soldados, manteniéndose siempre á su cabeza y defendiendo cada grano de polvo de aquella ciudad santa, de aquel dominio de Cristo y del gran Constantino. Pero la oleada sarracena avanzaba sin cesar; nuevos infieles llenos de vida y de valor reaparecian sobre los cadáveres de sus compañeros; un clamor expontáneo, clamor de trescientas mil voces anunciaba un ejército que podia cubrir todas sus pérdidas. El sol apareció en el horizonte mostrando el escaso número de los que se defendian y todo un mundo de sitiadores. El bravo Justiniani cayó herido de un balazo, y su muerte desalentó á los cristianos rendidos ya despues de tan terrible batalla, sostenida sin cesar durante toda una larga noche. El mismo emperador desapareció entre un torbellino de mahometanos, y su voz que reanimaba todavia tantos actos de inútil heroismo, dejó de oirse en medio de la formidable lucha empeñada en la puerta de San Roman. La caballeria sarracena entró en violenta

carga atropellando á los pocos defensores que quedaban en Constantinopla, y en medio de aquel caos de hombres, de cadáveres y de caballos, destacóse como el arcángel infernal de Medina, Mahomet II, atravesó la ciudad, y subió á galope la cuesta que conduce á Santa Sofia, para dar gracias á Dios el primero por su victoria, en un templo cristiano. Menos piadosos que él los sarracenos se esparcieron por los barrios de Constantinopla, haciéndola sufrir todos los horrores que parecen reservados para las ciudades tomadas por asalto (1).

(1) El autor francés que siguiendo á Prhamsés, describe con vigoroso colorido la toma de Constantinopla, supone que el pintor Cimabue escapó providencialmente de aquella horrible matanza y de la batalla que la precedió, dejó la espada, tomó de nuevo los pinceles, y dejando aquella pátria de las artes, de la gloria y de la religion en poder de los turcos, logró embarcarse, seguido de alguno de sus discípulos, arribando á la primera tierra que pudo de la Propóntide, como nuevo Eneas del arte, que llevaba á Italia sus Penates y sus dioses vencidos. Añade, que concediendo la Providencia á esta colonia artística viento favorable, la protegió contra las sirtes del Archipiélago, en el estrecho de Scylla, en las tempestuosas costas de la Trinacria, conduciéndola como por la mano sobre el mar Tirreno, y haciéndola desembarcar en las costas hospitalarias donde brillaba todavía la gloriosa cruz de los caballeros pisanos; y siguiendo el entusiasta escritor el vuelo de su ardiente fantasía, continúa su brillante narracion asegurando que aquellos, llevando consigo todas las facultades creadoras, rica fantasía, tesoro inapreciable de sentimientos y de recuerdos recogidos en medio de la terrible confusion de todo un mundo destrozado, dejando su primera vida entre las ruinas del Oriente, resucitaban al otro lado de los mares, en una orilla tranquila, con fe en la mision que iban á cumplir, porque sabian que la Providencia siempre sábia, salvándoles milagrosamente, les reservaba para algo misterioso y grande. Apenas llegados á los jardines de la Toscana, cuna luminosa de las artes, continua, Cimabue pintó la primera Vírgen para la iglesia de Santa María Novella. La imágen santa creó el arte italiano y despertó el antiguo entusiasmo de aquel pueblo, que en otras épocas habia abandonado sus ciudades para saludar la trireme que conducia la pagana Cibeles, madre de los dioses. Las doncellas de Empoli del Ponto de Era y de Sanminiato, vestidas de blanco y coronadas de flores, acompañaron conduciéndola en triunfo, á la Madonna de Cimabue en el valle del Arno; corrían de todas partes para ver la Madonna salvada de Constantinopla; y la Italia entera parecia reunirse en Florencia para inaugurar aquella fiesta de la tierra y del cielo, y seguir el cuadro del pintor en aquella oscura capilla de los Rucellaï, donde los cirios, las lámparas, el incienso, las flores, forman una atmósfera de perfumes y de perenne resplandor. Cuatro siglos han transcurrido; Florencia ha sufrido sitios, batallas, contiendas civiles, incendios, todos los azotes que parecen reservados para las nobles ciudades, y á pesar de ello la Madonna de Constantinopla jamás ha sufrido un insulto; güelfos y gibelinos se han prosternado ante ella, y todavía se admira con su aureola inmutable aquella primera Madonna que triunfó de Mahomet. Cimabue no es, sin embargo, mas que el precursor; al lado de él va á nacer en un establo el Mesías del arte italiano, Giotto, el pastor del valle florentino, y todos los grandes artistas procederán de este niño y seguirán la via luminosa que él les trace. Todos irán, con el Evangelio en la mano, á crear la pintura mural en el *Campo santo* de Pisa y en todos los claustros toscanos. Ghirlandaio y Perugino serán los mas ilustres de esta pléyade, y ofrecerán al mundo á Miguel Ángel y á Rafael... Admiremos cómo todo se encadena y se liga con maravillosos lazos de union para hacer brote la vida del caos sarraceno y rejuvenezca el mundo cuando el sepulturero de Medina parecia enterrarle.» Despues de otros brillantes periodos en que con el mismo poético lenguaje continúa describiendo la marcha siempre progresiva del Renacimiento del arte en Italia, y la legítima gloria que en él toca á los Pontífices, termina insistiendo en el pensamiento que le inspiró la caida de Constantinopla, de donde supone surge con Cimabue ese movimiento gigantesco del arte en la Edad Media. «Hé aquí porque permitió Dios que Constantinopla fuese tomada por un hijo de Mahoma. La Providencia tiene en sus manos el hilo conductor de sus designios, y conduce siempre á sus fines misteriosos este pobre mundo, que se agita ciegamente sin saber nunca dónde va.»

Al leer los párrafos que casi literalmente dejamos transcritos del elegante escritor francés, no hemos podido menos de sentir un movimiento de verdadero estupor, y de acudir en seguida á todos los libros que de historia del arte tratan, para convencernos de que no era injustificada nuestra estrañeza. Creimos desde el primer momento que el narrador traspirenáico, llevado del vuelo de su fantasía, habia cometido un gravísimo error histórico, suponiendo que Cimabue se encontrase en el asalto de Constantinopla, y que despues de luchar como bueno contra los infieles, salvase el arte con sus discípulos conduciendo su

Al siguiente dia Mahomet ordenó que se hiciesen las mas activas investigaciones para descubrir el cadáver del infortunado Constantino, el cual fué reconocido fácilmente entre un monton de cadáveres por sus coturnos de púrpura adornados con águilas de oro, signo caracteristico de la dignidad imperial. Su cabeza separada del destrozado tronco, sirvió durante muchos dias de sangriento trofeo sobre la columna de pórfido elevada en la plaza llamada Augusteon por Justiniano I, permitiéndose despues á los pocos griegos que pudieron escapar de la general matanza, cumplir sus fúnebres deberes con los mutilados restos de su emperador. Aquel dia fué de verdadera demencia para el terrible vencedor. Celebróse en el Bucalion una orgia de lujuria y de sangre, donde las cabezas sangrientas de distinguidos jefes bizantinos eran servidas á la mesa de Mahomet en platos de oro, mientras al pié

célebre Madonna á Florencia; y en efecto, el error existe. Cimabue ni estuvo en tan supremos instantes dentro de la ciudad constantiniana, ni, lo que es mas grave, pudo estar, porque hacia mucho tiempo que habia dejado de existir. Todos cuantos autores se han ocupado en la historia del arte están de acuerdo en que Cimabue nació en 1240, de donde se deduce que, habiendo tenido lugar el asalto de Constantinopla por Mahomet II la noche del 23 de Mayo de 1453, para que Cimabue hubiera podido encontrarse en él, seria necesario que hubiera vivido DOSCIENTOS TRECE años, longevidad á que no hay noticia haya llegado ningun individuo de la raza humana, despues de las generaciones bíblicas. No puede prescindirse por lo tanto de rectificar tan grave anacronismo en que se fundan todas las bellas imágenes del autor francés, repitiendo con un poeta español contemporáneo

Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.

La pintura, además, habia renacido antes de que existiese Cimabue. Aun sin contar las multiplicadas miniaturas de los manuscritos, en los cuales piadosos monjes ensayaban á pintar con movimiento y expresion asuntos sagrados, sin conocer apenas antiguos modelos, ya en el año 1000 se pintaba la cúpula de la abadía de Cluni, la pintura mural mas antigua de Francia; el concilio de Arras elogiaba las pinturas; habia producido general admiracion la Vírgen de Guido de Siena (1221) que se conserva en los Dominicos de la ciudad de aquel nombre; habian pintado muchos cuadros Mino de Simone, Simon Memmi, Ambrosio y Pedro de Lorenzo, todos de la escuela sienense, el pisano Giunta (1202) cuyo Cristo de Asis se atribuye equivocadamente á Margariton, Gelasio de Nicolas en Ferrara, y el citado Guido, Ventura y Ursone en Bolonia. La pintura, pues, habia salido de la imitacion servil de ciertas formas convencionales que la separaba de la verdad y hasta del misticismo, antes de Cimabue; pues todos ó la mayor parte de los artistas citados que le precedieron, adquirieron precisamente su fama por apartarse de la tirania de los tipos sancionados por una viciosa práctica, buscando la dulzura, la dignidad y la expresion, que aun para los mas espirituales cuadros puede encontrarse siempre dentro del tipo humano. Cierto es que Cimabue fué educado por los griegos, pero no en Constantinopla, sino en Florencia, donde recibió lecciones de dos pintores bizantinos llamados á esta ciudad por el Senado para pintar una de las capillas de la iglesia subterránea de Santa María la Nueva, viviendo dos siglos antes de la toma de Constantinopla, y léjos de salvar el arte de la ruinas de esta ciudad, ya en aquella época aventajó á sus maestros en el dibujo, en la invencion, y en el colorido menos oscuro y mas limpio, como se ve sobre todas sus obras en los dos grandes cuadros de Santa María la Nueva, en esa Madonna que supone el escritor francés salvada del saqueo de Constantinopla por su autor, y en la Santísima Trinidad; y si la mencionada *Vírgen con el niño Jesus* que hoy se admira todavía en dicha iglesia de Santa María la Nueva, fué llevada como en triunfo por el pueblo á la iglesia para la cual se habia pintado, no fué porque le entusiasmase el arte importado de las orillas del Bósforo, sino porque á pesar de ignorar todavía Cimabue la perspectiva y los secretos del claro-oscuro, su gran estilo, su dibujo severo y original á la vez que lo natural y expresivo de sus figuras, desarrollaban en el arte una nueva vida iniciada por sus predecesores, pero no elevada á la altura que él supo darle con su génio superior.

de la columna de Arcadio, y sin respeto á los mas rudimentarios principios del derecho de gentes, se inmolaba á los representantes de Venecia y España, en union de sus inocentes hijos. Afortunadamente aquella embriaguez de vino y de sangre, empezó á ceder pasados los primeros dias que siguieron á la conquista, como si quisiera Mahomet demostrar con ello la violencia de su enojo é imponerse por el terror á los vencidos, para atraérseles despues con sus buenas obras. Antes de entrar por completo en esta senda, á ser ciertas antiguas narraciones y composiciones dramáticas, cerró el periodo de tan sangrientos dias, con un nuevo y repugnante crimen, que algunos podrán enumerar cual rasgo de admirable grandeza, no menos bárbara sin embargo que la de Bruto y Guzman el Bueno, por elevado que sea el móvil que á todos impulsara. Mahomet amaba tiernamente á la griega Irene, amores de que murmuraban sus guerreros y sus generales, por creerlos indignos del califa, y porque temian pudieran aminorar su entereza en tan críticas circunstancias. La murmuracion podia tomar fácilmente carácter de sedicion y comprometer el éxito de tan codiciada conquista, por lo que Mahomet tomó una resolucion que quiso revestir de conmovedora solemnidad. Convidó á los magnates de su corte á un gran festin, que tambien debian presenciar sus soldados; y cuando todos estuvieron reunidos, hizo comparecer á Irene, radiante de juventud y de hermosura, realzada por ostentosas galas, y por su misma mano la dió muerte.

Sea ó no cierto este nuevo crimen en la historia sangrienta de Mahomet, poco despues de sus primeros actos de feroz barbarie para la ciudad conquistada, emprendió diverso camino, como si pretendiese borrar con sus nuevos actos las huellas de sus recientes crímenes. Reedificó los edificios que el incendio ó el saqueo habian destruido; mostróse no solo tolerante sino generoso con el culto cristiano, respetando sus ceremonias y entregando á los fieles todas sus mejores iglesias, excepcion hecha de Santa Sofía que, por su preeminencia y su renombre se reservó para convertirla en mezquita; nombró un patriarca apostólico, al que hizo consagrar con arreglo al ceremonial de los emperadores bizantinos; repobló á Constantinopla, llamando á los

cristianos con promesas de completa seguridad; y llevó nuevas familias griegas de Trebisonda, Sínope y otras ciudades de las orillas del mar Negro y del mar de Mármara.

Despues de atender con tan prudentes medidas á borrar en cuanto era posible las huellas del bárbaro saqueo y devastacion de la conquista, dirigióse á Andrinópolis, donde hizo una ostentosa entrada triunfal, y donde, vergüenza causa decirlo, recibió adulatorias felicitaciones de varios príncipes cristianos. Reconocieron el nuevo imperio turco enviándole sus embajadores, el Gran Maestre de los Hospitalarios de la isla de Rodas y la altiva y aristocrática república veneciana; sometiósele el déspota de Sérvia; calmáronse por temor al nuevo poder que, atemorizando al mundo se habia levantado triunfante en la capital del antiguo imperio, las luchas que de muy antiguo conturbaban el Peloponeso; y mostrándose tolerante el afortunado conquistador con mas prevision política que fidelidad á la intransigente doctrina de Mahoma, no solo dejó á los griegos en el libre ejercicio de su religion y de su culto externo, sino que juró solemnemente que jamás serian sus nuevos vasallos inquietados en sus personas y en sus intereses, proponiéndose por el contrario dispensarles mayor proteccion aun, que la que habian tenido en tiempo de los emperadores cristianos (1).

Asegurada la paz, y habiendo dado ejemplo de alta severidad á los mismos infieles, mandando decapitar á su gran Visir Khalil, por sospechas de traicion, dedicóse á embellecer á Constantinopla y sus alrededores, levantando la mezquita de Eyub, y el palacio conocido hoy con el nombre de *El Serrallo viejo*, donde queria establecer su residencia imperial.

No habia, sin embargo, de gozar durante mucho tiempo de calma, que ni la índole de la época lo permitia, ni su carácter activo y emprendedor podia avenirse fácilmente al reposo. Los tratados de paz en aquella época tenian muy poca importancia, sosteniéndose solo mientras los juzgaban convenientes las partes contratantes; y asi se explica como vemos bien pronto tremolar en son de

(1) La fórmula de este juramento, escrita en griego, consérvase todavía en los archivos de la casa imperial de Austria, diciendo en ella el emperador: «Que prestaba dicho juramento por el Gran Profeta Mahoma, por el Coran, por los 124,000 profetas, por la espada que llevaba en el cinto y por el alma de su padre.»

guerra los pendones turcos, ya en las fronteras de la Sérvia, ya en las aguas del Archipiélago, donde en vano tratan los turcos de someter las islas de Téos y de Rodas, siendo derrotadas sus galeras y condenado á muerte, por haberse dejado vencer, el jefe que las mandaba. No era Mahomet, sin embargo, hombre que se abatiese fácilmente por las contrariedades de la fortuna; y léjos de intimidarse por los reveses sufridos, dispuso una expedicion de mucha mayor importancia; empresa cuyo atrevimiento bastaba solo para oscurecer los pequeños descalabros sufridos delante de las islas del Archipiélago. Tratábase nada menos que de la conquista de Hungría, y el ejército que para realizar tal pensamiento puso Mahomet en armas, contaba 150,000 hombres, mandados por el mismo emperador. El sitio de Belgrado debia ser la segunda página en la historia de aquel incansable conquistador despues de la del sitio y toma de Constantinopla, y lo hubiera sido, en efecto, si la cristiandad, despertando de su culpable letargo, no se hubiese lanzado á impedirlo con una nueva cruzada, bendecida por el pontífice Calixto III y predicada con incansable fé por el monje Juan Capistrano. Si de igual manera hubiese acudido en defensa del último Constantino, acaso las armas turcas no hubieran triunfado en Constantinopla, y no se vieran todavía luchando, aunque en extrema decadencia, con las modernas potencias europeas.

La que reputaba Mahomet como fácil victoria, fué derrota cumplida. Por mar y por tierra se vieron vencidos los mahometanos, y obligado Mahomet á levantar el sitio, volvióse á Andrinópolis, ocultando, sin embargo, como hábil político, su derrota, con magníficas y largas fiestas que mandó celebrar, tomando pretexto para ellas, de la solemne circuncision de sus dos hijos. Aquellas festividades, sin embargo, bajo su aturdidora apariencia, ocultaban nuevos y ambiciosos proyectos del conquistador mahometano, con los cuales pensaba reponerse de las pérdidas sufridas en Hungría. No contento con la sumision del déspota de Sérvia, quiso conquistar su territorio por completo, para convertirlo de nuevo en una provincia del imperio, y lo consiguió bien pronto, entrando á saco sus principales ciudades, y llevando á Constantinopla 200,000 prisioneros; quiso conquistar el Peloponeso, y todas las anti-

guas plazas fuertes, lo mismo de Esparta que del Atica, cayeron en su poder; inspirábanle fundados recelos los refugiados de Sinope, la ciudad querida de Mitridates, de Lúculo y de Pompeyo, donde el árbol de las libertades griegas amenazaba crecer rápidamente, fortalecido por las esperanzas que inspiraban los últimos descendientes de los Comnenos, y cubrir con su amenazadora sombra á la capital del Bósforo, y Mahomet tomó tambien á Sinope, y aquellos últimos restos de las dinastias imperiales bizantinas, desaparecieron en un mar de sangre, que envolvió en sus rojas oleadas á todos los cristianos de la costa asiática del Euxino; indignóse, ó aparentó indignarse por las crueldades de Wlad que tiranizaba la Valaquia, y le batió casi con la rapidez de su marcha, ejerciendo en ella, desde entonces, un protectorado que equivalia á una verdadera dominacion: todos los obstáculos parecian desaparecer ante la voluntad irresistible del conquistador de Constantinopla, éxito que pareciera fabuloso, sino recordásemos que le facilitaban sus mismos enemigos el éxito venturoso de todas sus empresas. Si la cristiandad no hubiese estado dividida y destrozada por el cáncer de las discordias intestinas, nacidas de mezquinas rivalidades, ni Constantinopla hubiera caido en poder de Mahomet, ni, ya que fué conquistada por el incansable jefe turco, hubiera dejado de reconquistarla, aprovechando los favorables dias en que el sultan sostenia empeñadas guerras en el Danubio, en Trebisonda ó en apartadas regiones del Euxino.

Y sin embargo de tanta y tan próspera fortuna en todas sus empresas, escepcion hecha de la, para él, desastrosa expedicion á Hungria, habia de encontrar nueva resistencia á sus vastos y ambiciosos planes en una roca casi abandonada y perdida en medio del Mediterráneo: en la isla de Rodas. Los guerreros que la defendian, monjes á la vez que soldados, comprendiendo, mejor acaso que todas las potencias cristianas, la mision y las necesidades de su época, lograron detener ante la roca aislada que les servia de asilo, el poder de aquel incansable enemigo. En vano extremaron los jefes que á la conquista de la isla envió Mahomet, todo cuanto el genio de la destruccion habia podido inventar de mas terrible hasta aquella época; todo fué en vano, y el

general turco apenas pudo salvar escasos restos del numeroso ejército que á bordo de su escuadra llevaba, para realizar la que juzgaron fácil empresa. Aquella inesperada resistencia, pareció despertar á todo el Occidente del culpable abandono en que tenia la causa de la religion verdadera, y con ella la de la única civilizacion posible ya en el mundo. Venecia, Nápoles y Roma aliáronse contra Mahomet, obligándole sus escuadras, que se dirigian á prestar su apoyo á los persas, contra aquel debelador del mundo antiguo, á armar precipitadamente trescientas naves y á ajustar la paz con la república veneciana.

Pero si estas potencias cristianas ponian verdaderos temores en el corazon de Mahomet, no era tanto que le impidiese dilatar sus conquistas por otras regiones, hasta el punto de apoderarse de la Caramania, conseguir importantes ventajas sobre los húngaros, tomar á Belgrado, devastar la Croacia, la Styria, la Carniola, la Carinthia y la Esclavonia, arrebatar á los genoveses las importantes posesiones cercanas al mar de Azoff, la Crimea y Cafa, invadir la Besarabia, alcanzar brillante victoria sobre los moldavos en el valle de Aghadi-Denisi, deteniendo solo su marcha triunfadora los muros de Scutari, cuya resistencia parecia advertirle de que en vano proyectaba nueva expedicion contra la isla de Rodas.

La muerte (1481) llegó misteriosa y á deshora, frustrando los nuevos planes de aquel conquistador incansable, en quien parecian haberse reunido todas las grandes virtudes y todos los grandes vicios de su época. Sus hijos Bayaceto y Dschem ó Zizim, distaron mucho de ser dignos sucesores de su padre, á pesar de las buenas dotes de carácter y de poeta que adornaban al segundo, y con las que se hizo amar de reyes y señores cristianos, incluso el mismo Pontifice, que dispensaron su proteccion al príncipe desterrado y proscrito por la ambicion de su hermano, y de la actividad guerrera y diplomática de este para conservar y engrandecer los vastos dominios que habia heredado de Mahomet, cuyo imperio no quiso dividir nunca con Dschem, apoyado por los genizaros, que en aquel entonces, por la primera vez, demostraron sus instintos de rebelion y de insaciable codicia, estimulada por las fáciles concesiones de Bayaceto, atento solo á encontrar en ellos fuerza que le mantuviera en el poder soberano.

La historia de este sultan parece un episodio de la de Mahomet II. Guerras casi continuas, con victorias, reveses, paces mal ajustadas y peor sostenidas, treguas rotas cuando convenia á cualquiera de los que las estipulaban, y siempre en aquella lucha incesante el cuadro que se encuentra casi constantemente en la historia de Constantinopla y que ha llegado con toda su vigorosa y sangrienta entonacion hasta nuestros dias; luchas eternas á las que sirven de constante teatro las orillas del Danubio, y que presentan siempre los mismos nombres geográficos, desde Belgrado hasta Varna, desde Widin hasta los Balkanes.

Poco afortunado Bayaceto en las diversas guerras que emprendió, mas obedeciendo á la necesidad que á sus deseos, fué batido en los encuentros que con ellos tuvo, por los mamelucos de Egipto, por el ilustre español, gloria de su siglo, Gonzalo Fernandez de Córdoba (1) que le arrebató á Egina y Cefalonia; por Pedro de Aubusson que devastó sus costas hasta la entrada de los Dardanelos; y si pretende aumentar sus estados por la parte del Austria, la Styria y la Carinthia, un ejército austriaco, atravesando por entre senderos cubiertos de cadáveres que habia ido dejando como huella de su paso el feroz Bayaceto, ataca á los Osmanlis en Villak y los destroza, abandonándose las tropas victoriosas á horribles represalias, hasta el punto de no llevar tras sí cautivos ni prisioneros, porque todos los vencidos perecieron al filo de la espada. El almirante veneciano Benedetto Pesaro incendia una escuadra turca; los navios pontificios recorren, sin que osen resistirles, el Archipiélago; el almirante francés Ravestein toma á Mitilene: el imperio otomano estaba en gran peligro: parecia que una nueva cruzada lanzaba al Occidente sobre el oriente muslímico: ilustres capitanes, llevando el terror á las flotas turcas bloquean el Helesponto, amenazan la Propóntide, se enlazan con los invictos caballeros de Rodas y dominan el Archipiélago desde la isla de Creta hasta Tenedos; y cuando todo parecia brindar á la cristiandad para lanzarse sobre Constantinopla y abatir el estandarte mahometano, elevando de nuevo la

(1) El mismo historiador que hace poco citamos, viéndonos en la precision de rectificar el grave anacronismo cometido al llevar á las terribles escenas de la toma de Constantinopla por Mahomet II al pintor Cimabue, vuelve á caer en error al narrar estos acontecimientos, llamando el *Cid* á *Gonzalo Fernandez de Córdoba*, y despues nombrándole solo por *el Cid*. Aunque nuestros ilustrados lectores no se dejarian sorprender fácilmente por tal error, creemos cumplir con un deber de conciencia histórica anotando esta equivocacion, que indudablemente será efecto solo de un *lapsus plumæ*.

sagrada cruz sobre la cúpula de Santa Sofía, causa profunda admiracion el hecho inexplicable de que al pedir la paz el sultan vencido en todas partes, se la conceda, desarme sus escuadras y vuelva á sus ciudades con la gloria de tales razzias, pero sin ningun resultado trascendental para el triunfo definitivo de aquella titánica lucha de los siglos medios.

Al recorrer á grandes rasgos la historia de Constantinopla durante el reinado del segundo Bayaceto, no pueden dejarse en olvido los terribles terremotos que casi arruinaron á la capital y á sus cercanas *villas* el 14 de Setiembre de 1509. Mil casas, cien mezquitas, los muros del serrallo, gran parte de los baluartes, y tres de los que daban nombre al célebre castillo de las siete torres, cayeron al impulso de las oscilaciones de la superficie terrestre, que desde el indicado dia se repitieron durante mes y medio, y que desolaban á la vez otras muchas comarcas de Europa y de Asia, en las cuales quedaron tambien casi arruinadas Demotika, Gallipoli y Andrinópolis. A tal punto llegaron los fundados temores del emperador, que no creyéndose seguro, y con razon, en ningun edificio, vivia en una tienda, completamente aterrado por el terrible fenómeno, que bien pudieron haber aprovechado las naciones cristianas para caer sobre Constantinopla, pues durante mucho tiempo quedó abierta á las invasiones sin medios materiales de resistencia, ni espíritu vigoroso en sus habitantes para suplirlos con el heroismo. Bayaceto tuvo tiempo y espacio sin embargo para reedificar la capital de su imperio, empleando en ello un verdadero ejército de obreros, mientras veia acercarse la época fatal de su decadencia.

Mas amante de las dulzuras del serrallo que de los afanes de la guerra, aquel *sofí* (el contemplador) como le llaman los historiadores otomanos, no empleaba sus abstracciones en estudios científicos ó literarios, sino mas bien, y con harta frecuencia, en extremar sus crueldades. Fué, segun la acertada frase de un escritor extranjero, como una mezcla de Sardanápolo con menos grandeza babilónica, y de Luis XI, pero con mas crueldad, porque tenia una crueldad inútil, un lujo de crueldad, que Luis XI no se permitió nunca. Cuando dos de sus hijos pretendieron declararse independientes en sus gobiernos, hizo estrangular á uno y envenenar á otro; pero si desgraciado y poco

apto para la guerra y violento y sanguinario en su gobierno, fué astuto y á la verdad hábil político, consiguiendo establecer con la Europa cristiana verdaderas relaciones diplomáticas, recibiendo en su córte embajadores de las primeras potencias, y entre ellas de la Rusia, que acreditó cerca de él su primer enviado Plesttschéïef.

No eran estos, sin embargo, los medios de hacerse amar de sus feroces y sanguinarios genízaros, que ya habian manifestado bien claramente la decisiva influencia que habian de tener en la elevacion y caida de los emperadores turcos, y que estaban muy léjos de poder apreciar, como lo está siempre la fuerza bruta, los progresos que las ciencias y las artes hicieron durante aquel reinado en Oriente, por la proteccion que, á pesar de sus crueldades, dispensó siempre Bayaceto á los historiadores, los poetas y todos los que se dedicaban al cultivo de la inteligencia, hasta el punto de ser el palacio imperial una verdadera córte de poetas y de hombres de entendimiento superior, entre los que sobresalian los célebres cronistas Neschri é Idris, Djaffet y Saadi, y el mismo príncipe Selim á quien el cultivo de las musas de Medina no le estorbaba alimentar ingrata ambicion y aspirar al trono en vida de su padre, trono al que subió con ayuda de los genízaros, que rechazaban la eleccion que para sucederle habia hecho Bayaceto en favor de su hijo mayor Achmet.

Bayaceto, enfermo y anciano, entregó sin resistencias inútiles el codiciado trono á Selim, y marchó en voluntario destierro á su ciudad natal, Demotika, muriendo en el camino, ó de pesar, ó, como algunos quieren, por el influjo de malignas yerbas.

No se habian engañado los genízaros al prestar su apoyo á Selim, que bien pronto se hizo acreedor al epíteto de *el Gauz*, ó el inflexible, con que le designaron. Su reinado empezó, como el de Bayaceto, por una guerra fratricida, en la cual, si al principio fué contraria la fortuna á Selim, bien pronto le concedió sus mudables favores, logrando derrotar completamente á su hermano Achmet, haciéndole prisionero. Parecia que con esto debieran haberse satisfecho los ambiciosos deseos del triunfador, pero léjos de ello y de mostrarse generoso con su vencido hermano, condenóle á muerte, sin que sintiera al menos remor–

dimiento, ni siquiera pena, su bárbaro enojo, al ver la joya que como recuerdo postrero le envió su desgraciado hermano momentos antes de exhalar el último suspiro.

La ejecucion de Achmet no era, sin embargo, suficiente para calmar la intranquilidad que producia en el espíritu de Selim todo lo que pudiera inspirarle el menor recelo. Mas de una vez habia dicho que para gozar el placer de la soberanía era indispensable reinar sin temor, y consecuente con esta idea, mandó matar tambien á su otro hermano Korkud y á cinco de sus sobrinos. Sus primeros dignatarios, el mismo gran visir, apenas ejercian su cargo mas tiempo que un mes, recibiendo la órden de destitucion casi siempre de manos del verdugo. Tales violencias, tan irritante despotismo, léjos de despertar en las naciones de Occidente deseos de librar á la religion y á la humanidad de tan terrible enemigo, pasaron para ellas inadvertidos, llevando la degradacion hasta el punto de que los estados cristianos se apresurasen á enviar sus embajadores á Selim, felicitándole por su elevacion al trono, y para renovar tratados de alianza y de comercio, entre los cuales merece especial mencion el celebrado entre el soberano de Rusia y Selim, concediendo este al primero la libertad de comercio para los cereales en la Crimea.

Con tales arreglos, bien hubiera podido dedicarse el sultan á la buena administracion de sus vastos dominios y á fomentar las fecundas artes de la paz; pero ni eran estas las corrientes de aquella época, ni al carácter violento y sanguinario de Selim podian satisfacer las útiles y hermosas campañas de la inteligencia. Fanático por creencia ó por perversidad buscaba pretexto para sostener la guerra, necesidad imperiosa de sus levantiscos genízaros, y fácilmente lo encontró en Asia, dándole un carácter tanto mas grato á los mahometanos, cuanto que les servia de base la conservacion del dogma muslímico en toda su pureza. Reconocian los persas á Alí y á sus doce imanes como verdaderos profetas y los Osmanlis, que se consideraban como los verdaderos ortodoxos, solo reconocian con tan privilegiado carácter á Mahoma. El cisma de los sectarios de Alí habiase extendido por todas las ciudades turcas del Asia, y Selim tuvo con ello mas que sobrado pretexto para llevar á

ellas todos los horrores de la persecucion mas encarnizada, persecucion y guerra, tras de la cual se ocultaba un pensamiento ambicioso del emperador turco, que aspiraba á enriquecer y aumentar sus estados con la conquista de la Persia. Sufrieron los *schiis*, que asi llamaban á aquellos cismáticos, toda clase de horribles tormentos, pereciendo á manos de los verdugos mas de cuarenta mil; y cuando creyó con esto tener completamente dominados á los cismáticos de los territorios turcos, y que ya no podian servirle de obstáculo para sus proyectos sobre la Persia, dirigióse al Schah, Ismail, invitándole á que renunciase á sus errores y le cediese sus estados. Violenta aunque natural contestacion obtuvo tan peregrina propuesta, y en breve Selim, depuesto ya todo hipócrito acomodamiento, se dirigió al codiciado territorio con un numeroso ejército de ciento cuarenta mil guerreros, y derrotando á Ismail en la llanura de Tschalridan, entró en la capital, Tebriz; y hubiera continuado su conquista si las exigencias siempre crecientes de los genízaros y el temor de que durante su ausencia pudieran proclamar nuevo emperador, no le hubiesen obligado á volver á Constantinopla, donde impuso algunos castigos á los mas inquietos de aquella altiva y tiránica milicia, contentándose con haber obtenido como resultado de su invasora expedicion, aumentar el imperio otomano con las vastas provincias de Diarbekir y Kurdistan.

Pero no se limitaron las persecuciones religiosas de Selim á destruir el cisma muslímico; tambien los cristianos que vivian en Constantinopla á la sombra de solemnes promesas, se vieron despojados de sus iglesias y en peligro de tener que decidirse por uno de los dos extremos del terrible dilema, que pensó imponerles: abrazar el Islamismo, ó morir. Por fortuna, advertido á tiempo el patriarca cristiano por el gran visir, animado aquel venerable sacerdote del santo valor de los mártires, no vaciló en presentarse ante el sultan, acompañado de numeroso clero, pidiendo el cumplimiento de las promesas de Mahomet; y como algunos veteranos genízaros de la época del conquistador de Constantinopla, apoyasen las pretensiones del patriarca, testificando la exactitud de sus asertos, el emperador mas temeroso de disgustar á los genízaros, que convencido, respetó la vida de los cristianos, con-

tentándose con quitarles sus iglesias, aunque dándoles en cambio para las ceremonias de su culto otras labradas de madera: tal vez en los diabólicos proyectos de sus sangrientos instintos, pensó que de tal modo pudiera serle fácil, en momentos escogidos al propósito, completar con las llamas del incendio sus planes de exterminio.

Incansable en sus proyectos de engrandecimiento apoderándose de los territorios de sus vecinos, ó sea cometiendo esos grandes robos que los hombres en su ciega locura ensalzan y enaltecen con el pomposo nombre de conquistas, deseó tambien apoderarse de las hermosas provincias de la Siria, de Palestina y Egipto; pero como los mamelucos que en ellas imperaban eran tambien ortodoxos ó de la secta de los *sunnis*, ó creyentes, que así se llamaban en contraposicion á los *schiis*, tuvo que buscar otro pretexto para la declaracion de guerra, y con el sútil ingenio que siempre distingue á los ambiciosos, lo encontró fácilmente, en la ayuda, verdadera ó supuesta, que mas ó menos directamente habian prestado á los persas en la pasada campaña, aplicando á tal propósito aquellas palabras del Profeta de Medina, «el que presta auxilio á los impíos, tambien lo es.»

Con tal seguridad, y aparentando cumplir un deber de jefe religioso de su imperio, se puso al frente de poderoso ejército, atravesó el Asia menor, franqueó el Taurus y entrando en la Silicia, acampó bajo los muros de Alepo. Los mamelucos, mandados por su octogenario sultan Kanssu Ghavid, trataron de oponerse á su marcha devastadora, pero quedaron derrotados, y Selim penetró en la ciudad, dirigiéndose á la gran mezquita para dar gracias á Dios por su triunfo, recibiéndole en ella el acomodaticio iman como á su soberano y defensor invicto de la ley muslímica. Aquella única batalla, dióle tambien la Siria y la Palestina, y despues de haber visitado á Damasco y de ir en peregrinacion á Jerusalen, ciudad tambien respetada y santa para los musulmanes (1), atravesó el desierto de Arisch y entró en Egipto.

(1) Como ya hemos dicho antes de ahora, en una de las monografías de la obra que fundamos y dirigimos con el título de *Museo español de antigüedades,* los musulmanes profesan gran veneracion no solo á San Juan, sino á Jesus, que ocupa entre ellos lugar mas elevado que el Precursor, leyéndose en el Coran, que Jesus habia nacido sin padre, y que fué producido por la sola palabra de Dios, de donde le llamaron el *Verbo divino,* ó simplemente *Verbo* (sura IV-169). Lo colocan en la primera línea que Adan, en cuanto que uno y otro fueron producto de una creacion especial, llamándole ademas, el *espíritu de Dios.*

El Koran pone en boca del Ángel Gabriel, al anunciar á María el nacimiento de Jesus, las siguientes palabras: «Dios os

No menos afortunado que en las anteriores expediciones, Selim, derrotó al nuevo jefe de los mamelucos, Tuman-Baï, que habia sucedido al octogenario Kanssu-Chavid, muerto de pesar despues de su derrota. El nuevo triunfo de Selim en la llanura de Rédania dió al incansable sultan turco el dominio del Egipto; terminando con la muerte de Tuman Baï, á quien Selim ahorcó delante de una de las puertas del Cairo, el gobierno de aquellos antiguos esclavos, de aquellos mamelucos circasianos que habian logrado fundar una dinastia cuya duracion llegó á ser de 134 años, dando durante ella nueva organizacion al Egipto, y mereciendo por su valor y sus cualidades, que á pesar de su exajerado fanatismo, Selim, les dejase participacion muy importante en la nueva y vasta provincia del Egipto, con que acababa de engrandecer el imperio turco.

Como desgraciadamente el éxito reviste hasta con apariencias de grandeza y de justicia las mayores usurpaciones, el Scheriff de la Meca ofreció al conquistador las llaves de la Caaba en bandeja de plata, y desde entonces Selim asumió el protectorado que en ella ejercian antes los Califas de Egipto, quedando, por tal manera, como jefe supremo y absoluto de la religion mahometana, extendiéndose su espiritual autoridad desde las tribus africanas del Magreb hasta las Indias orientales. Selim, con tantos y tan repetidos triunfos y tal preponderancia, llegó á intimidar á Europa, hasta el punto de que el papa Leon X, hubo de proclamar nueva cruzada, en la cual se alistaron, aunque por mera competencia y con pasajero fervor, casi todos los reyes y potentados (1).

anuncia su Verbo: su nombre será el Mesías ó Jesus; será vuestro hijo, y estará rodeado de respeto en esta vida y en la otra (sura III-45).» Y mas adelante: «El Mesías es Jesus, hijo de María, y Jesus es el espíritu procedente de él (sura IV-169).»

Los musulmanes creen todos los milagros de Jesus que menciona el Evangelio, y que obró la mayor parte de ellos con su aliento; de donde toman orígen las frecuentes alusiones de los escritos orientales al soplo del Mesias. Este y la mano blanca de Moisés, son para ellos emblema de todo lo mas poderoso y saludable.

Nosotros hemos tenido la fortuna de ver en Jerusalen á los musulmanes orando ante el sepulcro del Salvador.

(1) Curiosa en estremo la noticia de los auxilios y fuerzas con que se obligaron á concurrir á esta empresa cada uno de los Estados de Europa, no nos parece fuera de propósito consignarla en este lugar, tomándola de una antigua crónica de Francisco Muralto de Como, pues nos ofrece multitud de datos de grande importancia, para lo que pudiéramos llamar Estadística y Administracion militar de aquella época.

«Todo príncipe cristiano deberá pagar un quinto de sus rentas anuales: los particulares que tengan mas de cien ducados al año, pagarán, por cada ciento, cinco florines; los demás un florin por año; y si es menester se venderá la tercera parte de las rentas de las iglesias y santuarios: los eclesiásticos satisfarán dos décimas de sus emolumentos anuales.

»El emperador Maximiliano suministrará la mitad del ejército, contando entre su gente y la de sus confederados 70,000

Realizados los propósitos de Selim en Oriente, volvió á Constantinopla por Damasco, donde se detuvo para recibir el pleito homenaje de las tribus árabes del desierto de Siria, que todavia no habian hecho reconocimiento formal y seguro de su poder. Ya en la capital de su vasto imperio dedicóse á organizar los asuntos de su administracion interior, y renovó las tréguas con los húngaros y la capitulacion de Venecia, de la cual recibió el tributo, que antes pagaba la mercantil república á los mamelucos, por la libre navegacion del Nilo.

Con tan prósperos sucesos no estaban realizados, sin embargo, todos los propósitos de Selim, ni cumplido el que pudiéramos llamar testamento de Mahomet II, que legó á sus sucesores, no solo el empeño de propagar por las regiones asiáticas su poder y de avasallar el África, sino de sentar su trono sobre las ruinas de Grecia y Roma, y adquirir por fuerza de armas los dominios todos de la cristiandad entera. La muerte, sin embargo, no le dejó llegar á tan extremo límite, pues poco despues de su regreso á Constantinopla murió en la pequeña aldea de Ograschkoi, donde, hijo ingrato y parricida, habia sostenido sangrienta batalla contra su padre. Escuchando los versículos del Coran, que quiso le fueran leidos al sentir aproximarse su última

hombres de á pié, cada uno de los cuales recibirá al mes cuatro ducados de oro; 4,000 soldados vestidos de blanco; 12,000 hombres armados á la ligera y 100 bocas de artillería. El duque de Borgoña pondrá mil lanzas de á cuatro caballos cada una, 2,000 soldados ligeros á la tudesca y 25,000 lansquenetes á pié; el rey catolico 1,600 soldados, 3,000 genízaros á la italiana y 29,000 españoles; el rey de Inglaterra 500 ginetes, 1,000 archeros de á caballo y 10,000 infantes; el rey de Hungría, comprendiéndose en esta la Bohemia, 500 ginetes, 3,000 soldados ligeros y 5,000 arcabuceros bohemios; el rey de Polonia 400 ginetes y 3,000 arqueros á la turca. El rey de romanos pasará con un cuerpo de ejército por Hungría hácia Belgrado, Andrinópolis y Constantinopla: los víveres le seguirán por el Danubio. Mandará el rey de Francia el otro cuerpo de ejército del Campo, de 70,000 infantes, 4,000 ginetes y 12,000 soldados ligeros, y él dará 2,500 ginetes franceses, 5,000 hombres de infantería ligera y 20,000 gascones, normandos y de Picardía. El Papa, Venecia, Saboya, Florencia y otros estados de Italia, aprontarán 1,500 ginetes, 7,000 ballesteros, mosqueteros y medias lanzas, y 20,000 infantes nacionales, de los cuales una tercera parte llevarán fusiles. Las ligas helvéticas suministrarán 20,000 infantes, y si es preciso 6,000 aventureros escogidos. El rey de Francia avanzará por el Friuli, Dalmacia y Grecia; los italianos pasarán á Cátaro por Ancona y Brindis, ó por Bari y Oziato. La tercera parte de su ejército será marítima, y se encargará de llevar los forrajes á Grecia y Morea, donde se nombrará otro gefe que, segun la opinion general, será el rey de Portugal. Este aprontará 30 carabelas; el Senado veneciano 100 galeras, de las cuales tiene ya dispuestas 80; el rey de Francia y Génova 25 galeras, igual número de carracas, 40 galeones y 20 barcos; el Papa y el rey Católico 25 galeras y 30 naves de Vizcaya; el rey de Inglaterra 10 grandes carracas: total, 150 galeras, 35 carracas, 120 barcos, galeones y carabelas, y multitud de naves de transporte. Cada galera cuesta al mes 500 ducados; cada carraca 600; el barco 300; el galeon 200; la carabela 50. El ginete recibe cada mes 10 ducados; el soldado ligero 5; el de infantería 4. Todos los cuerpos de ejército costarán ocho millones y medio de oro, y segun el cálculo anteriormente indicado, se sacan doce, sin contar los ornamentos y tesoros de las iglesias.»

hora, dió su último suspiro precisamente en el momento en que el iman leia: «la palabra del Omnipotente es la salud.»

Por la muerte de este personaje que tanto y tan verdadero terror llegó á inspirar al mundo con su extraña mezcla de crueldad y de espiritualismo místico, de actividad y de inaccion, de poesía y de materialismo, subió al trono de Constantinopla, abriendo el décimo siglo de la Egira, y siendo tambien el décimo (1) sultan de su raza, á la edad de 25 años, Suleiman, llamado el Magnífico, al tiempo que ocupaban los tronos de Europa, personajes como el papa Leon X, Francisco I en Francia, Enrique VIII en Inglaterra y el emperador Cárlos V en Alemania y en España. Bien pronto sus frecuentes y vastas expediciones le granjearon el lauro de capitan insigne; sus planes, tan árduos como acertados, el concepto de gran político, acreditándole de tal la union que proyectó del Don y del Volga, con la que hubiera realizado á la vez la del Mar Cáspio y el Negro, gigante proyecto que hubiera hecho imposible el futuro engrandecimiento de Rusia. Afortunado en sus empresas militares, conquistó rápidamente á Belgrado, que habia resistido el poderoso empuje de Mahomet II, ciudad que podia considerarse como la frontera de la cristiandad por aquella parte, y que abrió á sus ávidas miradas las puertas de Hungría; y dirigiéndose despues á Rodas, última colonia de los cristianos en Oriente y puesto avanzado en el Archipiélago, desde donde podian amenazarse á la vez la Palestina, la Siria y el Egipto, acometióla con 300 velas y 100.000 hombres de desembarco, y aun cuando 600 caballeros y 4.000 soldados lograron detener desde aquella gloriosa roca tan gigantesco ataque, la traicion de un médico judío le abrió las puertas de la plaza en la madrugada del dia de Navidad de 1522, con lo cual no tuvo ya nada que temer para sus ulteriores proyectos por aquella parte, teniendo desde aquel dia un nuevo punto de apoyo para sus empresas en la isla de Rodas, y una importante estacion marítima para los viajes del Cairo y las peregrinaciones de la Meca.

(1) El número 10 es sagrado entre los otomanos, como el número 9 entre los tártaros, y de la coincidencia de las dos cifras históricas, ambas con el número 10, que concurrieron en la elevacion al trono de Suleiman, dedujeron los musulmanes que habia de ser un gran príncipe el nuevo emperador, viniendo los hechos á justificar el augurio.

Las revueltas de los inquietos genizaros turbaron poco despues en sus planes á Suleiman, pero calmadas bien pronto y habiendo hecho sentir el peso de su poder á Persia, convirtió de nuevo su atencion á Europa, donde las ambiciones de los príncipes cristianos habian de contribuir á aumentar la importancia del emperador turco. Ocupaba el trono de Hungría á la sazon el cuñado de Carlos V, Luis II, cuya herencia, caso de que muriese sin hijos, debia recaer en la poderosísima casa de Austria. Tal engrandecimiento despertaba violentos celos en Francisco I, de Francia, que, conociendo las constantes aspiraciones de la Puerta otomana sobre Hungría, estimuló al ambicioso sultan para que se precipitara sobre aquel reino. No necesitaba el jefe turco de muchos estímulos para tal empresa, y así fué que al principiar el verano de 1526 lanzóse sobre la Hungría con un ejército de 100.000 hombres, devastó la mayor parte de su territorio, y como en la llanura de Mohacz, á la orilla occidental del Danubio, le esperase Luis II con fuerzas muy inferiores en número, destrozóle fácilmente; jornada desastrosa para la Hungría, que perdió á su rey, ahogado en un pantano, al querer buscar su salvacion en la fuga. Pocos dias despues entraba Suleiman victorioso en la capital del reino húngaro, la antigua Sicambria de los romanos, la Buda de los modernos, celebrando en ella las fiestas del Beyram, y enviando á Constantinpla 100,000 prisioneros de guerra, que fueron vendidos como esclavos. Despues, mas admirador de las obras de arte, que humano y generoso, hizo sufrir toda clase de crueldades á los vencidos, al mismo tiempo que llevaba para adornar el hipódromo de Constantinopla las mejores estátuas de la antigüedad que habia encontrado en la saqueada capital. Con esto, y no entrando en sus planes que la Hungría formase una nueva provincia del Imperio se contentó con declararla tributaria de la Puerta, poniendo en ella un rey todo hechura suya, el magnate Juan Zapolya, que antepuso su indigna ambicion á los nobles sentimientos de la patria.

Como no podia menos de suceder, el Austria intentó vengar el desastre de Mohacz, lográndolo el archiduque Fernando que batió completamente á Zapolya en la llanura de Toka; y cuando Suleiman acude rápidamente desde Constantinopla para restablecer en el trono á su pro-

tegido, la guarnicion de Viena, á la cual puso sitio el atrevido sultan, le derrotó por primera vez, obligándole á volverse vencido á Constantinopla.

A pesar del mal éxito de esta última campaña, todavía pesaba mucho en la balanza europea el vasto y poderoso imperio mahometano; y parece imposible que un rey que aspiraba al dictado de cristianísimo, Francisco I de Francia, apenas recuperada su libertad y vuelto á sus estados desde el alcázar de Madrid, donde tan generosamente le habia tratado su vencedor Cárlos V, incitara de nuevo al sultan para que declarase otra vez la guerra al Austria. No necesitaba de tanto Suleiman para atravesar el Danubio, y buscando el primer pretexto que tuvo á mano, reapareció con numeroso ejército en los campos de Hungría, apoderándose de Gürs, despues de largo sitio. Las ventajas que consiguió por tierra perdiólas, sin embargo, por mar, pues su escuadra fué derrotada por la de Cárlos V, perdiendo á Coron, en la Morea, y los castillos de los Dardanelos. Viéndose con tan profunda herida, casi en el corazon de su imperio, Suleiman, para restañarla, ajustó la paz con la intervencion del Pontífice, tratado en el cual el altivo jefe del Islamismo no vaciló en llamar Padre al jefe de la Iglesia Clemente VII, y hermano al Archiduque de Austria.

Pero si de este modo ponia tregua por la parte del Norte á sus guerras con los que para él eran infieles, bien pronto volvia sus armas contra los mahometanos cismáticos, dando pretexto religioso la disparidad de apreciaciones, aunque dentro de una creencia religiosa, á sus constantes aspiraciones sobre la Persia. Contiendas de gobernadores fronterizos fueron la señal de la lucha, tras de la cual Suleiman, en victoriosa marcha, llegó hasta Tebriz que le abrió sus puertas. Bagdad rindióse tambien sin atreverse á hacer resistencia, y el afortunado conquistador pasó el invierno en aquel delicioso país, organizando sus ulteriores proyectos y visitando los venerandos lugares, donde segun la leyenda islamita, entre el Tigris y el Eufrates, al lado de Adan, de Noé, de Ezequiel y de Esdrai, reposan las cenizas de los seis grandes imanes de la familia del Profeta; al mismo tiempo que enviaba mensajes anunciando su victoria á Venecia y á Viena, llegando á tal ex-

tremo la poca dignidad de alguna potencia del Occidente, ó por lo menos de su rey, que envió su embajador hasta aquel remoto confin del Asia á felicitar al vencedor Suleiman en nombre de su soberano Francisco I.

Por fortuna, ya que la causa de la cristiandad era tenida en tan poco por el descendiente de aquellos célebres cruzados que llenaron con la fama de sus hazañas la historia de los siglos medios, las pacíficas conquistas de la civilizacion obtuvieron ventajas prácticas, pues desde entonces datan las célebres capitulaciones entre Francia y Turquía, en las que se reglamentó la libertad recíproca de comercio de ambas naciones, el establecimiento de consulados en las principales escalas de Levante, y el convenio de que en ningun caso pudieran reducirse á esclavitud los prisioneros de guerra.

Como si todo contribuyese á hacer cada vez mas próspera la fortuna de Suleiman, vivia por aquellos dias entre los árabes un audaz aventurero que, puesto al frente de verdadera horda de piratas, llamó bien pronto por su audacia y su valor la atencion del Sultan, de quien, usando de sagaz política, reconocióse servidor y vasallo. Suleiman, conociendo con la penetracion de los génios superiores todo el partido que podia sacar de aquel atrevido aventurero, le envió el sable de honor, la cola de caballo y el tambor, codiciadas insignias de la dignidad de Sandschak-Bey, y bien pronto el pirata Khair-Eddin, que así se llamaba aquel audaz hijo de Mitilene, aunque mejor le apellidaron siempre Barbaroja, por el color de su barba, era el capitan pachá ó almirante de la escuadra otomana, y se disponia á caer sobre el Occidente á pesar de los antiguos convenios y paces; que eran entonces débil garantía como lo han sido siempre, cuando ha creido un ambicioso que estorban á sus planes, los mas solemnes tratados, que la necesidad ajusta la mayor parte de las veces.

Y no es lo mas grave en tal proceder la conducta de Suleiman, sino que le servian de incentivo las instigaciones del rey de Francia Francisco I que, no pudiendo vencer en buena lid á su elevado competidor Cárlos V, buscaba envidioso los medios de hostilizarle, y, si hubiera podido, destruirle, no frente á frente en los campos de batalla, pues

así tenia seguridad, adquirida por la experiencia, de ser vencido, sino con agenas armas y por enemigos de su raza y de su creencia. Intentaba el francés por tan indigno medio, no solo hostilizar los estados del emperador, sino separar á los venecianos de su amistad con éste, y forzarles á abandonar la neutralidad en que permanecian encerrados. Con ochenta velas dirigióse el pirata almirante desde el Cuerno de Oro á las costas de Italia, y principalmente sobre Nápoles. A la nueva de tal empresa aprestó Venecia sus escuadras, mas sin recelo alguno de guerra, porque al reflexionar que Suleiman no habia de acometer á dos enemigos juntos, cuando solo tenia probabilidades de vencer á uno, parecióle infundada cualquier desconfianza. Francisco I conjeturaba de una manera análoga, pensando que, en el hecho de tener los venecianos guerra si se adherian al emperador, y paz si contemporizaban con el turco, aflojarian en sus relaciones con aquel, y darian al principio seguro á su rompimiento; pero franceses y venecianos se equivocaban, pues los planes del Sultan dirigíanse lo mismo contra los unos que contra los otros, pues aspiraba á poner cima al sueño de los grandes conquistadores: á la dominacion universal. Barbaroja devastó las costas de Italia; aterró á Nápoles y á Roma; puso tambien en temor á los venecianos hasta el punto de que ofrecieron humildes satisfacciones á mas supuestos que reales agravios, y volviendo las ferradas proas á la costa de África, se apoderó de Túnez, donde hacia mas de seiscientos años gobernaba la dinastía de los Beni-Hafs. Sin embargo, poco tiempo logró conservar esta importante conquista el pirata-almirante, pues Cárlos V repuso en su trono al desposeido soberano haciéndole su tributario, si bien Barbaroja indemnizó á su emperador de este revés sometiendo á su dominio todas las costas berberiscas, gran número de islas del Archipiélago y la fortaleza de Castelnuovo en la ribera de la Dalmacia, al mismo tiempo que Venecia le cedia por nuevos tratados dos plazas importantes y los castillos de Nadin y Urana, tambien en la Dalmacia.

Al mismo tiempo que por la parte de Occidente tan prósperos se presentaban los sucesos á Suleiman, el pachá que en su nombre gobernaba el Egipto penetraba en el mar de las Indias, batia á los portu-

gueses, se apoderaba de la ciudad de Diu y se imponia por la fuerza á los árabes del Mar Rojo; y como si con tantas prosperidades no bastasen para el engrandecimiento del afortunado Sultan, la muerte de Zapolya y la menor edad de su sucesor, que excitó la ambicion del archiduque Fernando, dividiendo en bandos á la Hungría, despertó de nuevo las mal dormidas aspiraciones de Suleiman, que acudiendo presurosamente, batió al Archiduque, se apoderó de Buda convirtiendo en mezquita su antigua iglesia de Santa María, y llevando despues su triunfante enseña á Valpo, Siklos y Stuhkveissemburgo, consiguió que mas de la mitad de aquel reino abrazase el islamismo, imponiendo tal temor á las demás naciones de Europa, que todas anhelaron la paz con el indomable desolador del nombre cristiano, celebrándose el tratado que la aseguraba, en 1547, tratado que no vacilaron en firmar el mismo Pontífice y el emperador Cárlos V.

Pero mientras con tal suceso se engrandecia en el exterior, horribles dramas de familia ensangrentaban el serrallo en Constantinopla, luchas de amor y de ambicion, consecuencias ineludibles de la repugnante poligamia oriental, que en todo tiempo han sido los verdaderos móviles de todas las agitaciones y desastres de la nacion turca. Compartian las preferencias imperiales una circasiana, cuyo nombre no ha pasado á la historia, y la rusa Roxelona, mujer de menos belleza que su rival, pero de mas inteligencia, y sobre todo de voluntad de hierro. Ambas habian hecho sentir al emperador las dulces emociones de la paternidad, habiendo sido la primera la circasiana, y mas fecunda la rusa; pues mientras aquella dióle un hijo, de nombre Mustafá, Roxelona era madre de cuatro príncipes, Selim, Mohamid, Bagesid y Dschihaughir; y esta sultana altiva y que ambicionaba el poder para el mayor de sus hijos, despertando recelos en el sultan contra Mustafá, obtuvo fácilmente contra él una sentencia de muerte, que fué ejecutada en la misma tienda de Suleiman, á donde habia acudido Mustafá inocente de la conjuracion que contra él se tramaba, y obedeciendo al llamamiento del autor de sus dias. Aquel indigno asesinato debió cubrir de duelo el corazon de la ambiciosa Roxelona, pues el último de sus hijos, Dschihaughir, que amaba tiernamente á Mustafá, al verle muerto

se atravesó el corazon, cayendo exánime al lado de su hermano.

Horrible cuadro es el que presenta en este periodo la historia de Constantinopla, escrita con sangre, como funesta consecuencia de las intrigas del serrallo; que tales son siempre los tristes resultados de poner en olvido las nociones de la moral eterna, y de la asquerosa poligamia, que eleva á institucion social el adulterio del hombre, no menos perjudicial á la sociedad y á la familia que el de la mujer. Tales son tambien las consecüencias de reconocer en el padre el bárbaro derecho de vida y muerte sobre las mujeres y los hijos, borrado hacia muchos siglos por el bendito cristianismo de las leyes de Roma, y conservado como elocuente y tristísimo ejemplo de la aberracion y la locura humanas en aquellos pueblos que no podian comprender otros medios de propagar su dogma y de imponer su autoridad que los de la violencia y la muerte. Imposible parece que hayan existido períodos en la vida de la humanidad, durante los cuales se sustituyeran los puros y santos afectos del alma, en el mas elevado de todos los amores del hombre, porque es el que mas le acerca á su Creador, por los violentos arrebatos de la pasion y los inmensos remordimientos del parricida. Y, sin embargo, es cierto. Bien dijo un escritor, cuando afirmaba que la historia del hombre es mas horrible que la de los tigres y las panteras.....

Con la muerte de Mustafá y de su hermano de padre Dschihaughir, no terminaron los horrores de aquel sangriento cuadro. Como si Roxelana, ébria ya de instintos homicidas, quisiera extinguir hasta la descendencia de Mustafá, y vengar en el hijo de este tierno y afable adolescente de doce años la muerte que se habia dado Dschihaughir, obtuvo tambien la condenacion de aquel inocente niño, á quien no logró salvar ni su conmovedora y humilde resignacion, cuando contestó al eunuco que le noticiaba la inicua sentencia: «Si el sultan lo ha mandado, sus órdenes son para mí tan sagradas, como si viniesen de Dios.»

Aquella série de horribles y parricidas ejecuciones no terminó con esto. Pocos años despues morian tambien estrangulados por el fatal cordon Bajesid ó Bayaceto, otro de los hijos de Roxelana, que osó as-

pirar al supremo poder, instigado acaso por los amigos de la circasiana para buscar venganza de los indignos manejos de aquella mujer criminal, y no solo pagaba él con la vida su atrevimiento, sino que morian tambien de la misma manera sus cuatro hijos.

Suleiman decretaba tales ejecuciones arrastrado por la fatal influencia de Roxelana, pero sintió bien pronto el castigo que impone á toda accion culpable la severa justicia de la conciencia. Una tristeza abrumadora, tristeza sin consuelo ni esperanza, se apoderó de su espíritu, y bien pronto aquel anciano, encorvado mas que por el peso de los años por la pesadumbre de sus crímenes, sostenia difícilmente su vida, que respetaron siempre las armas enemigas, contra los mudos, pero terribles ataques de los remordimientos. Solo las emociones de nuevas guerras podian distraer, sino calmar su espíritu, y así acogió con verdadero ardor, impropio de su avanzada edad y de sus padecimientos, la ocasion que se le presentaba de declarar nuevamente la guerra á la Hungría, por no haberle pagado el sucesor de Zapolya el tributo convenido. Al frente de poderoso ejército, sin parar mientes en su edad casi octogenaria y en los dolores de la gota que le atormentaban, conducido en litera llegó despues de treinta y cinco dias de marcha delante de Sziget, que defendia el valiente general húngaro Zing, y tras de repetidos asaltos disponíase á dar el decisivo y á entrar en la plaza, cuando la muerte le sorprendió en su tienda, teniendo su visir oculto el cadáver hasta que vió conseguido el triunfo, para evitar que la triste nueva hubiese entibiado el ardor del ejército y comprometido el éxito de la empresa.

Por la muerte de Soliman, llamado por los occidentales *el Magnífico*, y por los turcos *el Legislador*, sucedió en el trono de los osmanlis el hijo de Roxelona, Selim, que tuvo necesidad apénas ciñó el turbante de los sultanes, de sofocar con mano fuerte una sublevacion de genízaros, autorizando despues su severidad y su poder con la expedicion afortunada que dirigió contra Chio, á la que siguió la sumision de todo el Yemen. Despues continuó durante su reinado la série de felices empresas y de grandes crueldades, que formaron la historia de su padre, pero sin llegar á la altura del primero, en las elevadas con-

diciones de carácter que le granjearon la admiracion hasta de sus mismos enemigos.

El reinado de Suleiman fué indudablemente para el imperio turco el que lo levantó á mayor altura; sin que las continuas guerras que llenaban por completo y constantemente el fondo del cuadro, fuesen obstáculo para los pacíficos trabajos de la inteligencia. Con razon se ha dicho que nunca se vieron en Constantinopla más artistas ni más poetas; y mientras el atronador ruido de los combates resonaba en todos los pueblos de las tres partes del mundo entónces conocidas, elevábanse soberbios edificios, como la suntuosa y elegante mezquita de Soliman, construíanse puentes, acueductos, bazares y otras obras públicas de no menor importancia, y multitud de poetas cantaban las glorias de la patria y de su expléndido soberano, demostrando en sus hipérboles y comparaciones la riqueza inagotable de la musa oriental.

Y no era extraño que así sucediera. Soliman, como todos los hombres verdaderamente grandes, era expléndido y generoso, y su magnificencia trascendia á todo cuanto le rodeaba. Guardaban sus escuderos dos mil caballos en sus caballerizas; la tela de su tienda estaba tejida con hilo de oro, y el suelo cubierto con tapices de Persia; su caftan resplandecia con las piedras que lo bordaban; la gualdrapa de su caballo brillaba con los rubíes, topacios y esmeraldas que la cubrian; y un colósal diamente de Golconda despedia sobre su frente rayos de luz, al sujetar, como inestimable cintillo, las airosas plumas que adornaban su turbante.

Desgraciadamente para Soliman y para su pueblo, aquel hombre extraordinario se dejaba dominar por el amor á sus mujeres, y ya hemos visto hasta qué punto le arrastraron sus influencias, convirtiéndose en su época, y continuando desde entónces hasta nuestros dias el serrallo en un foco de incesantes maquinaciones políticas.

Selim, no menos escrupuloso que su padre en guardar los tratados, pero ménos hábil que el autor de sus dias, rompió á deshora, sin razon ni pretexto, la paz ajustada con Venecia, disponiéndose á realizar el sueño de toda su vida, la conquista de la isla de Chipre, más acaso que por aumentar con ella sus dominios, por amor al balsámico

jugo de sus viñas, licor á que, sin embargo de las prescripciones del Coran, se mostraba tan apasionado, que mereció el dictado de *Mest* ó bebedor, con que ha pasado á la posteridad. No era, sin embargo, empresa tan hacedera la conquista de aquella isla, que no necesitase Selim ménos de un año para reducirla á su dominio; pero habiéndose visto obligada á capitular Famagusta, su principal ciudad y plaza fuerte, los conquistadores se esparcieron rápidamente por toda la isla, saqueándola y devastándola, y asesinando á un gran número de cristianos, entre ellos el gobernador de Famagusta, inhumanamente sacrificado.

Aquel innecesario alarde de bárbara fiereza, fué, sin embargo, útil á la causa de la cristiandad, porque tales crueldades hicieron comprender á Europa la necesidad, cada vez más apremiante, de poner un dique á las armas otomanas, y de unirse, para conseguirlo, contra el enemigo comun. El pontífice romano Pio V, fué el promovedor de aquella alianza, que, bajo el nombre de la Santa liga, firmaron el 25 de Mayo de 1571, el Papa, España y Venecia, reuniendo en breve poderosa escuadra de las tres naciones, que, al mando de D. Juan de Austria, alcanzó en las aguas de Lepanto la mas señalada victoria naval que registran los anales del mundo. Con razon el Pontífice, en su entusiasmo aplicó al heróico vencedor de Alí, aquellas palabras del Evangelio: «Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamó Juan.»

Despues del famoso combate naval que hizo cambiar por completo los destinos del mundo, poniendo dique á la ambicion otomana, y de cuyo glorioso triunfo no se sacaron todas las ventajas que hubieran podido conseguirse, si se hubieran realizado los levantados propósitos de D. Juan de Austria, que aspiraba á conquistar á Constantinopla (1) aprovechando el estupor que la inmensa derrota habia producido entre los turcos, Selim cayó en un abatimiento profundo, encerrándose en lo mas recóndito del serrallo, donde murió en breve víctima de su profunda melancolía.

Murad III, hijo mayor de Selim, le sucede en el trono, pero su vi–

(1) El mismo dia de la victoria de Lepanto, se rompió la bóveda de la mezquita de la Meca, cuya coincidencia causó verdadero terror entre los fanáticos otomanos. La iglesia cristiana, reconocida á los favores de la Providencia, instituyó la festividad de la Vírgen de las Victorias, que se celebra el 7 de Octubre, aniversario del gigante combate del Oriente y el Occidente. En la poética plegaria de la Letanía de la Vírgen añadióse tambien entonces: *Auxilium cristianorum, ora pro nobis.*

da transcurre entre estériles luchas de favoritos y de mujeres, no sin que faltasen en ella las acostumbradas ejecuciones de cuantos pudieran algun dia aspirar al supremo poder, muriendo de tal suerte y sin mas causa, sus cuatro hermanos. Las victorias de sus generales Osman Pacha y Ferah Pacha en la Pérsia, que dieron por resultado la sumision del Daghistan, y del Khan de Guherdan, fueron débiles resplandores de gloria, que apagaron bien pronto las revueltas de la Valaquia, la Moldavia y la Transilvania, que se sublevaron asesinando su guarnicion turca. La decadencia del imperio otomano habia comenzado á la muerte de Suleiman ó Soliman, y se precipitaba rápidamente. Murad, debilitado por los placeres del serrallo, sin energia de cuerpo ni de alma, supersticioso como todo ser débil, acabó su inútil existencia como pudiera una mujer nerviosa y apocada. La vibracion de los cañonazos que disparó saludando á la plaza, segun práctica, un buque egipcio al entrar en el Cuerno de Oro, haciendo saltar los cristales de un kiosko, produjole tan pueril terror que murió de miedo, digna manera de terminar sus dias y su dominacion el que solo supo decir al comenzarla en el dia de su coronacion: « tengo hambre: dadme de comer.» Como natural consecuencia de la vida femenina que hacia, y de su numerosísima poligamia, tuvo este feliz mortal ciento y dos hijos, de los cuales, veinte vivian cuando él murió, si bien solo quedó uno al siguiente dia, pues los otros diez y nueve, fueron previsoramente extrangulados.

Durante el reinado de Murad III, el caballero de Germiny, embajador de Francia en Constantinopla, estableció los Jesuitas en el convento de San Benito en Galata, institucion que habia de contribuir poderosamente, sin temor á la inquinia turca contra el nombre cristiano, á suavizar las rudas y bárbaras costumbres de los otomanos; y gracias á aquellos primeros Religiosos de Galata, que con el sublime valor de los mártires, inspirado solo por la Fé y la Caridad, sembraron en tierra tan ingrata la semilla del Evangelio, las conquistas pacíficas de la civilizacion cristiana triunfarán al fin en las orillas del Bósforo.

Quedó solo de la numerosa descendencia de Murad, Mahomet III, que

comenzó acallando el interesado motin de los sipahis, con las riquezas del tesoro imperial, y que, distando mucho de ser un héroe, y más aficionado, como el autor de sus dias, á las delicias del serrallo que á la vida de los campamentos, vióse en la imperiosa necesidad de ponerse al frente de su ejército, sino habia de perder ignominiosamente la corona y la vida. Los cristianos, conocedores de sus verdaderos intereses, y perdido ya todo temor al coloso que declinaba rápidamente, tomaron la ofensiva, y húngaros y alemanes, entrando en las posesiones turcas por el mes de Julio de 1595, batieron á las tropas del sultan, y las arrojaron de Gran, de Wisigrado, de Petrinia y de Bukarest. A tales desastres de la contraria suerte en los campos de batalla, uniéronse para completar el terror que habian producido entre los degenerados osmanlís, la terrible peste que diezmó á Constantinopla, y el espantoso terremoto que derribó sus principales edificios. Mahomet, ante tantas y tan repetidas desgracias, abandonó su dulce retiro, y para conjurar la cólera del cielo elevó públicas plegarias con arreglo al muslímico rito en el vasto recinto del Meidan ó Hipódromo, proponiéndose ofrecerle como en expiatoria ofrenda la sangre de los cristianos de la capital; idea que hizo abjurar en un solo dia y abrazar el islamismo á multitud de judíos y de griegos. Mas acertado anduvo en aprovechar aquella ocasion, para prohibir, como atentatorio á los preceptos del Coran y justa causa para excitar la cólera del cielo, el uso del vino, que habia llegado á dominar completamente á los hijos de Omar, disponiendo que fuesen destruidas las bodegas y las tiendas de bebidas, así como que se arrojasen las mujeres públicas al mar. Con estos alardes de religiosidad y de cruel justicia no era bastante para acallar las crecientes murmuraciones de su pueblo, que no podia sobrellevar las victorias de los alemanes y de los húngaros, y que obligaron al pacífico Mahomet á partir para Hungría al frente de su ejército, acampando ante los muros de Erlau en el mes de Setiembre de 1596. O mal defendida ó bien sitiada la plaza, se rindió bajo la fé de una capitulacion honrosa, pero el sultan, fiel á las tradiciones de su familia, faltó á su palabra, entregando la confiada ciudad á todos los horrores de un bárbaro saqueo. Tan im-

prudente conducta estuvo à punto de encontrar cercano su castigo. A pocas horas de Erlau encontraron los turcos el ejército aleman y húngaro mandado por el archiduque Maximiliano, y tal espanto se apoderó al comenzar la batalla del cobarde sucesor de Soliman, que á duras penas pudo el visir impedir su fuga, aún que no que se ocultara como una mujer durante la pelea, donde mas seguro creyó encontrarse. Poco le hubiera valido su prudencia, si los cristianos, despues de haber obtenido completa victoria, no se hubiesen abandonado al pillaje en las tiendas de sus enemigos, lo cual, haciéndoles caer en una emboscada, que al verles abandonados á su sed de botin les prepararon rehaciéndose los vencidos guerreros, no les hubiera sido causa de que no solo perdiesen cuanto habian logrado en aquel dia, sino que la victoria se convirtiese en horrible derrota, quedando los vencedores completamente destrozados y deshechos. Tan inesperado triunfo sacó de su indigno escondite al *animoso* emperador, que, verdadero héroe por fuerza; entró triunfante en Constantinopla, donde el pueblo le aclamó en medio de las mayores demostraciones, como digno descendiente del gran conquistador cuyo nombre llevaba.

Pero aquellos dias de forzada é injusta gloria habian de durar poco. Los cristianos vuelven á campaña en el siguiente año, y la pérdida de Raab y de otras muchas plazas importantes, coincidiendo con las de Tebriz y de Bagdad en Pérsia, obligan al apocado emperador á pedir la paz á Alemania, poniendo por mediador á Enrique IV.

A tales desastres agregáronse las repetidas revueltas propias de todos lo reinados de príncipes débiles é incapaces, revueltas que, en vano pretendió ahogar en sangre con repetidas y crueles ejecuciones, en una de las cuales murió uno de sus hijos ; manteniendo por temor recluido en el serrallo al presunto heredero de la corona, que á la prematura muerte de Mahomet, completamente agotado por los placeres á la edad de treinta y tres años, ciñe al fin con el nombre de Ahmed I, el cual sigue las huellas de su padre durante un estéril reinado de catorce años, que empieza el vicio y termina la crueldad. Si consiguen apoderarse los otomanos de algunas plazas de Hungria, logrando ver en el trono á su protegido y partidario, Bocskai, continúan

perdiendo gran parte de la Pérsia, donde el pachá Cicala es derrotado y muerto Kœsa, y toda el Asia continua destrozada por rebeliones sangrientas, que repiten los soldados casi diariamente en Constantinopla. Las guerras de Hungría y de Transilvania siguen, entre tanto, hasta que la paz de Sitvatorok las pone término, dando carácter completamente nuevo á la dominacion otomana en Occidente y fijando sus límites. Á virtud de ella desaparecen aquellos vergonzosos signos de vasallaje, que, en forma de tributos anuales, llevaban los embajadores; se establecen las relaciones diplomáticas bajo un pié de perfecta igualdad; la Transilvania respira casi libre del yugo de los otomanos; la mitad de Hungría queda emancipada de toda humillante carga; establécense saludables principios del derecho de gentes, tales como que los ataques, sorpresas é irrupciones debian cesar y la declaracion de las indemnizaciones por los daños causados, y restitucion de prisioneros ó cautivos, con acuerdo lo uno y lo otro de árbitros nombrados por ambas partes beligerantes; introdujéronse todas las formalidades diplomáticas usadas en las cancillerías europeas; las actas dejaron de imponerse á los plenipotenciarios cristianos sin que les fuese permitida su lectura, sino que, examinadas por sus dragomanes ó intérpretes y despues de firmadas por los diplomáticos turcos, eran enviadas á la formularia aprobacion del Sultan; y, en una palabra, por aquella paz firmada ante las murallas de Komorn, el dique infranqueable á los conquistadores otomanos, la Turquía comenzó á entrar en la corriente de reformas del continente europeo; conquistas de la civilizacion impuestas al débil Ahmed, como lo hubieran sido á otro mas poderoso, pues la fuerza de las ideas en la marcha de las naciones es irresistible.

Y no eran estas solas las pérdidas que de dia en dia iba sufriendo la altiva dominacion otomana. Los cosacos, á su vez, sorprendieron á Sinope, forzaron la entrada de su puerto, el más fuerte y más rico de la costa occidental del mar Negro, y despues de pasar á cuchillo á sus habitantes y de saquear la ciudad, la redujeron á cenizas por el incendio, último desastre que produjo en el alma del emperador profunda melancolía á la cual no pudo sobrevivir. Veinte y ocho

años contaba apenas y catorce de reinado, cuando dejó el trono con la vida, y como recuerdo de su amor á las artes, la magnífica mezquita que lleva su nombre, y de la cual en breve habremos de ocuparnos. A pesar de las crueldades de este emperador, nótase, y con razon, que, á diferencia de sus antecesores, respetó la vida de su hermano; y no careció de iniciativa para la organizacion de su pueblo, pues á él se debe la revision y codificacion de las leyes y disposiciones imperiales, reunidas en un *kanunamé,* todavía en vigor.

Otro hecho de índole á la verdad bien diversa tuvo lugar tambien durante su reinado; la introduccion del tabaco en el imperio turco y de allí en toda la Europa; en recuerdo de lo cual ha llegado casi hasta nuestros dias en muchas poblaciones extranjeras, la costumbre de poner en las tabaquerías, á manera de histórica muestra, un turco, ceñida la cabeza con tradicional y exajerado turbante.

A la muerte de Ahmed, le sucedió su tio Mustafá, príncipe imbécil que pasaba su vida arrojando pedacitos de oro á los peces, y que á pesar de haber repartido los principales cargos del imperio á sus favoritos, llegó á tal extremo en su verdadera insensatez, que sus mismas hechuras le destronaron, ciñendo la cimitarra de los sultanes, en la mezquita de Eyub, al príncipe heredero de Ahmed, Osman, el mayor de sus siete hijos. Cruel y sanguinario aún en la hermosa juventud de la vida, abierta siempre á toda generosa aspiracion y nobles sentimientos, mató á su hermano Mahomed, cuyas brillantes cualidades creyó podian perjudicarle, y como soberano concluyó de ajustar la paz con el Schah de Pérsia, disponiendo despues una expedicion contra la Polonia, en la cual se proponia castigar las incursiones de los cosacos; campaña desastrosa que costó la vida á más de ochenta mil otomanos al otro lado del Dniester, y á consecuencia de la cual perdió tambien la suya Osman de vuelta en Constantinopla, pues como quisiera arrojar la culpa de su derrota sobre los genízaros, estos se sublevaron y le dieron muerte, volviendo á colocar sobre el trono á Mustafá, para gobernar mejor y más fácilmente á la sombra de su imbecilidad. Los eunucos y las mujeres se apoderaron, sin embargo, del poder supremo, y Mustafá fué segunda vez desposeido, ele-

vando al trono los genízaros, instigados por la sultana Validé Kaseemu Mahpéïker, (rostro de luna), á Murad, cuarto de su nombre, uno de los hermanos de Osman, que apenas contaba once años, lo cual ponia las riendas del Estado en manos de su madre.

Los primeros años de este reinado estaban muy lejos de prometer los dias de verdadera restauracion para el imperio turco, que se sucedieron cuando el nuevo sultan estuvo en edad de poder dirijir por si mismo los negocios públicos. Los schiis de Pérsia, invaden y saquean las fronteras orientales del imperio, se fortifican en Bagdad y baten á las tropas turcas; el Khan Mokamed Gherai se subleva en la Crimea, acobarda las tropas del Pachá, y proclama su raza, descendiente de Gengis-Kan y de Timur-Leng, más noble que la de Osman; los cosacos, renovando las invasiones de los Ruricos del siglo VIII, llegan hasta los muros del serrallo, incendian á Buyukdere en la orilla derecha del Bósforo, y arrebatan inmensas riquezas; y el Pachá de Erzerum, Abasa, levanta el estandarte de la rebelion en las orillas del Eufrates, y desola el Asia menor. Pero cuando estos últimos acontecimientos tenian lugar, ya Murad estaba en edad de obrar con iniciativa propia, y hábil político, cuando el gran visir Khosrew, despues de una lucha de seis años vence al rebelde y quiere conducirle prisionero ante su soberano, este le perdona y le dá el gobierno de la Bósnia, aparentando creer que el móvil de la conducta de Abasa fué el deseo de vengar la muerte de Osman; y como por instigaciones de la Rusia declarase la guerra á Polonia, dió el mando de su ejército al nuevo gobernador de la Bósnia, que demostró en aquellas campañas las excelentes dotes que poseia, llevando sus armas victoriosas hasta mas allá del Dniester, que tantas veces habia presenciado las derrotas de los otomanos. Tan feliz éxito en sus empresas, no le libró, sin embargo, de la muerte. «La venganza se difiere, pero vela siempre,» habia dicho más de una vez con terrible calma Murad, y cuando ya no creyó necesarios los servicios de Abasa, le condenó á muerte con pretexto de una acusacion que contra él se lanzó, á propósito del manejo de caudales de los lugares santos.

Dotado el implacable emperador de constitucion enérgica y poderosa

para resistir toda suerte de fatigas corporales, y de clara y pronta inteligencia para ponerse rápidamente en la dificultad de los más complicados asuntos, era á la vez que hábil en los ejercicios físicos, elocuente y estudioso, dedicándose con afan al exámen de la legislacion, sobre todo, de la militar, lo que le valió el nombre de, *el Chazi*, organizando y estudiando la administracion de justicia, cuyos magistrados elegia con cuidado extremo, y procurando á la vez, guerrero antes que todo, levantar el nombre otomano con las victorias de sus armas. Tan relevantes cualidades detuvieron, á no dudarlo, la decadencia del imperio, pero no le conquistaron renombre digno de aplauso, porque manchó las mejores páginas de su vida con horribles é inútiles crueldades, que si pudieron tener explicacion, ya que no excusa, en la barbarie de los tiempos durante los primeros reinados de sus antecesores, no tienen disculpa cuando se realizaban casi al mediar la décima séptima centuria.

Si al emprender en el mes de Marzo de 1635, con actividad é inteligencia, la campaña contra la Pérsia, para reconquistar de los schiis las plazas poco hacia perdidas, tiene necesidad de mostrarse inflexible con sus soldados, á fin de restablecer la disciplina del ejército, su severa justicia toma bien pronto el carácter de bárbara crueldad, por el lujo sangriento de las ejecuciones y de los suplicios, para los cuales daba él mismo la señal, abriendo y cerrando los dos primeros dedos de su mano derecha. El uso del tabaco, al que atribuia, y no sin razon, parte del enervamiento que debilitaba á sus soldados, fué prohibido por Murad, de tal modo, que la pena impuesta á los contraventores, consistia en el terrible empalamiento; pero el éxito de tal rigor parece justificó su inflexible crueldad, pues la victoria siguióle de cerca, y la capital de Pérsia, Tébriz, cayó en su poder, quedando, despues de un horrible saqueo y de pasar á cuchillo miles de prisioneros, reducida á cenizas.

Suspicaz en medio de su fortuna, y temiendo pudieran servir de punto de apoyo á ambiciones de sus enemigos, despues de la conquista de Erivan, y en medio de los suntuosos festejos con que celebraban sus victorias, mandó dar muerte á sus dos hermanos Soliman

y Bayasid; y sin que el doble fratricidio produjera en su espíritu el mas lijero remordimiento, regresó á Constantinopla, en la que hizo una entrada verdaderamente triunfal, á la manera de los antiguos emperadores romanos.

Pero con la conquista de Tebriz y Erivan, no estaban satisfechos los deseos del emperador. Bagdad, *la casa de salud y la ciudad de los santos,* segun era llamada por los musulmanes, que la consideraban como el santuario del Islamismo, era por su posicion y por su fortaleza, el principal baluarte de la Pérsia, y por su importancia y situacion, la plaza mercantil que podia considerarse como la llave del comercio entre el Asia menor, la Pérsia y la India. Apoderándose de ella, quitábase á los pérsas su principal apoyo para ulteriores esperanzas de independencia; y Murad, comprendiéndolo así, marchó sobre Bagdad, con un ejército de doscientos mil hombres, tomándola despues de repetidos asaltos, en el último de los cuales, que fué el general y decisivo, murió el gran visir, á quien habia reconvenido por el tiempo que tardaban en apoderarse de la plaza, el impaciente sultan. Ante tan declarada fortuna, el Schah humilló la frente y pidió la paz, cuyas condiciones dictó el vencedor, el cual volvió á Constantinopla entrando en ella, segunda vez triunfante, sobre un caballo gualdrapeado de hierro, cubiertos los hombros con una piel de tigre, y blandiendo en la mano su ferrea maza.

Tan victoriosa carrera debia llegar muy pronto á su ocaso. Ocho meses despues de su segundo triunfo, y cuando contaba apenas veinte y ocho años de edad, (Junio de 1639) veia llegar el término de su corta vida, agostada en flor por los excesos de los placeres voluptuosos á que era locamente apasionado. Su memoria fué venerada por los musulmanes, que á pesar de sus crueldades, le amaban porque veian en él al poderoso restaurador del imperio, que desde la muerte de Soliman, marchaba rápidamente á su ruina, y repetianse con entusiasmo las alabanzas que en su loor habian escrito historiadores y poetas, en el hiperbólico lenguaje oriental, tales como aquella de Naïma: «Jamás el circulo del mundo ha visto otro Padischa que pueda comparársele. Del huevo de su sable sale el pájaro de la vic-

toria. La cabeza del enemigo cae al pié de su estribo de oro. ¡Mil años de vida para el vencedor! Señor poderoso de diez y ocho mil mundos! que tu espada descanse, fiero leon: ya nada te resta que castigar con sangre.» De tan encomiástica y aduladora alabanza, la última parte era la más exacta, pues aquel tirano, que, con bastante exactitud por sus crueldades han llamado algunos el Neron otomano, habia hecho perecer entre horribles dolores de bárbaros tormentos á mas de cien mil desgraciados, entre los que se contaban los europeos, griegos ó francos de Pera y de Galata, á los cuales habia además confiscado sus bienes, y el venerable patriarca de Constantinopla, Cirilo, á quien despues de haberle hecho conducir por brutal soldadesca al castillo de las Siete Torres, con los piés desnudos y una cuerda al cuello, mandó degollar: dos horas antes de exhalar el último suspiro, recordando que aun le quedaba con vida un hermano, de nombre Ibrahim, le mandó matar; sentencia que no llegó á ejecutarse, porque la sultana Validé pudo impedirla, salvando á su hijo y conservando un sucesor para el imperio.

Inconcebible seria tanta crueldad á mediados del siglo XVII y en la civilizada Europa, sino se recordase que cuando tales desmanes se realizaban, Venecia, segun la poética frase de un escritor extranjero, moria de languidez á la orilla del pálido Adriático, que Inglaterra se agitaba sin poder atender mas que á si misma abrumada por la revolucion que sintetizaba Cromwell; que Francia gemia al secar el cadalso, húmedo con la sangre de los Morcillac y Montmorency; que España distaba ya mucho de ser la poderosa nacion de Felipe II y D. Juan de Austria, y que no se escuchaban en medio del general movimiento los poderosos acentos del padre de los fieles.

Poco se hubiera perdido á la verdad, aparte de lo repugnante y bárbaro del crimen, en que se hubieran cumplido los deseos de Murad, respecto á su hermano Ibrahim. Débil por naturaleza, entregado en absoluto á la vida del harem, sus mujeres disponian de las plazas del Estado, de los cargos públicos y de la suerte del Imperio. Aquella vida de placeres no habia sin embargo enternecido el corazon del nervioso sultan, que al mismo tiempo que no podia vivir durante los inviernos en Constantinopla, sino rodeado de sus pieles de Marta zi-

belina, mandaba matar á los que su capricho, su suspicacia ó la venganza de una mujer le indicaban, con una tranquilidad aterradora. Tan inútil y cruel soberano habia de atraer bien pronto sobre sí el enojo de los ulemas, que incitando á los genízaros consiguieron su destitucion, y no impidieron su muerte.

Antes de ella los levantiscos genízaros habian proclamado Padischa al hijo mayor de Ibrahim, que apenas contaba siete años, para mejor gobernar á su sombra, empuñando las riendas del Estado en su nombre la sultana Validé Mahpeïker, que durante la minoría de Murad IV, habia igualmente ejercido la suprema autoridad. Los buenos deseos de esta mujer, dotada de grandes condiciones de mando, se estrellaban, sin embargo, ante las difíciles circunstancias que le tocaba atravesar, exhausto el tesoro, sublevados los mercaderes por el creciente aumento de los impuestos, y amenazadas constantemente las fronteras del Imperio por enemigos incansables. A tales contrariedades, uniéronse bien pronto otras más graves por ser mas íntimas, como que nacian y se desarrollaban en el recinto mismo del serrallo. La madre del nuevo sultan, la griega Tarkhan, celosa de su autoridad maternal y ambiciosa de poder, se puso al frente de un partido, que bien pronto se formó contra Mahpeïker, como se forma siempre en países donde el egoista y envidioso sentimiento individual se sobrepone al fecundo y generoso amor de la patria; partido, que llevó sus feroces instintos hasta el extremo de asesinar á la anciana Validé, que tantos dias de verdadero explendor habia dado al Imperio, que habia prodigado tantos beneficios, y cuyo nombre conservan dos mezquitas y uno de los característicos edificios de la hospitalidad turca, llamados *Caravansail.*

El jefe de aquella insurreccion de eunucos y de mujeres, Soliman, eunuco tambien, fué nombrado en recompensa de su crimen gobernador del serrallo; elevado puesto que convirtió en escandalosa granjería, hasta el punto de que la misma sultana Tarkhan, tuvo que quitarle su lucrativo é influyente puesto, sustituyéndole por el antiguo gobernador del Egipto Tarkhundji Ahmed, cuya rigorosa administracion, basada en una severa justicia, no podia ser bien recibida en aquella corte acos-

tumbrada al favoritismo y á la violencia. Asi fué como bien pronto los pachás y los bostandjis, influyendo contra él en el ánimo del jóven sultan consiguieron su muerte, que recibió tranquilamente delante del Padischa, el cual no manifestó por ello el menor signo de compasion ni de terror.

Los acontecimientos exteriores amenazaban poco despues de nuevo la integridad del Imperio. Los habitantes de la Anatolia y de la Tracia, cansados de sufrir las tiranías y abrumadoras exacciones de sus pachás, acudieron tumultuosamente á Constantinopla para pedir justicia contra sus opresores, y uniéndose á ellos los sipahis y los genízaros, que no perdonaban ocasion de lanzarse á todo género de revueltas, llegaron hasta las puertas del serrallo en amenazadora actitud. Como á perros hambrientos calmó sus furores Mahomed, arrojándoles treinta cabezas de los que designaban los sublevados como sus principales enemigos, y satisfechos con esto, las llevaron á la plaza del Hipódromo y las colgaron á manera de sangrientos frutos en un plátano secular, á cuyo pié, andando el tiempo, y á manera de providencial expiacion sufrida por los descendientes de aquellos feroces soldados, debia exterminarlos Mahomed II.

Poco despues el almirante veneciano Moncenigo, echaba á pique á la entrada de los Dardanelos, la escuadra turca compuesta de setenta naves, apoderándose de Lemnos y de Tenedos; desastre para las armas otomanas, de que un año mas tarde (1658) alcanzaban reparacion cumplida, pues la flota veneciana á su vez, fué allí mismo batida por la que nuevamente armaron los turcos, y recobrada la posesion de aquellas dos islas, gracias á las acertadas y enérgicas medidas del nuevo visir Mahomed Képrili, hijo de un labriego albanés, que, muy jóven todavía, obligado por la necesidad entró en Constantinopla, llegando en breve por su claro talento y relevantes dotes, desde las cocinas del serrallo, donde logró obtener ínfimo puesto, á las mas altas dignidades de la córte. Dotado de una energía inquebrantable, ahogó con fuerte mano las revoluciones que en el interior desgarraban el corazon del Imperio, dando muerte en Alepo, á treinta pachás rebeldes; rechazó hasta mas allá del Dniester, á los sublevados cosa-

cos; y sustituyó al príncipe de Transilvania, Rakisky, rehusando un tributo de quince mil ducados, por un feudatario que le pagaba cuarenta mil. Nada resistia á la fuerza de aquel espíritu reformador, que así atendia á reorganizar la administracion, como la hacienda; la escuadra, como el ejército; y que hubiera conseguido levantar á desusada altura la nacion turca, si le hubiera alcanzado la vida; dejando, sin embargo, al sultan como supremo legado, al darle su último adios en su lecho de muerte, los sabios consejos, de que nunca le gobernasen las mujeres; que jamás confiase el sello del imperio á hombres ávidos de riquezas; que procurase tener siempre provistas las arcas del tesoro; y que ni un dia tuviera en perjudicial reposo ni á su persona ni á su ejército.

Afortunadamente para Mahomed y para la Turquía, Képrili dejó un hijo, Ahmed, heredero de sus grandes cualidades, realzadas por el estudio, pues pertenecia á la corporacion de los ulemas, entre los cuales se distinguió bien pronto. Elevado al cargo de visir, abandonó en breve el sistema de terror, seguido por su padre, sistema, que, una vez conseguido el objeto de su adopcion, no solo es innecesario sino perjudicial, y sustituyéndole por una digna y animadora benevolencia, captóse las simpatías y el aprecio público. Apoyado por los tres principales dignatarios, el jefe del serrallo, el del ejército y el del sacerdocio, los tres fuertemente unidos á Ahmed Képrili por los vínculos de cercano parentesco, era el verdadero soberano, pues Mahomed apenas se ocupaba en otros negocios que en disponer cabalgatas y partidas de caza, dándose por satisfecho en su pueril orgullo, con que aduladores cronistas se entretuvieran en apuntar, como altos merecimientos, los acertados tiros que lograba ó los saltos de su caballo, y con que en sus despachos se le apellidase, «dominador de Europa y de Asia, señor del mar Blanco y del mar Negro, glorioso é invencible soberano de los hombres.»

Una guerra extranjera dió ocasion en breve para que el respetado visir, demostrase sus grandes dotes de capitan insigne y hábil político. El emperador de Austria penetró en la Transilvania, donde se apoderó de las plazas fuertes de Szeklhyd y de Seriwar, y acudiendo

Képrili con poderoso ejército, consiguió recuperar la última y apoderarse además de Neuhausel y de Ujiwar. En San Gotardo sufrió una derrota al querer oponerse con mas ardimiento que prudencia, al ejército combinado de Húngaros, Austriacos y Franceses, pero indemnizó con usura al imperio de aquel descalabro, que solo produjo la gloria del vencimiento á los cristianos, con la toma de Candia, isla que era para los modernos orientales lo que la de Creta para los antiguos, y en la que no pudieron resistir los venecianos el esfuerzo y ataques de los turcos, á pesar de que aquel asédio de dos años tenia fuertemente excitada la atencion de Europa, y de la escuadra que Luis XIV envió en su socorro. Bien es cierto que así esta, como dos mil hombres enviados por el Papa, abandonaron casi sin combatir á los venecianos, por causas que no es propio de la ocasion presente dilucidar.

A la toma de Candia sucedieron nuevas victorias. Los cosacos de Ukrania, al mando de su jefe ó hetman Doronzesko, se sublevaron contra la nobleza polaca que les oprimia, y pidieron auxilios á la Crimea, tributaria de la Puerta, y despues á la Puerta misma. Comprendiendo Képrili los importantes resultados que de aquella campaña pudiera obtener, no vaciló en concedérselos, y nombró á Doronzesko Sandschak Bey de la Ukrania, como si aquel territorio fuera ya un bajalato otomano. La Polonia elevó sus quejas por esta, que no sin motivo, consideraba como intrusion extraña, y Képrili le dió por respuesta lanzar sus ejércitos al otro lado del Dniester, apoderándose bien pronto de Kaminiek, Lemberg y Lubrin, sufriendo la Polonia una verdadera devastacion, viendo la media luna del profeta sustituir en las iglesias á la cruz sagradá, reducidos á la esclavitud treinta mil prisioneros, y á su rey Miguel Koribut, firmando un vergonzoso tratado, por el que cedia á la Puerta la Podolia y la Ukrania, y se obligaba á pagar un tributo anual y crecidas sumas como indemnizacion de guerra (1672).

Un año despues de haber obtenido tan grandes victorias, celebraba Turquia con la Francia importante tratado, que demuestra hasta qué punto, y en medio de la preponderancia que lograba darla

Krépili, al influjo de las nuevas ideas sobre las relaciones de los pueblos, el moderno Derecho de gentes, se abre paso á través de la tradicional barbárie de pasadas épocas. Por aquel tratado, que es una de las páginas más importantes de la historia moderna, rebajábanse en un tres por ciento los derechos de importacion para los objetos de comercio franceses, como ya se habia establecido para las de procedencia otomana en los puertos del rey cristianísimo; declarábase libertad completa para el comercio francés con la India por el mar Rojo; reconocimiento del absoluto protectorado de los católicos en Oriente, á favor del rey de Francia; libertad de erigir iglesias cristianas en todos los dominios del imperio otomano, sin necesidad de obtener prévia autorizacion; facultad para poder fabricar vino á los franceses establecidos en Pera y Galata, y de venderlo á los cristianos; se pactaban seguridades de no ser inquietados en su marcha los peregrinos católicos que fuesen á Jerusalen, ni en lugar alguno de los dominios turcos; consignábase que los Santos Lugares entrasen en posesion de los látinos por haber sido conquistados por los franceses durante las cruzadas; y la obligacion de no recibir en los puertos turcos mas que buques con pabellon francés, escepcion hecha únicamente de embarcaciones de Inglaterra, de Holanda y de Génova.

Pero los prósperos sucesos conseguidos por Képrili habian de convertirse bien pronto en duros reveses. El gran mariscal de Polonia, Juan Sobieski, indignado por la capitulacion ajustada por él rey, Koribut, sublevó al reino contra ella, dando por pretexto para no cumplirla, pretexto á la verdad legítimo, considerada la cuestion bajo el punto de vista legal, de que no habia sido ratificado por la Dieta; y siguiendo la accion á la amenaza, arrojó á los turcos de Lublin y de Lemberg, atravesó el Dniester sobre el hielo, batió á los tártaros, y les hizo veinte mil prisioneros; y cuando acude Képrili al frente de sus turcos acostumbrados á vencer, sufre terrible derrota en las llanuras de Choczim, dejando sobre el campo cincuenta mil hombres. El triunfo de Sobieski encontró merecida recompensa, pues como hubiese muerto el rey Miguel Koribut, fué elegido en su lugar, justificando la eleccion con las repetidas victorias que siguió obteniendo sobre los turcos en

dos campañas sucesivas; pero sus esfuerzos individuales, sin el concurso de los poderosos Estados de Europa, si le conquistaban mucha gloria no podian ofrecerle garantías durables de seguridad, y tuvo que someterse á una paz, para él vergonzosa, pues en aquellos arreglos vióse obligado á ceder la Podolia y una parte de la Ukrania al hetman Doronzesko, que, como ya dijimos, se habia reconocido tributario de la Sublime Puerta. Este resultado tan opuesto á las esperanzas y proyectos de Képrili precipitó su muerte, que tuvo lugar en una humilde alquería, camino de Andrinópolis, dejando á su pátria y á la posteridad un nombre respetado, y á pesar de sus últimas derrotas aumentado el imperio que habia sabido levantar de su pasada postracion, continuando la obra de su padre, con la Creta y la Podolia y con la Ukrania como tributaria.

La anexion de esta última habia de ser sin embargo perjudicial para la Turquía. Olvidando sus deberes de gratitud y sus juramentos, Doronzesko se unió bien pronto á la Rusia, poniéndose bajo la proteccion del Czar Federico III, y despues de una campaña de tres años, la dominacion otomana quedó abatida en la orilla izquierda del Dniester; terminando aquella empeñada contienda con un hecho de inmensa trascendencia en la historia del imperio turco y de toda la Europa; la libre navegacion del mar Negro, asegurada á los rusos por el tratado de paz que puso término á la empeñada lucha.

Complicaciones europeas llamaron de nuevo á la guerra las armas otomanas. La Hungría, sometida mal de su grado despues de la batalla de Mohazc, en 1526, á la casa de Austria, sacudiendo el yugo austriaco con el auxilio de los turcos y el conde Emerik Tékéli, coronó á éste bajo el protectorado del Sultan, declarándose el nuevo rey su feudatario, y mas aun su vasallo, sin parar mientes en las humillantes frases del decreto imperial para su investidura, en las cuales se consignaba «que todos aquellos que hundian su frente en el polvo del suelo de nuestra Sublime Puerta, gozaban de perfecta seguridad, y no tenian nada que temer de sus enemigos.»

Las reclamaciones de Leopoldo I de Austria no se hicieron esperar mucho tiempo, pero no hallaron eco en el divan; y por el contrario,

aceptando el condicional reto, puesto que no se dieron las explicaciones pedidas, diez mil otomanos, reunidos á las tropas de Tékéli, el rey feudatario de Hungría, entraron vivaqueando por las posesiones húngaras del Austria, aprovechando el nuevo visir, sucesor de Képrili, Kara-Mustafá, la ocasion que se le presentaba, para comenzar la realizacion de su gigantesco pensamiento, que consistia nada menos que en extender la dominacion musulmana á los vastos límites que habia alcanzado en su mayor apogeo la del coloso romano. Creyendo que nada era tan fácil como sojuzgar á la capital de Austria, púsose al frente de poderoso y lucido ejército, en cuyos trajes brillaba el fausto oriental en todo su explendor, y al cual seguia de cerca otro ejército de mujeres, pues los magnates no quisieron dejar de llevar consigo sus haremes, como quienes mas que á los peligros de la guerra, marchaban á una expedicion de placer.

En su imprevisora impaciencia, ó en su jactanciosa confianza, se olvidaron de asegurar la retirada, y, seguros de su triunfo, plantaron los turcos sus tiendas delante de la capital austriaca (1683): durante cuarenta y cinco dias estrecharon fuertemente el asedio, poniendo á los sitiados á punto de rendicion, despues de diez y ocho asaltos y veinte y cuatro combates, en que siempre fueron rechazados los austriacos que intentaban obligar á los otomanos á levantar el cerco; pero bien pronto mudóse la voluble fortuna. El duque de Lorena, Sobieski, y los príncipes electores de Baviera y de Sajonia acudieron en auxilio de los sitiados, y sus fuerzas, combinadas bajo el mando supremo del rey de Polonia, cayeron sobre los turcos, el 12 de Setiembre, con tal bravura y acertada direccion, que, segun la hiperbólica frase de un historiador, al ponerse el sol de tan terrible dia, solo habia enemigos muertos ante los muros de Viena. Al siguiente Sobieski entró en triunfo en la capital, y al enviar al Papa las banderas cogidas al enemigo, parafraseaba con modesta y cristiana grandeza las palabras de César: «Vine, vi, Dios ha vencido.» Despues, y sin adormecerse con la victoria, corrió á perseguir á los fugitivos otomanos, que dejaron en aquella desgraciada huida mas de diez mil hombres, entre los que se contó el ambicioso visir, á quien el sultan, segun costumbre, no pudiendo vengarse en sus

enemigos, mandó estrangular, como ridículo y cruel desahogo de su impotente enojo.

Aquella victoria tenia inmensa importancia para la causa de Occidente, porque, conocidos los ambiciosos proyectos del visir, si hubiera conseguido el triunfo habria continuado sin detenerse en su devastadora marcha; así como vencido, era la ocasion de lanzarse resueltamente contra el invasor islamismo. Conociéndolo Inocencio XI, predicó la décima cuarta cruzada, á la que respondieron Austria, Polonia y Venecia, resolviendo que la accion fuera combinada y simultánea contra el imperio turco, atacándole por la Hungría, el Austria; por la Podolia y la Moldavia, la Polonia; y por la Dalmacia y el Peloponeso, Venecia.

Austria cumplió como buena, apoderándose victoria tras de victoria de Wisegrad, Vaizen y Pesth, y de Vérovig en la Croacia, cuya posesion gozaban los turcos desde mas de tres siglos, deteniéndose solo ante los muros de Buda, donde el pachá Scausch se defendió á la desesperada, no pudiendo resistir sin embargo al segundo sitio que la puso, pasado un año, el mismo duque de Lorena, cayendo en poder de los alemanes casi al mismo tiempo que Neuhausel.

Los venecianos á su vez, mandados por Morosini, entraban en la Dalmacia y batian á los turcos arrojándoles de todas sus plazas fuertes, y reunidos á los toscanos y á los caballeros de Malta, recorrieron el mar Jonio y se apoderaron de sus islas, tan poéticas en sus nombres como en sus recuerdos, quedando en breve la Morea poblada por cristianos, y poniendo digno remate á tantas hazañas Morosini con la destruccion de la flota turca en el Pireo, y la toma de Atenas (1).

La campaña de los polacos no produjo tan brillante resultado, pero en cambio, cuando los otomanos, levantándose en poderosa reaccion, hicieron un esfuerzo supremo para vengar la pérdida de Buda, y se lanzaron, en número de sesenta mil soldados mandados por el pachá Soliman, creyendo exterminar las tropas del duque de Lorena, en la llanura de Mohacz sufrieron una derrota decisiva.

(1) Agradecido el Senado de Venecia á los eminentes servicios de Morosini en esta campaña, mandó colocar su busto en el palacio de los Dux, con esta gloriosa inscripcion: «Á Morosini, el Peloponesíaco, en vida;» por donde el afortunado vencedor de los turcos empezó á gozar de la posteridad antes de morir.

Tantos y tan repetidos desastres llevaron la mas funesta desesperacion al exaltado espíritu de los osmanlis, que, atribuyendo la causa de sus desgracias á la imprevision de sus jefes, se lanzaron á los mas violentos atentados, cayendo la cabeza de los generales bajo el sable, siempre pronto á derramar sangre, de los genízaros, y desposeyendo los ulemas al inútil emperador.

El nuevo sultan Soliman II no puede detener tampoco la marcha de los austriacos, que se apoderaron una tras otra de las importantes plazas de Lippa-Illok, Peterwardein, Erlau y Belgrado; pérdida esta última que llenó de profundo pesar á los otomanos, porque Belgrado era su Dorol-Djiad, ó *casa de la guerra santa*.

La nacion turca marchaba rápidamente á su completo aniquilamiento; pero como la del imperio bizantino, su larga agonía habia de ser la agonía de un coloso, que lucha enérgica y porfiadamente con la muerte. Todavía en el reinado del segundo Soliman su buena suerte le depara á un sucesor de los célebres Képrili, de nombre Mustafá, que comprendiendo era necesario para luchar con fruto entrar en el camino de grandes reformas, empezó por estudiar y corregir las leyes arbitrarias casi siempre de la Hacienda turca, reorganizó las fuerzas del país, y poniéndose al frente del ejército, consiguió repetidas victorias sobre los austriacos, recobrando á Nissa, Widin, Semendria y Belgrado, y rechazando á sus ejércitos hasta mas allá del Danubio, de la Savia y de la Moravia. Tantas ventajas habian de ser sin embargo pasajeras. Ahmed II habia sucedido á su hermano Soliman, y aunque Képrili continuó desempeñando el mismo elevado puesto y la misma suprema influencia que en tiempo de su antecesor, su afortunada estrella caminaba á su ocaso, como la del imperio. La batalla de Peterwardein fué la mas completa derrota para las armas turcas, y Képrili murió en ella combatiendo con un valor heróico, sin que pudiera ser encontrado su cadáver.

Tantos desastres no abatieron el espíritu de los hijos de Osman. Mustafá II, hijo de Mohámed IV, que sucede en el trono á Ahmed, se dirige con enérgica proclama á sus pueblos, llamándoles á la guerra santa, y evocando los recuerdos, siempre conmovedores para sus va-

sallos, del primer Soliman, consigue respondan á su voz, reuniéndose en breve poderosos ejércitos de mar y tierra, que comienzan la gigantesca lucha con buena fortuna: aquellas primeras victorias fueron, sin embargo, solo risueña aurora de tempestuoso dia. Bien pronto Pedro de Rusia, llamado el Grande, se apodera de Azof, en la embocadura del Don, plaza que consideraban los turcos como inexpugnable baluarte contra las invasiones de los Czares; el príncipe Eugenio destroza completamente, en el paso de Zenta, el numeroso ejército otomano, que mandaba en persona el mismo Mustafá, y éste se ve obligado á aceptar una paz vergonzosa, por la mediacion de Inglaterra y Holanda, y con intervencion en el Congreso que la decidió, de Rusia, Polonia y Venecia, paz que puede decirse deshizo el poderoso imperio otomano. Por ella toda la Transilvania y la Hungría, menos la ciudad de Temeswar, pasaron al dominio del Austria; Rusia conservó la plaza de Azof y hasta diez leguas de territorio alrededor; la Ukrania y la Podolia volvieron á formar parte de la Polonia; y Venecia conservó la Morea hasta el istmo, asi como la Dalmacia.

Mustafá, como todos los espíritus débiles, quiso olvidar su vergüenza ahogándola entre placeres, y, retirado en su harem de Andrinópolis, solo despertó de su voluptuoso letargo cuando los gritos de los genízaros le anunciaron que acababa de ser desposeido por los ulemas, sustituyéndole su hermano Ahmed, tercero de este nombre, que solo fué dócil instrumento de los insaciables genízaros. Fieles éstos siempre á sus tradiciones crueles y sanguinarias, asesinaron al jefe de la religion, el Cheikh-ul-Islam, Feizullah, arrojando despues su cadáver á las fieras, y sepultaron en un calabozo á Mustafá, con sus cuatro hijos, donde tardaron bien poco en envenenarle.

Á pesar de que Ahmed III no tenia ninguna de las condiciones necesarias para levantar á Turquía de su postracion, las circunstancias políticas y las combinaciones de los sucesos le favorecieron hasta el punto, de que el poder musulman volvió á causar serias inquietudes á los Estados cristianos de Europa. El desastre de Pultawa habia llevado á Bender en la Besarabia, á Cárlos XII, y Ahmed le concedió la franca y leal hospitalidad musulmana, digna de los mejores tiempos de la Edad

antigua en Oriente. El sultan, al ver en sus estados al rey de Suecia, tratóle como á su elevada condicion cumplia, interesándose en su desgracia, lo mismo que la sultana Validé; y á pesar de que Ahmed, conocia las cualidades de Pedro el Grande, á quien llamaba, como sus soldados, *el del bigote blanco (Ak-Bik)*, al recibir la noticia de que los rusos habian derrotado á los mil hombres que Cárlos XII habia dejado en observacion en las fronteras de la Moldavia y penetrado en territorio turco, declaró la guerra á la Rusia, y en breve un ejército de ochenta mil otomanos y cuarenta mil tártaros, cayendo sobre los rusos, les hicieron retroceder hácia el Pruth, ventaja de que no sacaron los turcos todo el partido que pudieran, pues se contentaron al firmar la paz con la restitucion de Azof, y la completa libertad para que Cárlos XII volviera á sus estados. Con esta victoria, despues de tantos desastres, el antiguo renombre otomano volvió á ser para las potencias occidentales motivo de nuevos temores, hasta el punto de que se celebrasen alianzas entre España, Portugal, Génova y la Toscana, á consecuencia de las cuales buques de estas naciones y de los caballeros de Malta recorrieron en son de guerra el mar del Archipiélago, y rotas las hostilidades, el príncipe Eugenio logró decisiva victoria en Peterwardein, rindiéndose de nuevo Belgrado, así como Témeswar, la última posesion otomana en Hungría.

Las ventajas obtenidas sobre los rusos en el Pruth, fueron fugaz llamarada de luz que se extingue. La paz de Passarowitz firmada á consecuencia de las últimas derrotas, desmembró el imperio, quitándole á Peterwardein, Temeswar, Belgrado, Semendria, y gran parte de la Valaquia y de la Servia, y, si bien conservó la Morea, dejó en manos de los venecianos importantes plazas en la Dalmacia y en las islas Jónicas, y mayor hubiera sido su desgracia, si los meticulosos cálculos del equilibrio europeo no lo hubieran impedido.

Mas prósperos sucesos parecian indemnizar á Ahmed, por la parte de la Persia, de tantas desgracias. Las turbulencias de aquel país diéronle pretexto para enviar á él sus ejércitos, que no tardaron en apoderarse de Erivan, Hamadan, Tebriz y Kermanschahu; victorias que no fueron bastantes á impedir nuevas insurrecciones de los genízaros

en Constantinopla, las cuales no se apaciguaron ni con la muerte del gran visir Ibrahim, ni con la de los grandes dignatarios á quienes designaron los sublevados, pues, como siempre acontece, cada vez mas exigentes á medida que eran mayores las concesiones, no se dieron por satisfechos hasta que desposeyeron al sultan, el cual murió á los pocos años envenenado, despues de pasar el resto de su vida entre las flores, que amaba con locura, hasta el punto de haber creado una dignidad especial para atender al cuidado de los jardines, con el nombre de *jefe de las flores*, expidiéndole pomposo diploma encerrado en un marco de rosas doradas, y escrito en hiperbólico estilo relacionado con las cualidades de aquellos hermosos productos del reino vegetal (1).

El nuevo sultan Mahamud I ejercia su cargo nominalmente, pues el verdadero emperador era el jefe del último complot de los genízaros, Patrona-Khalil, el cual, con todos los suyos, fué á su vez vencido y muerto por los grandes dignatarios de la córte, á cuyo frente se hallaba el jefe militar, Tossab-Osman. Durante el reinado de Mahamud, nuevas guerras dieron ocasion á los turcos de demostrar que no habia muerto en ellos el antiguo valor y hazañoso espíritu; pues en la campaña que emprendió contra el Austria, á consecuencia de haber declarado ésta buena presa la toma de Azof, arrebatada de nuevo por los rusos á los otomanos, consiguió repetidas victorias, terminando á los tres años por el decisivo triunfo de Krozka en Servia, á consecuencia del cual se ajustó la paz de Belgrado (1739) que devolvió, no solo esta plaza, sino la de Azof, y muchas otras plazas fuertes de las provincias danubianas á la Sublime Puerta; éxito debido no solo á las afortunadas armas de los turcos, sino tambien á los trabajos de la diplomacia francesa, lo cual valió á esta nacion gran preponderancia en Turquía, y ventajas positivas para el comercio, así como para la suerte de la Iglesia católica en Oriente. Á esta influencia extranjera y á las

(1) Hállanse en él las siguientes notables palabras: «Ordenamos por este diploma, que todos los floricultores reconozcan como su jefe supremo al portador del presente escrito; que sean todo ojos como el narciso, todo orejas (ú oidos) como la rosa, que no tengan diez lenguas como la flor de lis; que no se conviertan por la aguzada parte de la lengua en la espina del granado, mojándola en la sangre de palabras inconvenientes; que sean modestos, y que tengan, como el boton de la rosa, la boca cerrada, sin hablar fuera de tiempo, como el jacinto azul esparce sus perfumes, antes de desearlo; y que, por último, se inclinen modestamente como la humilde violeta, pues tal es nuestra voluntad imperial.»

buenas disposiciones de Mahamud, debiéronse grandes y trascendentales reformas en Constantinopla, á la cual enriqueció el emperador con bibliotecas, mezquitas y fuentes monumentales, velando tambien por el cumplimiento de los preceptos koránicos y por la moralidad de su pueblo, á cuyo fin prohibió, bajo severísimas penas, el uso del vino, mandando cerrar todas las tabernas y hosterías en que pudieran servirse licores espirituosos. Haciendo extensiva su previsora solicitud á todo cuanto pudiera contribuir á mejorar la condicion de sus vasallos, dictó severas leyes suntuarias contra el excesivo lujo de las mujeres, y hasta sobre las formas de los trajes, para evitar que éstos fueran incentivos para el vicio; el cual procuró reprimir con tal rigor, que una de las mas hermosas cortesanas de Constantinopla fué condenada á muerte por su deshonesta conducta, arrojándola al Bósforo. Los paseos públicos fueron tambien prohibidos á las mujeres, y aun el salir de casa les fué permitido solo dos veces á la semana.

Todo parecia indicar que el imperio turco habia entrado nuevamente en útiles reformas y en camino de verdadero progreso, cuando una nueva guerra de religion volvió á desgarrar el seno del imperio, á consecuencia de las reformas que en la religion muslímica, tal como á la sazon se practicaba, quiso introducir Abdul-Wehab para restituirla á su antigua pureza, reforma que, si bien aceptaron los letrados de Arabia, Egipto y Siria, fué resueltamente condenada por los ulemas de Constantinopla.

Á la muerte de Mahamud, ocurrida poco despues de haber mediado el siglo XVIII, le sucedió en el trono su hermano Osman III, que lo ocupó tres años; tranquilo reinado, sin contratiempos, pero sin gloria, durante el cual, gracias á los esfuerzos de su gran visir Raghib, gozó la Turquía de completa paz, tanto exterior como interior. El mismo personaje continúa ocupando tan alto puesto, cuando á la muerte de Osman sube al trono Mustafá III, hijo de Ahmed III, en 1757; demostrando en breve que si habia sabido con prudente tacto conservar en paz el imperio por tan largo período de tiempo, estaba dotado tambien de la suficiente energía, así para contener el Egipto, que los mamelucos iban emancipando poco á poco del poder del Sultan, como para contener

con mano fuerte á los genízaros, siempre turbulentos. Tan buen guerrero como hábil hacendista, de clara inteligencia cultivada por el estudio, y á la vez dotado de viva y poética imaginacion, parecia destinado por la Providencia á levantar á grande altura el imperio, cuando poco despues de haber terminado con Federico II ofensiva alianza contra el Austria, punto de partida del camino que se proponia recorrer para reconquistar las provincias danubianas, imprevista dolencia cortó sus planes y el hilo de su vida, en los momentos precisamente en que mas necesarios eran sus talentos para la suerte de Turquía.

La guerra entre la Rusia y la Puerta era inminente. Catalina II, la que no sin razon, á pesar de sus grandes extravíos, ha pasado á la posteridad enaltecida con el epíteto de grande, á pretexto de defender la independencia de la Polonia, cubrió con numerosos ejércitos las orillas del Vistula; y poco despues de haber compartido su tálamo y su trono, con su favorito Estanislao Poniatowsky, sublevó á los valacos y los montenegrinos, vasallos de la Puerta, atrincherándose con soberbias fortalezas en las fronteras del imperio otomano. Violados de este modo los tratados por la Rusia, nada de extraño tiene que el Sultan arrojara en los calabozos de las *Siete Torres* al embajador ruso; ni que en breve pusiera en pié de guerra numeroso ejército, comenzando una campaña en que bien claramente se veia la explosion del largo y profundo rencor concentrado durante muchos siglos en el corazon de uno y otro imperio.

El Khan de Crimea, guerrero casi salvaje, pero de una impetuosidad y valor indomables, tártaro de sangre y de costumbres, descendiente de Gengis-Khan, rompió las hostilidades, lanzándose al frente de sus indomables tártaros, con su tosco vestido de pieles, arrancadas á los blancos lobos de la Laponia, sobre las provincias rusas del Dniester y del Dnieper, y en menos de un mes llevó la tea del destructor incendio á más de cien pueblos, redujo á esclavitud á treinta mil cristianos, y Dios sabe á donde hubiera llegado en su impetuosa é irresistible marcha, si los rusos, creyéndose débiles ante su enemigo frente á frente, no hubieran recurrido al cobarde recurso de envenenarle.

Y á la verdad, que muerto el terrible Khan de Crimea, la victoria podia considerarse por los rusos. Atacando á la Turquia á un mismo tiempo por Saliente, Poniente y Norte, bien pronto el príncipe de Gallitzin tomó á Choczin, Romanzoff á Yassy y á Galatz, sometiéndosele todos los Boyardos de la Moldavia; y poco despues caian en poder de los soldados de Catalina ó se entregaban tras inútil resistencia, Bukarest y Slatina. A tantos reveses para las armas turcas, unióse bien pronto la pérdida total de la escuadra, presa de voraz incendio en el mes de Julio de 1770, y la entrada de la flota rusa, al mando del conde Orloff, hasta los mismos Dardanelos, bloqueando á Sestos y Abydos; con lo que, puesta en el último trance la *sublime* Puerta, vióse en la necesidad de buscar su salvacion en un tratado, por la mediacion del Austria.

Eran las principales bases de este arreglo, el pago por el sultan de once millones, doscientos cincuenta mil florines como indemnizacion de guerra; la concesion de privilegios comerciales en los mares de Levante; y la cesion á Rusia de la pequeña Valaquia; obteniendo, en cambio, la devolucion de las últimas conquistas de la Rusia, y la libertad de Polonia, que trataban de dividirse el Austria, la Prusia y la Rusia. Pero mientras tales negociaciones se ajustaban en las cancillerías de Viena y de Constantinopla, Catalina presentaba al rey de Austria otro proyecto de tratado, que recordaba la fábula del Leon. Segun él á la Rusia debian entregarse la Moldavia, la Valaquia y la Crimea, dando al Austria la Bósnia y la Dalmacia, ó lo que es lo mismo, dejar reducido el imperio turco á poco mas de la capital de Constantinopla; y aun la conquista de esta, segun escribia la ambiciosa reina de Rusia á Voltaire, era cuestion de tiempo.

Como no podia menos de suceder, tales *arreglos* no llegaron á realizarse, continuando la guerra, en tanto, por todos los límites del imperio, así en Besarabia, como en Moldavia, Valaquia, Crimea y Bulgaria, y con ella la no interrumpida série de reveses para los turcos. Batidos segunda vez en Giurgewo, (Marzo de 1771) como lo habian sido un año antes; derrotados en Tulja; perdida la Crimea; acobardado el Khan Saïm Ghirai, y refugiado en Constantinopla; sin soldados con

que renovar tan incesantes pérdidas; y exhausto el erario, parecia llegado el último momento de la Turquía, cuando el nuevo visir Muhsinzadé haciendo un supremo esfuerzo, logró reunir cuarenta mil soldados, entrando con ellos en Schumla, en el centro de los Balkanes, tras de lo cual logró un armisticio y que se abriese un congreso para buscar acomodo y fin á tan empeñada contienda: congreso para el que la Rusia rehusó la intervencion de otras potencias y que no dió el resultado que se deseaba, porque el gigante del Norte desvanecido con sus victorias, imponia como condiciones *sine qua non*, la mas ámplia amnistía para las poblaciones de la Moldavia y de la Valaquia, que habian tomado las armas contra la Puerta; la independencia de la Tartaria y la Crimea garantizada por la Rusia, si bien conservando esta en la Crimea las fortalezas de Kertsch y de Yéni-kalé; libertad de navegacion en todos tiempos para los navíos rusos por el mar Negro y el del Archipiélago; y el protectorado de todos los vasallos del imperio otomano que profesasen la religion griega. Tales condiciones, que como ultimatum indiscutible presentaron los diplomáticos rusos, fueron rechazadas por el sultan, á quien obligaron los ulemas á continuar la guerra; en la cual, si obtuvieron los turcos importante victoria en Rurtschuk (Bulgaria), fueron batidos una, y otra, y tercera vez, en Bazardjïk, Kara-Su y Kaïnardjé.

A tantas desgracias uniéronse bien pronto las complicaciones de la guerra civil, bastante ella sola para destruir los mas fuertes imperios. Ali-Bey conmovia el Egipto para restablecer á los mamelucos, y el árabe Tahir á los beduinos de la Siria, para formar en ella un reino independiente; intentos de los que, por el pronto, logró triunfar la Puerta con la comprada muerte de aquellos dos ambiciosos jefes, pudiendo así atender con mas desahogo á la empeñada guerra contra los rusos, que habian atizado aquel naciente incendio, si bien con poca fortuna.

Por este tiempo, murió el sultan, sucediéndole su hermano Abdul-Hamid, mas dado á pacíficos trabajos caligráficos, que á las activas y enérgicas medidas de que su agonizante imperio necesitaba. Así la guerra continuó en las orillas del Danubio, dejándose batir, cada vez

que luchaban, los acobardados turcos, hasta el vergonzoso extremo de pedir los mismos jefes del ejército al sultan, procurase la paz, viéndose obligado en vista de ello, los mismos ulemas á consejarla, y pasando la Puerta por la humillacion de firmar las mismas, sinó mas onerosas condiciones que habia rechazado en Bukarest, pues reconoció la independencia política de la Crimea, de la Besarabia y del Kuban, entregando á la Rusia las plazas de Tangaroc, Azof, Yenikalé y Kertch; reconoció á ésta la libre navegacion en el mar Negro y en el Mediterráneo; accedió á retirar los buques de la escuadra otomana que á la sazon se hallaban en el Archipiélago; dió á los rusos el protectorado exclusivo sobre los vasallos turcos que profesaran la religion griega, y en cambio de tales y tan trascendentales concesiones obtuvo solo la devolucion de la Moldavia y la Valaquia.

Esta paz, firmada en Kaïnardjé el 21 de julio de 1774, léjos de contentar al partido que amaba la integridad del imperio turco, fué solo considerada como un armisticio, preparándose para comenzar de nuevo la guerra. Á este fin reorganizóse el ejército turco, alistóse la escuadra, y avivando en los otomanos el deseo de combatir á su implacable enemigo, nuevas usurpaciones rusas en la Crimea, donde las intrigas y el oro de Catalina habian conseguido que el Khan Saim-Gherai abdicase en su favor, tras de lo cual declaró la Czarina que el Chersoneso taurico, la isla de Taman y el Kuban quedaban reunidos á su imperio, y aumentado éste por lo tanto con los nuevos gobiernos del Cáucaso y la Tauride, si en un principio no creyéndose bastante poderosos para declarar la guerra, se resignaron á sufrir aquellas humillaciones, bien pronto, creyéndose fuertes con el apoyo de Prusia y de Inglaterra, arrojaron la forzada máscara, pretendieron ejercer el derecho de visita en los buques rusos que pasaran por delante del Cuerno de Oro, aprisionaron al embajador ruso, y declaróse la guerra santa en las mezquitas, á la vez contra la Rusia y contra el Austria, auxiliadora de los rusos. Ochenta mil turcos marcharon hácia el Danubio, y la escuadra bloqueó la desembocadura del Dnieper, mientras otro cuerpo de ejército tomaba posiciones en Oczakoff á la orilla derecha del Boristenes. Con buenos auspicios para la Puerta

comenzó la campaña, con tanto entusiasmo y ardimiento abierta por los turcos, obteniendo señaladas victorias sobre los austriacos en Moldavia y en Hungría; pero no lograron sostener tan importantes ventajas, y batidos en Choczyn, obligados á levantar el sitio de Kilbum, y destruida la escuadra en la desembocadura del Boristenes, Oczakoff fué tomada por asalto, y Abdul Hamid solo dejó á su sucesor, Selim III, hijo único de Mustafá, reformas que emprender, un enemigo orgulloso y triunfante que abatir, y desastres que reparar.

Selim tenia veinte y nueve años cuando subió al trono de los Osmanlis, y estaba dotado de grandes condiciones de carácter, fortalecidas por el estudio, y por la influencia de la moderna civilizacion. Señalando su advenimiento al trono con liberalidades y actos de clemencia, rehizo el ejército, y hubiérase puesto á su frente saliendo personalmente á campaña, á habérselo permitido sus ministros, que, comprendiendo cuanto valia el nuevo padischa, temian exponerle á los azares de tan encarnizada guerra. Pero á pesar de los buenos deseos y de los esfuerzos organizadores del Sultan, la suerte no favoreció á sus soldados, que fueron batidos en Fokschan y completamente derrotados en Ramnik, cayendo Ismail, despues de una resistencia heróica, en poder de los enemigos, con lo que la Besarabia, la Valaquia y Belgrado quedaron bajo su dominio. Es tal la influencia de los buenos gobernantes para sus pueblos, que, sin embargo de tales desgracias, Selim consiguió una paz ventajosa del Austria por el tratado de Sistowa (1791), devolviendo esta potencia cuanto habia tomado á la Puerta, excepcion hecha únicamente de Choczym; y si continuó la guerra todavía un año mas con la Rusia, la paz de Yassy devolvió igualmente sus conquistas á Turquía, conservando solo en su poder los moscovitas á Oczakoff y el territorio de Odessa.

Sucesos de muy diversa índole obligaron pronto á Selim á entrar en nuevas campañas, promovidas ahora por enemigos de su misma creencia. El incendio de la revolucion en Siria y en Egipto apénas quedó sofocado con la muerte de sus primeros iniciadores, pero distaba mucho de haberse extinguido; y tal incremento llegó á tomar bajo la

enérgica y poderosa iniciativa de Passwan-Oglu, que vióse precisado el Sultan á reconocer su poder, quedando casi desmembrado del imperio otomano el Egipto, region donde las armas francesas abrieron un nuevo mundo á las ciencias históricas, con el admirable descubrimiento de Champollion (*le Jeune*) á propósito de la célebre piedra de Rosseta, cuya interpretacion hizo la luz en aquella simbólica escritura, que habia tratado de descifrar antes á priori el jesuita Kirker.

Selim tomó parte, aunque pasajera, en la célebre coalicion de la Europa contra la Francia, pero aceptando bien pronto la paz de Bonaparte, volvió á su neutralidad para entregarse á introducir en su imperio las reformas que su clara inteligencia le presentaban como indispensables, si habia de poder la Turquía resistir sin sumergirse el empuje de la oleada innovadora, que la marcha de los siglos empujaban sobre las viejas sociedades. El Sultan empezó sus reformas por la organizacion de un cuerpo de ejército á la europea, dividido en las tres armas de infantería, caballería y artillería, cuerpo preferente en el que hizo entrar á lo mas escogido de sus tropas; pero esta reforma encontró graves resistencias, como acontece siempre en la lucha de las innovaciones llenas de esperanzas, que representan lo porvenir y el progreso humano, con la tradicion, agobiada de desengaños y de obstinados desalientos, que pretende galvanizar sin fruto el cadáver de lo pasado.

Á estas dificultades que estorbaban al Sultan seguir en sus buenos propósitos, agregáronse bien pronto nuevas complicaciones europeas, que, acumuladas á las que tenia que vencer en el interior de su imperio, poníanle en los mayores conflictos, capaces de abatir y anular espíritus menos vigorosos. Inspirados sus consejeros por influencias distintas y opuestas, la de Francia y la de Rusia, no podia encontrar Selim en su divan apoyo seguro para ilustrar su entendimiento en tan difíciles circunstancias; y apremiado á la vez por el czar Alejandro, que, tomando pretexto de la destitucion de los gobernadores de la Moldavia y de la Valaquia, se apoderó de una y de otra restableciendo á los príncipes depuestos; por la Inglaterra, que le exigia entrase en la liga general y le entregase su escuadra; y combatido en el

interior por las sublevaciones de Alí en Janina, de Czerni-Jorge en Servia, de Passwan Oglu en Vidin, de los mamelucos en Egipto, de los siriacos en sus comarcas y de los Wehabis en la Arabia, vióse amenazada por todas partes la existencia del vacilante imperio, cuya capital lo estuvo muy de cerca por la escuadra inglesa, salvándola, no solo la energía del Sultan, sino la oportuna intervencion del embajador francés Sebastiani, que organizó su defensa, haciendo á los buques de la Gran Bretaña cruzar la Propóntide y repasar los Dardanelos, bajo el fuego mortífero de sus castillos.

Pero mas que á los enemigos exteriores, debia temer Selim á los que cerca de sí tenia, en su propia capital, en su mismo palacio, que le aborrecian por reformador; y coaligadas las verdaderas bandas de los antiguos artilleros, compuestas de aventureros sin fe ni ley, con los genízaros, y con esa parte del pueblo que, en todas las épocas y en todas las naciones, se encuentra siempre pronta al desórden y á la licencia, vió degollar sin poder impedirlo, porque difícilmente conocen los buenos la traicion de los que les rodean, á sus queridos *nizams-djérids*, que formaban el escogido cuerpo establecido por él á la europea, para que de allí salieran los que habian de generalizar la reforma por todo el ejército, y hasta los mismos ulemas, arrastrados por la corriente de los descontentos, declaráronse contra el Sultan, desposeyéndole y colocando en su lugar á Mustafá, cuarto de su nombre, el cual, si al principio, y contra la costumbre de los usurpadores, respetó la vida del desposeido padischa, pronto se arrepintió de su clemencia, mandándole estrangular al tener noticia de que una parte del ejército se declaraba en su favor.

No pudo gozar Mustafá, sin embargo, el fruto de su crímen. Aquel ejército, que avanzaba impetuoso á las órdenes de su general Baraiktar, le desposeyó y arrojó del trono, y no pudiendo colocar en él á Selim, pues solo encontraron su cadáver, ciñeron el simbólico turbante de los sultanes á Mahamud II, que participaba de las mismas ideas del infortunado reformador. Baraiktar, informado en ellas, y su mas ardiente partidario, las acometió de frente, como gran Visir de Mahamud, y queriendo vengar el asesinato de Selim, condenó á

muerte á todos los instigadores de la insurreccion que costó la vida al infortunado Selim, condena que alcanzó hasta á veinte mujeres del Serrallo, las cuales encerradas vivas, en sacos, segun la antigua usanza, fueron arrojadas al Bósforo. Restablecidos los nizams-djérids, dirigió bien pronto sus ataques contra los genízaros, que, acostumbrados á ejercer decisiva influencia en los asuntos del imperio, no podian resignarse á la pérdida de su influencia, pero no estando por el momento bien preparado el plan, y dejándose arrastrar mas por la imprevisora impetuosidad que por la prudencia, vióse sitiado en el Serrallo por los mismos á quienes queria destruir, y que pedian con las armas en la mano la deposicion de Mahamud y el restablecimiento de Mustafá. El sitiado Sultan imposibilitó esto último, porque, á manera de providencial expiacion, hizo estrangular á Mustafá, en el mismo sitio donde éste habia hecho morir á Selim; y como al mismo tiempo se dirigiese á los genízaros, declarándoles, para mas fácilmente dominarles, el mejor sosten de su imperio, y éstos comprendiesen que Mahamud, único vástago del poderoso árbol de Osman, era la sola esperanza de la Turquía, pusiéronse á su lado para restablecer el órden; servicio que sin embargo no habia de librarles de su decretado exterminio.

Era imposible gobernar con aquellos inquietos soldados, que, segun la expresion de un escritor turco, se consideraban como los reyes del pais. Cierto era que desde su institucion por el sultan Orkhan, acrecentada por Amurates I y por el primer Bayaceto, aquella *nueva tropa*, que esto quieren decir las palabras turcas *iéni thtcheri*, habia prestado grandes servicios á los sultanes otomanos; pero bien pronto, como los pretorianos de Roma, se hicieron aborrecibles por su insubordinacion, y por los excesos de todas clases á que se entregaban, hasta el punto de ser imposible gobernar con ellos (1). Así fué como

(1) Los genízaros fueron en un principio un cuerpo de infantería, compuestos de jóvenes que de niños se robaban á las familias cristianas, y á los que se les instruia en el islamismo. Este cuerpo de infantería constó en un principio de 6,000 hombres, despues de 10,000, y mas adelante no tuvo ya número fijo, reclutándose entre los mismos turcos. Los grados de sus oficiales se designaban con nombres tomados de los que se daban á los empleados en las cocinas del Serrallo: se reunian al rededor de la caldera donde se guisaba su rancho, y la señal de sus sublevaciones era volcar sus marmitas. Esta tropa escogida, que organizada con regularidad, como decimos en el texto, contribuyó poderosamente al engrandecimiento del imperio

Mahamud, considerándoles como un peligro inminente para la causa del imperio y de la misma religion musulmana, resolvió abiertamente disolverlos, y si fuese necesario, exterminarlos, á cuyo fin reunió á todos los altos dignatarios del imperio, haciéndoles ver la necesidad que tenian todos los verdaderos musulmanes de instruirse en las modernas ciencias militares, para poder combatir á los infieles; manifestacion que fué aceptada con entusiasmo por toda la asamblea, decretándose pocos dias despues la instruccion á la europea del ejército. Los genízaros, refractarios á toda innovacion, porque veian en ellas, su completo aniquilamiento, reuniéronse en número de cerca de 30,000 hombres en la noche del 15 al 16 de Junio de 1826, en la plaza del Et-Méidan ó del hipódromo, y volcando sus marmitas en señal de sublevacion, se entregaron al saqueo y al pillaje durante la noche, llevándolo todo á sangre y fuego. Mahamud ya tenia previsto semejante acontecimiento, y habia reunido desde el dia anterior en los patios y cuarteles del Serrallo un verdadero ejército, que, animado por la vista del estandarte del Profeta, tremolado sobre el trono por el Sultan, y por las peroraciones de ulemas y estudiantes, que, como representantes de la inteligencia, aborrecian á aquellos dignos representantes de la fuerza bruta, se lanzó contra los genízaros, trabándose horrible batalla en el hipódromo, y en las calles de Constantinopla, batalla que terminó con la muerte de todos los genízaros, siendo tantos los cadáveres que cayeron al Bósforo, que sus aguas permanecieron rojas durante tres dias.

Al siguiente de tan tremenda justicia, un decreto del emperador declaró suprimido el cuerpo, y para arrancar de raiz todo lo que con ellos pudiera relacionarse y ser causa de nuevos trastornos, otros decretos ó hatti-schérifs abolieron á los monjes ó dervises bektachis, afiliados á los genízaros, demoliendo sus tékies ó conventos, y decapitando á los mas inquietos, al mismo tiempo que se expulsaban de

turco, llevó á tal grado sus abusos, que segun hemos oido decir en la misma Constantinopla á personas imparciales que los alcanzaron antes del año 26, en que fueron destruidos, nada habia seguro de su rapacidad y de su incontinencia, llegando á tal extremo, que forzaban á las mujeres en público, les arrebataban sus joyas, mataban despiadadamente á los que osaban impedirlo, y hasta llegaba el caso, en los momentos de revueltas, que ellos mismos á cada instante provocaban para mejor entregarse á sus vandálicos instintos, de cortar las orejas y los dedos de donde pendian arracadas ó se ostentaban sortijas, cuya riqueza tentaba sus codiciosos instintos.

la capital mas de 20,000 turcos, por sospechas de ser partidarios de los destruidos genizaros.

«Purgado así el imperio de yerbas salvajes é inútiles, y embellecido con los triunfos de una organizacion nueva,» segun la frase de un escritor otomano, hasta en los signos exteriores quiso demostrar el padischa su completa decision de recibir la cultura europea, apartando de su frente y de sus hombros los antiguos y ostentosos trajes orientales, y adoptando para sí y para todos los funcionarios públicos el traje que hoy vemos usan sus embajadores y diplomáticos, sustituido el antiguo turbante por el *fez* rojo, con larga borla de seda.

Mientras tales acontecimientos tenian lugar en la capital del imperio, veíase éste atacado á la vez en el exterior por los rusos, así en el Danubio como en la Moldavia, en la Valaquia y en Besarabia; siendo derrotado en Battin (Bulgaria) un ejército otomano, y apoderándose los vencedores de Rutschuk, Nicópolis y Turnowo, quedando completamente arrasadas Nicópolis y Silistria. La Servia, aprovechándose de tan favorables circunstancias, se declaró independiente; y aun cuando al firmarse la paz entre Rusia y Turquía, por mediacion de la Francia, paz por la cual solo conservó Rusia de sus conquistas las plazas situadas sobre la orilla izquierda del Danubio, entre Galatz y el Mar Negro, la Servia volvió á la obediencia en virtud de una completa amnistía que le fué ofrecida, como semejante promesa no se le cumpliera, y los pachás turcos tratasen aquel país con una desesperante tiranía, levantóse de nuevo, y aun cuando los nobles propósitos de Czerny-Georgio, no obtuvieron el éxito apetecido, más afortunado Miloch Obrenovitch, consiguió que la Puerta reconociese la independencia de su pátria, estableciendo en ella, como avanzada de las modernas instituciones europeas, una monarquía constitucional, implantada entre dos imperios absolutos.

Pero con la concesion hecha á la Servia no habian de terminar las sublevaciones de pueblos y razas, sujetas solo al poder otomano por la fuerza de las armas; que tal acontece siempre cuando despues de la conquista, la política de los dominadores no tiende á la necesaria uni-

ficacion, borrando con acertadas medidas las huellas de antiguas nacionalidades.

La Albania, insurreccionada contra la Puerta, permaneció en abierta hostilidad durante medio siglo, sostenida por el famoso y romancesco Alí de Tepelen, conocido en historias y novelas por el pachá de Janina. Elevado á tan alto puesto militar desde una guarida de bandidos por las condiciones que le adornaban, recorrió triunfante durante cincuenta años las riberas del Achelous y del Peneo, las orillas del poético lago de Arechusia, el Pindo y el Tempé, y el valle de Dodona, el de las proféticas encinas. Enérgico hasta la inflexibilidad, cruel hasta la barbarie, valiente hasta rayar en lo temerario, apasionado hasta el fanatismo, jugando su poderío por un placer deseado, y su vida por un capricho, era un conjunto de grandes cualidades, que, con otra educacion que la criminal (1) que recibió en su infancia y en su adolescencia, hubiera asombrado al mundo con su grandeza. Mientras vivió, la Albania era de hecho independiente, y hubiera acabado la Puerta por reconocerlo así de una manera oficial, aunque mal de su grado, si la traicion no hubiera vencido, con su imprevisto golpe, al confiado pachá (2).

Menos afortunada fué la Puerta con la Grecia, que recobró su independencia tras una campaña digna de los tiempos heróicos de aquella tierra clásica del arte, guerra en que tanto se distinguió el gran autor de *Childe Harold*.

La Rusia ponia casi al mismo tiempo en nuevos conflictos al imperio otomano. Tenaz en sus constantes aspiraciones á la dominacion del Bósforo y de su codiciada capital, tomó pretexto de verdaderas ó supuestas violaciones del tratado de Bucharest, y de actos violentos llevados á cabo en la Sérvia, la Moldavia y la Valaquia, y declarada nuevamente la guerra, se apodera fácilmente de estos dos últimos principa-

(1) Tenia quince años cuando su madre le hizo formar parte de una cuadrilla de bandoleros, y cuando volvia de sus expediciones sin haber conseguido fruto alguno de sus rapiñas, aquella mujer inverosímil le decia: «Vete á hilar, pues no eres hombre.»

(2) Consérvase su sepulcro en uno de los cementerios exteriores de Constantinopla, aunque no contiene mas que la cabeza. Es notable la inscripcion de su estela funeraria, por la tolerancia que en ella se nota, como si ya vencido y muerto el terrible enemigo, se hubiera querido hacer alarde de consideracion á sus grandes cualidades.

dos; y aunque Silistria y Rutschuk rechazan victoriosamente el asedio que las oprime, Varna cae en poder de los rusos por la traicion de su pachá Jusuf.

Para la nueva campaña del siguiente año (1829) el emperador Nicolás organizó un ejército de ciento sesenta mil hombres, á cuyo frente puso al conde Diebitsch, poderoso adversario, con el que en vano trataba de rivalizar el pachá Reschid, que mandaba el ejército turco; y así fué como, despues de una sangrienta victoria en Kulektscha (Bulgaria), valiéndose de militar estratagema pasó los Balkanes, presentándose cuando menos lo esperaban delante de Andrinópolis. Desprevenida ó acobardada, esta ciudad abrió sus puertas al vencedor.

Con tan completo éxito, parecia natural que el emperador moscovita se hubiera dirigido sobre Constantinopla, pero temió escitar justa emulacion y temores en otras potencias poderosas, que no hubieran podido mirar con indiferencia aquel engrandecimiento del coloso del Norte, y obtuvo pocas ventajas de su triunfo, contentándose con la gloria alcanzada, y con el alarde de su poder; con el distrito donde se encuentra en Asia la fortaleza de Akulziké; con la libertad de navegacion por el Bósforo y los Dardanelos para los buques con bandera rusa; y con el privilegio para los rusos de no ser juzgados en Turquía mas que por sus cónsules ó embajadores; continuando por la parte de Europa siendo el Pruth el lugar donde partian límites ambos imperios. La Moldavia, la Valaquia y la Servia conservaron sus derechos bajo el protectorado de la Rusia, y la Puerta se obligó á pagar una fuerte indemnizacion al gobierno y á los súbditos rusos que habian sufrido por razon de la guerra.

Pero con esta paz, firmada en el otoño de 1829, no habian de terminar las guerras á que parece condenado el imperio turco. Mehemet Alí, el insurreccionado pachá de Egipto, y su hijo Ibrahim, ponen en grave riesgo la vida del imperio, obteniendo repetidas victorias hasta el punto de amenazar á Constantinopla, y de obligar á la Puerta á pedir socorro á sus eternos contrarios los moscovitas; socorro que hizo detenerse en su marcha triunfante á Ibrahim, sin atreverse á luchar contra la escuadra y el ejército ruso que el Czar habia enviado en

apoyo de su antiguo enemigo, y que firmase el convenio de Kutayeh, contentándose Mehemet Alí con el pachaliato de Adana y el gobierno de la Siria. La Puerta, agradecida, pagó su proteccion á la Rusia, con el tratado de Hunkiar Kilessi, por el cual, si la poderosa potencia del Norte se obligaba á defender á Turquía contra todos sus enemigos interiores, la Turquía en cambio se comprometia á cerrar los Dardanelos á la marina de guerra de las demás naciones, con arreglo á las cláusulas estipuladas en el tratado.

Las reformas en tanto continuaban abriéndose paso á pesar del fanatismo musulman, tan apegado á la tradicion, pues ya en el año 1829 fundábanse periódicos en Constantinopla, y en los subsiguientes hasta el de 1835 adoptábanse medidas sanitarias, entre ellas las previsoras cuarentenas; edificábanse lazaretos que impidiesen la propagacion de las enfermedades epidémicas tan comunes en Oriente, por causas de que tambien habremos de ocuparnos en lugar oportuno; creábase una escuela militar y otra de medicina; y establecíanse embajadas permanentes en las capitales de las demás potencias.

Los acontecimientos que desde esta época se han ido sucediendo en aquel imperio, han acaecido en nuestros dias, por lo que no haremos mas que recordar, la sumision, en 1837, de la regencia de Trípoli y de los Kurdos; la nueva rebelion de Mehemet Alí; las victorias de Ibrahim su hijo, principalmente en Nézib; las operaciones militares de los ingleses en Siria, y el bombardeo de Beyrut, que, provocando una guerra general inminente, dió por resultado los tratados de los meses de julio de 1840 y 1841, en virtud de los cuales se concedió á Mehemet Alí y sus sucesores el vireinato de Egipto, aunque bajo la soberanía de la Puerta; el tratado de Balta Liman entre la Rusia y la Turquía, sin embargo de lo cual la agresion de la primera dió orígen á la célebre guerra de Oriente (1853 á 1856), en que tan activa parte tomaron apoyando á la Turquía, Francia, Inglaterra y Cerdeña; el célebre tratado de Paris, que la puso término, despues de la destruccion de la escuadra turca en Sinope, y del sitio y toma de Sebastopol; el *haitti-humaïon* de 1856 en favor de los cristianos; el convenio del año 1858 regularizando la situacion de los Principados unidos de la



Acevedo cromo-litº

Lit. de J. M. Mateu Calle de Recoletos 4.

BAZAR DE LAS SEDAS EN CONSTANTINOPLA.

Moldo-Valaquia; la muerte de Abdul Medjid y el advenimiento de su hermano Abdul-Aziz; y las últimas y rápidas sucesiones de sultanes y la reciente guerra turco-rusa, cuyos resultados distan todavía mucho de satisfacer á la política europea.

Tal es á grandes rasgos el cuadro histórico que Constantinopla ofrece al viajero, que, no contento con satisfacer la curiosidad presente, vuelve la vista á lo pasado, para encontrar en la comparacion de uno y otro útiles enseñanzas para lo porvenir.

III

«Cuando se oye hablar de una nacion, de un imperio, de un Estado inmenso, que cubre »con su nombre las dos porciones mas hermosas de Europa y de Asia, y que abraza mas »de la mitad del litoral del Mediterráneo, estas palabras de nacion y de imperio, nos dan »naturalmente la idea de alguna cosa análoga á lo que definen entre nosotros. Os repre- »sentais en seguida una pátria, familias, propiedad, tierra cultivada y embellecida por la »mano del hombre, moradas permanentes donde la familia se multiplica y sucede á la fa- »milia, una consanguineidad del hombre y de la tierra, si me es lícito valerme de esta »expresion, y de aquí el sentimiento de la propiedad, segunda naturaleza del hombre so- »cial, de donde viene ese otro sentimiento de propiedad colectiva, que llamamos patrio- »tismo. ¡Error! nada de esto existe. Algunas hordas superpuestas á la tierra, sin »echar jamás raices como en nuestras poblaciones de Occidente; pueblos de nombres, de »orígen, de religion, de costumbres diversas, arrojados los unos en los desiertos de la »Arabia ó del Egipto, los otros en las cimas inaccesibles del Líbano ó del Taurus; estos, »fundando en las soledades de la Siria interior, Alepo ó Damasco, las dos grandes *cara- »vanserails* en los límites del desierto de Bagdad para las caravanas de la India; aquellos »en los fértiles valles de la Macedonia y de la Tracia; griegos, árabes, armenios, búlgaros, »judíos, maronitas, drusos, mutualis, servios, viviendo aquí y allá, donde el viento de la »fortuna los ha colocado, sin pensamiento, sin afecciones, sin costumbres, sin leyes, sin »religion, sin pátria comun, hoy sometidos, mañana rebelados; pachás que Constantinopla »va enviando para imponer ó ejecutar suplicios, sin otra mision que la de arrancar á aquellas »poblaciones los precarios recursos que su trabajo caprichoso ha podido reunir, y para ha- »cer el vacío á su alrededor; bandas indisciplinadas atravesando con el nombre de ejército, »provincias, cuyos habitantes huyen á su aproximacion; poblaciones errantes, hoy aquí, »mañana allá, para que la tiranía no sepa dónde encontrarlas; llanuras sin arados, mares »sin navíos, rios sin puentes, tierras sin poseedores, aldeas hechas con adobes y ramas, »una capital de madera, ruinas y desolacion por todas partes, ved aquí el imperio otomano.

»En medio de esta ruina, de esta desolacion, que hace y deshace sin cesar, algunos millares de turcos por provincias, concentrados en las ciudades, ensimismados, sin valor, sin »trabajar nunca, viviendo miserablemente de expoliaciones legales sobre el trabajo de las »razas cristianas y laboriosas, hé aquí los habitantes, hé aquí los señores de aquel imperio. »Y aquel imperio, vale él solo tanto como la Europa entera: su cielo es mas hermoso; su »tierra mas fértil; sus puertos mayores y mas seguros; sus producciones mas variadas y »mas preciosas, y contiene una superficie de 60,000 leguas cuadradas.

»¿Quereis conocer su situacion militar y política? Héla aquí: la Valaquia y la Moldavia »no reconocen mas que la soberanía nominal de la Puerta, y son en realidad casi independientes, á la sombra de las garantías de Rusia. La Servia, que forma por lo menos la »tercera parte de la Turquía europea, á cada instante sublevada y enteramente cristiana, »ha consagrado definitivamente su separacion y su independencia durante el mando del »príncipe Miloch, hábil y valeroso patriota digno de emancipar y de civilizar á un pueblo. »Los búlgaros, que cubren los dos flancos de los Balkanes con sus vastas y numerosas »poblaciones y que se extienden hasta las cercanías de Andrinópolis, nacion numerosa, »proba, trabajadora, admitiendo pocos turcos en su seno, y aspirando á rechazarles por »completo. Las montañas de la Macedonia están pobladas de razas griegas y albanesas, »que la mayor parte son cristianas tambien, y que se sublevan á cada ocasion favorable »para conquistar la borrascosa libertad de que la Morea les ofrece constante ejemplo. La »Morea y el Negroponto están ya completamente emancipadas bajo la tutela de las potencias europeas. Las llanuras desde Andrinópolis á Constantinopla completamente despobladas; solo se encuentran á distancia de una jornada de marcha algunos khanes desiertos, »ó algunas aldeas en ruinas habitadas por turcos y griegos, de los cuales solo estos cultivan pobres campos, que se les conceden al rededor de sus arruinadas viviendas.

»En cuanto á las islas del Archipiélago, los ingleses poseen las siete islas jónicas; los »griegos han comprendido en su independencia todas aquellas que miran á su costa. Las »dos mas bellas, Candia y Chipre-Candia, pertenecen al pachá de Egipto; Chipre es todavía de los turcos, pero esta posesion de 80 leguas de largo por 20 y 25 de ancho, toda »cultivada, toda fértil en producciones de los trópicos, mantiene solo á una poblacion de »25 á 30,000 griegos chipriotas gobernados por algunos centenares de turcos. Sublevaciones repetidas estallan allí frecuentemente, y solo les impide proclamar su independencia, la falta de garantía para conservarla.

»Rodas está en el mismo caso. Stanchio, Mitilene, Chio, todos pueblos de griegos, no »han entrado sino murmurando y condicionalmente bajo la sumision de la Puerta. Samos »resiste todavía sola á las armadas del gran Señor.

»La principal parte del Asia menor, en que solo están habitadas las riberas, aquella inmensa Caramania que encerraba otras veces muchos reinos, no encierra hoy mas que

»desiertos. Allí, sin embargo, es donde la poblacion mahometana se encuentra todavía en »grandes masas. Pero si se exceptúa á Brusa, Smirna, Konya y Kutaya, cuatro grandes »ciudades en que la poblacion turca domina, el resto está en poder de los turco-manos, »raza salvaje y errante que cubre los flancos del monte Taurus, y que se refugia en ellos »contra las tiranías de los pachás, descendiendo para conducir sus hordas por las llanuras »ó desolarlas si se las disputan. Tendreis una idea de la fuerza del lazo nacional que une »aquellos paises y aquellas ciudades á la capital, cuando sepais que, en la última guerra, »dos oficiales, enviados desde una distancia de 50 leguas á Smirna por Ibrahim pachá, hi»cieron reconocer su autoridad á esta ciudad de 100,000 almas, y que todas las poblaciones »de la Caramania no les opusieron un solo soldado. La Siria, áquel jardin del mundo, es »todavía la mas bella y mas fértil comarca de Oriente. Los árabes errantes, los árabes »cultivadores, los drusos, los mitualis, los maronitas, los musulmanes y los griegos sirios, »se la dividen; los turcos constituyen apenas la vigésima parte de la poblacion. Las ciu»dades del litoral, Alexandreta, Latakia, Trípoli, Beyruth, Saïde, Jafa y Gaza, cuentan »con gran número de cristianos.

»El Líbano casi completamente está en poder de los maronitas, nacion árabe y católica »de dos millones de hombres, que ha conquistado, por su valor y sus virtudes, una inde»pendencia de hecho, que posee y que cultiva, que ama el comercio y la civilizacion, y que »será el gérmen de una raza de hombres dominadora en aquella parte del mundo. Reco»noce la autoridad del gran emir de los drusos, el emir Beschir, anciano político y guer»rero, que los turcos y los egipcios han contemplado igualmente, que puede con una »simple órden levantar hasta 40,000 combatientes, que hace temblar á Alepo, Damasco, »Jerusalen y las costas, volviendo en seguida á su palacio de Ptédin, ó de Dahel-el-Kamar »en el corazon de sus dominios, inaccesible fortaleza de cien leguas de circuito. No obedece »á los turcos, mas que como los poderosos súbditos de la Edad Media obedecian á su sobe»rano. Damasco se eleva vasta y aislada en medio del desierto. Su poblacion es turca, »pero encierra treinta mil armenios cristianos y muchos judíos. El resto del territorio está »saqueado mas que poseido por tribus árabes, familias independientes de la gran familia mu»sulmana que pasan á medida de su rapacidad ó de su capricho, de una dominacion á otra.

»Jerusalen se levanta en los confines de la Siria, entre la Arabia Petrea y los desiertos »del Egipto, ciudad neutra, pobre, impotente, acostumbrada á todos los yugos, centro co»mun de todas las creencias cristianas y ciudad santa tambien para los musulmanes, que »han levantado la mezquita de Osman sobre los cimientos del templo de Salomon. Despues »viene el Egipto; allí se desenvuelve en estos momentos una de las escenas mas maravi»llosas de los dramas fugitivos de Oriente. Conoceis la rebelion de Mehemet Alí, y la glo»ria de su hijo Ibrahim, grandes hombres uno y otro, el padre por la política y el hijo por »la espada. Yo he asistido á sus triunfos; yo le he visto derribar, al empuje de sus solda-

»dos, las murallas de Jafa, que Napoleon mismo no habia podido quebrantar, atravesar »conquistando la Siria entera, someter á Damasco y Alepo, dispersar dos veces á fuerza de »audacia los dos últimos ejércitos del Sultan, cautivar al gran visir y solo detenerse á al- »gunas leguas de Constantinopla, ante una carta de un embajador europeo. Hubiera en- »trado sin obstáculo, hubiera triunfado en la capital misma del imperio, hubiera fundado »una dinastía nueva aunque reprobada por las leyes y las costumbres, todo el Oriente se »humillaba ante él como ante Alejandro, pero una palabra del Occidente le detiene, retro- »cede, y deja sin terminar su obra de poder y de gloria.

»Este hecho solo basta para mostrarnos el imperio de la civilizacion sobre la barbarie: »la barbarie misma triunfante tiene la conciencia de su debilidad; lo cual os dice cuanto »pudiera hacer la Europa si tuviese la inteligencia y el sentimiento de su mision. Ibrahim »no civiliza; conquista y alcanza victorias; somete á su genio y á su audacia poblaciones »acobardadas, á las cuales el nombre de su opresor importa poco. No se ocupa mas que »de soldados; no tiene administracion mas que para su ejército: todo queda en Egipto y en »Siria bajo el mismo pié de barbarie que antes de su llegada: es un meteoro que brilla y »que pasa, que destruye y no edifica, y que al morir no dejará tras de sí mas que el ruido »y el resplandor deslumbrante de un meteoro. Estas conquistas os esplican las de Alejan- »dro: en las comarcas donde no hay nacionalidad, ni propiedad, ni patria, el conquistador »no encuentra mas que esclavos, y la victoria es siempre aceptada.

»Por este cuadro rápidamente bosquejado veis que el imperio otomano no es un imperio, »sino una aglomeracion informe de razas diversas, sin cohesion entre sí, sin interés, sin »idioma, sin religion, sin costumbres uniformes y sin unidad ni fijeza de porvenir. Allí no »hallareis otra cosa que una vasta anarquía constituida; en los fenómenos políticos no se ha »visto jamás otro ejemplo. El soplo de vida que la animaba, el fanatismo religioso, está »extinguido; su funesta y ciega administracion ha devorado la raza misma de los vencedo- »res, y la Turquía perece falta de turcos.

»En el centro de aquella vasta anarquía, la capital del islamismo se eleva, un pié sóbre »la Europa y el otro sobre Asia. El sultan Mahmud, príncipe elevado por la desgracia, »príncipe que siente la decadencia del imperio y que no la puede contener, parece haber »desesperado de su trono y de su pueblo, y pide un resto de reino, una apariencia de forma »y de imperio á la potente Rusia, que en vano ha pretendido combatir. La Rusia sola ha »impedido la ruina de aquel trono; el desmembramiento definitivo de aquella sombra de »soberanía. Algunos dias mas, y el sultan no existiría, y Constantinopla hubiera visto »entrar á los árabes. Que la Rusia retire su mano interesada pero protectora; y el imperio »se derrumba todavía. Y á pesar de esta proteccion humillante de su enemigo, la Puerta »tiembla, y el sultan no duerme sueño tranquilo. Ha sido grande solo un día. El día en »que destruyó á fuerza de disimulo, de valor personal y de audacia de espíritu, el imperio

»hereditario de los genízaros. Pero hay estados en que el principio vital está en sus mis»mos vicios, y en que una reforma mata en lugar de regenerar. Tal ha sido el imperio »otomano. El espíritu militar, que no era mas que el fanatismo popular, ha desaparecido »con los genízaros. No hay ejército, las costumbres nacionales rehusan plegarse á refor»mas débil y ciegamente sostenidas. Ya no hay espíritu otomano.»

»Y entretanto, señores, ¿qué hará la Europa? Si comprende que esta última sombra de »soberanía se desvanece, ¿permanecerá eternamente armada frente á frente de ella, espec»tadora de las últimas y lentas convulsiones del imperio de Oriente, ó se hará la guerra á »sí misma para impedir que las desmembraciones de aquel imperio no pertenezcan á una »ó á otra de las potencias que la componen? ¿Se impedirá para siempre á fuerza de ejérci»tos y de tesoros llenar el vacío espantoso que una revolucion probable prepara en Orien»te, y se condenará á aquella hermosa parte de la Europa y del Asia, á una viudez, á una »esterilidad, á un desierto eterno? No, esto sería más bárbaro que la barbarie misma, y »no sería posible. La Rusia, señora del mar Negro y de los puertos del Bósforo, centinela »avanzado sobre los límites del Oriente, favorecida por los vientos del Norte, que reinan »nueve meses de los doce del año en aquel mar, llegará siempre la primera á las orillas »donde su destino ó su ambicion la llamen; y teniendo por otra parte la simpatía de reli»gion entre la inmensa poblacion griega de aquella parte del mundo, llevará siempre »al espíritu nacional un elemento de triunfo que no podemos combatir. ¿Qué hacer pues? »Helo aquí.»

»Lo porvenir está siempre escrito en lo pasado con caracteres que no comprendemos, »pero que se explican y se revelan con los acontecimientos y los tiempos. La Europa hará »lo que ya se ha hecho, y lo que habia realizado con otro espíritu de conquista aquel im»perio romano á quien hoy reemplaza. Ella rehará el *orbis romanus;* aquel mundo ro»mano de que encuentran las huellas en todas las ruinas de aquellas ciudades romanas que »se elevaban otras veces en todas las riberas del Asia menor. Formará de nuevo aquel »mundo antiguo, aquella dominacion universal, no por la fuerza de las armas y por una »ambicion de gloria estéril, sinó por el solo y natural predominio de sus luces y por un »espíritu de generosidad y de filantropía. Y lo hará sin obstáculo, sin lucha, sin derramar »una gota de sangre humana, tenida en muy diversa estima que en la antigüedad pagana. »Pero ¿cómo hacerlo? Fijando y promulgando su voluntad soberana.»

»Señores, el estampido del cañon de Navarino, ha tenido largo eco en Oriente. Ni aún »en sueños los grandes opresores de aquella parte del mundo han llegado hasta querer »luchar con Europa. Habeis visto al mismo conquistador en toda la embriaguez de sus »victorias, á Ibrahim, detenerse y volver á sus desiertos, á la simple notificacion de las »potencias llevada por un tártaro á su campamento de Koniah. Esto os dice lo que suce»dería cuando la Europa levantase su voz poderosa y unánime. Y por otra parte, no lo

»dudeis. Una inmensa simpatía os llama; las poblaciones cristianas os tienden de antemano »sus brazos; hasta el Islamismo espera y se resigna, y el fatalismo ahora habla como la »razon, con el sentimiento de lo que debe ser.»

»He aquí, señores, lo que los poderes de la Europa me parecen llamados á realizar más »ó ménos tarde, hé aquí la idea que yo traigo de los sitios mismos donde está en todos los »espíritus, en los instintos de todos los pueblos, y de la que querría haceros partícipes á »vosotros que componeis el gran consejo de la Francia y el foco principal de los pensa- »mientos políticos de Europa.»

»Si el imperio otomano sucumbe bajo su propia impotencia de vida, los Estados europeos »abrirán un Congreso, y la Francia unida á sus aliados, debiera establecer en principio:»

»1.° Que ninguna potencia aislada podrá intervenir en los acontecimientos de Oriente, que »seguirán á la caida del imperio.»

»2.° Que un protectorado general y colectivo del Occidente sobre el Oriente, será admi- »tido como base de un nuevo sistema político europeo.»

»3.° Que las primeras condiciones de este nuevo derecho público serán, la inviolabilidad »de las religiones, de las costumbres, y de los derechos de las soberanías parciales esta- »blecidas, preexistentes en aquellas comarcas. La fuerza jamás debe obrar sobre las reli- »giones, que solo á las conciencias y á las luces toca modificar y esclarecer.»

»4.° Para regularizar este protectorado general y colectivo, la Turquía europea y la »Turquía asiática, así como los mares, las islas y los puertos que de ellas dependen, serán »distribuidas en protectorados parciales ó en provincias, parecidas á aquellas provincias »de Africa y de Asia, donde los romanos enviaban sus poblaciones y sus colonias, y estos »protectorados corresponderán, segun las convenciones subsiguientes, á las diferentes po- »tencias europeas.»

»5.° En caso de guerra entre las potencias de Europa protectoras de estas provincias, »los protectorados de Oriente permanecerán en completa neutralidad.»

»Bajo estas bases preliminares se establecería un vasto sistema de pacífica dominacion, »que repoblaria, que civilizaría una parte del globo, y fundiría con ayuda del tiempo en »una comunidad de parentesco, de razas, religiones, costumbres, industrias é intereses la »Europa y el Asia.»

»No me detendré sobre la division territorial, y la mayor ó menor extension de los »protectorados correspondientes á cada Nacion. Esto sería la obra del Congreso, de la »combinacion discutida de los diversos intereses y conveniencias.»

»Hay dos derechos, que los siglos han visto á su vez prevalecer sobre la tierra. El de- »recho de la fuerza ó de la conquista, derecho feroz y bárbaro, que jamás invocaré, dere- »cho brutal contra el cual se funden y se desenvuelven todas las civilizaciones; y otro no »menos dominador, no menos infalible, pero más moral y más divino, que es el que yo

»invoco, el que el mundo reconoce, el que os hará triunfar sin combate y sin obstáculo, el »derecho de la civilizacion.»

»Yo no os diré, por esto derribad el imperio otomano. Abrid plaza á la civilizacion por »medio del sable. Violentad los derechos establecidos, las nacionalidades, las costumbres, »las leyes, las religiones atrasadas. Dios no lo quiera. Tengo demasiada fé en la providen»cia; respeto demasiado el destino; sé bien como el hombre acostumbra á considerar su »débil razon como la razon suprema de las cosas. Pero, si os diré: «Atended, preparaos, »meditad, aconsejaos y dejad que se abra paso una idea fecunda, una idea civilizadora, »que encontrará tarde ó temprano su hora oportuna. Fundad la santa alianza de la civi»lizacion.»

Asi hablaba en la Cámara de Diputados de la nacion francesa en la sesion del 8 de Enero de 1834 el gran poeta y hombre político Mr. de Lamartine, á propósito de la cuestion de Oriente, que entonces como ahora preocupaba el espíritu de todos los hombres pensadores; y hemos querido transcribir sus palabras, tanto por no ser muy generalmente conocidas, como porque ellas condensan un gran pensamiento, y porque pintando con calientes colores el cuadro que ofrecia el vasto imperio turco hace cuarenta y cinco años, al pasar ahora nosotros á describir, aunque no con las vigorosas pinceladas del poeta y del político, sino con la calma del viajero observador, el estado actual de aquel imperio, podrán apreciarse los adelantos que han ido haciendo las pacíficas conquistas de la inteligencia, aun sin haberse realizado la atrevida idea de Lamartine, lo cual prueba, cuan fecunda seria esta en resultados si el coloso llegara á perder la forzada union de las partes que le componen, y qué inmensos horizontes pudieron abrirse á las ambiciones rivales de Occidente, á la vida, al comercio, á la industria, á la impaciente actividad de las poblaciones modernas.

Es una gran verdad la que en aquella misma sesion indicaba tambien el pensador poeta. En medio de los progresos maravillosos que por todas partes nos rodean, la sociedad gime y se agita con inquietud incesante. Le falta alguna cosa, que pide ciegamente á la política, á la guerra, al trabajo, y que no es fácil darle sin recurrir á medios que se aparten de la rutinaria marcha que seguimos. Su civilizacion creciente,

sus luces cada vez en aumento, su instruccion, descendiendo hasta las mas desgraciadas clases sociales, le han creado necesidades nuevas, necesidades imperiosas, que en el estado presente no puede satisfacer. Le hacen falta dos cosas. En el sentido del espíritu, moral y religiosidad, sin cuya base nada durable puede edificar el hombre. En el sentido de progreso humano, una esfera de accion mas amplia y mas en armonía con las fuerzas y con las ambiciones que la instruccion desenvuelve, y desenvolverá mas cada dia; un alimento proporcionado á su infatigable actividad, á su sed de trabajo y de riqueza.

«Si Roma no hubiera poseido el mundo, sino hubiera esparcido incesantemente sobre el »universo romano, como una colmena demasiado poblada, su sobrante de fuerza, de vida y »de accion; sino hubiera tenido provincias que dar á gobernar á sus demagogos, tierras que »dividir á sus veteranos, ¿no hubiera perecido cien veces destrozada por sus propias manos, »ahogada por su mismo exceso de vitalidad y de energía? Bien lo comprendia así, y por eso »fué su instinto la conquista.»

«La Europa moderna, es lo que era Roma; pero su instinto es el trabajo y la civiliza»cion; instinto sublime, tan superior al de Roma, como nuestra moral de religion y de »caridad es superior á la esclavitud, derecho público de la barbarie. Que la Europa se »conozca; que colonice el Ásia y el Africa, que se extienda, que se extienda sobre aque»llas orillas desiertas con la exhuberancia de su actividad, con sus nobles pasiones, con »su civilizacion y su religion progresivas; que se desborde sobre aquellas regiones de»siertas, que una política celosa y suicida queria cerrarle para siempre.»

Despues de estos elocuentes razonamientos, el cuadro que pasamos á presentar á nuestros lectores del estado de Turquia en la época de nuestro viaje, demostrará como han variado, las condiciones de aquel imperio, sino en toda la amplitud, que la causa de la humanidad y de la civilizacion reclaman, á lo menos en el pensamiento de algunos jefes de aquel pais, introduciendo reformas, que si bien rechazadas por la inercia y el abandono propio de aquellas razas tan muelles y soñadoras, como poco prácticas en la esfera de accion de nuestra vida, se van abriendo paso, á la manera que el grano arrojado á la tierra rompe con tierno pero poderoso tallo la dura corteza que le cubre, para convertirse á la luz del sol en dorada espiga de ópimo y sazonado fruto.



Lit de J. M. Mateu Cll.e de Recoletos 4

J. Acevedo cromolit.

CABALLOS DE ALQUILER EN LAS CALLES DE CONSTANTINOPLA.

«Sabido es que en los primeros tiempos de la monarquia otomana, »los preceptos gloriosos del Koran y las leyes del imperio eran reglas »siempre veneradas. Asi el imperio crecia en fuerza y en grandeza, y »todos los súbditos sin escepcion habian conseguido en el mas alto »grado la ventura y la prosperidad. Hace ciento cincuenta años, una »sucesion de accidentes y de causas diversas han hecho que se olvide »aquella conformidad de la vida con las prescripciones del código sa- »grado, de las leyes y de los reglamentos que de uno y otro emanan, »y la fuerza y la prosperidad anteriores se han convertido en debili- »dad y empobrecimiento. Y es que un imperio pierde toda su estabi- »lidad, cuando deja de observar sus leyes. Estas consideraciones están »siempre presentes á nuestro espíritu, y desde el dia de nuestro ad- »venimiento al trono, el pensamiento del bien público, de mejorar el »estado de las provincias y del alivio de nuestros pueblos, no ha ce- »sado de ocuparnos exclusivamente. Si se considera la posicion geo- »gráfica de las provincias otomanas, la fertilidad del suelo, la aptitud »y la inteligencia de sus habitantes, nos convenceremos de que apli- »cándose á encontrar los medios eficaces, el resultado, que con el »apoyo de Dios esperamos obtener, podrá alcanzarse dentro de algu- »nos años. Asi pues, llenos de confianza en los auxilios del Altísimo, »apoyados por la intercesion de nuestro Profeta, juzgamos conveniente »buscar con instituciones nuevas, los medios de procurar á las pro- »vincias que componen el imperio otomano, los beneficios de una »buena administracion.»

De este modo razonaba el sultan Abdul-Medjid en el preámbulo del *hatti-chérif*, que establecia las bases de una reforma radical en el imperio turco, el 3 de Noviembre de 1839, fecha con razon tenida por la mas gloriosa de la historia moral de aquel pueblo; y en cuyo dia con toda solemnidad, en presencia del sultan que lo habia inspirado, reali- zando pensamientos ya presentidos por Mahamud, ante toda la corte compuesta de los ulemas, de los cheikhs, de los imanes, de los khatibes, de los embajadores, de los cónsules, de los patriarcas, de los rabinos y de todas las demás personas de alta importancia del imperio, en el pala- cio conocido con el poético nombre de, *Casa de las rosas*, Reschid

Pachá, ministro de Negocios Extranjeros, leyó en alta voz despues del preámbulo transcrito, las nuevas disposiciones, que emanadas de la voluntad soberana del emperador, introducian radicales reformas para poner en armonia su imperio con las demás naciones de Europa. Parecia que las palabras del gran poeta francés pronunciadas en el Parlamento de Paris cuatro años antes, habian despertado levantados pensamientos en el jefe de aquel pueblo poco previsor, que veia tan de cerca su próxima ruina, y á los estados de Europa próximos á caer sobre él para repartirse sus despojos.

Y hay en las reformas de Turquia iniciadas por Mahmud II y realizadas por Abdul-Medjid, en aquel *hatti-chérif*, que contiene en gérmen el *tanzimat* ó nueva organizacion del imperio, un fenómeno extraño para los que estamos acostumbrados á ver las revoluciones de las naciones europeas. En estas, las revoluciones parten del pueblo para imponerse á los poderes gubernamentales; en Turquia, la revolucion arranca del trono, para abrirse paso dificilmente por entre el pueblo.

La reforma en Turquia, como ha dicho con gran acierto un escritor contemporáneo, es el resultado del estudio y de la razon en el pensamiento de su soberano. No ha tenido alli el poder que defenderse contra las impaciencias de un pueblo que siente sus males, se irrita contra ellos y busca su remedio, sin saber antes si el remedio está en mano de los que le gobiernan ó en él mismo, y que producen concesiones, la mayor parte de las veces sin bastante meditacion, arrancadas por la violencia, dictadas por el miedo, y sorprendidas por la astucia. En Turquia el soberano es el liberal, y el pueblo el reaccionario.

Y alli, esto que para nosotros es un verdadero fenómeno, tiene clara y natural razon de ser, porque arranca de la organizacion, de la vida tradicional del imperio turco. El poder legislativo tal como le comprendemos en Europa, no existe alli. El Sultan es el único depositario de la ley, su representante y su intérprete, siempre que haya necesidad de traducirla en realidad de gobierno. De aquí la posibilidad de alterar y modificar la ley siempre que no se altere su espiritu, y la facilidad de regularizar las revoluciones y de prevenirlas, si el jefe del Estado tiene prudencia y prevision para ello. Asi, ni aun el partido progre-

sivo de Turquía, inspirado en los modernos adelantos políticos de Europa, vió en las reformas de Abdul-Medjid innovaciones radicales de los antiguos principios, sino una reforma basada en las antiguas instituciones de la monarquía, y una reorganizacion en armonía con los mas sanos principios de la tradicion. Fácilmente se comprende toda la fuerza que un jefe de Estado hábil y de talento puede encontrar en semejante doctrina, que le permite conducir á su pueblo por los nuevos caminos de las reformas, sin que pueda decirse que falta á aquel axioma, en que el poeta Saadi parece sintetizó las relaciones entre los pueblos y sus jefes: «El Sultan obedece á la ley por la cual el pueblo le obedece á él.»

Con tales antecedentes, tiempo es ya de que pasemos á presentar á nuestros lectores, aunque con la brevedad que nos permite la índole de este libro, el cuadro que presenta la organizacion de aquel vasto y heterogéneo Estado, despues del hatti-chérif de Abdul-Medjid.

«El gobierno de la Puerta, ha dicho Ubicini en sus *Cartas sobre la Turquía*, es una monarquía absoluta en la forma, pero moderada en la realidad, primero por las instituciones y las condiciones mismas de la soberanía, despues por las costumbres, que mas que en ninguna otra parte modifican allí ó limitan hasta cierto punto, la accion del poder. Depositario de la ley el Sultan ó padischa, hace que se cumpla ó la modifica por medio del *Visir*, jefe supremo de la administracion, y del *Muftió Cheikh-ul-Islam* (el antiguo, el anciano del Islam), cuyas principales atribuciones consisten en la interpretacion de la ley. Jefe del cuerpo jurídico y religioso de los *Ulemas*, el Mufti sanciona y hace ejecutar por su *fetva* toda órden emanada de la autoridad soberana.»

Las bases bajo las cuales ésta debe ejercerse están comprendidas en tres partes principales del hatti-chérif ya citado, de 3 de noviembre de 1839. Completa seguridad para los súbditos del imperio en cuanto atañe á su vida, su honor y su fortuna; arreglo y distribucion de los impuestos; y llamamiento al servicio de las armas, así como la duracion de éste. Bajo estas bases el tanzimat ó nueva organizacion ha dividido en leyes las cuatro partes de que se compone, y que se refie-

ren: 1.º al Consejo de Gobierno; 2.º á la division administrativa y financiera; 3.º á la administracion de justicia; y 4.º á los asuntos militares.

Los ministros, que llevan el título de *muchir*, tienen atribuciones análogas á los de las demás naciones de Europa, y auxiliados por otros funcionarios, tambien de elevada categoría, componen con el *Cheikh-ul-Islam*, y bajo la presidencia del *Visir*, el consejo privado que delibera sobre todas las cuestiones de interés general y de política exterior, completando otros diez consejos superiores, que son los de Estado, de Instruccion pública, de Guerra, de Artillería, de Marina ó Almirantazgo, de Cuentas, de Agricultura, de Minas, de Política y de Obras militares, estas primeras categorías de la organizacion administrativa.

El tesoro particular del Sultan (*hazné*) que en otros tiempos ascendia á grandes sumas, por multitud de procedencias, queda reducido á una dotacion fija anual, que equivale á 92.000,000 de reales, con lo cual tiene que atender á los gastos de la casa imperial, gastos cuantiosos, á pesar de no ser ya éstos, ni con mucho, los de las fastuosas épocas de la Edad Media y principios de la moderna.

Los empleados principales de la córte son: el *Kizlar-agassi*, (jefe de los eunucos negros), gran mariscal ó jefe de palacio, que tiene el rango y la consideracion de muchir; dos imanes; el gran jefe de la etiqueta, y otros cuatro mas inferiores, cargos que participan del carácter de nuestros gentiles-hombres de cámara y mayordomos de semana; un primer secretario y otros cuatro; ocho ayudantes de campo de los cuales el primero ejerce el cargo de secretario militar; un tesorero de la corona y un tesorero particular; el jefe de los eunucos blancos; el caballerizo mayor; el mayordomo mayor; jefe del guardaropa; primer paje, jefe de los pajes ó *itchoglans;* jefe del relicario, donde se conservan el estandarte, el sable y el manto del Profeta; dos refrendarios; y el jefe de los ugieres.

Las divisiones administrativas sufrieron una reforma en el año 1868, segun la cual el territorio del imperio otomano quedó dividido en *vilayetos* ó departamentos, administrados por un *vali* ó gobernador ge-

neral, nombrado por el Sultan, vali asesorado por un consejo de administracion, que recuerda nuestros consejos provinciales, y cuyos individuos han de proceder de las diversas poblaciones, sean ó no musulmanas, del valiato.

Estos vilayetos ó valiatos, se dividen en *sandjaks* ó distritos; los distritos en *cazas* ó cantones, y éstos en *nahiés* ó municipios. El sandjak está administrado por un *mutessarif*, nombrado igualmente por el Sultan, y asistido por un consejo de distrito; el caza por un *mudir*, puesto por el mutessarif, mudir que tiene tambien su consejo cantonal, y los nahiés tienen sus alcaldes ó *mukhtares*, elegidos por los vecinos, y un consejo de ancianos, manera de Ayuntamiento, que cuida de la reparticion de los impuestos, y hace los oficios de un tribunal de jueces de paz. El Montenegro y las demás provincias de la Turquía europea llamadas tributarias tienen su organizacion especial, siendo en rigor estados distintos del resto del imperio, mal unidos á éste con lazos mas nominales que verdaderos.

Las rentas con que se sostiene la Hacienda turca proceden de los impuestos siguientes: la *Dîme*, que el Estado, á manera de señor censatario del suelo, impone sobre los productos de la tierra, y sobre los animales domésticos, relacionados con la propiedad rural. El *Verghu*, que consiste en un impuesto del 10 al 25 por 100 sobre la fortuna en bienes muebles, inmuebles ó comerciales de todos los particulares; el *Bedel-askerié*, impuesto para la redencion del servicio militar, que ha reemplazado al antiguo *haradj*, ó capitacion, á que estaban sometidos todos los adultos varones, no musulmanes; la renta de aduanas, que se cobra de todas las mercancias sin distincion, que entran en Turquía; un derecho fijo é invariable de 8 por 100, y de 2 por 100, sobre las exportadas; los impuestos indirectos además del de aduanas, que constituyen los derechos de patente, de timbre, de los licores espirituosos, las sedas, el tabaco, etc.; los diversos ingresos de las salinas, bosques, minas, correos, telégrafos y otros análogos; y los tributos del Egipto, de la Moldo-Valaquia, la Servia, la isla de Samos, del Monte Athos, que llegan á cerca de cincuenta y seis millones de reales.

El producto de las rentas ordinarias de la Turquía estaba evaluado

en el presupuesto de 1869 á 1870, en 419,747,375 pesetas, ó sean 1,678,989,500 reales; subiendo los gastos previstos á 432,428,500 pesetas, ó sean 1,729,714,000 reales, lo que da un déficit de 12,881,125 pesetas (51,524,500 reales); déficit que, unido al presupuesto extraordinario, llegaba á 65 millones de pesetas, ó sean 260 millones de reales.

Como se ve por estas sumas, los diversos impuestos con que cuenta el Estado en Turquía, apenas permiten atender á las grandes mejoras materiales que necesita aquel imperio, pues si bien en los años regulares, cuando el impuesto, que la mayor parte de las veces se percibe en especie, puede ser fácilmente convertido en metálico, ó cuando las circunstancias políticas no hacen indispensables gastos extraordinarios, casi llega á establecerse fecundo equilibrio entre los ingresos y los gastos; en cambio, cuando el gobierno se ve obligado á gastos imprevistos, hay que recurrir á impuestos onerosos, ó á la emision de bonos del Tesoro, que aumentan sin término la deuda flotante, pareciéndose en esto mucho aquella situacion financiera á la de nuestra pátria. En el presupuesto de gastos de Turquía, el ejército absorbe 90 millones de pesetas; la marina 17; la Deuda pública 127.

La administracion de las rentas turcas está encomendada en cada valiato á un *muhassebedji*, ó administrador de rentas, á las órdenes del vali ó gobernador, y directamente responsable ante el ministro de Hacienda; en cada distrito ó sandjak, á un *mal-mudiri*, dependiente del administrador de rentas de la provincia ó valiato, y en cada caza ó canton, al mudir, que, como dijimos, depende del mutessarif ó subgobernador del sandjak ó distrito.

Los empleados de superior gerarquía gozan exhorbitantes sueldos, que no guardan proporcion con los que disfrutan los de mas inferior escala, á manera de lo que sucede tambien en algunas naciones de Occidente; sin que la explendidez con que son recompensados les ponga á cubierto de la maledicencia, murmurándose de ellos, que, léjos de seguir las exhortaciones y el ejemplo de los sultanes, atienden mas al aumento de sus peculios y á conservar sus tradicionales hábitos de lujo y explendor, que á la economía y moralidad en el manejo de la gestion que respectivamente les está encomendada.

La organizacion judicial, enteramente modificada por la ley de 4 de abril de 1869, es una imitacion de la que hay en los estados europeos. Así, comprende, además del consejo de los ancianos, de que ya hemos hablado, y que hace las veces de los juzgados de paz, tribunales de canton y de distrito, presididos por un cadí, que entienden de los asuntos en primera instancia; tribunales de apelacion análogos á nuestras audiencias, que residen en la capital de cada valiato; y por último, tribunal supremo de justicia en Constantinopla, de cuyas decisiones no hay ulterior recurso. Este tribunal supremo está dividido en dos presidencias, la una en Europa, la otra en Asia, dirigidas respectivamente por un *cazi-asker*, vulgarmente llamados *càsiles-ker*, especie de gran juez, que ocupa el rango inmediato despues del Mufti ó cheikh-ul-Islam. Otros tribunales mixtos completan esta organizacion, que pueden dividirse en cuatro clases: tribunales presididos por los jefes de las comuniones extrañas á la oficial, que juzgan de los asuntos que surgen entre sus asociados, si las partes no prefieren acudir á la justicia turca: tribunales mixtos de comercio, que entienden en las diferencias que sobrevienen entre extranjeros y súbditos otomanos; consejo de policía, encargado de perseguir los crímenes y delitos cometidos por los turcos contra los extranjeros, ó por éstos contra aquellos; tribunal mixto marítimo para las contiendas que ocurran en asuntos de comercio marítimo entre indígenas y extranjeros; y, por último, hay jueces especiales llamados *mufetich*, que juzgan los asuntos relativos á los *vakufs*, ó sea bienes de las mezquitas libres de impuestos, y que constituyen la dotacion del ulema.

La religion oficial de la Turquía encierra el gérmen de la legislacion. Esta puede dividirse fundamentalmente en ley teocrática ó *Cher'iat*, á la vez religiosa y civil, y en el *Kanum*, ó ley propiamente civil y política. La primera de estas leyes está basada sobre la religion misma, y no puede alterarse, como tampoco puede alterarse la religion. La segunda emana del soberano, debiendo estar, sin embargo, limitada por la primera, cuyo espíritu ha de respetar. Las fuentes de aquella legislacion son: 1.° el Koran; 2.° la *Sunna* ó tradicion, formada con la reunion de consejos, preceptos y decisiones orales del Profeta, for-

mando una historia minuciosa de su vida y costumbres, cuyo ejemplo debe servir de norma á los musulmanes; 3.° El *Idjma-y-Ummet;* y 4.° El *Kyass.*

El Koran, libro recogido y publicado en idioma árabe en el año 635 de nuestra era, dos despues de la muerte del Profeta, es una mezcla de las doctrinas judias y cristianas, que Mahoma habia aprendido del monje nestoriano que le sirvió de maestro, y de tradiciones orientales. Deducido de él existe un catecismo que encierra la parte dogmática, condensada en 58 articulos, por *Omer Nesséfi.* La base sobre que todas las disposiciones koránicas se apoyan, es la célebre mision del Profeta y la profesion de fe muslimica, tan repetidas una y otra en inscripciones y monedas de todos los pueblos que siguieron la religion de Mahoma: «Dios es único, no tiene compañero, no engendró ni fué engendrado,» «no hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.» Los musulmanes, rechazan todo símbolo, y casi en absoluto los misterios, de tal modo, que la creencia en ciertas disposiciones místicas de la ley, no constituye obligacion de fé. Como código politico y civil, el Koran contiene el gérmen de los grandes deberes sociales, y hasta de instituciones politicas, tales como la igualdad, el mútuo auxilio, el respeto á los débiles, la sumision á las leyes. La sociedad musulmana, pues, no encontraria en los principios esenciales de su códico religioso obstáculos para el verdadero progreso, sino fuera por la poligamia, la intolerancia y el fanatismo, tres costumbres, que van tambien modificándose, pues la primera, limitada por las mismas condiciones que para su práctica exige el Koran, es casi desconocida en el pueblo, y va haciéndose menos comun en las clases ricas, á medida que van teniendo mas instruccion; la intolerancia se ha ido modificando por el trato continuo de los turcos con los cristianos; quedando solo, como la mas dificil de vencer, la doctrina del fatalismo, que aun no teniendo su origen en Mahoma, ni en sus comentadores, y á pesar de la oposicion que le hacen los mismos depositarios de la interpretacion religiosa, ejerce entre aquellos creyentes una influencia muy dificil de contrarestar.

Otra de las cuatro fuentes de la legislacion turca es el *Idjma-y-*



J. Acevedo, cromo-litº — Lit. de J. Mª Mateu. Madrid.

Pasamanero. Constructor de pipas. Torneros. Bordador de babuchas. Armero.

ARTESANOS TURCOS DE CONSTANTINOPLA.

Ummèt, que es la coleccion de las decisiones dadas sobre ciertos puntos de derecho ó de religion, por los cuatro primeros kalifas; y el *Kyas* es la última de dichas cuatro fuentes, inmensa aglomeracion de decisiones de jurisprudencia y de *fetvas*, consideradas como cuerpo consultivo.

La compilacion de las leyes turcas es conocida en el imperio con el nombre de Multèga: data del reinado de Mahamud (1824), y comprende ocho códigos: el religioso, el político, el militar, el civil, el de procedimientos civiles y criminales, el penal, el de comercio, y el de la caza, códigos todos ellos voluminosos, escritos con proligidad oriental, y en un estilo mas ampuloso que preceptivo. Aquellos antiguos códigos, sin embargo, han sufrido reformas con arreglo á las influencias europeas, y el gobierno del Sultan formó un nuevo código penal en 1830, otro administrativo en 1846, y otro de comercio en 1850, basado el primero de ellos en los dos grandes principios de la igualdad absoluta ante la ley, sin distincion de origen y de creencias, y en la necesidad de las formas jurídicas ó del procedimiento criminal, para imponer las penas en todos los crímenes y á todos los criminales (1).

Las ordenanzas, ó código administrativo de 1846, relativas á la administracion, están inspiradas en el gran pensamiento de moralizar á

(1) Este código penal es tan notable en su preámbulo y en sus principales disposiciones, y está además tan poco conocido en nuestra pátria, que creemos importante ofrecer en esta nota á nuestros lectores, algunos párrafos de dicho preámbulo y de sus artículos.

«Es notorio, dice el primero, que á consecuencia de la declaracion del hatti-cherif, de Gulkhané, el 6 de Chaban de 1255 de la Egira, los súbditos del imperio otomano quedaron dotados, sin excepcion, de perfecta seguridad en cuanto á su vida, su fortuna y su honor, y considerados todos como iguales ante la ley.

El Código penal que subsigue, redactado de órden imperial, tiene por objeto precisar las penas en que incurrirán todos los que en lo porvenir se hagan culpables de actos contrarios á las disposiciones contenidas en el mismo, sin consideracion alguna á la riqueza ni al rango de los delincuentes, etc.

Art. 1.° Estando decidido el Gran Señor, á impedir que muera, pública ni secretamente, ya envenenado, ya con cualquier otro género de muerte, ningun criminal, sin que antes su delito haya sido probado y condenado por la Ley, no será permitido á ningun empleado del imperio, ni á ninguna otra persona, matar ni mandar matar á un individuo, sea el que quiera, y el Visir mismo no podrá hacerlo, incurriendo, si infringiera este precepto, en la pena de muerte.....

Art. 3.° Toda injuria ó agresion de hecho, dicha ó ejecutada por un kawás, oficial ó cualquier empleado del Gobierno, sea cual fuere su rango, será motivo de proceso y se castigará con prision.

Art. 4.° Así como Su Alteza no usurpa los bienes y las propiedades de ningun particular, no es permitido á nadie apropiarse los bienes de otro ni obligarle á vender sus propiedades para apoderarse de ellas injustamente. Todo el que infrinja esta disposicion, una vez que su crímen resulte debidamente justificado, restituirá los bienes quitados á su propietario

los empleados públicos y de establecer la mas estricta imparcialidad en el gobierno; y el de comercio es un reflejo de los mas adelantados códigos de comercio europeos, entre los cuales ocupa tan distinguido puesto el de España.

Durante mucho tiempo, se ha creido que el Sultan ó padischa era en Turquía el jefe de los poderes temporales ó espirituales; pero los trabajos hechos por los modernos orientalistas han demostrado que la ley religiosa no establece entre aquellos creyentes gerarquia sacerdotal; que los ulemas no tuvieron en el principio otra supremacia que la ciencia y el estudio; y que consultados por esta razon con frecuencia, llegaron á ser, á la sombra de califas indolentes, un cuerpo importante, constituyendo al fin, á pesar de las prescripciones de los textos coránicos, una corporacion religiosa que llegó á disponer del imperio.

Estos ulemas son los doctores del islamismo; los que suplen con su interpretacion lo que en el Coran falta para las prácticas religiosas; los que establecen la disciplina, y, en una palabra, los intermediarios entre los creyentes y su Dios. Los califas, que en un principio asumian todos los poderes, así los civiles como los militares y los religiosos, poco á poco fueron perdiendo estos últimos, por falta de prevision y sobrado afan de imponer su dominio. Para asegurar la pronta ejecucion de sus órdenes, y presentarlas ante su pueblo, eminentemente religioso,

legítimo, y si fuere un funcionario público, será además destituido de su empleo, y desterrado por un año de la capital.

Art. 5.° Hallándose todos los ulemas, visires, oficiales del ejército, dignatarios y todos los demás funcionarios del imperio, suficientemente retribuidos, todo acto de concusion será castigado con tres años de baño ó mazmorra, además de la destitucion de su empleo. Serán castigados con la misma pena, el concusionario y el que le haga una oferta ilícita.

Art. 6.° Si el concusionario formase parte del departamento de Hacienda, la pena será de cinco años.

Art. 9.° Cualquiera que rehuse pagar el impuesto, será castigado con prision. Toda rebelion contra los empleados de policía, será asimismo castigada con dos años de baño ó de mazmorra; la rebelion á mano armada, con tres; si produjera heridas, con cinco; y si las heridas ocasionasen la muerte, la pena tambien será de muerte.

Art. 10. Los golpes y las heridas entre particulares, serán castigadas con tres años de baño ó mazmorra; si produjesen la muerte, la pena será igualmente de muerte.

Art. 11. Esta será tambien la pena por el asesinato. El robo con violencia, siete años de prision.

Art. 13. Serán castigados ejemplarmente, con arreglo á las prescripciones del presente Código penal, todos aquellos mohassils, hakimes y gobernadores militares, que en el ejercicio de sus funciones ejecutasen actos contrarios á las disposiciones arriba establecidas.

Art. 14. Las disposiciones contenidas en el presente Código penal deberán ser obligatorias para todos los súbditos, otomanos, ó raïas sin la menor escepcion; y habiendo de participar todos de los beneficios que de ellas han de resultar, es precisa consecuencia el deber en *que está todo el mundo de velar* para que ninguno impida que puedan ponerse en ejecucion por quien corresponda, siendo al mismo tiempo permitido á cualquiera pedir justicia.»

con una sancion y con un carácter que las hiciera todavia mas indiscutibles, acostumbraban pedir al ulema la declaracion de que sus decisiones estaban conformes con el Coran, y esta declaracion, que se llamaba la *fetva,* llegó á tener tanta importancia por su misma índole religiosa, que con ella se podia paralizar la accion del poder soberano, hallándose por lo tanto la autoridad del Sultan, sometida á la del sacerdote. Á esto hay que agregar, que en Turquia los Sultanes no fueron herederos de la dignidad del kalifato, desde mucho tiempo hacia despojada de la autoridad religiosa, ejercida por los sucesores inmediatos del Profeta, sino desde 1517, á consecuencia de la conquista del Egipto, arrancado al último Abasida por Selim primero.

Los ministros del culto, ó imanes, nombre que quiere decir «el que conduce, el que va delante,» se ocupan de la instruccion religiosa ó de las prácticas materiales del culto, adquiriendo, por su larga permanencia en las *médressés,* (madrisas, escuelas ó colegios), la instruccion religiosa, científica y literaria que necesitan para el ejercicio de su cargo, sin que el carácter sacerdotal se les confiera por ninguna clase de ordenacion. Se dividen en *cheikhes* ó doctores, que tienen por único deber la predicacion; en *khatibes*, encargados de leer en nombre del Sultan la plegaria oficial de los viernes; en *imanes* ó *imames*, propiamente dichos, adscritos al servicio de las mezquitas, y que tienen á su cargo todo lo relativo á las ceremonias de los casamientos y de los funerales; en *muezzines,* encargados de anunciar cinco veces al dia las horas de la oracion desde los altos minaretes; y en *kaïmes,* especie de custodios ó sacristanes, á cuyo cargo está el órden interior, la limpieza, y todo cuanto atañe á la parte material de las mezquitas. Las tres últimas categorías no forman parte de la corporacion de los ulemas.

El cuerpo sacerdotal en Turquia con frecuencia ha sido opuesto á las reformas y al progreso, encontrando poderosos auxiliares para su pasiva resistencia en el espíritu desconfiado y lento de la gran masa de la poblacion musulmana, y en el fanatismo que los *derviches* inspiran al pueblo con sus excentricidades y sus predicaciones. En verdad y en justicia debe decirse, que hoy los ulemas van entrando tambien en

el camino de las reformas, aunque no sin que por esto hayan dejado sus antiguas prácticas, como se ha visto recientemente en la conducta observada durante los últimos acontecimientos que precedieron á la guerra de Turquía y Rusia, por los *softas* ó estudiantes de los colegios sacerdotales.

Además de estas diferentes clases de *imanes*, que pudiéramos llamar el clero secular, hay en Turquía diversas especies de *derviches*, que son en la religion musulmana lo que las órdenes monásticas en el catolicismo. Eran y aun son muchas y diferentes tales corporaciones religiosas, y se distinguen, ya por el nombre del fundador, ya por los ejercicios de devocion á los cuales se dedican con especialidad. Las mas conocidas desde que desaparecieron los *bektachis*, destruidos en 1826 con los genízaros, son los llamados *derviches gritadores*, que los franceses apellidan *derviches hurleurs*, y los *derviches giradores*, ó *derviches tourneurs*, como les denominan con gran precision nuestros vecinos transpirenaicos.

Los ejercicios deestos derviches, gritadores y giradores, son de lo mas curioso que debe presenciar un viajero en Constantinopla, encontrándose los primeros en Scutari, y los segundos en Pera, donde tienen sus tékiés ó conventos; y son tanto mas fáciles de estudiar, cuanto que, á diferencia de los otros religiosos mahometanos, así seculares como regulares, que no dejan á los curiosos extraños á su culto asistir á sus ceremonias, y los arrojarian de las mezquitas si tratasen de entrar en ellas durante las horas de la plegaria, los derviches permiten que entren los europeos en sus tékiés, con la sola condicion de dejar el calzado á la puerta, y penetrar en aquel recinto con los piés desnudos ó con babuchas. La descripcion de estos tékiés y de las costumbres de aquellos monjes turcos, habrán de ocuparnos especialmente en la seccion especial que á las costumbres de aquel país hemos de dedicar, antes de dar fin al presente capítulo.

Estraño parecerá, que habiendo dicho el Profeta, en odio á los monjes cristianos, *nada de monástico en el Islam*, existan monasterios en los estados musulmanes; y sin embargo, el origen de ellos se remonta precisamente á la época de los primeros kalifas.

Añadidos los textos coránicos treinta años despues de la muerte de Mahoma, con aquella otra máxima, «la pobreza es mi gloria,» el califa Alí, animado de un espíritu verdaderamente ascético, renunció voluntariamente á todos los bienes de este mundo, y bien pronto le siguieron numerosos partidarios, amantes, como buenos orientales, de la vida contemplativa, los cuales reunidos á Alí, á quien reconocieron por jefe, formaron la primera asociacion religiosa, conociéndose sus individuos con la denominacion de «los puros» ó *Safas-habi*. De este modo, los derviches ó monjes se introdujeron en el islamismo, extendiéndose rápidamente por las orillas del Mediterráneo, el mar Rojo, el Ganges y el Bósforo, llegando á contarse setenta y dos órdenes ó clases de derviches, entre la Arabia, Persia y Turquía, correspondiendo á esta última treinta y seis, de las cuales doce eran mas antiguas que el imperio otomano, habiendo sido las veinte y cuatro restantes fundadas desde los fines del siglo XIII hasta el XVIII.

Increibles parecen las extravagancias y hasta crueldades á que se entregaban algunas de estas órdenes, excesos de misticismo, en los que, sin desconocer influencias índicas, hallamos el cumplimiento de una ley general en la historia, pues el espíritu del hombre, colocado en condiciones análogas, presenta siempre iguales fenómenos á través del tiempo y la distancia. Citaremos, como prueba de nuestro dicho, á los derviches de la órden fundada por el yemenita Oweis, á quien, segun sus monjes, el ángel Gabriel habia ordenado renunciar al mundo, treinta y siete años despues de la muerte del Profeta, cuyos derviches se arrancaban todos los dientes en recuerdo de los dos que Mahoma perdió en la batalla de Ohod. Otro fundador, Seid-Almed-Rufaï, se tragaba carbones ardiendo, y se imponia otros crueles tormentos, que transmitió como en herencia á sus sectarios; pero esta severidad, y el ejercicio de la beneficencia y de las virtudes sociales, que practicaban en los primeros tiempos, convirtiéronse bien pronto en vida muelle y regalada, y en toda clase de abusos, llegando hasta á formularse el panteismo en las doctrinas de los derviches, asimilándose Dios á la materia, permitiendo á la razon individual la interpretacion del Coran, y hundiéndose, por último, en la sima del materialismo.

El origen de los misterios con que bien pronto procuraron rodear su vida, lo llevan los musulmanes hasta el indio Baba-Reten, que dicen vivió quinientos años, que conoció todas las plantas, y que importó de la India el uso del ópio en pastillas, para producir el éxtasis. La enseñanza de los derviches contiene dos grados, correspondientes á los diversos periodos del que aspira á entrar en cualquiera asociacion misteriosa, desde esta aspiracion, hasta quedar completamente iniciado. Despues, el dervich puede decirse no tiene mas ley que la obediencia ciega y la sumision absoluta á su cheikh ó jefe. Así organizados, atrayéndose el fanático y ciego amor de las masas, con prácticas exteriores, para excitar la imaginacion viva é impresionable de aquel pueblo, con gritos y cantos frenéticos, con vueltas vertiginosas, con torturas públicas, con verdaderos martirios, sufrimientos á que ya acostumbrados, no producen en su embotada sensibilidad el efecto que creen los espectadores, excitaron y aun excitan tal respeto entre las clases inferiores de la poblacion turca, que aun en la actualidad seria imposible al emperador abolirlos de un golpe.

En anteriores épocas, queriendo unir su prepotente fuerza moral, á la material de las armas, llegaron á establecer algunos de ellos íntimo maridaje con los genízaros, hasta el punto de vivir en determinado número dentro de sus cuarteles, aparentando rogar dia y noche por la victoria de sus armas. Todavía, si un dervich fuera condenado á muerte por cualquier grave y repugnante delito, el pueblo se inclinaria delante de sus restos, como si fuera un mártir.

Estos hechos despiertan en el viajero observador pensamientos nada favorables á la decantada religiosidad de Turquía, haciéndole comprender la oposicion que las reformas han encontrado en aquellos paises, entre los imames y los derviches, y sobre todo en estos últimos; y queriendo remontarse á los orígenes de tal estado de cosas, lo primero que trata de investigar, es si encuentran su base en el dogma mismo, ó mas bien en las viciosas prácticas é interpretaciones de los que lo enseñan. Dice á este propósito un notable escritor extranjero (1), que cuando se

(1) Luis Enault.

estudia con atencion el pensamiento de Mahoma, á pesar de la oscuridad de su exposicion y de la incoherencia de su desarrollo, se puede hallar en el Coran un racionalismo ecléctico, y reducir el mahometanismo á deismo puro. El Coran, á nuestros ojos, es mas bien una teoría que una religion, dirigiéndose antes á la razon que á imponerse por la fé; dejando en paz las facultades místicas del alma, tan vivamente sobrescitadas por los derviches. Acaso esto sea un perjuicio, pues la fé es una de las mas imperiosas necesidades de la humanidad. Establecido el dogma de la unidad de Dios, como base inquebrantable de su sistema, el Coran da poca importancia à lo demàs. El que diga: «no hay mas que un solo Dios», aquel comienza á entrar en el Paraiso. En otro pasaje añade: «La virtud no consiste en que volvais el rostro á levante ó á poniente; virtuosos son aquellos que creen en Dios y en el último dia, en el libro y en los profetas; que dan por amor de Dios socorros á sus parientes y á los huérfanos, á los pobres y á los viajeros y á los que lcs piden; que redimen los cautivos, que observan el precepto de la plegaria, que dan limosna, cumplen los contratos á que se obligan, se muestran pacientes en la adversidad, en los tiempos duros y en los de violencias. Estos son los justos y temerosos del Señor.» (Coran, cap. II, v. 172.)

Esta doctrina no es opuesta, en verdad, á la marcha de la civilizacion ni al progreso humano, sino que, por el contrario, con ella puede llegarse á la realizacion de todos sus ideales; á lo cual tambien contribuye la igualdad de clases que hay en Turquía, donde no son conocidas las diferencias de castas, pudiendo aspirar todos los asociados á los mas altos puestos, sea cualquiera el origen de su cuna, por lo que, no sin razon, se ha dicho que la sociedad musulmana es una vasta democracia bajo el principado de uno solo. Tales principios, establecidos por Mahoma para destruir las pequeñas oligarquías de los árabes, producen sentimientos de fraternidad, que hacen al rico generoso y hospitalario.

Pero al lado de tan fecundos principios religiosos y políticos, existe en Turquía, como en todos los pueblos mahometanos, otro que los anula por completo, y que tienen tambien su origen en el Coran. El dogma de la predestinacion ó el fatalismo. «El elegido, como el ré–

probo, están predestinados á ventura ó á desdicha eternas desde el seno de su madre.» «Las naciones tienen un fin, y cuando éste llega los hombres no pueden ni avanzar ni retroceder.» Con tales máximas se comprende bien el atraso de un pueblo, y mas si sus individuos, por las influencias del pais, son apáticos á predominio, por lo que encuentran mas fácil que buscar remedio á sus males en el estudio y el trabajo, repetir con mística piedad, «estaba escrito.» Desgraciadamente en nuestra sociedad española dejaron los conquistadores muslímicos infiltrada esa misma creencia, y nuestro, «estaba de Dios,» que vemos repetir con frecuencia, aun á las personas mas ilustradas, no es otra cosa que el kismet, ó doctrina fatalista de los otomanos.

Los teólogos del Islam se han esforzado en combatir la predestinacion, como incompatible con la justicia divina; y queriendo buscar el medio de concordar racionalmente la preesciencia divina con la libertad humana, han reducido el kismet á tres puntos, declarando, que la predestinacion solo se refiere al estado espiritual; que no comprende á todo el género humano, sino á una parte de mortales predestinada; y que en nada se refiere al estado civil y político de los pueblos. Á pesar de tan hábil teoría, ha de pasar mucho tiempo antes de que se infiltre por completo en las masas, lo cual será difícil mientras existan en aquel pais derviches interesados en que la verdadera ilustracion no descienda á todas las clases, desterrando el fanatismo, fuente de todo atraso, cuando se trata de regenerar á los pueblos; sin que por esto se entienda somos partidarios de arrancar del corazon de éstos las creencias religiosas, pues el dia en que los asociados las pierdan, es el último de su felicidad individual y de su existencia colectiva.

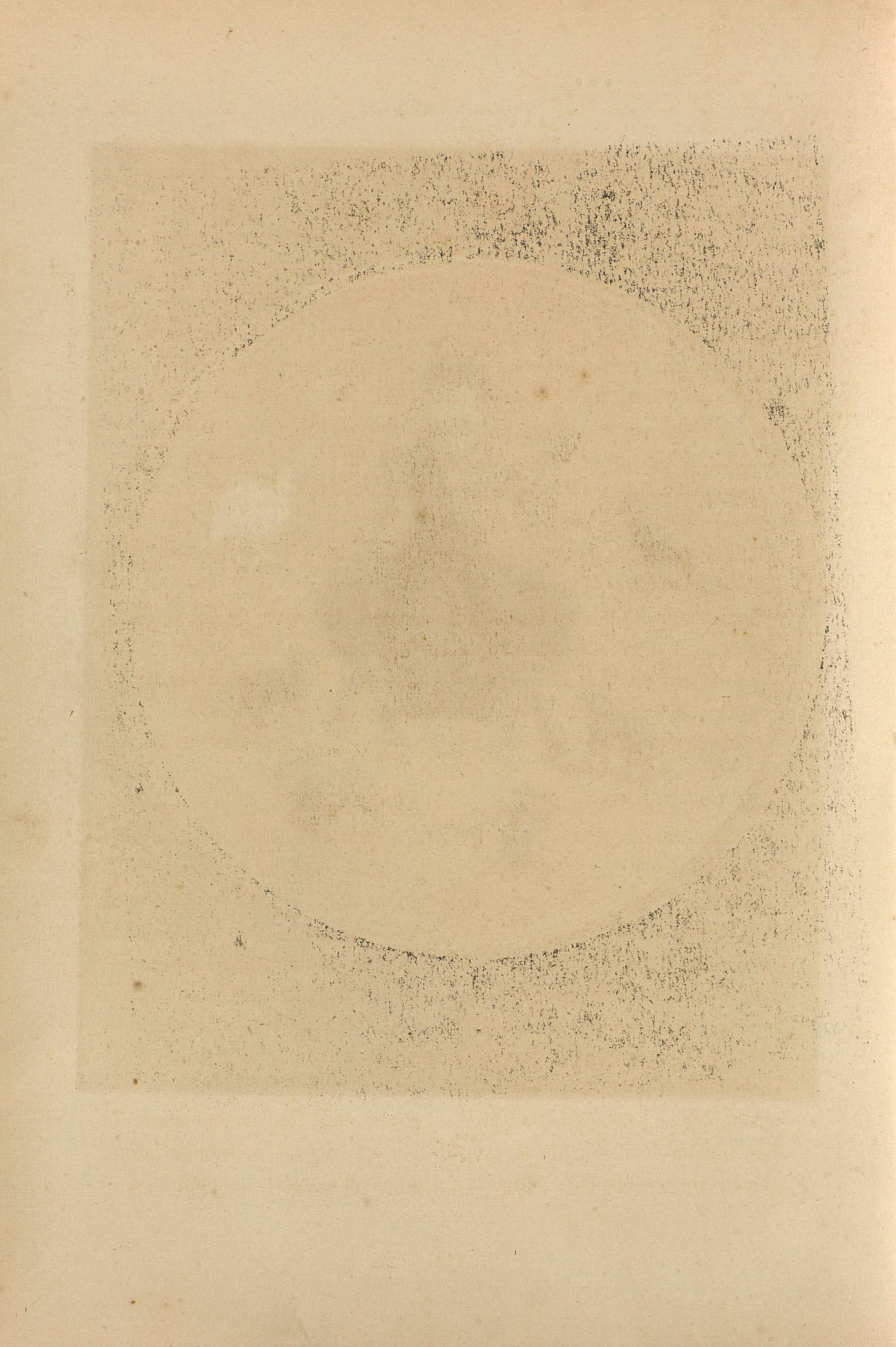
Además de la religion mahometana, que es la que podemos llamar religion del Estado ú oficial, existen en Turquía cuatro comuniones importantes, que se dividen las poblaciones del imperio, cuales son: la católica ó latina; la griega; la armenia; ramas las tres del cristianismo; y por último, la religion hebráica. Corresponden á la primera, todos los vasallos cristianos del Sultan, que reconocen al Papa como cabeza visible de la Iglesia, y aceptan todas las prescripciones del símbolo católico, que son los latinos propiamente dichos; los griegos



R. Velázquez dib.

Antiguo Medallon de Plata, Oro y Esmalte
que se conserva en el Museo Imperial de Constantinopla.

(DIAMETRO 0,44)



unidos y melkitas; los caldeos; los siriacos unidos, y los maronitas; regidos espiritualmente por sus patriarcas y obispos respectivos, y en lo temporal, por un delegado, á quien se denomina el *Vekil*, nombrado por la Puerta, y que los representa cerca de ella. Los caldeos y siriacos, en lo civil, dependen tambien del patriarca armenio unido. Hay un vicario apostólico de la mision latina en Constantinopla, que lleva el nombre de arzobispo *in partibus* de Petra; y aunque su vicariato es muy extenso, solo cuenta de 13 á 14,000 católicos del rito latino, teniendo además bajo su jurisdiccion espiritual á los de los ritos orientales, griegos, maronitas, sirios y caldeos. Fuera de Constantinopla el número de católicos es muy escaso.

La mision corre á cargo del clero indígena, auxiliado por los clérigos seculares de diferentes diócesis, y por los misioneros apostólicos enviados por la Propaganda, pertenecientes á las órdenes religiosas que á continuacion se expresan:

1.° Menores conventuales ó franciscanos. Esta mision fué fundada por el beato Benito de Arezzo en 1219. — 2.° Dominicos, establecidos en Constantinopla desde el siglo XIII. — 3.° Padres capuchinos. El primer religioso que hubo en Constantinopla de esta órden fué S. José de Leonesa. — 4.° Recoletos. Estos misioneros se establecieron en Constantinopla en 1642. — 5.° Menores observantes. Tienen un hospicio en Constantinopla, cuyo superior está encargado de los negocios de los Santos lugares, con el título de Comisario de la Tierra Santa.— 6.° Lazaristas. En 1776 reemplazaron á los jesuitas, que desde 1583 hasta 1773, época de su abolicion, habian ocupado en Galata la casa é iglesia de S. Benito. — 7.° Los padres capuchinos, expulsados de la provincia de Tiflis (Georgia rusa), fundaron establecimientos en Trebisonda, Sansum y Sinope. Cuéntanse en Constantinopla ocho iglesias latinas, en Andrinópolis una, en Salónica otra y otra en Buyucdere: en los demás puntos donde los católicos están en menor número, no hay mas que capillas. Tiene además Constantinopla, hospitales católicos, sostenidos por franceses, austriacos é italianos. Los armenios católicos, que no dependen de la jurisdiccion del vicario apostólico latino, tienen un arzobispo de su nacion, á quien el gobierno otomano da el

título de patriarca, aun cuando el verdadero reside en el Líbano. El número de armenios católicos residentes en Constantinopla asciende á 17,000, contándose entre ellos cerca de 60 sacerdotes.

La iglesia griega, cuyo cisma, verdaderamente declarado, se remonta al siglo XI, bajo el patriarcado de Miguel Cerulario, es una de las comuniones religiosas que, despues de la musulmana, cuenta en Turquía con mayor número de asociados. Esta iglesia, la base de cuyo cisma consiste en negar que el Espíritu Santo procede del Hijo, y en rechazar la autoridad del Papa, está dividida en tres fracciones, que son: la llamada por ellos, iglesia ortodoxa; la monofisita ó *eutichenea*; y la nestoriana. Comprende el conjunto de la iglesia griega, en el imperio turco, cuatro patriarcados: el de Constantinopla, subdividido en 102 diócesis ó éparchias, de las cuales 84 llevan el título de metrópoli; el de Alejandría, con cuatro diócesis; el de Antioquía con veinte, y el de Jerusalen con diez y seis. Estos patriarcas son independientes los unos de los otros, sin que ejerza el de Constantinopla sobre sus compañeros otra autoridad que la que se deriva de su título, de jefe civil de la comunion. Para el arreglo de los asuntos religiosos, tiene un consejo, ó sínodo, compuesto de doce metropolitanos, cuyos miembros, nombrados por él, pueden renovarse cada dos años. Para los negocios civiles existe un consejo nacional compuesto de doce individuos laicos, y además, la asamblea general, formada por el sínodo, el consejo nacional, y los notables de la comunion, asamblea que representa el poder constituyente. Esta asamblea, unida á los delegados de las diócesis, eligen el patriarca; y los metropolitanos y obispos son nombrados ó desposeídos por el sínodo. Los patriarcas, despues de su eleccion, necesitan recibir del Sultan una especie de execuator ó breve de investidura, llamado *berat*. Los metropolitanos y obispos, reciben un sueldo fijo, que varía de 20 á 100,000 piastras, ó sea próximamente de 17,600 á 88,000 reales, aparte de los derechos de pié de altar. El patriarca percibe 770,000 piastras, equivalentes á 325,600 reales. Los sacerdotes que componen el clero inferior, llevan el nombre de *Papas*, y no tienen retribucion fija, viviendo de lo que les producen los derechos de estola, pié de altar, y las limosnas de los fieles: pueden ser casados, si ya lo

estaban antes de recibir las órdenes, pero los que se encuentran en tal caso, quedan excluidos de las dignidades superiores de la iglesia.

Antes de la guerra de la independencia griega, la iglesia de Grecia, propiamente dicha, dependia del patriarcado de Constantinopla; pero desde 1833 se declaró independiente, habiendo reconocido su autónomia dicho patriarca por una bula apellidada el *Tómos*.

Al lado del clero que podemos llamar secular, hay tambien en la iglesia griega de Oriente muchos monjes, llamados *caloyers*, que habitan en conventos y poseen extensas propiedades; cuyas granjas ó metokhis parecen verdaderas casas de placer; pues estos monjes, para nada se ocupan del ascetismo de la vida, ofreciendo el mas acabado tipo del monje perezoso, sensual é ignorante. Á diferencia, sin embargo, de los derviches ó monjes musulmanes, no son hipócritas ni tratan de ocultar sus flaquezas con estudiadas frases. Ellos mismos eligen y destituyen á sus superiores, cuyos cargos son vitalicios si no cometen faltas graves, y cada monje conserva la propiedad y la direccion de su fortuna, debiendo darles el convento, los artículos de primera necesidad, tales como el pan, el vino, el aceite, la leche y las legumbres frescas y secas. Estos conventos son mas bien agrupaciones de hombres cómodos y egoistas, que han convertido la religion en un materialismo epicúreo.

Sin embargo de tales condiciones, los que profesan en Turquia la religion griega, son sinceramente creyentes, observando con escrupulosidad las fiestas y los ayunos de la cuaresma, y tienen muchas iglesias y capillas, en las que se conserva en todas las manifestaciones del arte la antigua influencia bizantina.

La iglesia armenia, cuya doctrina se separa mas de la latina que de la griega, niega, como es sabido, la primacia del Papa, rechaza tambien la adicion del *filioque*, en el símbolo de los apóstoles, y no distingue como la católica las dos naturalezas; lo que ha hecho que se la coloque algunas veces entre las iglesias monofisitas. Obedecen á un jefe supremo, que lleva el título extraño de *Cathólicos*, y que reside en Echmiadzin, en la Armenia rusa. Este Cathólicos, ó jefe supremo armenio, da la investidura al patriarca de su comunion en Constan-

tinopla, que es al mismo tiempo jefe civil de los de la comunion, y su intermediario con la Puerta. Son elegidos por la asamblea general, compuesta de 400 individuos, nombrados por sufragio universal; y tienen dos consejos, llamados nacionales, el uno religioso, compuesto de catorce individuos, y el otro civil, de doce, para que le asesoren en los diversos asuntos de una y otra clase.

La comunion armenia se encuentra dividida en Turquía en 50 diócesis, no comprendiendo en ellas las que dependen de los patriarcados de Sis en Cilicia y de Jerusalen, diócesis gobernada por *aratchenortes*, que pueden ser obispos ó simplemente sacerdotes del clero llamado negro, ó secular, conocidos con el nombre genérico de *vartabeds*, sacerdotes especialmente encargados de la predicacion, y entre los cuales se eligen los obispos. Esta eleccion se hace por las asambleas provinciales, cuya eleccion debe ser aprobada despues por el patriarca y la asamblea general, y recibir los elegidos la investidura canónica del jefe supremo ó Cathólicos. Tiene tambien la iglesia armenia muchos monjes, pero, á diferencia de los griegos, pasan su vida entregados á prácticas austeras, y á la lectura de libros de liturgia, única que les es permitida. El sacerdote armenio no está atenido á renta fija, sino á los derechos que llamamos de estola y pié de altar, los cuales, hallándose préviamente establecidos, impiden la simonía.

Hay un pequeño grupo de armenios que reconocen la supremacía del Papa, los cuales no están separados de la iglesia romana mas que por pequeñas diferencias de rito, y que por esta causa reciben el nombre de armenios unidos ó católicos. Aunque poco numerosos los individuos que le componen, pues apenas llegan á 40,000, forman una comunion distinta, cuyo jefe, asimilado á los patriarcas griego y armenio, asume á la vez, como ellos, la autoridad religiosa y civil; y bajo este último concepto, el patriarca armenio unido, representa cerca del gobierno otomano á los patriarcados siriacos y caldeos unidos. Obedecen su autoridad religiosa, obispos, cuyo nombramiento, por sufragio universal ó por la Sede apostólica, suscita con frecuencia dificultades todavía no resueltas, y además sacerdotes de la Propaganda, que ocupan las altas dignidades, y sacerdotes para el servicio de las iglesias, sin mas retri-

bucion que el pié de altar. Unos y otros forman su clero secular. Viven solteros, aunque el celibatismo para ellos no sea de obligacion absoluta. El clero regular se compone de padres Mekhitaristas y padres Antoninos, cuyos religiosos están generalmente muy considerados por su vasta instruccion y la pureza de sus costumbres.

Á pesar de los esfuerzos de la sociedad bíblica entre las diversas agrupaciones cristianas de Turquía apenas se encuentra un protestante, no llegando á 5,000 los que hay en todo el imperio turco.

La religion hebráica cuenta con mayor número de afiliados, descendientes en su mayor parte de los judíos españoles, que dejaron á su pátria en las diversas épocas de la expulsion. Se dividen en dos fracciones, ó sean los Talmudistas y los Karaïtas; y tienen la direccion de sus asuntos civiles y religiosos, los rabinos, de los cuales el de Constantinopla, aunque no ejerce ninguna clase de autoridad sobre sus compañeros de otras poblaciones, lleva el nombre de Gran rabino, y goza, con respecto á la sociedad turca, los mismos privilegios que los patriarcas. Tiene como cuerpo consultivo, un consejo compuesto de seis miembros, de los cuales tres son rabinos y tres láicos. Para los asuntos judiciales hay un tribunal llamado Bet-din, que consta de tres jueces, y para lo que pudiéramos llamar la policía urbana, tienen un magistrado especial, al que dan el nombre español de Regidor. En las capitales de las provincias hay ocho rabinos, que tienen á sus órdenes otros nueve de menor categoría. La comunion israelita paga á unos y á otros, sostiene las sinagogas, y dando un alto ejemplo de caridad, paga los impuestos de los pobres que no pueden hacerlo.

Á pesar de tanta diversidad de cultos, generalmente se practican todos con entera libertad, la cual no excluye el ódio inveterado, que, principalmente en las clases inferiores y fanatizadas por los derviches, existe contra los cristianos, y que se traduce mas de una vez, como hasta en nuestros dias lo demuestra la experiencia, por esas terribles hecatombes de cristianos sacrificados cruelmente por el fanatismo musulman. En la época de nuestro viaje á Constantinopla, cuando en busca de antigüedades ó por estudiar las costumbres propias de aquel país, nos internábamos en el laberinto de sucias callejas, donde vive la

parte mas atrasada de la poblacion turca, oiamos á cada instante resonar en nuestros oidos, al mismo tiempo que nos lanzaban sus amenadoras miradas, la frase de «perro cristiano» con que se designa generalmente entre los turcos á todo el que profesa la religion de Jesucristo.

Uno de los ramos de la administracion turca en que mas se han sentido las modernas reformas, es el ejército y la marina. Antes de la destruccion de los genizaros, las fuerzas del imperio se componian de éstos, y de tropas que podemos llamar feudales, con las que contribuian los poseedores de los feudos, designados segun su extension con los diversos nombres de *timar*, *zaïmé* y *beylik*. Estas formaban la caballería, asi como los genizaros la infantería. El número de aquella fuerza se elevó, durante el reinado de Suleiman, á 200,000 caballos, habiendo bajado á 140,000 en tiempo de Selim. Los genizaros se dividian en *ortas* ó batallones, subdivididas en *odas* ó compañias, de las cuales cada una cuidaba de sus veteranos y sus retirados. Sus oficiales llevaban títulos tomados de diversas funciones domésticas, tales como *achdji*, cocinero, *sakka*, aguador, etc.; y su jefe superior era el *agha*, que solo dependia del Sultan.

Los repetidos excesos á que unas y otras tropas se abandonaron, y su constante insubordinacion, hicieron pensar en la reforma, que, como hemos visto en el número anterior, si bien se habia intentado desde el primer año de este siglo, no llegó á realizarse por completo hasta 1843, en que definitivamente quedó planteada por la ordenanza de Riza-Pachá, á la que ha servido de base, en lo relativo á la infantería, caballería é ingenieros, la organizacion francesa, y la prusiana para la artillería.

Con arreglo á dicho séraskierat, ó soberana disposicion, el *nizam* ó ejército otomano se compone de 80 regimientos, de los cuales 36 son de infantería, 24 de caballería, 10 de artillería, 2 de ingenieros y 8 de cuerpos destacados. Su fuerza se eleva á 100,496 hombres, sin contar los estados mayores; y los soldados se reunen, ya por alistamientos voluntarios, ya por medio de la suerte, en la que solo entran los súbditos musulmanes. De la buena voluntad con que van á servir pude juzgar en uno de mis viajes al interior, viendo llevar á los que llamaríamos

nosotros los quintos, que iban á sus cajas respectivas, atados como criminales, y conducidos entre bayonetas. El servicio activo dura cinco años, y despues permanecen siete en *rédif* ó reserva, durante los cuales celebran frecuentes asambleas y ejercicios, recibiendo mientras duran estos soldada y racion. Este rédif ó reserva forma, por lo tanto, en realidad un segundo ejército, compuesto de igual número de hombres y con las mismas divisiones y organizacion que el *nizam* ó ejército activo, por lo que puede en rigor hacerse subir el ejército de la Puerta á un efectivo de cerca de 300,000 hombres.

El ejército regular está dividido en seis cuerpos llamados *Ordou*, de los cuales uno forma la guardia imperial, hallándose los cuarteles generales de los demás diseminados por las principales ciudades del imperio, y mandado cada uno de ellos por un *muchir*, ó general, que tiene á sus órdenes dos ó tres *fériks*, ó mariscales de campo, y un número proporcionado de brigadieres, llamados *livas*.

En caso de necesidad el ejército activo puede aumentarse con un número indefinido de tropas irregulares, cuyos voluntarios, conocidos con el nombre de *bachi-bozuchs*, con su turbulencia y su insubordinacion, son mas perjudiciales que útiles en los ejércitos turcos.

La remuneracion de las tropas regulares, como sucede tambien en mas de un Estado en Occidente, no está en relacion de las necesidades y del trabajo de los jefes, oficiales y tropa. Mientras el sueldo, al cual se agrega el *taïn*, ó racion, asciende en los oficiales generales á cifras enormes, en los inferiores apenas alcanza para cubrir las precisas necesidades. Entre sueldo y raciones un muchir cobra 68,000 reales mensuales, un liva 8,000, y el *iuz bachi* ó capitan, y el *mulazim* ó teniente, solo algunos efectos de equipo y una mensualidad que no pasa de 320 reales para el primero y 200 para el segundo; mezquindad en las remuneraciones que bien á las claras se revela en el porte y traje de los oficiales subalternos, el mejor de los cuales cambiaria su posicion y su uniforme con el último de nuestros sargentos. La manera de marcar los grados difiere esencialmente de los ejércitos europeos, pues consiste en insignias que llevan en el pecho á manera de condecoraciones; y

que hay que tener cuidado para no confundirlas con las concedidas al mérito, que toman el nombre genérico de *nichan*.

El traje del ejército regular turco consiste en un pantalon rojo, levita abrochada, fez y fornituras, traje que con razon se dice hubiera podido haber estado mas en armonia con las costumbres y las tradiciones orientales, aunque la organizacion hubiera sido enteramente á la europea, como sucede con las tropas inglesas de la India y con los pintorescos zuavos del ejército francés.

La marina otomana, antes del incendio de su escuadra en Tchesné, en 1770, componíase de navios pesados y de carabelas, cuya anticuada construccion los hacia de difícil gobierno. Desde aquella época, y durante un largo periodo de diez y nueve años, estuvo el imperio casi puede decirse sin armada, hasta que, en 1789, Selim llamó ingenieros navales franceses y suecos, los cuales, auxiliados con cuanto pudieron necesitar por el celo y el patriotismo del almirante ó capitan pachá Husseim, construyeron en seis años una numerosa escuadra, que fué destruida en gran parte en el combate de Navarino. La energía é inteligencia de Husseim reparó bien pronto aquel desastre, y en 1851 la flota turca constaba de tres navios de 130 á 120 cañones; cuatro de 90 á 74; seis fragatas de 61 á 40; diez corbetas de 26 á 22; catorce brick-barcas de 20 á 12; seis fragatas de vapor; y veinte y ocho embarcaciones menores. Destruida de nuevo en parte, en Sinope, cuando la guerra de Crimea (1854), ha sido enteramente reconstruida desde aquella fecha, y contaba en 1867, 163 buques, la mayor parte de vapor, en esta forma: 52 fragatas, de las cuales cinco eran acorazadas, 19 navios de vela y 92 barcos menores de todas clases.

La armada turca está mandada, como ya indicamos, por un almirante ó capitan pachá, cinco contra-almirantes, tres brigadieres y ocho coroneles ó capitanes de navio de segunda clase; contando en sus diferentes buques de guerra con 2,370 cañones y 40,000 soldados y marineros.

Cuando estuvimos en Constantinopla, visitamos, con el comandante de la *Arapiles* y los oficiales que le acompañaron, el arsenal, y pudimos persuadirnos, por lo que nosotros vimos y por la autori-



J. Acevedo cromolit. Lit. de J. M. Mateu, Madrid

MUGERES DE LA CLASE MEDIA,
los viernes en las aguas dulces de Europa.

zada opinion de aquellos entendidos marinos, de que los turcos han llevado á la construccion naval todos los adelantos de la época. En una magnifica grada cubierta estaba en construccion una fragata acorazada, toda de hierro, de doble fondo, del sistema celular, perfectamente trabajada, y en las factorias del mismo establecimiento vimos fabricar planchas de blindaje de 18 centimetros de espesor, tan buenas como las mejores procedentes de Inglaterra.

En el Bósforo encontramos fondeada una fuerte escuadra turca acorazada, compuesta de trece buques en completo estado de armamento, y, segun nos informaron, el gobierno otomano tenia el pensamiento de aumentar considerablemente su fuerza naval.

En la orilla del Asia estaban tambien construyendo algunas baterias para cañones de grueso calibre, que puedan en todo caso impedir el paso del Bósforo á quien pretendiese intentarlo, y no es dudoso, decia el comandante de nuestra fragata en vista de los adelantos que en construccion naval alli encontramos, que si la ocasion se ofreciese contarian los turcos con excelentes torpedos que harian muy peligroso el atravesarlo.

Tanto aparato militar en dicho canal y en los Dardanelos, parecian indicar precauciones de próxima guerra, que en efecto no tardó mucho tiempo en estallar. La prediccion del comandante español cumplióse pronto, pero desgraciadamente para Turquia, que se lanzó á la lucha confiada en falaces alianzas, todo su valor y la pericia de sus generales han sido inútiles ante su constante enemigo, el coloso del Norte, que pretende anularla, y cuyos soldados penetraron al fin en Constantinopla, aunque sin atreverse, por temor á las demás potencias de Europa, á declararla conquistada, sino como garantia para la paz, que en los momentos en que publicamos estas lineas parece definitivamente ajustada.

Si del estudio de la organizacion de aquel pueblo, pasamos al de sus medios de subsistencia, á las fuentes de la riqueza pública, encontramos que existian hasta hace pocos años dos inconvenientes dificiles de remover para el desarrollo de la riqueza y de la industria, en los feudos militares de que ya hemos hablado, y los bienes de las mezquitas. Los primeros quedaron reunidos al dominio del Estado, cuando Maha-

mud destruyó la antigua organizacion del ejército: para hacer lo mismo con los segundos le faltó audacia. Estos *vakufs*, ó bienes de las mezquitas, equivalen á las dos terceras partes de la propiedad territorial, están exentos de impuestos, y confiados á colonos que pagan á la mezquita respectiva una renta, destinada á la dotacion del ulema y á la conservacion de los edificios. Aunque no es nuestro ánimo, ni la ocasion oportuna, de entrar en la cuestion de los perjuicios que á la agricultura y á la industria produce el estancamiento de la propiedad en las que, no sin razon, se han llamado manos muertas, apuntaremos al menos que, como la experiencia ha demostrado en otros paises, en el imperio otomano ejerceria beneficiosa y rápida influencia en el desarrollo de la agricultura la sustitucion del particular á la comunidad, del propietario al colono. Un gran paso ha dado el gobierno turco para los adelantos de este importante ramo de la riqueza pública, base y raiz de todas las industrias y las artes útiles: la ley de 1868, que reconoce á los europeos el derecho de poder ser propietarios en los territorios otomanos, lo cual antes les estaba prohibido; si bien burlaban la prohibicion, poniendo los bienes en cabeza de sus mujeres, madres y hermanas, cuando éstas pertenecian á la nacion turca. La pacífica conquista de la tierra por medio del arado y la esteva, realizará con las conquistas de la inteligencia, andando el tiempo, lo que no conseguirian sino con inútiles sacrificios de millones de hombres en los campos de batalla, las impacientes é insaciables ambiciones de los conquistadores.

Debido á la falta de estímulo, y á las cualidades especiales del carácter musulman, ni las admirables condiciones de fertilidad de aquel suelo, donde fácilmente pudieran cultivarse las plantas del antiguo y del nuevo mundo, ni las facilidades que para la exportacion y el comercio de cabotaje le dan sus mil cien leguas de costa, son estímulos bastantes para sacar á la agricultura del estado de postracion en que se encuentra en Turquía, hasta el punto de poderse decir, que relativamente son nulos sus productos. La explicacion de este fenómeno, dice á este propósito un escritor extranjero, no puede encontrarse ni en una disposicion particular de la raza otomana, cuyo carácter es antes que todo guerrero y pastor, mas que dado á las pacientes y penosas

tareas de la agricultura, ni á las prescripciones del Coran, que al contrario la honran y tienen en grande estima. Hay que buscarla en otras numerosas causas, de las cuales es la principal la falta de estímulo, por ser casi todos los que labran las tierras colonos de las mezquitas y no propietarios; en la casi nulidad de conocimientos teóricos y prácticos; la falta de brazos y de capitales; la escasez de caminos; y la exorbitancia de los impuestos y exacciones arbitrarias, que á pesar de todas las reformas introducidas en la administracion turca subsisten, matando en el productor todo estímulo, y agotando los gérmenes de su actividad. Una observacion de Tchihatchef, viajero de toda fé, da la medida exacta del decaimiento en que se encuentra la agricultura en aquellos paises. Un espacio de 60 millas cuadradas que se extiende desde Caraman al Singario y al lago salado Tutehly, apenas tiene 50 millas cultivadas. Nosotros mismos, al recorrer desde Beyrut á Damasco y despues á Balbek, las fértiles llanuras que separan al Líbano del anti-Líbano, quedamos maravillados de ver convertido en abrumador desierto, numerosas leguas de rica tierra vejetal, que pudieran convertirse en fertilísimos y productivos campos. Así la produccion del trigo en Turquía, evaluada en un total de 75 millones de pesetas, de la cual se exporta una cuarta parte, no es mas que la décima de lo que se podria cosechar. Las producciones expontáneas del suelo apenas se utilizan, y los bosques se entregan al primero que los solicitan sin mas obligacion que el pago de un 3 por 100 sobre el producto de la venta. Tal estado de cosas no ha podido menos de llamar la atencion del Sultan y de sus consejeros, que han comprendido la necesidad de adoptar apropiadas medidas para el mejoramiento de la agricultura; pero el estado del Tesoro y la constante inquietud en que les tienen las guerras exteriores, no extinguidas cuando de nuevo amenazando, esterilizan los mejores deseos de los gobernantes turcos.

En la industria manufacturera, el imperio otomano poseia en los primeros años de este siglo centros industriales de la mayor importancia, que, aunque no á la altura en que estuvieron, todavía sostienen un buen nombre, y mas lo elevarian si lograsen introducir sus productos á precios convenientes en los mercados europeos. Dierbekir y

Brusa producen todavía sus renombrados terciopelos, satenes y finísimas telas de seda, que desafian en delicadeza á los mas finos tejidos de la India; Bagdad sus célebres estampados, sus curtidos, su cerámica y su orfebrería; Alepo sus renombrados tejidos de oro y seda, de seda y algodon, y aun de algodon solo, de cuyos tejidos tuvo hasta 40,000 artefactos; Scutari y Turnovo en Europa sus muselinas, de las que logró contar mas de 2,000 telares; Samukou y Fagnitza sus hierros forjados; Damasco, Mostar y Travnik sus preciadas armas; San Stéfano, sus estampados; Angora, Chio, Salónica y Smirna sus tejidos comunes, sus tapices, guarnicionería y papeles; pero distan mucho de ser en cantidad de productos lo que fueron, aunque no desmerezcan en calidad, como ha podido observarse en la última Exposicion universal de Paris. Los sultanes y su gobierno han procurado alentar la industria creando fábricas imperiales de paños y de sedería en Nicomedia, fundiciones con altos hornos en Constantinopla, y tejares ó fábricas de ladrillos en Buyukdere; pero nada basta á contrarestar la competencia extranjera, que llena de géneros, principalmente ingleses, los mercados turcos, llevándose en cambio á bajos precios, para venderlos á muy altos en los mercados europeos, los productos de la industria oriental. Tanto por esto, como por sus relaciones con la India, se concibe el empeño que los ingleses tienen en conservar su influencia en los consejos de los sultanes. Tambien ha contribuido mucho al decaimiento de la industria manufacturera en Turquía la reforma del traje oficial, que ha hecho disminuir en una proporcion incalculable el consumo de las vistosas y ricas telas de que antes se componian los suntuosos vestidos turcos. Pero lo que la civilizacion ha hecho perder á aquellos industriales, á la civilizacion debieron y podian cobrarlo con usura, procurando se les abriesen los mercados europeos, donde la fácil moda, que tanta predileccion mostró siempre por los bellísimos y poéticos productos de la artística industria oriental, les daria mas valor del que tuvieron siempre en las épocas de su mayor apogeo.

El comercio, poderoso auxiliar de la industria, ofrece en Turquía mayor actividad, que fácilmente comprendimos, viendo los innumerables buques de vela que, además de los vapores, pasaban diariamente

por el Bósforo hácia el mar Negro, y los que se encontraban fondeados en su costa europea. Los de bandera italiana eran los mas numerosos, y despues seguian los griegos, los austriacos y los franceses; pero el comercio mas importante lo hacen los ingleses por medio de buques de vapor, y parece increible que el cambio de productos que se realiza por aquellas costas dé ocupacion á tan inmenso tonelaje, confesando ingénuamente que no teniamos cabal idea de la importancia de su comercio, hasta que hemos conocido el interior del Mediterráneo.

Honda pena nos causaba ver que nuestra nacion estuviese tan completamente agena á este movimiento, que ni en uno solo de aquellos buques tremolase la bandera roja y gualda, lo cual demostraba el hecho cierto, de que no existe relacion comercial alguna entre nosotros y los paises de Oriente. Plegue á Dios que algun dia sigamos la senda que nos tienen trazada los demás pueblos de la Europa culta, y que llevemos á aquellas fértiles comarcas nuestras producciones, dando de este modo fomento á nuestras fábricas y á nuestra marina mercante, de la misma manera que lo efectúa la Italia, que tanto tiene de comun con nuestra España, y cuya bandera, en cuanto al número de buques, es quizás la primera en aquella navegacion hasta dentro del Danubio.

«La España es completamente desconocida en todo el Archipiélago, en toda la Turquia y en el mar Negro; y así ha debido suceder desde que el descubrimiento de América nos abrió las regiones occidentales, donde la conquista de gloriosos laureles á tanta costa adquiridos nos hizo olvidar el camino de Oriente, tan trillado por nuestros antecesores; pero tiempo es ya de que, reconociendo los verdaderos intereses de la patria, procuremos recuperar nuestra vitalidad, allí donde podemos encontrarla sin tener que hacer otra cosa que quererlo; y donde no tropezaremos á cada paso con una raza ingrata que nos pague en ódio y malos procederes la sangre incalculable que nos debe, y el sacrificio que hicimos por verla próspera y feliz de nuestra industria y de nuestro bienestar.» (1)

Á pesar del aspecto de actividad que ofrece el movimiento de los

(1) Palabras del comandante de la *Arapiles* en el «Diario de Navegacion» de nuestro viaje.

puertos turcos, la falta de documentos oficiales dificulta la evaluacion aproximada del comercio interior de Turquía. Á falta de datos oficiales, Mr. Collas, en su obra sobre *La Turquía en 1864*, lo eleva á la cifra de 500 millones de francos, cifra que no parece inverosímil. El valor de los cambios entre la Turquía y las provincias tributarias, escepcion hecha del Egipto, es, en números redondos, de 92 millones, de los cuales cerca de 82 corresponden á la Moldo-Valaquia y 10 á la Servia. El comercio exterior, que en 1846 daba una suma de 430 millones, comprendidas en el cálculo la importacion y la exportacion, subió en 1865 á 1,200 millones. Hasta fin del último siglo, á consecuencia de la parte activa que la Francia tomó en los acontecimientos de Oriente y de su marcada proteccion al imperio turco, ocupó en el comercio de importacion, sobre todo en tejidos de lana y algodon, preferente puesto, que se ha ido dejando usurpar por Inglaterra, ocupando el segundo lugar, así como el tercero el Austria y la Italia.

Los principales buques de vapor que, pertenecientes á diversas empresas, se ocupan en el transporte y tráfico, son los de la Compañía otomana; de las Mensajerías Marítimas francesas; de la inglesa Peninsular y Oriental; del Lloyd austriaco, y de la Compañía rusa.

El número de buques de vela es casi incalculable por la falta de exactitud en los registros de entradas y salidas de buques, y varía según las circunstancias políticas, y la demanda de los artículos que de allí se exportan á los mercados occidentales.

Para el comercio terrestre interior, el medio general que se conocia á la época de nuestro viaje, aunque empezaban á plantearse coches para viajeros en alguna comarca de la Siria, y ferro-carriles que despues enumeraremos, es el de las caravanas, que durante todo el año atraviesan en todos sentidos el territorio del imperio turco, recordando la arriería de nuestra pátria. Hay dos caravanas, sin embargo, mas renombradas que las demás, y que reunen un doble carácter mercantil y religioso. Nos referimos á las que parten cada año de Damasco y del Cairo para la Meca, la primera de las cuales se aumenta considerablemente con los peregrinos que van de Constantinopla, y que tardan

ochenta dias en llegar á Damasco, empleando otros cuarenta en ir desde esta ciudad al venerado término de su viaje. El número de peregrinos no baja de 60 á 70,000, y á ciertas costumbres de estas caravanas, que habrán de ocuparnos mas adelante, se debe en gran parte el desarrollo de enfermedades epidémicas, principalmente el cólera.

Como ya indicamos, tambien la Turquía ha empezado á construir vias férreas, en cuyo adelanto, como en muchos otros, se le ha anticipado hace tiempo el Egipto. Sin hablar de la Rumanía, que tiene ya cubierto su territorio por una red casi completa de ferro-carriles, ni de la Servia, que tambien tenia el suyo en construccion, los hay tambien de Rutchuk á Varna, de Kustendjé á Tcherna-voda, de Smirna á Cassaba y á Aidin, y en construccion estaba en Constantinopla, el año que nosotros la visitamos, la línea que debia unirla á Andrinópolis; existiendo en la actualidad otras en proyecto y en ejecucion, para enlazar la capital del imperio turco á la vasta red de los ferro-carriles europeos.

De épocas anteriores hay caminos ordinarios, practicables solo para caballerías, donde se encuentran casas de posta. Estas vias, cuyo conjunto llega á 25,920 kilómetros, son las que sirven para los correos á caballo; servicio postal ejercido por tártaros, y cuya organizacion, debida á Reschid-Pachá, funciona en quince líneas, ocho en Europa y siete en Asia (1). En las costas, el servicio postal se hace además por las líneas de vapores que ya hemos designado.

La instruccion pública no se encuentra tan descuidada en Turquía como generalmente se supone. Además de las escuelas griegas, armenias, israelitas y otras de que en breve hablaremos, hay establecimientos musulmanes, en cuya organizacion y clases, claramente se ve la influencia europea, como si quisieran desacreditar el injusto proverbio griego, que dice, «ignorante como un turco.» Hasta el año de 1845, en que se estableció una *Universidad otomana,* llevando á la instruccion pública del imperio, las ideas de reforma que ya hemos

(1) De estas líneas, siete parten de Constantinopla, para Salónica y Janina, Andrinópolis, Smirna, Alaïa, Damasco, Cesárea de Capadocia y Diarbékir; tres de Andrinópolis para Galatz, Widin y Monastir; una de Filippópoli para Belgrado; una de Komanova en Bósnia; otra de Monastir para Scutari de Europa; otra de Diarbékir para Bagdad; y otra, en fin, de Trebisonda para Erzerum.

visto se habian infiltrado en el espíritu de los sultanes para todos los ramos de la administracion, la instruccion, concentrada en los ulemas, habia sido exclusivamente religiosa y literaria, pero religiosa sobre todo.

Desde aquella época la instruccion primaria fué declarada obligatoria y gratuita, recibiendo el maestro un sueldo fijo, producto generalmente de los *mektebs* ó donaciones especiales de los turcos, que comprenden toda la importancia de este primer grado de la instruccion pública, la cual allí abraza las enseñanzas de lectura, ortografía, cálculo, moral y religion y escritura, siendo esta de las mas difíciles para un turco, pues se halla dividida en multitud de variantes, segun que se trata de la transcripcion del Coran, de actos jurídicos, de lectura, ó de registros de comercio. Así, el que lee y escribe correctamente, es llamado por sus convecinos *uqumuch*, y considerado como letrado y sabio en la sociedad turca, lo mismo que en la árabe y persa (1).

Hay en Constantinopla cerca de quinientas escuelas primarias, frecuentadas por 30,000 discípulos de ambos sexos, llegando la cifra de estos en todo el imperio, el año de 1863, época hasta la cual tenemos datos, á 493,885 discípulos.

Despues de cuatro ó cinco años que pasan los alumnos en estas escuelas primarias, pueden ser admitidos en los *Mektebi-ruchdié*, ó escuelas de adolescentes, donde se da la instruccion secundaria, que comprende las lenguas persa y árabe, composicion y estilo, historia religiosa otomana y universal, geografía, aritmética y elementos de geometría. Esta instruccion, como la primaria, es tambien gratuita, corriendo por cuenta del Estado el pago de los profesores, y la adquisicion de libros y material de enseñanza.

(1) Las diversas especies de escritura usadas en Turquía son las siguientes:

El Nessick, carácter reservado para el Coran y para los libros sagrados.

El Suluz, dedicado á las inscripciones decorativas.

El Diwani, para los actos oficiales.

El Tâlik, para los actos jurídicos.

El Siakâh, para los asuntos burocráticos de la Hacienda.

Y por último, el Rek'â, escritura de comercio y de correspondencia particular.

Las escuelas de los pueblos pobres ofrecen un aspecto particular, que fielmente representa la adjunta lámina, valiéndose el maestro de la caña tradicional, todavía en uso en las escuelas de niñas de algunos pueblos de España, llamadas, *Amigas*.



J. Cebrian litº   Lit. Donon. Madrid.

COLUMNA LLAMADA SERPENTINA,
en la plaza At-Meidan, ó del Hipódromo
en Constantinopla.

La instruccion superior ocupa especialmente la atencion del gobierno turco, hasta el punto de enviar personajes distinguidos á Francia, Inglaterra y Alemania, para estudiar el mecanismo de sus escuelas y universidades. Resultado de estos estudios fué el establecimiento de la Universidad y de escuelas especiales, de las cuales la primera, si bien tiene alguna analogía con otras de Occidente, presenta la particularidad de que entre sus asignaturas se halla comprendida la caligrafía; enseñanza importante en un país, donde, como acabamos de ver, hay tan diferentes clases de escritura, se imprime poco, y no puede enseñarse en las escuelas de instruccion primaria mas que la Rek–â, ó escritura vulgar. Hay además escuela de administracion, escuela burocrática, escuela normal, escuela militar, escuela de artillería y de ingenieros, escuela de marina, escuela de agricultura, y, en fin, escuela de medicina, la cual es la única en que se admiten discípulos de cualquiera religion que sean. Para ingresar en las demás es preciso justificar que profesan los aspirantes la religion mahometana. Los profesores de la escuela de Medicina son casi todos europeos; la enseñanza se da en francés, y tienen una seccion dedicada á la Farmacia, habiendo sido la primera que ha publicado un Diario especial de sus estudios, titulado: *La Gaceta médica de Constantinopla.* Tambien ha servido de base á la sociedad imperial de medicina, formada durante la guerra de Crimea, y patrocinada despues por el Sultan, que ya ha publicado algunas interesantes memorias.—La enseñanza de facultad, segun una ley promulgada en Octubre de 1869, se compondrá de las facultades, de Letras, comprendiendo en ellas la Filosofía y la Moral; de Derecho; y de Ciencias naturales, físicas y matemáticas. Esta misma ley ha reorganizado completamente toda la enseñanza pública, estableciendo escuelas primarias á cargo de las municipalidades en cada pueblo ó aldea; escuelas primarias superiores en los burgos ó villas pequeñas; escuelas preparatorias en las villas de mas importancia; liceos imperiales en las capitales de vilayeto ó valiato; y escuelas especiales, establecidas la mayor parte en Constantinopla.

Además de atender el gobierno turco á la reorganizacion de sus escuelas, comprendiendo la gran importancia de facilitar los medios de

instruirse á todos los asociados, ha aumentado el número y la riqueza de las bibliotecas públicas. Cerca de mil hay de propiedad particular, pertenecientes á mezquitas, colegios y escuelas, en las que no es permitida la entrada, pero existen cuarenta que se abren al público, cinco dias á la semana. Estas bibliotecas se componen casi únicamente de manuscritos en vitela, encuadernados en tafilete rojo, negro ó verde. El título, está repetido en el canto como en los libros europeos, y en el corte, y los volúmenes se colocan de plano en armarios, con vidrieras ó alambrados. Todas estas bibliotecas tienen catálogos que puede consultar el lector, así como tambien sacar extractos de estos manuscritos y aun copiarlos. Hay personas enteramente dedicadas á hacer estas copias, lo cual, antes de la introduccion de la imprenta en Turquía, era una ocupacion muy lucrativa. La mas célebre de estas bibliotecas es la del Serrallo, de que volveremos á hablar en la parte descriptiva de este capítulo; siendo notable la inscripcion colocada en lengua árabe á la entrada de la biblioteca de la mezquita de Mahomet II, escrita para rechazar el cargo tan generalmente hecho á los musulmanes, de ser enemigos de la instruccion y de las luces. *El estudio de las ciencias es de precepto divino para los verdaderos creyentes.*

Comprendiendo tambien el gobierno turco la grande importancia de los trabajos de clasificacion en las bibliotecas, ha establecido cinco grupos, en el órden siguiente: Escritos sagrados ó Teología; Jurisprudencia; Filosofía y Ciencias; Poesía; é Historia. De estos grupos, los que presentan carácter mas especial, son los dos últimos, puesto que las bibliotecas de Constantinopla encierran tesoros de poesías pérsicas, de donde tomaron origen todas las musulmanas, con sus místicos acentos de éxtasis piadosos, de lánguidos amores, de elegías y de lirismo soñador y contemplativo; de poesías turcas, didácticas, morales, sentenciosas, pero poco delicadas; y de árabes, vivas, ardientes, conmovedoras, llenas de accion y de aventuras, y escritas, á tajos, segun la feliz expresion de Luis Enault. Importante es tambien el ramo histórico, que comprende crónicas y biografías, unas y otras de gran precio, por su prolija minuciosidad, lo que las hace muy útiles como documentos para

la historia del pais, á pesar de su estilo enfático y metafórico, y de su falta de crítica y de plan.

La imprenta turca no se introdujo en Constantinopla hasta 1727, reinando Achmet III, aun cuando ya habia en aquella ciudad, de mucho tiempo atrás, imprentas armenias, hebreas y griegas. No poca resistencia del refractario espíritu de la vieja Turquía, tuvo que vencer el emperador, pero sobreponiéndose á todo su voluntad enérgica, ayudado por el Gran visir Ibrahim, y la cooperacion del jefe de los ulemas, que expidió su fetva aprobándola, decretó el establecimiento de la imprenta imperial en Constantinopla, el 5 de Julio de dicho año, autorizando la impresion en ella de toda clase de obras, excepcion hecha únicamente del Coran y demás libros canónicos. Desde entonces trabajó sin interrupcion, durante 29 años, hasta que, triunfando la política reaccionaria, estuvo paralizada durante otros 27. Impulsada de nuevo en 1783, por Abdul Hamid, ha seguido funcionando hasta el dia, produciendo multitud de volúmenes, referentes casi todos á enseñanzas científicas.

Tambien el periodismo ha tenido representantes en Turquía, desde que el francés Verninhac, enviado extraordinario de la República, en 1795 imprimió en Pera, en el palacio de la embajada, una *Gaceta francesa,* hasta los últimos diarios turcos, árabes y persas que se publican en la capital, y algunos en provincias, además de los que ven la luz, en francés, en italiano, en aleman, en inglés, en griego, en hebreo, en armenio y en búlgaro, ascendiendo el número total de periódicos y revistas á 47, de los cuales 39 ven la luz pública en Constantinopla (1).

Además de los establecimientos musulmanes de instruccion, existen en el imperio turco otros establecimientos de enseñanza, griegos, slavos, búlgaros, albaneses, armenios, armenios unidos, israelitas y otras escuelas europeas, de las cuales no creemos deber omitir alguna ligera noticia.

En las escuelas griegas hay cuatro diferentes grados: instruccion

(1) De esos periódicos y revistas, 11 están escritos en lenguas orientales (turco, árabe y persa), 9 en armenio, 10 en griego y búlgaro, 1 en hebreo, 5 en francés, y 3 en italiano, aleman é inglés.

primaria, en la que se sigue el sistema de la enseñanza mútua; secundaria; superior; y por último, la de la Gran escuela nacional. La enseñanza primaria se encuentra en casi todas las parroquias, siendo el *papa* ó cura, un diácono, y por excepcion un seglar, los que dan esta primera enseñanza elemental, limitada á la lectura y el catecismo. La enseñanza secundaria se recibe en las escuelas llamadas *helénicas*, que solo se hallan en las ciudades principales, ó en colegios particulares; la instruccion superior, en tres establecimientos que existen en Constantinopla y en la isla de Khalki; y, por último, en la gran escuela nacional, especie de escuela normal superior, se forman los profesores para todas las escuelas griegas del imperio.

Mucho mas atrasados los slavos, búlgaros y albaneses, apenas tienen en la Bósnia y en la Herzegovina una escuela por cada cien pueblos; escuelas donde solamente enseñan á leer, escribir y algo de aritmética, monjes y sacerdotes.

Á manera de los griegos, cada parroquia armenia tiene su escuela de instruccion primaria, costeadas por asociaciones libres de los principales vecinos; cincuenta y dos de estas escuelas existen en Constantinopla, donde concurren cerca de 4,000 niños y 2,000 niñas. En cambio, para la enseñanza secundaria, solo cuentan con el colegio Chahnazarian-Nubarian, en el barrio de Constantinopla, llamado Khass-Keuï, donde concurren próximamente ciento treinta alumnos, limitándose á esto la enseñanza pública, pues no tienen la superior.

Los armenios unidos sostenian en 1866, en Constantinopla, 11 escuelas, frecuentadas por 643 alumnos de ambos sexos, de las cuales, ocho eran de instruccion primaria, dos estaban dirigidas por los Mekitaristas de Venecia y de Viena, y la última, establecida en Orta-Keuï, daba una enseñanza mas general y de ampliacion.

Los israelitas tenian en 1869, en la misma capital del imperio, 29 escuelas primarias elementales, cuatro superiores, y un establecimiento de segunda enseñanza. En las provincias, los rabinos de segundo órden dan tambien una instruccion elemental, y solo la reciben mas completa en establecimientos anejos á las sinagogas, sostenidos por donativos particulares, los jóvenes que se destinan al sacerdocio.

Con razon se ha dicho que los israelitas en Turquía forman, lo mismo que en Africa, la parte mas ignorante y miserable de la poblacion, encontrándose solo algunos que alcanzan mayores conocimientos por haber sido educados en capitales europeas.

El espíritu de caridad y de verdadero amor cristiano y católico, se revela sobre todos los demás establecimientos de enseñanza que hay en Turquía, en los dirigidos por los lazaristas, las Hermanas de la Caridad y los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Los primeros tienen un colegio en Bebek, ribera de Europa; las segundas han abierto en su casa central de Gálata una escuela gratuita que da la instruccion primaria á quinientas niñas, y un establecimiento análogo anejo al hospital francés de Pera, donde acuden doscientas cincuenta; y los últimos, otras dos escuelas tambien gratuitas, en Pera y Gálata, á las que concurren quinientos alumnos. Sin contar estos establecimientos, existe en cada parroquia una escuela gratuita de niños. Las Hermanas de la Caridad tambien dan instruccion secundaria á ochenta y cinco jóvenes. Las damas de Lyon tienen además en Pera otros dos establecimientos, la escuela de S. José, donde cien niños pobres reciben instruccion elemental gratüita, y una casa-pension de instruccion secundaria, que tiene una sucursal en el barrio Kadi-Keui, y que cuenta 140 discípulos. Escuelas análogas se han establecido en Smirna, Angora y Damasco, cuyo crédito va cada vez mas en aumento, por la inteligente direccion que los tiene á su cargo, y los establecimientos de caridad para males y desgracias físicas á que van unidos, aplicando así los santos beneficios de aquella divina virtud, al mismo tiempo al cuerpo que al alma.

No terminaremos estas noticias referentes á la instruccion pública en el imperio turco, sin consignar un merecido recuerdo á la escuela nacional austriaca, al colegio nacional italiano, al bizantino y á las escuelas americanas, inglesas y prusianas, que tambien existen en Constantinopla, así como al Liceo Imperial de Galata-Seraï, compuesto exclusivamente de profesores franceses, que dan en francés la enseñanza de multitud de asignaturas de letras y ciencias.

Tantas fuentes diversas de instruccion están ya produciendo en aquel imperio sus naturales efectos. Todos los que desempeñan cargos oficia-

les, han sido educados á la europea, y raro es hallar un súbdito turco de mediana riqueza, que no posea el conocimiento de dos idiomas además del suyo, y nociones nada vulgares de Geografía y de Historia. Las mujeres de la colonia europea, aunque hayan nacido en aquel pais, aumentan sus gracias naturales con los encantos que les presta una instruccion sólida, á que sirve tambien de base el fecundo conocimiento de los idiomas; estudio para el que hemos observado tienen especial aptitud los hijos de aquel pais, aptitud que se desarrolla fácilmente con el roce continuo de tantos y tan diversos extranjeros como se encuentran á cada paso en Constantinopla, y en las demás ciudades del imperio turco.

Y ya que de las varias gentes que allí afluyen hablamos, creemos oportuno dedicar algunas líneas á dar á conocer á nuestros lectores las diversas razas que pueblan el vasto imperio otomano, y que podemos dividir en, raza turca; armenia; semítica, representada por los judíos; slava; greco-latina, é india.

Los turcos, pertenecientes, como los hunos, á la poderosa raza scítica, despues de luchar con los chinos y con los persas, sirviendo de aliados á los romanos, ya hácia los fines del siglo sexto, sintieron la natural influencia de la civilizacion árabe y aun de la cristiana, modificándose hasta el tipo scítico primitivo, que se convirtió en el que conserva esta raza, cuyos rasgos principales son la nariz aguileña, la prominencia de los huesos maxilares y de los pómulos, la barba negra, y mas lácia que rizada, y el color generalmente moreno. Moradores en un principio sus antepasados de las llanuras de Copchac, en la Gran Tartaria, un numeroso grupo de la misma raza ocupó en el Asia Media el gran territorio cuadrangular que tiene por centro el Lago Aral, y por límite, al Poniente el mar Caspio y al Saliente las cadenas del Bolor. Durante muchos siglos se fueron extendiendo y tomando diversos caractéres, en relacion con la naturaleza que les rodeaba, la cual, como acontece siempre, influyó poderosamente en su carácter, convirtiéndose en tranquilos labradores, los que habitaban las orillas del Lago ó de los rios que en él afluyen, mientras los que vivian en cantones estériles, trocábanse en pastores nómadas, que llevaban sus rebaños aquí

ó allá, en busca de sustento. Corriendo el siglo IX, una de aquellas tribus, conducida por Seldjuk, dirigiéndose al Oriente penetró en el rico país de Samarkanda, y mientras las tropas de Mahamud, el primer príncipe de Oriente que tomó el título de Sultan, se extendía por la India, Seldjuk, se apoderó del Mawarannahar, atravesó el Oxus, y pidió y obtuvo tierras en el Korassan, al mismo tiempo que por conviccion, ó por cálculo, ó por ambas cosas á la vez, segun sus diferentes condiciones de inteligencia y de ambicion, abrazaban sus gentes el islamismo.

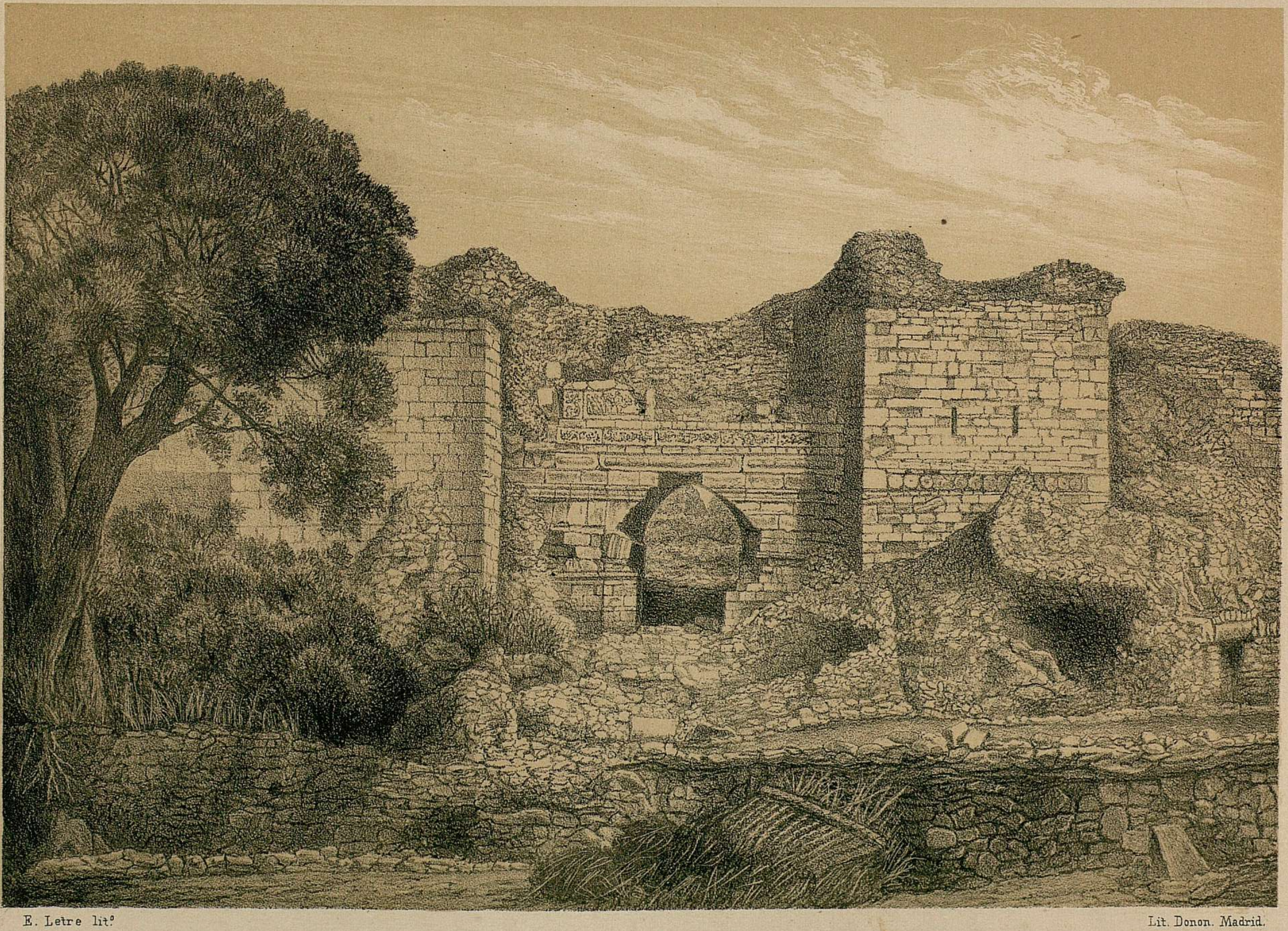
Un nieto de Seldjuk, Togrul-Bey, levantó su trono en Nischabur, y arrojando á los Ghaznididas á la India, despues de dos señaladas victorias, viendo así aseguradas sus fronteras por el Oriente, quiso dilatarlas por el Oeste, é invadió el Khowaresm, el Djordjan y el Irak-Adjimi, pudiendo apoderarse fácilmente en Bagdad, del califa Caïem, combatido por todas partes, así por los visires rebeldes, como por los emires de la Siria, y por los fatimitas del Egipto. Togrul-Bey, que era sinceramente religioso, hasta el punto de levantar mezquitas en todas las ciudades que conquistaba, trató con la debida consideracion y respeto al contrariado jefe de la religion muslímica, y alcanzó el pago de su buen obrar, recibiendo de este el poderío temporal de todos los estados del Islam, al mismo tiempo que se ponia bajo su proteccion, dándole aquella investidura con fastuosa pompa y conmovedoras ceremonias, en que bien claramente se reflejaba la influencia de prácticas análogas para las investiduras reales, en los estados cristianos de Occidente (1).

Entusiastas y guerreros los súbditos del nuevo soberano, que de tal manera compartia el supremo poder del Islamismo con el califa, bien pronto vencieron á los griegos, á los que conquistaron el Asia Menor, extendiéndose con la denominacion de Seldjucidas, por su primer caudillo Seldjuk, desde el Indo al Bósforo.

(1) Togrul-Bey, seguido de sus capitanes, que habian dejado sus armas para aquel acto, en señal de respeto, entró en el divan del califa, y se prosternó y besó el polvo delante de él, colocándose despues sobre un trono que se habia colocado al propósito, mientras un katib leia el *firman* que lo declaraba en nombre de Alah, señor supremo de todos los musulmanes. El califa le ciñó despues una espada magnífica, y le puso dos coronas en la cabeza, aludiendo á los dos hemisferios de que se le declaraba soberano, y despues le vistió siete túnicas de honor, y le presentó siete esclavas nacidas en las siete comarcas diferentes, entonces sometidas al imperio musulman, proclamándolo en seguida los heraldos en altas voces, soberano de Oriente y de Occidente.

La muerte sorprendió á Togrul en medio de sus ambiciosos proyectos, pero su sobrino Aly-Arslan, que le sucedió, invadió la Cilicia y sometió á los georgianos, viéndose en breve soberano de toda el Asia central; y Dios sabe hasta donde hubiera llegado con sus afortunadas empresas, si el puñal de un asesino no hubiera cortado su existencia. Su hijo Malek-Schah, no solo fué digno sucesor de tan esforzado caudillo, sino que con razon está considerado como el príncipe mas grande de su raza, distinguiéndose como guerrero y como legislador, y llevando á Bagdad y á todo su imperio los beneficios de una civilizacion, hasta entonces desconocida. Fundador de colegios y de mezquitas; protector de la agricultura y del comercio; para cuyo desarrollo y progreso abrió canales y extendió fecunda red de caminos públicos; reformando el calendario persa, cuya exactitud es aun hoy mas estimada que la de la misma reforma gregoriana, sus armas victoriosas avanzaron hasta el Bósforo, conquistando todo el pais que se extiende entre la Gran Armenia, la Georgia, el mar Negro, el Mediterráneo, la Albania y la Pequeña Armenia, dando así origen á la Turquía asiática. Aquel vasto y poderoso imperio, sin embargo, desmembróse con la division á la muerte de Malek, pues parece condicion característica de las razas orientales el saber combatir y conquistar, pero no organizar ni sostener un estado. Declarándose independientes, como acostumbraron hacerlo siempre los gefes de aquellas regiones y especialmente los mahometanos, tan luego como falta la voluntad poderosa que ha logrado imponerse al sentimiento individual y egoista de los que la estaban sometidas, se lanzaron á todos los horrores de la guerra civil, facilitando de este modo á otras gentes envidiosas de su poder, el triunfo, que, á permanecer unidos, no hubieran podido alcanzar. Así fué, como los mogoles, que aunque pertenecientes á la misma gran familia scítica, se habian conservado en el fondo de la Tartaria, extraños á los adelantos de toda cultura, cayeron sobre el Asia á manera de huracan devastador, siendo vanos cuantos esfuerzos hicieron los seldjucidas, reunidos bajo la conducta de Djelab-Eddin para oponerse á su marcha invencible.

Por aquel tiempo, otro gefe de hordas, Soliman-Schah, de la raza



E. Letre lit.º Lit. Donon. Madrid.

PUERTA LLAMADA DE LA PERSECUCION
en Efeso.

de los tártaros Oquzienos, levantaba en las orillas del mar Cáspio y en el pais de Mérushahjan donde mandaba, su insignia guerrera, bajo la cual pronto vió reunidos mas de 50,000 hombres, con los cuales penetrando en la Armenia, llevó sus conquistas hasta el Eufrates, ahogándose en este rio al querer vadearlo con su caballo. Sus cuatro hijos, Ertrogrul, (corazon recto), Sungur–tekin, (el alcon blanco), Fundogdi (sol saliente), y Dunidard, (el de la voz sonora), se dividieron sus conquistas y su ejército, volviendo el segundo y tercero hácia el mar Cáspio, donde queda su historia envuelta en nebulosidades legendarias, mientras el primero y el último se establecieron en Syrmalyzukur, donde murió Dunidard, quedando solo Ertogrul, que subyugó todo el pais comprendido entre Alepo y Cesarea, donde estableció el islamismo.

Al avanzar hácia Occidente, encuentra dos ejércitos combatiendo, uno el de los restos de los turcos Seldjucidas, mandados por Aladino, sultan de Iconio, y el otro las bandas mogolas de Gengiskan y de Octaï. Como viese Ertogrul, que los turcos comenzaban á retroceder, movido por un poderoso sentimiento de nobleza, se puso al lado del más débil, con el cual por otra parte, le unian parentesco de raza y comunidad de orígen; y bien pronto la victoria se declaró por los turcos, obteniendo Ertogrul, de Aladino, en justo premio de sus servicios, honoríficas recompensas y extensos y hermosos territorios, en la antigua Leuca. Fiel siempre al sultan de Iconio, le consiguió todavía multitud de victorias, dejando al morir colmado de gloria y de bendiciones, un hijo mayor, de nombre Osman, llamado á oscurecer con sus hazañas y virtudes propias, el renombre heredado de su padre. Veinticuatro años tenia escasamente cuando le sucedia, y Aladino, le daba título de Emir, enviándole como insignias de su cargo el Tabl–Alem, ó sea el estandarte con la media luna de plata, el tambor, instrumento músico tomado de los tártaros, y la cola de caballo; concediéndole, al mismo tiempo, la facultad de batir moneda, y que su nombre se repitiera en la plegaria de la mezquita, para impetrar en su ayuda el favor del cielo.

Osman, á quien dieron el sobrenombre de Kara, que quiere decir

negro, por el color de su barba, sus cejas y sus ojos, bien pronto se distinguió combatiendo al lado de Aladino contra las tribus que se le rebelaban; y como poco despues el sultan de Iconio pereciese miserablemente en una mazmorra de Constantinopla, á donde le arrojó con maldad insigne el emperador bizantino, cuando acudió á él en demanda de socorro contra nuevas hordas de tártaros mogoles que le amenazaban, y pereciese tambien en breve combatiendo, su sucesor Mazud II, declarándose á su muerte independientes todos los emires, Osman, despues de 27 años de continuas batallas y de victorias, obtenidas tanto sobre las tropas bizantinas como sobre multitud de comarcas, hasta el extremo del Asia menor, y de haber devastado las orillas del mar de Mármara, fijó su residencia sobre una pintoresca eminencia del Monte Olimpo, á cincuenta leguas al S. de Brussa, llamada Afium-Kara-Hisar, (la Negra del ópio), (1) muriendo en Sugut, á la edad de 69 años, en el momento de recibir la grata nueva, de que su hijo Orkhan, acababa de conquistar á Brussa, capital de la Bithinia. Veinte y seis años iban apenas corridos, de la décima cuarta centuria de nuestra era, cuando el gefe de los Osmanlis, exhaló su último suspiro bendiciendo á Dios, y dejando á la posteridad grandes virtudes que alabar, y un sepulcro venerado que miran con religioso respeto los que se enorgullecen con llevar su nombre.

Y decimos se enorgullecen, porque los turcos miran hoy casi como una injuria se les llame turcos, nombre que reservan para las tribus tártaras, de donde en último caso ellos tambien descienden, llamándose en su lugar, con verdadero engreimiento de raza, *osmanlies*.

En toda la plenitud de la vida, á los 35 años, sucedió Orkhan á su padre Osman, y fiel á sus sábios y postreros consejos, despues de establecer la silla de su imperio en Brussa, afirmó sus amistosas relaciones con los emires de su misma raza que se habian declarado como Osman, Príncipes independientes de sus respectivos valiatos, á

(1) Los osmanitas ú osmanlis, que de una y otra manera se llaman, en recuerdo de Osman, cuentan aquella ciudad en el número de las sagradas, porque fué el patrimonio primitivo, la casa solar, por decirlo así, de Osman. Este nombre de tan melódica eufonía, tiene, sin embargo, un significado bárbaro, pues quiere decir tanto, como, el quebrantador de piernas. Osman, verdadero fundador del imperio turco, tenia una particularidad, que le distinguia de todos los jefes militares de su ejército. Sus brazos, como los del rey persa Artaxerxes, eran tan largos, que le bajaban hasta mas abajo de las rodillas.

la muerte de Mazud, y seguro ya de las alianzas de sus hermanos en religion y orígen, dirigió sus primeros esfuerzos contra las últimas posesiones de los griegos en el Asia menor, y aprovechándose de las disensiones de los bizantinos, se apoderó de Nicomedia y de todas las plazas fuertes de la Bithinia, tomando por asalto á Nicea, así como despues á Pergamo, la antigua capital de Atalo.

Rodeado de merecida gloria militar, y comprendiendo que los pueblos mas necesidad tienen de organizacion que de insensatas conquistas, ayudado noblemente por su hermano mayor Aladino, que á pesar de haberse visto prostergado por la voluntad de su padre, comprendiendo y apreciando las relevantes cualidades de su hermano rehusó compartir con él el imperio, y aceptó solo el cargo de visir, fundó importantes establecimientos públicos, así religiosos, como de caridad y de enseñanza, y organizó el ejército, que hasta entonces habia consistido solo en bandas de caballería irregular, convocadas cuando eran necesarias, sin tener casi en cuenta las fuerzas de infantería, dando á esta toda la importancia que tiene como verdadero nérvio de los ejércitos. Para ello la dividió en dos clases, compuesta la primera de soldados regulares y permanentes llamados *piadés*, con soldada y racion fijas, y otra de compañías irregulares convocadas solo en caso de necesidad, llamadas *azebs*, ó ligeras, que tenian derecho á racion pero no á sueldo; y para unos y otros estableció cierta uniformidad de traje, sobre todo en el tocado (1), que consistia en un casquete rojo rodeado de bandas de muselina formando el turbante, tocado especial que recibió el nombre de *bérek*. Dividida tambien la caballería en regular é irregular, formaba la primera en un principio un cuerpo compuesto de dos mil cuatrocientos hombres llamados *sipahis*, y constituian la segunda, bandas, que solo acudian al ejército al declararse la guerra y ser llamados á las armas. Estas bandas irregulares eran las mas temidas de los enemigos por sus crueldades, y sus soldados eran conocidos con el nombre de *akindjy*, así como su jefe con el de *tschausch*, palabra que mas tarde fué sinónima de verdugo.

(1) El tocado constituyó en todos tiempos uno de los mas lujosos atavios de los orientales, que por medida higiénica se afeitan la cabeza. Los griegos del Asia, llevaban y aun llevan, gorros bordados de seda y oro, cuya moda se introdujo en Europa y en España usándose como tocado para el interior de las casas, con el mismo nombre de, gorro griego. Los seldjucidas llevaban su casquete rojo, rodeado de bandas de muselina de colores vivos que formaban el turbante.

Todas estas tropas de nueva creacion sufrian dificilmente el yugo de la disciplina, y para sujetarlas é imponerse con fuerza segura, establecieron los príncipes hermanos, que con tanto acierto procuraban organizar su imperio, un cuerpo escogido, cuyos individuos quisieron no estuviesen ligados con vínculos de parentesco ni de raza á los turcos, para lo cual los escogieron de entre los cautivos cristianos mas jóvenes y de mejor constitucion y aspecto, á los cuales bien pronto con seducciones ó amenazas se les hizo abjurar la verdadera fé y seguir el mahometismo; guardia escogida á la que el dervich Hadji-Begtasch, del órden de los Estáticos, dió el nombre de yeni-tscheri ó tropa nueva, cuando Orkhan fué á presentarle una comision de sus recientes soldados á nombre de los demás, para que recibiese la guerrera institucion sancion religiosa y nombre adecuado, de aquel respetable religioso que hacia vida contemplativa en un convento de Amasia (1).

Con el apoyo de este cuerpo escogido, Orkhan pudo continuar con mas seguridad sus reformas, comenzando por retirar el sueldo á los piadés, dándoles en su lugar terrenos en feudo, á condicion de que estuviesen prontos al primer llamamiento para la guerra: dividió sus estados en *sandgiaks* ó banderas, poniendo al frente de cada una de estas regiones, análogas á nuestras capitanías generales, á un sandgiakbey, señor de la bandera, formando varias de estas regiones la provincia, que obedecia á un pachá (2). La administracion de justicia se

(1) Aunque no hemos podido inquirir de una manera cierta, el orígen de que los yeni-tscheri ó genízaros usaran títulos y distintivos propios de las cocinas del sultan, ampliando lo que ya digimos, vamos á dar á conocer á nuestros lectores algunas noticias acerca de la organizacion de aquella extraña tropa, que andando el tiempo habia de ejercer tan decisivo influjo en las revoluciones del imperio. Estaban divididos en arranchados ó *marmitas*, y los oficiales tomaban su denominacion de la de los diversos empleados de las cocinas. Así habia *espumadores* y *aguadores*, como en nuestras tropas cabos y sargentos. Vestian túnica de paño moreno sujeta á la cintura con un cinturon de acero, y llevaban en la cabeza el bérek de los piadés, pero en lugar del turbante, el casco blanco de fieltro, estaba rodeado con una circunferencia de cobre dorado, que coronaba la frente. Una pequeña espumadera de madera colocada delante, hacia las veces de pompon ó plumero, y el tocado de los oficiales consistia en un alto gorro de fieltro blanco, cilíndrico y esféricamente redondeado por arriba, al que llamaban *uskuf*, gorro ó manera de morrion moderno que, enriquecido de pedrerías, fué durante muchos siglos el tocado predilecto de los sultanes. Los genízaros llevaban además una ancha banda que les caia del bérek hasta la cintura, en recuerdo de la ámplia manga del derrvich que les dió nombre, porque al apoyar su mano en la cabeza de uno de los soldados la manga del venerado religioso caia naturalmente sobre las espaldas del soldado. La bandera que Orkhan dió á los genízaros como á los sipahis ó caballería regular, era roja, con la media luna del profeta, y el sable de Omar, que como algunos antiguos persas, tenia dos puntas.

El color rojo no era el del profeta, que habia escogido el amarillo para sus banderas, porque amarillo es el color del oro y del sol; los fatimitas prefirieron el verde, color de la expléndida naturaleza de los valles; los omníades el blanco, emblema de la luz del dia; los abasides el negro, emblema de la noche; y Osman el rojo, por la sangre vertida en los combates.

(2) Pachá, quiere decir, pié, manera figurada de expresar que los pachás son como los piés del soberano.

hallaba á cargo de un cadi, ó juez, que residia en la capital del sandgiakato.

Tales trabajos de organizacion no le impedian atender á los asuntos exteriores de Europa, interviniendo mas de una vez en los disturbios de la familia imperial bizantina, inclinándose ya del lado del príncipe, ya de Cantacuceno; y como se encontrase viudo á la sazon de su primera mujer Nilufer, pidió y obtuvo la mano de la hermosa Teodora hija de Cantacuceno, presentando con tal motivo las aguas de Galata espectáculo deslumbrador; pues una escuadra de treinta velas, ricamente empavesada, llegó hasta el Bósforo en demanda de la hermosa prometida, mezclándose por tal medio, segun la frase de un escritor contemporáneo, la sangre azul de los scitas con la bermeja de los césares.

Mientras Cantacuceno dirigió el vacilante imperio bizantino, Orkhan, contuvo sus ambiciosas aspiraciones contra los griegos, pero tan luego como cesó aquel en el mando, el sultan juzgóse desligado de todo compromiso, y desde entonces comenzó activamente la lucha, cuyas vicisitudes á grandes rasgos, hemos visto en el número de este capítulo destinado á los recuerdos históricos que la visita de Constantinopla despierta en el viajero, lucha que terminó con la toma de la capital del Bósforo por Mahomet II, siendo desde entonces objeto de continuas alarmas, celos y ambiciones para Europa los señores de la Sublime Puerta (1).

Tal es en abreviado apunte el orígen é historia del engrandecimiento de aquella altiva raza, cuyos caractéres fisionómicos ya hemos apuntado, y cuyos individuos se distinguen fácilmente por la pesadez de su marcha, debida al hábito de sentarse sobre las piernas y á la costumbre de llevar doble calzado. Entre el pueblo, y sobre todo en los hombres dedicados á trabajos activos y de fuerza, encuéntranse, sin embargo, individuos ágiles, de prodigiosas fuerzas y de mas elevada talla que la generalidad de los turcos, cuya estatura es mediana por punto ge-

(1) Este nombre data de la época de Orkhan. Como este hiciera de la fortaleza de Brussa su residencia habitual, la puerta de entrada enriquecida con varios y vistosos ornatos del arte arábigo-bizantino, recibió el encomiástico nombre, propio del lenguaje figurado de los orientales, de, *Sublime Puerta*, nombre que por antonomasia se dió despues al gobierno de los sultanes.

neral. Tambien se hallan, sobre todo entre la gente bien acomodada, muchos que todavía adolescentes alcanzan una obesidad extraordinaria, lo cual depende, ya de las mezclas de razas otomana y georgiana, ya del empobrecimiento de la sangre de sus madres, que, debido á la vida de indolente reposo y de retraimiento que hacen, las convierte en linfáticas á predominio.

Aquellas mujeres, sin embargo, son hermosas, sobresaliendo en ellas el tipo de la Georgia, como que allí, por su mayor belleza se buscaron siempre con preferencia las compañeras, ó mejor esclavas de los turcos; hermosura que ofrece mezclados los tipos de nuestras valencianas y malagueñas, en el pálido mate de la limpia tez, y en la correccion de las lineas de las primeras, y en la brillantez de los negros ojos de las segundas, que parecen mas negros y mas brillantes en las turcas, por la blancura del velo que las cubre el resto del rostro, y que hace mas deseada su belleza, por la atraccion irresistible que á todo lo desconocido, ó conocido apenas, presta el misterio.

Los turcos tienen aspecto altivo y lo son en efecto, habiendo desarrollado y sostenido en ellos esta manifestacion de la soberbia humana la costumbre de dominar á razas que juzgaron, por haberlas vencido, mas inferiores; pero esta cualidad del carácter turco se ha modificado con los reveses que la mudable fortuna les ha hecho sufrir en los últimos tiempos, y hoy tienen mayor afabilidad y cortesía con los que no son de su raza, conservando además las buenas condiciones de probidad, buena fe, observancia de las leyes y de los contratos, y animadora hospitalidad.

—Despues de la raza turca, ocupa preferente lugar por su número en el imperio otomano, la raza armenia. Proviene de la comarca que les da nombre, en el Asia occidental, cuyos hijos, desde remotos tiempos, sostuvieron continuas guerras con sus vecinos, en las cuales casi siempre fueron vencidos, sin perder sin embargo, y á pesar del yugo de extranjeras dominaciones, los caracteres esenciales inherentes á toda nacionalidad. Sus limites han variado á consecuencia de las mismas guerras, pero siempre se designó con aquel nombre en mayor ó menor extension la comarca montuosa de las altas mesetas compren-

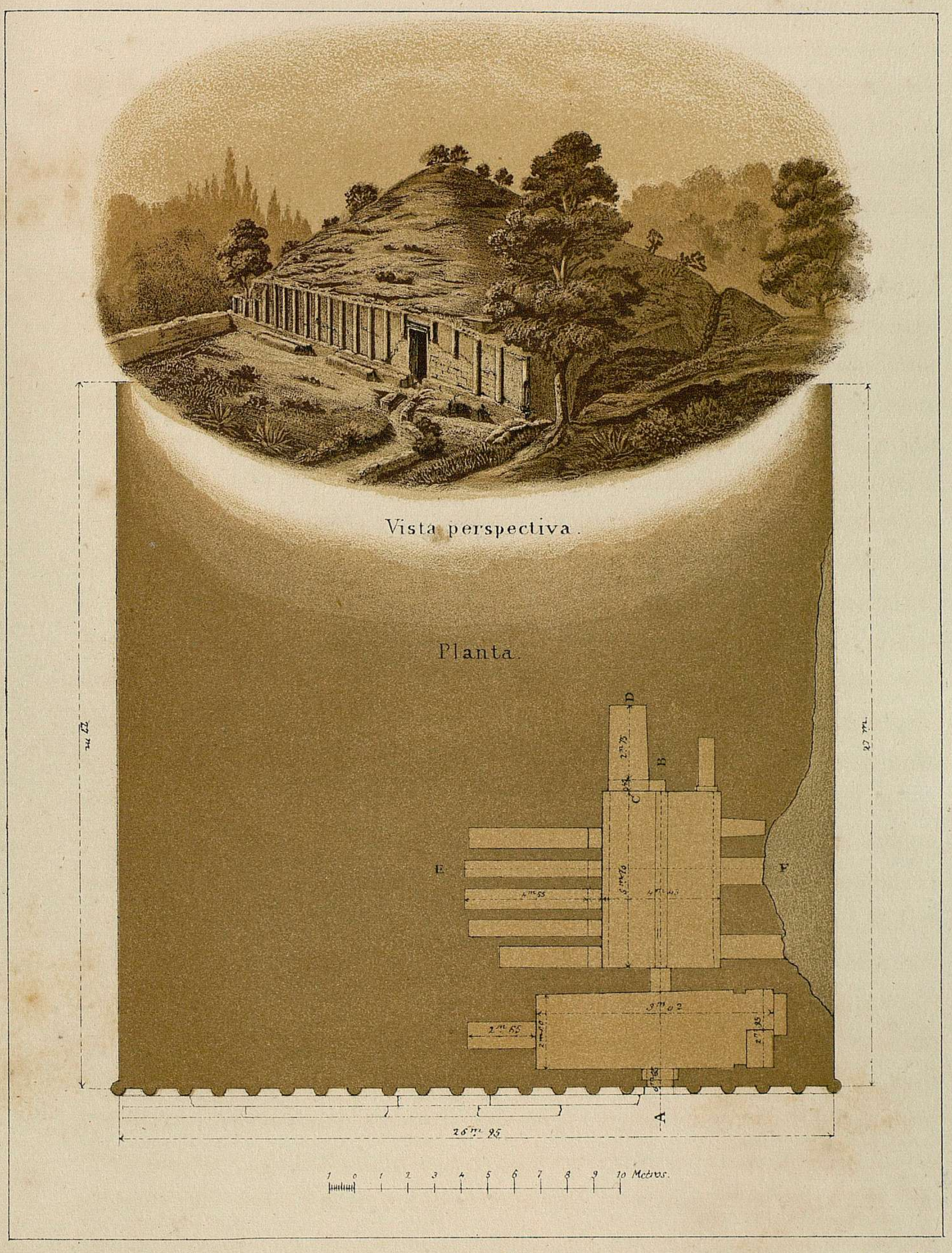
didas en las cuencas superiores del Araxus, de los dos Eufrates, del Tigris y del Tchoruk, entre las que sobresale la llanura especialmente llamada de Armenia, coronada por el monte Ararat, las montañas que rodean la cuenca interior del lago Van, y las que la enlazan por el O. con las cordilleras del Asia Menor, y hácia el NO. con las del Cáucaso. Los armenios presumen ser una de las naciones mas antiguas del mundo, y lo son en efecto, pretendiendo descender de Haïg, nieto de Noé, que de su nombre dió al país el de Haïasdan, nombre que perdió por el de Armenia, tomado de Aram ó Armen, uno de sus reyes conquistadores, que vivió diez y nueve siglos antes de J. C. Son generalmente de talla elegante y de fisonomía inteligente; viven formando dilatadas familias, pues siempre procuran enlazarse con mujeres de su misma raza; y llevados por su especial aptitud para el comercio y la industria, se han extendido considerablemente, no solo por el imperio turco, sino desde la Hungría y la Italia hasta la China, del Turquestan al Niger. Segun la exacta descripcion que de ellos hace Lamartine, «los armenios son una soberbia raza de hombres, vestidos noble y sencillamente con una larga túnica azul, anudada al cuerpo por un chal de cachemira blanco. Sus formas son atléticas, sus fisonomías inteligentes aunque vulgares, el color encendido, los ojos azules, la barba blonda. Laboriosos, apacibles, de religiosa exactitud pero calculistas y astutos, ponen su genio traficante al servicio del Sultan ó de los turcos. Nada de heróico ni de belicoso en aquella raza humana; el comercio es su genio, y lo harán bajo el dominio de todos sus señores. Son los cristianos que simpatizan mejor con los turcos. Sus mujeres, que en los puros perfiles de sus rostros, aunque mas delicados, recuerdan la belleza tranquila de las inglesas ó de las campesinas de las montañas helvéticas, son admirables.» Esta descripcion, exactísima para los armenios del litoral y de los grandes centros de poblacion, no lo es tanto para los que se hallan léjos, en paises donde los llevan los independientes instintos del comercio, los cuales participan del carácter de las razas entre las cuales viven.

Los armenios suponen que ya tuvo noticia y hasta alguna relacion con Jesucristo su rey Abgar, y hablan tambien de predicaciones del

apóstol Tadeo; pero puede asegurarse que hasta principios del siglo IV no se introdujo el cristianismo en aquel pais, siendo el primer patriarca de Armenia, San Gregorio, el Iluminador. Aquellos creyentes se separaron bien pronto de la iglesia griega y de la latina, negando, por una falsa interpretacion de las decisiones del concilio de Calcedonia, el dogma de las dos naturalezas de Jesucristo, y sin caer en los errores de Eutyches, consideraron las dos naturalezas como existentes en realidad, pero unidas y fundidas en una sola. Tienen tambien teorias especiales acerca de la Eucaristia, el matrimonio, los sacerdotes, etc. Hay, sin embargo, 50,000 armenios católicos, sometidos, como ya indicamos, á un Patriarca que reside en Constantinopla, y los demás reconocen por gefe al *Católico*, que reside en el convento de Etchémiadzin, (Armenia rusa), sin embargo, de que hay gran parte que considera como tal, á otro patriarca que vive en la isla Akh-Thamar, del lago de Van, en la Armenia turca.

La Armenia á la época de nuestra visita estaba dividida entre la Rusia y la Turquia, siendo las principales ciudades de la Armenia rusa, Erivan, Etchémiadzin, Nakhtchivan y Urdabad. La Armenia turca formaba el Eyaleto ó Valiato de Erzerum; pudiendo considerarse tambien como comprendida en la region armenia una parte del Kurdistan.

Los armenios, si hemos de creer á sus historiadores, vivieron independientes mas de dos mil años antes de Jesucristo, dominados por príncipes descendientes de Haïg, que reinaba por aquel tiempo. Fueron tributarios de la Asiria desde Semiramis hasta Sardanápalo, sufriendo despues la dominacion de los persas. Alejandro extingue la sombra de soberanía que conservaban los Haïganeos, siendo gobernada la Armenia por los Seleucidas; y despues, cuando la formacion del reino de los Partos, por una rama de la familia de los Arsácidas. La pequeña Armenia, al O., tuvo sus reyes especiales, quedando reducida á provincia romana, 75 años antes de Jesucristo. La Gran Armenia, ó sea la parte del E. tuvo cierto periodo de grandeza en tiempo de Tigranes II, aliado de Mitridates contra los romanos, pero bien pronto volvió á ser disputada su posesion por estos, los Parthos, y mas tarde por los persas Sassanidas, hasta que al acercarse á su fin el siglo IV de Je-



Velazquez dibujó y midió. *Estampon por J. Mateu.* *Kraus litº*

MONUMENTO SEPULCRAL EN LA ISLA DE RODAS.

sucristo, quedó dividida entre los dos imperios rivales, gobernándola por medio de príncipes tributarios. Los persas, sin embargo, lograron apoderarse de ella completamente el año 28 del siglo v, gobernándola por medio de un magistrado superior, al que apellidaron Marzban, ó sea, guarda de la frontera.

Sometidos al cristianismo, sufrieron los armenios terribles persecuciones; y no fueron menores las que experimentaron, cuando despues de la caida de los Sassanidas, quedaron sometidos á los árabes. En el siglo noveno, y por la poderosa iniciativa de los Pagrátidas, consiguieron cierta independencia, pero al fin del onceno cayeron bajo la dominacion de los turcos Seldjucidas, subsistiendo solo un pequeño reino bajo la proteccion de los emperadores griegos, que fué gobernado por veinticuatro príncipes, descendientes de Rupen I, desde 1080 á 1375; pobre dinastía que, unida en los últimos tiempos á los Lusignan de Chipre, quedó miserablemente destruida por la invasion de los Mogoles. Desde entonces, sometida ya á los turcos, ya á los rusos, que se disputan aquellas desgraciadas comarcas, han conservado, sin embargo, los armenios, su lengua de antiquísima procedencia, ruda, de extraños sonidos, perteneciente al grupo de las lenguas árias con mezcla de palabras semíticas ó arameas, su religion, rama del gran tronco cristiano, y sus recuerdos y tradiciones nacionales (1).

(1) En tiempo de los romanos la Armenia estaba generalmente dividida, en *grande Armenia* y *pequeña Armenia.* La primera, comprendida entre la Colquide, la Iberia oriental y la Albania al N., el Ásia menor al O., la Mesopotamia al S., la Media al SE. y la Asíria al E., comprendia un gran número de paises y de los cuales los principales eran, la Acilisena, entre el Eufrates y el Araxes, la Sofena y la Gordyena entre el Eufrates y el Tigris, y los paises de los Trochi, de los chalybos y de los Phasis, al N. y al NO. La pequeña Armenia, que al O. del Eufrates formaba parte de la Capadocia, fué sometida por los romanos, segun se ha indicado en el texto, el año 75 antes de Jesucristo, y dada á diferentes príncipes tributarios, hasta que Adriano la convirtió en provincia romana, siendo su capital Melitene. En el siglo IV de Jesucristo hubo dos provincias de Armenia en la diócesis del Ponto; la *Armenia primera,* formada con la parte NE. de la Capadocia, y N. de la pequeña Armenia, siendo su capital Sebasta, y la *Armenia segunda,* formada con el S. de la pequeña Armenia, que tenia su capitalidad en Metilene. En tiempo de Teodosio II, (428 á 451,) la parte de la gran Armenia cedida al Imperio, se llamó condado de Armenia, con Teodosiopolis por capital. Á la muerte de Justiniano en 565, se llamó á este pais la *Grande Armenia,* y el *Ponto* formó la *Armenia tercera,* siendo su capital Trebisonda; y habia además una quinta provincia armeniaca, ó pequeña Armenia, al E. del Eufrates, que formaba parte de la diócesis de Oriente.

En la Edad Media distinguiéronse mucho los literatos armenios, bajo la doble influencia del cristianismo y de la Grecia, principalmente en trabajos religiosos, haciendo notables traducciones de los libros santos, Isaac y Mesrob, cuyo ilustre discípulo Moisés de Khorene fué el historiador de aquel pueblo. Las traducciones de los padres griegos, libros de piedad, cronologia, historia y otras ciencias, se multiplicaron en los siglos siguientes, y la literatura armenia, casi desconocida en Europa, tiene notables trabajos y documentos preciosos para la historia religiosa y general del Oriente. Desde principio del siglo diez y ocho, y despues de un período de decadencia y de oscuridad, los esfuerzos de la sociedad religiosa de los Mékhitaris-

—Los judios, pertenecientes á la raza semitica, han conservado en Oriente, como en todas partes, caracteres físicos y morales indelebles. El comercio, y sobre todo el comercio al por menor, absorbe enteramente sus aficiones mercantiles. Estos descendientes del pueblo escogido, llamados primero hebreos, despues israelitas, denominacion que tomaron del sobrenombre de Jacob, y por último, judæi ó judios, en la época de la cautividad de Babilonia, porque el reino de Judá, perdió el último su independencia, ha sufrido las vicisitudes que todos conocemos por la Historia Sagrada; y desde la última destruccion de Jerusalen por Adriano, en el año 35 del segundo siglo de nuestra era, dispersos por toda la tierra, en vano han querido, durante mas de diez y ocho centurias, volver á constituirse en nacion, pesando sobre ellos el terrible anatema á que les hizo acreedores su inmenso crimen. Despreciados por los cristianos, perseguidos por los emperadores, fueron tratados siempre como proscritos, en los diferentes estados que fundaron las gentes del Norte, encontrando solo alguna mayor tolerancia entre los musulmanes, á quienes mas de una vez prestaron auxilio en sus conquistas. Dedicados al comercio con la proteccion de los califas de Bagdad y de Córdoba, cultivaron las artes y sobre todo las ciencias, aun cuando las persecuciones comenzaron con mas furor durante la lucha de las cruzadas, y en España de la reconquista, habiendo tratado muchas veces en vano de sustraerles al furor popular los obispos cristiànos, con caridad verdaderamente evangélica.

Considerados por todas partes fuera de la ley, viviendo en apartados barrios, perseguidos por el pueblo cuando los creian bastante ricos para apoderarse de sus bienes, siempre en continuo sufrimiento, sino en continua lucha, porque el judio apenas concibe la defensa propia, se han conservado, sin embargo, fieles á sus creencias religiosas y á sus costumbres especiales, notándose apenas en ellos la influencia de los pueblos entre quienes viven. Como apenas pueden poseer campos de

tas, órden establecida por Mekhitar (el que consuela) en la Isla de San Lázaro, cerca de Venecia, á principios del pasado siglo para la propagacion de la fé católica y de los estudios católicos entre los armenios, se ha operado una verdadera restauracion en la lengua y en la literatura armenia, trabajándose activamente en salvar las obras de sus antiguos escritores, y de darlas á conocer á la Europa culta.

labranza, no han podido continuar las buenas tradiciones agrícolas de los dichosos tiempos en que se establecieron en Palestina; conservando mejor aquel espíritu mercantil que tanto desarrollo alcanzó en la época de David y de Salomon, y que les hace reunir á veces pingües fortunas, alguna de las cuales ha llegado á considerarse como la primera del mundo. Estos ejemplos se encuentran, sin embargo, con mas facilidad fuera del imperio turco, que dentro de sus límites, por el temor que siempre tienen los judíos de ser víctimas del fanatismo musulman, excitado por la codicia. El mismo aislamiento en que viven en medio de las mas populosas ciudades, la tradicional repulsion con que por la generalidad son mirados, y el cumplimiento de una de sus leyes religiosas, que les obliga á no casarse sino con mujer judía, son causas de que conserven mejor que otros pueblos el tipo oriental de su raza. Su idioma, tan directamente enlazado con el árabe, el siriaco y el caldeo, aunque alterado durante la cautividad y mezclado con palabras de estos dos últimos idiomas, fué la lengua rabínica de la Edad Media, y se conserva entre los sacerdotes, hablándose muy poco por el pueblo, que mas bien se vale de la lengua turca. Los de Constantinopla y demás ciudades del Oriente, que recorrimos en nuestro viaje, hablaban castellano aunque muy italianizado y con giros mas propios de los siglos XV y XVI que de las épocas modernas; lo cual tiene fácil esplicacion por el poco roce que tienen con españoles y las muchas relaciones mercantiles que sostienen con los italianos, de donde ha resultado naturalmente, que siendo dos idiomas tan afines, el castellano de la época de la expulsion, que es el que aquellos judíos pueden conservar, se haya modificado por la influencia del italiano, que están oyendo hablar casi diariamente.

En cuanto á instruccion y condiciones sociales, los judíos en Oriente, por punto general, han llegado á un extremo de degradacion y de miseria indescriptibles. La costumbre de casarse demasiado jóvenes, la poca higiene que guardan tanto en sus vestidos como en sus habitaciones, mas por mezquina economía que por verdadera pobreza, y sobre todo, el hábito de la opresion, que todavía pesa sobre los israelitas en aquel imperio, principalmente en la Rumanía, han rebajado tanto el ca-

rácter de aquellos semitas, que imposible seria reconocer en ellos al pueblo, en que aun despues de la gran época de su historia, y de su dispersion por el mundo, sobresalieron los doctores de la escuela de Tiberiades, el rabino Judas Hakkadosch, autor de la *Mischna,* coleccion de tradiciones religiosas y de preceptos orales; el comentarista Asser, que escribió la *Gémara,* ó comentario, formando con ella el Talmud en el siglo VI; y tantos otros escritores como brillaron entre los judíos, y que dejaron ricos tesoros que explotar en literatura profana, así de leyendas como de cantos, lo mismo de poemas morales que de historias, de genealogías, que de obras científicas, entre cuyos escritores ocuparon siempre lugar preeminente los rabinos y sabios judíos de España.

—La raza slava, está representada en Turquía por los servios y los bosniacos, cuyas frentes convexas y cuadradas están revelando las buenas cualidades que les distinguen, de valor, formalidad, generosidad y prevision. Aunque económicos y guardadores, tienen menos ambicion personal que los griegos, y en su trato con los extraños siempre aparecen modestos y diligentes. Las mujeres, aunque no tan bellas como las armenias, tienen una regularidad de facciones que las hacen muy agradables, pero lo mismo que las de todas las razas orientales, se agostan en una vejez prematura, no proporcionada verdaderamente á la precocidad del desarrollo, aunque este sea mayor que entre los pueblos occidentales.

A la misma raza slava pertenecen los búlgaros, de mediana estatura, á excepcion de los montañeses, y sobre todo en la Macedonia, de cabeza menos abultada que los servios y bosniacos, pero tambien de frente cuadrada y rostro prolongado, nariz aguileña y aspecto altivo. Las mujeres suplen lo que les falta de belleza, con su genio jovial y gracioso.

Los montenegrinos, aunque tambien slavos, tienen muchos puntos de contacto con sus vecinos los albaneses, parecido físico y moral que encuentra fácil explicacion en las frecuentes alianzas de familias que entre unos y otros se celebran.

Todos estos grupos de la raza slava, una de las mas extendidas variedades de la indo-europea, traen á la memoria sus orígenes asiáticos, y sus primeros pueblos en Europa y sobre todo en Italia, bajo la deno-

minacion de *Wendes* ó *Venetos*, y en las orillas del mar Negro y del bajo Danubio, con las de *Jazyges*, *Bastarnos* y *Roxolanos*, que fueron sometidos por sus vecinos los romanos, macedonios, scytas, godos y hunos. El historiador de los godos, Jornandès, les da por vez primera el nombre de Slavos, que significaba, hombres ilustres, y que acabó por expresar la idea de vasallos y esclavos. A la época de la gran invasion de los bárbaros, los slavos estaban esparcidos entre el Vistula, el Theis y el Volga, y se dividieron en tres ramas. Los Wendos ó slavos occidentales avanzaron hasta el Elba, y se dividieron en Tchéques, que ocuparon la Bohemia; Leckes, Polèzes y Lettones, que se establecieron en la Polonia y la Lituania; Moravios en la Moravia; Sorabos, Wittzos y Obotritas en la Pomerania, el Brandeburgo, Meklemburgo y Lusacia. Los slavos septentrionales, ó *Antas*, se unieron á los finnenses del mar Báltico, y formaron el principal núcleo de la nacion rusa. Los slavos meridionales, ó *Esclavones*, se libraron de la dominacion de los hunos despues de la muerte de Atila; pasaron el Danubio, y se extendieron al Sur de este rio, desde el Adriático hasta el Archipiélago, con los nombres de bosniacos, servios, esclavones y croatas. En el siglo XIV los servios llegaron á constituir una importante nacion, y bajo la enérgica voluntad de su emperador Duza, sometieron la mayor parte de la peninsula helénica, y estaban á punto de fundar un nuevo y poderoso estado en Oriente, cuando Amurates I, destrozando á sus ejércitos en Cassova, les impuso el yugo de la dominacion turca. Los slavos del Oeste cayeron bajo el poder de Carlomagno, y despues de Otton I y de sus sucesores; y los del Norte formaron, dirigidos por algunos aventureros escandinavos, el imperio ruso, siendo sometidos primero por los mogoles y despues por los tártaros, hasta que recobraron su independencia por el esfuerzo de Ivan IV. Hoy la raza slava, en sus diversas agrupaciones, cuenta cien millones de individuos, de los cuales, setenta pertenecen solo á la Rusia, estando repartido el resto entre Austria, Prusia y Turquia. No todos profesan la misma religion, pues se dividen en católicos (17 millones), protestantes (2 millones), y griegos cismáticos (cerca de 80 millones), los cuales reconocen, los unos la supremacia religiosa del

Czar, los otros del patriarca de Constantinopla. La comunidad de religion y de raza, sirve de pretexto á la ambicion del emperador de Rusia, para propagar su política panslavista, que tiende á someter á su dominio todos estos pueblos.

— A la raza greco-latina pertenecen en Turquía los griegos, los zinzaros y los albaneses, de los cuales los primeros son bien conocidos, y ya nos ocupamos de ellos en el primer volúmen de esta obra. Los zinzaros forman una fraccion de la familia valaca moradora del Pindo, distinguiéndose solo del resto de su raza por sus costumbres nómadas; y en cuanto á los albaneses, lícito ha de sernos reproducir las palabras que Mr. Boué les dedica en su obra sobre la Turquía europea: «Acaso, escribe, son la mas hermosa raza de Turquía: se acercan mas á los griegos que á los slavos, y recuerdan los mejores tipos de los montañeses suizos por sus rostros ovales, su nariz larga y afilada, sus cuerpos mas bien delgados que gruesos, y sus formas elegantes. Los moradores sobre todo de la alta Albania, ofrecen ejemplos de perfiles idénticos á los de los soldados romanos, figurados en algunos arcos de triunfo de los primeros emperadores. Parecidos físicamente á los suizos, se les asemejan tambien en la facilidad con que sirven por dinero bajo pabellones extranjeros. A pesar de algunos ejemplos que pudieran probar lo contrario, se les considera como crueles y amigos del pillaje. Son vivos, inteligentes, espirituales, y sobre todo, aventureros. La hospitalidad es para ellos una religion; pero con demasiada frecuencia el bribandaje, que ha desolado las provincias de la Turquía y el Norte de la Grecia, ha tenido entre ellos su cuartel general. Las albanesas, sometidas á los trabajos mas penosos y á los peores tratamientos, son, sin embargo, cariñosas y risueñas. Su belleza, en las que pertenecen á familias bien acomodadas demuestra que, si llevasen una vida menos dura las mujeres del pueblo, serian tan hermosas como los hombres, á los cuales por punto general son inferiores. El uso del velo y de la separacion de las mujeres se observa con el mayor rigor entre los albaneses, aun siendo cristianos.»

Los albaneses, llamados por los turcos, *Arnuts*, y por ellos mismos, *Skipetars* (hombres de las rocas, montañeses), descienden de los Illi-

rios y de los Epirotas, y forman todavía dos poblaciones distintas y enemigas, que son los *Guègues* en la alta Albania, al Norte, y los *Toskos* en la baja Albania, al Sur. Con el nombre de *Stradiotas* se hicieron célebres combatiendo bajo las banderas venecianas. En el siglo XV, mandados por Scanderberg, resistieron heróicamente á los turcos, aun que tuvieron que sucumbir en la siguiente centuria; pero cristianos ó musulmanes, mas por la fuerza que por conviccion, vivieron siempre en eterna protesta contra sus opresores, lo cual no impide que, alistados como los antiguos suizos en España é Italia, por un sueldo fijo, bajo el pabellon otomano, sean los mejores soldados del imperio. — Á 1.600,000 habitantes asciende la poblacion de la Albania, de los cuales 200,000 son católicos, 500,000 griegos, y 900,000 musulmanes, que ocupan, en la vertiente occidental del Pindo, un pais inculto y agreste, mal regado por ramblas y torrentes, estéril aunque cubierto en parte de florestas, donde apacientan sus ganados de cabras, carneros y caballos albaneses, tan renombrados entre los orientales (1).

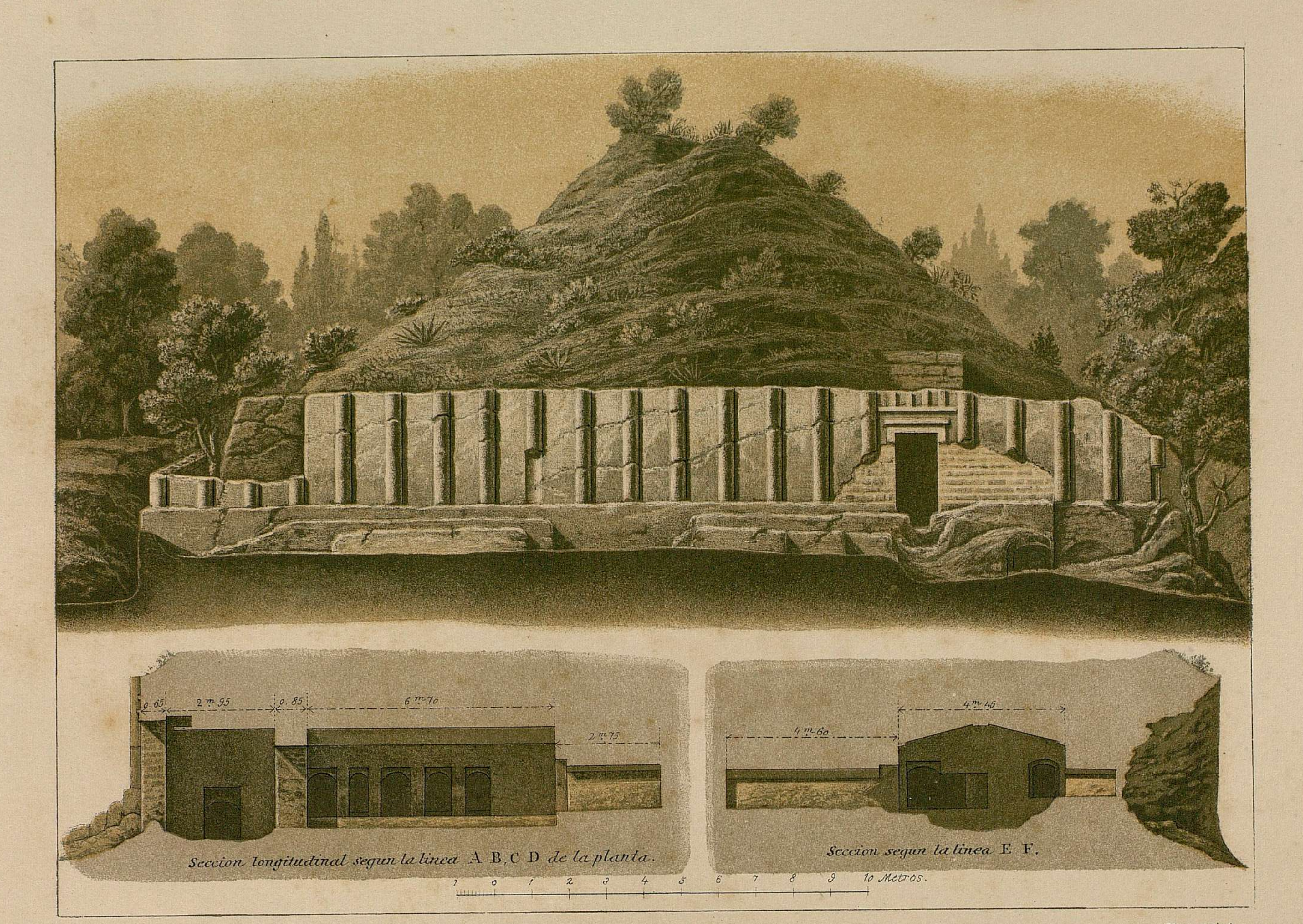
La última y mas original raza que puebla la Turquía es la india ó índica, á que pertenecen los Tchinghianés, extensa familia oriental de que se ven algunas ramas nómadas en Occidente, conocidas con el nombre de *bohemios* en Francia, de *gipsies* en Inglaterra, y de *gitanos* en España. Extranjeros en medio de los pueblos donde residen, huyen su sociedad y su civilizacion, y no presentan rastro alguno de historia política ó literaria, fuera del que ofrece el estudio de su idioma. Religiosos por conveniencia, sometidos á las leyes por su misma debilidad y por el temor de los castigos, hacen verdadera vida de salvajes, explotan á los pueblos donde residen, ó ganan con lo poco que les producen sus rudimentarias industrias, lo poco que tambien necesitan para su subsistencia. Sin jefe, excepcion hecha del que algunas veces les fijaba el gobierno turco para reglamentar sus impuestos anuales, se pasean con sus tiendas y sus caballos extenuados, de uno á otro extremo de aquel vasto imperio, acampando en los alrededores de las poblaciones, donde encuentran fácil despacho para los utensilios de cocina y algunos instrumentos

(1) Para la guarda de estos ganados tienen los célebres perros-pastores de Molossia.

de labranza, que hacen de hierro, cuya primera materia suelen tomar donde quiera que la encuentran, sin consideracion alguna á los sagrados derechos de propiedad. En esto, como en otros muchos detalles de la vida de aquellas gentes, se parecen á sus hermanos de España. Las mujeres, y principalmente las viejas, se pasean por las ciudades ó pueblos, diciendo la buena ventura; y los niños, en camisa (cuando la tienen), sucios y asquerosos, juegan delante de las tiendas de sus padres, ó piden limosna á los pasajeros. Á pesar de tan extrema pobreza, el tchinghiané, bajo su tienda, y en la intimidad de los suyos, se burla de todos los hombres civilizados y reniega de cuantos no pertenecen á su raza. Contribuye á este alejamiento, preciso es confesarlo, el desprecio con que en todas partes son tratados; si bien se observa, que á pesar de estar establecidos muchos de ellos, con domicilio fijo en las poblaciones, apenas han variado las condiciones que les distinguen.

La religion que profesan es tan superficial, que tanto los musulmanes como los cristianos, les tienen prohibido formar parte de toda gerarquia religiosa. Su inclinacion al robo, su astucia para el engaño, su vida errante de músicos ó de chalanes, sus festines y su propension á la embriaguez, les tiene alejados de toda sociedad medianamente culta.

Esta familia excepcional, cuyo origen es la India, segun lo ha demostrado el estudio de la filología comparada, rechaza el nombre de tchinghianés, que se da á sus individuos, y se denominan *romies*, ó hijos de la mujer (romni), pues así como nosotros nos llamamos hijos de Adan, ellos se llaman hijos de Eva. El origen de este nombre acaso se encuentre en el dios índico, *Râma*, cuyo culto tendrian en el Indostan, tomando de él dicha denominacion, para distinguirse, despues de su salida de la India, de los demás pueblos y de las demás religiones. Esta conjetura, propuesta por el diligente y erudito orientalista, Alejandro G. Paspati, tiene mas visos de verosimilitud, que la que supone, proviene aquel nombre de *rumi*, dado por árabes y turcos á los romanos ó cristianos, y con la cual por ampliacion designan tambien los indios á los turcos en general, aplicándoles el antiguo nombre *romaioi* de los bizantinos. El nombre de tchinghianés,



Velazquez dibujó y midió.

Kraus lit.

MONUMENTO SEPULCRAL EN LA ISLA DE RODAS.

que les dan los turcos, tiene su raiz en zeughi, sustantivo y adjetivo pérsico, que significa en etiópico negro ó negra, asi como zungeé, de donde ha nacido el aleman *zigeuner*, el valaco *zigano* y *zingano*, el búlgaro *tchiganin*, y el *zingaro* ó *zingano* italiano. Los griegos los llaman *gyphtos*, palabra con que designan á toda persona despreciable y avara, derivada de *agyptios*, de donde procede el español *gitano* y el inglés *gipsey*; siendo probable que el color de su piel les haya hecho dar aquel nombre, mas bien que su pretendido orígen del Egipto, porque todo induce á creer que los tchinghianés se introdujeron en Turquia y de ella en Europa, por tierra. Los griegos llamaron tambien á los tchinghianés *catzibelos*, mercaderes de toda clase de utensilios, de tegidos de mimbre, hierro, lata y sus análogos.

No es nuestro propósito referir en este lugar la historia de las emigraciones de aquel pueblo, sobre la cual puede consultarse el gran trabajo de Grelman y sus continuadores. Apuntaremos, sin embargo, que este autor, despues de haber expuesto de una manera clara y precisa su primera aparicion en Alemania, en 1447, las costumbres y los hábitos nómadas de tan extrañas gentes, determinó su afinidad con los pueblos índicos por la comparacion de la lengua de los tchinghianés con las indias, y principalmente la indostánica. Sobre la época de su llegada al imperio turco, se cree que entraron por la Tracia poco antes de la conquista turca, puesto que los historiadores bizantinos Chrisoloras, Khaleocondylis, Juan Ducas, Juan Cantacuceno, y Phrantzes, no hacen la menor mencion de ellos.

Aunque numerosos en todas las comarcas de la Turquía, así de la Rumelia y de la Anatolia como del Asia menor, puede asegurarse que, en la antigua Tracia, propiamente dicha, es donde se encuentran en mayor número; y aun cuando se carece de datos estadísticos acerca de tan extraños séres, se cree pasan de 200,000 los que hay en Turquia. Obedeciendo á su carácter nómada, hácia la mitad de abril ó mas tarde, si se atrasa la florida estacion, dejan sus *gyshlas*, ó cuarteles de invierno, y se dispersan por todas las comarcas cercanas, bajando algunos por el Norte de los Balkanes, hasta el Asia menor, mientras otros suben hácia el Norte de aquellas célebres cordilleras,

para bajar de nuevo á la mitad de octubre. Muchas familias hay que jamás salen de una provincia, la cual recorren, conociendo hasta en sus menores detalles todo el territorio, y lo que pueden necesitar sus labradores é industriales, que procuran proporcionarles, valiéndose de cualquiera clase de medios, pues para ellos es un axioma aquella inicua frase, de que todos son buenos si conducen al fin.

Los tchinghianés que, abandonando su vida errante, viven en las ciudades, son muy poco numerosos en relacion con los nómadas, existiendo entre unos y otros tal antagonismo y tal desprecio mútuo, que los sedentarios ó de las ciudades llaman bárbaros á los nómadas y se burlan de su pronunciacion ininteligible, ruda y áspera, de su desnudez y de su crasa ignorancia, mientras los nómadas á su vez, llaman á los sedentarios, *kalb tchinghianés*, ó sea falsos romies, vasallos ó esclavos, y otras frases no menos despreciativas. Este antagonismo no es solo debido al cambio de vida de los sedentarios, sino principalmente á la diferencia de religion, porque los nómadas son en su mayor parte musulmanes, y los sedentarios cristianos, aunque ni unos ni otros tienen gran fe en su respectiva creencia, porque la verdad es que apenas practican ni menos comprenden sus ceremonias y dogmas, aceptando tanto unos como otros únicamente los principios de una ú otra religion, cuando creen que de ello pueden sacar algun partido.

Como no hay regla general sin escepcion, algunas veces se encuentran tchinghianés cristianos entre los nómadas, que viven en mejor armonía que sus compañeros con los sedentarios y que hasta llegan á contraer matrimonio con las mujeres de éstos; pero, aunque errantes, viven separados de los otros nómadas.

Entre estos forman un grupo especial los llamados *zapari*, que son las gentes mas feroces de su raza, los cuales siguen la religion musulmana, y son toscos herreros durante el invierno, y saltimbanquis que enseñan osos y monos en las ferias y en las grandes ciudades. Tambien de ellos salen la mayor parte de los verdugos que hay en el imperio. Se les distingue entre todos los demás, por sus enormes tocados y sus anchos pantalones, que recuerdan los de sus congéneres de Andalucía. Á los caractéres físicos de todos los tchinghianés, del-

gados, de negros cabellos, de color moreno casi verdoso, de ojos negros y brillantes, agregan los zaparis mirada salvaje, andar provocativo y fiero, y la mas completa ausencia de todo sentimiento de moral, siquiera sea la que el supremo Hacedor marcó con indelebles caractéres en la conciencia humana. Hay entre sus sanguinarias costumbres una, sobre la cual deben meditar los arqueólogos, pues se encuentran, en nuestro pais sobre todo, muchos cráneos humanos que revelan la misma práctica. Los zaparis, despues de arrojar á sus víctimas en tierra, les atraviesan la cabeza con un clavo, generalmente de madera, sino lo tienen á mano de hierro. —Los tchinghianés sedentarios mas civilizados son los que viven en Constantinopla, donde hay cerca de ciento cuarenta familias, que viven repartidas en Yeni-Baghtche, Tchivar, Tchechme, cerca de la iglesia de los Claquernos, en Scutari, y en Kassim Pachá.

Hállanse tambien otros muchos en poblaciones cercanas á la capital y en las diversas provincias del imperio; pero como ya indicamos, los nómadas abundan mucho mas, teniendo, por decirlo así, su cuartel general en la Rumelia.

Algunos sedentarios de las cercanías de Constantinopla, suelen casarse con mugeres del pais, lo cual tambien se observa entre los gitanos de Andalucía; pero sus casas presentan el mismo aspecto que las tiendas de los nómadas en cuanto al escasísimo mobiliario. Bien es verdad que no les hace gran falta otra cosa, puesto que los inquilinos de aquellas pobres moradas, con el amor al aire y á la vida libre que les distingue, viven en medio de la calle con sus mujeres, de flexibles caderas, abigarrados trajes de colores vivos, principalmente rojo y amarillo, y negras y rizadas caballeras, adornadas ordinariamente con flores, siendo lo mas comun verlas sentadas, aun en los momentos de reposo, á la puerta de la casa, como si esta no tuviera otro objeto, que el de darles abrigo durante la noche. Poco aficionados á la cultura, apenas envian sus hijos á la escuela, mas para desembarazarse de ellos, que por deseo de que cultiven su inteligencia; y los hombres, por punto general, viven dedicados á la vida de saltimbanquis, recorriendo las aldeas, tocando y cantando, sobre

todo en las festividades públicas y en las férias, al compás de cuya música bailan sus mujeres lujuriosas danzas; siendo los menos los que se dedican al oficio de herreros ó al comercio de paja, carbon y leña, á trabajos de vendimia, ú otros del cultivo de la vid, y muchos los que ejercen el repugnante tráfico de, *zurcidores de voluntades*. En parte alguna se les permite ejercer ninguna clase de cargo por modesto que sea, en las iglesias, á no ser por rara excepcion, el de cantores; y aunque fueran cristianos, hasta hace algunos años, no se les enterraba en los cementerios de estos; costumbre que, todavía continúa para los tchinghianés que no están casados con mujeres griegas, si bien los que han contraido con ellas matrimonio, ó los que proceden de estas uniones, que ya forman una raza mestiza, se entierran al lado de sus compañeros de comunion religiosa.

Pero el tipo del verdadero tchinghiané es el nómada, aunque no pertenezca al grupo de los zaparis. Familiarizado con la vida de las poblaciones, sufre, sin embargo, las inclemencias de los elementos bajo su tienda, antes que avenirse á encerrarse entre las paredes y bajo los techos de las casas, dentro de las cuales parece que no encuentran sus pulmones y sus ojos, aire que respirar y espacio por donde dilatar sus miradas. Aunque vea tiritando de frio á sus pobres hijos casi desnudos ó desnudos completamente, aunque el calor sofocante del estío les abrase bajo la frágil y con frecuencia agujereada lona, preferirá morir con ellos bajo su tienda, que vivir mas cómodamente en las moradas con que le brindan las cercanas ciudades. Algunos suelen labrarse una especie de cabaña con ruedas, cubierta con cortezas de árboles, la cual conducen de un lado á otro tirada por bueyes, mientras la familia va detrás de su ambulante morada; y otros son tan pobres, que ni para esto ni para tiendas tienen, y acampan á la sombra de un árbol ó de una casa. Cuantas veces al verlos agrupados de este modo, recordaba los gitanos pobres de mi pátria, que de la misma manera van recorriendo diferentes lugares, formando el rancho á la luz de las estrellas, ó bajo los ardores del sol canicular.

La lengua hablada por estos tchinghianés nómadas, difiere tambien de la de los sedentarios, que olvidándose de muchas palabras, las susti–

tuyen con otras turcas ó griegas; pudiendo considerarse la que hablan los tchinghianés de la Rumelia, como la lengua madre de las que usan las diferentes familias de estas gentes, esparcidas por Europa y por América.

Á pesar de que ciertas prácticas parecen indicar entre ellos el recuerdo de una religion indostánica, no puede decirse que los tchingianés profesen mas religion que la musulmana ó la cristiana, aún cuando en realidad, mas de nombre que realmente, pues los que se llaman cristianos mueren sin haber sido bautizados, y sin haber sufrido la circuncision los musulmanes, cambiando de religion, con tanta facilidad como de domicilio, y burlándose con frecuencia de ella, como se burlan de todo lo que les es extraño. Es probable, que en un principio conservaran el recuerdo de su religion índica al venir á la Tracia, que se convirtieran bien pronto al cristianismo, religion imperante en aquella comarca á la época de su inmigracion, y que despues de la conquista del Imperio, por los musulmanes, muchos abrazasen el mahometismo; pero repetimos, que ni unos ni otros sienten el menor interés por el conocimiento ni la práctica de sus respectivos dogmas, mirando todo esto con una glacial indiferencia. Solo durante los meses de primavera, cuando los tchinghianés salen de sus cuarteles de invierno, se reunen en medio de un prado ó de un campo, procurando que haya cerca una fuente, para celebrar, léjos de los griegos y de los turcos, la fiesta característica de su raza, su kákkava ó fiesta de los caldeos. En ella y durante tres dias consecutivos, se entregan en medio de sus tiendas á festines, regocijos, danzas y cantos, teniendo obligacion cada uno de ellos, de inmolar un cordero, y de invitar á todos los pasajeros á su mesa, cubierta de flores y bien provista de vinos. Toda discordia, toda contienda, les está severamente prohibida durante esta festividad. Los bailes, los gritos, los cantos, constituyen su sola ocupacion en aquellos tres dias de verdadero vértigo y delirio, al terminar los cuales, pagan su impuesto anual, ó *tcharébachi*, arreglan sus disputas, y se marchan á recorrer el pais en diversas direcciones con sus tiendas y sus animales. Semejante festividad, sin embargo, es mas propia de los nómadas que de los sedentarios, muchos de los cuales, apenas la cono–

cen, y aun hasta entre los primeros, de las cercanias de Constantinopla, va cayendo en desuso, desde que la percepcion de su impuesto se cobra ya por los agentes del gobierno de una manera mas ordenada. La época en que comienza dicha festividad, generalmente, es el 23 de Abril.

Los tchinghianés, no tienen la mas pequeña nocion de ciencias, de artes, ni de letras; se curan cuando están enfermos, con algunos remedios empíricos que conservan las viejas de su raza, y llega á tanto su avaricia, ó su pobreza, que entre los nómadas es práctica muy seguida la de enterrar sus muertos durante la noche, ocultando cuidadosamente el lugar del sepelio, para no pagar á los imanes ó á los sacerdotes. Su literatura está reducida á algunos cuentos que suelen relatar sus músicos y cantores, cuentos en los que se nota la influencia de la fantasia oriental, pero en los que no se halla ningun indicio de sus orígenes índicos ni de su antigua religion (1).

IV

La sociedad de Turquía y los usos y costumbres de los otomanos ofrecen tambien extensa materia de importante estudio para el viajero. Basada la organizacion social, en la igualdad coránica, no puede decirse, segun ya indicamos en otro lugar de este capítulo, que existe aristocracia hereditaria, pues hasta la transmision de los nombres gentilicios es allí casi desconocida; por lo cual entre todos los musulmanes hay necesidad de consignar los nombres del padre y aun del abuelo, para designar de una manera precisa á un individuo. Cada uno lleva su nombre propio, y un prenombre, por decirlo así, tomado de las leyendas religiosas ó de la historia nacional, al cual se añade para evitar confusion, un calificativo, derivado, ya de condiciones físicas, ya de cualidades morales, ya de defectos ó de bellezas, ya del lugar de donde nacen ó proceden. En las mujeres generalmente, estos calificativos constituyen su solo nombre, y casi siempre tienen un significado encomiástico. La perpetuidad de un nombre gentilicio, fuera de la familia imperial, se encuentra por excepcion muy raras veces.

(1) Al final de este tomo, transcribiremos algunos de dichos cuentos.

La distincion entre los musulmanes, depende solo del puesto oficial que ocupan, sin embargo de lo cual, hasta los últimos tiempos, y aun en la actualidad, los que se precian de verdaderos y antiguos musulmanes, miran á los funcionarios públicos con una especie de desden que no se toman la molestia de disimular, pues antes de la moderna organizacion los consideraban y eran en efecto, verdaderos esclavos del sultan.

Al estudiar la sociedad musulmana, una de las primeras instituciones que excitan más vivamente la curiosidad del observador, es la poligamia; y sin embargo, no debe culparse á Mahoma de ello, pues ya existia entre los árabes cuando empezó sus predicaciones, lo mismo que en todo el Oriente. El profeta de Medina, mejor la toleró que la autorizó, considerándola como una concesion á las antiguas costumbres. Así, recomendó la monogamia cuando dijo, que «el hombre que no tiene mas que una sola compañera, es digno de alabanza,» ó cuando al establecer que no se celebrasen matrimonios, mas que á lo sumo con dos, tres ó cuatro mujeres, añadia; «que no pudiendo sostenerlas convenientemente, solo se tomase una.» No era, sin embargo, el pensamiento que inspiraba á Mahoma, al hacer estas declaraciones, el de la moral cristiana: era mas bien un pensamiento político y social, puesto que el mismo Mahoma, despues de recomendar cierta continencia en cuanto al número de mujeres legítimas, autorizaba el uso de las esclavas.

La situacion de la mujer en la sociedad musulmana, es objeto de prescripciones concretas y precisas del Coran, que le ha consagrado un capítulo entero, cuyas prescripciones se han ordenado en el código *Multeka*, de que ya hablamos, tratándose en él con separacion de las condiciones del matrimonio y de sus diferentes impedimentos, á la manera de los códigos europeos; de la igualdad del trato del marido para con las mujeres legítimas, cada una de las cuales, cualquiera que sea su religion, su fortuna, su nacimiento, su edad, tiene derecho á que se le guarden igual género de consideraciones en todo lo referente á la habitacion y á los alimentos; disposiciones que entran en minuciosos detalles, que parecerian impropios de leyes generales, sino se

tuviera en cuenta el sútil ingenio de las gentes para quienes se dictaron. En estas disposiciones se desciende hasta prescribir la obligacion de dar el marido á sus mujeres la cantidad mensual necesaria para el sostenimiento del harem, y hasta á prohibir que los hijos de las unas puedan entrar en los departamentos de las otras. Igualmente se dan reglas á las cuales debe ajustarse la potestad marital, reglas que no están todas hechas en favor del marido, sino tambien de la mujer, pues si bien aquel puede prohibir á ésta salir de casa, recluirla en el paraje que le convenga, y hasta impedir que vea á ciertos parientes, le está vedado llevarla sin su consentimiento á otra ciudad, é impedirla que vea, por lo menos una vez á la semana, á sus padres, y una vez al mes á sus mas próximos parientes. Preceptúase tambien en dicho código, respecto al repudio y al divorcio, que el primero puede ser pedido por el marido solo, no concediéndose ordinariamente sino por razon de esterilidad, y volviendo en tal caso á la mujer su dote, ó asegurándole su decorosa subsistencia; mientras el divorcio puede ser pedido por ambas partes, y concederse, cuando se justifique legalmente el mútuo consentimiento, la insuficiencia de los fondos con que el marido contribuye para el sostenimiento de la casa, el alejamiento voluntario del marido, la apostasia, ó la impotencia.

Á pesar de estas prescripciones, la inferioridad civil y social de la mujer en Turquia resalta en ellas mismas; y no es estraño que asi suceda, cuando el Coran reconoce esta superioridad del hombre. «Los hombres, dice, son superiores á las mujeres, á causa de las cualidades con que Dios los ha elevado sobre éstas, y porque emplean sus bienes para dotar á las mujeres. Las mujeres virtuosas son obedientes y sumisas; conservan cuidadosamente, durante la ausencia de su marido, lo que Dios ha ordenado conservar intacto: reprendedlas todo lo que tienda á desobediencia; relegadlas á otro lecho; golpeadlas; pero asi que os obedezcan, no les busqueis disputa.»

Debe decirse, sin embargo, en justo tributo á la verdad, que rara vez los maridos turcos, á pesar de sus proverbiales celos, usan en toda su extension de las facultades que les da el Profeta en las anteriores palabras, recordando mejor aquellas otras del mismo Mahoma, cuando



M. Teruel, lit.ª Lit. de J. M.ª Mateu. Madrid.

VISTA GENERAL DE BEYRUTH.

dirigiéndose á los hombres dice: «Las mujeres son vuestro vestido, y vosotros el suyo.»

No se crea que á pesar de esta inferioridad legal, y religiosamente reconocida, el Coran convierta á la mujer en una especie de animal intermediario entre el bruto y el hombre, como algunos renombrados filósofos antiguos, pues le deja la responsabilidad moral de sus actos, y le da un alma inmortal como la nuestra. Cierto que sus deberes se reducen á muy poco, pues fuera de la fidelidad que tán severamente le está encomendada, se limitan á guardar ciertas costumbres, que el uso ha convertido en leyes, tales como no salir nunca sin el velo, ni sola, sino escoltada por esclavos ó criadas, que generalmente son viejas, cuando la posicion de la mujer les permite tener las unas ó los otros, ó bien de sus hijos ó alguna de sus compañeras, cuando pertenecen á mas humilde condicion. De esta manera pueden ir donde quieran, y á veces suelen ir mas allá de donde debieran.

El velo que, como hemos indicado, debe siempre cubrir su faz, dejando al descubierto solamente los ojos, no es solo una costumbre, sino una obligacion religiosa, puesto que el Profeta prescribió á sus esposas, á sus hijas y á las mujeres de los creyentes, llevar siempre un velo sobre el rostro, añadiendo que aquel velo seria la marca de su virtud, y un freno para las palabras del público.

La superioridad que cree tener en Turquia el hombre sobre la mujer, como apoyada y sancionada por su ley religiosa, le lleva á mirarla con cierta gravedad protectora, pero sin que pueda, ni comprender siquiera, el galante apasionamiento de las razas occidentales. Generalmente es bueno para con sus mujeres, pero con la bondad de un sér superior, hácia un sér débil, que es necesario para su bienestar. Asi es, que en lugar de recibir dote, lo da él, y cuando no puede sostenerla, la mujer puede divorciarse; sin embargo de lo cual se ven muchos ejemplos, sobre todo en las clases pobres, de mujeres que emplean todo el tiempo que le dejan libre los quehaceres domésticos, en hilar, coser, ó en cualquiera otra clase de trabajo, para con su producto ayudar al sostenimiento de la familia.

La poligamia, sea por la necesidad que tienen los maridos de dotar

á cada una de sus mujeres legítimas, sea por la influencia del cristianismo, va cayendo en desuso, pero en cambio la suplen con el divorcio, para el que encuentran fácilmente pretextos, y con la esclavitud de las mujeres, que aunque abolida en principio en el imperio otomano, y aunque cerrados los bazares en que se hacia tan inicuo tráfico, continua mas ó menos públicamente, no siendo estraño ver en determinadas localidades, principalmente en Constantinopla, vender, aunque con cierto recato, esclavas negras llevadas del Sudan, del Egipto y de la Etiopía, ó blancas y hermosas circasianas y georgianas en el barrio de Top-Hané. Y, á la verdad, toda la culpa de ello no es de los turcos. El rigor con que son castigados los que se dedican á tan bárbaro comercio, por los cruceros rusos é ingleses, no logra impedir que muchos habitantes del Cáucaso, vayan á vender sus hijas á la capital del Bósforo; si bien, es cierto, que las autoridades turcas, léjos de impedirlo, pueblan sus voluptuosos harenes con aquellas hermosas odaliscas.

La vida del harem, á pesar de las influencias europeas y de las reformas del imperio, es todavía indispensable para el turco mas adelantado, que digan lo que quieran otros viajeros, dista mucho de mirar á la mujer con el alto concepto que las consideramos los cristianos. Las escenas que presenciamos á bordo de *l'Ebre*, la absoluta indiferencia con que las miran en la calle, en los carruajes públicos, ó donde quiera que tienen ocasion los turcos de encontrar á las mujeres, por lánguido y tentador que sea el brillo de sus ojos, nos convencieron de que la consideran como un agradable y preciso elemento de la vida, pero no como una espiritual compañera del alma.

Y, sin embargo, el cuidado que ponen en recatar su belleza, pareceria demostrar lo contrario, sino recordásemos que de la misma manera guarda el avaro su tesoro, no por el valor que en si tiene, sino por la torpe fruicion de su miserable dueño. En todo paraje público á donde la mujer pueda concurrir, hay departamentos separados para ella. Los coches de los tranvías, que ya encontramos establecidos en Constantinopla, están dispuestos convenientemente para que no vayan confundidos los hombres y las mujeres; y en los vapores que á cada momento están saliendo del colosal puente flotante que mide una cuarta parte de milla en-

lazando la punta de Galata con la ribera opuesta del Cuerno de Oro, para los pueblecitos costaneros que se levantan á uno y otro lado del Estrecho, la parte de popa ocupada por la toldilla en otros buques, está completamente incomunicada con el resto de la cubierta por medio de grandes lienzos, cerrados con botones ó correas, que solo sueltan, al entrar dentro de aquella especie de tienda, las mujeres, para quienes está destinada. En la seguridad de que allí no pueden ya temer las imprudentes miradas de los hombres, se quitan el velo, por lo que mas de un europeo, codicioso de su siempre velada hermosura, suelen colocarse de manera, que por las indiscretas uniones del lienzo que sirve de puerta á aquel mujeril recinto, y que el viento entreabre con la violencia de la arrancada del barco, logren ver al descubierto tan guardadas bellezas, á las que, dicho sea de paso, no desplace ser miradas. Recordamos que en una deliciosa tarde, al dirigirnos á Buyukdere, en union de nuestro embajador y de uno de nuestros compañeros de comision, las miradas de éste hallaron medio de penetrar en la vedada toldilla, y empezaron á sostener tan nutrido fuego con las de una bellísima georgiana, que dentro de ella con otras turcas iba acompañada de una vieja gruñona, que no sé hasta dónde habria podido llegar en su atrevido asedio, si la vetusta dueña, apercibida del suceso, no hubiese acudido en defensa mas de su señor que de su señora, cerrando poco menos que herméticamente el pesado lienzo que cubria la entrada.

La indiferencia con que fuera del harem, y aun en la vida de familia, son miradas por los otomanos sus mujeres, escusaria su coquetismo, y aun, si fueran infieles, su infidelidad, si algo hubiera que pudiese disculparla; pero, á pesar de todo, sea que no conociendo otra manera de ser amadas les falta tentacion y estímulo para pecar, sea por la constante vigilancia que sobre ellas ejercen eunucos y viejas, unos y otras en constante antagonismo con amorosas lides, por estarles vedado entrar en ellas, es lo cierto que se observa mayor moralidad en la capital y ciudades de aquel vasto imperio, que en la mayor parte de los Estados de Europa, siendo allí desconocida la prostitucion, á cuyo repugnante y asqueroso oficio solo se entregan mujeres de procedencia estranjera, que disfrazadas con el traje, y fingiendo maneras y

costumbres muy características de las turcas, procuran engañar al crédulo y vicioso viajero de Occidente, que busca en fáciles amores la realizacion de soñadas y eróticas aventuras.

No quiere esto decir que no existan allí tambien mujeres veleidosas, que aprovechando los momentos en que van al bazar de las sedas ó á visitar á sus amigas, aunque acompañadas por la desconfiada y gruñona dueña, se dejen arrastrar por la insidiosa seduccion; pero tales casos forman escasas escepciones, que probablemente serán mas numerosas cuando empiezen á conocer los modernos *adelantos* en tales materias de algunas naciones de Europa.

Lo mismo que hemos dicho acerca de las esclavas, puede aplicarse á los esclavos. Prohibido igualmente se encuentra tan infame tráfico, y á pesar de ello los hay en Turquía, si bien debe decirse en honor de los turcos, que las condiciones de su existencia, de sus relaciones con sus dueños y de su emancipacion, son mucho mas beneficiosas para el esclavo, que las de sus hermanos de servidumbre en las regiones americanas.

Además de los esclavos, tienen los otomanos gran número de criados, llegando en Constantinopla á cuarenta mil, cerca de una tercera parte de la poblacion musulmana; siendo sobre todo exhuberante en las casas donde el marido tiene muchas mujeres, puesto que es de rúbrica que cada una tenga tambien su servidumbre propia; y como cada sirviente tiene su especialidad, de la que no le es dado salir, resulta que, en desempeñando sus funciones, queda completamente desocupado y en la mas peligrosa ociosidad casi todo el dia. Su sostenimiento está calculado en una cuarta parte de las rentas de cualquier casa turca, por lo que tan exagerado é inútil lujo suele ser causa de su ruina.

El interior de la casa turca está dividido en dos partes completamente separadas: el departamento de los hombres, *sélamlik,* y el de las mujeres, *odalik;* siendo el primero únicamente en el que penetran los profanos, no entrando ni el mismo marido en el segundo, cuando se hallan en él otras mujeres; y mientras aquel solo tiene los muebles mas precisos para la vida de su dueño y para sus asuntos y amigos, el odalik está decorado con el mayor esmero, viéndose al lado de los

ricos y vistosos muebles y objetos orientales, los prosaicos y con frecuencia anti-estéticos de Occidente.

La vida en el interior de las casas turcas ofrece tambien un carácter especial, por esta separacion de los dos elementos que componen la vida íntima del hogar cristiano, bendecido por nuestra santa religion. El jefe de la familia come ordinariamente solo, servido por sus mujeres y sus hijas, si come en el harem, ó por sus criados, si lo hace en el sélamlik. Las mujeres comen siempre en el odalik; y en las familias bien acomodadas va introduciéndose la mala costumbre, para la union de los lazos familiares, de que los hijos coman tambien aparte.

Y ya que de comer hablamos, no nos parece fuera de propósito dar algunas noticias acerca de la cocina turca, en nada parecida á las europeas. No se recomienda, en verdad, por el ingenio de sus combinaciones, siendo su *nota característica* el empleo en altas dósis de estimulantes, sobre todo la pimienta, cuyos efectos se procuran dulcificar con el uso de leche cuajada. Entre las preparaciones de los manjares predomina el asado de carnero ó de pollo, dispuesto el primero en pequeños trozos colocados al fuego en largos y delgados asadores, ó enteros, y rodeados en uno y otro caso con un picadillo de cebollas y otras plantas, de sabor fuertemente escitante. El pollo se emplea además para dar mayor sustancia al *pilaf* ó *pilau*, especie de arroz á la valenciana, muy agradable, que constituye el plato favorito de los turcos. La carne de toro ó vaca no es comun en aquellos paises, porque se reservan tan útiles animales para los trabajos agrícolas; y el cerdo está prohibido con tanto y tan acertado rigor, que hasta para entrarlo en Constantinopla con destino á las mesas de los griegos, servios, ó de las otras comuniones que no lo tienen prohibido, se necesita un firmán. Es tal el horror que con razon inspira á los turcos por su maligna influencia para las enfermedades de la piel, y principalmente la lepra, que presenciamos en cierta ocasion una disputa, que pudo haber tenido funestas consecuencias, entre un marinero de la fragata de los que fueron á Constantinopla para llevar provisiones á bordo, y un *kamal* ó cargador, porque el primero dió al segundo, envuelto en un pedazo de papel, como si fuera un confite, un pequeño trozo de tocino.

Tambien están rechazados de la alimentacion turca, considerándolos igualmente como inmundos, el pavo, el ánade y la caza, por no creerla bien desangrada, á pesar de la costumbre que tiene el cazador turco de cortarle la cabeza apenas coge la presa.

Las ensaladas forman tambien parte muy integrante de la mesa turca, y las componen casi lo mismo que los occidentales, y de las mismas legumbres, especialmente de pepino y de otras plantas cucurbitáceas, que, usadas antes de su completa madurez, producen con demasiada frecuencia enfermedades del aparato digestivo, sobre todo en la época de los grandes calores. En su loca aficion á los estimulantes, hemos visto emplear en algunos puntos para la ensalada hojas de mostaza, así como tambien es muy comun que á la de lechuga le mezclen granada, lo mismo que se acostumbra en Andalucía. Tambien son muy aficionados á las frutas, principalmente las sandías y los melones, que sobre todo las primeras son muy pequeñas, y que mondan como muchas personas las naranjas y las manzanas, cortando la cáscara en espiral.

Pero si en el arte culinario los turcos han hecho muy pocos progresos, en cambio no sucede lo mismo con el de los confites, almendrados y pastas, que ejercen con mucha aceptacion, y en el que alcanzan pingües ganancias los que á su tráfico se dedican; lo cual proviene tanto del acierto con que los componen, como de la estremada aficion que á ellos tienen casi todos los orientales, y principalmente, segun ya indicamos, las mujeres de Turquía. Entre aquellos confites son los mas renombrados, el que llaman *raht-lokumia*, pasta que elaboran con *mastika*, las almendras, sobre todo garrapiñadas, y los anises, haciendo mucho uso en todos estos dulces de perfumes, sobre todo, la esencia de rosa, tan estimada en aquellos pueblos.

Los helados y sorbetes son tambien muy usados, pero no en las comidas como en Europa al final de todo festin, sino á cualquier hora, como una golosina mas, y golosina tanto mas apetecible y agradable, cuanto el calor es insufrible en aquellos países durante el estío. Sin embargo, mejor que en los cafés turcos, se sirven los helados por vendedores ambulantes que se encuentran donde quiera que hay aglomeracion de

personas, en el puente, en los bazares, en los mercados; vendedores que llevan á la espalda garrafas con agua helada, de limon, de almendra, ó de cereza, ó bien entre nieve moldes de diferentes formas, copiados de los que usan los europeos ó comprados á los mismos, para lo que llamamos, quesitos helados, que sacan en el acto con la mayor destreza y presentan al transeunte á precio bien módico, en los platitos que á prevencion llevan sujetos con una correa, entre ésta y la faja.

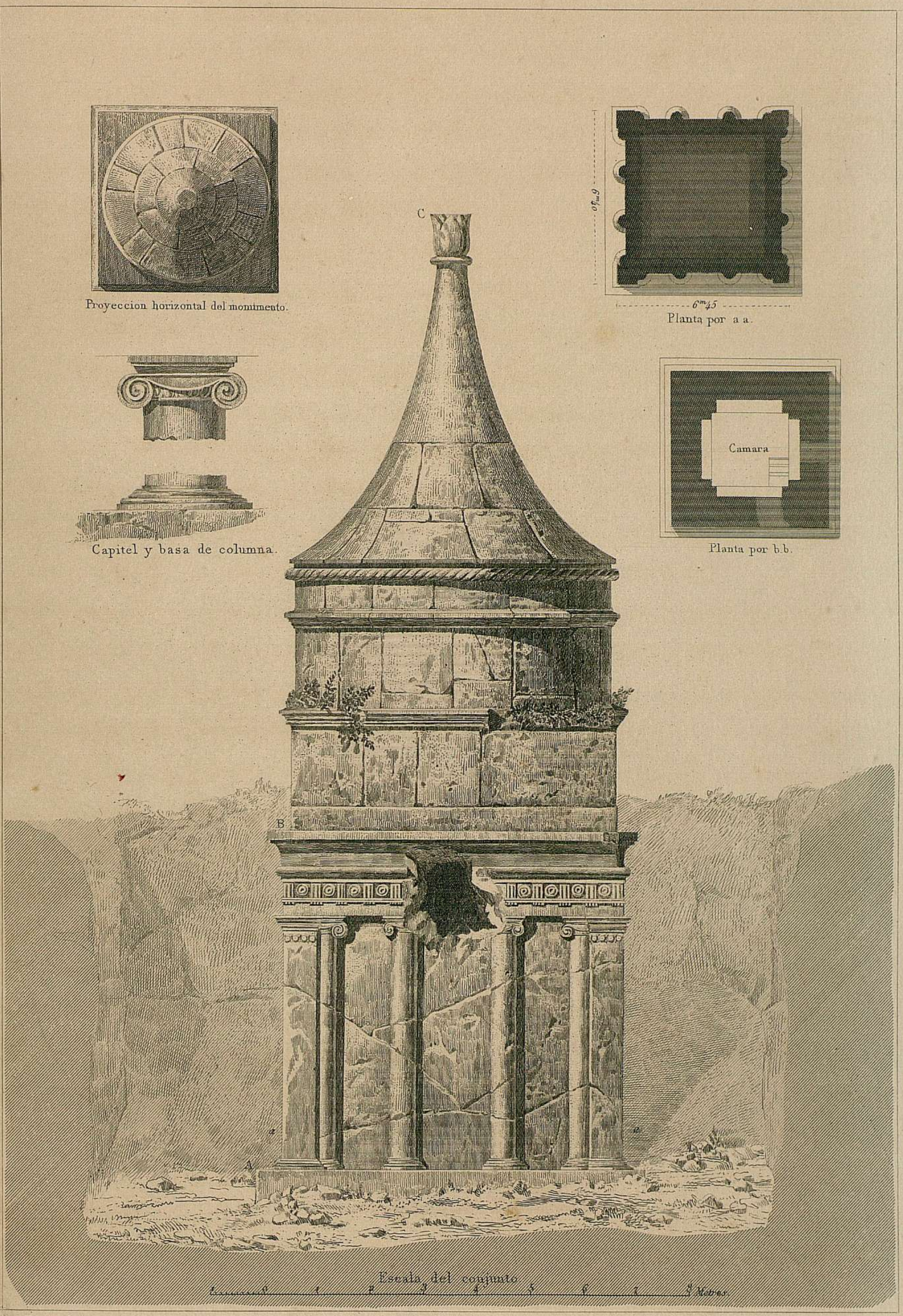
Fuera de estas bebidas refrescantes, generalmente los turcos no beben mas que agua, escepcion hecha de algunos menos rigoristas, que, como digimos al principio de este capítulo, han creido poder eludir las prescripciones coránicas, no bebiendo vino, pero que en cambio se abrasan la sangre con aguardiente de mastika, especie de anisete que tiene esta resina en disolucion, y que cuando se echa en un vaso de agua le da un aspecto lechoso á la manera que nuestro aguardiente anisado; con otra clase de aguardiente llamado *raki;* con ron; con agenjos; y con otros licores no menos estimulantes. Recuerdo cierta tarde en que tuve que esperar cerca de una hora á un compañero mio en un café turco, y vi á un jóven effendi apurar á pequeños tragos, en copa tambien muy pequeña, sibariticamente dispuesta al propósito, un frasco de aguardiente de mastika, que bien tendria las dimensiones de un frasco ordinario de ginebra. Afortunadamente para el Estado, semejante costumbre está muy poco generalizada, y la gran masa de la poblacion en las clases pobres, como en la media y aun en la elevada, usan muy poco de tan enervantes é inútiles bebidas, que solo debieran emplearse como preparado farmacéutico y por prescripcion facultativa.

Los festines, las comidas como se comprenden en Europa, puede decirse que se desconocen entre los turcos. Las mesas, lo mismo que las que les sirven para escribir y los demas usos de la vida, son pequeñísimas y muy bajas, adornadas con pinturas de colores vivos ó con incrustaciones de nácar, de maderas finas ó de concha, formando labores en que se refleja el sistema de ornamentacion árabe-persa informado en el bizantino. Sobre esta mesa se coloca un plato, ordinariamente de cobre, muy limpio y brillante, y labrado tambien por el mismo estilo, labores entre las que aparecen inscripciones ó leyendas, la mayor de

las veces simuladas, y en las que nada por lo tanto puede leerse (1), en cuyo plato se sirve el pilaf y la carne asada, ya en pequeños trozos, como indicamos, ya entero el carnero ó el pollo, y en el mismo plato á un lado el picadillo que le sirve de condimento. Alrededor de aquella mesa en miniatura y de aquel único plato se sientan los comensales á la manera oriental, con las piernas cruzadas en el suelo, sobre tapices ó cogines, ó permanecen en los cercanos divanes; y sin cucharas, ni trinchantes, ni tenedores, cada uno va tomando delicadamente lo que le acomoda del plato general, haciendo trozos de la misma manera el ave ó el cordero cuando se sirven enteros: todo lo que tienen para limpiarse los dedos es una servilleta, no mas grande que las que se usan en Europa para el thé. Verdad es que terminada la frugal comida, y aun antes de la ensalada y los postres, se lavan cuidadosamente las manos, para lo cual usan esbeltos y elegantes aguamaniles. Recuerdo con este motivo, que en el dia en que visitamos el Serrallo viejo, acompañados de nuestro embajador y de un alto dignatario de la casa imperial, se nos obsequió, en uno de aquellos bellísimos kioskos, con una comida, presentada y servida de tal manera, y que se compuso únicamente de pilaf, trocitos de carne, en verdad, delicadamente asada, con picadillo de cebolla, y para postre pequeñas sandías, poco mas grandes que naranjas, mondadas, segun ya hemos indicado, en línea espiral, y presentadas despues enteras, sirviéndonos por toda bebida agua de nieve. La mesita era un dechado de primor por sus embutidos, y el precioso plato prólijamente laboreado, de luciente plata.

Dicen que ya empiezan á introducirse entre los turcos los múltiples inventos de la cocina francesa, italiana é inglesa, pero esto forma rarísimas escepciones, y yo refiero las costumbres características del pais, no las conocidas hasta la saciedad en Europa. Tambien, el dia de la presentacion oficial á los ministros turcos, vimos en sus despachos mesas

(1) Las inscripciones y las leyendas forman, como es sabido, un elemento ornamental que se encuentra en casi todos los objetos de arte ó de industria mahometanas; pero si en los edificios, en piedras finas, en alhajas, son realmente leyendas que por punto general demuestran la fé de sus dueños, pidiendo para ellos las bendiciones de Alah; en otros muchos objetos tales como telas bordadas, pañuelos, platos, etc., nada dicen, limitándose á imitar letras ó palabras para seguir la moda. Segun oí decir en Constantinopla, obedecia esto á prescripcion gubernamental, para evitar profanaciones del nombre de Dios y de sentencias coránicas, á veces mal copiadas, que con frecuencia contenian tambien el asunto de dichas leyendas.



Velazquez dib. *Calcografía de Perexaguas* *Maura grab.*

TUMBA LLAMADA DE ABSALON EN JERUSALEM

A.B. Parte monolita cortada de la misma roca.

B.C. Parte construida con materiales trasportados.

grandes de escritorio iguales á las que nosotros usamos, pero esto no forma la regla general, y puede decirse están como de ceremonia, pues para el trabajo las prefieren pequeñas y bajas como las ya descritas.

Digimos que los turcos en su gran mayoría, apenas usan otra bebida que el agua, pero debemos añadir que con esta, ó en mayor proporcion, usan el café, aunque preparado de distinto modo que entre nosotros. Reducido á menudísimo polvo, puro ó mezclado con azúcar tambien pulverizada, lo ponen en agua en una cafetera especial, parecida á nuestras chocolateras, pero de boca ancha y vuelta hácia fuera, formando por uno de los lados un pico, para que pueda verterse con mas facilidad el líquido; cuya cafetera con el café y el azúcar se coloca al fuego, permaneciendo en él hasta que hierve el agua, sirviéndolo inmediatamente despues de esta simple decoccion, todavía hirviendo, en unas tacitas de porcelana muy pequeñas, sin asa, colocadas sobre una especie de hueveras *(zarf)* de metal ó de plata, prólijamente labradas, las cuales se cogen con el dedo pulgar é índice para beber el café á pequeños sorbos. Esta manera de preparar el café en Turquía hace que no tenga el gusto esencial y aromático, y la fuerza del café preparado á la europea, lo cual permite que puedan tomarse sin peligro, en aquel pais cálido, varias tazas al dia. El polvo de café mezclado con el líquido produce al principio cierta repugnancia á los europeos, pero bien pronto encuentran mas agradable este sistema que el usado en Occidente; siendo tanto mas necesario en aquellos paises, cuanto que hay precision de tomar café con mucha frecuencia, pues la taza de café y la pipa, ofrecidas al recien llegado apenas ha tomado asiento en todas las casas y oficinas á donde hay necesidad de concurrir, constituyen un acto de cortesía, que no puede dejar de aceptarse.

Los establecimientes públicos en que se sirve esta bebida, ó cafés, son muy numerosos en Oriente, y de una sencillez casi primitiva. Un hornillo, algunas cafeteras de laton dorado ó *azofar*, como aun decimos en Andalucía, para cocer el café, tazas, pipas, narghilés, bajos taburetes de paja, ó un divan circular, y pequeñas mesas á manera de las ya descritas, forman todo su mobiliario. El local está abierto, como suele decirse, á los cuatro vientos; y generalmente, como sucede en Paris y

en las principales capitales de Francia, los consumidores prefieren instalarse en las calles ó plazas delante de los cafés, por mas que molesten y estorben á los transeuntes, á permanecer en el interior de los establecimientos. Verdad es que en estos es casi imposible respirar, por la pesada atmósfera que produce el tabaco, el café y las naturales emanaciones de tanta gente reunida, á lo cual contribuye no poco la costumbre de afeitarse tambien en los mismos cafés, que son generalmente al mismo tiempo barberías. Por eso se encuentran colgadas en las paredes, pequeñas, y la mayor parte de las veces súcias taquillas ó armarios, donde están colocadas las características navajas turcas de afeitar, mas cortas que las nuestras, y de hoja mucho mas ancha, sobre todo por la parte superior, siendo el mango generalmente de laton, adornado no pocas veces con breves inscripciones, en las que, como de costumbre, se hallan frases pidiendo á Alah la bendicion para los dueños ó para los que usen tales utensilios. La operacion del afeitado es curiosa para el europeo. Los turcos rara vez se afeitan la barba, adorno varonil muy preciado en todo Oriente, hasta el punto de que una de las maldiciones que las mujeres del pueblo lanzan contra los estranjeros, es la de, «Allah permita que las moscas te ensucien y sequen la barba.» Esta predileccion por tan natural y propio adorno del rostro humano, que parece signo de energía en los jóvenes, y de veneracion en los viejos, hace que, á pesar de las influencias europeas, sean muy escasos los turcos que se afeiten la cara, pero en cambio muchos de los que conservan los antiguos trajes, que, escepcion hecha de lo que llamamos nosotros el mundo oficial, son la mayor parte de los súbditos del imperio, para poder usar el turbante, se afeitan completamente la cabeza. Para esta difícil operacion, el turco tiene que someterse á una penosa postura, bajando la cabeza ante la *vacia* ó fuente en que se agita el jabon para que forme espuma, sufriendo las repetidas jabonaduras del aprendiz, y despues la lenta operacion del afeitado de manos del maestro ó del oficial, que convierte con frecuencia la cabeza de la resignada víctima en una especie de globo terráqueo, con las líneas tortuosas de sus cortaduras, descañonamientos, arañazos y otros excesos. Es tam-

bien curiosa la manera con que sientan el filo á las navajas aquellos rapa-cabezas, que allí apenas son rapa-quijadas: tienen una correa larga como de tres cuartas, y ancha como de dos pulgadas, que sujetan con un gancho por un extremo á la cintura, mientras tiran del otro con la mano izquierda, y en la superficie de aquella larga correa dada de aceite, y así extendida y tirante, pasan y repasan con frecuencia la navaja para suavizarla, á la manera que nuestros barberos hacen con las pequeñas correas adheridas á un trozo de madera para sentar el filo. Es raro el efecto que produce uno de aquellos barberos con sus amplios calzones, su chaquetilla turca y su fez, ó su turbante, y su larga correa colgada, pues mientras dura la larga operacion del afeitado no se la quitan, como que tienen que recurrir á ella con frecuencia para suavizar el filo de la navaja, creyendo mejor con disculpable inmodestia, que sus asperezas son causa de los estragos que producen en las peladas cabezas confiadas á su impericia, y no la rudeza de sus manos, de la cual pude juzgar por mí mismo un dia en que cometí la imprudencia de dejarme afeitar el rostro por uno de aquellos *artistas*, como se llamarian modestamente en Europa. Los cafeteros además de barberos suelen ser tambien sacamuelas, y aun cirujanos al por menor, martirizando á sus víctimas en la sala misma donde los demás parroquianos toman el café. Tambien en aquellos especiales establecimientos encuéntranse refinadas prácticas de coquetería varonil, y no es estraño ver en ellos á jóvenes griegos, dandys de Phanar, haciendo le engomen los bigotes y le pinten las cejas con pequeños pinceles. Además de los armarios para colocar los utensilios de la barbería, hay otros igualmente colgados de las paredes para las pipas y los narghilés, y cuadros con estampas barrocas y chillonas de asuntos diversos, comprados á negociantes franceses, italianos é ingleses en el barrio de Pera, sin embargo de las decantadas prescripciones coránicas.

La manera de tomar el café es tambien característica, pues como las pequeñas tazas no tienen asas, y se presentan sobre una especie de huevera de metal blanco, ó mas generalmente de cobre, labrada ó calada, hay que levantar la taza elevando la segunda, para no que-

marse los dedos. Al servir el café, siempre le acompañan con un vaso de agua, que el turco bebe siempre antes, mientras casi todos los europeos ó francos despues; y es tan característica aquella costumbre, que por bien que hable el turco un europeo, por bien y propiamente vestido que se halle, por mejor aspecto de raza que su rostro ofrezca, conocerán en seguida su origen los demás concurrentes, solo al verle dejar de beberse el indispensable vaso de agua antes de comenzar á sorber el café. El precio de cada taza no puede ser mas económico, pues apenas equivale á tres cuartos de nuestra moneda, pasando por un espléndido parroquiano el que da una piastra, cuyo valor equivale aproximadamente á seis cuartos. El dinero que cada parroquiano entrega se va echando en un cofrecito colocado cerca de la puerta, perfectamente cerrado con una llave que conserva el dueño, y provisto de su correspondiente hendidura para que pase la moneda, á manera de caja de cuestacion, ó cepillo de ánimas.

El café, lo mismo que entre los occidentales, no se concibe allí sin el tabaco, cuya planta aromática dista mucho de tener en aquellos paises las delicadas cualidades de nuestros tabacos americanos. Generalmente lo venden los griegos que le reciben de la Tesalia, donde se cultiva, ó bien armenios, que lo llevan de las provincias septentrionales del Asia Menor. Se usa tambien el tabaco persa, y una embriagadora preparacion, el *hachich*, sacada del cáñamo, pero esto último en muy pequeña parte por los turcos europeos, siendo más propio de los asiáticos y de los egipcios. El tabaco, sin embargo, en Turquía, sea porque le mezclen plantas estimulantes, sea por la manera especial de prepararlo, produce un olor en extremo acre, del cual se halla impregnado el aire en ciertas calles de Constantinopla, donde abundan los cafés, hasta el punto de producir tos y fatiga en las personas no acostumbradas á tan molesta atmósfera. Se usa generalmente en *tchibuks*, pipas cuyo tubo (á que suele darse mas especialmente aquel nombre), labrado de maderas finas, sobre todo de cerezo, ó jazmin en las mas lujosas, mide á veces dos y tres metros, teniendo en el extremo inferior adaptada la pipa propiamente dicha, ó recipiente del tabaco, formada de finísimo barro rojo, y alguna vez negro, y adornada con labores de

oro: al otro extremo, se sujeta con una larga espiga de madera, perforada en el sentido de su longitud, la boquilla, de ámbar amarillo, torneada generalmente en forma elíptica, y realzada con collarines y adornos, en los que con frecuencia intervienen otras sustancias preciosas. Estas boquillas son muy gruesas porque no se meten en la boca, sino que se acercan y unen á los labios para aspirar el humo. Algunas pipas llevan la parte destinada al tabaco y la boquilla adornadas con piedras preciosas, y hasta con diamantes. Desde hace algunos años, á consecuencia del aumento que ha sufrido el impuesto sobre el tabaco, va introduciéndose el uso del cigarro, pero no como los nuestros, sino pegados á una especie de boquilla de papel mas grueso, y á veces de madera; y para conservar la ilusion de la tradicional pipa, suelen ponerlos al extremo de largos y elegantes tchibuks hechos al propósito, en los que una pieza adaptada al tubo y formando ángulo con él, permite colocar el cigarro. Hay otras pipas tambien de barro mas ordinarias, pequeñas y económicas, con tubo corto, y boquillas de materias vitreas, imitando el ámbar, para el uso diario de las clases menos acomodadas. La diferencia entre estos diversos medios de usar el tabaco, constituye una manera de demostrar la diferente categoría de las personas en ciertos actos oficiales; pues mientras á las que reputan constituidas en mayor dignidad, ofrecen una larga pipa con tubo de jazmin, recipiente labrado con incrustaciones de oro y boquilla de ámbar, á las que juzgan de categoría secundaria, dan pipas cortas, y á las que consideran mas inferiores, sencillos cigarros. Todas son servidas como el café, por esclavos ó criados, en su mayoría negros, pero para colocar el recipiente de las primeras, que por su mucha extension hay que apoyar en el suelo, ponen unos platillos de cobre, á veces con adornos esmaltados, y aun de plata, permaneciendo el criado ó esclavo, sentado sobre las piernas, cerca de la pipa, hasta que queda bien encendida. Otro de los utensilios para fumar, que ya hemos nombrado con frecuencia, es el narghilé ó narguilé, compuesto de una botella, á cuya boca se adapta un aparato especial que contiene el recipiente para el tabaco, recipiente lleno de agujeros, á manera de colador, para que dé paso al aire y comu-

nique con el agua, perfumada frecuentemente con esencia de rosa, que se coloca en la botella. Este aparato, que es de cobre, de metal blanco ó plata, tiene un apéndice que comunica con un largo y flexible tubo de cuero, liado en espiral con finisimo alambre, todo hábilmente trabajado, à cuyo extremo está la boquilla, generalmente del mismo metal, y á veces tambien de ámbar. El flexible tubo tiene muchos metros de largo, pues su objeto es llevar el humo del tabaco desde el suelo ó una mesita en que se coloca el narghilé, hasta los labios del fumador, muellemente recostado en un divan. El tabaco especial que se fuma en estos aparatos es el llamado *tombéki*, mezclado con otras plantas de fuertisimo olor, y aunque lavado dos ó tres veces inmediatamente antes de colocarlo en pequeños trozos, pero no picado, en el recipiente, conserva propiedades muy activas debidas á los principios que lo componen, y principalmente á la mucha belladona con que se le mezcla. Como el tabaco está húmedo, hay que ponerle encima áscuas, cuidando un sirviente de avivar la combustion, para lo cual sopla fuertemente sobre ellas. El humo hay que absorverlo con grande esfuerzo, pues tiene que atravesar las sinuosas vueltas del flexible tubo, y desalojar el agua, á través de la cual pasa, produciendo un ruido especial, un gorgoriteo, si se me permite usar esta palabra para expresar la idea, sonido que se parece al que hacen los gatos cuando se hallan cómodamente adormilados, y que mejor recuerda el extertor de un pecho moribundo. Imposible parece que tanto placer encuentren los orientales en el uso de este aparato, y que sean locamente aficionados á él, no solo los hombres, sino las mujeres, y los mismos adolescentes. Aquella esforzada aspiracion necesita pechos de hierro, y predispone y hasta produce graves enfermedades pulmonares, siendo una de las causas del asma, que con frecuencia antes de los veinte años, padecen aquellos sibariticos musulmanes. Y, sin embargo, se encantan y deleitan con su uso, hasta el punto de que viendo á un turco aspirar lentamente su narghilé, con los ojos fijos, y la fisonomia desprovista de toda expresion, se les creeria sumidos en espiritual éxtasis, sino fuera porque el ruido del agua que borbota en la botella denuncia la causa de aquella impasibilidad

tan cercana á la estupidez, y que termina generalmente con un prosaico y ruidoso sueño.

Indudablemente el uso del narghilé se ha extendido mas á causa de la proscripcion del opio en la Turquía europea, donde puede decirse que es hoy casi desconocido, desde que se mandaron cerrar los cafés en que sus apasionados se reunian cerca de la mezquita de Suleman; disposicion acertadísima, pues además de acortar la vida rápidamente el uso del opio, producia tal excitacion en los que lo usaban, que los volvia locos, causándoles efectos de verdadero furor.

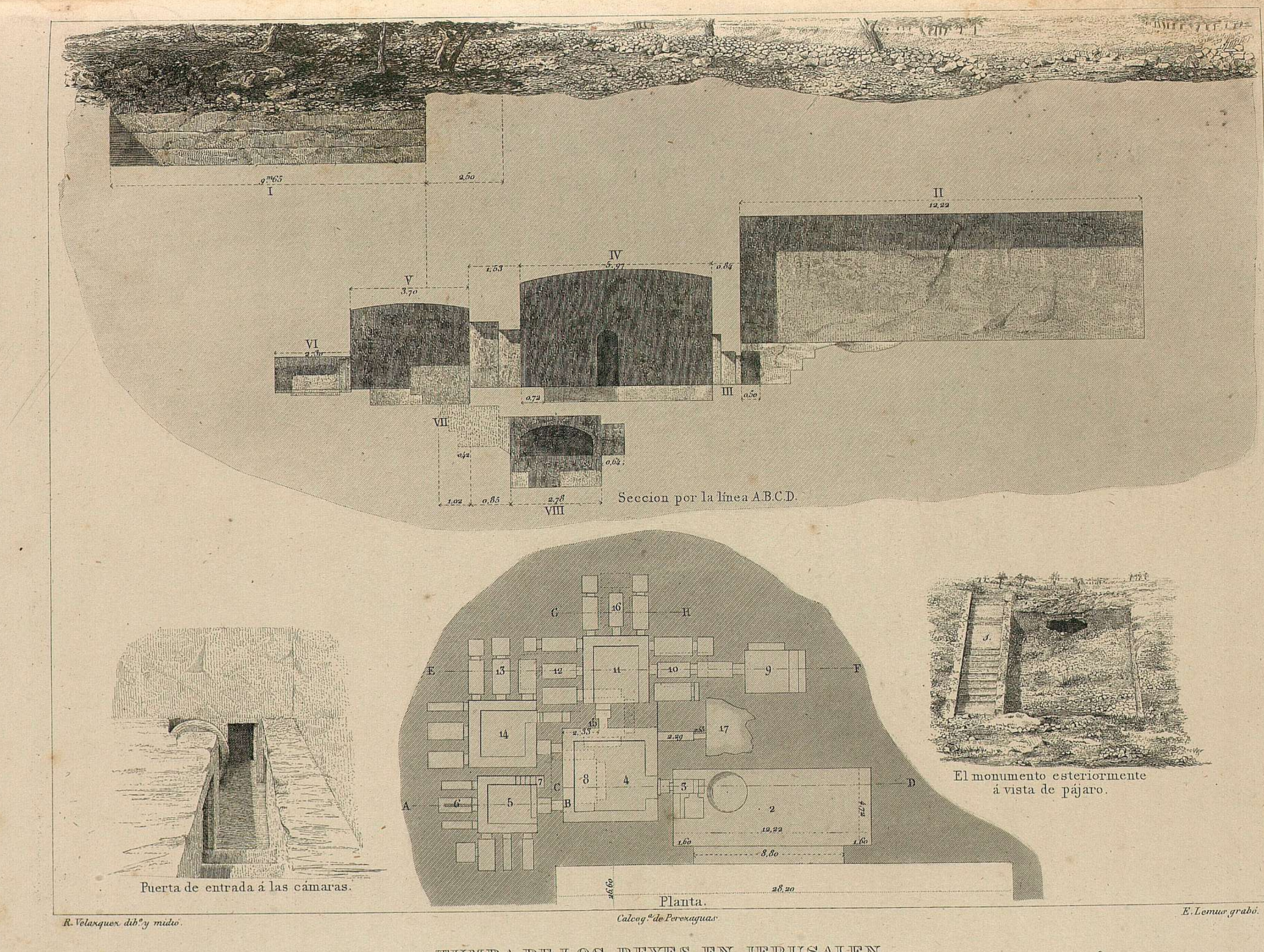
Otra de las costumbres características de los turcos, es la del baño. Sabido es que la ley religiosa ha convertido en un deber para los musulmanes la purificacion material, dividida en tres grados: la locion, la ablucion y el lavado, enumerando minuciosamente los cuidados físicos y morales que cada uno de estos grados de purificacion requiere. No es del caso ocuparnos en dar á conocer á nuestros lectores aquellas prescripciones que pudiéramos llamar litúrgicas, limitándonos á describir los detalles del baño general, dignos de ser conocidos para prevenir á incautos, que llevados de relaciones de viajeros, quieran sufrir aquel verdadero tormento, para europeos que no están á ellos acostumbrados.

La tradicion de las célebres y antiguas termas romanas, perdida entre nosotros, como ha observado con gran acierto Mr. Gautier, se conserva en Oriente. El cristianismo, predicando la elevacion del espíritu sobre la materia, hizo caer en desuso los minuciosos cuidados del cuerpo perecedero, como prácticas propias de paganos: los musulmanes, en cambio, cumpliendo un deber religioso é higiénico, las han convertido en una necesidad y en un placer, y como los romanos, han hecho de sus casas de baños uno de los sitios, que comparten con el café, el privilegio de reunir á los turcos, poco espansivos y poco dados al trato de gentes, que forma en Europa uno de los mas constantes empleos del tiempo.

Los baños turcos son grandes edificios, cerrados por cúpulas que cubren un ámplio patio, adornado en el centro con una fuente; patio que tiene alrededor anchas galerías, tanto en el que pudiéramos llamar

piso bajo, como en el principal, en las cuales están dispuestos pequeños lechos, donde el bañista se sienta ó recuesta para despojarse de sus ropas. La cúpula que cubre aquél gran patio, como las bóvedas de las habitaciones destinadas al baño, reciben la luz por aberturas en forma de estrellas, lo mismo que las que se conservan en los baños árabes que aun quedan en Granada, sobre todo en los ya casi destruidos de la Carrera de Darro, adjuntos al cercano hospital árabe, que allí existió, y en el palacio de la Alhambra. Tienen los edificios balnearios en Constantinopla y en toda Turquía, como las termas romanas, verdadero carácter artístico, con su cúpula, sus columnas de mármol ó de alabastro, y sus revestimientos y adornos, en los que mas se refleja el estilo bizantino, que el mahometano á que estamos acostumbrados los españoles.

El lugar destinado á despojarse de los vestidos recibe el nombre de *muchéllah* y en él, despues de haber dejado el bañista su traje, acucioso servidor, le ciñe la cabeza á manera de turbante con largas bandas de algodon labrado á listas, lo mismo que la cintura y parte de las piernas, sujetando á los piés unas sandalias de madera, colocadas sobre dos aditamentos á manera de tacones, uno en el sitio natural del calzado, y otro en la parte de la planta, mas cercana á los dedos, cuyos aditamentos tienen generalmente de 6 á 8 centímetros de altura. Colocado sobre aquella especie de zancos, que tienen por objeto el que el pié trasudado por el natural ejercicio, no se enfrie y se suprima la transpiracion con el contacto inmediato del suelo siempre húmedo en todas las dependencias del establecimiento, es conducido por el mismo servidor que le ayudó en las operaciones anteriores á una primera habitacion, donde por medio de caloríferos subterráneos, el aire está saturado de vapor á una temperatura muy elevada, que produce en los europeos no acostumbrados á tales pruebas, ligera dificultad en la respiracion, la cual va desapareciendo á medida que el sudor aumenta. Despues de algunos minutos de sufrir aquella cálida atmósfera y de traspirar copiosamente, se pasa á otra sala donde la temperatura es mucho mas alta, sobre todo en la parte mas cercana al calorífero preparado en el centro del local, bajo el suelo. En aquel



TUMBA DE LOS REYES EN JERUSALEN.

verdadero horno se pasan momentos de fatigosa angustia, hasta que los pulmones se van acostumbrando á tan molesto ambiente, aumentándose la traspiracion de tal modo, que el bañista queda cubierto por un verdadero baño de sudor, que corre por todo el cuerpo, como si hubiera sufrido una prolongada lluvia. En tal estado, y cuando el servidor que hasta allí le ha acompañado cree que ya se halla suficientemente preparado para el sacrificio, le despoja de aquellos chales ó bandas con que le habia envuelto la cabeza y parte del cuerpo, y le sumerge repetidas veces, cuidando de que se moje bien la cabeza, en una tina ó pila de agua caliente, tendiéndole en seguida sobre una losa de mármol caldeada por debajo, como si fuera un cadáver en la losa de diseccion, comenzando en tal momento la parte mas molesta y dolorosa del baño; la operacion que los franceses llaman, *le massage*, y que nosotros no tenemos palabra bastante propia para explicarla en castellano, como no le llamemos, el amasado ó amasamiento. En efecto, á la operacion de amasar se parece lo que hacen con el pobre y resignado bañista, que va sufriendo los repetidos y rudos apretones de las nada blandas manos del implacable bañero, bajo las cuales crugen todas las articulaciones de las piernas, de los piés, de los brazos, de las manos y hasta del cuello y las espaldas; molesto ejercicio que sin duda tendrá por objeto facilitar los movimientos, pero que, no por su buena intencion y acaso por sus buenos efectos, deja de ser menos doloroso. Con tal tormento no han terminado todavía los que le restan que sufrir al bañista. En seguida empiezan las fricciones, que mas bien pudiéramos llamar desolladuras, pues el bañero cubriéndose la mano con una especie de guante sin dedos, á manera de las brozas con que se limpia á los caballos, hecho con un áspero tegido de pelo de camello, empieza á pasar fuertemente aquel asperon por todo el cuerpo, arrancando verdaderos rollos de arquerosa materia, producida por el sudor y la grasa natural de la piel, y dejándola poco menos que á punto de saltar la sangre. Despues de esta segunda operacion, queda el bañista abandonado algunos momentos, mientras su verdugo prepara jabon y estopas, y le cubre el cuerpo con una masa unctuosa y abundante que suaviza las carnes, produciendo un inexplicable consuelo. En tal situa-

cion, el bañista, bajo aquella capa de espuma, parece un hombre de nieve, siguiendo luego la mas agradable y última maniobra, que consiste en lo que pudiéramos llamar, el aclarado, para lo cual se da al bañista una escudilla llena de agua, por supuesto, caliente, para que se la arroje sobre la cabeza y en las espaldas, mientras el bañero derrama sobre él la menuda lluvia de una ducha ó regadera de agua, no menos caliente, hasta que desaparece el último vestigio de la general jabonadura. Al llegar á este punto, el pobre bañista ha perdido hasta la conciencia de su personalidad, y se deja conducir como una masa inerte, sin poder explicarse como haya quien resista semejante martirio diariamente, y vé, sin darse cuenta de ello, que vuelven á calzarle los altos chanclos y que le envuelven en nuevos chales, tambien calientes, pues no parece sino que se han propuesto cocerle, y que pasándole gradualmente por las mismas habitaciones balnearias, le llevan á un lecho ó divan, donde le dejan y donde él se deja caer completamente rendido y estenuado. Dicen que aquel reposo es el momento supremo de placer del baño turco. Lo comprendo bien: es el descanso despues de una paliza inverosimil, que tal resultado produce aquella continuacion de sudores violentamente escitados, de cocimientos, fricciones, desconyuntamientos, jabonaduras y otros martirios. En aquel lecho del reposo, sino del dolor, envuelto en mantas tambien calientes, se toma con placer inexplicable limonada fria, café ó helados, y se fuma la pipa ó el narghilé, disfrutando una muelle soñolencia, un placer negativo, una tranquilidad inexplicable, á que los orientales dan el nombre de *kief*, y que es el único placer que produce el baño. Lo que no puedo decir, es si merece aquel perezoso y dulce *far niente,* las penas que para llegar á él se experimentan.

El baño turco, dícese que es de gran eficacia para curar muchas enfermedades, sobre todo las que son producidas por vicios en la sangre; y sin que neguemos que aquella traspiracion ultra-abundante, aquel completo revulsivo á toda la superficie del cuerpo humano, pueda servir para obtener tan benéficos resultados en determinados casos, tambien puede asegurarse que en otros muchos, produce verdadera anemia la continuacion de tan debilitante práctica, y mucho mas

cuando, como sucede con frecuencia, va seguida de otros placeres, á veces asquerosos y repugnantes, á que suelen ser muy dados aquellos sibaritas, y á los que naturalmente predispone el perezoso y sensual *kief.* Aun sin esto, la transicion de aquel calor, si bien húmedo, sofocante, que se ha sufrido á veces por mas de una hora, pues no duran menos todas las operaciones del baño, á la atmosfera relativamente fresca del exterior, y á la impresion de los helados que se toman en los momentos de reposo, es ocasionada á padecimientos bronquiales y congestivos de los pulmones, necesitándose estar habituados desde muy jóvenes á tan bruscos cambios, para conservar á pesar de ellos la salud.

Otro de los parajes mas frecuentados y mas característicos de Constantinopla son los *bazares* ó mejor dicho el gran *Bazar*, palabra de origen persa adoptada por los orientales, pues su nombre turco es *tcharché.* En la parte que pudiéramos llamar mas propiamente turca, de la inmensa ciudad del Bósforo, encuéntrase aquella féria universal, aquel verdadero pueblo de mercaderes, oculto, oscuro, lleno de maravillas, de tesoros y de recuerdos, dilatándose entre la colina de Nuri-Osmanieh y la de Seraskier.

Al ir á visitar el Gran Bazar, y antes de abandonar la plaza donde se encuentra la mezquita de la sultana Validé, detiene la curiosa atencion del viajero otro mercado especial, el Baluk, bazar ó pescadería, célebre en la historia de los Paleologos, que obtenian de aquel mercado grandes rendimientos. Abundante como pudiera serlo en aquellos tiempos la pesca en Constantinopla, se distingue tambien por los especiales pescados que en ella atraen las miradas de los gastrónomos, que tienen ampliamente donde escoger para saciar sus aficiones, ya con los jugosos salmonetes y rubios del Bósforo, cuatro veces mayores que los de nuestras costas; ya con las especiales ostras de las islas del mar de Mármara, que tan bien saben preparar asándolas sobre las brasas, los griegos y los armenios; bien con sabrosos bonitos ó chicharros y atunes, de que hacen abundante consumo los judíos, lo cual debe contribuir no poco á sostener las enfermedades cutáneas que les son tan comunes, sobre todo la lepra; ya con estimulantes

anchoas, que los marselleses han enseñado á preparar á los turcos; con esquisitas sardinas, de las que Constantinopla surte á todo el Archipiélago; con los, *ulufer*, pescados apreciadisimos como los mejores del Bósforo, que se pescan solo á la claridad de la luna; los *maquereaux* del Mar Negro, que hacen periódicamente siete invasiones sucesivas en las aguas de la ciudad, levantando un ruido qué se oye desde ambas orillas; los *armados* ó peces espadas de grandes dimensiones; los rodaballos, llamados por los turcos kalkan-baluk; y otros muchos que seria prolijo é inoportuno enumerar, y que se agrupan entre los dos mares seguidos por los delfines, y cazados por innumerables alciones y otras aves maritimas, que disputan á veces su presa entre las mismas redes al afortunado pescador.

Despues de atravesar aquel mercado de la gastronomia, en el que casi todos los vendedores, turcos en su mayor parte, se hallan colocados alrededor de la plaza con su agradable mercancia amontonada sobre esteras de juncos, ó en largas mesas alrededor de las cuales se agrupan los compradores y verdaderos ejércitos de perros, puede ir el viajero al Bazar por una estrecha calle, tan estrecha que casi se tocan los miradores de las casas de ambas aceras, encontrando á uno y otro lado tiendas bajas y oscuras de mercaderes de tabaco, presentado sobre pequeñas mesas en forma de pirámide ó de ruedas, en el centro de cada una de las cuales se encuentra indefectiblemente un limon, sin duda para darle aroma y frescura, ya estén formadas del preciado *latakié* de Antioquia; del rubio y fino como la seda mas fina, llamado tabaco del serrallo; ó de fuerte *tombéki*, aunque éste para que no pierda su áspero aroma, se conserva mejor en botes de vidrio.

Avanzando por aquella estrecha y poco apacible calle, pues el fuerte olor á tabaco de todas clases que allí se vende produce una atmósfera pesada y desagradable, se llega á una antigua puerta abovedada que da paso á un gran edificio, atravesado por larga y cubierta calle compuesta de bajas y oscuras tiendas á uno y otro lado, y llena de personas, cajas, sacos y montones de las escitantes mercaderias que en él se venden. Aquel es el llamado bazar egipcio, donde se hallan reunidos todos los productos de la India, de la Siria, del Egipto y de la

Arabia, que reducidos despues á esencias, pastillas, polvos, y pomadas, sirven para los varios usos del tocador de las turcas y aun de los turcos, de sus haremes y baños, y para devolver las fuerzas á los pachás enervados, adormecer á las esposas desgraciadas, producir especial deleite á los fumadores, y esparcir el sueño, la embriaguez, y el olvido en la inmensa ciudad. Allí se encuentran apilados ó en sacos abiertos, con la parte desocupada vuelta hácia fuera sobre sí misma, de igual manera que se acostumbra en España, el sándalo, el antimonio, los polvos colorantes, los dátiles, la canela, el benjuí, los pistachos, el ambar gris, la mastika, el gengibre, la nuez moscada, el opio, el hachich y otra multitud de drogas de olor tan vário como penetrante, y que forma una atmósfera mucho mas pesada que la ya bastante molesta de la calle de las tabaquerías, por donde hemos entrado en este bazar, con razon llamado tambien de las drogas, en el que á los pocos minutos se siente una pesadez de cabeza y un verdadero desvanecimiento, que dura mucho tiempo, aun despues de haber abandonado aquel abrumador recinto, que no podemos explicarnos como se encuentra tan falto de ventilacion, teniendo por necesidad que respirarse en él una atmósfera fuertemente viciada.

Para alivio del dolor de cabeza que tan pesada y estimulante atmósfera produce, se pasa antes de entrar en el Gran Bazar por entre ruidosos talleres de caldereria, y tiendas que podemos llamar tabernas turcas, de donde salen nauseabundos olóres, y hay que abrirse paso por enmedio de una turba de pesadísimos é incomodos agentes de los mercaderes, que os cercan y os persiguen con tenacidad abrumadora, sin que haya medio de alejarlos ni de librarse de sus interesados y no pretendidos servicios.

Con tan poca alhagüeña preparacion se llega al Gran Bazar, que bien merece este nombre por el gran espacio de terreno que ocupa, y que forma segun la acertada frase de Gautier, una ciudad dentro de otra ciudad, con sus calles, sus callejuelas, sus encrucijadas, sus plazas y sus fuentes; inexplicable laberinto, donde es dificil no perderse, aun despues de haberle visitado muchas veces. Aquel vastísimo recinto de estilo marcadamente bizantino, está tambien abovedado y tiene para

ventilacion pequeñas cúpulas á manera de linternas, que le dan una luz tibia y zenital, tan amiga de los que venden como enemiga de los compradores, que apenas pueden distinguir entre las veladuras de su claridad indecisa, los defectos que en las mercancias pudieran encontrarse á plena luz. Al ver aquel estudiado sistema de medias tintas luminosas, recordamos que aunque por distinto procedimiento lo mismo se procura en las tiendas europeas, valiéndose de cortinas y trasparentes, sobre todo en las tiendas de España, en muchas de las cuales tiene el comprador que sacar lo que desea adquirir á la calle, para poderlo conocer y apreciar.

En tan inexplicable laberinto, cada calle es un bazar, y casi todas van á confluir á otra principal, cubierta por una bóveda formada con sillares alternados, los unos que fueron blancos en un principio, los otros de color gris oscuro, sistema muy usado en los edificios árabe-bizantinos, y en los mudejares de Sicilia, segun vimos al ocuparnos en el tomo anterior, de los edificios cristianos de Mesina. En aquellas calles cubiertas y medio oscuras pasan por medio de la multitud que las puebla, con lento paso, coches, caballos y camellos, produciendo entre todos un ruido que aturde y que marea antes de acostumbrarse á él, pero del que pronto apenas se apercibe el viajero, distraido con las palabras y los gestos con que por todas partes se procura llamar su atencion, conociéndose la diversa procedencia de los vendedores en la manera especial con que procuran despachar sus géneros: el griego llama y gesticula de una manera casi imperiosa, y sino le acomoda lo que le ofreceis, os lo indica con un signo negativo, que no consiste en mover la cabeza á un lado y otro, como en Europa, sino en levantarla echándola hácia atrás con una expresion indefinible de desden; el armenio, mas modesto, solicita vuestros favores con atentas maneras; el hebreo hace sus ofertas en voz baja y acercándose al oido como temeroso de que le escuchen y sorprendan sus riquezas; y el turco silencioso é inmóvil sentado en el suelo de su tienda sobre un pedazo de tapiz ó un almohadon, con el inexplicable aspecto de melancolia que da el fatalismo, fuma tranquilamente su pipa, dirigiendo miradas indiferentes á los compradores, en la seguridad de que por

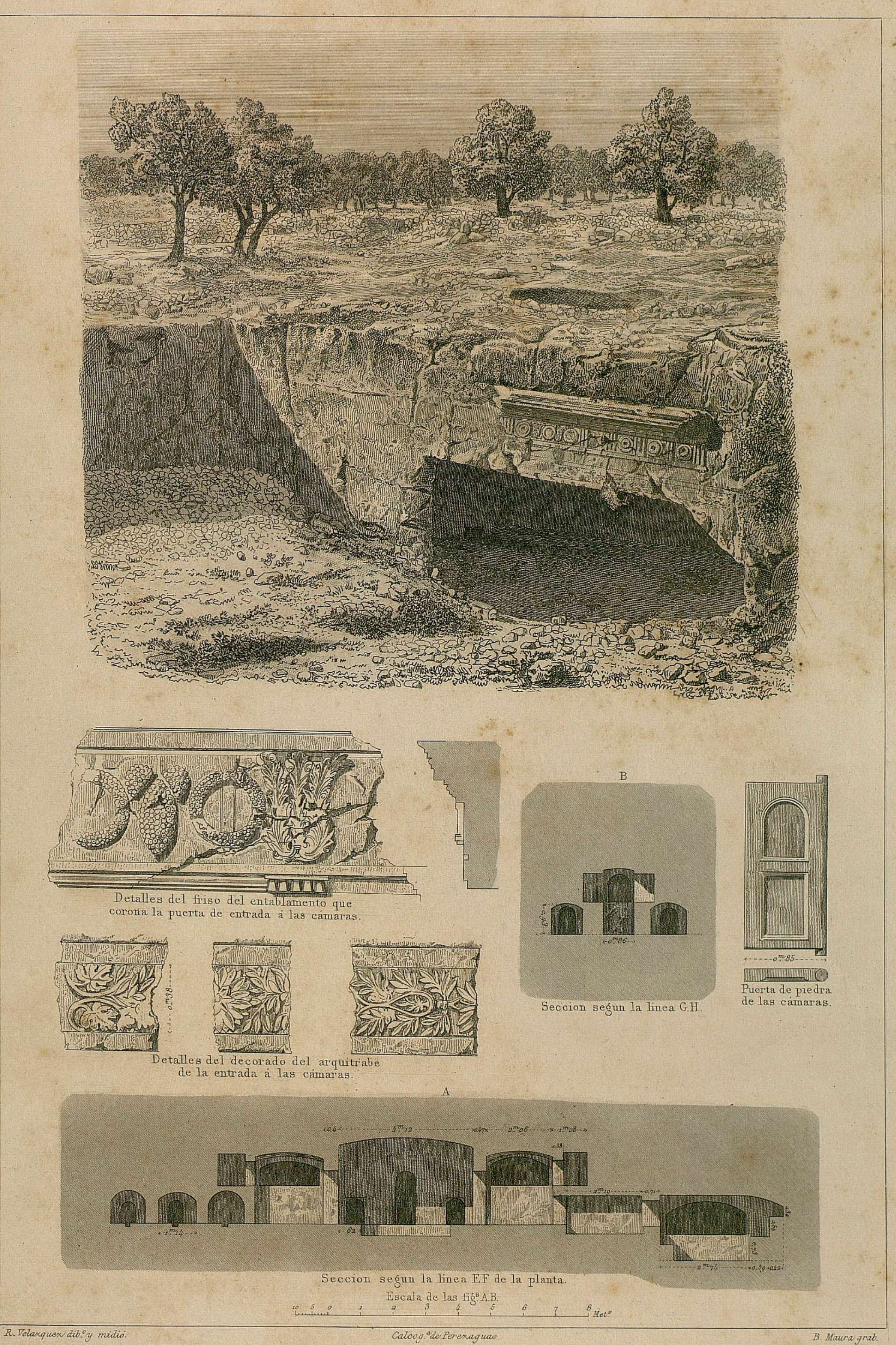
mucho que se esforzase nada venderia sino fuese vender su destino.

El cuadro que ofrece el Gran Bazar es indescriptible, no pudiendo formarse idea de él, ni recordando el que presentan las extensas y diferentes galerías de las modernas Exposiciones de la industria. En estas, aunque con variedad de gustos segun el pais á que corresponda la galería que se recorre, y la clase de industria, todo aparece presentado en elegantes ó artísticas instalaciones, en las que se ve la variedad de la invencion llevada á lo infinito, y el mayor órden en la manera de permitirse la entrada al público reina en las ámplias salas, imponiendo respeto en todas ellas con su severo uniforme, los representantes de la autoridad. En el bazar turco todo aparece revuelto y confundido; las bestias de carga; los carros de transporte; el coche de la elegante favorita; el ensimismado santon; el peregrino de la Meca; el risueño persa; el astuto griego; el atento armenio; el suspicaz judío; el curioso francés; la pesada mujer turca; la ligera europea, todo en abigarrado conjunto, destacándose sobre un mismo fondo de tiendas bajas y oscuras, en las que el mostrador está en la línea de la calle, y es tan bajo, que mas parece un divan para el mercader, que sentado á la manera oriental en uno de sus extremos fuma tranquilamente su pipa; de telas y mercancías colgadas de las paredes y de las bóvedas; de agentes, no turcos por supuesto, sino muchos de ellos extranjeros, sobre todo italianos; kamales ó mozos cargados; grupos de mujeres veladas; eunucos, y vendedores de confites y de helados; conjunto inexplicable que mantiene en el cargado ambiente una atmósfera de palabras de multitud de idiomas diferentes, convirtiendo aquel recinto en una verdadera Babel.

Y sin embargo, aquella confusion es solo aparente. El inmenso bazar está perfectamente ordenado. Cada mercancía tiene su departamento distinto que forma un bazar especial, en el cual puede mirarse todo, sin comprar nada, tomar café, conversar en el idioma que mejor agrade, y recrear los ojos en hermosas mujeres, veladas para mejor ser vistas. En pocos parajes de Constantinopla se pasa el tiempo mas agradablemente que en el Gran Bazar, sin darse cuenta de la rapidez con que transcurren las horas; y en aquella variedad que pudiéramos

llamar infinita, pocos departamentos ofrecen mas irresistibles atractivos, que el destinado á los vestidos y á las telas. Es una feria, un gran mercado de riquezas y de explendor, que hace perder la calma, la cabeza y el bolsillo. Hay que estar muy sobreaviso en aquella region de las tentaciones, para no verse expuesto á tener que detenerse en Constantinopla mas tiempo del que el viajero desearia, esperando la llegada de nuevos refuerzos pecuniarios. Brocados de Bagdad, tapices de Caramania; sedas de Brusa; tejidos del Indostan; muselinas de Bengala; chales de Madrás; cachemires de la India y de la Persia; tisús del Cairo; almohadones bordados con preciosos arabescos de oro; velos de seda con listas de plata; blondas de gasa con rayas encarnadas y azules; tapices de mesa de todos tamaños, de fondo rojo ó blanco, bordados á cadeneta y al pasado con labores y letras turcas ó árabes, que asi me hacian recordar el arte persa como las paredes de mi Alhambra; prendas envidiadas de mujeriles trages, desde el amplio *féredjé* verde, anaranjado, ó color de jacinto, que cubre como general envoltura á la mujer turca, hasta el finísimo pañuelo bordado de oro, ó los cinturones de terciopelo que despues de adquiridos por sus dueñas solo deben ser vistos por el amo ó el eunuco; caftanes de terciopelo rojo adornados con armiños y cubiertos de estrellas; justillos de terciopelo amarillo; amplios pantalones de seda rosa; trages de casa de damasco blanco tejidos con flores de oro; vestidos griegos, armenios y circasianos de mil formas caprichosas, sobrecargados de adornos; trages no menos vistosos de niños; blancos albornoces tunecinos; listadas *cufias* damasquinas de seda y oro; ricas fajas y chaquetillas bordadas; todo el lujo que nos parecia desde Occidente fabuloso y quimérico, considerado como el delirio de un sueño antes de llegar á verlo con la existencia de la realidad, nos cerca, nos llama, nos embriaga, nos arrastra con irresistible atraccion, y el mas económico se vuelve explendido, y el mas tacaño se convierte en pródigo.

Como antidoto contra la inexcusable tentacion, si es que alli no os asalta de nuevo, cual Proteo incansable, conociendo vuestras aficiones á lo pasado, podeis refugiaros en el departamento destinado á la venta de trages viejos, donde aparecen confundidos los mas extraños restos



R. Velazquez dib.o y midió. Calcog.a de Perezaguas B. Maura grab.

TUMBA DE LOS REYES EN JERUSALEN.

de todo aquel lujo oriental, á manera de un elocuente «memento homo.» Allí de largas perchas clavadas en los muros, penden antiguos uniformes turcos; vestidos de los célebres bajás; dolmanes, lujosos un dia, ahora deslucidos y rotos; súcias túnicas de derviches; desgarrados y apuñalados restos del aspero albornoz de los beduinos; ajados cinturones de seda; turbantes deshechos; ricos chales destrozados; justillos, que conservan todavía las señales de las perlas que los enriquecieron; y otra multitud de ricos vestidos y ornatos mujeriles, de brillantes colores y de graciosas formas, que aparecen como aprisionados entre los groseros caftanes circasianos, las mohosas cananas, los tristes y largos ropones negros de los judíos, y otra multitud de restos indescifrables, que producen sentimiento hasta de terror, pues parecen á la indecisa luz que alumbra la mezquina tienda, cuerpos muertos, colgados en aquel antro misterioso.

Mas agradable aspecto y nuevas tentaciones de arruinarse atacan por todas partes al viajero, en el departamento de las joyas, que es una pequeña calle, oscura y desierta, llena de tiendas, cuyo aspecto miserable, no puede ni remotamente, dar la mas pequeña idea de los tesoros que encierran.

Las alhajas están guardadas en cofres de encina, forrados y con ceños de hierro, colocados en la parte anterior de la tienda, pero siempre á la vista de sus dueños, que por lo general son turcos viejos, ó judíos de larga barba y de mirada penetrante y desconfiada. Su manera de vender es tambien característica. Los unos, de pié delante de la tarima que guarda su tienda, cuando pasa por delante de ella un comprador, cuyo aspecto les hace creer que es persona rica y espléndida, ponen ante sus ojos un diamante de Visapur ó de Golconda, un záfiro de Ormúz, un rubí de Dgiamschid, un topacio del Brasil, ó una turquesa de Macedonia, que si es rechazado, antes de que termine el signo negativo de aquel á quien por tal medio se propone, desaparece rápido como el pensamiento entre las manos del mercader, yendo á ocultarse en los inescrutables arcanos de su bolsa ó de sus cofres. Otros paseándose lentamente, detienen al viajero, y lanzando alrededor miradas de desconfianza, sacan del seno un pedazo de lienzo súcio, y

despues de estarle desliando largo rato, al terminar sus últimos repliegues, presentan ocultos en él, tentadoras alhajas ó esquisitas piedras. Rara vez se atreven á abrir el cofre en que guardan sus riquezas, que son á la verdad de gran precio, pues sabida es la pasion que los orientales tienen por las alhajas y la pedreria. Pero apesar de ello, la mayor parte de aquellas piedras están generalmente sin labrar, porque los orientales no tallan ni el diamante ni el rubí, sea por atraso en el procedimiento industrial, sea por no disminuir, como naturalmente se disminuye por medio de la labra, el número de los quilates. Lo mismo sucedia en la época bizantina, como nos demuestran las alhajas de aquel remoto periodo.

Mas tentador, por el modesto precio de sus mercancias, es el bazar de las pipas, con su gran variedad de chibuks, formados con largos tallos de jazmin, de rosal, de cerezo, de arce, de limoncillo y de otras maderas finas; ó bien indios con menudas y prolijas incrustaciones de nácar; sus boquillas de ambar amarillo del Báltico, tan brillantemente pulimentadas, como de innumerables variedades en color y en trasparencia; sus pipas de Cesárea, con tubos realzados por hilos de oro y seda; sus narguilés de cristal de Bohemia, de metal y de plata, de varias y antiguas formas, con largos tubos de tafilete y á veces ricos adornos de oro y pedreria; y al lado de estas verdaderas alhajas, la multitud de pipas de barro rojo ó negro, principal artículo de consumo de los europeos, que quieren traer algun recuerdo, propio del Gran Bazar.

No menos agradable por su aspecto y por el placer que proporciona al sentido del olfato, es el departamento destinado á la perfumeria, cuyos productos son tan queridos de los musulmanes, encontrando en ellos, al mismo tiempo que recreo para sus sentidos, el cumplimiento de un deber religioso, pues Mahoma dejó dicho, que las tres cosas que mas le aplacian, eran las mujeres, los niños y los perfumes. Alli puede encontrar el refinado gusto europeo, aromas y esencias, que jamás le ofrecerán iguales los mas refinados laboratorios químicos de Inglaterra ó de Francia. En aquel oloroso bazar podrá adquirir las famosas pastillas del Serrallo, para perfumar el aliento; la olorosa goma que sacan

del lentisco las robustas hijas de Chio; esencias exquisitas de bergamota y de jazmin; de cedro y de azahar, y la incomparable de rosa; allí hay pomadas y cosméticos de todas clases, y jabones, y pastas depilatorias, y saquitos de almizcle, y aceite de sándalo, y ambar gris, y aloe para perfumar las tazas y las pipas, y otra infinidad de polvos, de aguas y de pomadas, que explican elocuentemente hasta donde llega el voluptuoso refinamiento de la vida oriental.

Otro de los departamentos que tambien llama la atencion del europeo, es el del calzado, donde se encuentran tegidas ó bordadas espléndidamente con oro, las babuchas para las mujeres, babuchas que en su mayor parte no tienen talon, cuya falta las hace de uso difícil para las europeas, las cuales, aunque lo tuvieran, difícilmente podrian calzarlas, á no ser andaluzas y sobre todo malagueñas ó gaditanas; tan pequeñas son aquellos verdaderos juguetes de terciopelo y oro en forma de babuchas, que están revelando los piés inverosímiles y enloquecedores de las bellísimas georgianas.

Colgados en las paredes de las tiendas los productos de aquella industria, que en Occidente presentan un aspecto triste y monótono por su color negro y la poca variedad de sus formas, las dan un aspecto resplandeciente y atractivo con sus vivos colores y el oro que las cubre. Allí hay babuchas de terciopelo, de pieles, de brocado, de satin, bordadas con plata, con oro, con perlas y hasta con zafiros y esmeraldas; pero en medio de tanto lujo, hay calzado de las mas caprichosas formas y al alcance de todas las fortunas, desde los zapatos de piel de Rusia, sin suela y á manera de suecos, con afilada punta terminada en una borla de seda de colores, usados en ciertas comarcas de la Grecia, hasta la ligera chinela de satin blanco bordada de perlas, que habrá de despertar mas de un deseo en algun afortunado Pachá; desde la característica bota amarilla, en la que rara vez queda sujeto el pié de las turcas, cuando salen á la calle, hasta la estrecha ó ancha babucha llena de arabescos, con que recorrerá indolentemente los tapices del harem. Aquel calzado no está, sin embargo, hecho á medida, ni rara vez se hace de este modo entre los turcos, y principalmente entre las turcas. Como éstas no tienen necesidad de atormentar sus diminutos piés,

atienden solo á la belleza y capricho de la forma y del adorno, cuidándose poco ó nada de la medida. Lástima grande seria el que trocasen aquel calzado tan original, tan rico, tan tentador, tan voluptuoso, por las extrañas y feisimas botitas occidentales, que deforman los piés y que solo se conciben en paises extragados por los caprichos, casi siempre ridiculos, de la moda. Cierto dia vimos á una bellísima circasiana calzada con bota parisiense de tacon extravagante y estrecha punta, y apartamos rápidamente la vista de aquella verdadera profanacion.

Tambien es curioso el bazar de los *fez* ó gorros, donde se encuentran de todos los paises, desde los altos de Marruecos, hasta los elegantes y pequeños con que las griegas de Smirna apenas cubren sus hermosas trenzas negras salpicadas con piezas de oro.

Imposible es dar siquiera una idea de la gran variedad que se halla en todos aquellos bazares, cuyo conjunto forma el Gran Bazar. Se necesitaria un volúmen extenso para indicar siquiera las ricas mercancias que se encuentran, ya en el departamento de la peleteria, donde se hallan, asi la piel sagrada de zorro negro, reservada otras veces sólo al Sultan y al Gran-Visir, como las de marta, adorno especial de los caftanes de gala, y las de oso blanco, de oso negro, de zorro azul, de astracan, de armiño, de tigre, de cibelina y otras pieles no menos estimadas por los musulmanes; el bazar de los cuchilleros, con sus labradas armas, entre las que sobresalen las enormes tigeras turcas, de hojas bronceadas y nieladas, con dibujos de flores y pájaros fantásticos; el de los tiradores de oro; el de los bordadores; el de los quinquilleros; el de los sastres; el de los alfahareros; el de los mueblistas; el de cuantas industrias pueda soñar la fantasia, pues todas, y mas, ofrecen maravillosos objetos en aquella permanente y gigantesca exposicion de la industria oriental, que habla muy alto en favor de sus adelantos, con tanta pasion como injusticia, á veces, menospreciados por los europeos.

Pero hay entre aquellos innumerables departamentos uno especial, que, con razon ha dicho Teófilo Gautier, puede considerarse como el corazon mismo del Islam. Me refiero al bazar de las armas, tan acer–

tadamente descrito y juzgado por aquel viagero, que no encuentro mejor manera de darlo á conocer á nuestros lectores, que reproduciendo sus mismas palabras: «Ninguna de las nuevas ideas ha pasado sus umbrales; el viejo partido turco está allí gravemente agrupado, guardando hácia los *perros cristianos* tan profundo desprecio, como en la época de Mahomet II. El tiempo no ha transcurrido para aquellos dignos osmanlis, que echan de menos los genizaros y la antigua barbarie, acaso con razon. Allí se encuentran los grandes y anchos turbantes, los dolmanes forrados y galoneados, los largos pantalones á la mameluca, los altos cinturones y el puro traje clásico tal como se vé en la coleccion de Elbicei-Atika, en la tragedia de *Bayaceto,* ó en el Gentil Aldeano. Allí vuelven á hallarse aquellas fisonomías impasibles como la fatalidad, aquellos ojos serenamente fijos, aquella nariz aguileña encorbada sobre una larga barba blanca, aquellas megillas morenas teñidas por el abuso de los baños de vapor, aquellos cuerpos de robusto esqueleto que deshacen las voluptuosidades del harem y los éxtasis del ópio, aquel aspecto de turco *pur sang,* que tiende á desaparecer y que habrá necesidad de buscar bien pronto en el centro del Asia.»

«A las doce del dia, el bazar de las armas se cierra desdeñosamente, y aquellos mercaderes millonarios se retiran á sus kioscos á la orilla del Bósforo y miran con aire de enojo pasar los barcos de vapor, esas diabólicas invenciones de los francos.»

«Las riquezas amontonadas en aquel bazar son incalculables. Allí se guardan las célebres hojas de Damasco, historiadas con letras árabes, hojas de que se valia el sultan Saladino para cortar los almohadones de pluma al vuelo, en presencia de Ricardo Corazon de Leon, y uno de los extremos de la empuñadura de su gran mandoble, y que llevan por detrás tantas muescas ó hendiduras como cabezas han separado de los hombros de sus enemigos; aquellos kanjards, cuyo acero blanco y azulado hendia las corazas como leves hojas de papel, y que tienen por mango una caja de pedreria; vetustos mosquetes de rueda y mecha, maravillas de cincelado y de incrustacion; hachas de armas, que acaso servirian á Timur-bey, á Gengiskan, á Scanderberg, para aplastar los cascos

amigos morir de sed en las llanuras interminables del Asia menor, y ha llegado á la Meca haciendo esfuerzos supremos; ha dado de rodillas siete veces la vuelta de la Kaaba, y ha caido desmayado, cubriendo la piedra negra de ardientes besos. El otro coloso de blanco rostro, de arqueadas cejas, de ojos fulminantes, que tiene mas bien el aspecto de un guerrero que de un mercader, y que revela en toda su persona la ambicion y el orgullo, trae sus peleterias de las regiones septentrionales del Cáucaso, donde en su juventud derribó la cabeza de mas de un cosaco. Su vecino, el pobre mercader de lanas, de faz aplastada y pequeños ojos oblicuos, membrudo y fuerte como un atleta, hace poco repitió sus plegarias á la sombra de la inmensa cúpula que proteje la tumba de Timúr, ha salido de Samarcanda, ha atravesado los desiertos de la gran Bukharia, ha pasado por entre las hordas de los turcomanos, ha atravesado el Mar Muerto, ha escapado de las balas de los circasianos, ha dado gracias á Alá en las mezquitas de Trebisonda, y ha venido á buscar fortuna á Stambul, de donde volverá cuando sea viejo, al fondo de su Tartaria, que siempre conserva en el corazon.

El Gran Bazar, es el compendio abreviado del antiguo imperio otomano, que va desmoronándose dia trás dia á impulsos de las ambiciones de Occidente, poderosamente auxiliadas por los defectos de organizacion, por el carácter mismo de los pueblos, que componen el heterogéneo coloso, cuyo diverso origen y tendencias, nunca podrán fundirse en una verdadera unidad de pátria.

Ocupados en recorrer las calles de aquella Babel indescriptible, han trascurrido rápidas las horas, y se acerca el momento, en que mucho antes de la puesta del sol, debe cerrarse el Gran Bazar. La multitud se precipita buscando las salidas; los mercaderes griegos, francos ó armenios, recurren á sus últimos esfuerzos para procurarse buenas ventas; los caballos, los coches y las bestias de carga desfilan como largas caravanas á lo largo de las revueltas calles, buscando la salida; el crepúsculo anticipado por aquellas sombrias bóvedas empieza á envolver los objetos con misteriosas veladuras; sobre los mil ruidos que aturden y que pueblan el aire de intraducibles notas, percíbese dis-



I. Salcedo, litº Lit. Donon. Madrid.

TEMPLO CIRCULAR ROMANO EN BALBEK.

tante la voz del muezzin, que desde el alto minarete de la cercana mezquita, recuerda al creyente la oracion de la tarde; fieles al religioso llamamiento, los unos hacen sus abluciones en las fuentes, los otros, como si se encontraran en el interior de la mezquita, prescindiendo en absoluto de todo cuanto les rodea, para el cumplimiento de la religiosa práctica, se entregan á la plegaria delante de su tienda; las sombras se espesan cada vez mas, las puertas empiezan á cerrarse, los mas perezosos apresuran el paso temiendo quedar perdidos durante la noche en aquel confuso laberinto y, transcurridos algunos momentos, la mas completa calma sucede á la anterior animacion, quedando sumido en sombra y en silencio el animado bazar.

Otros de los lugares donde pueden estudiarse las costumbres de aquella gran ciudad, no sin razon llamada la Lóndres de Oriente, son los paseos, aunque por la manera especial de ser de la familia y de la sociedad turca, no presenten por punto general el animado cuadro de los que estamos acostumbrados á ver en las ciudades de Occidente. Pocas en verdad como Constantinopla ofrecen tan pintorescos alrededores y lugares tan á propósito para el recreo de los sentidos y la soñadora contemplacion del espíritu.

Por todas partes paisajes deliciosos la rodean, ya se dirijan las miradas al mar de Mármara ya á las islas de los Príncipes, que semejan estensas manchas brillantes sobre el azul tornasolado y los cambiantes de las ondas; ya en mas cercano término á Scutari, la ciudad de las tumbas, donde duermen el sueño de la muerte generaciones enteras á la sombra de seculares cipreses; bien al Cuerno de oro, con los millares de buques de todas clases y de todas naciones que le pueblan, ó á las orillas del Bósforo, con sus palacios, sus kioskos, sus haremes de espesas celosías y sus florestas y jardines, cuyo conjunto escede á cuanto mas fantástico pudiera describir la rica imaginacion de un poeta oriental. Como ha dicho con grande acierto y brillantez de estilo Luis Enault, el Bósforo no tiene rival en el mundo. En ninguna parte se halla una multitud mas pintoresca, mas numerosa, mas diversa, que la qué surca sus aguas: los kaiques se cruzan con los barcos de vapor; el remo lucha con la vela, los unos suben, los otros

bajan, rápidos ó pesados, segun su diferente destino; se atraviesa por entre una doble línea de palacios, de kioskos, de villas y de jardines; en ambas orillas las colinas se elevan en anfiteatros, coronadas de casas azules, blancas, verdes y rojas, medio ocultas entre rosas y jazmines; kioskos de una arquitectura fantástica, salen de entre un grupo de arbustos en flor, rocas sombrías rompen aquí y allá con su desigual silueta el horizonte á través de lianas flotantes; mientras el verde oscuro de los cipreses parece encerrar tan risueño cuadro en un marco severo.

Pero dejando aquí la parte descriptiva del admirable panorama que se estiende á los ojos del viajero por uno y otro lado del Bósforo, en el encantador viaje de Gálata al mar Negro, que todavía habrá de ocuparnos en otro número de este capítulo, nos fijaremos en los dos lugares á donde se dirigen las excursiones favoritas de los que viven en Constantinopla, y que no pudiendo tener casa de recreo en las orillas del Bósforo, van al menos semanalmente á visitarlas.

Estas excursiones se hacen á los parajes conocidos con los nombres de *Aguas dulces de Europa* y *Aguas dulces de Asia:* el primero de estos parajes se encuentra en las fuentes del Barbyces, riachuelo de corto curso que desemboca en el gran puerto con el Zydaris, no léjos de los cipreses de Eyub. La pradera siempre húmeda de las orillas de aquel apacible manantial, constantemente esmaltada por menuda yerba, sembrada de olmos, fresnos, plátanos, álamos y añosas encinas, conserva un antiguo kiosko imperial, oculto entre rosas y clemátides, y ofrece en abundantes tiendas y cafés, helados, cerveza y vino á los numerosos paseantes que en los domingos invaden tan encantador paraje, alternando con las hermosas armenias de bordados trajes y las griegas con sus ondeados cabellos cogidos con monedas de oro, las francesas y las italianas, vestidas con arreglo á las modas de Paris. Los hombres son todos *francos,* que en vano buscarán en aquella fresca pradera las damas turcas con que soñaron en las distantes regiones de donde proceden.

Para esto tendrán que ir á otro paraje llamado «Aguas dulces de

Asia», donde la escena y los actores cambian por completo. Al rededor de una fuente sombreada por grandes árboles, se agrupan las mujeres en posiciones graciosas y con cierto abandono, envueltas en el ámplio feredgé, que bajo sus anchos pliegues oculta sus formas, y veladas por la ligera muselina, que á excepcion de los ojos, les cubre la faz y á veces permitiéndose dejarle caer, para saborear mas comodamente el narguilé ó la pipa, que fuman en dulce abandono, reclinadas sobre tapices persas y muelles cojines, ó para tomar algun confite, frutas ó helado, que les ofrecen viejos y severos vendedores, los cuales procuran ahuyentar los insectos de su mercancia con mosquiteros de palma, de forma tan sencilla como elegante. Los hombres no se mezclan con estos grupos femeniles, sino que léjos de ellos y tambien sentados aspiran gravemente el humo de sus pipas ó de sus narguilés, sin dirigirlas, no ya la palabra, pero casi puede decirse sin mirar siquiera á las mujeres, y unos y otras pasan así tranquilamente la tarde, hasta que al llegar la noche vuelven del mismo modo á sus hogares.

Estos paseos, que pudiéramos llamar característicos de los dias feriados, no excluyen el mas general, sobre todo para los hombres, que tiene lugar en los cementerios. Al leer esta palabra, la mayor parte de nuestros lectores de Occidente, hallarán poco grato aquel paraje para esparcimiento y solaz, pero desaparecerá su estrañeza cuando sepan que la religion musulmana ha quitado á la muerte todo el aparato de lúgubres imágenes con que nosotros la hemos rodeado. Los musulmanes se pasean sin emocion alguna, lo mismo de dia que de noche en los campos de los muertos, colocados, sin temor alguno á miasmas deletéreos, en medio de las poblaciones, y se sientan en el mármol de los sepulcros, y allí se entregan á las dulzuras de la conversacion, del café y del tabaco, sin que todos estos actos revelen el mas ligero pensamiento de profanacion. En Oriente se vive con la muerte en una familiaridad íntima. A veces se encuentra sobre la tierra, recientemente removida ó sobre sencilla losa funeraria, una mujer sentada á la que acompaña con frecuencia un niño, abismada en profunda y dolorosa meditacion, y poco mas allá indiferentes pa–

seantes, cual si nada viesen, tratan de sus asuntos ó fuman con la mayor tranquilidad.

El diferente sexo á que pertenecieran los difuntos allí enterrados, conócese fácilmente en la forma de sus monumentos sepulcrales que esparcidos en todas direcciones, sin guardar ningun órden ni concierto, pueblan el cementerio. Los de las mujeres son verdaderas estelas funerarias, en las cuales se hallan inscripciones dedicadas, como entre nosotros, á la memoria de las que allí descansan. Los de los hombres están generalmente en forma mas ó menos cilíndrica á manera de cipos ó pequeñas columnas, surmontadas por un turbante ó por el fez, teniendo aquellos cipos á veces collarines pintados é inscripciones, cuyos fondos están tan bien pintados y las letras de relieve hasta doradas, lo cual tambien sucede en las estelas funerarias de las turcas.

Una costumbre vimos que revela en el pueblo que la sostiene un sentido eminentemente poético. En algunas sepulturas que forman un rectángulo con la estela colocada verticalmente ó con ligera inclinacion á la cabecera, notamos en la losa que en sentido horizontal las cubre, pequeño hueco ó agujero que comunica con el interior en el punto correspondiente al rostro, y saliendo por aquel agujero un rosal. Preguntamos, aunque fácilmente se podia presumir lo que aquello significaba, y supimos, que con frecuencia, en las sepulturas de mujeres jóvenes, principalmente doncellas, se plantaba de tan estraña manera el arbusto querido de los orientales, y que cuando no se seca y crece alimentado por los jugos del cuerpo que allí reposa, se tiene por señal de feliz augurio acerca de la vida que en el paraiso de Mahoma goza la feliz criatura, cuya belleza, destruida por la muerte, da ser y vivifica á la flor de las flores, en cuya delicada fragancia creen aspirar los que amaron á la que allí descansa, su espiritual esencia.

Las tumbas de la gente menos acomodada están solo indicadas por una elevacion del terreno en forma prismática y por dos piedras colocadas á las extremidades, piedras sobre las cuales, segun la superstición mahometana, deben sentarse los dos ángeles, Nekir y Munkir para juzgar el alma del difunto.

Tambien se ven algunos panteones ó enterramientos, limitados por pequeños muros ó verjas, en medio de los cuales se eleva una columna con su correspondiente turbante, rodeada de otras más pequeñas, ó de estelas planas. Son los panteones de pachás ó altos dignatarios, y de sus mujeres é hijos.

Y ahora que de cementerios hablamos, y de la reunion en ellos de la familia turca, despues de haber dejado de existir, como tan mezclada y confundida anda siempre la vida y la muerte, vamos á dar algunas noticias acerca de las ceremonias con que se verifican los matrimonios, el nacimiento de los hijos y las inhumaciones.

A pesar de que los turcos generalmente sólo se unen á mujeres de su misma raza, y sobre todo de su misma religion, tambien gustan enlazarse con griegas, eslavas y hasta zingaras ó tchingianés, si bien, cuando tal sucede, la mujer abjura ordinariamente su religion para abrazar la de su esposo, aunque no se les impone como condicion necesaria. La separacion de las mujeres y de los hombres, el cuidado con que se procura sustraer á las primeras de las miradas de los segundos, dificulta que el turco pueda escoger la mujer que más le atraiga por su belleza y dotes de carácter, asi como lo que nosotros llamamos galanteos, y el *festejar* de las provincias valencianas y catalanas, y sobre todo en las islas Baleares. Los casamientos turcos se arreglan generalmente por la mediacion de terceras personas, y el esposo, con frecuencia, no conoce el rostro completamente descubierto de su prometida, hasta despues de haber terminado las ceremonias nupciales. Estas van precedidas ordinariamente, de un contrato que se anota en lo que pudiéramos llamar registro civil, á cargo del juez (mollah, cadi ó naib), contrato en el que el futuro esposo se obliga á dar á su mujer el moviliario completo de la casa, bateria de cocina y vestidos, asi interiores como exteriores. Despues sigue la presentacion al iman ó sacerdote, que recita una plegaria especial, y dispuesta ritualmente para el caso, y terminados todos estos requisitos, comienzan las fiestas de las bodas y tornabodas, que en las personas ricas á veces duran quince dias. Con frecuencia, las novias más parecen niñas que esposas, pues las prescripciones legales entre los musulmanes, declaran á la mujer apta para el matrimonio á los diez años, ó ántes si fuese nubil, facultad de que se

aprovechan con harta frecuencia las familias, casando á sus hijas en bien temprana edad. Verdad es, que en aquellos paises la mujer adquiere un desarrollo á los diez años, que envidiaria á los veinte una doncella del Norte de Europa.

El nacimiento de los hijos, y la imposicion de nombre al recien nacido, no va acompañado de ninguna ceremonia religiosa; pero generalmente se hace al sétimo dia, celebrándolo con fiestas de familia, como entre nosotros; y la circuncision, que es indispensable á todo musulman, como el bautismo á todo cristiano, no se verifica hasta los siete ú ocho años de edad, y entre las familias ricas hasta los catorce ó quince. Esta operacion, á pesar de ser muy delicada, la practican los barberos con una navaja de afeitar, poniendo á veces en grave riesgo la vida de los circuncidados, que reciben con tal motivo regalos de los parientes y amigos, como para endulzarles las bárbaras amarguras de aquel inútil sacrificio, que más fácil y agradablemente pudiera reemplazarse con asiduidad en la limpieza y aseo personales, á que es bien poco dado el musulman, á pesar de sus abluciones reglamentarias. Bien lo conoció asi Mahoma, cuando tuvo que imponerles la limpieza como precepto religioso. Y la prueba de que la circuncision no es necesaria, se encuentra en todas las personas que, perteneciendo á distinta religion, no la practican, aunque nacen y viven en aquellos ardientes paises, sin que por ello sufran más enfermedades que los mahometanos.

Estos, cuando se hallan enfermos, apénas recurren á los auxilios de la ciencia médica, muy descuidada por punto general entre ellos, que por lo mismo miran hasta con veneracion á los extranjeros que la profesan. Un médico *franco*, ó aunque no lo sea, que tenga bastante descaro y poca conciencia para fingirlo, es buscado con afan, principalmente por las mujeres, que molestadas de continuo por las enfermedades á que las predispone su manera especial de vivir, desean encontrar alivio á sus dolencias. Y de tal modo inspiran confianza los médicos, ó los que se hacen pasar por tales, á los celosos turcos, que les permiten penetrar en los haremes, siendo debido á este privilegio, el conocimiento que algunos viajeros han tenido del interior de aquellas misteriosas moradas del sensualismo musulman. Nuestro querido y respetado amigo, D. Pedro Felipe Monlau,

cuando estuvo comisionado por el gobierno español para tomar parte en las conferencias internacionales que se celebraron en Constantinopla, con motivo del cólera, debió á su merecida fama de médico higienista, el haber visitado el serrallo del Sultan, y de ver sin enfadoso velo, y con la confianza que á las mujeres inspiran por punto general los médicos, á las más preciadas hermosuras de aquel paraiso á la mahometana. Recordamos á este propósito, que en uno de los dias en que visitábamos, acompañados de varios oficiales de la fragata, las mezquitas, tomando por médico á uno de ellos, acercósele un eunuco, proponiéndole fuese con él á visitar á unas damas pertenecientes al harem de uno de los más elevados funcionarios del imperio, teniendo el pundonoroso oficial abnegacion bastante para decir la verdad, y no haberse aprovechado de aquella circunstancia, que le hubiera facilitado la codiciada visita del interior de un harem, fingiéndose médico, por más que despues se limitase á propinar á las caprichosas retraidas cualquier remedio inofensivo, remedio que acaso les hubiera sido grato por la novedad, que tanto seduce en todas partes á las mujeres.

Entre las clases pobres, en los barrios extremos de la ciudad, todavia tienen la costumbre de exponer los enfermos á la puerta de las casas, aplicándoles los remedios que recomiendan los que pasan por delante, como de eficacia probada, de lo cual yo mismo he visto más de un caso, habiéndome atrevido alguna vez á indicar remedios puramente exteriores, de los que sin peligro hacemos todos los dias en nuestras casas, ántes de recibir la visita del facultativo.

Tambien contribuye á prolongar las dolencias entre los turcos el fanatismo musulman, que con frecuencia, sobre todo entre las clases más ignorantes, les hace abandonarse por completo á la voluntad de Allah, habiendo algunos tan fanáticos, que juzgan como un pecado oponerse á los decretos del Altisimo, dador de la salud y de la dolencia.

Cuando la última hora se acerca, tienen mucho cuidado en que ninguna mujer se aproxime al lecho del paciente, y apénas ha muerto, procuran con gran interés extenderle las piernas y cerrarle los ojos y la boca, costumbre que de la misma manera se observa entre nosotros. Despues proceden á las abluciones rituales con el cadáver, operacion que sólo debe

hacer un iman, estando prohibidos el embalsamamiento y la autopsia, salvo el caso particular de que la difunta sea una mujer embarazada, y dé señales de vida la criatura que alienta en su seno, en cuyo caso, por salvarla, es permitida la operacion quirúrgica necesaria al efecto.

La inhumacion sólo puede tener lugar veinticuatro horas despues de la muerte, y se hacia generalmente, y todavía se hace entre las clases pobres, á pesar de las prescripciones reglamentarias, sin colocar el cuerpo en ataud, y dando á lo sumo cuatro piés de profundidad á la fosa. Tambien se acostumbraba no cerrar completamente el sepulcro, lo cual era causa de muchas enfermedades epidémicas, que han ido desapareciendo con el establecimiento de intendencias sanitarias y la adopcion de medidas higiénicas propuestas por médicos franceses é italianos, y aceptadas por el gobierno turco.

Entre las costumbres caracteristicas del pueblo musulman, merecen especial mencion las que se verifican para celebrar los dos Bairam, uno de los cuales termina el ayuno de Ramadan, que, como es sabido, constituye la cuaresma turca, durante la cual está prohibido á los musulmanes comer y fumar, desde la salida á la puesta del sol. En esta época del año la puesta del sol se anuncia por un cañonazo, y no haya temor de que hasta que suene lleve á la boca el verdadero turco ni una migaja de pan, ni una gota de agua. Durante el Ramadan, acostumbran dar alboradas con flauta y tambor, derviches novicios, que suelen recibir en premio de su obsequio, piezas de tela ú objetos de vestir, que les arrojan por las ventanas, aunque sin dejarse ver, las generosas donadoras. La celebracion del Bairam, principia por un acto religioso, que consiste en dirigirse á hacer su plegaria el Sultan, con todo el aparato de su córte, á Santa Sofia, y que termina por una recepcion en palacio, á la manera de las europeas; desfilando ante el Sultan, con exageradas cortesias, todos los altos dignatarios del imperio, y sus principales corporaciones, miéntras el pueblo se entrega á ruidosas manifestaciones de alegria, que recuerdan el Carnaval de Occidente.

Y ahora que de ceremonias y de prácticas religiosas hablamos, creemos oportuno dar á conocer á nuestros lectores una de las que más trascendentales consecuencias trae, no sólo á la raza turca, sino á la humanidad



MONUMENTO CONOCIDO CON EL NOMBRE DE "TUMBA DEL SANTON", CERCA DE BALBEK.

entera. Nos referimos á la peregrinacion á la Meca, cuyos detalles son difíciles de conocer, puesto que ninguno que no sea musulman puede acompañar á los peregrinos, y si lo hace fingiéndose mahometano, corre peligro de perder la vida en el acto, si fuera descubierto. Nosotros, sin embargo, hemos tenido la fortuna de poder consultar, además de los trabajos de algunos de estos atrevidos viajeros, tales como Jomard y Maltzan, á peregrinos turcos conocidos de la embajada española, y los capítulos destinados á esta peregrinacion, en la notable obra publicada en Constantinopla el año de 1870 por el caballero S. Zennaro, titulada, *Estudios sobre el cólera*, con ocasion de la epidemia de Constantinopla, en 1865, obra cuyo impresor, residente en Gálata, lleva el nombre español de M. de Castro.

La peregrinacion es un acto religioso, un viaje emprendido para ofrecer testimonio de la piedad de los creyentes á Dios, y está muy generalizado en Asia, como en muchas comarcas de Occidente, bajo diferentes formas, y en numerosas localidades.

En la India se celebran multitud de peregrinaciones en épocas diversas, lo cual se comprende fácilmente, á causa de las numerosas sectas idólatras que pueblan aquellas comarcas. En Pérsia son renombradas las de Mesched, Kom y Schahabdulahson, y en Turquía las de Bagdad, Casemen, Kerbellah y Nedjeb-Esref, que tienen por objeto ir á rezar sobre la tumba de algunos santos ó mártires, y sobre todas, las de Medina, en el Hedjaz, para orar en el sepulcro del gran legislador del Islamismo, y la de la Meca, la más grande, más famosa y más frecuentada, donde los musulmanes de todos los paises y de todas las nacionalidades acuden, para prosternarse ante el tabernáculo de Allah, en expiacion de sus pecados.

La peregrinacion á la Meca atrae al Hedjaz multitud inmensa de musulmanes en todas las épocas del año, pudiendo decirse que hay en ella una peregrinacion permanente. Los ejercicios religiosos, la partida de los peregrinos, no se hace desde luego y de una vez, sino lentamente, y una gran parte de los que no estuvieron en Medina, ántes de ir á la Meca van á la ciudad del Profeta, al volver de su peregrinacion, especialmente los javaneses y los indios. Cinco ó seis semanas despues de la partida de todos estos viajeros, principia de nuevo la peregrinacion á Medina para

adorar el sepulcro de Mahoma, afluyendo allí los habitantes de los países limítrofes del Hedjaz. Despues de la piadosa visita al cuerpo del atrevido instituidor del Islamismo, estos *hadjis* ó peregrinos pasan á la Meca, para celebrar en ella el Ramazan, y esperar el Kurban Bairam.

Las peregrinaciones ya eran conocidas de los árabes paganos, y Mahoma, al amalgamar la idolatría de aquellas gentes con el monotheismo de los hebreos, la impuso á todos sus sectarios, siendo desde entónces para los musulmanes el acto más importante de su vida religiosa, y uno de los puntos fundamentales del Islamismo ordenado por el Profeta, que quiso por tal medio mantener vivo el entusiasmo por sus creencias entre los pueblos donde se adoptaron.

Semejante deber es ineludible para todo musulman, de uno ú otro sexo, salvo algunas excepciones por causa de enfermedad, de infancia ó de vejez. Los sultanes, los príncipes, los altos dignatarios, y otras personas que pueden costearlo, cumplen aquel deber por medio de delegaciones, encontrando fácilmente, á cambio de algunos miles, y áun de centenares de piastras, quienes les sustituyan en aquella religiosa campaña.

El peregrino, ántes de cubrirse con el traje de penitente *(ehiran)*, se llama, *hallal;* con dicho traje, *mauhrim*, y despues que ha terminado la peregrinacion, *hadji*, título que le da derecho á la veneracion pública; pero que no adquiere si no se encuentra en la tierra santa, en la Meca, el dia de Kurban Bairam, y si no ha llenado todos los deberes establecidos para aquella práctica devota. Si llega en otra época, ó aunque sea al dia siguiente de las solemnidades, ya no tiene el derecho de ser considerado como *hadji*.

Cuando el musulman ha resuelto ir á la Meca para purificar y santificar su alma, ni la distancia, ni la miseria, ni los gastos, ni los sufrimientos, ni los peligros, le apartan de la realizacion de su propósito. El fanatismo lo desafía todo para adquirir el dichoso y anhelado título de hadji, y las fatigas que el buen creyente tiene que vencer, y las privaciones que se impone, son para él de poca importancia, á cambio de la celeste y sensual beatitud que le espera, si dejare la vida en la demanda.

Y se comprende este afan de cumplir con tan recomendado deber, si se tiene en cuenta que, segun la doctrina muslímica, la peregrinacion á la

Meca sirve para expiar y obtener el perdon de 70 años de crímenes y de iniquidades; que un dia de ayuno en aquella tierra santa, equivale á cien mil fuera de ella, y que un dracma dado de limosna en aquella ciudad, vale tanto como otras 100.000 limosnas hechas en otros sitios, siendo mayor la intensidad de estos merecimientos, cuando la víspera del Bairam *(arifè)* cae en viérnes, y en él se lleva á término la peregrinacion; pues entónces ésta, llamada *hadji-ul-ekper*, equivale á otras 70. Así se comprende el afan con que los fanáticos musulmanes procuran alcanzarla, seguros de que, una vez conseguida, no hay obstáculos para ellos en el camino que ha de conducirles al tentador paraíso de Mahoma.

En los antiguos tiempos, como ha sucedido en casi todas las religiones, acudian á los lugares santos los ricos en mayor número que los pobres, á causa de las dificultades en los medios de comunicacion y de los grandes gastos que exigía el cumplimiento de aquel deber religioso. Entónces iban á la Meca los nobles, los pachás, los príncipes y las princesas, y áun algunos sultanes, como los que llevaron los primeros en tan elevado puesto los nombres de Omar, Ahmet y Soliman, haciendo la peregrinacion con un tren inmenso y multitud de servidores, de camellos y de toda clase de provisiones; hoy, por el contrario, la mayor parte de los peregrinos son de clase indigente, sobre todo entre los indios, javaneses, persas y tacruris africanos.

Los ricos viajaban, y viajan, con todas las comodidades posibles, sosteniendo su vida con buenos manjares, como conservas de carnes y pescados, buen pan, galleta, etc.; pero los pobres, que son la mayor parte de los peregrinos de estos tiempos, llevan por todo equipaje una alforja ó saco con todas sus riquezas, que consisten en algunos dátiles, queso, y tortas de ínfima clase.

Y sin embargo, el número de los peregrinos va en aumento, creciendo á medida que los modernos adelantos van haciendo más fáciles las comunicaciones; pero ha disminuido notablemente el número de animales que hay que inmolar, en cumplimiento de las ceremonias ó rituales.

Cuando estaba en mayoría la clase acomodada, cada peregrino sacrificaba 3, 5 ó 10 carneros, y áun bueyes, vacas y camellos, miéntras hoy el hadji de mediana posicion mata solamente un borrego, y los más pobres se reunen en grupos de tres ó de cuatro para inmolar otro.

El viaje en caravana era entónces más frecuente, porque no habia barcos de vapor ni caminos de hierro, y los peregrinos no se entregaban confiados al azar de los buques de vela, cuya marcha es siempre de incierta duracion, y cuyos naufragios eran muy frecuentes. La caravana de la Siria contaba antiguamente de 35 á 40.000 peregrinos, miéntras ahora se compone apénas de 5 á 6.000, porque en lugar de ir á la Meca en caravana ó por tierra, los peregrinos se embarcan en buenos trasportes en los puertos del Archipiélago para Constantinopla ó para Alejandria, y en Suez para Yambo y Djeddah. Los indios son los únicos que se embarcan, en pequeño número, en los vapores, haciendo la mayor parte el viaje en barcos de vela.

La caravana de Egipto, reforzada con la de Africa, compuesta otras veces de 40 ó 50.000 hombres, hoy ha quedado reducida de 5 á 6.000; y esta última, la de Africa, es tambien mucho ménos numerosa que otras veces, pues miéntras antiguamente llegaba á 40 ó 45.000, en la actualidad apénas cuenta 12.000 peregrinos. En cuanto á las caravanas particulares, la de Mascata, que en los pasados tiempos atravesaba el desierto para ir á la Meca, no existe hoy. Otra caravana, compuesta de indios y de persas, que tenia su punto de reunion en el golfo Pérsico, sobre todo en el Katif para ir á Nedjdh, y de allí á la Meca, está igualmente casi extinguida. Donde antiguamente se reunian de 12 á 13.000 personas, apénas llegan hoy á 3 ó 4.000.

La caravana de la Bukaria, que atravesaba las estepas de la [illegible]tária y territorios de la Rusia y de la Turquia, para dirigirse á Damasco y alcanzar la caravana de Siria, está completamente suprimida; y este cambio de itinerarios, es debido, indudablemente, á la revolucion marítima producida por el vapor, y á la facilidad de trasportes que ofrecen las mensajerías francesas é inglesas, y sobre todo la compañía Azizié, establecida desde 1858 en el golfo Arábigo, que trasportan la mayor parte de los peregrinos.

Todas las caravanas, segun su diversa procedencia, se detenian antiguamente en puntos de descanso ó estaciones establecidas por el profeta; por ejemplo, en Zul-Huleifé ó en Aly-Kuyussu, los peregrinos de Medina; en Hudjhfé, los de Siria; en Zath-Irak, los de Irak; en Carem, los

de Nedjdh, y en Yelemlem los del Yemen; pero en la actualidad, la caravana siriaca, reunida en Medina con la del Cairo, se detiene en Rabuk, y los otros grupos de peregrinos procedentes de Africa y del Yemen, tienen su punto de reunion en Djeddah para ir á la Meca, en Nedjdh los que van desde la Arabia desierta, etc.

Veamos ahora el itinerario de estos peregrinos. De la Europa, del Africa, del Asia, de todos los paises del Islamismo, los musulmanes, sea la que quiera su nacionalidad, acuden todos los años á cumplir el religioso precepto, dependiendo la eleccion del camino, de la posicion geográfica, y á veces del capricho.

El viaje por tierra es más ó ménos penoso para los vasallos turcos, segun el lugar en que residan, y se hace en caravana, dividida en compañias ó grupos.

Las caravanas organizadas y protegidas por el gobierno *(surrès)* más importantes, son las de la Siria, de Egipto y de Africa.

La caravana de Siria, que tiene su punto de reunion en Constantinopla, se forma con los peregrinos que llegan de cerca ó de léjos, y despues de las ceremonias de costumbre, parte precisamente de Scutari todos los años, el 12 de la luna de Redjeb, cinco meses ántes de la fiesta de los sacrificios, escoltada por un comisario civil y politico del sultan *(Surrè Eminy)*, por un médico, por un cuerpo de 400 soldados de caballeria y algunos cañones trasportados en camellos, y seguida de los tres camellos sagr[illegible], de los cuales, el uno se encuentra en Constantinopla, el segundo en Damasco y el tercero en Egipto, siendo estos dos últimos los que van á la Meca, volviendo el de la capital, á poco de haber marchado la caravana. Estos camellos, que han de ser todos de una misma raza, con determinadas condiciones, son los que conducen el velo y el estandarte del Profeta, y van seguidos de otros camellos *(devè)* y de mulos *(katir)*, que llevan los regalos destinados al santuario. Llegados á Damasco, punto de reunion de todos los grupos de peregrinos provenientes de diversos paises, de la Rumelia, de las islas del Mediterráneo, de Bagdad, de Persia, de Tartária, del Afghanistan, de las Indias, de la Indo-China, de la China, etc., los peregrinos descansan algunos dias, esperando casi siempre á los que, procedentes del Asia Central, tienen, si son de la

parte septentrional de las Indias, que atravesar el Afghanistan y la Tartária, y por el mar Caspio llegar á Astrakan, ó por el rio Oral tocar en Oremburgo, para entrar en Rusia, y desde allí atravesar el Volga y el Don, penetrar en el mar de Azof, despues en el mar Negro, de él á Constantinopla, y de aquí á Damasco: muchas veces, de la Bukaria van á los puertos del mar Caspio, y de allí á las provincias caucásicas ó á la Persia. Ordinariamente, los viajeros prefieren atravesar el Afghanistan, para entrar en Persia por Hèrat, dirigiéndose á Mesched, donde se encuentra la tumba de un descendiente de su Profeta, y despues de algunas plegarias, tomando la ruta de Tèhèran, van á Bagdad por Kirmanschah, y de allí á Damasco. Algunos de Tèhèran toman el camino de Tebris, de Tiflis y Poti, ó de Tebris pasan á Erzerum, y de allí á Trebisonda y á Constantinopla, para unirse á la caravana de Damasco. Otros grupos del lado Sudeste de las Indias, van, aunque en corto número, por el Afghanistan, atravesando el Sedjistan y el Ispahan, para venir á parar al golfo Pérsico. Los indios habitantes al Sur de su tierra natal, no podrian entrar en Persia por la via de Beludjistan, á causa de las barreras naturales, ó de las montañas elevadas de la frontera; pero estos pueblos, en su mayor parte, son idólatras y salvajes, y viven exclusivamente de su industria. Algunos, sin embargo, que han abrazado el mahometismo, se embarcan en buques de vela para recalar en el golfo Pérsico, bien en Bénder-Bucher, ó en Bénder-Abassi, y dirigirse en seguida de allí á Basora, á Bagdad y á Damasco. Todas estas agrupaciones de peregrinos, aumentadas con los que se les van reuniendo en el camino, al llegar á Damasco se funden en la caravana de Siria. El conocimiento de los diversos caminos que siguen, tiene la importancia de ofrecer al observador, nociones prácticas acerca del importante estudio, que más ó ménos á la larga deben hacer los paises occidentales, sobre las vias de comunicacion que enlacen y unan las muchas regiones que existen casi desconocidas en Oriente, pues allí donde logra establecerse, no ya una via férrea, pero siquiera un camino de condiciones ordinarias, se abre un cáuce fecundísimo para el progreso y la cultura modernas, que acaba por ir conquistando los paises mejor que las sangrientas invasiones de los ejércitos.

Todos los peregrinos concentrados en Damasco, dejan sus caballos en esta ciudad, cuando los tienen, para volverlos á tomar á la vuelta, y con escasas excepciones, continúan su viaje en camello, animal que resiste muchos dias sin comer ni beber. El viajero bien acomodado va sólo en su camello, jamás en dromedario, cuadrúpedo reservado más bien para las marchas rápidas; y los que cuentan con ménos recursos, alquilan uno de aquellos animales, y colocan á las mujeres en una especie de aguaderas (mafés), á uno y otro lado, colocándose ellos en el centro. Otros más ricos todavia que los primeros, van más cómodos, en una especie de litera colocada entre dos camellos, por el estilo de las que llaman en el país Takthravam, para el trasporte de enfermos. Muchos pobres, gracias á la ejemplar caridad de los musulmanes, son recibidos en la comitiva de los ricos, y hacen el viaje á sus expensas.

Dispuesto ya todo lo necesario, y todos reunidos, la caravana se pone en marcha. El gobernador de Damasco la acompañaba antiguamente hasta la Meca, por lo que tomaba el nombre de Emir-ul-hadji, ó sea, el peregrino; pero en la actualidad llega ordinariamente sólo hasta Djerka, tres ó cuatro estaciones más allá de Damasco, donde, despues de cuidar vaya bien aprovisionada, se despide, y vuelve á su ciudad. La caravana marcha á jornadas fijas, por el desierto, á las órdenes de su jefe, con direccion á Medina. Van divididos en grupos ó compañías, llevando cada uno la cantidad de víveres que puede, con arreglo á sus fuerzas, y otros, odres llenos de agua, además de la que llevan los camellos, que van con tal objeto. Algunos peregrinos, más previsores que sus compañeros, van dejando en determinados lugares, víveres depositados, para encontrarlos al regreso. En la travesia del desierto, dividida en cincuenta y cuatro estaciones ó paradas, los peregrinos, expuestos al polvo, á los ardores del sol, á los ayunos, á las privaciones, sufren mucho; y más sufrian ántes de que El Mahdi estableciese los *caravansails*, y depósitos de agua, perfeccionados por el Sultan Selim, que hoy se encuentran cada tres ó cuatro estaciones. Llegada la caravana á Medina, sitio de reunion general, se une con la de Egipto, y se detiene muchos dias para descansar, ó visitar el sepulcro del Profeta y hacer plegarias. La caravana de Egipto se forma, en parte, con peregrinos de aquellas comarcas, de las islas del Archipiélago, y de la

costa africana, es decir, de Marruecos, de Argel, de Túnez, de Tripoli, etcétera, que van á Alejandria por mar. El punto de concentracion es el Cairo, y ya dispuesta, sale escoltada por un Bey de Egipto, con su camello sagrado, que conduce los regalos y ofrendas para el santuario, y marcha tambien á jornadas fijas, que son en número de doce, del Cairo á Medina, donde se reune, como hemos dicho, con la caravana siria.

La caravana de Africa, reforzada durante el viaje, despues de haber perdido un pequeño destacamento, que se asocia á la caravana egipcia, se organiza en la Nubia, en Darfur, en Cordovan, y en el Sénaar, con los otros grupos de peregrinos del Africa central. Siguiendo á lo largo del Nilo, que atraviesa en Kenet, va á parar á Kosséir, desde donde distribuidos los viajeros en pequeños grupos, hacen la travesia del mar Rojo en barcas, para unirse á la caravana del Cairo, en su marcha hácia Medina, ó bien á la caravana general de la Siria y del Cairo, ya unidas, en su viaje á la Meca.

La caravana turco-egipcia se dirige asi unida á Medina, que se halla diez estaciones ántes de la Meca. En la aldea de Rabuck, ya próxima á Medina, se detiene para que los peregrinos dejen sus trajes de camino, y vistan, despues de la plegaria del Ehiram, el hábito de los peregrinos, hecho de tela de lino, dividido en dos piezas, la una para cubrir la parte superior, y la otra la inferior del cuerpo. Con este blanco vestido, purificados con la ablucion de todo el cuerpo, cortadas las uñas, y la cabeza descubierta, continúan su marcha hácia la ciudad santa, para cumplir los deberes esenciales á su culto.

En cuanto á la caravana particular de Elkatif, algunos indios, embarcados en buques de vela, recalan en el golfo Pérsico, y agregándose á los grupos de persas, turcos del Irak, y de los habitantes del litoral de Hadramonth, pasan el Elkatif para ir al lugar sagrado, aumentando su número en el tránsito, sobre todo con los habitantes del Yemen.

Todos los peregrinos que llegan por mar á Djeddah, se concentran alli, asi como los grupos del Yemen y del Bajo Egipto, porque Djeddah es su punto de reunion, desde donde se dirigen á la Meca.

No puede precisarse el número de peregrinos que cada año vaya á la Meca, eligiendo la via terrestre, ó mejor la maritima, sin embargo de



Leire dib.

INTERIOR DE UNA DE LAS CÁMARAS EN LAS RUINAS DE HAGIAR KIM, KRENDI.

(Malta)

que los últimos son más numerosos. Los indios, durante algunos años del siglo XVIII, á causa de los trastornos políticos, descuidaron este viaje de devocion, pero cuando aquellas turbulencias cesaron, volvió éste á seguir su marcha ordinaria. La cifra media de los peregrinos reunidos en la Meca cada año, en el siglo precedente, era de 25 á 30.000; hoy se eleva á 60.000, si bien esta cifra presenta muchas oscilaciones. Se hace ascender á 180.000 la masa de peregrinos que en 1865 visitaron la Meca; y á esta inmensa multitud de hadjis, hay que añadir, la gran masa de negociantes, que con tal motivo afluyen á aquellos parajes, para el trasporte de víveres y objetos manufacturados, así como la multitud de criados que van acompañando á los peregrinos. La peregrinacion al Hédjaz es, á la vez que una solemnidad religiosa, una especulacion industrial, una especie de gran feria.

Djeddah es una ciudad situada á la orilla del mar Rojo, edificada sobre la vertiente del monte Ghaswann, y está considerada como ciudad santa, siendo el punto de reunion de ciertas caravanas parciales ó grupos de peregrinos, que allí convergen de diferentes procedencias. No tiene puerto, es más bien una rada; y la operacion de desembarco, fácil para los pequeños buques que pueden acercarse á la orilla, es difícil para los grandes, que tienen que dar fondo á distancia de una milla de la costa. Cuenta con una poblacion de 16 á 18.000 habitantes, y recostada sobre una pendiente suave, está rodeada de muros, dando sólo ingreso á la ciudad dos puertas, que toman nombre de la situacion que ocupan, relacionadas con los dos grandes lugares objeto predilecto de la peregrinacion; así, una puerta se llama de la Meca, y la otra de Medina. Las casas, encaladas como en Andalucía, tienen, sin embargo, poca elegancia; las calles no están empedradas, lo que produce grandes polvaredas en verano, y lodo, que las pone intransitables en invierno. Hay, sin embargo, en esta poblacion mucho comercio, pues es el gran mercado donde los peregrinos cambian ó venden los productos del Yemen, del Egipto, de la Persia, de la Siria, de las Indias, por los cereales y comestibles que necesitan durante el viaje.

El clima es inhospitalario, pues miéntras de dia hace un calor sofocante, de noche se experimenta un frio húmedo, nada en armonía con los

ardores del sol miéntras se halla sobre el horizonte, y falta de aguas corrientes, sólo puede ofrecer á la sed de los peregrinos agua salitrosa de pozo, y poca de cisterna; no encontrando espacio bastante para alojarse los numerosos peregrinos de las caravanas, lo cual produce una insalubre aglomeracion de gente, que desarrolla focos de infeccion, dando origen á multitud de enfermedades, que fácilmente se convierten en epidemias.

La distancia de Djeddah á la Meca es de doce leguas, que los peregrinos salvan en dos noches, y lo mismo que los de Medina, sufren mucho por los frios nocturnos, vestidos como van ya con el ligero traje de peregrinos, descrito más arriba, teniendo, con frecuencia, que encender grandes hogueras para calentarse, y que ir muy juntos para prestarse mútuamente calor.

Pero ántes de dejar á Djeddah, la mayor parte de los peregrinos que alli acuden, hacen una visita nada ménos que á la tumba de Eva, madre del género humano, la cual dicen se encuentra á distancia de una legua escasa de Djeddah.

Un gran muro, rodeando un espacio rectangular, á cielo abierto, protege el pretendido sepulcro. Alli, los peregrinos, con los piés desnudos, abrasados por el sol de Arabia, aguardan pacientemente á que toda la caravana haya terminado de pagar, uno por uno, el lucrativo derecho de visita, que no haya temor perdone el guardian del *Santuario*. Sólo despues que ha terminado de pagar el último se abre la puerta, y los peregrinos entran en el suspirado recinto, en medio del cual se eleva una especie de capilla de cinco piés de largo por cuatro de ancho, surmontada por una cúpula de cerca de diez. Los muros de este *Santuario* están completamente destruidos, pero dentro de él, recibe loca adoracion una piedra rectangular de pié y medio de altura por medio pié de ancho, que, no se rian nuestros lectores, es conocida con el nombre de, ombligo de Eva. Y no es que crean en medio de su fanatismo aquellas gentes, que la tal piedra sea el mismo ombligo, sino que suponen corresponde en sus dimensiones al de Eva, que creen está enterrada debajo, cayendo aquella piedra encima precisamente, del vientre y del ombligo de la curiosa madre del género humano. Formado el cálculo matemático por las dimensiones que nuestro cuerpo tiene, en relacion con aquel pequeño punto de su abdómen, y

calculando las dimensiones de Eva por las que tiene aquella piedra, resultaria la esposa de Adam con quinientos piés de altura por doce solamente de anchura. Y esto, dado que Eva hubiera podido tener aquella parte del cuerpo humano, puesto que, como es sabido, está formada por el cordon umbilical, que sirve para el nutrimiento del feto, en el seno materno, y ni Adam ni Eva necesitaron para nada de tal órgano, puesto que no fueron engendrados.

Aquella célebre piedra, nuevo testimonio de la perenne locura humana, que recuerda otras análogas, tambien adoradas en la antigüedad, es de granito, y está bruñida á fuerza de los besos que en ella han estampado millones de peregrinos durante largos siglos. Y no se contentan aquellos fanáticos sectarios con tan duro objeto de adoracion. Tambien se prosternan en un sitio adonde dicen corresponde la cabeza del pretendido cadáver; despues se prosternan en otro paraje, donde dos piedras empinadas indican la supuesta correspondencia con los pechos de aquella mujer colosal; y despues de haberlas recorrido, rozándose todo lo más que puede con las piedras, el creyente pasa por delante de otro sitio, que se dice corresponde á una señal que Eva, suponen tenia en el cuerpo, acaso producida por una correccion cariñosa de su dueño y señor Sidi-Adam.

En el recinto de esta tumba, y en la linea que corresponderia á los hombros de nuestra gigantesca primera madre, la cual, segun la tradicion árabe, era más grande que el mayor monumento del globo, manera de comprender á los séres superiores, comun á la infancia y áun á la juventud de todos los pueblos, es tambien visitada y adorada la tumba de Osman, uno de los sucesores inmediatos de Mahoma, que pasa por haber restaurado en el siglo VII la tumba de Eva, construida, segun la misma tradicion arábiga, por la piedad filial de Set. A pesar de todo, no va más allá, históricamente hablando, del siglo IX de nuestra Era, la ereccion de aquel supuesto sepulcro, con el que de tan extraña manera se abusa de la fácil credulidad de los peregrinos.

Medina, situada en el limite del desierto, se halla á distancia de once jornadas de la Meca, y no hay peregrino que deje de detenerse en ella, bien al ir, bien al volver á este lugar, término y objeto supremo de su peregrinacion. Aquella ciudad, llamada asi por excelencia, Medina, Medi-

net-el-Nébi, la antigua Jathreb, cuenta escasamente 12.000 habitantes, y está rodeada de un muro, cuya circunferencia mide 1.800 pasos. Las casas son de piedra y de dos pisos, y la dan aspecto de grandeza, palacios edificados por algunos sultanes y por vireyes de Egipto. Posee mercados públicos, jardines, árboles frutales y grupos de palmeras, esas gentiles columnas del desierto, adornadas con verdes penachos y dorados frutos.

Las principales calles de Medina están empedradas, si bien, como casi todas las de los pueblos musulmanes, son estrechas y tortuosas para librarse de los rayos del sol. Su mezquita, renombrada por su tamaño y por sus cinco minaretes, tiene cuatro puertas, y es de forma cuadrada, con pórticos ó arcadas alrededor, surmontadas de cúpulas. En el interior de esta mezquita, se admira la tumba del Profeta (el Hedjra), tumba que encierra tambien el cuerpo de Abu-Bekr y de Omar. Muchas arcadas sostenidas por columnas, y un enrejado de hierro muy espeso, de cuatro piés de alto, constituyen su arquitectura. La cúpula de este mausoleo es muy elevada, y su dorada aguja brilla desde muy léjos.

En el interior arde constantemente una lámpara de oro y de ricas piedras preciosas, y para custodia de este monumento hay cuarenta eunucos (ferrachs), mandados por el gobernador de la ciudad (Scheik-ul-Harem). Los peregrinos de cierta posicion se alojan, como en Djeddah, en las casas, y los otros fuera, bajo tiendas ó á cielo descubierto; deteniéndose todos algunos dias para hacer la visita de devocion al sepulcro del Profeta, sin embargo de que no es obligatoria, ántes de proseguir el camino á la Meca. Los primeros que llegan á Medina todos los años á cumplir aquella piadosa práctica, son los habitantes limítrofes del Hedjaz, concentrándose en esta ciudad tres meses ántes del Bairam para ir á la Meca; despues van los devotos de la caravana siriaca y egipcia; y terminadas las fiestas religiosas de la Meca, los javaneses, los indios, los persas y los tacruris. Por esto puede asegurarse, que la peregrinacion en Medina no se interrumpe.

El agua de los pozos es salitrosa, la de cisterna no es bastante; y en cuanto al clima, durante el dia el calor es intenso, y por la noche la humedad es muy fria.

El pais de Yambo, en las orillas del golfo Arábigo, á cuatro horas de

distancia de Medina, y á doce jornadas de Djeddah, es el punto de reunion de los peregrinos de la costa oriental ó abisinia, que quieren reunirse á la caravana turco-egipcia, que de Medina se dirige á la Meca. Los otros peregrinos que van á la Meca por Djeddah, despues de las fiestas religiosas, siguen la marcha de la caravana del Cairo á su vuelta, ó bien van por mar hácia Yambo, para pasar de aquí á Medina, con objeto de visitar el sepulcro de Mahoma. Cumplido este propósito, continúan su camino con la caravana del Cairo para volver á su país, ó vuelven á Yambo para atravesar el mar Rojo, en malas barcas estacionadas en aquellos parajes.

Yambo apénas cuenta de 5 á 6.000 habitantes; tiene buen puerto, con fondo para buques de alto bordo, y goza de bastante importancia, porque es el gran depósito de víveres para los medineses, pudiendo asegurarse, que Yambo sin Medina no existiera, y viceversa.

La Meca, patria del gran legislador de los musulmanes, es célebre como cuna de su fe, atrayendo de todos los puntos del globo, donde la religion de Mahoma existe, millares de creyentes, que van á ella para adorar el tabernáculo del Señor.

Los peregrinos reunidos en Djeddah, van á la Meca en grandes grupos atravesando las llanuras arenosas y las colinas roquizas, que encuentran á medida que avanzan en el interior.

La gran caravana de la Siria, reunida á la del Cairo, al dejar á Medina, marcha igualmente por llanuras de arena, y atraviesa una cadena de montañas basálticas y de granito, que se prolonga hasta la Meca. Esta gran caravana se detiene á la mitad del camino, en la aldea de Rabuk, donde los peregrinos, despues de haber arreglado sus equipajes, se afeitan, se lavan, se purifican y se visten el blanco Ehiram, para entrar en la ciudad Santa. Kosai, hijo de Kelab, la fundó en un estrecho valle, por donde se llamó Wadi-Mekke, y está situada á 600 piés sobre el nivel del mar: rodeada de colinas y de gigantescas montañas grises y estériles, tiene la venerada ciudad escasa extension, sin embargo de lo cual se dice viven en ella de 30 á 50.000 habitantes.

Las casas hechas de piedra, cuyo color revela su procedencia de las cercanas montañas, están divididas en pequeños compartimientos por los

propietarios, que procuran sacar de los peregrinos todo el partido que pueden. Hay algunos palacios muy importantes, como el del Cherif de la Meca, dos colegios, tres baños y la gran mezquita. Las calles no están empedradas. La tierra y las rocas, de color fuertemente tostado, aparecen como quemadas durante el trascurso de los siglos por los ardientes rayos del sol.

La vegetacion es casi nula, ó mejor diriamos si afirmásemos que no existe, y hay para satisfacer la sed de los peregrinos, además de la salobre agua de pozo, buenas cisternas, y el agua corriente de las fuentes Sebil y Ain Arafat. El clima, como en todo el Hedjaz, es muy vário, pues miéntras un sol intertropical mantiene una temperatura en extremo cálida, durante el dia, las noches son muy frias, sucediéndose frecuentes y violentos temporales en los cambios de estacion. En el verano el polvo es tan espeso, que dificulta la respiracion, y en tiempo de lluvias, las calles, al decir de un viajero, son verdaderas cloacas, en las cuales el viandante no puede aventurarse sin peligro de dejarse el calzado en el lodo.

Los peregrinos nobles y ricos, sobre todo los pachás, los beys, las mujeres, encuentran hospedaje en los departamentos dispuestos al propósito en las casas; pero los de la clase indigente se agrupan confundidos con los criados y los animales, en mal sanas cuadras de los pisos bajos, donde se acuestan sobre esteras y muy apretados, por falta de espacio, comiendo sólo una vez al dia. Otros peregrinos, más previsores ó con más medios, se acomodan fuera de la ciudad en tiendas de campaña, cuya lona no les resguarda, sin embargo, lo bastante, ni de los ardores del dia, ni del frio de la noche.

El tiempo que los peregrinos permanecen en la Meca, es muy variable, dependiendo del que tarda la celebracion de la festividad religiosa; y terminada ésta, á pretexto de que no pueden profanar los lugares santos, se les obliga á volverse, no pudiendo exceder el tiempo que despues les permiten permanecer en la ciudad, de una ó dos semanas, prohibicion promulgada por el califa Omar I, y que ha sido religiosamente observada por sus sucesores. Los permisos para permanecer más tiempo son muy raros, y sólo se dan á ciertos personajes que aspiran á la gloria de morir y de ser enterrados en aquella comarca, segun la creencia muslímica, bendita del cielo.

Al entrar en la ciudad santa, el primer deber del peregrino es ir ántes de todo y directamente al templo de Dios, pasando por la mezquita de Medschir-el-Haram, para elevar la primera accion de gracias por la feliz llegada. Esta inmensa mezquita, fundada por Couza, reparada por el primer califa, reducida despues á cenizas, y reedificada por el principe Emir Biyik-Tahir, habiendo sido arruinada de nuevo, siglo y medio despues, fué reconstruida por Selim II, y terminada por Murat III. Sin embargo, como quedase muy maltratada á consecuencia de las tempestades y de los terremotos, necesitó frecuentes reparaciones, que han hecho á sus expensas los sultanes, cifrando en ello un título de gloria.

Las diez y nueve puertas de aquel célebre edificio están abiertas constantemente, lo mismo de dia que de noche, y la llamada Bab-Scheibé es por la que deben hacer su entrada los peregrinos, con los piés desnudos, ó á lo más con sandalias, para ir directamente á la Caaba, á cumplir con los demás ritos que en breve indicarémos. Apénas han atravesado la puerta, los peregrinos se encuentran en un vasto patio en forma de paralelógramo regular, de 250 pasos de largo, por 200 de ancho. Rodéale un gran pórtico formado por arcadas, que sostienen cerca de 500 columnas, la mayor parte de estilo árabe; y entre ellas, unas 30 de órden corinto, quince de órden jónico, y 50 de estilo bizantino, revelan haber sido aprovechadas de antiguos edificios, ó imitadas de las antiguas; materiales aprovechados é imitaciones, que caracterizan la infancia y áun la adolescencia y juventud de todo estilo arquitectónico. Algunas de estas columnas son de granito, otras de mármol, y en las bizantinas, han picado los fanáticos musulmanes algunas figuras que decoraban sus capiteles. Aquellas arcadas, que sostienen pequeñas cúpulas, de las que penden lámparas, constantemente encendidas durante la noche; y siete minaretes tan altos, como esbeltos y ligeros, de los cuales cuatro están colocados en los cuatro ángulos del edificio, forman con las agujas de las cúpulas la más agradable y característica composicion de este género de edificios. A lo largo de aquel ámplio pórtico, descansan los peregrinos, y beben y comen despues de la plegaria.

En el centro del gran patio de la mezquita se eleva el santuario ó Kéhabé (Beit-Allah), casa de Dios, donde se concentran las aspiraciones y las plegarias de millares de creyentes, de clima, costumbres, y razas

diversas. A ser ciertas las tradiciones musulmanas, el origen de este edificio sagrado llegaria hasta Abraham ó á su hijo Ismael; pero aunque nada puede decirse que confirme semejante aserto, está reconocido, como afirma ya Diodoro de Sicilia, que aquel templo se remonta á una altísima antigüedad.

Muchas veces fué destruido y nueve restaurado, debiéndose la última restauracion á Murat IV. Antiguamente tuvo la forma cúbica; pero hoy es más alto que ancho, y tiene una longitud de 18 pasos, una anchura de 14, y una altura de 35 á 40. El material de su construccion es la misma piedra de que están edificadas las casas de la Meca. En la fachada que da frente á la puerta de entrada del patio, se encuentra una pequeña puerta (Bab-Scherif), abierta á siete piés del suelo, á la que se sube por una escalera portátil de madera, allí colocada, durante la visita de los peregrinos, y despues depositada hasta la nueva peregrinacion, al lado de la estacion Mecam-chafy. El interior de este templo tiene la forma de una sala, cuyo plafond ó techo está sostenido por dos pilares, y los muros tapizados de inscripciones árabes. Numerosas lámparas de oro macizo, regalo del Sultan Murat III, adornan el venerado recinto, y el pavimento está formado por elegantes mosaicos, en los que claramente se vé la tradicion bizantina.

En aquel lugar supremo de la peregrinacion musulmana, los sectarios de Mahoma dicen reposan las cenizas de Ismael y de Agar, y ántes de la construccion de la ciudad, los peregrinos formaban un campamento con sus tiendas alrededor del lugar venerado.

El objeto que más directamente recibe la adoracion de los peregrinos en aquel santuario, es una piedra negra (Hadhjer-ul-ess-wed), como las que muchos siglos ántes del nacimiento de Mahoma, adoraban los árabes paganos, segun nos testifican Herodoto, Suidas y otros, asegurando Clemente de Alejandría, que ántes los árabes adoraban las piedras: *olim arabes lapidem adorabant*. Aquella piedra, de un óvalo irregular, incrustada en el muro del templo, muy cerca de la puerta de entrada, en el ángulo que mira al N. E., tiene de 6 á 7 pulgadas de latitud por 9 de alto, y sobre ella, despues de haber sido colocada en la tierra por los ángeles, al decir de los mahometanos, la hermosa Agar concibió á Ismael, origen de toda la familia árabe. Dícese que era blanca en algun tiempo;



E. Casanova, lit.º

Lit. de J. Mª Mateu. Madrid.

RUINAS DE HAGIAR KÌM KRENDI.

pero que á fuerza de besos, los ardientes lábios de los peregrinos la han ennegrecido y hasta bruñido; sin embargo, no falta quien crea, como Burkardt, que es un fragmento de lava, miéntras Burton la considera como un areolito, y nuestro compatriota Ali-Bey, como un basalto volcánico.

Aquella reliquia venerada, testimonio elocuente del culto idolátrico á las piedras, que se pierde en la oscuridad de los tiempos, está de ordinario casi enteramente cubierta por un velo (Kisswé-ý-Scerifé) y rodeada por un ancho friso, lleno de piadosas inscripciones tomadas del Korán. El velo debe renovarse todos los años, y los ministros del Kéhabé, á los cuales va á parar despues de la festividad, cortan ordinariamente en pequeños trozos el antiguo velo, para distribuirlo entre los que alcanzan tal distincion. Cuando la fiesta cae en viernes, entónces se remite entero al palacio imperial, y de una ú otra manera, aquellos trozos sirven siempre para colocarlos sobre los túmulos, atribuyéndoles virtudes milagrosas.

Uno de los ángulos de este templo, se llama, ángulo del Irak y otro de Siria, y entre ambos está colocada la canal de oro (Mizab), de tres piés de largo, sobre la plataforma del santuario, destinada á la corriente de las aguas pluviales. Aquella canal, de oro macizo, fué hecha por el sultan Ahmet I, y está tenida en gran veneracion por los musulmanes, que en tiempo de lluvia acuden á colocarse debajo, creyendo que las aguas que por ella caen, les lava y purifica, sobre todo si esto acontece durante las principales ceremonias religiosas.

Entre las reliquias que rodean la Caaba, se encuentra el renombrado pozo de Zemzem, que produce agua salobre, y que, segun la tradicion, brotó para calmar la sed de Ismael, cuando huia con su madre Agar, abandonada por Abraham, y perseguida por Sara. Este pozo, de boca cuadrada, tiene diez piés de ancho por cincuenta de profundidad.

Dícese que durante las sangrientas revueltas de la idolatria, arrojaron en él gran cantidad de oro y de armas, y dos ciervos de aquel metal, que estaban en la Caaba, permaneciendo todo allí olvidado, hasta que el abuelo de Mahoma (Ab-ul-Muttalif) lo descubrió, sacó los tesoros, y mandó distribuir á los peregrinos aquel agua sagrada, costumbre que consagró despues Mahoma al fundar su religion, en memoria de Agar y de Ismael. Aquel pozo tiene su guarda especial con dependientes subalternos (saká),

encargados de distribuir el agua á todos los peregrinos, que á su vez, y en cambio de tamaño favor, les dan regalos (baktchis) en dinero ó en objetos de valia. El peregrino bebe con profunda veneracion de aquel agua, y se lleva de ella un frasco, que conserva religiosamente durante su vida, echando de tiempo en tiempo algunas gotas en un vaso de agua para purificarse.

En el interior del patio, alrededor del tabernáculo, se encuentra la estacion Macam-Ibrahim, reverenciada sobre todo por la piedra que encierra, la cual, segun la piadosa tradicion de los musulmanes, sirvió de escabel á Abraham, cuando el venerable patriarca construyó la Kéhabé ó Caaba. Las otras capillas, por decirlo asi, que la rodean, de diversas formas y dimensiones, consagradas al culto particular de los ritos ortodoxos, son el Macam-Hanefy, el Macam-Chafy, el Macam-Maliky, y el Macam-Hannebely, venerándose además en aquel recinto la silla del Profeta y de los Imames.

Al lado de la mezquita se encuentra el Mesdjid de Murat III, la madrissa de Soliman I, y los *turbès* ó tumbas artisticas de los Cherifs, las fuentes públicas y otros edificios ménos importantes.

La montaña de Arafat (Djebel-el-Rahma), llamada tambien montaña de la Misericordia, porque dicen se apareció en ella Dios al Profeta, tiene la altura de 250 piés, y se halla á seis horas de la Meca. Es de formacion granitica, y desde la base á la cima tiene tallado un camino para subir, en forma de escalera. A media ladera encuéntrase un lugar de descanso, sitio donde, segun los escritores árabes, nuestro primer padre encontró á Eva, perdida hacia 120 años, por lo cual tambien llaman á aquel paraje, lugar del Reconocimiento (Yeim-el-mulaka). La cima forma una planicie, desde donde el Profeta predicaba á los fieles, y en ella el Mollah dirige tambien sermones á los peregrinos, que los escuchan con el más profundo respeto, no mereciendo el titulo de hadji el que no ha estado en aquel lugar y oido el sermon: al mediar la fervorosa plática y al fin de ella, entonan cánticos religiosos todos los peregrinos. En la cima de aquel lugar venerado, arde por la noche una lámpara durante la visita de los hadjis.

Cerca de él se ven algunas pequeñas casas diseminadas en la llanura,

y deshabitadas de ordinario, sin que aquel lugar, completamente desierto, presente señales de vida cuando faltan los peregrinos. En cambio, al llegar éstos, las casas se pueblan, y la llanura se llena de tiendas, presentando el aspecto de una populosa ciudad improvisada; y para que nada falte al parecido, en medio de los hadjis se ven mercaderes, que ofrecen víveres de todas clases, y otra multitud de objetos, no faltando en aquella verdadera feria, bazares, cafés y tiendas de varios géneros; juglares; encantadores de serpientes; danzadoras ó almées, aunque de baja estofa; todo lo cual produce una animacion, un ruido desvanecedor, y escenas no muy en armonía con el piadoso viaje de los peregrinos.

Otro de los lugares visitados por éstos, es Mina, á dos horas de la Meca, en arenosa llanura, rodeada por una cadena de montañas basálticas, que se extienden hasta el Arafat. Treinta kilómetros tiene de longitud aquel desfiladero, y cerca de quinientos metros de anchura, y ya cerca de la aldea de aquel nombre, el desfiladero se estrecha hasta el punto de no tener más que 35 ó 40 metros de ancho, de donde le viene el nombre de wadi (estrecho). Una cincuentena de casas, todas de piedra, y de escasas dimensiones, componen aquella aldea, habitada solamente en tiempo de los sacrificios indispensables en la peregrinacion, y debe su nombradía á que cerca de ella suponen se encuentra la famosa piedra mesbé-Ismail, donde Abraham quiso sacrificar á su hijo, dando esta suprema prueba de obediencia al Creador. En los alrededores, encuéntrase alguna vegetacion, y hasta praderas, y por medio de este valle, pasa una corriente de agua subterránea, encerrada en un canal de un metro de ancho, corriente, que segun unos, procede del Eufrates, segun otros del Maslah, y para algunos del Taif.

La esposa bien amada del héroe de las *Mil y una noches*, Harun-el-Rachid, la hermosa Zobeida, dicen, hizo construir aquel canal, y llevar el agua hasta el Arafat; pero sea de su origen lo que quiera, deteriorado se hallaba por el trascurso de los siglos, cuando fué reconstruido por el califa Ahmet IV y el Emir Tchoban, y completó aquella verdadera obra benéfica Soliman I, llevando el canal hasta la Meca. Además de este pequeño rio, existe en el valle un gran depósito de agua ó lago, llamado el Buke.

La situacion topográfica de Mina, encerrada entre montañas calcina-

das por un sol ardiente, á lo que deben su color cobrizo, no la permite gozar de ambiente despejado, sintiéndose en ella un calor asfixiante durante el estio.

Con arreglo á las prescripciones de Mahoma, el Kurban-Bairam cae siempre en el décimo dia de la duodécima luna Zilhidjé; lo cual hace que la época de la peregrinacion varie cada año en once dias, porque sabido es que los meses musulmanes son lunares, ó sea de 29 dias, de donde resulta, que aquel sagrado y devoto periodo, puede tener lugar en diferentes estaciones, lo cual ejerce diversa influencia en la salud de los peregrinos.

A causa de las grandes distancias, y de los obstáculos previstos ó imprevistos, todos los que van á la Meca no pueden llegar á ella en el mismo dia; pues si aproximadamente puede fijarse en el que llegará la caravana general turco-egipcia, es imposible preveerlo respecto á los peregrinos de diversos paises, que acuden á reunirse en Djeddah y en Nedjid, caminando diseminados en grupos hácia la Meca. Pero proceda de donde quiera, sean cualesquiera las causas que le hayan detenido, el musulman que desee obtener el titulo de hadji, debe encontrarse en la Meca, lo más tarde, el 7 del mes de Zilhidjé, para cumplir sus deberes religiosos en la Caaba, é ir á Arafat y á Mina, á ofrecer el sacrificio. Si ha pasado aquel dia, aunque sea sólo por algunas horas, el aspirante á hadji tiene que volver al año siguiente.

Todo buen creyente debe, ántes de entrar en la Meca, lavarse el cuerpo, cortarse las uñas y vestir el Ehiram, obligacion impuesta igualmente á toda persona que por otra clase de asuntos, no religiosos, tiene que ir á la ciudad escogida. El peregrino debe conservar aquel hábito penitencial, todo el tiempo que pase en los lugares santos, en prueba de veneracion, y durante este tiempo debe abstenerse de lavarse, peinarse, ni hacer nada que sea incompatible con la santidad del lugar; y si contraviniese á estas prescripciones, debe él mismo imponerse penitencias, que generalmente consisten en el sacrificio de un cordero más, ó en dar mayor limosna. Al ir á la Meca, debe ir salmodiando por el camino un cántico especial, conocido con el nombre de Telbyé, y una vez en la ciudad, con los piés desnudos, ó lo más con sandalias, ha de hacer sus abluciones y pasar, como ya indicamos, por la puerta ó Bab-Sceibé de la Mezquita,

para la ceremonia de la bienvenida, y al ver la Caaba, cantar las plegarias litúrgicas, llamadas Tekbir y Téhlil. En seguida debe dar siete veces la vuelta (tawaf) al santuario, dirigiendo sus pasos por detrás del muro Haitim, cantar el Telbyé, besar la piedra negra, tocar el velo sagrado, visitar la estacion Macam-Ibrahin, beber del pozo Zemzem, ir á Arafat, y de allí á Mina para el sacrificio. Además de estas devotas prácticas, obligatorias para todo musulman, hay otras que lo son únicamente para las sectas ortodoxas, y que consisten en visitar, con ciertas ceremonias, las capillas Macam-Hanefy, Macam-Chafy, Macam-Maliky, y Macam Hannbely, que segun dijimos, se encuentran alrededor del santuario; y para que no puedan tener dudas, cerca de cada Macam ó capilla, se encuentran unos dependientes de ellas, llamados *delhils*, encargados de instruir á los peregrinos acerca de sus deberes religiosos. Además, cumplidas las ceremonias de obligacion, puede el peregino renovar á su placer todas las plegarias, y visitar las demás capillas ó Macames, y la silla del Profeta y de los Imames, y la Madrisa, y las fuentes públicas, y cuantos lugares quiera.

Tres dias ántes de la festividad del Bairam, el iman lo anuncia al pueblo, y los peregrinos se preparan con nuevos ejercicios de devocion. El 8 de Zilhidjé, antevispera del Bairam (Yewm-Terwyé), despues de la plegaria del mediodia, y de una salva hecha por la guarnicion imperial, todos los peregrinos se ponen en marcha, dirigiéndose al monte Arafat, acompañados por el Cherif ó jefe de todos los imanes de la Meca, por el Surré-Eminy, ó comisario del emperador en el órden civil y politico, por el Mollah, vicario del sultan en lo relativo á la religion, y por el cuerpo de los Imames, precedidos del camello sagrado (kehabénin-deveci), que conduce el velo y la bandera del Profeta, y de otro camello que pudiéramos llamar de respeto (jedek). La mayor parte de aquella multitud fanática va á pié, otros en animales de trasporte ó en litera, y durante la marcha, no cesan los disparos de armas de fuego, los redobles de tambor, y el sonido de trompetas, y otros instrumentos tan desacordes como ruidosos. Asi llegan á Musdelifé, dos horas distante de la Meca, y despues de un corto descanso, vuelven á emprender la marcha de la misma suerte, y al ponerse el sol, llega la peregrinacion al territorio del Arafat. Allí

las personas que tienen para pagar su excesivo alquiler, se alojan en las pocas casas que se encuentran, y las demás se guarecen en tiendas al abrigo del monte, ó viven á cielo descubierto si son pobres, pero procurando estar todas dentro del espacio prescrito por el Profeta. El Mollah, sentado en un sitial, á media ladera del Arafat, recita un sermon, generalmente muy largo, y despues de la salutacion final, la mayor parte de los peregrinos, particularmente los de la secta Chafy, suben á la cima de la montaña, donde el Omnipotente, dicen, derramó los tesoros de su misericordia. Durante la noche se enciende, segun ya vimos, una gran lámpara en esta cima, y todo aquel hormiguero humano, pasa el tiempo en elevar plegarias, en gritar ó en divertirse, pues aquel es un dia memorable de reconciliacion (jew-mi-arefé) para todo el Islamismo. Al siguiente dia 9, víspera (arifé) del Bairam, despues del *ezann*, ó plegaria de la tarde, todos se ponen en marcha hácia Mina, siempre precedidos del Cherif, del Mollah, y de los camellos sagrados, y con el indispensable acompañamiento de tiros, toques de tambor y de trompetas, y otros instrumentos.

Despues de algunos instantes de descanso en Musdelifé, los peregrinos, llenos de alegría por la fortuna de haber llegado hasta allí, al amanecer del consagrado dia 10 de Zilhidjé, llegan á Mina, la tierra elegida para el sacrificio (Kurbam). En aquella llanura, precisamente entre cuatro montículos ó pirámides, llamadas Mill, probablemente levantadas al propósito hace muchos siglos, toda aquella masa de séres humanos, movidos por una misma idea, forma su campamento, alojándose los más ricos en las únicas cuarenta casas que para ello se encuentran.

Esta última parte de la peregrinacion, recuerda entre los musulmanes el sacrificio de Abraham, pero con la diferencia de que, segun ellos, el inmolado debió ser Ismael, hijo de Agar, en lugar de Isaac, hijo de Sara. Antes de hacer su sacrificio los peregrinos, deben arrojar pequeñas piedras en el camino de Arafat á Mina, para atormentar, dicen, á un enemigo antiguo del Islamismo.

El sitio preferido para el sacrificio, es el Mesbé-Ismail, procurando estar los peregrinos lo más cerca de él que pueden, y sobre todo verle. Para que pueda aquél tener lugar, los mercaderes concentran en aquellas cercanías millares de carneros, que venden á los fieles á precios exorbi-

tantes, y que llevan generalmente del Yemen, tierra en extremo fértil, y áun algunos tambien de las comarcas africanas. No faltan peregrinos, que temerosos de los altos precios de aquellos especuladores, lleven consigo los animales que quieran inmolar, los cuales si no encuentran pastos en el Hédjaz, hallan raices, que saben sacar, escarbando con las pezuñas. Los sacrificios pueden hacerse no solamente en el dia fijado por la ley, sino tambien en los demás, y á cualquier hora, ya por exceso de devocion, ya por penitencia, en castigo de alguna transgresion de preceptos religiosos.

En la actualidad, segun indicamos, estos sacrificios van siendo ménos numerosos, porque los peregrinos en su mayor parte, pertenecen á las clases ménos acomodadas; pero en otras épocas, cuando iban á la peregrinacion muchos musulmanes ricos, se sacrificaban gran número de animales, cuya carne se distribuia entre multitud de familias de negros nómadas, que vivian en aquellas montañas, ó que acudian á ellas incitados por el codiciado festin, los cuales la devoraban, á veces, sin más que ponerla algun tiempo sobre las rocas abrasadas por el sol. Hoy no pueden obtenerla si no la roban, porque los peregrinos más pobres hacen cuantos esfuerzos son imaginables para que no se les escape, y se comen á los animales sacrificados, hasta el punto de no dejar de ellos, fuera de los intestinos, más que los huesos roidos. El número de los corderos inmolados es tan insuficiente para alimentar á la muchedumbre devota, que los peregrinos, generalmente pobres y hambrientos, tienen los ojos fijos sobre los ricos, para sorprenderles en la menor infraccion de las leyes religiosas, y cogerles algunos pedazos de carne, y con el mismo propósito suponen que las cumplen con frialdad, para gritar en seguida que han cometido un sacrilegio, una profanacion, y exigirles en el acto el sacrificio de otro animal en expiacion de su falta, arrancándose los unos á los otros, apénas acaba de morir, sus miembros palpitantes.

Difícil es poder precisar el número de animales que son inmolados en esta peregrinacion, pero los cálculos más aproximados dan un resultado de setenta mil. Para hacer el sacrificio, todo peregrino, bien por sí mismo, bien cumpliendo el encargo que para ello haya recibido, debe matar al animal sujetándole con la mano izquierda, y teniendo el cuchillo en la derecha. El Cherif, y el Mollah, teniendo tambien su correspondiente carne-

ro, despues de recitar una plegaria de ritual, dan la señal del sacrificio, inmolando sus victimas, y en el momento todas las cabezas de carnero, que se procura tener vueltas hácia la Caaba, caen á tierra, cortadas casi de un solo golpe, y la sangre corre, formando verdaderos arroyos por la llanura pedregosa de Mina.

Cumplido este sacrificio, el peregrino ya es Hadji. Pero para haber llegado hasta aquel punto, ¡qué série de privaciones y sufrimientos ha tenido que arrostrar, sobre todo, si ha ido por tierra á los lugares santos! Errante en la vasta soledad del desierto, en un océano de arena calcinada por el fuego del sol; estenuado por la fatiga, los ayunos y la miseria; atormentado por la sed, los insectos y el calor intertropical; privado de los medios necesarios para la restauracion de sus fuerzas, en medio del polvo que fatiga la vista é impide la respiracion; en lucha, algunas veces, con el Kamsin ó Simoun, que le derriba; perseguido, robado, ya que no asesinado, por los ladrones del desierto; luchando incesantemente contra el dolor, la desesperacion y la muerte; pagando de estacion en estacion, abundante tributo de victimas á las enfermedades, sin los socorros de la ciencia, ni los auxilios de la familia, el pobre peregrino se hunde en la arena, que se amontona alrededor de él, y que con frecuencia le sirve de sepulcro, hasta que nuevos vendabales, removiendo las ondas arenosas del desierto, descubren sus huesos calcinados. Los que viajaban por mar no tenian ménos sufrimientos, y ántes del empleo de los barcos de vapor, pagaban tambien larga ofrenda de victimas á las profundidades del mar tempestuoso.

Y con haber llegado á los lugares santos, no han terminado, sin embargo, sus pruebas. En Medina, en Djeddah, en la Meca, en el Arafat, en Mina, tienen que andar echados sobre la dura tierra, en medio de las calles ó en el campo, ó bien resguardados apénas con insuficientes tiendas. Revueltos con los animales, rodeados de inmundicia, sin comida que les fortifique, sin trajes convenientes para librarse del frio nocturno, devorados por toda clase de insectos parásitos, y por multitud de enfermedades, son mártires ántes de lograr ser hadjis, y rara vez se salvan, si llegan á contraer alguno de aquellos padecimientos. Esta narracion parece desconsoladora; pero más lo es, y más horrible y repulsivo, el espectáculo de aquellos



MONUMENTO DE SESOSTRIS
en Kara Bell.

pobres peregrinos medio desnudos, arrastrando asquerosos andrajos, hediondos, quemados por el sol, desfigurados por los mosquitos y toda clase de insectos; mónstruos con rostro, que apénas conserva carácter humano; focos ambulantes de infeccion.

Despues de cumplir con tan penosos deberes, el peregrino puede lavarse el cuerpo, y dejar el hábito penitencial, aunque guardándolo cuidadosamente para que le sirva de mortaja, asi como la barba, que llevan durante toda su vida en testimonio de su peregrinacion. Tambien usan los que conservan el antiguo traje musulman, turbante verde, distintivo caracteristico de hadji.

Pero ántes de poder orgullecerse con él entre sus parientes y amigos, y ántes de abandonar á Mina, todavia tienen que resistir grandes calamidades, durante los cuatro dias del Kurban-Bairam. Si el dia del sacrificio cae en una estacion cálida y húmeda, de modo que el rio de sangre no se seca, y no se han enterrado los montones de despojos é intestinos de los animales sacrificados, todas aquellas materias orgánicas, todas aquellas inmundicias, entran inmediatamente en putrefaccion, y producen multitud de enfermedades, sobre todo fiebres intermitentes y perniciosas, desarrollándose del mismo modo el gérmen colérico, importado por los peregrinos de la India. La mortandad entónces es aterradora, y aumentando intensidad á la fermentacion de tanta podredumbre, la de los muchos que sucumben, y de las deyecciones coléricas, conviértense bien pronto las tierras sagradas en campos de desolacion y de muerte. El terrible azote asiático se ostenta entónces con todo su furioso poder, llegando al extremo de haber perecido en un solo dia, el año de 1865, cerca de 15.000 personas, y 60.000 durante toda la peregrinacion. Cuando tal acontece, y por desgracia sucede con frecuencia, el pánico hace olvidar los deberes religiosos, y los que pueden escapar con vida, dejan la llanura de los sacrificios, y huyen despavoridos, sin hacer la piadosa visita de despedida á la Caaba, ni besar de nuevo la piedra negra, ni llenar el frasco de agua bendita en el pozo Zemzem, buscando sólo el medio de llegar más pronto entre los suyos, y dejando en su rápida huida, sembradas de muerte las calles y las mezquitas.

La gran caravana, reorganizada instantáneamente, toma la vuelta, llega

á Yambo-el-Bakhel, y se divide en dos grupos; el uno que forma la caravana de la Siria, y el otro la de Egipto. El primero atraviesa las montañas, para pasar á Medina y penetrar en el desierto; el segundo continúa su ruta por el litoral, para ganar á Suez y Alejandria, llevando uno y otro la muerte consigo.

Muchos peregrinos se refugian en Djeddah y se dispersan, y otros vuelven á los paises que rodean él Hédjaz, miéntras no pocos, amontonados en trasportes ó en grandes barcas, atraviesan el golfo Arábigo, para desembarcar en Kosseyr ó en Suakin. Llegados á las comarcas africanas estos hadjis, se dividen en caravanas y en grupos diversos, para volver á su pueblo natal, siempre seguidos de cerca por el azote asiático, el terror y la muerte. Algunos se embarcan en Djeddah, amontonados en buques de vapor, ó de vela, y se dirigen á Aden, Makalla, Mascate, las Indias, llevando consigo la epidemia, é infestando los paises en que hacen escala.

La caravana siria, caminando á pequeñas jornadas por el desierto, deja tras si, como fúnebre estela, largo rastro de muertos y moribundos, encendiendo tambien la funesta hoguera pestilencial, por Damasco y Alepo y demás pueblos de aquella region.

Tal es el triste resultado de las peregrinaciones musulmanas, que si todos los años no producen iguales efectos, es debido á diversas condiciones climatológicas, ó á que se cumplen con rigor las prescripciones del gobierno turco, acerca del entierro de los restos orgánicos, amontonados en Mina; y bien puede asegurarse que, si el cólera no es producido por tales causas, éstas desarrollan sus gérmenes, conducidos en estado latente por los peregrinos de las orillas del Ganges, esparciéndole y llevándole despues por todo el litoral, y por no escasa parte del interior de Africa, Asia, Occeania y Europa.

Imposible parece que las naciones, todas combinadas, no procuren poner limite á tan perjudiciales prácticas religiosas, y que, miéntras derrochan tesoros de sangre y de dinero por disputarse unos cuantos palmos de territorio ó influencias mercantiles y politicas, no paren mientes en aquellas costumbres que rechaza la civilizacion, y cuya reforma está sin cesar pidiendo, con los gemidos de millones de victimas inocentes, la atribulada humanidad.

Cierto que se han adoptado acértadas disposiciones para conseguir el saneamiento de algunas ciudades de la India. Conocemos el reglamento dado por un consejo legislativo en 5 de Junio de 1868, para los buques de vapor, destinados al servicio de los pasajeros indígenas, que salen de las posesiones inglesas, y el reglamento aplicable á los peregrinos de las posesiones holandesas, y algunas otras medidas sanitarias, tomadas en Persia, Turquía, Rusia y Egipto; pero todo cuanto se haga será insuficiente, miéntras subsistan las peregrinaciones como subsisten todavía, y sean el mejor vehículo para desarrollar y esparcir la epidemia por todo el mundo. Buenos son los lazaretos y las cuarentenas; pero mejor sería que no hubiera necesidad de ellos, porque se acudiera á cortar el mal en su orígen; y si la ciencia no ha podido pronunciar todavía su última palabra acerca de la verdadera causa productora del cólera, quítese, á lo ménos, al terrible viajero del Ganges, los medios de recorrer triunfante, llevado por sus víctimas, las mejores comarcas del mundo [1].

—Al hablar de las prácticas religiosas del fanatismo musulman, no podemos omitir las que se refieren á los célebres derviches *volteadores* y *gritadores*, y al hacerlo, lícito ha de sernos reproducir la narracion, que de sus extrañas ceremonias hace Mr. Teófilo Gautier, por ser difícil describirlas con más exactitud y acierto.

«Los derviches volteadores (tourneurs) ó *mèvlèvis*, tienen monasterios ó *tèkiès*, en gran número de ciudades del imperio otomano. Al contrario de lo que sucede con otros mahometanos, que impiden á los profanos asistir como curiosos á las ceremonias del culto, y los arrojan, ultrajándoles, de las mezquitas, si tratan de entrar en ellas durante las horas de la plegaria, los derviches permiten penetrar á los europeos en sus tékiés, sin más condicion que la de dejar el calzado á la puerta, entrando con los piés desnudos ó con babuchas.

Muy sencilla la fachada del tékié, se compone de una puerta, surmontada por un cartucho ó cartela, historiado con una inscripcion turca, un muro abierto por ventanas con rejas, y una fuente adosada y enrejada,

(1) Al final de este tomo, daremos por apéndice, aunque en abreviado extracto, las opiniones que, acerca del cólera y de su transmisibilidad, su clasificacion, orígen, principios y demás referente al mismo ha consignado en su citada notable obra, el caballero S. Zennaro.

provista de calderetas de hierro, sujetas con cadenas, para que los pobres puedan beber cómodamente. Aunque nada tiene de monumental, no carece de carácter.

El interior se parece á cualquiera otra habitacion musulmana. Nada de largos cláustros con arcadas, ni de corredores interminables, á los cuales abran las celdas, ni de patios silenciosos donde crece la hierba. Nada del aspecto frio, triste y sepulcral del convento, como se le comprende en los paises católicos; sino agradables habitaciones, pintadas de colores rientes é iluminadas por el sol.

La sala donde se ejecutan los valses religiosos de los volteadores, tiene tanto de salon de baile como de espectáculo. Un suelo de madera formando labores, unido y encerado, rodeado de una balaustrada, ocupa el centro. Esbeltas columnas sostienen una galería, donde se halla el departamento del Sultan y el de las mujeres: la orquesta da frente á esta tribuna.

Despues de no poco tiempo de esperarlos, salen los derviches, desfilan lentamente, dos á dos, delante de su jefe, sentado, y le saludan con las demostraciones del más profundo respeto. El tocado de estos monjes musulmanes, consiste en un gorro de fieltro de una pulgada de espesor, de color rojizo ó negruzco, y que á nada puede compararse mejor que á una maceta invertida. Un chaleco ó almilla, una chupa de tela blanca, una inmensa saya del mismo color, y unos calzoncillos estrechos, y tambien blancos, componen su traje.

Comienzan las plegarias y con ellas las genuflexiones, las prosternaciones, los dengues acostumbrados del culto musulman, que serian risibles, sin la conviccion y la gravedad de los fieles. A las salmodias del Koran, se une á seguida obligado acompañamiento de flautas y de darbukas, marcando éstas el ritmo, y ejecutando las flautas al unisono, un canto de elevada tonalidad y de dulzura infinita. Inmóviles en medio del recinto, los derviches parecen embriagarse con aquella música tan delicadamente bárbara. Al fin, uno de ellos abre los brazos, los eleva, los extiende, y principia á girar lentamente sobre si mismo; otro le sigue, despues un tercero le imita, y, por último, toda la banda, arrastrada por vértigo irresistible. El iman se pasea en medio de los grupos dando palmadas, sea para apresurar ó detener el ritmo, sea para animar á los valsadores, y aplaudir su piadoso celo.

Los valses se detienen un instante. Bien pronto las darbukas marcan un ritmo más precipitado, el canto de las flautas se hace más vivo, y los derviches vuelven de nuevo á la danza con redoblada actividad, que, sin embargo, no tiene nada de febril. De repente un derviche se detiene, se deja caer de rodillas, el rostro contra la tierra, y un hermano sirviente acude á cubrirlo con una capa ó manto. Poco tiempo despues todos caen sumidos en el éxtasis; pero se levantan en breve, hacen una ó dos veces su paseo circular, y salen de la sala como entraron...»

Derviches gritadores.—«La sala de los derviches gritadores de Scútari, es un paralelógramo desnudo de todo carácter arquitectural. En los lisos muros hay suspendidos tamboriles y cartones que tienen escritos versiculos del Koran. En la parte del Mihrab, por encima del tapiz, donde se sienta el Iman y sus acólitos, el muro presenta un género de decoracion terrible que hace pensar en el taller de un atormentador ó de un inquisidor; la forman una especie de dardos, terminados por un corazon de plomo, de donde penden cadenillas, agujas afiladas, masas de armas, etc. Al frente del Iman están alineados los derviches, repitiendo al unisono una especie de letania. A cada versiculo balancean la cabeza de delante atrás y de atrás adelante, con un movimiento parecido al de los monos, que acaba por producir un vértigo simpático. A las veces, uno de los espectadores musulmanes, aturdido por aquella oscilacion irresistible, deja su puesto balanceándose, se mezcla á los derviches, se prosterna, y empieza á agitarse como un oso en su jaula. Bien pronto todo el mundo se pone de pié; los derviches forman una cadena, pasándose los brazos por detrás de la espalda, y comienzan á justificar su nombre, lanzando del fondo de su pecho un grito ronco y prolongado, *la Ilah il allah!*, que no parece pertenecer á voz humana.

Toda la banda, con gran precision de movimiento, retrocede un paso, se echa hácia adelante con un aliento simultáneo, y gruñe con tono sordo, ronco, que semeja el refunfuñar de un ama de gobierno de mal humor.

Los gritos sordos truécanse en rugidos; todo el grupo arrójase hácia atrás en monton, y despues se lanza hácia delante como una linea de soldados beodos, lanzando un supremo *¡Allah-hu!*

La exaltacion llega á su colmo; el Iman permanece de pié delante del Mihrab, animando el creciente frenesí con el gesto y con la voz. Un jóven adolescente se separa del grupo y se dirige al anciano; los sirvientes descuelgan de su clavo una aguja excesivamente aguzada, y la entregan al Iman, que atraviesa con ella de parte á parte las mejillas del jóven devoto, sin que éste dé la menor muestra de dolor.

Otros dos fanáticos se lanzan en medio de la sala, desnudos hasta la cintura; se les dan dos de aquellos dardos agudos, terminados por un corazon de plomo y cadenillas de hierro, y empiezan á ejecutar una especie de danza de puñales, desordenada y violenta, con la diferencia de que en vez de evitar las puntas de los dardos, se precipitan sobre ellos para picarse y herirse.

Una hermosa niña de ocho años avanza sola hácia el Iman. El anciano la acoge con maneras amistosas y paternales, la niña se tiende sobre una zalea ó piel de carnero, y el Iman, con los piés calzados de anchas babuchas, se sube sobre aquel frágil cuerpo, sostenido por dos sirvientes, y permanece de tal modo, en pié, durante algunos minutos; despues desciende de su viviente pedestal, y la niña se levanta llena de alegría. Dos mujeres llevaron niños de tres ó cuatro años, que fueron extendidos sucesivamente sobre la zalea, y delicadamente pisados por el Iman. Aquella imposicion de piés, se dice, cura todas las enfermedades.

Estos espectáculos religiosos atraen más la atencion de los turcos, que los juegos ó diversiones profanas, por lo cual, aquéllos y éstas son muy poco numerosas; consistiendo los primeros, en ejercicios gimnásticos, luchas, tiro, juego de disco y de javelina, que se ejecuta á caballo, notándose en todos ellos, ya el reflejo de costumbres romanas, ya persas. Recordamos, á este propósito, haber presenciado una tarde, en una pequeña plazoleta, cerca del Serrallo viejo, una lucha en que no podian estar mejor conservadas las costumbres romanas. Desnudáronse los contendientes y se untaron todo el cuerpo con aceite, para que no fuese fácil á la mano del contrario hacer presa en la piel, por tal medio resbaladiza. A una señal del escaso número de espectadores que seguia á aquellos dos *atletas*, y que se habian reunido sólo para verlos luchar, como se juntan los ingleses para ver combatir á los *boxadores*, aquellos dos hombres, de estrecha

frente y morena piel, lanzáronse rápidamente el uno sobre el otro, enlazándose de mil maneras para derribarse. Era, en verdad, extraño el espectáculo que aquellos últimos representantes de los gladiadores romanos ofrecian, en medio de una ciudad muslímica; pero poco tiempo tuvimos para entregarnos á elucubraciones históricas, porque uno de los contendientes, habiendo conseguido que perdiese pié su contrario, le volvió rápidamente hácia abajo, y á manera de pison de empedrador, dió con él de cabeza contra el suelo, de tal manera, que retumbó el golpe como dado con cántaro vacío, produciéndonos un sentimiento de repulsion y de horror indescriptibles. Creimos que una conmocion cerebral seguiria rápidamente á tan bárbaro golpe; pero el vencido debia tener el cráneo y el cerebro á prueba de bárbaros, pues levantándose, aunque algo aturdido, se fué al sitio donde habia dejado la ropa, se vistió sin cuidarse para nada de limpiarse el cuerpo, que con el aceite y el sudor de la lucha, bien necesitaba un baño á uso del pais, lo mismo que hizo su competidor, sin que ni éste recibiera aplausos por su triunfo, ni el vencido vituperios, marchándose poco despues todos reunidos, sin algazara, ni la menor muestra de alegría ni de pesar. El carácter turco lleva á tal extremo su impasibilidad, que casi raya en insensatez.

Verdaderos edificios dedicados á diversiones públicas apénas se encuentran, á no ser en las grandes ciudades, como Constantinopla, y construidos por europeos, más bien en los barrios que ellos habitan que en los turcos; y las representaciones que allí se dan son mejor para espectadores francos que para los turcos, por lo cual, generalmente, son óperas italianas, ú obras tomadas de la literatura francesa. Hay, sin embargo, una especial representacion análoga á la que llaman los franceses *des marionnettes*, en las que siempre figura un mismo personaje, llamado Karagheuz, cuya pantomima, desvergonzada y lúbrica, explica suficientemente no pueda ser presenciada por las mujeres.

Hay tambien danzadores y danzadoras de profesion, que pertenecen, casi siempre, á la raza de los tchingianés, ó á la de los griegos, y entre esta especie de saltimbanquis, merecen especial mencion las *almeès*, que cantan y danzan en los cafés bailes voluptuosos, análogos á los de nuestras gitanas de Andalucía, y que terminan por movimientos rápidos

é incitantes, cuya vehemencia hace más de una vez que caigan á los piés de la excitada bailarina los trajes con que se cubre, quedando casi desnuda, sobre todo en la parte superior del cuerpo. Algunas de estas *almèes*, más *cantaoras* que bailarinas, improvisan tambien las coplas de sus cantos, demostrando verdadero ingenio poético; en todo lo cual, cuando asistimos á tales cuadros de costumbres populares, no pudimos ménos de hallar grandes semejanzas con parecidas costumbres andaluzas; sobre todo, en la Macarena de Sevilla, y en el Albaicin de Granada.

La música popular se encuentra, sin embargo, en un estado muy primitivo, á excepcion de la que pudiéramos llamar orquesta de palacio, que organizó, por primera vez, un hermano del ilustre compositor Donizzetti; siendo los instrumentos que tocan los músicos ambulantes, en número escaso, una especie de guitarras de muy pocas cuerdas, á veces de una sola; flautas de caña; darabukas, especies de bajones ó fagots, y tamboriles.

Las melodias son monótonas y plañideras, y los que cantan emiten la voz como los que lo hacen en nuestro pais á estilo flamenco, apoyando las notas en la garganta, ó dándolas un sonido nasal.

Antes de terminar todas estas noticias de costumbres turcas, con que hemos creido necesario preceder la parte descriptiva de los monumentos de Constantinopla, vamos á dedicar algunas palabras á una de las que más llamaron nuestra atencion, cual es la de los puestos de caballos de alquiler, al aire libre, que hay en determinados puntos, y que están en ellos colocados, como en los suyos nuestros coches de plaza. Aquellos caballos de raza turca, ó válaca, generalmente de pequeña alzada, adornados con las pintorescas sillas del pais, que tambien recuerdan las de Andalucia, con su mozo de espuela cada uno, que le sigue, por de prisa que le lleve el que lo alquila, prestan al viajero muy buenos servicios para atravesar las largas distancias que hay necesidad de recorrer, sobre todo en la capital. Tan fuertes como sóbrios, aquéllos auxiliares del movimiento humano, comen sólo dos veces al dia escasa racion de paja seca y de cebada; y aunque rápidos en sus movimientos, son de condicion noble, y rara vez ponen en riesgo la vida del jinete. En extremo seguros, y acostumbrados á las desigualdades de las montañas, no haya miedo de que resbalen en los caminos más roquizos y difíciles; y duros como sus



I. Salcedo litº   Lit. Donon. Madrid.

IDOLOS ENCONTRADOS EN LAS RUINAS DE
HAGIAR KIM, KRENDI.

dueños, pueden pasar, y pasan con frecuencia, la noche á la intemperie, sin que por esto sufran los padecimientos que con frecuencia comprometen la vida de los caballos europeos, cuidadosamente preservados en abrigadas caballerizas. Las monturas del pais, con sus dos borrenes, que nos recordaban las sillas jerezanas de Andalucia, son para los que á éstas no están acostumbrados, incómodas aunque seguras. Los estribos son tambien muy parecidos á los que llamamos vaqueros, y algunos de ellos, sirven, como tambien los de Andalucia, en su ángulo posterior, de espuela.

Siendo de no menor importancia que el conocimiento de las costumbres caracteristicas de los pueblos, todo lo que se refiere á los medios de cambios y á la division del tiempo, no creemos fuera de propósito consignar algunas noticias acerca de lo uno y de lo otro; pues aunque una ley promulgada en el principio de 1870, año anterior al en que realizamos nuestro viaje, hubiera prescrito la adopcion del sistema decimal para los pesos, medidas y monedas en todo el imperio, en virtud de la cual, desde Marzo de 1871, todas las dependencias oficiales debian emplear exclusivamente el nuevo sistema, que debia ser obligatorio para toda clase de personas, todavia seguianse usando los antiguos, y se usarán durante mucho tiempo, pues sólo con el trascurso de éste logran desterrarse las antiguas prácticas, en paises tan apegados á sus tradiciones como los pueblos orientales.

Los antiguos pesos turcos eran, el *dirhem*, equivalente á 3 gramos 21 centigramos próximamente, y la *oka*, igual á 400 dirhemes, ó sea, 1 kilogramo 284 gramos. Hay tambien el *tcheki*, que varia segun la naturaleza de los objetos á que se aplica, de manera, que tratándose de madera y piedra, el tcheki vale 180 okas, y de ópio, 250 dirhemes solamente. Para la seda tenian un peso especial llamado *tefehs*, equivalente á 210 dirhemes, y para el aceite de rosa el *meskal*, que vale tanto como dirhem y medio.

En las monedas, la unidad era la piastra, *ghuruch*, cuyo valor ha sufrido diferentes alteraciones. A principios del siglo XVI, la piastra tenia un valor, con escasa diferencia, de 7 pesetas 90 céntimos, y en el primer año de nuestro siglo, sólo de una peseta 33 céntimos. La ley y el valor de las monedas, fueron frecuentemente alteradas por los sultanes; habiendo sufrido tales alteraciones, nada ménos que treinta y cinco veces durante

el reinado de Mahmud II; pero en la época de nuestro viaje, las monedas tenian una ley invariable. La piastra equivalia á 22 céntimos, y se dividia en 40 *paras*, habiendo piezas de 10 paras. Para las cuentas oficiales habia una unidad convencional llamada *kizè*, cuyo valor era de 500 piastras.

Las monedas de plata, múltiplos de las piastras, eran el *bèchlik*, que valia 5 piastras, y el escudo turco, *medjidiè*, de veinte piastras, ya muy raro en Constantinopla, valiendo en las provincias de 22 á 24 piastras, segun el cambio.

Las monedas de oro eran, la libra turca, *iuzlik*, pieza de 100 piastras, cuyo valor intrínseco es de 23 pesetas 55 céntimos, y la media libra, *ellilik*, de 50 piastras, y en valor intrínseco, 11 pesetas 63 céntimos. Estas monedas, que están bien acuñadas, y que recuerdan la guinea inglesa, se toman á veces en el comercio por 108 y 54 piastras respectivamente, por razon del cambio.

Además de estas monedas turcas, todas las europeas de oro y de plata circulan en aquel imperio, principalmente en la capital, sufriendo su valor tambien, las alteraciones consiguientes á los cambios de banca. Por punto general, el *napoleon de oro*, como allí se llama á la pieza francesa de 20 francos, vale de 93 á 96 piastras; el de plata de 5 francos, 24 piastras; y el franco 4 piastras y 24 paras; y, en esta proporcion pasa, recibiéndose con mayor estima y hasta ganando, á veces, en el cambio, la moneda columnaria española, y las antiguas de oro, desde Felipe V hasta Fernando VII inclusive. Comparte el favor del comercio con estas monedas de nuestra patria, el zwanzig austriaco.

Y ahora que de moneda hablamos, no queremos omitir un dato de la mayor importancia acerca del papel moneda, conocido otras veces con el nombre de *caimè*. Esta verdadera mistificacion de la riqueza, quedó abolida en Turquía el año de 1862, reembolsando el gobierno otomano su importe en totalidad, y quedando retirado todo aquel papel en tres meses. Y téngase en cuenta, que aquella enorme masa de papel moneda, que no tenia curso más que en Constantinopla y en la banca, se encontraba representada por 33.500.000 títulos, que pesaban 26.000 okas, ó sea 33.358 kilogramos. Medida acertadísima la de la supresion del *caimè*, ó papel moneda, cuya depreciacion iba siendo cada vez mayor, restableció el

crédito público, y salvó al Estado de una verdadera bancarrota; saludable ejemplo que no debieran echar en olvido muchas naciones de Occidente.

En las medidas itinerarias del imperio otomano hay bastante irregularidad, pues la legua se calcula por la distancia que un caballo de carga puede recorrer en una hora á paso ordinario ó de andadura, y de aquí, que á manera de lo que sucede en nuestras provincias de Valencia y Alicante, tengan la costumbre de contar las distancias por horas, mejor que por leguas, costumbre que es ocasionada á muchas inexactitudes, por las diferentes condiciones de los terrenos que hay que recorrer. Sin embargo, generalmente se calcula la legua como equivalente á cuatro ó seis kilómetros.

En medidas de longitud usábase el *pic*, ó *archina*, que varia entre 66 y 70 centímetros, y además solia emplearse, aunque muy raras veces, otra medida llamada *indazé*, equivalente á 0,64.

La medida agraria tomaba el nombre de *deunum*; y estaba representada por un cuadrado de 40 pasos de lado, ó segun Mr. Boué, de 45 *pics* ó *arquinas*, representando un valor medio de cerca de diez áreas.

Las medidas de capacidad para las materias secas, variaban tambien, siendo la más usada la llamada *kilès*, para los granos, cuya relacion con la oka, oscilaba entre diez y diez y ocho okas, segun la localidad ó la materia que habia de pesarse, siendo el tipo adoptado en el comercio extranjero el de 20 okas. En algunas localidades de Siria se miden por *ardebs* la cebada, el maiz y el trigo, dándole para la cebada un peso de 95 okas, de 100 para el maiz, y de 110 para el trigo.

La medida de capacidad para los líquidos tomaba tambien el nombre de *oka*, y representaba un peso de 400 dirhémes, de donde se sigue que su capacidad varia, segun el peso específico del líquido medido.

Los otomanos han adoptado para la division del tiempo el año lunar, dividido en 12 meses, compuestos alternativamente de 30 y de 29 dias, los cuales llevan los nombres siguientes: Muharrém, 30 dias; Safer, 29; Réby-ul-Ewel, 30; Réby-ul-Akhir, 29; Djémazi-ul-Ewel, 30; Djémazi-ul-Akhir, 29; Rédjéb, 30; Chaabán, 29; Ramazán, 30; Chewal, 29; Zil-Qaádéh, 30; Zil-Hidjéh, 29. El año lunar, por lo tanto, de los turcos, se compone de 354 dias, sin que tengan ningunos complementarios para

concordar su calendario con el órden natural de las estaciones. Asi es, que segun dijimos al hablar de las peregrinaciones á la Meca, el año para ellos principia, tanto en Estio como en Otoño y en Invierno; de donde resulta, que para reducir una fecha musulmana á otra de la Era Cristiana, no basta quitar de esta última el número 622, data de la Hegira, y Era de los musulmanes, sino que es necesario para obtener una cifra exacta, deducir tantas veces once dias, como hay años solares comunes, y tantas veces doce dias, como hay años bisiestos. La division de las horas del dia, se cuenta desde la salida del sol, apreciada por aproximacion, y por consecuencia, de diversas maneras. Asi, un reloj, para tener la hora á la turca, debe ponerse en hora diariamente. Para los asuntos entre si no usan los musulmanes más fecha que la Hegira; pero para todo lo que se refiere á los asuntos internacionales, se ponen en los documentos cancillerescos tres fechas, ó sea, la de la Hegira, la que llaman á la griega, y la de nuestro Señor Jesucristo.

Para terminar el presente número de este capitulo, vamos á dar alguna idea, siquiera haya de ser muy ligera, de la indole de la lengua turca, sobre la cual tantos trabajos especiales han dado Mr. Dubeux, Redhouse, Malouf y otros turcófilos.

El turco llamado *osmanli*, ó sea el idioma hablado en el imperio otomano, sin haber perdido el sello caracteristico de su origen, sufrió la trasformacion que el Koran impuso á todos los dialectos asiáticos; ofreciendo, como el persa y el indostánico el singular fenómeno de un vocabulario extranjero, dentro de una gramática esencialmente indigena. Desde el dia siguiente de la toma de Brusa por el Sultan Orkhan, sabios doctores del Iraq y del Khorazan acudieron á facilitar la propaganda de su religion por medio de interpretaciones del sagrado libro, al mismo tiempo que abrian escuelas del idioma arábigo. La cultura intelectual que siguió al establecimiento de los turcos en Constantinopla, no pudo realizarse, sino teniendo por elementos de ella la de naciones vecinas, y la más antigua originaria de Grecia y Roma, que encontraba en la capital del Imperio conquistado por el esfuerzo de Mahomed II. Pobre y sencillo en su origen, como todos los dialectos tártaros, tuvo que enriquecerse con los elementos de la lengua árabe, y con el tecnologismo de la filosofia, las ciencias y

la teologia, que, hasta con exceso, habian sido cultivadas en la capital de Bizancio. El persa, ya rico de suyo, y más acaudalado todavia por su alianza con el idioma del Hedjaz, dió á los poetas de Stambul fáciles medios para expresar con armoniosos epitetos y ricas metáforas, todos los pensamientos de su exuberante fantasia. Asi, de la fusion realizada por la conquista entre el idioma de los conquistadores y las dos lenguas más armoniosas de la familia semita é indo-europea, resultó una lengua rica y exuberante, propia para la expresion de los afectos apasionados y de las descripciones fantásticas, formando una literatura, que, como dice un escritor contemporáneo, no tendria rival, si la fecundidad fuese el solo mérito de las producciones del espiritu.

Pero este resultado, sin embargo, no fué igualmente útil para todos. El que podemos llamar nuevo idioma de los conquistadores, la original y rica literatura que contribuyó á formar, quedaron sólo dentro del estrecho circulo de la aristocracia de la ciencia y de la córte, y á las clases populares fueron descendiendo muy lentamente tales adelantos. Asi es, que la lengua literaria, por los muchos elementos que toma de las otras dos lenguas musulmanas, resulta de una sintaxis complicada, ofreciendo su conocimiento grandes dificultades á los mismos orientales, lo cual no sucede con el turco vulgar, cuyo fácil y claro mecanismo le hace muy asequible á los europeos.

Sencilla en extremo su gramática, carece de articulo y de géneros: los nombres se forman regularmente añadiendo al radical, que permanece invariable, desinencias, á la manera de lo que sucede con el latin; y estas mismas desinencias, unidas á las silabas *ler* ó *lar*, segun que el vocablo pertenezca á la clase débil ó á la clase fuerte, forma el plural [1]. El adjetivo es indeclinable y se coloca siempre ántes del nombre; y en los

(1) Para que nuestros lectores puedan formar idea de este sistema de declinacion, vamos á presentar un ejemplo:

Radical, *ev*, casa.

SINGULAR.		PLURAL.	
Nominativo........	*ev*, la casa.	Nominativo........	*ev-ler*, las casas.
Genitivo...........	*ev-iñ*, de la casa.	Genitivo...........	*evler-iñ*, de las casas.
Dativo	*ev-é*, á la casa.	Dativo	*evler-é*, á las casas.
Acusativo	*ev-i*, la casa.	Acusativo	*evler-í*, las casas.
Ablativo	*ev-den*, de la casa.	Ablativo	*evler-den*, de las casas.
Locativo...........	*ev-dé*, en la casa.	Locativo...........	*evler-dé*, en las casas.
Instrumental.......	*ev-ilé*, con la casa, ó *ev-lé*, por la casa.	Instrumental......	*evler-ilé*, con las casas, ó *evler-lé*, por las casas.

verbos el imperativo es el tema de la conjugacion, de tal manera, que sirve de radical para el infinitivo. Los tiempos se componen de participios presentes, pasados ó futuros, á los cuales se añade para formar las personas el verbo sustantivo auxiliar *imek*, ú *olmak*, ó sea el verbo *ser*.

En la forma de los participios y de los gerundios, asi como en los nombres verbales, presenta gran riqueza; pudiendo decirse que hay una sola conjugacion como una declinacion tambien única; y la sola diferencia entre los verbos de la clase débil y de la clase fuerte consiste en el empleo de las vocales de una ó de otra clase. Uno de los más ingeniosos procedimientos de los idiomas, es el que en turco preside á la formacion de los verbos derivados en todas sus variedades, el cual consiste en la adicion de una ó de muchas letras caracteristicas, entre la radical y la terminacion; por ejemplo: de *sevmék*, amar, cuya raiz es *sev*, intermediándole la silaba negativa *me*, y escribiendo *sevmèmek*, significa, no amar; añadiendo la silaba *eh*, y escribiendo por lo tanto *sevehmèmek*, no poder amar; intermediando la silaba *tir* y escribiendo *sevtirmek*, hacer amar, etcétera. La mayor parte de estas formas compuestas, da á un solo verbo acepciones diversas, que no pueden traducirse en otros idiomas, sino por medio de frases. En la colocacion de las palabras, el turco tiene tambien una prosodia especial, pues las circunstancias accesorias de lugar ó de tiempo, se colocan ordinariamente al principio de la frase, despues el sujeto, luégo el régimen, y por último el verbo. Para decir, por ejemplo, «hoy te he dado un caballo», dirá un turco: «hoy yo á ti un caballo he dado».

El sistema de numeracion turca consta de cifras comunes á las de los árabes y de los persas, siendo muy parecido al que hoy usamos, como tomado de los primeros. Hasta el nueve tienen los signos que son conocidos, y desde el nueve exclusive en adelante, marcan las decenas con un punto, haciendo las veces de nuestro cero, las centenas con dos, el millar con tres, etc.

V

Todavia ántes de entrar en el exámen de los principales monumentos de Constantinopla, creemos necesario ocuparnos, si bien con la brevedad

que la índole de este libro impone, en consignar algunos juicios acerca del arte que constituye otro de los caractéres distintivos del pueblo turco. Dos elementos principales concurren á su formacion. El bizantino y el mahometano, que si bien nacido del primero, tiene rasgos especiales y propios.

La Grecia habia trasmitido á Italia los principios de su arte, y los romanos, al asimilárselo, fueron de innovacion en innovacion, viniendo á caer en un estilo amanerado y especial, que en Occidente produce el arte llamado látino, y en Oriente el bizantino, contribuyendo á la formacion de este último, el griego, el latino y el persa. Este arte oriental cristiano, nacido á orillas del estrecho más oriental tambien del mar de Mármara, que separa á Europa de Asia, extendiéndose hácia Occidente, mezclándose y modificándose con el latino, recibiendo la sávia y el espíritu razonador de los pueblos del Norte de Europa, habia de producir la más típica expresion del idealismo cristiano; asi como dilatándose por el Oriente, y recibiendo de una manera más directa las influencias persas para la parte gráfica, y las del sensualismo en el sentimiento religioso, debia dar vida á las más acabadas y prolijas conclusiones del arte árabe en los palacios granadinos. Es indudable que el arte mahometano, acerca de cuya existencia anterior á las predicaciones de Mahoma habremos de decir algunas palabras, recibe sus primeros elementos del arte bizantino, modificándolos con los que toma de los otros pueblos orientales, con quienes la gente muslímica tenia relaciones, ya por la guerra, ya por el comercio, como la Pérsia, y por ella la China, la Siria y la India, así como de los pueblos del Norte del Africa y de España; elementos, que manejados y alterados por su fantástica imaginacion, crean una arquitectura completamente distinta de la arquitectura cristiana.

Y contribuyen á darle carácter especial, asi en la parte constructiva como en la decorativa, las circunstancias especiales en que se encuentra el pueblo musulman, al desarrollarse entre ellos el arte bizantino. Como dice acertadamente, en su notable trabajo sobre el arte mudejar en nuestra Península, el docto arquitecto y nuestro compañero de comision, Don Ricardo Velazquez, las construcciones de sillería, siempre costosas y difíciles, lo eran mucho más en los países ocupados por los árabes, como

la Pérsia, la Siria, el Egipto y el Norte de Africa, en los cuales era necesaria la antigua organizacion política y social y la del Imperio romano, que despues de su dominacion la sustituye, para hacer posible la realizacion de las soberbias construcciones, asombro del mundo moderno, cuyos poderosos elementos de accion apénas bastarian para trasportar á largas distancias las colosales piedras que se encuentran en aquellos monumentos, y que representan millares de esclavos, cuyas fuerzas y cuya vida se agotaban al dar realidad, por ejemplo, á los gigantescos proyectos de los arquitectos egipcios. La nueva organizacion y el nuevo sentimiento que el espíritu del cristianismo introdujo en las sociedades antiguas, y la tolerancia impuesta por la necesidad, á causa de la falta de cultura de los conquistadores árabes, hacian ya imposibles tales procedimientos, y de aquí el que tuvieran que recurrir, en un principio, al aprovechamiento de materiales de edificios arruinados, ó demolidos de propósito, para la construccion de sus palacios y mezquitas. A esto se agrega, que en la Siria, y áun en Pérsia y Egipto, siempre debió ser difícil la construccion con piedra silleria, razon por la cual, áun en épocas muy anteriores al mahometismo, se desarrolló allí, ántes acaso que en ninguna otra parte, la fabricacion y empleo de materiales artificiales, como el ladrillo, ya seco al sol (adobe), ya al fuego, ya, finalmente, vidriado. La mayor de las pirámides de Dahschur, elevada en Egipto por el rey Asychis de la tercera dinastía (5147 á 4934 ántes de J. C.), construida con adobes; la pirámide de Nimrud, levantada por Shalmanu ó Divanubar, que reinaba en Siria hácia el año 900 ántes de J. C.; los muros del palacio de Korsabad, edificado por Sargina (729 á 712 ántes de J. C.); las inmensas murallas de Babilonia y la torre de Belo, monumento el más antiguo, despues de las pirámides de Ménfis; la muralla de Susa, y los palacios de Sarbistan Ispahan y Ctesiphon, ya de la dinastía de los Sasanidas en Pérsia, prueban cuán antiguo y general fué en aquellas regiones del mundo antiguo, el empleo del ladrillo para las construcciones arquitectónicas, distinguiéndose, especialmente Babilonia y Ninive, cuyo palacio de Korsabad, recuerda no poco el sistema de construccion empleado por los árabes. El arte mahometano, al ostentarse, aunque con prestados elementos, con aspecto de originalidad, adopta este sistema constructivo,



J. Cebrian dibº

Lit. de J. Mª Mateu. Madrid.

VISTA GENERAL DE LAS RUINAS DE HAGIAR KÌM, KRENDI.

extendiéndolo á sus dilatados dominios, en los que ya los constructores romanos y bizantinos habian llevado el empleo de los materiales artificiales, incluso los tapiales de hormigon, que en las últimas épocas de las construcciones mahometanas en nuestra Peninsula, parece el seguido más preferentemente por aquellos alarifes.

Pero la arquitectura árabe, más constructiva en Oriente que en España, y sobre todo la rama del arte mahometano, que podemos llamar estilo turco, lo es tanto más, cuanto que reproduce y se inspira siempre en las construcciones bizantinas directamente, sirviéndole de prototipo la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, para sus mezquitas.

Y no es extraño que tal aconteciese en el arte mahometano, cuando el bizantino tenia ya adoptados multitud de elementos de otras artes orientales, precisamente las mismas que más tarde informan el mahometano.

Despues de haber fijado la silla del imperio Constantino en Constantinopla, como dice con harta razon uno de nuestros más distinguidos y ménos apreciados arqueólogos [1], la capital del Imperio era demasiado reducida para admitir en su seno á la mucha gente, que segun vimos en el número de este capítulo dedicado á los recuerdos históricos de la ciudad del Bósforo, acudia á establecerse en ella, y hubo necesidad de erigir gran número de edificios. Los discípulos del Salvador, más numerosos que los paganos de Bizanzio, se apresuraron á levantar las muchas iglesias que necesitaban, tanto ó más urgentemente que las habian necesitado en Roma al abrazar Constantino la fe de Jesucristo; y fuese por la necesidad de edificar mucho y con precipitacion, careciendo de construcciones antiguas de que poder tomar materiales elaborados, fuese por deseo de desviarse de las formas adoptadas por los idólatras, por no querer copiar servilmente lo antiguo, por influencia de estilos arquitectónicos anteriores al arte greco-romano, ó por la reunion de todas estas causas, la arquitectura cristiana comenzó á desarrollar vigorosamente en Constantinopla un estilo con marcadas diferencias del latino y de todos los hasta entónces usados. Acabamos de indicar que algunos géneros de arquitectura de épocas más

(1) D. Manuel de Assas, al que puede decirse debe España gran parte del renacimiento de estos estudios, que hasta él se encontraban, ó desconocidos, ó en una estéril confusion.

antiguas, pudieron influir en la formacion de este nuevo estilo arquitectónico; y en efecto, tal influencia se nota en la ornamentacion, tomada en gran parte de la ninivita y de la pérsica. Sabido es que de la Pérsia habian recibido las naciones vecinas el gusto de la literatura y de las artes, y que los primeros emperadores de Oriente tuvieron á sus órdenes arquitectos persas, como Constantino I á Metrodoro, y Justiniano II, que empleó á otro del mismo pais para diseñar sus magnificos monumentos. No es, pues, sorprendente que al estilo de arquitectura que se formaba en Constantinopla, se trasmitiese el sistema de ornamentacion persa, compuesto de relieves, formando caras y ángulos parecidos á las cristalizaciones de los minerales, sistema que los persas habian ido formando paulatinamente, tal vez tomando las ideas de los de Ninive y Babilonia.

A pesar de que el carácter de esta obra no permite disquisiciones didácticas, siendo el arte arquitectónico bizantino el que obedeciendo á los antecedentes históricos y artisticos expuestos, predomina en los monumentos que hemos de visitar, creemos necesario traer á la memoria que, poseedores los romanos del gran elemento constructivo, del arco, y por lo tanto de la bóveda, arco y bóveda, que si fueron conocidos de otros pueblos, se obtenian más bien por un procedimiento de aproximacion gradual de los sillares, que por el empleo de las dovelas, cuya presion mútua produce una fuerza resistente mayor que la de los mismos muros verticales, le llevaron á un alto grado de perfeccionamiento, siendo para los bizantinos el elemento generador de su arquitectura. Asi fué cómo las iglesias en los estados orientales, se cubrieron con bóvedas, y señaladamente con las de media naranja ó cúpulas, que cargaban sobre muros ó arcos, cuando la parte del edificio que cubrian era circular ó de otra forma que á ésta se aproximara, ó sobre muros y arcos ó pechinas, cuando era cuadrada y la bóveda inscrita en esta figura habia de producir espacios angulosos, que no podian dejar de cubrirse con segmentos de bóveda, formando las pechinas que acabamos de mencionar, y que acaso toman este nombre por su parecido á ciertas pechinas ó conchas, sobre todo las llamadas de *peregrino*; y cómo los arcos, que en Roma habian sido de semicirculo ó de porcion de circulo, menor que la mitad de éste, se multiplican en el arte de Bizanzio, usándose, ya peraltados, como se ven junto al ábside de Santa

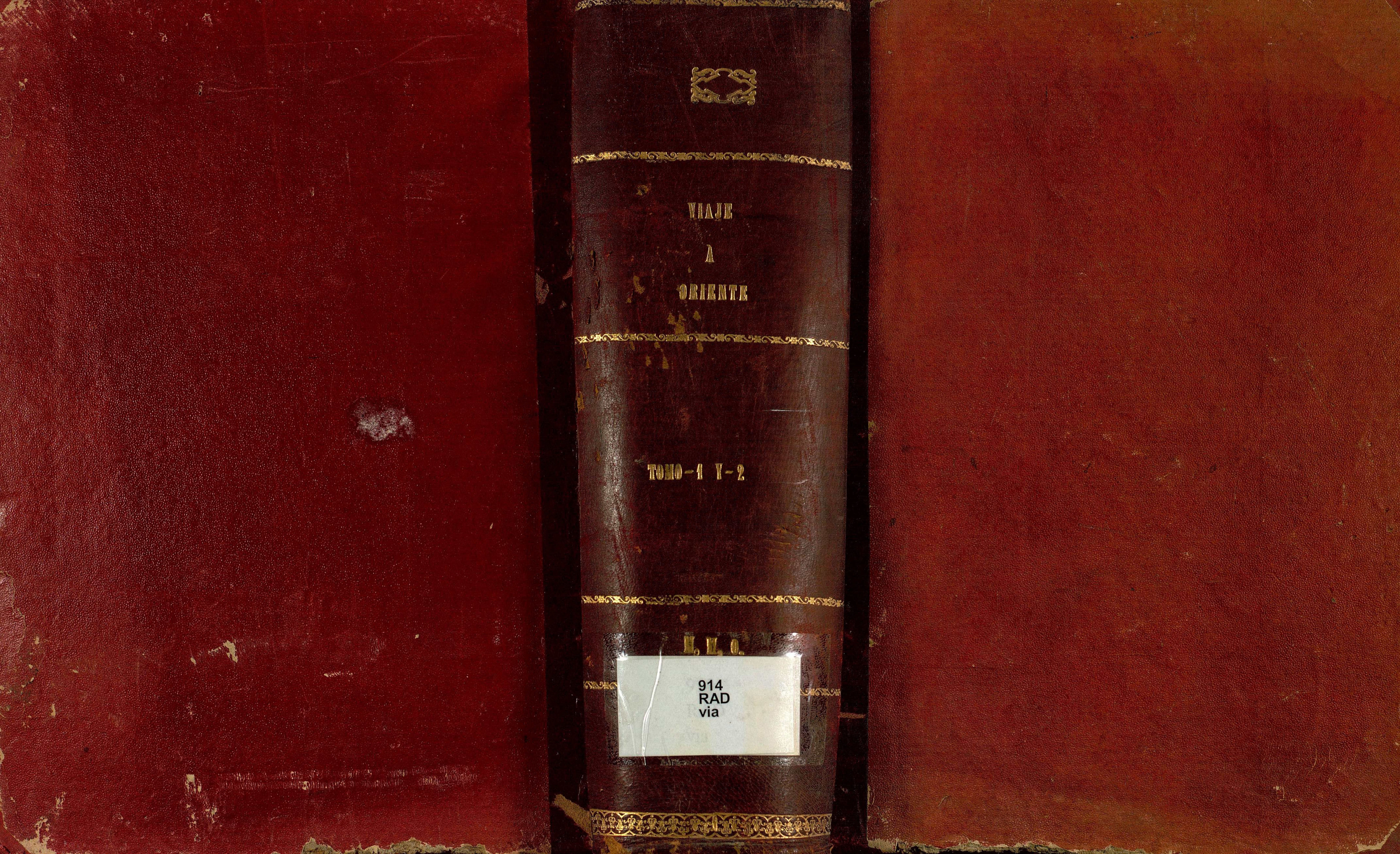
María y San Donato de Murano en Venecia; ya apuntados rectilíneos, de que quedaba muestra en las antiguas murallas de Constantinopla; ya conopiales, como los emplearon en la fachada principal de San Márcos de Venecia los arquitectos bizantinos allí llevados por el gobierno veneciano, para plantear sus obras; ya ojivales, como se ven en Santa Irene de Constantinopla, y en la hoy mezquita de *El Aksa*, iglesia edificada por Justiniano en Jerusalen; ó ya de herradura, especie de arco, cúya invencion con marcado error se atribuye á los árabes, y que hoy está reconocido con sobrada justicia como bizantino, encontrándose usado como elemento ornamental hasta en obras romanas, segun puede verse en notables cipos funerarios traidos de Leon á nuestro Museo Arqueológico Nacional; como elemento constructivo, en muchas iglesias cristianas de Armenia, anteriores á la conquista árabe, entre las que citarémos la antigua iglesia de Seleucia y la catedral de Dighour; y en nuestra patria, en diversos fragmentos arquitecturales, tambien anteriores á la invasion muslímica, en adornos de documentos diplomáticos, y, sobre todo, en la iglesia visigoda de San Juan Bautista, que se conserva en Baños, cerca de Palencia, edificada por Recesvinto, á la cual hemos dedicado especial estudio en la obra que fundamos y dirigimos, intitulada *Museo español de antigüedades*, que ya hemos citado ántes de ahora en el presente libro [1]. Caractéres fueron tambien del arte bizantino, las columnas que sobre fustes cilíndricos poligonales ó de otros cortes, tienen capiteles en forma de pirámide truncada inversa, á veces lisos, á veces cubiertos con adornos, en los que se refleja directamente la influencia ornamental persa, á diferencia de lo que sucedia en las iglesias de Occidente, en las cuales, los capiteles, ya se tomasen de antiguos edificios destruidos, ya se hiciesen nuevos, copiándolos, aunque toscamente, de los antiguos, imitaban siempre los de los cinco órdenes clásicos. No quiere esto decir que los arquitectos bizantinos olvidasen por completo en los capiteles la tradicion romana, pues algunas veces los labraban al estilo corintio, aunque muy imperfectamente, como se ve en la mezquita de Santa Sofía y en San Ciriaco de Ancona, iglesia edificada cuando todavía esta ciudad obedecia

(1) Tomo I, pág. 561.

á los emperadores griegos. No ménos propias de este oriental arte cristiano fueron las ventanas gemelas y los ajimeces, usados en él por vez primera; y en la parte ornamental, las impostas corridas bajo los arcos; los frontones doblegados por su parte inferior; las molduras llamadas bisantes; las parejas de séres con figura humana, ó de animales simétricamente colocados, y á veces con un jarron ú otro objeto en medio; el ataurique, ó follajes de poco relieve, y éste muy por igual, en que las hojas suelen presentar de frente una de sus caras; los impages, adornos hecho con una sola linea, presentando figuras más ó ménos caprichosas, y cuyo perfil resulta igual mirado al derecho que al revés, á semejanza de las ensambladuras de madera, que presentan *colas de milano*, hácia arriba macizas, y vanas hácia abajo; los arciones, ó labor á manera de red; los circulos en diversas combinaciones; los cuadros y rombos; las escamas y los sembrados de flores ú otros objetos, ornamentaciones hechas frecuentemente con un mosáico especial llamado *fosefeisa*, el cual estaba formado de trozos de materias vitreas, ya coloridas ó ya trasparentando el color que por detrás se les ponia, ó bien en los dorados, llevando la parte dorada por detrás en la cara que pegaba al muro, para que la parte de oro quedase á la vista, y más brillante por la trasparencia propia del vidrio: tambien formaban parte de estos elementos ornamentales, diversas clases de mármoles y jaspes, y pinturas sobre fondo dorado. En las combinaciones de los adornos, nótase, á veces, no sólo la tradicion persa, sino tambien la de antiguos monumentos helénicos; que el arte del pueblo, estético por excelencia, se refleja en todos los estilos de la antigüedad.

El arte mahometano, inspirado en estos mismos elementos eminentemente decorativos, llega á un grado dificil de superar á la fantasia, sin embargo de tener limitados estrechamente sus recursos, por la prohibicion de reproducir la naturaleza animada, bajo cualquiera forma que fuere, prohibicion que reconocia por causa el evitar la idolatria, y que no siempre fué rigorosamente seguida; y á pesar de ello, y acaso por lo mismo, presenta tal riqueza de ornamentacion, una variedad de formas y de elementos con sólo los recursos de las combinaciones geométricas, y una flora convencional, que ningun otro estilo logra alcanzar, especialmente en el decorado de las superficies planas, al paso que en la parte construc-




VIAJE
Á
ORIENTE
TOMO-1 Y-2